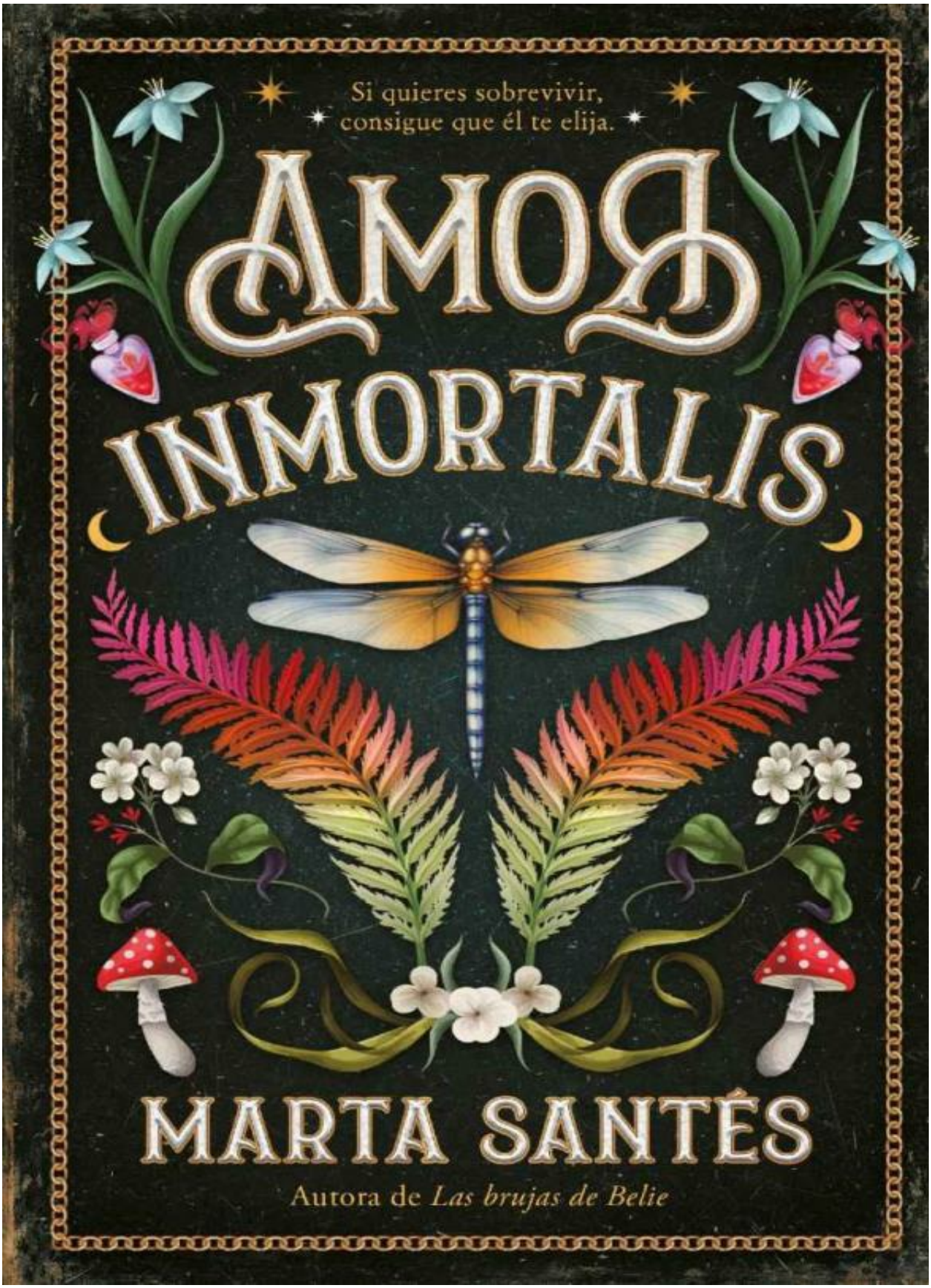
Si quieres sobrevivir,
consigue que él te elija.

AMOR INMORTALIS



MARTA SANTÉS

Autora de *Las brujas de Belie*


Si quieres sobrevivir,
consigue que él te elija.
AMOR
INMORTALIS
MARTA SANTÉS
Autora de *Las brujas de Belie*

AMOR INMORTALIS

AMOR INMORTALIS



MARTA SANTÉS

TITANIA

Argentina • Chile • Colombia • España
Estados Unidos • México • Perú • Uruguay

1.ª edición: febrero 2025

Todo el contenido del presente libro, incluidas las imágenes e ilustraciones de cubierta, es original y se encuentra sujeto y protegido por las actuales normativas de Propiedad Intelectual españolas y europeas. Su uso y/o reproducción, ya sea total o parcial, para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial, así como cualquier tipo de minería de datos, queda terminantemente prohibido. El editor en tanto que titular de los derechos de la obra ejecutará las acciones que considere necesarias ante cualquier uso no autorizado.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright* , bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

© 2025 *by* Marta Santés
© 2025 *by* Urano World Spain, S.A.U.
Plaza de los Reyes Magos, 8, piso 1.º C y D – 28007 Madrid
www.titania.org
atencion@titania.org

ISBN: 978-84-10495-19-7

Fotocomposición: Urano World Spain, S.A.U.

Para ti, mujer bruja, que llevas magia dentro. No tengas miedo de descubrirte.

> «La luz es la mano izquierda de la oscuridad, y la oscuridad es la mano derecha de la luz; las dos son una, vida y muerte, juntas como amantes.»
>
> URSULA KROEBER LE GUIN

> «Las más grandes y más poderosas revoluciones comienzan a menudo muy silenciosamente, ocultas en las sombras.»
>
> RICHELLE MEAD

Prefacio
Ágata

Edan abraza a mi nieta de camino a la entradita de la pintoresca casa; su decoración no dista mucho de nuestro porche, rebosante de plantas, campanillas de viento y runas protectoras. Vera acaricia con ternura su prominente barriga sin relajar su gesto angustiado cuando llamo a la puerta. Ojalá mi intuición se equivoque esta vez, ojalá mi predicción sea errónea; debe serlo. Una mujer menuda de aspecto extravagante con una gran mata de pelo negro nos abre la puerta con una sonrisa; cualquiera que la viese, hasta un completo escéptico, la tomaría por una bruja. Y bueno, es lo que es.

—¡Adelante, pasad! Estamos todas en el salón —nos indica ella con efusividad.

Hace años que no veo a otras brujas que no sean mis hijas o mis nietas, sabía que me sentiría extraña cuando me reencontrase con alguna de ellas, sobre todo con Andra, que aguarda silenciosa cerca de la chimenea crepitante con su característico porte elegante pero estirado. Fuimos muy buenas amigas hace mucho, pasamos gran parte de nuestra niñez y juventud juntas, hasta que me enamoré perdidamente de una chica que murió pocos años después. Nunca discutimos acerca de nuestros ideales, tan opuestos que ninguna bruja entendía cómo éramos tan inseparables, hasta que Ana, el amor de mi vida, murió.

—¡El aquelarre ha hecho lo que ha podido! ¡No puedes desvincularte de ellos así como así! —Todavía oigo sus gritos indignados aquel día.

—Nunca he estado de acuerdo con la forma que tienen de hacer las cosas, Andra, lo sabes. Son tradicionales, son… crueles.

—¿Cómo controlan las prácticas de magia negra si no? ¡Deben ser implacables! A saber la cantidad de desastres que habrán evitado…

—No lo pongo en duda. —Por supuesto, alguien debe controlar las prácticas de magia oculta que algunos brujos insurgentes llevaban a cabo. Eso el aquelarre Vulgaris lo hace bien, pero es lo único—. ¿Qué me dices de la Proclama de la Deida o de alguno de los rituales que acaban con vidas inocentes sin ningún sentido, solo porque es tradición desde hace cientos de años?

—Ágata, por favor, no te independices de los Vulgaris. No te seguiré, lo sabes.

Aquello que dijo me impactó y me giré hacia ella.

—No tienes que seguirme a ninguna parte, solo ser mi amiga.

Ella arrugó el ceño y bajó la vista. Nunca me olvidaré de esa expresión.

—Si lo haces, me temo que te quedarás sola. Todas estamos de acuerdo, no queremos que el

aquelarre nos relacione con una bruja desvinculada.

Andra desvía su mirada hacia otro lado cuando nuestros ojos se cruzan en ese salón lleno de mujeres. Hay seis en total, sin contar a mi nieta Vera y a mí; alguna aguarda sentada tomando té, otras esparcen el humo del sahumerio por la estancia. Ninguna quiere mostrarlo, pero somos brujas, lo intuimos: estamos nerviosas.

—Sentaos. Vera, ponte aquí, querida —le pide Salma, la anfitriona de la casa, a mi nieta, que todavía abraza su abultada barriga con inquietud.

Edan la sigue sin apartarse ni un milímetro de ella y se sienta en el brazo del sillón cuando ella se acomoda. Los miro con devoción y esa sensación familiar e impotente de necesitar protegerlos sin tener las herramientas suficientes para hacerlo.

—Bien, Ágata, cuéntanos a todas la preocupación que le has comentado a Salma —me pide una de ellas.

Respiro hondo; el ambiente huele a incienso, a leña quemada y a azahar, aromas que me transportan a casa.

—Mi nieta Vera está embarazada de ocho meses; es una niña. He tocado su barriga innumerables veces durante la gestación, pero no fue hasta ayer que noté… noté algo. —Todas saben de lo que hablo; Salma les habrá contado sin mucho detalle de lo que le dije por teléfono, por eso me escuchan expectantes—. He tenido la sensación de que… de que mi bisnieta será una bruja… *aspirante* .

Se oyen inhalaciones y susurros alterados.

—¡¿Siguen naciendo aspirantes?! —exclama una de ellas.

—Pensaba que no iban a nacer más… —replica otra.

—¡Calma, calma! —Andra se aparta de la chimenea para acercarse con paso cauto a mi nieta; me dirige una mirada precavida, como para pedirme permiso, y yo asiento con la cabeza—. Ágata ha tenido una leve intuición, comprobemos si está en lo cierto. Vera, cariño, ¿me permites?

Mi nieta accede con los ojos llorosos a que Andra coloque las palmas de las manos en su barriga. Ella cierra los ojos y toma tres bocanadas de aire mientras Vera y Edan la observan, tensos.

—Me temo, Ágata, que no te equivocas —confirma Andra con seguridad—. Estamos ante el futuro nacimiento de una aspirante a Deida.

Los sonidos de exclamación y susurros son más sonoros en esta ocasión.

—¿Qué significa eso? ¿Qué quiere decir? —pregunta Vera con evidente ansiedad.

—Supongo que tu abuela no te habrá contado lo que es la Proclama de la Deida, claro, ya que estáis desvinculadas del aquelarre Vulgaris —comenta Andra con cierta inquina.

—Claro que no —respondo con rotundidad—. Y por ese mismo motivo a mi bisnieta no le afectan las tradiciones del aquelarre, no pueden reclamarla para que vaya a la Proclama de la

Deida.

—Oh, claro que pueden. Nadie que nazca aspirante a Deida puede evadir su destino.

—¡¿Alguien me explica de qué diablos estáis hablando?! —profiere Vera, alterada.

Andra parpadea ante el carácter de mi nieta. Lo cierto es que yo tampoco la he visto así a menudo, pero es totalmente comprensible.

—Pequeña, ¿recuerdas que os hablé del aquelarre hace un tiempo? ¿Que me independicé para poder formar una familia sin estar bajo su influencia? Os conté que recurrí a ellos, los brujos más poderosos que existen, para que me ayudasen a salvar al amor de mi vida, y ni siquiera ellos supieron cómo revertir la magia oculta que la condenó; había que tener una razón de peso para poder desvincularte y esa era una buena razón.

—Sí, lo recuerdo —responde ella con apremio.

—El aquelarre Vulgaris lleva existiendo siglos. Con el tiempo se hicieron más poderosos y tomaron el control de las prácticas mágicas que se realizaban; para proteger a las propias brujas, sobre todo. Tras la época de la caza de brujas, aquellos años en que masacraron a miles y miles de mujeres y hombres con el único fin de erradicar nuestra existencia, el aquelarre lanzó un hechizo muy poderoso que, hoy en día, tras más de doscientos años, sigue vigente —comienzo a explicar bajo la atenta mirada de todas las brujas de la sala. Solo Edan y Vera arrugan el ceño, contrariados—. Todos juntos lanzaron un hechizo antes de dispersarse por diferentes países para cumplir con la misión de amparar a las brujas. El hechizo se hizo para que jamás se repitiese nada semejante a la época de la quema de brujas.

—Ajá, exactamente por eso surgió el aquelarre Vulgaris —matiza Andra con entonación soberbia.

Le dedico una mirada de advertencia.

—Sin embargo, el hechizo es retorcido e impreciso, ¿no es así? —añado, resentida—. No solo nace una bruja Deida, sino varias aspirantes a serlo, aunque solo una es la verdadera. ¡Debería nacer solo esa! Así no existiría la Proclama de la Deida.

—¡Se lanzó hace más de doscientos años! La magia no era tan precisa como ahora —excusa Andra, firme devota del aquelarre, tal como la recuerdo.

—¿Mi hija tiene que impedir que se repita algo como lo que ocurrió en la época de la caza de brujas? —exige saber Edan esta vez, molesto por el evidente enfrentamiento entre Andra y yo.

—Si tu hija es la Deida, sí, es una pieza clave para impedir que aquello se repita —le responde Andra.

—Pero… no lo entiendo, ¿cómo es que algo así puede volver a ocurrir? ¡Quemaban a la gente acusándola de brujería! No estamos en el siglo XV , eso no se puede hacer hoy en día —dice mi nieta, alterada.

—Eso creíamos, cielo —responde Salma esta vez—. Pero últimamente han nacido nuevas aspirantes; eso quiere decir que el hechizo se ha activado porque corremos peligro… Se me pone

la piel de gallina.

—La última Deida, que nació unos años antes de la Segunda Guerra Mundial para frenar las masacres de brujas que se preveían en aquel momento, lanzó la profecía hace seis años; ahí fue cuando empezaron a nacer las aspirantes a Deida. Todas nos preguntamos quién será el Catalizador.

—¿Disculpa? ¿El Catalizador? —La voz de Edan surge aguda por el exceso de emociones.

—El Catalizador es quien pone en peligro la existencia de las brujas. Normalmente se trata de una persona con el alma corrompida, un alma oscura. Puede que su objetivo no sea poner en riesgo a las brujas, pero no puede evitarlo. Sus acciones le llevarán a ello.

—Y la Deida existe para frenarlo de forma pacífica —explica Andra con altivez—. Debéis sentiros orgullosos, vuestra hija es una bendición.

—Se te olvida mencionar varias cosas, ¿no crees? —le espeto, enfadada.

—¿Qué cosas, tata? —demanda saber Vera—. Ya está bien de ocultarme información, queremos saberlo todo.

Ella enlaza la mano con la de Edan, se sostienen fuerte; ambos sufren. Aprieto los dientes, impotente.

—La Deida se enamora profundamente del Catalizador; es parte del hechizo, no puede evitarlo. Y él jamás la corresponde, solo siente debilidad por ella. Esa debilidad es tal que, llegado el momento, accederá a todas sus peticiones, evitando así el desastre —les explico lo mejor que puedo.

—El amor que la Deida siente por el Catalizador es inmenso, tanto que… bueno, muchas veces se les va la cabeza; ya sabéis, por eso de que él no puede corresponderla. Además, la propia profecía prohíbe una relación amorosa entre ellos. Durante la historia, ha habido cuatro Proclamas y…

—No es necesario contar esas partes, Salma. Mi nieta y Edan se imaginan…

—Tata, por favor —me interrumpe Vera—. Se trata de nuestra hija, queremos saberlo todo, por muy amargo que sea.

Salma me mira con prudencia, yo suspiro hondo y aparto la vista.

—Como decía, ha habido cuatro Proclamas de Deida durante estos doscientos años, y ninguna de las Deidas ha salido bien parada. No hablo de muerte ni nada de eso, hablo de… corazones rotos. La Deida Madre, a pesar de su avanzada edad, todavía llora a su Catalizador.

Vera y Edan se miran entre sí, les han salido ojeras de preocupación y se acercan más, como si quisiesen darse calor para soportar las malas noticias.

—¿Por qué tengo la sensación de que todavía no nos habéis contado la peor parte? —dice mi nieta con habla lánguida—. ¿Qué es esa maldita Proclama de la Deida?

Me agarro el pecho para soportar el dolor y las brujas de la sala se miran entre sí. Tomo fuerzas, no sé de dónde, para ser yo quien les cuente lo que nunca querría decirles.

—La Proclama de la Deida es una serie de pruebas a las que se someten las aspirantes a Deida para encontrar a la original, a la verdadera. Solo puede quedar una —les cuento despacio, tragando saliva—. Es una tradición del aquelarre. Las pruebas son duras, tienen que mostrar sus habilidades…

—¿Y qué pasa con el resto de las aspirantes, las que no son la Deida? —se atreve a preguntar Edan.

Aprieto los puños y el resto de las mujeres de la sala bajan las miradas, incómodas. Se intuye la fatídica respuesta en el ambiente.

—¡Ni hablar! —Vera se incorpora de golpe en su asiento con enfado—. ¡Ni hablar! ¡Mi hija no pasará por eso!

—No podéis esconderla, Vera, el aquelarre la reclamará —le asegura Andra.

—¡Me importa una mierda lo que quiera el aquelarre! —estalla Edan también.

—Pondremos protecciones en casa, usaremos los mejores hechizos. Las mujeres Anies también somos poderosas. ¡Ese maldito aquelarre Vulgaris se llevará a mi hija por encima de mi cadáver! —sentencia Vera, tenaz.

—No hay hechizo lo suficientemente fuerte para los Vulgaris —dice Salma esta vez.

—Eso habrá que verlo… —gruñe mi nieta.

—Pero ¿por qué no veis que debéis sentiros orgullosos? ¡Vuestra hija puede ser la Deida que detenga una nueva quema de brujas! —exclama Andra.

Edan sujeta a Vera para que no vaya hacia ella con ira ciega. Mi antigua amiga retrocede por el mal genio de mi nieta; sonreiría orgullosa si no fuera por lo delicado de la situación.

—Estamos desvinculados del aquelarre hace muchos años, no tienen poder sobre nosotros. No se llevarán a mi hija —sentencia ella con voz firme—. Tata, Edan, vámonos.

Mi nieta camina decidida hacia la puerta con Edan siguiéndola de cerca. Las seis brujas de ese salón me contemplan con cierta compasión e incertidumbre.

—Ágata, no podréis protegerla; lo sabes, ¿verdad?

Odio que Andra tenga razón, rechino los dientes.

—Haremos lo que creamos conveniente. Nos ha ido bien hasta ahora. —Hago el amago de seguir a mi nieta y mi nieto político, pero, por supuesto, vuelve a hablar, nunca ha sabido cómo callarse:

—Si no la instruís, no tendrá ninguna posibilidad de sobrevivir en la Proclama.

Hago oídos sordos y avanzo hacia la puerta.

—Salma, gracias por recibirnos en tu casa —le digo antes de salir y cerrar la puerta tras de mí.

1

Eira

17 años más tarde

Atravieso el pasillo atestado de estudiantes cuando suena el timbre que da por finalizadas las clases. De nuevo soy víctima de miradas poco disimuladas, algunas de curiosidad, otras de desdén. Suelto un suspiro de resignación; lo cierto es que voy muy a gusto con mi vestido aterciopelado de lunas y estrellas y mis botas negras. Cada uno se viste conforme se siente, ¿no? Estoy orgullosa de pertenecer a mi peculiar familia de brujas, a las que adoro. Hay personas a las que repelo, pero hay otras, como mi compañero Alberti, que recurren a mí muy a menudo:

—¡Eira! Eh, Eira, ¿me echas las cartas? —me pregunta él, persiguiéndome por las escaleras del instituto.

—¿Por qué no te acercas a la tienda luego? Tengo prisa.

—¡Por favor! Necesito saber algo con urgencia. —Me adelanta para ponerse en mi camino.

Hago un mohín y suspiro.

—Está bien. —Me descuelgo la mochila de la espalda y busco las cartas del tarot en el bolsillo pequeño—. ¿Cuál es tu pregunta?

—¿Va a volver Eva conmigo?

Alzo una ceja con las cartas en las manos.

—Alberti, ¿en serio? Ten un poco de amor propio, por favor, te mereces mucho más.

—Se equivocó, ¿vale? Un desliz lo tiene cualquiera, ya la he perdonado.

—¿Has hablado con ella desde entonces?

Él se encoge de hombros y niega con la cabeza. Pongo los ojos en blanco.

—¡Por eso quiero que me leas las cartas!

Bufo y barajo el tomo de cartas. Luego le pido que las corte por donde quiera y tomo la primera:

—La torre —le nombro la carta que le ha salido intentando ocultar una sonrisa de satisfacción.

—¿Qué? ¿Qué significa?

—A veces las cosas tienen que derrumbarse y arder para hacer sitio a algo nuevo y mejor. Alberti, la torre significa que tienes que superar a Eva, algo mejor te espera.

—¿Qué? No, no… Eva es el amor de mi vida.

—Sabes que no tiro las cartas más de una vez. Además, ¿cuántas veces te he echado las cartas

desde que nos conocemos?

—Eh… muchas, pero…

—¿Y cuántas de ellas he acertado?

—Pues… ¡vale! Pero esta vez puedes estar equivocada, ¿no?

—Alberti, tengo prisa. Y ya sabes, son diez euros.

—¿Diez? ¡En la tienda me cobras la mitad!

—Ya hemos hablado de esto… —Me pongo a caminar a través del trasiego de adolescentes—. Sois muchas personas las que venís a pedirme esto, estaría todo el día leyendo el tarot o las líneas de la mano si no pusiese una tasa más alta.

—Eira… —Alberti sorbe por la nariz, caminando a mi lado con apremio—. La quiero, la quiero muchísimo.

Expulso el aire por la boca y froto su espalda con cariño.

—Lo siento, pero la carta te ha dicho que viene algo mejor, ¿no? Ahora no puedes verlo porque el dolor te lo impide, pero querrás mucho más a otra persona y esa persona sí te querrá de verdad.

Alberti me mira con una débil sonrisa en su cara alargada.

—Gracias, Eira.

Le sonrío con afecto y luego aprieto el paso para llegar al coche que me espera en el aparcamiento frente al instituto.

—¡Buenos días, cumpleañera! ¿Qué tal la mañana? —Mi padre me recibe al volante con su sonrisa radiante.

Lo abrazo y le beso la mejilla con unas burbujas agradables en el estómago. Cumplo diecisiete años, la edad blanca; es el periodo en el que el universo está receptivo, las hormonas cambian de una forma clave y pueden ocurrir cosas inesperadas.

Mamá me ha contado en múltiples ocasiones que mi padre apareció en el pueblo donde vivían por aquel entonces cuando cumplió la edad blanca, ¡el universo lo atrajo! Nunca me cansaré de escuchar su preciosa historia de amor.

* * *

Corro por el jardín flanqueado de flores silvestres cuando salgo del coche tras las risas musicales de mi padre.

—¡Feliz cumpleaños mi vida! —Mamá me recibe con un abrazo efusivo y le siguen la tata Mariela y la tía Chiara.

Apenas puedo respirar por la avalancha de amor.

—Tienes tu vestido blanco en la cama, ve a ponértelo, brujita blanca —anuncia la tata Ágata, que viene hacia mí con mucha más moderación.

A sus noventa y dos, es la viva imagen de una bruja que maneja con maestría la magia, porque

aparenta veinte años menos en todo: en su manera de moverse, en su aspecto e inteligencia… «Siempre lo he pensado, pero la receta de su brebaje secreto se quedará sin desvelar, ¡la tata nos enterrará a todos!», dijo mi madre en una ocasión, y estoy muy de acuerdo con ella. El año que viene por fin podré probar ese brebaje secreto alcohólico que huele a canela y a bosque y que todas se toman en mi honor una hora después, entre brindis y risas.

Todas llevamos vestidos blancos, una tradición en los ritos de luna llena. Incluso papá, mi primo Aston y los tíos Martin y Oliver llevan camisas y pantalones de lino del mismo color. La única que desentona es Fantasma, nuestra preciosa gata negra como el carbón, que se restriega entre mis piernas con unos ronroneos adorables. Acabamos de comernos la tarta de melocotón y nata y el salón se llena de música pagana. La tata Flor esparce el humo del sahumerio dando brinquitos y la tía Chiara, su hija, canta bajito mientras esparce esencia de azahar por sus tobillos desnudos (los tobillos de una bruja deben oler a azahar y sándalo en luna llena). Ágata y mamá preparan las velas en el jardín mientras Aston y yo terminamos de recoger la mesa.

—¿Cómo te sientes? —me pregunta mi primo mientras dejamos los platos en el lavavajillas.

—Igual que ayer —río, y él me salpica la cara con el agua de la pila.

—Solo digo que… bueno, ¿no lo notas? Parecen preocupados. La edad blanca es motivo de celebración, pero están… raros, ¿verdad? No estaban así cuando yo la cumplí.

—Lo sé, tú también lo has notado, ¿eh? —Y lo cierto es que me preocupa que no solo sean imaginaciones mías.

Salimos al jardín tras haberlo dispuesto todo para el ritual. En la parte más bonita, entre los árboles, se despliega un escenario esotérico en toda regla con flores, velas, minerales y otros objetos necesarios para el hechizo.

—Feliz cumpleaños, pequeña Eira… o bueno, ya no tan pequeña, ¿verdad? —El tío Martin me abraza desde la espalda y me ofrece una cajita plateada.

—¿Para mí? ¡Te dije que no me compraseis nada!

—Es solo un detalle…

Se trata de un colgante de plata en forma de luna menguante.

—Es como la de tu madre, para protegerte —me dice con un cariño abrumador.

Adoro a los tíos Martin y Oliver. Ellos, mamá y papá tienen una historia impresionante acerca de la reencarnación que nadie fuera de la familia creería. Por lo visto, Martin y mi madre fueron hermanos en otra vida, en los años treinta del siglo pasado, nada menos. De hecho, mis tíos vivían en otra ciudad y decidieron mudarse cerca de nosotras porque somos su familia. Se casaron el año pasado y mamá lloró todo el tiempo, como si no solo llorase por el presente, sino también por el pasado que, de alguna manera increíble, todavía guardaban en la memoria.

Mi familia podría pasarse el día contándome sus historias y yo no me cansaría. Lo suyo son las historias de amor y pérdida que me erizan la piel.

Estamos todos sentados en círculo para comenzar el ritual, tenemos flores secas esparcidas en

el centro con múltiples velas encendidas. Reconozco los dibujos que hay en el centro, los hice yo misma.

—¿Qué hacen esos dibujos ahí? —pregunto.

—Son para el hechizo de protección que vamos a hacer —explica Ágata sin añadir nada más.

Mis brujas pueden ser muy misteriosas cuando se lo proponen, pero eso no quiere decir que yo se lo ponga fácil:

—¿Y por qué necesitamos mis dibujos para hacer el ritual?

Hay varios dibujos hechos en distintos momentos de mi vida, y todos se parecen; el último lo he hecho esa misma mañana nada más despertar. No sería raro que me diese por hacer el mismo dibujo de vez en cuando a no ser por un pequeño detalle: los hago y luego no me acuerdo de que los he hecho. Al parecer, me levanto, tomo un papel y un lápiz con impulsividad y empiezo a dibujar a un chico que no he visto en mi vida. Por suerte, heredé el arte de la tata Mariela (la madre de mi madre), cuyos cuadros se venden en todo el mundo por precios que desencajan mandíbulas, y logro dibujar al chico con tal precisión que podría reconocerlo en la calle si lo viese.

—Confía más, Eira, sabemos lo que hacemos —responde la tía Chiara, que da la mano a su mujer Abril en el círculo que conforma mi familia.

—Si yo confío, sois vosotros quienes me ocultáis cosas —reniego.

—Siempre hay un momento clave para desvelar información —me dice mamá, dándome la mano cuando se sienta a mi lado en el círculo.

—Sí, sí… la magia elige cuándo es ese momento, lo sé —refunfuño.

He escuchado esa excusa miles de veces.

La tata Ágata pronuncia sus palabras, que reverberan en la noche bajo la influencia de la luna. Creía que en mi edad blanca haríamos algo más especial, como cuando Aston la cumplió, que hicimos un hechizo diferente de manifestación y luego nos fuimos a bañarnos al río. El ritual se basa en un hechizo de protección, uno más fuerte que los que hemos hecho hasta el momento, ¿cómo va a apreciar el universo que ya he cumplido los diecisiete si estoy tan protegida? Acabamos con el saludo a la magia; nos llevamos los dedos a los labios para besarlos, luego al corazón y finalmente exponemos la palma de la mano hacia el cielo con el brazo estirado; es un gesto de respeto, admiración y rebeldía. Lo reproduzco con todo mi corazón para que la magia me escuche de una vez.

Me siento como una niña pequeña con un berrinche. Aunque sé que todo lo que hacen siempre es por un buen motivo, ojalá la magia decidiese de una vez que es el momento para que me desvelen lo que sea que se empeñan en esconderme.

2

Eira

Las Brujas de Belie, así se llama la tienda esotérica de mi familia. Y se llama así porque las mujeres Anies vivieron gran parte de su vida en ese pequeño pueblo precioso pero lleno de malas personas. Y estoy segura de esto último, porque una mañana de verano recibimos una carta que casi hace que la tata Ágata se desmaye: la veo llevarse la mano al pecho mientras lee y de repente pierde el equilibrio; creo que no he corrido tan rápido en mi vida como esa vez para llegar hasta ella y evitar que se caiga.

Quieren derribar la casa en la que vivieron y también el bosque de fresnos que linda con la parcela para hacer una nueva construcción. La tata Ágata siempre mantuvo la esperanza de que algún día pudiésemos volver a vivir en Belie, el lugar donde fraguó su amor con Ana, la chica a la que perdió demasiado temprano, donde las tatas Mariela y Flor crecieron y donde también se criaron mi madre y la tía Chiara.

—¡No pueden hacer eso! ¡Esa casa es de nuestra propiedad! —Nunca había visto a mi madre tan furiosa.

—Sí que pueden, han adjuntado el contrato que mi madre firmó con el vendedor en su día —dice Ágata con lágrimas en los ojos—. Hay una cláusula que dicta que, si la casa se deshabita durante más de veinte años, la propiedad vuelve a pertenecer al vendedor.

—Pero ¿qué clase de cláusula ridícula es esa? —espeta mi padre, leyendo el contrato con indignación.

—Pues una cláusula antigua, Edan… Y el vendedor era el abuelo de la actual alcaldesa de Belie, ¿os podéis imaginar quién es?

—Lucía… —pronuncia mi madre con voz funesta.

—¿Qué le pasa a esa Lucía? —pregunto.

—Digamos que, de la gente que nos odiaba en Belie, que eran la mayoría, ella encabezaría la muchedumbre furiosa armada con antorchas —me cuenta mamá.

—¿No se puede hacer nada? ¿No podemos ir a hablar con ella? —les pregunto.

—Si nos ve aparecer por allí, le da un síncope —asegura la tía Chiara—. Y no sería la única. Ahora que lo pienso, puede que sí sea una gran idea ir a Belie.

—No, ni hablar. ¿No os acordáis de lo que pasó las últimas semanas? Solo les faltó echarnos de allí a patadas. La cosa se puso muy fea, pasaron de las miradas de desprecio a actos salvajes, como tirar piedras y mandar amenazas de muerte. No vais a volver allí de ninguna de las

maneras —sentencia Ágata, tajante.

—Tata, han pasado más de veinticinco años, muchos de los habitantes de Belie ni sabrán quiénes somos —asegura mi madre.

—Oh, por supuesto que sí, ¿no os acordáis de que es un pueblo pequeño? Las brujas de Belie seguirán estando presentes, sobre todo con Lucía de alcaldesa. Y el hecho más irrefutable de que no nos han olvidado es que quieren borrarnos por completo de Belie destruyendo nuestra casa.

—Puedo ir yo, Ágata, a mí me escuchará… —propone mi padre.

—¿A un amor que la rechazó? Si te ve aparecer, quemará la casa ella misma. —Madre mía, esto parece una telenovela. La parte de Lucía, la odiabrujas-colada-por-mi-padre nunca me la habían contado—. Y ya basta, este es nuestro hogar ahora. Hay que dejar el pasado atrás. Somos felices en esta casa, no hay más de qué hablar.

En casa de las mujeres Anies siempre se ha respetado la palabra de la tata Ágata, por eso todo el mundo obedece a su petición. Pero no nos puede engañar: los días posteriores a la carta, su mirada se ha apagado y a veces vaga por la casa sin saber dónde ir después, como si de golpe hubiese envejecido esos veinte años que aparenta de menos. Y soy incapaz de no hacer nada.

—Aston, me voy de viaje, ¿te apuntas? —le digo a mi primo un sábado después de desayunar.

—¿De viaje? ¿A dónde?

—Te lo contaré todo por el camino, he comprado galletas y tengo suministros de bollos de canela caseros —le chantajeo.

Con mi primo siempre funciona. Y, en efecto, un rato después ponemos la excusa de que nos vamos con unos amigos a pasar la mañana cuando en realidad ponemos rumbo a Belie. Jamás he cometido un acto de rebeldía como ese, nunca les he ocultado nada a mis padres, pero lo cierto es que es sumamente excitante.

Hace unos meses, cuando cumplí los dieciocho, volvimos a hacer un ritual con los retratos de ese chico misterioso que nunca recuerdo haber dibujado y que mi familia asegura que no tiene ni idea de quién puede ser. En aquel momento, cuando se negaron a hacer algún hechizo para averiguar quién era o qué demonios me pasaba, estuve tentada de hacerlo por mi cuenta, pero al final decidí hacerles caso y esperar. Y quizá por eso hoy he decidido hacer algo por mi cuenta, sin pedir permiso a nadie…

—Creo que tu plan no se sostiene por ningún lado —me dice Aston en el asiento del copiloto, arrugando el ceño y mordiéndose las uñas; lo hace cuando se siente inseguro.

—No nos conocen de nada, les haremos una oferta por la casa. Tenemos suficientes ahorros para comprarla —le repito como para convencerme a mí misma.

Las Brujas de Belie funciona tan bien que varias brujas aprendices trabajan en la tienda y hace ocho años patentaron el nombre para abrir otros dos establecimientos más en ciudades diferentes a cargo de personas de confianza de la tata Mariela. Mi bisabuela Ágata instruyó a varias mujeres con dones para que ofreciesen servicios esotéricos en las tiendas. Fue todo un éxito y sigue

siéndolo hoy en día. Yo las ayudo desde los trece años, ganándome mi paga (aunque siempre he querido hacer más de lo que me han dejado), y por eso el dinero no es un problema.

—Ya, no se trata del dinero, Eira. Resulta que tú acabas de cumplir dieciocho y yo, veinte. Cuando lleguemos allí verán a dos mocosos intentando comprar, no solo una casa, sino todo el terreno.

—Sé que la tata Ágata dijo que quieren destruirla e imagino que les dará igual el dinero que les ofrezcan por ella. Pero ¿quién no quiere más dinero del que ya tiene? Y, además, ¿quién se puede resistir a una oferta de dos jóvenes recién casados y encantadores? —añado mirándolo de reojo con una sonrisa pícara.

—¿Recién casados? —Mi primo se atraganta con el bollo de canela.

—¡Será más creíble que si somos primos!

—¿Me has chantajeado con bollos de canela para que me haga pasar por tu marido?

—¿Se te ocurre un plan mejor?

En cuanto cruzamos el cartel de Belie, nos adentramos en un paraje natural precioso. Las casas son como de cuento, como en algunas películas estadounidenses, y solo me hacen falta unos minutos apreciando las vistas del pueblo para entender por qué todas recuerdan Belie con tanta añoranza a pesar de sus horribles vecinos; es el escenario perfecto para una bruja, con tanta naturaleza y tan poco ruido. Seguimos las indicaciones de Google Maps, que nos lleva a las afueras del pueblecito, y pronto vemos la inconfundible casa sumida en maleza lindando con el bosque de fresnos. Ambos bajamos del coche contemplando el lugar; todavía se aprecian las pinturas de la fachada, obra de la tata Mariela, y hay jarrones rotos y restos de alguna calabaza podrida. Se me posa un intenso nudo en el estómago; me han hablado tanto de este lugar que me parece haber vivido aquí. Debía ser espectacular a juzgar por cómo es de bonita aunque se encuentre en estado decadente. Aston y yo avanzamos por el sendero adoquinado veteado de broza y tenemos que saltar y esquivar matas de malas hierbas para alcanzar el porche, que cruje bajo nuestras pisadas, como si lamentase su soledad y nos llorase porque percibe nuestra sangre Anies. Es increíble, pero puedo apreciar la magia que todavía flota en el aire; este lugar guarda miles de recuerdos preciosos.

—¡Hola! ¡Eh, hola! —Un hombre llama nuestra atención desde el final del camino.

Acaba de dejar su coche detrás del nuestro y se acerca con gestos torpes entre la maleza. Mi primo y yo nos miramos con un poco de susto, no me esperaba tener que enfrentarme a alguien de Belie tan pronto.

—Os he visto cruzar el pueblo hacia aquí, ¿sois turistas? ¿Os puedo ayudar? —pregunta, sofocado.

—Hum, sí, ¡sí! ¿Es usted de aquí? ¿Sabe si este terreno está en venta?

—¡Oh! —El hombre de prominente bigote y gafas algo empañadas nos revisa de arriba abajo —. Me temo que esta casa ya está apalabrada, conozco de primera mano a los implicados.

—¡Vaya! Verá, nos acabamos de casar… —Tomo a mi primo de la mano—. Y nuestro sueño siempre ha sido vivir en un lugar como este. El dinero no es un problema, ¿sabe? Podemos hacer una contraoferta al interesado.

—¡Oh! —repite, y vuelve a estudiarnos con ligera sorpresa—. Podéis hablar con la alcaldesa, es ella quien maneja la compraventa.

—Ah, vale, ¡muchísimas gracias! ¿Puedes decirnos dónde encontrarla?

—Si gustáis…, pero es mi deber advertiros de algo que tiene que ver con este lugar —comienza en tono misterioso—. Está maldito.

—¿Maldito? —repito, perpleja.

—Así es. Esta casa pertenecía a una familia de brujas muy temidas por el pueblo. Practicaban magia oculta, invocaban a Satán, ¡una locura, lo sé! Es difícil de creer, pero todos en el pueblo conocen bien la historia, muchos la han vivido de primera mano. ¡Pone los pelos de punta! Dicen que esta tierra está maldita, que la magia aún pudre las esquinas de la casa. Deberéis derribarla para construir otra cosa si os empeñáis en vivir aquí. —Aprieto la mano de mi primo hasta que se queja de forma disimulada y me suelta con un jadeo. Como no se calle le meteré la broza por la boca—. Menos mal que consiguieron echarlas, pero no se fueron sin antes asesinar a una pobre anciana y a su nieto, los dos muy queridos por Belie, una historia muy triste…

¿Está hablando de mi padre y de mi bisabuela? Esa historia me la sé. ¿Para qué se inventan esa horrible mentira? Aston me vuelve a tomar de la mano cuando aprecia mi gesto furioso y carraspea más fuerte de lo necesario.

—Vaya, fascinante, ¿verdad, mi amor? A nosotros nos encantan las historias de brujas. No nos importan las leyendas; de hecho, solo potencia su encanto —interviene mi primo en esta ocasión.

El hombre nos mira con una ceja arqueada.

—La juventud de hoy… —Niega con la cabeza—. Aunque nadie puede negar que tan jóvenes, casados y con suficiente capital para comprar una propiedad… es poco común.

—¿Verdad? Nos lo suelen decir —responde Aston con una sonrisa radiante de las suyas—. Nuestros padres están orgullosos.

—Ajá. —Vuelve a revisarnos antes de abrir su coche—. Seguidme si queréis hablar con la alcaldesa.

Expulso un gruñido ronco y prolongado cuando estamos seguros dentro de la cabina del coche, esta vez es Aston quien conduce.

—Controla tu genio, Eira. Mi madre y la tuya ya nos han contado muchas veces anécdotas de este pueblo y ninguna es agradable. Estábamos prevenidos.

—Lo sé, pero eso no lo hace menos soportable. ¿Cómo pudieron aguantar?

Aston sigue al coche del hombre con bigote y nos adentramos en el pueblo hasta que nos detenemos frente a una encantadora casa con un pequeño patio repleto de macetas. Una mujer abre la puerta antes de que a mi primo y a mí nos dé tiempo a bajar del coche. El señor del bigote

se nos adelanta y le comenta sin mayor detalle por qué estamos de visita en el pueblo. «Bocazas». La mujer, quien imagino que será la famosa Lucía, la odiabrujas-colada-por-mi-padre, nos examina achicando los ojos.

—Buenos días, somos Eira y Aston. Como bien ha dicho su vecino, nos interesa…

—Tú… —Lucía interrumpe a mi primo para señalarme con un dedo. Su expresión de repentino asombro y aversión nos toma desprevenidos—. Eres la viva imagen de ella…

—¿Qué? —digo, helada.

—Largo de aquí —conmina, y la voz le vibra al final.

—Disculpe, señora alcaldesa, creo que se ha confundido —empiezo a decir.

—Ah, no, de eso nada. Eres una maldita calcomanía de tu madre —escupe con una hostilidad que me eriza el vello de la nuca—. Ni en tus mejores sueños te venderé esa casa. La quemaremos hasta los cimientos, no quedará nada de tu asquerosa estirpe, nos encargaremos muy bien de ello; todos lo estamos deseando. Arderá cada árbol y cada diminuta hoja que hayan podido tocar las podridas manos de tu familia.

En esta ocasión también siento la rabia de Aston a través de su mano, que todavía sujeta la mía. Tiemblo de impotencia, pero me muerdo la lengua.

—Siento pena por ti —le digo en tono tranquilo—. El odio te carcome el alma, lamento que debas convivir con él cada día, debe ser agotador.

Ella vibra de ira desde el umbral de su casa.

—¡Largo de aquí!

—¿Sabes? Son felices. Viven en paz y en armonía; ellas son luz, dulzura y magia. Siento pena por este pueblo que nunca supo verlas. Mi padre sí lo hizo, lo hizo y se casó con mi madre; no he conocido amor más puro e intenso que el suyo, se aman cada año más y más y solo aspiro a tener un amor así en mi vida algún día.

Lucía me mira con los ojos desorbitados, se agarra al marco de la puerta para no perder el equilibrio.

—¿Así que una anciana y su nieto asesinados? ¿Con qué fin os inventáis esas historias? Es el odio lo que pudre este pueblo, no ellas.

—¡¡Largo de aquí!! ¡Largo o llamo a la policía!

—Vais a destruir el antiguo hogar de una mujer buena de más de noventa años. No lo hagáis, Lucía, por favor, romperá su corazón.

—Haré lo que haga falta para arrancar de raíz todo rastro de las brujas de Belie —dice en tono de ultratumba.

—Eira, vámonos —me pide Aston al tiempo que me agarra más fuerte de la mano al notar el leve amago que hago de avanzar hacia Lucía—. No vale la pena, vámonos —me pide en un susurro, empujándome hacia el coche.

Aguanto con esfuerzo las lágrimas de impotencia y cedo a la insistencia de mi primo. La rabia

me nubla los pensamientos y ni siquiera soy consciente del momento en el que Aston ha arrancado el coche o del momento en el que hemos salido del pueblo.

Los dos guardamos silencio; me doy cuenta de que él agarra el volante con los brazos tensos y mira la carretera con disgusto.

—Siento much… —Una sombra con forma humana cruza por nuestro flanco izquierdo y Aston hace virar el volante por el susto, haciendo que el coche se pegue a la cuneta unos instantes hasta que recupera el control.

—¡¿Qué demonios ha sido eso?! —vocea mi primo.

—¡No lo sé! Ha pasado muy cerca y… demasiado rápido —digo, revisando nuestro alrededor por las ventanillas—. Aston… ¿tienes la misma sensación que yo?

Mi primo me observa unos segundos de reojo y se remueve, incómodo.

—No lo sé, es muy sutil… —dice, vacilante.

—¿Sutil? —Tengo la piel erizada y los sentidos alerta, para mí no es sutil. Se ha activado mi intuición—. Es como si… como si alguien nos observase.

Advierto cómo mi primo se estremece. Él también lo nota aunque no lo quiera verbalizar.

El camino de vuelta a casa se hace más largo porque esa sensación no nos abandona. Bajamos del coche tras aparcarlo en el terreno ubicado al lado de casa y los dos contemplamos nuestro alrededor antes de atravesar el camino flanqueado de flores.

—Hay una visita dentro —anuncia Aston; los dos la hemos percibido a la vez.

De alguna forma sé que nuestros instintos están más activos que nunca, los dos podemos sentir la tensión del ambiente.

—Esto no me da buena espina…

Una libélula iridiscente sobrevuela nuestras cabezas en ese preciso instante y se posa en el alféizar de la ventana que da al salón. Un agudo escalofrío me recorre de los pies a la cabeza antes de que la puerta se abra ante nosotros; es la tía Chiara, que nos recibe con gesto ansioso.

—Mamá… —murmura Aston.

—¿Cómo se os ocurre ir a Belie solos? —Su regañina es con un tono bajo y cauto, creo que en esos momentos nuestro acto de rebeldía es el menor de sus problemas—. Pasad.

Chiara recorre el exterior con la mirada mientras entramos y cierra la puerta con ímpetu.

—Eira, cielo, ¿recuerdas que siempre os hemos dicho que la magia encuentra el momento idóneo para desvelaros información?

Se me encoge el estómago ante la pregunta de mi tía y entonces me encuentro con la estampa: hay una reunión en el salón; papá, mamá, las tatas Ágata, Flor y Mariela, y la tía Abril (la mujer de Chiara). La visita se encuentra de pie cerca de la chimenea, es una anciana alta, de porte elegante pero amedrentador.

—Eira… —Mi madre viene hacia mí y me toma de la mano, su sufrimiento es tan evidente que me tenso.

—¿Qué ocurre? —pregunto.

—Es hora de que conozcas lo que te hemos estado ocultando. Espero que nos entiendas, pequeña, y sepas que lo hemos hecho para protegerte, porque te queremos muchísimo —me cuenta la tata Ágata con pesar.

—Sin embargo, no ha sido la mejor elección. —La primera vez que habla la mujer percibo que no es del agrado de nadie de los presentes—. Deberíais haberla instruido.

—Eira, te presento a Andra, una vieja amiga —comienza Ágata; no se me pasa desapercibida su mirada de advertencia hacia la anciana—. Ha venido a prevenirnos. Esperábamos que nuestros hechizos de protección bastasen, pero el aquelarre ya ha mandado a sus buscadores.

—No sabemos si la han visto, puede que desconozcan su existencia —dice mi padre; parece consumido.

Siento un estremecimiento recorrerme la columna.

—Los buscadores del aquelarre son los mejores rastreando, sobre todo si se trata de una aspirante a Deida. Claro que la habrán encontrado —asegura Andra.

La imagen de la sombra atravesando el lateral del coche y la posterior sensación de estar siendo vigilados acude a mi mente con fuerza. Cruzo la mirada con Aston y él me dedica una expresión asustada; está pensando lo mismo que yo.

—¿Qué es el aquelarre? ¿Y… eso de la aspirante a Deida? —pregunto, confusa.

—¡¿No le habéis contado nada?! —exclama la anciana, indignada.

—No creíamos conveniente que lo supiese porque mi hija no va a ir a ningún lado —responde mi madre con voz enfadada.

—Vuestra absurda resistencia solo la hace débil. ¿Es que no lo veis? No importa que estéis desvinculados del aquelarre. ¡Es una aspirante a Deida! No se arriesgarán a dejar ni una sola por encontrar porque cualquiera podría ser la original. —No entiendo absolutamente nada de lo que sale de la boca de esa mujer.

—¿Alguien me explica qué está pasando? —digo con la voz aguda y vibrante por el incipiente pánico.

Ágata suspira hondo y se acerca a mí:

—El aquelarre Vulgaris es una familia de brujos que rigen las prácticas mágicas que se realizan en el país. Surgieron para protegernos durante la época de la caza de brujas —empieza a contar Ágata—. Me independicé de ellos, como ya habían hecho otras brujas, para poder formar una familia sin preocuparme de seguir siendo parte de sus tradiciones. Sin embargo, por alguna razón retorcida, el universo ha querido que seas aspirante a Deida.

Ágata me explica qué significa ser una Deida: «Las Deidas son una pieza clave para impedir que se repita algo semejante a la quema de brujas». Me estalla la cabeza ante esa escueta descripción. Me dice que no soy la única aspirante y que, para saber quién es la original, existe la Proclama de la Deida, una tradición del aquelarre que consiste en una serie de pruebas.

—¿Qué clase de pruebas? —pregunto, abrumada.

He tenido que sentarme para asumir la oleada de información porque me flojean las extremidades. Mamá y papá se han sentado a mis flancos, como para protegerme de lo que me cuentan, y Fantasma salta a mi regazo.

—Son pruebas en las que tendrás que mostrar tus habilidades de bruja —interviene Andra esta vez—. Y todas giran en torno al Catalizador.

Mis padres se envaran a mis lados cuando oyen esa palabra. La tata Ágata suspira y se acerca a Andra para mostrarle un folio; la anciana responde con asombro cuando lo revisa.

—¿Quién lo ha dibujado? —pregunta ella.

De repente sé qué dibujo le ha enseñado; aspiro entre dientes con fuerza.

—¿Sabes quién es el chico del retrato? —inquiero.

Andra me observa con cierta sorpresa, parece incluso eufórica.

—Es el Catalizador —responde con vehemencia—. ¿Lo has dibujado tú?

—Sí…

Ella reprime una sonrisa de satisfacción, es la única que responde de esa manera; de hecho, todos la miran con desaprobación.

—Se llama Caiden Vulgaris, es el primogénito de Ades y Calíope, la más alta estirpe del aquelarre Vulgaris.

—¿El Catalizador es un Vulgaris? —La profunda impresión en la voz de Ágata pone en alerta a los presentes.

—Todos estamos igual de sorprendidos, Ágata. Fue un chico diferente en su infancia y se ha descarrilado; las habladurías extienden que ha estado actuando a espaldas de su padre y que ha matado a brujos sabios, consejeros del aquelarre. Su alma es oscura, me temo. Y tiene un poder muy peligroso.

—¿Qué es el Catalizador? —exijo saber.

—Es el que despierta el hechizo que el aquelarre lanzó hace más de doscientos años. A raíz de él, habéis nacido todas las aspirantes a Deida —explica Andra—. Y la misión de la Deida será frenar sus planes para que no origine un acontecimiento semejante a la quema de brujas.

—Yo no soy ninguna Deida —aseguro, levantándome de mi asiento—. Esas pruebas de las que habláis… ¿Pararle los pies a un brujo poderoso? Yo no soy la chica que buscan, en absoluto.

Andra ríe entre dientes, parece que le caigo bien. Mis padres, que todavía siguen sentados, la atraviesan con miradas desafiantes; son como leones protegiendo a su cría.

—Es cierto que, a pesar de mis fervientes consejos, tu familia no te ha instruido para la Proclama. Eso significa que vas a tener desventajas sobre las otras aspirantes, sin duda. Las demás se han estado preparando desde los cinco años, que es cuando el aquelarre recomienda que comencemos a instruir a nuestras aspirantes. También es cierto que seguramente, con toda probabilidad, seas la única con una familia desvinculada de los Vulgaris. En cualquier caso, el

resto de las familias están deseando que comience la Proclama.

Oigo un gruñido de mi padre y mi madre se incorpora, furiosa, sin saber qué hacer con las manos.

—¡¿Cómo pueden desear que sus hijos vayan a semejante barbaridad?! —exclama mi madre, indignada.

—Tanto para ellos como para las aspirantes a Deida es un honor —responde la anciana, altiva —. Os dije que deberíais sentiros orgullosos, vuestra hija podría salvar miles de vidas.

—¡Poniendo en riesgo la suya! —ruge mi padre con tanta ira que Andra retrocede.

—Sí, unas pocas vidas se sacrificarán para un bien mayor. —La devoción con la que recita la frase enerva a mi familia, que se remueve intranquila.

Con las últimas aportaciones comprendo algo: el aquelarre Vulgaris quiere que participe en esas pruebas en las que solo la Deida original sobrevivirá; no necesito que lo digan en voz alta para saberlo.

Siento que la sangre desciende lento hacia mis pies.

—Repito: las pruebas giran alrededor del Catalizador. El aquelarre necesita descubrir por cuál de las aspirantes siente debilidad; es imprescindible saberlo para encontrar a la verdadera Deida. Pero no será fácil, Caiden tiene un alma oscura y no mostrará predilección por ninguna, todo lo contrario. La Deida original será quien estropee sus planes y, por supuesto, él intentará evitar que eso pase. De hecho, no le importará que perdáis la vida.

—Oh, vaya, eso es… —gorgoteo; la sangre no me llega a la cabeza.

Me llevo los dedos al pelo, Fantasma se baja de mi regazo cuando me levanto como si de repente levitase y me paseo por el centro del salón bajo la mirada preocupada de mi familia.

—En realidad, la Proclama se va a retrasar porque lo están buscando. Caiden y su familia apenas tienen relación desde hace unos años y hallar su rastro no es tan fácil como si conviviese con ellos y pudiesen conseguir algún cabello suyo o rastrear su energía… Nuestro Catalizador es muy astuto.

—¿No encuentran a Caiden? —pregunta Ágata.

—Hace poco que descubrieron su traición. Ha reclutado a brujos insurgentes, muchos de ellos de muy mala reputación, y no le importa quitar vidas inocentes para conseguir sus propósitos. —La voz de la anciana suena escandalizada—. Por supuesto, no quiere que se celebre la Proclama de la Deida porque no quiere que se encuentre a la persona que está destinada a detenerlo. No será nada fácil dar con él…

—¿Y si no lo encuentran? No se podrá celebrar la Proclama, ¿no? —pregunto, esperanzada.

—Lo harán, creedme, y será más pronto que tarde, porque no pueden arriesgarse. Y esto, querida Eira, te otorga un tiempo valioso que no deberías desaprovechar. Ágata, por favor, instruidla, buscad a un buen mentor; sin esos elementos no tiene ninguna posibilidad de sobrevivir.

Mi familia enmudece ante el consejo de Andra. Existe una angustia palpable en el ambiente, es casi asfixiante.

—Debéis dejar de resistiros. Y tú, Eira, debes ir con otra mentalidad a la Proclama. Recordad que las aspirantes a Deida se enamoran del Catalizador, sin excepción.

—¡¿Disculpa?! —grito, no he podido evitarlo.

—Aunque sea un brujo oscuro, todas las aspirantes a Deida os sentiréis atraídas por él. Y, de hecho, el aquelarre debe ver que es así, de lo contrario… las pruebas no servirían de nada. —Su tono amargo nos da a entender que, si no me vuelvo loca por ese hombre, no superaré las pruebas. Pero ¿qué narices…?—. Pero, bueno, no parece difícil: lo llaman Caiden el Hermoso y se ha ganado esa fama desde hace un tiempo. Es un muchacho muy sensual aunque no lo pretenda y, al parecer, ha roto varios corazones.

Me nace una risa histérica desde lo más hondo del pecho.

—Todo esto me parece lo más surrealista que he escuchado en mi vida. —No soy capaz de detener la risita ahogada que surge de mi diafragma.

—Ágata, he venido hasta aquí por los años en que fuimos amigas inseparables; todavía te quiero, aunque comprendo muy bien tu resentimiento. —Andra se dirige a la tata con un caminar pausado—. Por eso insisto: la mejor manera de proteger a tu bisnieta es prepararla y encontrar a un mentor. Todas las aspirantes a Deida tendrán uno durante la Proclama, no esperéis más.

Ágata la mira con los labios apretados en una línea; intuyo su resignación, sabe que su antigua amiga tiene razón.

—Tata… —murmura mi madre.

Ágata le devuelve la mirada triste a su nieta con un suspiro.

—Por mucho que nos pese, Andra está en lo cierto. Sería maravilloso que nuestros hechizos de protección funcionasen, pero ¿y si no? Debemos estar prevenidos.

Nadie replica. Todos me miran con impotencia y me doy cuenta de que no me gusta nada que me miren así.

—El mejor mentor que he tenido la oportunidad de conocer le enseñó a su nieto todo lo que sabía —dice entonces Andra—. Probablemente él sea la opción más adecuada para Eira, solo que… es un hueso duro de roer. No accederá con facilidad a ser el mentor de nadie, pues, por lo visto, no pretende seguir los pasos de su abuelo.

—¿Se puede saber de qué nos sirve esta información si el tipo no quiere saber nada del tema? —respondo con sorna. Esto no me puede estar pasando…

—Intentadlo —contesta ella, impasible, mirándonos a todos—. Demostradle que Eira es una gran candidata a Deida y quizá os ayude. Se llama Enzo Damián, os proporcionaré su dirección.

Mi padre me abraza por detrás de improvisto, hunde la cara en mi pelo y siento su desazón atravesar mi energía.

—Lamento todo esto —me dice, y yo reprimo un gesto de dolor, porque sus palabras hacen

más real la situación—. Tendremos que ser fuertes, ¿eh? Haremos lo imposible. De eso tu madre sabe mucho, ella y el resto de las mujeres Anies. Son increíbles y tú, mi vida, me atrevo a decir que las superas. Saldremos de esto, ¿vale?

Envuelvo los brazos que me aprietan y cierro los ojos con fuerza. Siempre he tenido confianza ciega en mi padre, hoy no será diferente.

—Vale —musito.

Y nace en mí un espíritu tenaz que desconocía hasta el momento. Por fin sé qué es lo que me ocultaban y la razón de por qué lo hacían; siempre he sabido que el día en que me lo contasen supondría un antes y un después para mí, aunque jamás hubiera podido imaginar cuánto.

3
Edan

Estamos frente a la casa de ese tal Enzo Damián, el mentor que la bruja anciana nos recomendó para Eira. No nos recibirá de buen grado, o eso dijo ella. Por lo visto es un hombre gruñón y ermitaño con pocas o nulas habilidades sociales.

—Quedaos en el coche —les pido a Vera y a Eira.

—¿Qué? No, papá. Debo ir yo —replica.

Siempre ha tenido el impulso de hacerse cargo de cosas que todavía no son propias de su edad. Es cierto que es astuta, ha salido a Ágata en muchos aspectos referidos a la magia; la intuición, la habilidad de hacer hechizos, de leer a las personas… pero se olvida de que, para sus padres, ella es una niña a la que quieren arrebatarnos demasiado pronto.

—No sabemos si ese hombre está bien de la cabeza, no dejaré que te expongas, Eira. Aguarda aquí con tu madre, volveré cuando compruebe que es una persona cuerda. —Cruzo la mirada con Vera, que está a mi lado de copiloto, y me dedica una sonrisa alentadora que me da fuerzas para abrir la puerta y salir del coche.

Todavía oigo refunfuñar a mi hija antes de cerrar tras de mí y sonrío; me gusta su naturaleza inconformista y valiente, eso la ayudará si se la lleva el aquelarre a su maldita Proclama. Solo de pensarlo se me revuelven las tripas.

Llamo al timbre del bajo que nos indicó Andra; se trata de una puerta azul claro descascarillada con las bisagras y la aldaba oxidadas. Nadie abre, espero un minuto para volver a llamar; lo hago, aprieto el timbre de nuevo y me remuevo en el sitio, inquieto. Entonces oigo pisadas al otro lado.

—¿Quién es? —responde una voz ruda cuando abre la puerta, apenas se asoma por encima de la cadena de seguridad.

—Hola, eh, ¿está Enzo Damián?

—¿Quién habla?

—Me llamo Edan de Alba. Me gustaría hablar con usted, he venido aconsejado por una vieja amiga que asegura que su abuelo fue uno de los mejores mentores de aspirantes a Deida que ha conocido.

El hombre emite un sonido mudo y luego me cierra la puerta en las narices. Aguardo por si me ha cerrado para retirar la cadena de seguridad, pero no parece que eso vaya a suceder.

—Joder… —murmuro, y hago acopio de toda mi fuerza de voluntad para volver a llamar de

nuevo.

¿Puede que ese hombre me parta las narices? Es posible, pero no me voy a ir de aquí sin que acceda a ayudar a mi hija.

El hombre abre de nuevo con la cadena puesta.

—¡Yo no soy mi abuelo! ¡Váyase! —me pide de forma escueta pero tajante antes de volver a cerrar de un portazo.

—Por favor —suplico, acercando la cara a la ranura de la puerta—. No hemos instruido a mi hija para la Proclama de la Deida. Creíamos que podríamos protegerla y puede que hayamos cometido el peor error de nuestra vida… Usted es nuestra única esperanza. No me iré de aquí sin que me escuche.

No ocurre nada al otro lado. Estoy a punto de volver a llamar al timbre cuando por fin abre sin la cadena de por medio; estoy ante un hombre muy alto y corpulento que parece bastante mayor que yo, aunque no puedo saberlo con tanto pelo en la cara y esas pintas de no haber salido de casa en semanas.

—¿Has venido a molestarme a mi casa para pedirme un milagro? —dice con voz grave y ofendida.

—Eh… no. —Cuadro los hombros y carraspeo—. He venido porque usted ha aprendido con el mejor mentor que nuestra amiga conoce. Nos dijo que su abuelo estuvo al lado de la última Deida que resultó ser la original y que la ayudó mucho.

—De nuevo, le repito que yo no soy mi abuelo. Yo no ayudo a las aspirantes a Deida —gruñe.

—Pero su abuelo le enseñó, ¿no?

—Mire, señor De Alba, no quiero ofenderle, pero, aunque tuviese todos los conocimientos para ayudar a una aspirante a Deida en la Proclama, un mentor elige muy bien a quién ayudar. Ser mentor de una aspirante que no ha sido instruida por nadie antes es como llevar a un deportista principiante a las olimpiadas: un fracaso. Si alguna vez soy mentor, que lo dudo, lo seré de una aspirante preparada y capaz.

Coloco la mano en la puerta cuando procede a cerrarla de nuevo a riesgo de enfrentarme a su furia.

—No conoce a mi hija —le digo con voz fervorosa.

—¡Oh, por favor! ¿Un padre poniendo en un pedestal a su hija? No me venga con esas. ¡Y deje de hacerme perder el tiempo!

—Es lista, astuta e inteligente, debe verlo con sus propios ojos, se lo ruego, Enzo. Ha nacido en el seno de una familia conformada por mujeres luchadoras que le han enseñado los secretos de la magia y ella… ella lo absorbe todo con pasión, siempre ávida de aprender. Cuando apenas tenía siete años dibujó al Catalizador, Caiden Vulgaris, y ha seguido dibujándolo desde entonces aunque estaba protegida con decenas de hechizos bloqueadores. Nos preguntamos qué habría averiguado por sí misma si no se lo hubiésemos impedido.

Enzo Damián me observa con algo más de interés, aunque no puedo saberlo con certeza porque apenas adivino su expresión bajo su barba densa y su cabello largo enmarañado.

—¿Qué edad tiene su hija?

—Dieciocho —respondo, esperanzado.

Él emite un sonido de disgusto.

—Además de no estar preparada, es muy joven, ¿sabe cuántos años tiene el Catalizador? Veinticuatro, el resto de aspirantes se acercarán a su edad. Demasiados inconvenientes… —protesta y, para mi disgusto, vuelve a hacer el amago de cerrar la puerta.

—¡Le recuerdo que el Catalizador siente debilidad por la Deida, no se siente atraído por ella! —voceo antes de que termine de cerrar. Reprimo una sonrisa de satisfacción cuando vuelve a exponerse tras la puerta con gesto vacilante—. Por lo tanto, ¿no sentirá más predilección por una aspirante más joven?

Enzo emite un gruñido; está debatiendo consigo mismo.

—Ese argumento no es comprobable, pero sí estratégico —murmura.

Asiento con la cabeza para darle más ímpetu a mi argumento.

—Eso es… Mire, Enzo, es cierto que no sabemos cuánto tiempo tenemos antes de que encuentren al Catalizador desaparecido y convoquen a las aspirantes a Deida para la celebración de la Proclama, puede que no sea demasiado, pero le aseguro que valdrá la pena. Eira aprende deprisa y…

—¿Dónde está? —me interrumpe.

—Eh… está esperando a que le diga que venga.

—Pues vaya, no tengo todo el día —gruñe de nuevo.

Obedezco al instante y me giro para hacerles señas. Eira sale del coche la primera y viene con prisa, mi bella mujer camina detrás con gesto preocupado. Detengo a mi hija antes de que se haga visible ante el hombre, como si los últimos coletazos que se resisten a que aquello suceda se apoderasen de mí.

—Le presento a mi hija…

—Dame la mano, muchacha. —El inmenso hombre todavía lo parece más al lado de Eira, por eso me tenso cuando la toma de la mano sin pedirle permiso.

Reprimo como puedo mi instinto protector y respiro hondo cuando Vera me acaricia la espalda al llegar a nuestra altura. Enzo cubre con sus dos enormes manos la de Eira y cierra los ojos. Ella lo mira expectante, con esa mirada de pajarillo curioso que tiene desde que era un bebé.

El hombre vuelve a gruñir, por lo visto es su *hobbie* favorito, pero en esta ocasión percibo una nota complacida.

—Tu padre debe dejar de hablar por ti, chiquilla. A partir de ahora tendrás que enfrentarte tú sola a la vida, debes tenerlo claro, tanto tú como ellos —le dice más calmado—. La Proclama es implacable, solo estará tu mentor allí para ayudarte y, la mayoría de las veces, él no podrá hacer

nada por ti.

—Eira quería venir a hablar con usted —aclaro, me parece justo—. No se ofenda, dicen que puede ser uno de los mejores mentores, pero no el más agradable, por eso he preferido venir antes.

Ninguno de los tres nos esperamos que esboce una sonrisa y emita un par de carcajadas flojas.

—Admiro su sinceridad y su impulso protector, señor De Alba, pero eso no ayudará a su hija.

—¿Y usted la ayudará? —pregunta Vera, aferrada a mi brazo.

A él tampoco se le ha pasado por alto el ruego implícito en su voz. Enzo suelta la mano de Eira y parece debatir consigo mismo; arruga sus pobladas cejas y suspira.

—Para ser unos padres sobreprotectores confían demasiado en un hombre gruñón y sin afeitar, ¿no creen?

—Nuestras fuentes son fiables —responde Vera convencida—. Usted no ha ayudado a ninguna aspirante, pero su abuelo sí, ¿verdad?

—En efecto, he dedicado toda mi vida a aprender a ser mentor. Tanto que… bueno, como verán he descuidado otras facetas importantes. Por eso, cuando murió mi abuelo, mandé todo a tomar por saco y todavía no he hecho las paces con esa parte de mí. Como comprenderán, su visita no es demasiado grata…

—Va a aceptar. —Eira habla por primera vez.

—¿Qué? —digo yo.

—¿Cómo dices, chiquilla?

—Va a aceptar —repite, dirigiéndose a él—. No sé cómo puedo estar tan segura, pero… percibo una conexión entre usted y yo.

Enzo parpadea perplejo. Vera y yo la miramos de forma semejante; nuestra hija nunca dejará de sorprendernos. Y ambos pegamos un respingo cuando el grandullón empieza a reír de forma estridente.

—Manda narices que una chiquilla de dieciocho años tenga las cosas más claras que yo —dice, restañándose las lágrimas de los ojos—. Y que, después de prometerme que nunca sería mentor, se presente en mi casa una aspirante a Deida sin instruir y vaticine que aceptaré.

—Sin instruir y desvinculada del aquelarre —aporta Eira.

Hago una mueca de dolor ante la reacción exagerada del hombre. Estoy seguro de que volvería a cerrarnos la puerta en las narices si pudiese.

—¡¿Están independizados de los Vulgaris?! —Su voz de tenor resuena en las paredes de la casa.

—¿Tan grave es? —La inocencia de Eira noquea a Enzo.

—Ser tu mentor sería la tarea más suicida que haría en mi vida, chiquilla.

—Por eso está deseando hacerlo. —La voz de mi hija no suena presuntuosa, solo verbaliza algo que intuye—. Necesita este reto en su vida para hacer las paces con esta parte de usted que

ama, pero que le ha arrebatado otras posibles oportunidades.

El hombre la mira asombrado. Ahí está, eso es lo que hace mi hija con la gente, los deja sin palabras.

—Le dije que debía conocerla —digo, orgulloso.

—Ya veo… —murmura—. Así que… sabes leer a las personas, ¿eh?

Mi hija se encoge de hombros.

—No es a propósito —se excusa.

—Imagínate si así fuese —responde él y esboza otra sonrisa—. Hay mucho trabajo que hacer, y no solo hablo de la aspirante. Ustedes… —El hombre nos señala como un profesor que regaña a sus alumnos—. Dejen de ampararla bajo sus alas, debe volar sola, ¿entendido?

Vera y yo lo miramos sin saber si nos tenemos que alegrar o no.

—¿Entendido? —inquiere de nuevo.

—Eh, sí, entendido —dice mi mujer.

—Sí, claro —murmuro.

—Bien, proporciónenme su dirección, tengo que preparar muchas cosas. ¡Y váyanse ya! Ya han perturbado mi paz suficiente por hoy.

Cuando le escribo la ubicación de nuestra casa en un papel, Enzo nos echa mientras refunfuña, Eira sale de espaldas con mirada divertida y luego él nos cierra la puerta en la cara.

* * *

Vera observa a nuestra hija por la ventana. Enzo lleva viniendo un par de semanas para preparar a Eira en distintas disciplinas relacionadas con la brujería (cuando llegó el primer día casi no lo reconocimos sin esa barba enmarañada; la peluquería le ha quitado diez años de encima). Hay algunos aspectos que sabe resolver con suma facilidad, como hechizos o rituales de toda clase, pero otros que se le resisten, como las pruebas físicas. Mi mujer cruza los brazos con preocupación cuando ve la quinta caída de Eira en su prueba de obstáculos en el jardín.

Me acerco a ella y la abrazo despacio por la espalda, inhalo su perfume que relaja mi corazón al instante y le beso el cuello. Su cuerpo es mi refugio, cuando tenía diecisiete creía que era imposible amarla más, pero me equivocaba; la amo y la deseo a cada instante y jamás me sacio de ella.

—Qué cosas más absurdas se heredan —protesta, culpándose—. ¿Por qué, de todo lo que tengo, le he dado mis dos pies izquierdos?

Río contra la piel de su cuello y la vuelvo a besar.

—A mí siempre me ha parecido adorable.

Ella jadea ante mis evidentes ganas de ella.

—Ser adorable no la ayudará en la Proclama.

—Aprenderá, ya lo verás.

—¿Y si no hay tanto tiempo?

Por desgracia, Vera está en lo cierto. Unos días después, Enzo llega con malas noticias: el aquelarre ha encontrado al Catalizador; Caiden Vulgaris ha regresado al Templo (la casa del aquelarre) esposado y custodiado. La Proclama de la Deida dará comienzo el próximo lunes; todas las aspirantes a Deida deben acudir al Templo a medianoche. De no ser así, un buscador vendrá a por ella y perderá el privilegio de tener un mentor que la acompañe durante la Proclama.

* * *

—Sé que apenas me conocéis y no inspiro mucha confianza —dice Enzo en el aeropuerto, justo antes de que nuestra hija embarque en el avión que nos alejará de ella—. Pero yo seré su única familia allí. Confiad en sus capacidades, yo cuidaré de ella dentro de lo posible.

Eira se abraza a nosotros con fuerza. Vera y yo reprimimos las lágrimas con esfuerzo por ella, para que no le duela tanto el corazón.

—Te queremos muchísimo —le dice Vera, sosteniéndola de la cara.

Nos rompemos en el momento en que la vemos desaparecer junto a Enzo a través de la puerta de embarcación. Vera y yo nos desgarramos, nos abrazamos, intentando aplacar la angustia del otro, porque no sabemos si volveremos a ver a nuestra hija de nuevo.

4
Eira

«Demostrar amor te hace frágil. Si una persona sabe que la quieres, le concedes el poder para destrozarte.»

Mandamientos para sobrevivir, por CAIDEN VULGARIS

Es extraño, siempre he querido ser más independiente y que me dejasen libertad para explorar la vida a mi manera. Hace mucho tiempo que lo único que anhelaba era conocer el secreto que me guardaban, incluso me he enfadado por sentir que me ocultaban algo demasiado importante, y… ahora, ahora cuando aterrizo en un lugar nuevo a cuatro horas en avión de mi hogar, esos deseos me parecen lejanos, como los de alguien mucho más pequeña e inocente.

Enzo no es muy hablador que digamos. Nos pasamos el viaje en avión en silencio y me resisto a preguntar a dónde vamos cuando un coche nos deja en un embarcadero y subimos a una lancha. Preparo el ungüento con el hechizo para evitar marearme en el mar y me tiemblan las piernas cuando me siento y él arranca el motor. Puede que ese hombre huraño que ya muestra cierto afecto hacia mí me esté llevando a una muerte segura. Estoy convencida de que yo no soy la Deida que buscan; yo no he estado entrenando desde los cinco años como las demás ni es un honor para mí participar en la Proclama.

El cielo se está apagando ahí arriba y la humedad del viento salino que nos azota entumece mi cuerpo, cubierto por una manta fina.

—¿Vas bien ahí delante? —me pregunta Enzo al rato.

—Sí, estoy bien —voceo para que me oiga por encima del rugido del motor, el aire y las olas que chocan contra la lancha.

—Esta noche presentarán al Catalizador en sociedad —me cuenta desde su lugar cerca del motor—. Probablemente, al haber sido apresado, Caiden haya pasado estos días en el calabozo. Lo liberarán para que podáis verlo las aspirantes a Deida. Sin embargo, él todavía no os verá a vosotras, debéis ir tapadas con una capa y un antifaz.

—Yo no tengo nada de eso… —le digo.

—Chiquilla, ¿para qué crees que tienes un mentor? De los asuntos de código de vestimenta me ocuparé yo. Tengo un pequeño equipo de confianza que me conseguirá todo lo que le pida.

Aquella es la única charla que mantenemos durante las horas eternas que dura el viaje a través

del mar. La noche se cierra más y más volviendo el agua negra y peligrosa; el mar siempre me ha inducido mucho respeto y está claro que estamos muy lejos de cualquier orilla. Reprimo el miedo y me abrazo las extremidades ateridas como puedo. Hasta que, por fin, vemos vida frente a nosotros.

—Bienvenida al Templo —me dice Enzo, que observa el terreno igual de asombrado que yo.

—¿El Templo es una isla entera? —pregunto.

—Una isla que no aparece en los mapas. Si no fueses una aspirante a Deida, no habríamos podido cruzar el hechizo de protección de ahí detrás —me indica, señalando la oscuridad a nuestras espaldas.

Enzo detiene la lancha en el embarcadero y yo me incorporo con suma torpeza. Él salta a la tarima de madera y no parece en absoluto dispuesto a ayudarme con mi equipaje, una maleta grande y una bolsa de viaje. Suspiro con pesadez y hago maniobras para cargar con todo sobre la superficie oscilante y casi me voy de morros cuando dejo caer el peso del equipaje en la tarima.

Caminamos por senderos flanqueados de bosque alrededor de una hora cuando de repente se detiene. Ahogo jadeos; estoy segura de que tiraré los pulmones por la boca en cualquier momento. ¡Este hombre tiene las piernas larguísimas! Una zancada suya son tres de las mías y además él carga con una bolsa al hombro que apenas parece notar mientras yo arrastro mi equipaje que debe pesar unos cuarenta kilos por lo menos. No solo llevo ropa y accesorios de aseo, también he traído tarros de hierbas, esencias, minerales y demás ingredientes para hacer hechizos que me ayuden a sobrevivir.

—Toma, ponte esto. —Enzo ha abierto su bolsa y ha extraído una tela blanca para cedérmela —. Estamos a punto de llegar.

Se trata de una capa muy bonita con capucha ancha y mangas que cubren mis manos. Enzo me coloca bien la capucha por encima del pelo aleonado, que debe ser un nido de enredos después del viaje en lancha. Genial, voy a presentarme ante todos esos brujos poderosos despeinada, sudada y agotada.

No tardamos en oír un eco que me es familiar: el rítmico sonido del tambor chamánico ceremonial. Solo que esta vez no solo proviene de uno, sino de decenas de ellos. Se me encoge el estómago por el pánico cuando ante nosotros se extiende un sinfín de capuchas negras reunidas en un claro coronado por una enorme pira que escupe su fuego hacia el cielo profundo. Un grupo de brujas vestidas de color rojo danzan alrededor de él al ritmo de los tambores. Localizo algunas capas blancas como la mía que se funden entre el resto de las capas oscuras; ahí están el resto de aspirantes. Me nace un urgente impulso de girar sobre mis talones y echar a correr bosque adentro.

—Ponte el antifaz —me pide Enzo, cediéndome la máscara de un blanco perlado.

Obedezco enseguida mientras él se coloca una capa de un verde botella que supongo que pertenecerá a los mentores, porque hay más capas de ese tono junto a las aspirantes a Deida.

—Ahora avanza delante de mí y no mires hacia atrás, te seguiré adonde vayas, ¿de acuerdo, chiquilla? Procura avanzar hasta situarte en las primeras líneas del pasillo central.

—¿Y las maletas?

—No te preocupes por las maletas. Camina —ordena, dejándolas a un lado.

No tengo ni idea de lo que es el pasillo central, pero no me da lugar a hacer preguntas. Aguanto la respiración y avanzo hacia la multitud esforzándome por adoptar un paso firme y seguro. Agradezco que sea fácil comprobar si me sigue; sus pisadas son demasiado ruidosas como para no percibirlas. Los encapuchados guardan silencio, me cercioro de ello cuando los alcanzo y, al instante en que pretendo abrirme paso entre ellos, me hacen hueco de inmediato. Perpleja, avanzo sin molestarme en sortear a nadie hasta que empiezo a ver capas blancas; en ese momento averiguo qué es el pasillo central: los encapuchados forman un camino que parte de los tronos del aquelarre Vulgaris. Noto un estremecimiento agresivo cuando los localizo; en el centro, con los asientos más grandes, se sientan los miembros más importantes de la estirpe, deduzco que serán Ades y Calíope Vulgaris. Y a sus dos flancos los acompañan un hombre y una mujer más jóvenes, quienes imagino que serán hermanos de Caiden. Visten con sendos ropajes oscuros, opulentas gabardinas y botas que los diferencian del resto. Aunque el aquelarre no hubiese estado ahí sentado, los habría diferenciado en cualquier parte.

El despliegue que hay montado intimida a cualquiera, ¿todos los encapuchados de negro son brujos? Hay centenares. Las brujas con vestidos rojos que bailan alrededor de la pira cantan a todo pulmón. El fuego es lo único que ilumina el lugar porque la luna no existe ahí arriba, ni siquiera se ve una mísera estrella. Y, de repente, Ades Vulgaris alza la mano y el sonido de los tambores y los cánticos cesan de golpe. Un silencio sepulcral precede a la brisa salina que se cuela entre las capas. Entonces Calíope Vulgaris se incorpora.

—¡Bienvenidos, amados siervos de la magia! Nos complace teneros a todos aquí para dar comienzo a la quinta Proclama de la Deida. —La voz solemne y reverberante de Calíope proyecta un regocijo que el resto de los brujos secunda a través de aplausos y vítores—. Pero esta noche, sobre todo, estamos complacidos porque aquí presentes tenemos a las veintidós aspirantes a Deida; mujeres y hombres que han cedido sus vidas para proteger las nuestras.

Los aplausos y ovaciones aumentan su fervor. Aprieto la mandíbula y me permito observar a las personas ocultas en capas blancas que tengo ante mí en el pasillo: las aspirantes a Deida no aplauden, tampoco sus mentores; sin embargo, no parecen estar aquí por obligación; puede que yo tampoco lo parezca.

—Queridas aspirantes a Deida, os queda un camino arduo por recorrer. El aquelarre Vulgaris os desea suerte y pone a vuestra disposición lo que necesitéis para mejorar vuestras jornadas en el Templo. —Cuando Calíope deja de hablar, Ades y sus hijos también se levantan de sus tronos. Entonces empiezan a sonar de nuevo los tambores chamánicos ceremoniales, el ritmo es muy diferente al anterior, con una melodía más oscura y ancestral—. Aspirantes y siervos de la magia,

presentamos ante vuestros ojos al Catalizador, Caiden Vulgaris.

Giramos la cabeza hacia el final del pasillo humano. Cierro los puños con fuerza al apreciar la figura alta que se aproxima acompañada de dos hombres uniformados, uno a cada lado. Viene esposado, sus muñecas caen atadas delante de él mientras camina con una capa de un morado oscuro que cubre su cabeza y oscurece su rostro. Conforme se acerca por el pasillo, distingo un antifaz que lo oculta; el sonido grandilocuente de los tambores acompaña su caminar seguro que destila peligrosidad. Se me eriza la piel y tengo el impulso de echarme hacia atrás conforme se acerca, pero me esfuerzo por mantenerme quieta. No mira a nadie mientras avanza inexorablemente ante su familia, la misma que lo ha apresado y obligado a venir hasta aquí. Los tambores se detienen cuando Caiden lo hace ante el aquelarre.

—Seas bienvenido, hijo. Todos los presentes sabemos que no es de tu agrado formar parte de esto, pero confiamos en que lo harás por nuestro linaje y por la seguridad de todas las brujas —le dice su padre con voz profunda.

—Siento ser una decepción constante para usted, padre —responde Caiden; su voz es más ronca y musical de lo que esperaba y se nota el amargor y la ironía implícita en su tono.

Ades observa a su hijo con exhortación y eleva el mentón para guardar la compostura.

—¡Esta noche convocamos al Catalizador para que se exponga ante las aspirantes a Deida! —continúa Ades elevando la voz—. Caiden, hijo, muéstrate.

Percibo la tensión en su cuerpo bajo la enorme capa morada. Los presentes aguardan expectantes mientras él parece pensar en si obedecer a su padre o no. Finalmente da la vuelta sobre sí mismo con parsimonia, sus gestos son medidos, casi seductores. Puedo percibir cómo su pecho sube y baja por un suspiro antes de que se retire la capucha y se deshaga del antifaz.

Los aplausos vuelven a ensordecerme de nuevo. Caiden no mira a nadie en particular; su gesto es serio, incluso arruga el ceño. No quiere estar aquí, es evidente. Y… joder, sin duda es el chico que he estado dibujando medio sonámbula. Es él: mirada penetrante, rasgos atractivos, cabello oscuro… Aunque mis retratos no hacen justicia al halo que proyecta; este Caiden de carne y hueso abruma porque cada parte de su cuerpo rezuma peligro y una sensualidad que corta el aliento. Me grito varias palabrotas mentales porque… ¿se me acaba de acelerar el pulso?

—No esperéis grandes cosas de mí. —Eleva su voz masculina y rasgada por encima de la algarabía—. Soy el malo en todo esto, espero que lo recordéis bien.

—Queridas aspirantes a Deida. —Calíope reclama nuestra atención de nuevo, haciendo caso omiso a los comentarios de su hijo—. Tenéis ante vosotras al Catalizador, el origen de la Proclama, el núcleo de todas las pruebas que se celebrarán a partir de mañana. Recordad que él solo sentirá debilidad por una de vosotras…

Caiden pone los ojos en blanco y cambia de peso a su cadera izquierda.

—Quizás ahora lo único que sintáis por él es una fuerte atracción, pero os aseguro que el amor llegará pronto y os convertirá en rivales peligrosas. No perdáis el foco, aspirantes, el objetivo no

es deshaceros de vuestra competencia, sino encontrar las vulnerabilidades del Catalizador, y no os lo pondrá nada fácil. Caiden ha decidido anular sus emociones más humanas y mostrarnos su peor faceta.

Caiden se pinza el tabique de la nariz con los dedos, debe alzar las dos manos porque continúa esposado. Su evidente hastío me hace conectar con él, aunque no debo olvidar que es oscuro y el motivo por el que no quiere estar aquí es porque están frenando sus planes. Los hombres de uniforme que lo acompañan vuelven a colocarse a sus costados.

—Mañana el Catalizador estará presente en la celebración de las pruebas, él os observará y verá el potencial de cada una de las aspirantes a Deida. Esperamos grandes cosas de vosotras —dice Calíope, y se me estruja el estómago—. Caiden, hijo, puedes retirarte.

Él hace una suave reverencia amarga hacia su familia para despedirse y esta vez aprieta más el paso para atravesar el pasillo de vuelta, haciendo que los hombres que lo escoltan deban adaptarse a su ritmo apresurado.

El aquelarre da por finalizada la ceremonia y todos los brujos empiezan a dispersarse como si supiesen perfectamente dónde deben ir a continuación. Todo ha sido demasiado rápido, me siento momentáneamente en *shock* .

—Sígueme, chiquilla —me pide Enzo en un murmullo.

Lo persigo a paso ágil y me percato de que los demás mentores también guían a sus aspirantes a Deida a nuestro lado. Me fijo en cada uno de ellos; bajo las túnicas blancas se adivinan cuerpos masculinos y femeninos de todos los tamaños, me pregunto si alguno de ellos se sentirá tan perdido como yo. El terreno salpicado de árboles y setos de gran altura da paso a una inmensa verja abierta de par en par por la que entramos. Tenemos ante nosotros un imponente edificio blanco precedido por unas grandes escalinatas, aunque todavía nos queda un trecho para llegar, ya que estamos atravesando un inmenso jardín cuidado con pulcritud, del que solo puedo adivinar el césped y las flores que se extienden más allá de lo que alcanza la vista, porque la noche cerrada solo nos concede sombras que hacen resaltar nuestras túnicas.

—El edificio contiguo al principal es el de las aspirantes a Deida —me cuenta Enzo en voz baja señalándome la construcción más achaparrada de la derecha—. El ala de los mentores está justo al lado de la vuestra.

—¿Dormiremos en edificios distintos?

—Así es —responde sin añadir nada más.

Trago saliva y contemplo a los demás, que avanzan sin pausa como si tuviesen prisa por comenzar. «La tienen, Eira, los demás no son como tú», me repito.

—Te acompañaré hasta tu dormitorio, te han asignado el número siete —me dice Enzo cuando alcanzamos las escaleras del edificio de las aspirantes.

Las demás no se miran entre sí, no hablan ni se detienen; los mentores las escoltan a sus habitaciones designadas en silencio. Apenas me da tiempo a apreciar la magnitud de la antesala

antes de subir las escaleras. Atravesamos los pasillos asépticos, iluminados con una profusa luz que destella en el suelo de mármol brillante.

—Mañana te esperaré en la entrada a las ocho. Ponte la ropa que se encuentra en una funda trasparente sobre la cama —me indica.

—¿Y mis maletas?

—Dentro de tu dormitorio.

—¿Quién…?

—Chiquilla, usa el despertador de la mesita; es muy importante que no llegues tarde. Abajo, en el vestíbulo, os colocarán un contador en la muñeca que os permitirá saber el recuento de puntos en cada prueba.

Agito la cabeza, descolocada.

—¿Un contador? ¿En las pruebas se reúnen puntos? —Mi voz ha sonado más alta de lo que quería.

—Te iré contando todo conforme se acerque el momento; si no, será demasiada información que no asimilarás. Bien, a las ocho abajo con la ropa que hay en la funda, ¿entendido?

—Eh… sí.

—Eira, sé que al principio te costará adaptarte, pero es necesario que tu mente se acople rápido al ritmo del resto. Es un imposible, lo sé, las demás aspirantes llevan mentalizándose de esto desde los cinco años, pero… si quieres sobrevivir, no te queda otra, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —respondo más convencida esta vez.

Él asiente con el gesto.

—Bien. Después de que os coloquen el contador, se llevará a cabo la primera prueba de la Proclama, que consistirá en usar vuestras habilidades sanadoras.

Soy yo quien asiente esta vez. Enzo se da por satisfecho y luego me cede la llave de mi dormitorio.

—Procura descansar —me pide justo antes de despedirse con un gesto de la cabeza y alejarse con sus enormes zancadas.

Me quedo inmóvil unos instantes con la llave en la mano y luego procedo a abrir mi habitación con menos habilidad de la que me gustaría; creo que se me han atrofiado las articulaciones. Esto… todo esto es demasiado. Tomo aire con ahogo cuando consigo entrar y cerrar. Con la espalda apoyada en la puerta, contemplo mi dormitorio igual de pulcro, blanco y elegante que el resto de la construcción. Hay una cama grande, un escritorio, un sillón y una puerta que dará a un pequeño cuarto de aseo. Mis maletas están colocadas con cuidado en la esquina más alejada a la puerta y juraría que están vacías a juzgar por la forma que tienen. Me apresuro a acercarme y, en efecto, dentro no hay nada. Tengo un relámpago de pánico hasta que abro el armario y veo toda mi ropa colgada y doblada; los frascos de hierbas, esencias y minerales están en los cajones. Me quedo un rato ahí en el suelo observando mis pertenencias hasta que oigo un suave pitido en mis

oídos. Enzo me ha pedido que me esfuerce en adaptarme rápido, pero ¿cómo lo hago? En esos instantes, la soledad, la vulnerabilidad y el miedo me espolean con tanta agresividad que las lágrimas acuden a mis ojos.

Estoy exhausta, pero sé con certeza que no lograré dormir. Así que me meto en la ducha y dejo que la ansiedad que me aprieta el pecho salga a través del llanto.

5
Eira

«Para que te escuchen y te valoren, debes ser fiel a quien eres y no pretender gustar. Eso es una pérdida de tiempo.»

Mandamientos para sobrevivir, por CAIDEN VULGARIS

Estoy lista desde hace rato cuando se hacen las ocho menos cuarto y empiezo a oír alboroto en el vestíbulo. Siento que los nervios me apretujan las entrañas y me paseo ante la puerta de mi dormitorio con el vestido blanco entallado que había en la funda que me indicó mi mentor. La tela rígida alcanza mis rodillas, tiene el cuello cerrado y resalta mi figura; no era la idea que tenía en mente de alguien que va a mostrar sus dotes sanadoras.

Dejo de morderme las uñas (lo que me trae a la mente a mi primo Aston, por el que siento una añoranza intensa) y me trago el pánico antes de abrir la puerta y salir con la llave colgada al cuello, que ahora le hace compañía a la luna menguante de plata que el tío Martin me regaló. Algunas aspirantes salen al mismo tiempo que yo de sus dormitorios, lo que hace que caminemos casi a la par hacia las escaleras. Por lo que veo, llevan vestidos muy parecidos al mío y los chicos visten con camisa y pantalones de la misma tela y tono. Me nace saludarlas, pero prefiero guardar silencio cuando compruebo que no me miran y que mantienen gestos serios.

El vestíbulo es un hervidero de gente en el que predomina la ropa blanca.

—¿Qué tenemos que hacer? —me atrevo a preguntar a la chica de cabello rubio que tengo al lado.

Ella me ignora deliberadamente y se aleja hacia una de las filas que las aspirantes a Deida están haciendo de cara al mostrador. Me fijo en que hay pequeños carteles con indicaciones de letras por orden alfabético en varios puntos de la mesa e imagino que yo debo ir a la A por mi apellido, aunque no estoy segura de si es lo que debo hacer. ¿Dónde está Enzo?

Observo lo que el personal hace a las aspirantes a Deida tras el mostrador: utilizan un aparato para inyectarles algo en la muñeca, ellas se lo tapan con la manga enseguida y luego salen del edificio.

—Hola, humm… no sé si estoy en el lugar adecuado, yo…

—¿Nombre? —me interrumpe el chico detrás de la mesa alta.

—Eira Anies de Alba.

—Sí, es aquí. Dame la muñeca derecha, por favor —me pide extendiendo la mano hacia arriba.

Me arremango un poco y coloco el brazo sobre el mostrador, el chico me toma del dorso de la mano y luego presiona ese pequeño aparato sobre la piel interna de mi muñeca.

—Sentirás un pinchazo —me previene.

Y luego aprieta el botón y siento cómo un objeto extraño penetra bajo mi piel. Aspiro entre dientes por la impresión y el escozor.

—Procura cubrir tu muñeca cuando estés en presencia de otras aspirantes —dice de carrerilla, como si lo hubiese repetido varias veces hoy—. ¡Siguiente!

Parpadeo y me retiro para dejar paso a la chica que hay detrás de mí. Tapo mi piel con la manga sin ni siquiera haber visto qué es lo que me han inyectado y salgo al jardín. Intento esconderme un poco para mirar debajo de la tela y… ¡la piel se me ilumina! Un número de cuatro cifras en un verde fosforescente está grabado bajo mi piel; cero, cero, dos, cero.

—Vuestro contador comienza con veinte puntos. —Nunca me había alegrado tanto de oír una voz.

—¡Enzo! —Domino la inicial alegría de que mi mentor haya aparecido cuando percibo su gesto metódico.

—Procura no mostrar tus debilidades ante el resto de las aspirantes. No todas jugarán limpio, chiquilla —dice, tapándome el contador estirándome la manga hacia la mano—. Todas comenzáis con la misma cifra, pero la cosa cambiará pronto.

—Vale… —murmuro.

—La primera prueba comienza en media hora. Vamos a comer algo rápido. —Enzo baja las escalinatas del edificio de las aspirantes a Deida y le sigo de cerca.

—Tengo el estómago cerrado —le aviso.

—Debes comer, chiquilla. Ya que no has descansado, por lo que me cuentan tus ojeras, al menos debes alimentarte. —Eso ha sonado a una leve regañina, así que no replico.

Como algunos trozos de manzana y un café bajo su atenta mirada en una de las mesas al aire libre que hay cerca del edificio de las aspirantes. No somos los únicos aquí, otras aspirantes comen en silencio junto a sus mentores en otras mesas.

—La mayoría de las pruebas consisten en dos fases, la primera siempre es más sencilla que la segunda. No puedo saber qué os tienen preparado para esta mañana, solo sé que tendrás que demostrar tus habilidades sanadoras como bruja —me explica Enzo una vez que nos encaminamos hacia el edificio principal.

En un momento, todas las aspirantes a Deida y nuestros mentores nos congregamos en un enorme y fastuoso soportal, cuyas columnas robustas culminadas en franjas doradas y arcos peraltados de una altura innecesaria me habrían parecido bellísimos si el miedo no me dominase.

—A partir de aquí seguirás sola —me dice Enzo en un susurro.

Quiero protestar, pero recuerdo que no debo mostrar mi vulnerabilidad y adaptarme rápido.

—¿Y quién nos dirá qué hacer?

—Sigue al resto y escucha a Calíope cuando relate las normas de la prueba.

Una enorme puerta situada frente a nosotras se abre de par en par con un eminente chasquido e, inmediatamente, las aspirantes a Deida caminan en esa dirección dejando atrás a sus mentores. Procuro seguir el ritmo de las demás dejando a Enzo atrás con el pulso en la garganta. Me percato de que una elegante mujer con un traje pomposo nos guía en silencio a través de los altos pasillos; ninguna dice ni una palabra, apenas se las oye respirar cuando yo lucho por retener mis resuellos hasta que atravesamos un arco que se abre hacia una enorme sala luminosa. Hay camillas y carros de estantes colmados de artilugios numerados, cada uno está separado al menos a tres metros del otro. Y sobre nuestras cabezas hay una enorme pared de vidrio desde la que se adivina un piso superior donde el aquelarre nos observa. Las aspirantes entran sin vacilación y acuden a sus respectivos puestos. «Joder, ¿a dónde narices voy?». Parece que ninguna duda de dónde debe situarse. «El siete. Quizá yo sea el mismo número de mi dormitorio»; trato de pensar con rapidez y avanzar con la misma seguridad que el resto. El alivio me invade cuando compruebo que nadie está en la camilla número siete y que todas han encontrado sus posiciones.

—Bienvenidas a la primera fase de la primera prueba de la Proclama, queridas aspirantes. —La voz de Calíope suena clara y vibrante a través de los altavoces. Todas miramos hacia arriba, ya que su figura se sitúa tras la pared de cristal en el piso superior. La acompañan otras personas, aunque desde ahí no se puede adivinar quiénes son—. Tenéis ante vosotras a un prototipo herido.

Desvío la mirada hacia el muñeco en tamaño real que yace sobre la camilla; parece intacto. ¿Tengo que buscar dónde está la herida?

—Vuestra tarea es encontrar la técnica más avanzada posible para curarlo. Imaginad que contáis con poco material; la primera cura debe ser infalible para que no haya infección y la herida sane sin reiterado tratamiento. Usad vuestros mejores ungüentos y hechizos; como veréis, hemos traído vuestros propios ingredientes además de otros que os hemos proporcionado. Suerte, aspirantes.

Reprimo un respingo cuando la superficie del muñeco comienza a emanar leves proyecciones y, de pronto, en la parte superior del muslo, se forma un corte sangrante, es como un holograma, pero mucho más real.

Observo cómo el resto actúa enseguida; empiezan a oírse tintineos metálicos y tarros abriéndose y la sala empieza a oler a una mezcla de plantas y esencias. Por fin algo que me recuerda a casa. Cierro los ojos unos instantes para empaparme de ese olor y tranquilizar mi cerebro, luego me agacho y busco los tarros y preparados que me pertenecen (me irrita que tengan acceso a todas mis cosas con tanta facilidad) y tomo varios de ellos para colocarlos en la parte superior del carrito. «Bien, Eira, este es tu terreno, algo que te apasiona. Respira». Se trata de un corte limpio que requerirá por lo menos doce o catorce puntos. Primero, con un paño húmedo con solución salina, limpio la herida bien y luego hago una mezcla con matico (*Piper*

aduncum) y otras dos plantas que evitarán la infección y acelerarán la cicatrización; las machaco bien con el mortero y aplico el aceite casero que hice en casa hace pocas semanas, ese aceite nunca falla. Lo aplico con los dedos cuidadosamente en la zona afectada mientras recito el hechizo en un murmullo. Luego desinfecto la aguja y coso con cuidado para cerrar la herida y para finalizar limpio la superficie de la piel dañada a toques y la cubro con una gasa sin apenas presión y esparadrapo.

—Quienes vayáis terminando alejaos un paso del prototipo —nos pide Calíope a través de los altavoces.

Repaso mentalmente lo que he hecho y decido dar un paso atrás. Madre mía, las yemas de los dedos me hormiguean, estoy segura de que lo he hecho todo bien, pero nunca había tratado una herida con la presión de que mi vida estuviese en juego.

La mayoría de las aspirantes ya se han separado de la camilla como yo y aguardan a que el aquelarre dé por finalizada la prueba. Y no tardan en hacerlo:

—¡La primera fase de la primera prueba ha concluido! —anuncia ella en tono ceremonioso—. Si la habéis superado con éxito, en vuestro contador se sumarán cuarenta puntos. Quienes hayan sido mediocres, se apuntarán veinte puntos más y quienes hayan fracasado no podrán pasar a la siguiente fase de la prueba.

Calíope hace sonar un cuenco tibetano y todas entendemos que esa es la señal que indica que las puntuaciones ya han alcanzado nuestras muñecas. Todas miran bajo sus mangas y yo aprieto los puños sin apenas respirar antes de asomarme: sesenta puntos. Lo he conseguido. Dios, creo que me voy a desmayar.

—Enhorabuena a las aspirantes a Deida que han logrado la máxima puntuación. La siguiente fase de la prueba se celebrará en el ala contigua en cinco minutos, llevad con vosotras el carro con el material médico.

Todas empiezan a moverse y el sonido de las ruedas de los carros contra el mármol se eleva contra los enormes techos. Con el pulso temblando, agarro mi carrito y salgo tras ellas; dejo caer mi peso un poco contra el carro, debería sentirme aliviada, pero Enzo me ha dicho que la segunda fase es más complicada.

De nuevo, seguimos a la mujer del vestido pomposo con el único sonido del repiqueteo de los carritos que empujamos a través de los enormes pasillos. Me consuela apreciar que algunas caras ya no se muestran tan inexpresivas o soberbias; a algunas se les ha perlado la frente de sudor y otras han palidecido. La chica pelirroja que camina a mi izquierda cruza su mirada con la mía y percibo cierta conexión; somos rivales, pero el miedo es el mismo, comprendemos nuestras emociones más que nadie. Y de pronto, cuando atravesamos un corto tramo entre un edificio y otro, todas lo oímos: son gritos y lamentos. Las máscaras imperturbables se rompen por fin y nos miramos entre nosotras, descolocadas. La mujer que nos guía abre las dos puertas de la siguiente sala y el ruido se intensifica hasta que se me eriza toda la piel del cuerpo.

—Deberéis hacer lo mismo que en la fase anterior. Suerte, aspirantes —vocea la mujer, haciéndonos pasar a una enorme estancia con las camillas dispuestas en el mismo orden que en la anterior, solo que esta vez no hay muñecos, sino personas.

Los lamentos de dolor me horrorizan de tal manera que durante los primeros segundos no soy capaz de reaccionar. ¿De dónde han sacado a toda esa gente herida? Con los vellos de punta, me obligo a moverme y atravieso otras camillas a paso ágil empujando mi carrito; son hombres y mujeres con heridas graves en diferentes partes del cuerpo, hay sangre y mutilaciones a doquier; procuro no entrar en pánico hasta que alcanzo el número siete. Ante mí tengo a un hombre joven de unos veinte años con una herida semejante a la del prototipo, solo que más grave y más profunda; si no actúo rápido, se desangrará. Trato de deshacerme de la parálisis que me produce el terror y me trago la ansiedad como puedo, pero el ambiente no huele a plantas y esencias aunque el resto ya estén abriendo tarros; el olor metálico de la sangre lo impregna todo.

Aprieto los dientes y lo primero que hago, antes de preparar todos los materiales, es hacerle un torniquete para frenar la hemorragia. Cuando escurro el paño en agua salina y lo acerco a su herida supurante pienso en que el muñeco no sentía nada, pero el chico al que voy a curar no para de emitir sonidos reprimidos de dolor. Tengo una solución para aplacarlo, una runa con nébeda, agua de manantial y turmalina en polvo.

—Tranquilo, seré rápida —le prometo, haciendo la mezcla que le desensibilizará la herida.

Dibujo la runa con el ungüento en la parte superior del corte y a los pocos segundos el chico deja de jadear y retorcerse. Lo oigo respirar profundo y eso me da fuerzas para proseguir. Le limpio la herida bien (madre mía, nunca había visto tanta sangre) y luego le aplico la misma mezcla que le he hecho al muñeco mientras pronuncio en voz baja el hechizo.

—¿Qué ha pasado? ¿Quién te ha hecho esto? —me atrevo a preguntarle cuando procedo a coserle.

—No se me permite hablar, señorita —me responde el chico con la mirada puesta en el techo, ni siquiera me ha mirado ni una vez.

Frunzo el ceño y termino de coser sin que él haya emitido ni un solo quejido. Luego le retiro el torniquete, desinfecto y le cubro la herida.

Doy un paso hacia atrás cuando acabo aunque no sé si es lo que debo hacer y me miro las manos tintadas de sangre que convulsionan con levedad. Aguanto ahí, no sé ni cómo, porque siento que vomitaré en cualquier instante.

—¡La segunda fase de la primera prueba ha concluido! —suena Calíope de nuevo a través de altavoces—. Si la habéis superado con éxito, en vuestro contador se sumarán cien puntos. Quienes hayan sido mediocres, se apuntarán cuarenta puntos más y quienes hayan fracasado no obtendrán nueva puntuación.

El eco del cuenco tibetano reverbera en la sala. Apenas puedo apreciar los números fosforescentes que destellan y se emborronan bajo mi manga empapada de un rojo intenso, pero

alcanzo a ver la cifra: ciento sesenta puntos. Ahogo un jadeo y trago la bilis.

—Enhorabuena a quienes han logrado la mayor puntuación; retiraos a descansar. Esta noche dará comienzo la segunda prueba.

En esta ocasión no espero a que las demás empiecen a abandonar la sala y me apresuro a salir a un ritmo ágil esquivándolas a mi paso hasta que alcanzo el trecho que separa ambos edificios y me inclino contra la pared para vomitar con violencia sobre la hierba.

6
Eira

«No siempre digas lo que piensas aunque creas que es para bien.
A veces aquel a quien hablas no tiene la capacidad de comprender tu punto de vista e intentar que te entienda es un acto inútil que te arrebata energía.»

Mandamientos para sobrevivir, por CAIDEN VULGARIS

A lo largo de mi vida he curado heridas de muchas personas, incluidas las mías. La tienda de mi familia tiene fama de sanadora en un amplio espectro, espiritual y físico, y nos hemos encontrado con casos de diversas índoles, pero no somos un hospital, jamás había visto lo que he presenciado en esa sala.

—Lo has hecho muy bien, chiquilla —me dice Enzo, que ha venido a mi dormitorio para traerme comida y un nuevo vestido para la prueba de esta noche—. Aunque es un campo que dominas bien, no es fácil hacer lo que has hecho. Y esto debe darte ánimos, quiere decir que funcionas bien bajo presión.

—Eran más de veinte personas malheridas, Enzo, ¿de dónde las han sacado?

—Probablemente fuesen voluntarios devotos del aquelarre —me explica, sacando el vestido y otros elementos de una bolsa para ponerlo sobre la cama.

—Estaban heridos de gravedad, ¿me dices que todo ha sido a propósito para la prueba?

—Por supuesto. Chiquilla, creo que todavía no eres consciente de lo importante que es esta celebración para el aquelarre y sus brujos. Las vidas de unos pocos no importan tanto como encontrar a la Deida original y proteger a las brujas. —Enzo extiende el vestido fino de gasa de un color teja sobre la cama—. Pero tranquila, la prueba de esta noche es más fácil: os presentaréis ante el Catalizador, tal como él se presentó la pasada noche. Será la primera vez que estaréis ante él cara a cara, que sabrá vuestros nombres. Os ha visto esta mañana en la primera prueba, pero hoy os miraréis mutuamente y luego presenciará vuestro baile.

—¿Baile? ¿Tengo que bailar? —chillo.

—Todas las aspirantes expondréis uno de los dones más ancestrales de una bruja, la danza alrededor de una pira para atraer la energía de la luna.

Inspiro hondo por la nariz como si el oxígeno de aquel lugar no fuese suficiente.

—Entonces nos expondremos ante Caiden y luego bailaremos para que él nos vea. Es…

denigrante.

—Es necesario. Con las pruebas no solo quieren averiguar quién de vosotras es más apta, sino cuál es la debilidad del Catalizador. No lo sabrán esta noche, sobre todo porque Caiden no mostrará interés por ninguna; sin embargo, a medida que avance la Proclama, resultará inevitable que la verdad salga a la luz. —Enzo me acerca la bandeja de comida que ha dejado nada más entrar en el escritorio y yo la miro con inapetencia; todavía tengo la tripa revuelta—. Eira, recuerda que solo tú te sientes contrariada con todo esto, para las demás aspirantes es un honor; están deseando que el Catalizador las elija a ellas, ¿entiendes?

—Caiden no elegirá a ninguna, la Deida es como una enemiga para él, porque detendrá sus planes —digo en voz alta mis pensamientos.

—Así es, para eso existe la Proclama. Harán que os conozcáis en todas las facetas, os pondrán al borde del precipicio, tanto a él como a vosotras. Y en la fase final… él no tendrá más remedio que elegir. —No me ha pasado desapercibido el tono funesto de su voz.

—¿Qué ocurre en la fase final?

—Los puntos que estáis reuniendo son para tener más probabilidades de sobrevivir en la última prueba. Cuantos más tengáis, mejor, porque los necesitaréis —me explica—. Pero no es momento de hablar de eso ahora, Eira, todavía faltan muchas pruebas.

Me siento en la silla del escritorio; nunca me había pasado esto de necesitar una superficie que me sostenga para que mi cuerpo no desfallezca.

—Si Caiden odia estar aquí y tiene el alma oscura, ¿qué le impide hacernos daño? Entre nosotras hay alguien que destruirá todo lo que él ha construido.

Enzo suspira y vuelve a acercarme la bandeja.

—Chiquilla, come —conmina—. Deja de hacerte preguntas que solo te angustian y céntrate en las pruebas.

—Soy como mi madre, me tropiezo con mis propios pies —le informo en habla desvaída al imaginarme bailando alrededor del fuego.

—Te mueves con elegancia, confía más en tu condición de bruja —dice con voz más dura, tomando el plato de pasta de la bandeja para que yo lo agarre.

Obedezco con resignación y pincho un macarrón con tomate para llevármelo a la boca.

—En un rato vendrán dos miembros de mi equipo para ayudarte a tener una presencia notoria esta noche, por muy poco que te guste la idea. Come todo lo que hay en la bandeja —me ordena antes de salir.

* * *

La mujer y el hombre a cargo de Enzo son dos profesionales que ejecutan todo con naturalidad y una velocidad sorprendente, por eso me ha resultado menos incómodo de lo esperado a pesar de que no han dejado hueco de mi cuerpo por revisar. Han retirado cada pelo, tanto de mis

extremidades como de mi cara, me han dejado la tez suave e impoluta y el cabello voluminoso y brillante. Han perfumado cada esquina de mi piel con aroma a miel, canela y moras silvestres y me han untado un ungüento extraño en la planta de los pies, dicen que sirve para caminar descalza sin sufrir daños. Han dibujado runas por mi cuerpo con un fino pincel con tinta negra y blanca, para protegerme y darme suerte, pero sobre todo como elemento estético y pagano. También me han maquillado, un toque de brocha y color con un acabado muy natural y, por último, el vestido, que se acopla a mi cuerpo a la perfección y cae sedoso y ligero hasta mis pies.

—Buen trabajo —les dice Enzo, observándome—. Toma, el toque final.

Me cede un antifaz del color del vestido, en un tono rojizo terroso. Lo sujeto y ellos me ayudan a colocármelo bien. Me resulta raro estar tan atendida y me doy cuenta de que no me gusta que los demás hagan nada por mí, al menos nada que pueda hacer yo misma.

—Escucha bien, Eira, cuando digan tu nombre en la lista, tendrás que pasar ante los miembros del aquelarre y detenerte ante Caiden Vulgaris. Cuando lo hagas, te retiras el antifaz; debes cruzar la mirada con él y hacer una leve reverencia.

—¿Una reverencia? ¿En qué siglo estamos?

—Chiquilla… —me advierte.

—Entendido —digo enseguida—. Lo he captado todo.

—Bien, una vez hayas hecho el saludo, te reunirás con el resto de aspirantes alrededor de la pira, justo al lado de la última antes de ti.

Asiento; el pulso me empieza a ir a toda velocidad conforme los ayudantes de Enzo recogen todo con rapidez y salen del dormitorio sin apenas hacer ruido.

—Es la hora.

Pasados unos minutos, sigo la marea de aspirantes vestidas del mismo tono que yo a través del inmenso jardín hacia la verja. La noche es cálida, apenas se alza una suave brisa con una mezcla de aromas agradables que vienen de nosotras. Como siempre, ninguna habla ni se mira y mantenemos un ritmo ágil hasta que alcanzamos el principio del extenso claro coronado por la pira gigante que escupe fuego hacia la noche cerrada. Me da por contarlas; seguimos siendo veintidós, catorce mujeres y ocho hombres. De nuevo, aquí se congregan un centenar de brujos con capas negras sin ocultar sus cabezas esta vez. Conforme llegamos, los tambores chamánicos empiezan a sonar, apropiándose del ambiente. Siento el aire escaparse de mi garganta cuando nos detenemos a petición de la guía, la misma mujer de esta mañana. Desde ahí puedo ver el pasillo humano muy semejante al de la noche anterior, solo que esta vez los tronos del aquelarre no cierran el camino ante la pira, sino que están a un lado acompañados del resto de brujos. Caiden Vulgaris se encuentra al final de la fila de tronos que conforma el aquelarre.

Los tambores ceremoniales disminuyen su intensidad y vemos cómo un hombre con una lista en las manos se coloca al comienzo del recorrido.

—Bienvenidos a todos, amados siervos de la magia. —Ades se ha incorporado de su asiento y

habla con su prominente voz—. De nuevo, nos complace teneros a todos aquí para presentar en sociedad a nuestras aspirantes a Deida.

Se alzan aplausos y ovaciones entre los brujos.

—Que dé comienzo esta noche, donde las posibilidades son infinitas y la magia nos acompaña.

Los tambores otorgan fuerza a las rimbombantes palabras de Ades al aumentar su fuerza.

—¡Berenice Acosta! —vocea el hombre que sostiene la lista al principio del pasillo.

La primera se aleja de nosotras para recorrer el camino bajo la atenta mirada de los brujos. Avanza con un caminar seguro, provocando que la vaporosa falda del vestido la siga con bellos ondeos, sin prisa, y se detiene a la altura de Caiden, se deshace de su antifaz y, tras unos instantes en los que cruza la mirada con él, hace una estilizada reverencia. Entonces se desliza hacia la enorme hoguera y la rodea para detenerse ante ella. Ocurre lo mismo con la segunda aspirante que es llamada para exponerse, lo que me indica que la lista es por orden alfabético; es la primera vez que me disgusta que mi apellido empiece por la A. Dios, siento que la sangre no me llega al cuerpo, oigo un pitido ostensible en mis tímpanos.

—¡Eira Anies!

El corazón pega un bandazo contra mis costillas y lucho por no desestabilizarme cuando empiezo a caminar; al menos ir descalza deja que sienta la tierra bajo mis pies. El ritmo de los tambores sigue el son de mis pasos a través del pasillo, noto cientos de ojos sobre mí. «Respira, vas bien», me digo a mí misma. Alcanzo a los hijos de Ades y Calíope, que son los primeros en la fila del aquelarre y finalmente, con un ligero movimiento, me giro hacia Caiden Vulgaris. Él me observa con gesto serio, sus facciones atractivas denotan sus profundas ganas de marcharse de aquí, pero aun así su mirada oscura está clavada en mi rostro, el cual descubro al retirarme el antifaz; observo su cara como me ha pedido mi mentor, nuestras miradas se cruzan y reprimo un leve estremecimiento; es intimidante, no solo por su halo peligroso, sino por su belleza y esa intensa identidad casi palpable que rebosa sexualidad. Caiden mantiene mi mirada sin apartarla, pero no cambia un ápice su expresión. Reproduzco mi reverencia, inclino un poco las rodillas, extiendo los brazos con levedad a los lados y apenas agacho la cabeza. Luego camino hacia la pira, quizá demasiado rápido, como si huyese, espero que nadie se haya dado cuenta de eso.

El calor abrasador del fuego achicharra mi cara mientras esperamos a las diecinueve aspirantes restantes, que por fin están dispuestas alrededor de la hoguera. He recitado unas cincuenta veces un hechizo en mi cabeza para no tropezarme cuando el ritmo de los tambores cambia por uno más melódico que, para mi sorpresa, viene acompañado por instrumentos de cuerda. Las aspirantes comienzan a balancearse a mis lados en el sitio y yo hago lo propio. «Imagina que estás en casa. Imagina que la tata Flor canta, que mamá, la tía Chiara, Ágata y Aston bailan contigo como tantas veces tras uno de nuestros rituales. Estás a salvo. Estás a salvo», me digo con los ojos cerrados y los párpados iluminados por un intenso naranja. Me dejo llevar por esa sensación y amplío mis movimientos. Cuando el resto decida moverse hacia un lado para girar

alrededor de la pira, lo sentiré, igual que ocurre con mi familia. Me apropio de la preciosa y pagana melodía que invade mis venas y balanceo mis caderas y mis hombros, mezo mi pelo y elevo los brazos. Me desplazo casi por inercia hacia la derecha, el resto hace lo mismo, y así danzamos en círculo y en sincronía a pesar de que nuestros corazones no estén conectados. Procuro sentir la energía de la tierra contra las plantas de mis pies, el frescor y la humedad de la hierba, el calor chispeante del fuego, la brisa de la luna. No bailo para nadie, bailo solo para mí, porque el baile desata el espíritu y libera el cuerpo y el daño y el temor. Mis extremidades flotan con el viento y mi cabello vuela dejando rastros de canela y azucenas. «Mamá, volveré a abrazarte. Papá, no tengas miedo, soy tu niña, pero soy una mujer».

De refilón logro ver una silueta de pie en mitad del recorrido, frente a la pira. Caiden nos observa de más cerca, posiblemente a petición del aquelarre. No sé cuánto tiempo estará ahí, ya hemos dado al menos seis vueltas a la hoguera. Con toda probabilidad sea la única que no se había enterado de que el Catalizador se encontraba tan próximo.

La melodía de los tambores y los instrumentos de cuerda menguan su intensidad al cabo de un rato eterno, lo hace de forma gradual dando por finalizada la danza. Nos detenemos en círculo con las respiraciones agitadas. Desde mi posición puedo ver cómo Calíope se incorpora y se coloca al lado de Caiden.

—¡La primera fase de la segunda prueba ha concluido! —anuncia ella alzando la voz, que hace eco en el claro a pesar del constante y ensordecedor crepitar de la pira—. La segunda fase de esta prueba os permitirá tener un encuentro a solas con el Catalizador, solo si habéis estado a la altura de nuestras expectativas.

Se alza un murmullo bullicioso entre los brujos.

—Quienes nos hayan conmovido con su danza verán cincuenta puntos más en su marcador y serán quienes puedan hablar por primera vez con el Catalizador. Quienes nos hayan resultado aceptables sumarán veinte puntos a su contador, pero no verán a Caiden.

Calíope hace sonar el cuenco tibetano. Cierro los ojos con fuerza y contengo el aliento antes de mirar el brazalete de mi muñeca: doscientos diez puntos. Tengo que mirarlo dos veces para asimilar que me han dado la máxima puntuación.

—Ahora quiero que se aproximen quienes voy a nombrar a continuación —anuncia ella al tiempo que el chico de la lista con nuestros nombres y apellidos se apresura a dársela para que lea—: Cinthia Haya, Héctor Berenguer, Talía Fas.

Quienes fueron llamados se separan del círculo y acuden frente a Calíope y Caiden. Veo cómo se alejan sin saber qué va a ocurrir; Enzo no me ha hablado de esta parte, aunque tampoco me había dicho lo del encuentro con el Catalizador.

—Queridas aspirantes, gracias por vuestra noble labor, pero no estáis a la altura de la Proclama. Quedáis relegadas del puesto de Deida y serviréis al aquelarre, otorgando vuestras vidas con honor a la magia.

Las tres reaccionan a las palabras de Calíope con un dolor que impresiona. Observo la escena con un nudo en la garganta: lloran, se lamentan, una de ellas se ha dejado caer al suelo de rodillas. Suplican y tratan de acercarse a Caiden, pero los hombres de uniforme las interceptan para llevárselas a la fuerza. Horrorizada, solo puedo contemplar lo que ocurre con las extremidades en tensión. En ese momento aprecio cómo los puños de Caiden vibran, los tiene apretados a los lados de sus piernas, está rígido, puedo advertir desde aquí su disgusto… Parpadeo con indolencia ante el descubrimiento.

—Enhorabuena a las aspirantes que hayan logrado la máxima puntuación. Solo a ellas las esperaremos mañana por la mañana en la segunda fase de esta segunda prueba. Gracias a todas y retiraos a descansar.

Me obligo a accionar mis articulaciones y camino tras el resto de aspirantes hacia el pasillo humano, que están empezando a despejar. El aquelarre nos contempla pasar de pie frente a sus tronos, incluido Caiden.

—Parece como si fueras a desmayarte. —Tardo unos instantes en procesar que una de las aspirantes a Deida me está hablando.

La miro sin dar crédito, parece algo más joven que yo, aunque no puedo saberlo con certeza, tiene las mejillas rojas del calor y el pelo rubio tan largo que alcanza el final de su espalda.

—He hecho el suficiente esfuerzo para que eso no ocurra —le sonrío—. Y seguro que no soy la única.

Ella me devuelve la sonrisa y no puedo describir lo gratificante que es eso después de tanta hostilidad.

—Soy Eira —me presento, no quiero perder la oportunidad.

—Lo sé, iba dos puestos por detrás de ti en la lista. ¿Dónde has aprendido a bailar así? ¿Alguien te ha enseñado?

Parpadeo varias veces y la miro atónita.

—Humm…, no —murmuro y me siento culpable por no haberme fijado en ella.

—Así que es innato, ¿eh? ¿Es cierto que tu familia y tú estáis desvinculados del aquelarre?

Observo sus ojos claros por si veo rastro de malicia en sus preguntas, pero solo hay curiosidad.

—Sí —respondo, no hay motivo para esconderlo, todo el mundo lo sabe.

—Vaya, qué valiente estar aquí —opina con una vocecilla suave.

—Bueno —me encojo de hombros—. Tampoco tenía otra opción.

Atravesamos el jardín sin menguar el ritmo. Las demás nos miran con desaprobación al vernos hablar.

—Yo me llamo Gisela —se presenta con esa sonrisa dulce—. Resulta curioso cómo toda mi vida he estado esperando este momento y tú dices como si nada «bueno, tampoco tenía otra opción». No concebía que una aspirante pudiese pensar así.

—Yo tampoco concibo que tú hayas estado deseando esto —respondo en voz más baja, pues el

chico de mi izquierda nos ha dedicado una mirada asesina—. Lo que me lleva a preguntar… ¿a dónde enviarán a los que ha nombrado Calíope? ¿Ha dicho que servirán al aquelarre?

—Exacto, dedicarán el resto de sus vidas a servir al aquelarre Vulgaris, no podrán ver a sus familias ni hacer otra cosa que no sea estar al servicio de los brujos. Tampoco harán magia ni ejercerán brujería, ahora son criadas.

—Eso es demasiado cruel… —digo sin aliento.

—Es peor que la muerte —opina ella cuando ya estamos llegando a nuestro edificio.

—Pero ¿por qué? Si ya saben que ninguno de ellos es la Deida original, ¿por qué no los dejan marcharse y ya está?

Gisela me observa como si fuese un bicho raro.

—La Proclama no funciona así, ninguna aspirante que no sea la Deida saldrá del Templo, ¿no lo sabías?

Sí lo sabía, pero escucharlo de una de ellas resultó ser mucho más duro de lo que imaginaba.

7
Eira

«Si te muestras frío y distante acaban temiéndote.»

Mandamientos para sobrevivir, por CAIDEN VULGARIS

Me despierta el estridente sonido de una sirena cíclica. Este escalofriante sonido en un contexto de supervivencia alerta a mi cuerpo y me levanto de un salto de la cama; son las seis y media de la mañana, queda más de una hora para que comience la segunda fase de la segunda prueba, ¿qué narices significa esa alarma? Enzo me dijo que no saliese del dormitorio a no ser que fuese la hora de la siguiente prueba o que él me acompañase, pero me es difícil quedarme quieta en la habitación con los nervios de punta. Me visto rápido, por fin con mi propia ropa, y decido abrir la puerta para asomarme al pasillo: no hay ni un alma. La ventana del dormitorio da a la parte trasera del jardín y desde aquí tampoco se ve nada. Estoy a punto de salir al pasillo cuando veo gente cruzar la esquina hacia las habitaciones; son los mentores, que se apresuran a llamar a las puertas de sus aspirantes. Enzo aparece entre ellos y no parece sorprenderse en absoluto al verme ahí asomada.

—¿Qué pasa? —le pregunto con urgencia antes de que llegue hasta mí.

Él coloca sus enormes manos en mis hombros y me empuja hacia dentro para meternos en el dormitorio.

—El Catalizador se ha fugado —anuncia.

Una insuflación de aire puro llena mis pulmones de alivio.

—¿Cómo que se ha fugado? ¿Eso… eso quiere decir que se paraliza la Proclama?

—No tardarán en encontrarlo. Caiden es astuto y tiene un gran don, pero el aquelarre cuenta con brujos buscadores muy poderosos que llevan décadas en la familia. Su dormitorio está custodiado y el Templo está rodeado de hechizos, sabían que esto podía suceder y están preparados para ello.

—¿Entonces…?

—Entonces debes estar lista de todas formas para la prueba, chiquilla. No se sabe cuándo lo encontrarán, pero, si lo hacen pronto, es mejor ser precavidos.

Sus dos ayudantes no tardan en venir a la habitación con mi nueva vestimenta y accesorios de belleza. Me dejo hacer con el estómago apretujado por la pequeña esperanza de que Caiden sea

lo suficientemente hábil para escabullirse de los buscadores. Y esa sensación se expande un poco cuando pasan de las ocho y media y el Catalizador sigue sin aparecer. Sin embargo, todos debemos acudir al edificio central del Templo para reunirnos en una sala de espera, a expensas de lo que pueda ocurrir.

Puedo percibir la angustia en el resto de las aspirantes, algo que me sigue descolocando mucho. Nos cuento, somos doce en total (el resto no logró la máxima puntuación en la pira), y todas desean que Caiden regrese; de hecho, están inquietas y algunas no pueden mantenerse sentadas en las sillas de la sala. Observo los ojos llorosos de Gisela, que aguarda cerca de la puerta con la mirada puesta hacia fuera. ¿Cómo han podido lavarles tanto el cerebro? No estoy en contra de que exista un hechizo que proteja a las brujas. En realidad, me parece maravilloso que haya alguien que frene una posible nueva caza de brujas, de lo que estoy en contra es de la Proclama y sus pruebas absurdas, de que el resto de aspirantes debamos morir o servir al aquelarre. ¿Qué sentido tiene? ¿Nadie se cuestiona nada?

Se hacen las diez de la mañana y el ambiente ya es casi irrespirable. No entiendo por qué tenemos que esperar aquí juntas cuando no nos dirigimos la palabra y no tenemos nada más que hacer que aguardar al Catalizador.

Enzo ha optado por elegir un atuendo más informal para mí esta vez, algo que se asemeje más a mi día a día. Por lo visto debo ser yo misma en el encuentro con Caiden (si es que llega a suceder, que rezo por que no) y llevo una camiseta ajustada negra de talle corto y escote *halter* con unos vaqueros, y el cabello suelto al estilo que me gusta a mí, con las ondas algo despeinadas. Por supuesto, soy la única que viste así, las demás llevan vestidos o conjuntos más arreglados.

—Nos complace anunciar que el Catalizador está en camino —nos informa la mujer del traje pomposo de improvisto.

El resto de aspirantes emiten gemidos y suspiros de alivio con grandes sonrisas que les iluminan las caras. Las miro mortificada y reprimo mi desilusión escurriéndome en mi silla.

A la media hora, ya todas sentadas en nuestras sillas, oímos múltiples pasos aproximándose a la sala. El primero que se hace visible es Caiden Vulgaris, que de nuevo está esposado y escoltado por dos hombres de uniforme; cruza por el amplio pasillo a un costado de donde nos encontramos y dirige hacia las aspirantes a Deida una sonrisa irónica acompañada de un saludo; lleva los dedos índice y corazón a su frente y simula que se quita un sombrero imaginario justo antes de que lo metan en la estancia que se sitúa al fondo. Todas parecen encantadas por ese simple gesto, y yo las miro con el ceño arrugado. ¿Alguna es consciente de que lo acaban de arrastrar aquí a la fuerza? Está bien, es sexi, no me importa admitirlo. No hace falta que se esfuerce mucho para que cada uno de sus gestos resulte elegante, ese sencillo saludo con sus dedos largos adornados de anillos le ha quedado sensual, y no me avergüenza que me lo parezca. Pero de ahí al frenético sentimiento que ellas demuestran… hay un abismo.

Los dos hombres que escoltan a Caiden se quedan fuera de la sala donde le han metido, uno a cada lado del umbral. También hay otros dos fuera de la sala de espera, que se hacen a un lado para dejar pasar a la mujer guía del vestido bonito (así la bautizo a partir de ahora).

—Queridas aspirantes, el aquelarre os agradece vuestro tiempo de espera. Ha llegado el momento de que inicie la segunda fase de la prueba, os iré nombrando y pasaréis a la sala junto al Catalizador. Recordad que, cuanto más tiempo duréis en ella, más probabilidades de éxito tendréis. Mucha suerte.

Su aguda voz de pito da paso a un tono más austero al nombrar a la primera aspirante y me doy cuenta de que ha empezado por el final del alfabeto, lo que quiere decir que me queda todavía una larga espera hasta que llegue mi turno.

Quizá haya otra puerta de salida dentro de la sala, porque nadie regresa cuando acaba. La estancia se va quedando vacía poco a poco, algunas tardan más y otras menos y, cuando llega el turno de Gisela, me mira por primera vez de reojo antes de abrir la puerta para entrar y cerrar detrás de ella. Me ha parecido que necesitaba una cara amigable que le diese fuerzas, espero habérselas dado aunque la mirada haya sido fugaz.

—Eira Anies —me nombra la mujer del vestido bonito.

Me incorporo haciendo un gran esfuerzo por no hiperventilar. No sé lo que habrá ocurrido con las otras aspirantes en esa sala, pero no se han oído sonidos raros que me digan que podría estar en peligro si entro ahí a solas con el Catalizador. Cierro los ojos al agarrar la manivela de la puerta y tomo aire por la nariz antes de abrir. Caiden se encuentra sentado en una silla a una distancia prudente de la entrada; cierro con deliberada lentitud y camino hasta mi silla vacía, que se encuentra frente a la suya, al menos a dos metros de distancia. No hay nada más, solo las sillas y nosotros. Bueno, y las cámaras, una en cada esquina superior del cuarto. Me acomodo en mi asiento y me atrevo a elevar la mirada hacia él; Caiden parece aburrido. Deja caer la espalda sobre el respaldo y tiene una pierna estirada; viste de negro, una cazadora y unos vaqueros, mucho menos rimbombante que su familia, pero con una presencia igual de intimidante.

Al parecer, él no va a tomar la palabra. ¿Esperan que hable yo todo el tiempo? Me yergo en mi sitio y vuelvo a respirar profundo; un aroma a un almizcle muy agradable me llena los sentidos, es entre fresco, dulce y embriagador, estoy segura de que proviene de él. Parpadeo y trato de centrar mis ideas. Me concentro en recordar su reacción de anoche, cuando Calíope condenó a tres aspirantes a servir al aquelarre, no parecía en absoluto de acuerdo con ello.

—Enhorabuena por tu huida, has retrasado la prueba más de tres horas. —Es lo primero que se me ha ocurrido. ¿Qué voy a decirle? ¿Le hablo del tiempo?

Caiden parpadea con indolencia; parece que las otras aspirantes no le han sacado el tema a juzgar por su expresión de ligero asombro.

—¿Es sarcasmo o qué? —Su voz rasgada suena tranquila, como un arrullo.

Joder, ¿qué…? «Céntrate, Eira».

—El sarcasmo no se me da bien —respondo, sincera—. Solo digo que… bueno, es el aquelarre, ¿no? Los brujos más poderosos que hay y, aun así, te has escabullido igualmente.

—Sí, bueno, me he criado con esos *brujos poderosos* —replica, estampándome en la cara que pertenece al aquelarre a pesar de las circunstancias.

«Brillante, Eira, eres brillante». Caiden mira hacia sus manos, su hastío es evidente.

—No se me da bien hablar con desconocidos. —A la porra, tengo que aguantar ahí todo lo que pueda, ¿no? Hay muchas cosas que me gustaría decir aunque no sé si debería hacerlo—. Y menos aún si, como dicen, se trata de un hombre con el alma oscura. Yo formo parte de algo que tú aborreces y lo cierto es que a mí también me gustaría estar en mi casa en vez de aquí.

Caiden se endereza en su asiento y sus ojos de un tono caramelo dejan escapar un apenas apreciable brillo.

—¿Cómo dices? —murmura.

Trato de ordenar mis ideas. Por mucho que me disguste la sensación, tiene una presencia más intensa de lo que intuí ayer en el baile alrededor de la pira y que muestre esa pizca de interés en lo que digo hace reaccionar mi cuerpo de una forma inesperada.

—¿A qué parte te refieres?

—A la parte de que preferirías no estar aquí —responde con calma.

—Oh, hum… Mi familia está desvinculada de la tuya desde hace mucho. Yo no fui instruida como las demás desde niña para ser una Deida ejemplar. —No creo que deba decir eso, ¿la estoy fastidiando?

Caiden me contempla con cierto estupor, parece reprimir decir algo a continuación. Su penetrante mirada consigue ponerme nerviosa.

—No sabía que una aspirante a Deida podía estar desvinculada —dice despacio.

—Yo tampoco. De hecho, no sabía que existíais hasta hace unos días —admito, algo más cómoda, pero sin relajarme—. ¿Es verdad lo que dicen de ti?

—¿Qué dicen de mí? —Su voz no deja de ser ronca, como si cada palabra que sale de su boca fuese desde una seguridad férrea.

—Que eres temido y peligroso, que no te importa asesinar para cumplir tus propósitos. —Probablemente me esté metiendo en la boca del lobo.

Caiden reposa los hombros en el respaldo e inclina con levedad la cabeza como para pensar en la pregunta, suspira profundo y expulsa el aire lento al tiempo que cierra los ojos. No me puedo creer que una simple respiración pueda resultar tan erótica, la cadencia del aire que se escapa entre sus labios entreabiertos, la delicadeza de su expresión… Casi le hace vulnerable aunque siga resultando peligroso. Es alucinante que alguien pueda hacer eso solo con respirar.

—Y eso es un inconveniente para ti porque las aspirantes a Deida se enamoran del Catalizador, ¿no es cierto? —pronuncia con calma, arrastrando la voz profunda.

—Yo no podría enamorarme de un asesino —suelto sin pensar, su presencia impide que mi

cerebro coordine muy bien—. Al igual que tú tampoco creo que puedas sentir debilidad por alguien que está destinada a hundirte. Es incoherente. Todo esto lo es.

Veo un brillo de interés en su mirada, pero parpadea para ocultarlo. Entonces suena un agudo pitido proveniente de las cámaras y Calíope habla a través de ellas:

—Eira Anies, puedes salir de la sala. —¡No, no! Ha sido muy poco tiempo, ¡la he fastidiado!

En el momento en que me levanto, para mi profunda sorpresa, Caiden salta de su silla como si fuese reacio a la petición de su madre. Nos miramos inmóviles de pie frente a nuestras sillas, leo en sus facciones un arrepentimiento evidente que, de nuevo, oculta enseguida bajo su máscara de indiferencia. Encubre su error haciendo una leve inclinación y un movimiento del brazo para invitarme a salir por el otro extremo de la sala.

—Eira Anies, tu tiempo se acaba de ampliar. Siéntate —dice Calíope a través del altavoz.

Ay, madre. Vuelvo a sentarme despacio, me tiemblan las rodillas. Caiden cierra los ojos lentamente y vuelve a suspirar de esa forma hipnótica, no puedo evitar mirarle la boca. Luego se sienta, resignado, y reposa una mano sobre su pecho.

Ninguno habla esta vez. ¿Qué digo? No sé muy bien qué acaba de pasar. «Sí lo sabes: tienes otra oportunidad para ganar más puntuación».

—Creo que he ofendido a tu familia —musito.

Él reprime una leve sonrisa, se muerde el labio y mira hacia abajo.

—La verdad a veces duele —responde en un hilo de voz candente.

Esta vez soy yo quien reprime la sonrisa. ¿En serio? Mi estado de supervivencia está en su máximo esplendor, no puedo tener las extremidades más rígidas y aun así debo contener una absurda sonrisa.

—Pero si esto va de decir verdades, entonces digámoslas todas: quizá sea un asesino, quizá mi alma esté corrompida, pero eres una aspirante a Deida y, por mucho que yo te odie, tu terminarás amándome. Y, créeme, no me importa lo que ocurra con vuestras vidas, sé que todas caeréis una a una hasta que quede la original y, cuando sepa quién es, seré yo quien me ocupe de que no interceda en mi camino. —Se inclina hacia delante para apoyar los codos en sus piernas y mirarme con un gesto que me detiene el pulso, es como un animal bello y letal—. Todo lo que sientes ahora o lo que crees que sientes no es real, eres como un insecto atraído por la miel que atrapará sus patas y sus alas hasta que su vida se apague.

Trago saliva y trato de tomar aire de nuevo; lo hago de forma intermitente. Me ha amenazado, sus palabras destilan veneno, y aun así la sensualidad impregna cada palabra que ha pronunciado. Me obligo a reponerme y lo imito, me inclino hacia delante y apoyo los codos cerca de mis rodillas, lo que hace que esté más cerca de él que nunca aunque todavía nos separe un metro.

—No me gusta la miel —digo despacio, con firmeza aunque sea mentira—. Y, en cualquier caso, si lo que dices es verdad y las aspirantes están irremediablemente destinadas a amarte, también tiene que ser cierto que el Catalizador no puede evitar sentir debilidad por la Deida

original, ¿no? ¿Cómo la matarás entonces?

Caiden entrecierra sus rasgados ojos, quiere asustarme y quizá lo logre un poco, pero ya le he calado.

—Nadie siente debilidad por su enemigo. Ese hechizo antiguo no tiene tanto poder como para doblegarme.

—Bien, en eso estamos de acuerdo, entonces.

Caiden vuelve a tomar aire despacio y se yergue para apoyar nuevamente la espalda en la silla.

No sé qué más decir, tengo la mente bloqueada. No aparta los ojos de mi rostro esta vez, penetrantes me observan con gesto inexpresivo; trago saliva y le mantengo la mirada. «Lo llaman Caiden el Hermoso y se ha ganado esa fama desde hace un tiempo. Es un muchacho muy sensual aunque no lo pretenda y, al parecer, ha roto varios corazones»; escucho la voz de la anciana que visitó nuestra casa en mi cabeza, y parece como si hubieran pasado años de eso aunque apenas han pasado unas semanas. En cuanto la mujer dijo estas palabras, recuerdo que me reí y pensé que no suelo seguir la marea, que la mayoría de las veces me gustan cosas que a los demás no les atraen. No estaba preocupada, yo no caería; sin embargo, a pesar de su evidente belleza, no es eso lo que provoca esa fuerte seducción, es su aura, su… presencia.

—El tiempo de la segunda fase de la prueba ha concluido para ti, Eira Anies, abandona la sala —nos interrumpe Calíope por los altavoces.

Impongo fuerza a mis piernas para poder levantarme con estabilidad. Caiden no me mira cuando cruzo por su lado para salir, abro la puerta y cierro tras de mí. Aquí también hay dos hombres de uniforme custodiando la salida.

—Ve a la sala de enfrente —me indica uno de ellos.

—Oh, vale. Gracias.

Aprovecho para tomar aire, un aire que no está impregnado de su aroma. Las aspirantes aguardan sentadas en otra sala diferente, me ven llegar y ninguna habla, como de costumbre, pero en esta ocasión lo agradezco. Me dejo caer en el asiento más cercano y trato de medir el tiempo que he estado ahí dentro, pero se ha vuelto difuso por culpa del efecto que me produce. La última aspirante tarda poco en llegar, algo que no es muy buena señal para ella. Y de pronto todas nos levantamos de golpe cuando Calíope Vulgaris se presenta escoltada por la guardia.

—Antes de actualizar vuestras puntuaciones, quiero que las aspirantes a Deida que voy a nombrar den un paso al frente —nos dice sin rodeos, llevando la mirada hacia la lista con nuestros nombres. El estómago se me sube a la garganta; la última vez que hizo eso, tres acabaron llorando y suplicando—. Raina Elisabet, Roman Kassi, Eira Anies y Enola Baldés.

Al oír mi nombre se me ha ido la visión por unos instantes; sin embargo, mi cuerpo ha reaccionado y me he colocado ante Calíope junto a los demás. Ella nos observa bien y me percato de su energía pesada y amenazante, es como estar ante un depredador.

—Enhorabuena, aspirantes. Han pasado más de veinticuatro horas desde que curasteis a

vuestros pacientes en la segunda fase de la primera prueba y están completamente sanos. Vuestro trabajo fue excelente; por supuesto, una lesión de esas características no estará curada al completo hasta dentro de unas semanas, pero ninguno deberá preocuparse porque ya no necesitan más tratamiento. Por eso, el aquelarre ha decidido otorgaros otros cuarenta puntos a vuestro contador.

Oigo respiraciones y jadeos de alegría. Soy incapaz de exteriorizar nada aunque el alivio adormezca mis venas.

—Ahora, vamos con las puntuaciones de la última prueba. Quienes hayan logrado estar con el Catalizador más de veinte minutos, se sumará en su contador cien puntos. Quienes hayan logrado alcanzar los quince minutos, se sumarán cincuenta puntos. Quienes estén por debajo, no obtendrán nueva puntuación.

Calíope hace sonar el cuenco tibetano y aguardamos a que ella se retire para mirar bajo los brazaletes que cubren nuestra muñeca.

—Enhorabuena a las aspirantes que hayan logrado la máxima puntuación. Ahora retiraos a descansar.

Salimos de la sala cuando Calíope se aleja y miramos nuestro contador con cuidado, ¿he estado más de veinte minutos en esa sala? Por lo que dice mi muñeca, así es, aunque a mí me haya parecido un tiempo mucho más corto.

8
Eira

«Es mejor mantener la distancia con quienes rebosan luz
cuando tú proyectas oscuridad. Sois de mundos distintos
y, sin excepción, ambos acabaréis destruyéndoos el uno al otro.»

Mandamientos para sobrevivir, por CAIDEN VULGARIS

Desde que tengo uso de razón, el ejercicio físico me ha supuesto un martirio. Por algún motivo (que ahora comprendo bien), mis padres siempre me animaron a hacer algún tipo de deporte que mejorase mi equilibrio y mi resistencia, pero, aunque me gusta retarme, he desistido en cada ocasión. Admiro a la gente que dice que se siente mejor después de correr; yo rara vez no vomito o sufro algún desvaído. He ido al médico en algunas ocasiones desde niña por ese motivo, pero estoy perfectamente sana, simplemente mi cuerpo no tolera que lo ponga al límite.

Por eso contemplo con desazón el amplio campo de obstáculos que tengo frente a mí. El resto de aspirantes se encuentran calentando junto a sus mentores con ropa deportiva del mismo tono que la mía, un azul eléctrico.

Enzo me mira con su poblado ceño arrugado; está preocupado, y con razón. Tuvimos dos escasas semanas para entrenar y lo único que vio de mí en las pruebas físicas fueron caídas o irrisorias demostraciones de mi estado físico. Y resulta que la tercera prueba consiste en cruzar una serie de obstáculos hasta llegar a una bandera, pero no basta con eso; al final del recorrido tendremos que enfrentarnos a alguien para poder conseguir la maldita bandera.

—Al menos he logrado la máxima puntuación en las pruebas anteriores —murmuro con un nudo doloroso en la boca del estómago.

Enzo se lleva una enorme mano a los ojos y se los restriega con frustración.

—Tenemos esta tarde para entrenar. El aquelarre ha sido generoso en esta ocasión y ha concedido tiempo para que os habituéis al recorrido de obstáculos y practiquéis el enfrentamiento cuerpo a cuerpo. Chiquilla, no te rindas antes de empezar.

Me muerdo la lengua para no decirle que necesitaríamos un milagro para que yo supere esta prueba. Además, mientras caliento, puedo observar lo que hacen las demás: me fijo en una de las aspirantes a Deida que también han nombrado esta mañana para darle más puntuación por curar a su paciente; Raina. Es una joven algunos años mayor que yo (se acerca más a la edad de

Caiden, sin duda) que es llamativamente preciosa. Unos rasgos perfectos y simétricos, una melena rizada y sedosa del color de los rayos del sol, unos movimientos seductores y un estado físico envidiable. Salta y se agacha con sus livianas y esbeltas extremidades para hacer flexiones como si fuese tan sencillo como respirar. También me fijo en Roman, un hombre atractivo con una complexión de infarto; tiene una belleza tan dulce y a la vez tan explosiva que podría ser objeto de deseo de cualquiera con independencia de su género. Él tampoco parece tener problemas en hacer sentadillas y saltos en el sitio con agilidad. En realidad nadie parece tener problemas excepto yo, que me limito a girar las muñecas, los tobillos, las caderas y el cuello y luego doy trotes en el sitio a petición de mi mentor con muy poca gracia.

Desde donde estamos, no se puede apreciar el nivel de dificultad del camino de obstáculos. Hay que subir una cuerda nada más empezar para llegar arriba y continuar salvando retos físicos que pondrán a prueba mi fuerza y equilibrio. Me sube la bilis por la garganta cuando veo que el resto ya ha empezado a escalar.

—Puedes hacerlo, confía en esa fuerza que tienes dentro, chiquilla. La vi el día en que viniste por primera vez a mi casa, de no ser así, no estaría aquí. Tienes un fuego salvaje dentro —me asegura Enzo con la voz airada, como para darle energía a sus palabras.

Y lo cierto es que me emociona aunque no logre arrancarme el miedo. Jamás he escalado una cuerda, ¿sabes lo difícil que es elevar tu propio peso? Y si a eso le añadimos metros de altura ya es imposible, al menos para alguien que no haya entrenado antes.

—Bien, acércate, coloca la cuerda en la parte interna de tu muslo, así, y ahora enrédala en tu pierna. Cuando te eleves, coloca el otro pie sobre la cuerda que pasa por encima del primer pie para hacer una pinza y luego salta. Deberás hacer el mismo procedimiento cada vez.

Sigo sus indicaciones, me hago un lío y casi me mato. Inspiro profundo y vuelvo a intentarlo. Al menos Enzo me ha traído unos mitones negros antideslizantes, eso hará que no me quede sin palmas de las manos. Enredo la cuerda a mi pierna, salto, trato de impulsarme hacia arriba… y me caigo a la primera. Y a la segunda y a la tercera. Me hago roces en los dedos, en las rodillas y en los codos. A la quinta logro elevar mi cuerpo medio metro del suelo y luego me caigo de nuevo. Me incorporo con los ojos apretados por la impotencia. «No mires para comprobar si eres la única que sigues aquí, no mires». Cuando me caigo por décima vez, lo hago desde una altura más alta y el dolor es mayor. Y en el momento en que logro alcanzar la mitad de la cuerda y siento que no puedo más, sé que la caída podría romperme algo. Por suerte no ocurre, duele de narices, incluso se me corta el aliento y no logro tomar aire hasta pasados unos instantes agónicos.

—Eira, lo estás haciendo bien. —Mi mentor no me ayuda a incorporarme del suelo a pesar de que he visto un ligero amago de su mano que ha retirado de inmediato—. Bebe agua y continúa.

Debía llegar el momento en que viese que estamos solos al principio del camino de obstáculos: en efecto, ya no hay otras aspirantes a mis flancos, todas han escalado la cuerda y estarán

cruzando el recorrido. Me miro las manos temblorosas, ya hay llagas bajo los mitones, las yemas me sangran. Me seco el sudor con los brazos desnudos y regreso a la condenada cuerda. Es en ese momento cuando veo de nuevo a otras aspirantes acudir al principio del camino; ¿significa que ya han acabado y vuelven para hacerlo de nuevo? «Madre mía, estoy acabada». Me aferro a la cuerda como si me fuese la vida en ello; la enredo a mi pierna, piso sobre mi pie y me elevo, agarro con toda mi alma la cuerda para soportar mi peso y repito el procedimiento; estoy tan concentrada en ello que no me doy cuenta de que he llegado arriba hasta que veo la tabla de madera frente a mis narices. De mi garganta brota un sonido desequilibrado, subo el trocito que me queda y caigo sobre la tarima; me permito unos segundos ahí tirada con la respiración asfixiada y los músculos temblando. Luego me incorporo con poca estabilidad y observo el panorama ante mí: hay un maldito muro de la anchura de un libro de al menos diez metros de largo hasta la siguiente tarima. La distancia que hay hasta el suelo es considerable, podría partirme la crisma, pero me fijo en que hay una red de seguridad. Desde aquí puedo ver a las otras aspirantes más adelantadas en los recorridos gemelos a mis flancos. Desde la siguiente tarima deben saltar a una especie de rocódromo que hay que escalar.

—Joder… —murmuro, tratando de tomar aire con normalidad.

En el muro que tengo delante me cabe un solo pie; deberé tener un equilibrio impecable si no quiero precipitarme. Me entraría la risa floja si pudiese hacer algo más que tiritar. «Bien, Eira, no puedes quedarte aquí arriba eternamente». Avanzo el pie derecho y luego tomo aire para adelantar el izquierdo, no puedo detenerme así que continúo, continúo hasta que mi cuerpo se vence con ligereza hacia un lado y de repente pierdo el control total del equilibrio. La sensación de caer al vacío es aterradora, es como si se te detuviese el corazón. La red aplaca la caída, las cuerdas rasposas se clavan en mi cuerpo y brincan por el impulso.

—¡Sal por detrás! —Me cuesta asimilar que me están hablando a mí.

Miro hacia arriba, el muro estrecho que hay a dos muros del mío. Es Gisela, que me señala la salida con la mano.

—¡Gracias!

Lucho como puedo para deslizarme por la red (desde fuera debo parecer una mosca tratando de escapar de la telaraña) hasta que encuentro la dichosa puerta. He salido a la parte exterior de los recorridos de obstáculos, lo que quiere decir que debo regresar al inicio. «Mierda, tengo que volver a escalar la maldita cuerda». Lo que me indica que a lo mejor algunas aspirantes que he visto volver al comienzo del recorrido quizá se hayan caído como yo.

Enzo aguarda en el mismo lugar; por supuesto, esperaba que regresase pronto. Bufo y vuelvo a colocarme ante la cuerda bajo su atenta mirada; en esta ocasión, al tener la adrenalina por la nubes por la caída, escalo con una facilidad de la que me sorprendo hasta yo. Las manos me escuecen una barbaridad pero es soportable, por no hablar del dolor de trasero y algunas extremidades que han salido peor paradas en los múltiples porrazos. Vuelvo a intentar cruzar el

estrecho muro, esta vez llego más lejos, pero al sexto paso me precipito. Y así ocurre las siguientes cuatro veces; debo aguantar las ganas de llorar de impotencia mientras acudo de nuevo al inicio con el cuerpo dolorido; no he estado tan agotada en mi vida, pero no me puedo permitir parar.

—Espera, chiquilla, déjame verte. —Enzo se acerca a mí y me retira los mitones para observar la gravedad de mis heridas; lo cierto es que doy pena. Mi mentor gruñe y arruga su ceño—. Hay que parar para curarte esto.

No opongo resistencia. De hecho, me entran unas ganas locas de tirarme boca abajo en la tierra y quedarme allí, sudada y mugrienta, y llorar con toda mi alma para desahogarme. ¿El Catalizador puede ver esto? Porque si me ve se reirá de mi muestra de valentía en nuestro encuentro de esta mañana al verme de este modo. Sigo pensando que no soy la Deida original, en absoluto, aquí hay aspirantes que me dan veinte vueltas, pero eso no quiere decir que vaya a dejar que el aquelarre destroce mi vida.

Enzo trae algunos de mis tarros de plantas y material médico en su bolsa. Utiliza el mismo preparado que usé con mi paciente para curarme las manos y luego me las venda con firmeza antes de volver a colocarme los mitones. De pronto observo a mi mentor con un brillo en los ojos; he tenido una idea.

—Soy una bruja, ¿por qué no usar mis habilidades para esto también? —le digo con una ilusión comedida y latente.

Él me observa con curiosidad mientras me ve sacar de su bolsa tarros y esencias como si estuviese mal de la cabeza. Nunca he hecho un hechizo para controlar el cuerpo, ni siquiera sé si eso es posible, pero debo intentarlo. Me guío por mi intuición, abro los tarros, huelo, palpo y decido descartar o quedarme algunos. Mi mentor no pregunta qué hago, solo observa atento.

No sabía que guardase todo mi material esotérico en su bolsa, ¿lo habrá hecho pensando en algo como lo que estoy haciendo? Mezclo cuatro variedades de plantas, minerales en polvo, esencia de sándalo y acebedo, lo machaco todo bien e imagino una runa mental que se relacione con la fortaleza física. Luego me quito las deportivas y me levanto las mallas para dibujar esa runa en los pies con la mezcla, repito la misma acción en los brazos y en el estómago mientras pronuncio un hechizo en voz baja: «Sagrada tierra y magia ancestral, otorga a esta piel tu fuerza, tu basto equilibrio y energía. Hecho está».

Cuando me incorporo y elevo la mirada hacia mi mentor, él me contempla con un ligero relámpago de orgullo.

Entonces acudo de nuevo hacia la cuerda, la miro con determinación y la enredo a mi pierna. La ligereza con la que subo me asombra tanto que, de nuevo, me entran ganas de llorar, en esta ocasión de alegría. Es cierto que todavía tengo que esforzarme, no es fácil y mi cuerpo magullado me ruega descanso, pero siento la magia crepitar sobre la superficie de mi piel. Cruzo el muro con un equilibrio casi inmaculado; por fin llego por primera vez a la siguiente tarima,

frente al rocódromo. No me lo creo, reprimo chillar para liberar la tensión; ¡lo he conseguido! Aprieto los dientes e impongo fuerza a mis articulaciones para agarrar las piedras con estabilidad y comenzar la escalada; en un par de ocasiones el corazón se me sale por la garganta porque creo que me voy a caer, pero al final logro sujetarme bien y llegar a la cumbre. Arriba recobro el aliento con dificultad, apoyo el pecho contra la tarima y dejo caer la mejilla contra el suelo frío. Oh, Dios, tengo la sensación de que voy a expulsar algún órgano por la boca, en serio. Y ese sentimiento se multiplica cuando alzo la mirada y veo el siguiente obstáculo: son anillas colgadas de torres metálicas, habrá por lo menos una docena hasta la siguiente tarima. Desde aquí puedo ver cómo dos aspirantes se resbalan de su recorrido y se precipitan al vacío, inhalo entre dientes porque impresiona ver cómo caen hasta que sus cuerpos son aplacados por la red. La altura es mucho mayor que en el muro.

—Oh, joder… —exhalo.

Mi cuerpo parece negarse a levantarse del cuadrado en el que estoy, pero me obligo a moverme y me pongo en pie.

—Sagrada tierra y magia ancestral, otorga a esta piel tu fuerza, tu basto equilibrio y energía —repito el hechizo al tiempo que alzo los brazos para sujetarme a las anillas.

Expulso el aire por la boca lentamente antes de lanzarme para estar colgada de ellas. Se me escapa un profundo gruñido gutural mientras cambio de anilla, primero la mano derecha, luego la izquierda. Se me resbala una mano a la quinta anilla y chillo, colgada únicamente de la otra mano. Balanceo mi cuerpo con levedad para intentar asir de nuevo la siguiente anilla; es muy difícil, ¡ah! El vértigo que siento me paraliza, pero el chute de adrenalina lo suple y logro alcanzarla antes de que mi otra mano se resbale. No sé ni cómo lo estoy haciendo, pero llego al final del recorrido y salto a la siguiente tarima. Lo único que quiero es hacerme un ovillo cuando mis pies tocan suelo firme, pero soy consciente de que en la prueba oficial habrá una cuenta atrás, por lo que me ha explicado Enzo. El siguiente obstáculo es una maldita tirolina; puedo ver a otras aspirantes lanzarse, algunas se caen (verlas me produce un miedo paralizante), otras llegan hasta abajo. ¡Oh, es el final del camino! Puedo apreciar desde aquí que los mentores aguardan a sus aspirantes para practicar el enfrentamiento cuerpo a cuerpo. Está tan alto que una caída sin red de seguridad sería mortal y, aun así, la red no asegura que no te vayas a romper algo. La sujeción de la tirolina consiste en un pequeño asidero en forma de manillar. «Bien, vamos allá». Sujeto con fuerza el asidero y no lo pienso mucho (si lo hago, no me tiraría nunca); de repente, el aire me corta el aliento por la velocidad que toma mi cuerpo mientras floto, emito un grito extenso y, antes de darme cuenta, estoy abajo. Las piernas me tiemblan tanto que casi me desplomo a los pies de Enzo.

—Muy buen trabajo, Eira —me felicita mi mentor.

—Necesito sentarme…

—Chiquilla, no es momento de sentarte, mañana no seré yo quien te espere aquí sino un

voluntario del aquelarre que hará lo posible por que no consigas esa bandera de ahí. —Señala la tela de color blanco que hay colgada en la pared.

Expulso un sonido metálico de frustración. Puede que se me haya escacharrado algo por dentro.

—El hechizo es lo único que me mantiene en pie ahora mismo —le cuento con toda seguridad.

—En ese caso debes sentirte orgullosa, el hechizo solo consume el poder que tú posees, ni más ni menos. Lo que quiere decir que eres más fuerte de lo que crees.

Parpadeo ante la obviedad de su comentario y siento una pizca de satisfacción.

Enzo me muestra las técnicas básicas de defensa personal, cómo noquear y esquivar. Mi prioridad es agarrar esa bandera, en cuanto lo haga, el tipo que se convertirá en mi pesadilla al final del recorrido me dejará en paz.

Pero si soy mala en el camino de obstáculos, en el enfrentamiento físico soy pésima al cuadrado. Mi mentor apenas hace esfuerzo para que yo termine tropezándome y aterrizando en el suelo y mis intentos de esquivarlo son patéticos.

—Chiquilla, no haces caso de lo que te digo…

—¡Lo intento! Es… —Enredo los dedos doloridos en mi pelo con impotencia—. Sé cómo se hace, en mi cabeza lo sé reproducir como me explicas, pero no soy rápida ni ágil.

—Así es como crees que eres, no lo que eres en realidad —replica con dureza en su voz.

—Lo que sé es que he mordido el polvo todo el rato y ni me he acercado a la bandera ni un poquito —digo, enfadada por mi ineptitud.

—De acuerdo, centrémonos en el recorrido de obstáculos. Tenemos tiempo límite para entrenar aquí; tú y yo podemos continuar esta noche.

—¿Tengo que volver a hacer el recorrido? —La sangre se me baja a los pies.

—Chiquilla, sé que es duro, pero toda práctica te dará un beneficio, no podemos desperdiciarlo.

El cielo se oscurece sobre el campo de entrenamiento tras lo que me parece un siglo. Cuando las aspirantes a Deida empiezan a retirarse junto a sus mentores, yo apenas logro caminar sin dar traspiés. Me quedo bajo la ducha media hora reloj, sentada con el llanto acoplado entre las costillas doloridas. Mi piel es un cuadro pintado con moratones, arañazos, heridas y contusiones. Mañana tendré unas agujetas horribles, debo inventar un ungüento para soportar el dolor.

Cuando Enzo entra en la habitación cargado con una bandeja, me como con ansia todo lo que hay en ella.

—Despacio —me advierte él mientras me observa masticar la verdura y las patatas con huevo frito como si no hubiera comido nunca—. Eira, en tu estado, lo mejor que podrías hacer es descansar. Debes dormir al menos nueve horas para que tu cuerpo y tu mente tengan tregua.

—¿Y nuestro entrenamiento? —farfullo con la boca llena—. No voy a conseguir la bandera si no encuentro la manera de ser más hábil que el tipo del final del recorrido.

—Exacto. —Su voz encierra una nota de misterio—. Lo has descrito muy bien, debes ser más *ingeniosa* . Sé que se te ocurrirá algo, has demostrado mucho hoy en el entrenamiento, chiquilla.

Pienso en lo que me ha dicho Enzo mucho después de que se haya marchado. Tengo todos los tarros y recipientes que me traje de casa esparcidos en la cama y estoy haciendo ungüentos para las heridas, los moratones y las agujetas. Los coloco sobre mi piel magullada bisbiseando hechizos con cuidado y pronto en el dormitorio flota una miscelánea de aromas que me transportan a casa; casi puedo escuchar a la tata Ágata dándome nuevos consejos, el canturreo de la tía Chiara y las protestas de Aston porque no se le dan muy bien las plantas. Los echo tanto de menos que me falta el aire. Nunca fui consciente de lo a salvo que me encontraba bajo el ala de mi familia, todo lo que han hecho por mí para ocultarme del aquelarre.

Estoy tan agotada que casi me quedo dormida con la mitad de los tarros abiertos, incluso vuelco algunos recipientes de plantas secas que se desparraman sobre la colcha. Es en ese momento cuando me viene la inspiración; esbozaría una sonrisa si no estuviese a punto de perder la conciencia: sé cómo noquear al tipo de la prueba de obstáculos.

9

Eira

«La oscuridad no da tanto miedo si te convence
de que formas parte de ella.»

Mandamientos para sobrevivir, por CAIDEN VULGARIS

Mientras me adapto al paso ágil, casi militar, del resto de las aspirantes de camino al campo de obstáculos, reprimo sonreír porque doy fe de que mis remedios de bruja funcionan. No voy a mentir; noto el dolor de las agujetas y los golpes, pero es muy soportable, una sensación amortiguada. Sin embargo, al mirar al cielo repleto de nubes plomizas, siento un escalofrío desagradable; espero que el aquelarre no celebre la prueba si se pone a llover.

—Te caíste muchas veces ayer. —Gisela se coloca a mi lado mientras avanzamos. El azul eléctrico de nuestra ropa deportiva resalta su melena dorada y sus enormes ojos claros. Con esa ropa ajustada todavía se nota más lo pequeña que es; es como una bailarina.

—Te diste cuenta, ¿verdad?

—Al menos no tenías cerca a Rebeca Delta, la vi impregnar la cuerda de al lado de la suya con un ungüento y juraría que pronunció un hechizo. Y a la chica que le tocó ese recorrido se rompió una pierna al caer a la primera red. No la veo aquí ahora.

La miro, perpleja.

—¿Eso está permitido? ¿No van a hacer nada al respecto?

—Tampoco tengo pruebas para incriminarla —dice, encogiéndose de hombros—. Pero me parece que no es la primera vez que hace algo parecido. Solo te aviso para que tengas cuidado; es probable que no sea la única que juega sucio.

—Te lo agradezco, Gisela —imito su tono de voz bajo y le sonrío de corazón.

—Está en enfermería. —Las dos nos giramos hacia el chico que nos acaba de hablar—. La he oído llorar porque sus remedios no han funcionado para arreglarle la pierna. Oh, perdonad, me llamo Naim.

—Lo sé —responde Gisela.

—Yo soy Eira —murmuro, contenta de que otra aspirante haya decidido dejar de ser borde.

—La desvinculada, ¿no? Se notó ayer; no has entrenado demasiado, ¿verdad?

Hago una mueca y me muerdo el labio.

—¿Por qué no han avisado? Podría haber ido alguien a ayudarla a curarse la pierna. Yo podría haber ido.

Tanto Gisela como Naim me miran como si me hubiese vuelto loca.

—¿No conoces las normas? El aquelarre no ayuda a las aspirantes a Deida y las aspirantes a Deida no nos ayudamos entre nosotras.

—Tú acabas de hacerlo, me has avisado de que Rebeca no es trigo limpio —le recuerdo, un poco desconcertada.

—Sí, bueno, es verdad. —Sus pequeñas mejillas enrojecen—. Me caes bien. Pero de mi inocente consejo a curar una pierna rota hay una diferencia. Ahora mismo somos una menos, suena cruel, pero… cuantas menos seamos, más probabilidades para las demás.

—Sí que es cruel —coincide Naim.

Algunas aspirantes nos dirigen miradas envenenadas por vernos charlar en voz baja. Estamos a diez minutos del campo de obstáculos; nuestros mentores caminan a una distancia prudente de nosotras, como de costumbre, desperdigados a nuestros flancos. Enzo no parece disgustado por que mantenga conversación con otras aspirantes, al menos por lo que puedo ver desde aquí.

—¿Habéis pensado en qué haréis si sois la Deida original? —El espigado cuerpo esbelto de Naim se aproxima a mi izquierda, justo al otro lado de Gisela—. Me refiero respecto a Caiden Vulgaris. ¿Pudisteis tener el encuentro con él?

Gisela y yo asentimos. ¿Vamos a hablar del Catalizador entre nosotros?

—¿Y no os pareció intimidante? Es decir… se me funden las neuronas si está delante, nunca me había pasado nada parecido. No he conocido nunca a nadie que desprenda tanta sensualidad y seguridad, es apabullante.

Observo a Naim con creciente simpatía.

—A mí también me pareció abrumador, supongo que son los efectos del hechizo del aquelarre, somos sus aspirantes a Deida, ¿no? —opino.

—No siempre es así —interviene Gisela—. He estudiado bien las cuatro Proclamas anteriores a esta. Todas lo hemos hecho menos tú, Eira —matiza con retintín—. El Catalizador no ha sido tan atractivo los anteriores años. La Catalizadora de la segunda Proclama era bella, pero no se destaca mucho su aspecto físico en los escritos; las aspirantes a Deida no empezaron a sentir atracción o amor hasta casi la última prueba, lo que coincide en las Proclamas anteriores. Es decir, Caiden Vulgaris es una excepción; una excepción muy sexi.

Naim y yo nos reímos de forma floja y las aspirantes se giran hacia nosotros con gestos disgustados.

—¿No os parece, no sé, humillante que, para salvar a las brujas, tengamos que enamorarnos de la persona que supuestamente nos pone en peligro? —Estaba deseando hacer esa pregunta—. Todo esto es como un pésimo programa de tele.

Por sus reacciones, no parecen estar de acuerdo conmigo. ¿Qué esperaba?

—En realidad sí tiene sentido —dice Naim—. El aquelarre abogó por el pacifismo hace doscientos años. Después de tanta muerte y dolor durante la época de quema de brujas, optaron por un hechizo original que no requiriese matar. Claro está que el tema de que nazcan muchas aspirantes a Deida fue un error, pero no fueron los originales quienes inventaron la Proclama, sino sus sucesores. Si lo piensas, la Deida nace para amar al impulsor de una nueva caza de brujas, para que él vea por sí mismo el error. Solo escuchará a su Deida llegado el momento, solo le hará caso a ella porque es su debilidad. Es dramático y… romántico.

—Sí, también es muy romántico que la Deida pierda la cabeza porque a él le es imposible corresponderla —replica Gisela.

—Eso es un asunto aparte que seguro que no tuvieron en cuenta —inquiere Naim.

Nos callamos porque el campo de obstáculos se abre ante nosotros con sus imponentes muros desde donde caen las cuerdas. Siento un retortijón en el estómago; llevo encima las mismas runas que me dibujé ayer para fortalecer mi cuerpo, ojalá hoy también funcionen. Se oyen fuertes zumbidos sobrevolar el cielo, son drones, supongo que llevarán las cámaras que nos grabarán de cerca para que el aquelarre no se pierda ni un detalle.

Como de costumbre, los mentores se quedan rezagados y nosotros avanzamos sin detenernos hacia el inicio de la cuarta prueba. Nos desplazamos casi en sincronía para colocarnos cada uno frente a la misma cuerda que ayer.

—¡Bienvenidos al campo de obstáculos, aspirantes! —La voz de Calíope hace eco en todo el terreno a través de altavoces que retumban en el suelo—. Esta prueba tiene un tiempo límite de media hora. En ese tiempo deberéis cruzar el recorrido, vencer cuerpo a cuerpo al brujo que os esperará al final del camino y haceros con la bandera antes de que los minutos se agoten.

¡¿Media hora?! Madre mía… Ayer mi tiempo mínimo sobrepasaba los treinta y cinco minutos, y eso que me saltaba el enfrentamiento con mi mentor. Trago la bilis que sube de repente por mi garganta.

—¡Que comience la primera fase de la tercera prueba de la Proclama de la Deida! ¡Suerte, aspirantes!

En cuanto Calíope deja de hablar, las aspirantes a Deida empiezan a subir las cuerdas con un brío espectacular. Aspiro entre dientes y hago lo propio: enredo la cuerda a mi pierna y comienzo a subir, más ligera de lo que esperaba. Emito gruñidos de esfuerzo cada vez que estoy sujeta solo por las manos, pero le he pillado el truco y pronto estoy arriba, algo que solo puedo achacar a las runas y a que he descansado suficiente. Trato de no fijarme en el hecho de que ya estoy exhausta cuando tengo ante mí el estrecho muro; tomo aire y bisbiseo el hechizo del día anterior en voz baja al tiempo que me atrevo a dar un paso al frente sin mirar abajo. Camino a una velocidad suficiente para no perder la estabilidad, miro con fijeza mis pies para no dar un paso en falso y en una ocasión se me sube el estómago al pecho cuando tengo un ligero espasmo por la sensación de pérdida de equilibrio, pero me repongo rápido y entonces llego a la siguiente tarima. No me

permito mirar hacia mis lados para ver cómo van las otras aspirantes y, en vez de ello, me dispongo a escalar el rocódromo. Empiezo a notar más el dolor de los dedos a pesar de mis remedios medicinales hacia la mitad de la subida, el maldito rocódromo es condenadamente alto. El vértigo me hace temblar las extremidades y no me lo puedo permitir. Voy muy lenta, lo sé; no tengo que mirar a las aspirantes a Deida de mis flancos para saber que ellas ya lo han escalado y, sin embargo, a mí me faltan varios metros.

Un pie se me resbala de la roca en la que me sujetaba y de repente veo que me voy a precipitar, pero me he agarrado fuerte de ambas manos a dos rocas distintas, por lo que me encuentro colgada tratando de encontrar a tientas piedras en las que apoyarme con los pies. Emito gruñidos y lamentos de esfuerzo y pánico y, en cuanto me siento estable, trato de tomar aire con regularidad, encaramada a la pared. No puedo quedarme aquí parada mucho tiempo a pesar de que el terror lucha por paralizarme. «Vamos, un poco más, solo un poco más». Me trago el terror y continúo escalando, siento que algún dedo de la mano derecha ha sufrido un daño grave, pero el hechizo que palpita en las runas lo camufla bien. Cuando llego arriba, todavía sin haber recuperado el aliento, el cielo escupe un alarmante trueno acompañado de un relámpago cegador.

—No, no, no —murmuro hacia el denso espesor de nubes negras que coronan el campo de obstáculos.

Las primeras gotas aterrizan en mi frente ya húmeda y de repente la lluvia se deja caer sin piedad contra el claro. Me agacho lentamente mientras las gotas me empapan con una sensación funesta que adormecen mis venas; el aquelarre ya sabía que habría tormenta, lo sabía y ha celebrado la prueba de todas formas. Observo con horror cómo una aspirante, que ya va por la mitad del recorrido de anillas, se resbala y cae. No quería mirar porque lo temía, Enzo no me lo ha dicho y yo no me he atrevido a preguntarle: no hay redes de seguridad. La aspirante que acaba de caer ha impactado contra el suelo desde una altura de al menos cuarenta metros, nadie puede sobrevivir a eso. Me aprieto el abdomen y trago el vómito violento que me sobreviene. El pánico que he intentado aplacar hace unos instantes regresa a mí con una fuerza asfixiante. ¿Cómo voy a sostenerme a las anillas mojadas? Por muy antideslizantes que sean los mitones, no son suficientes para evitar que me precipite al vacío. Y el tiempo no se detiene, ¿cuánto queda para que los minutos se nos acaben? No podemos saberlo. ¿Cuáles serían las consecuencias de negarme a hacer la prueba? ¿Me condenarían al servicio al aquelarre? Y si continúo las probabilidades de morir son muy altas. Puedo oír mis propios resuellos por encima del repiqueteo de las gotas contra el metal y el plástico.

—Sagrada agua del cielo, elixir de luna y magia ancestral… —Miro mis manos, me deshago de los mitones y de las vendas que me envuelven las palmas magulladas y dejo que la lluvia las toque. Es lo único con lo que cuento para el hechizo, porque sin duda necesito la magia para esto —. Ayúdame a convertir mis manos en ventosas que soporten mi peso. Yo convierto esta agua que roza mi piel en la fuerza que cala mis huesos y me sostiene a la vida. Hecho está.

No tengo más remedio que confiar en el hechizo. Mi familia siempre me ha dicho lo poderosa que es el agua de lluvia en luna llena para hacer hechizos y, aunque el sol todavía seguirá tras las nubes densas, sé que estamos en la fecha adecuada y que no importa el momento del día en que la invoquemos. Alzo los brazos, calada de pies a cabeza, y agarro las anillas. Inhalo profundamente y lo hago: me dejo caer con un hondo grito que vibra desde mi interior y me quedo colgada. No pienso, no puedo permitirme pensar. De modo que solo actúo, mezo mi cuerpo y busco la siguiente anilla, noto el tacto resbaladizo del material, pero consigo asirme con la suficiente entereza como para no escurrirme. Me mezo y busco la siguiente sujeción, así sucesivamente con un esfuerzo sobrehumano que no creía que tuviese la capacidad de poseer. Y así alcanzo el final y me dejo caer en la firme tarima con un chapoteo; se me escapan jadeos rotos y sonidos que se parecen mucho al llanto, pero no puedo derrumbarme, ni siquiera descansar ni un instante.

—Sagrada agua del cielo, elixir de luna y magia ancestral… —vuelvo a repetir sin aliento, valiéndome del creciente enfado hacia toda esta situación desproporcionadamente sádica.

Me agarro de nuevo con todas mis fuerzas al asidero de la tirolina, apenas veo el suelo ahí abajo por la lluvia copiosa. Cuando la muerte te susurra al oído, el instinto de supervivencia se aviva a un nivel difícil de creer. El tiempo está en mi contra en todos los sentidos posibles; sin embargo, yo salto y el viento y las gotas de agua impactan contra mi cuerpo a gran velocidad hasta que duelen y de un momento a otro hay tierra bajo mis pies. Y, de repente, algo duro impacta contra mí haciendo que se me escape el aire de los pulmones y que mi exánime cuerpo acabe de espaldas en el suelo bajo el suyo. Lucho con mi mente para ser consciente de lo que está ocurriendo: un hombre me aprisiona contra la tierra con todo su peso. Y entonces lo oigo: unos pitidos intermitentes que marcan los segundos que quedan para que se acabe el tiempo, son como campanadas que propagan el sonido de una sentencia de muerte. Emito un rugido desgarrado y serpenteo bajo la mole que me aprisiona, solo tengo que buscar bajo mi pantalón…, meto la mano como puedo y palpo el pañuelo, ahí está, solo me queda sacar el brazo. Gong, gong, gong. ¡Consigo sacarlo! Lo coloco en mi puño y aprieto hasta que se oye el crujido del fino cristal roto, ese es el preciso instante en el que debo colocar el pañuelo en su nariz y su boca, algo que no es difícil porque está justo encima de mí. El hombre apenas tiene tiempo de darse cuenta de que le tapo la nariz con un pañuelo impregnado en una mezcla de ingredientes sedantes antes de quedarse inconsciente. Me lo quito de encima con un gruñido ronco y luego corro hasta la pared que sostiene la bandera. El tiempo se agota apenas dos campanadas después de tener la bandera en mi mano.

No me he dado cuenta de cuándo ha dejado de llover, pero lo ha hecho. Contemplo el cielo plomizo con una sensación de irrealidad cada vez más intensa. Escucho mi corazón como si mis oídos estuviesen en mi pecho y estoy tan mojada que siento las gotas como lágrimas derramándose por cada una de mis extremidades.

—¡La primera fase de la tercera prueba ha concluido! —proclama Calíope por los amplificadores—. Quienes hayan sido excelentes, sumarán a su contador cien puntos. Para quienes hayan sido mediocres, su puntuación será de cincuenta puntos. En esta ocasión, todas las aspirantes a Deida que hayan conseguido la bandera antes de que se agotase el tiempo, pasan a la segunda fase de la tercera prueba. Enhorabuena a las aspirantes que hayan logrado la máxima puntuación. Retiraos a descansar.

No tengo que mirar mi muñeca para saber que he sido mediocre. Apenas atino a sujetar el pomo de la puerta que se sitúa al lado de donde estaba la bandera, veo al resto de aspirantes salir cuando consigo abrir la puerta y camino, con el mismo ánimo que ellas, que también han visto la muerte de cerca. Solo consigo dar dos pasos antes de que los bordes empiecen a verse negros y sea consciente, por una fracción de segundo, de que mi cara se precipita contra el suelo.

10
Eira

«Todo tu interior puede desorganizarse
en un puto instante ante algo tan inofensivo
como el roce de otra piel. Mantén la mente
en tus objetivos en todo momento.»

Mandamientos para sobrevivir, por CAIDEN VULGARIS

En alguna parte de mi cabeza sé que estoy soñando; pero no es mi sueño, solo soy una mera espectadora que no participa del escenario. Veo a Caiden Vulgaris atravesar los pasillos del edificio principal del Templo; es un Caiden más joven, de unos quince o dieciséis años. Entra con la cabeza gacha al enorme salón donde su familia le espera a la mesa; es una imponente mesa fastuosa colmada de comida que preside su padre, Ades Vulgaris. A los lados, más cerca de él, se encuentran su mujer Calíope, su segundo hijo, Aegon, y más alejada se sienta la pequeña Idris. Caiden reproduce un saludo cordial sin mirar a su familia antes de sentarse frente a su hermano, al lado de su madre.

—¿No piensas disculparte? —La voz furibunda y amedrentadora de Ades suena contenida.

—Siento haber irrumpido en su reunión del consejo sin haber sido invitado, padre —responde él de manera neutra, sin levantar la mirada.

Caiden sabe que, a pesar de su juventud, un primogénito del aquelarre debería asistir a esas reuniones. Pero él nunca está invitado, por supuesto.

—¿Es lo único que lamentas? —Su voz helada suena el doble de fuerte que la vez anterior y asusta a Idris—. ¡Te presentas ante los miembros más importantes del consejo para cuestionarnos y soltar esa sarta de barbaridades! ¡¿Y solo te disculpas por habernos interrumpido?!

Caiden se mantiene calmado e impertérrito, es una coraza que se ha creado con el tiempo.

—No se me ocurría otra forma de hacer que me escuchase, padre. Sigo manteniendo mi postura; las celebraciones sagradas del aquelarre son antiguas y crueles, están obsoletas. Esa gente… muere por devoción a nuestra familia.

—Esa gente son brujos voluntarios que ofrecen sus vidas por una causa divina, para ellos es un honor y un privilegio… —La voz furiosa de Ades suena a ultratumba cuando le explica a su hijo lo que ya conoce de sobra.

—Esas personas harían lo que fuese por ganarse nuestro favor. Nuestras figuras están elevadas como las de un Dios, el aquelarre no nació para ese fin.

—¡¿Vas a decirme tú cómo dirigir mi puesto?!

—No soy una amenaza para usted, padre, solo trato de aportar modernidad. Mañana morirán decenas de personas en el Templo solo por una tradición pagana, es puro entretenimiento violento e innecesario.

Ades se incorpora con agresividad de la silla, arrastrándola con un estrépito hacia atrás. Su figura alta mira desde arriba a Caiden con una decepción patente.

—Me has insultado ante todos los miembros del consejo y ahora lo vuelves a hacer delante de la familia. ¿Y todavía te preguntas por qué te tratamos así? Eres una deshonra para el aquelarre.

Los puños de Caiden vibran bajo la mesa.

—Retírate ahora mismo. Y procura mantenerte fuera de mi vista durante un tiempo o no seré dueño de mis actos.

Caiden obedece, se incorpora sin tocar la cena y se aleja; la única que lo mira marcharse con el corazón encogido es su hermana, Idris, que iría tras él si no supiese que luego sería castigada por ello.

* * *

Me incorporo de la cama en un acto mecánico. Tengo en mente la urgencia de encontrar un papel y un lápiz y pronto doy con ello en el interior de un cajón del escritorio; dibujo en el mismo suelo con movimientos automáticos y compulsivos. Para cuando el sueño abandona despacio mi cuerpo y soy consciente de mis actos, me veo sentada con los pies descalzos vendados, al igual que las manos y varias partes de mi cuerpo. Es de noche, por fin puedo apreciar la luna llena por el ventanal… y estoy dibujando el rostro de Caiden Vulgaris. Parpadeo, desubicada.

—Buenas noches, chiquilla. —Alzo la cabeza para encontrar a mi mentor, que se sitúa apoyado cerca de la puerta con su característica mirada juiciosa y tranquila—. Has dormido doce horas.

¡¿Doce?! Quiero moverme, pero me duele todo y mi organismo todavía está ralentizado y raro.

—Te he administrado un medicamento para el dolor, puede que te sientas algo entumecida. Esta mañana en el campo de obstáculos lo has hecho muy bien, Eira, me siento orgulloso de ser tu mentor.

Noto que se me calienta el corazón. Esbozo una leve sonrisa y luego emito un quejido cuando trato de levantarme con el reciente dibujo a medias en la mano.

—Has vuelto a dibujar al Catalizador… —comenta sin sorpresa alguna mientras regreso a la cama.

—He tenido un sueño —empiezo a decir; me acuerdo de cada detalle.

—Todavía quedan remanentes de la magia bloqueadora que tu familia ha estado volcando

sobre ti para protegerte, pero ya no es lo suficientemente fuerte como para que te olvides de los sueños. Tu impulso de dibujarlo es un aviso de la magia que hay en ti, puede que sea de peligro o simplemente una predicción.

Observo el rostro de Caiden dibujado a medias con una sensación diferente en la boca del estómago.

—No es un aviso de peligro —digo con seguridad—. El sueño me ha mostrado una escena de su vida y me ha confirmado algo que ya intuía: Caiden no es el malo en todo esto. Puede que él se haya convencido de ello, pero su alma no es oscura; al menos no lo era cuando tenía dieciséis años.

Mi mentor asiente con el gesto y vuelvo a ver un brillo de orgullo en su mirada.

—Quizá tengas razón, chiquilla, pero eso no quita que sea el Catalizador. La Deida Madre vaticinó un inevitable futuro para él si no hallaban a su Deida; será el detonante que provoque la muerte de miles de brujas.

—¿Quién es la Deida Madre? No la hemos visto en el Templo.

—La Deida Madre es la Deida que evitó la última caza de brujas hace unos ochenta años; se convierte en Deida Madre cuando vaticina la profecía y las aspirantes a Deida empezáis a nacer. Su salud es delicada, tiene ciento once años; la magia la mantiene viva y quizá no se apague hasta que vea su profecía romperse.

—¿Es ella quien señaló a Caiden como el Catalizador?

—Así es. Y sabe lo que ocurrirá exactamente si la Deida original no lo detiene.

Regreso la mirada hacia el retrato con una sensación extraña de tristeza. Enzo suspira y se aproxima a la cama.

—Ve a la ducha. Luego vuelve a colocarte tus espléndidos ungüentos en el cuerpo y te ayudaré a vendarte; debes comer algo y luego volver a dormir hasta mañana, lo necesitas.

—¿Y… la segunda fase de la tercera prueba? —La voz me vibra un poco.

No se me olvida que Enzo me dijo que la segunda fase siempre es más complicada. No me imagino nada más difícil de lo que he hecho esta mañana.

—Será mañana a primera hora. No eres la única aspirante que necesita atenciones médicas y descansar; puede que las demás estén más preparadas que tú, pero son humanas y lo de esta mañana ha sido muy duro.

Me viene una imagen fugaz de una de las chicas cayendo desde el recorrido de anillas.

—¿Ha muerto alguien?

Enzo expulsa el aire por la boca y asiente.

—Se cayeron dos —dice de forma escueta.

—Vi a una caer…

—Lo sé —murmura.

—¿Cómo se llamaban? —digo con un nudo en la garganta.

—Elodie Alba e Ian Vain.

Aprieto los dientes y me escuecen las córneas.

—No lo entiendo, si nos matan… ¿Cómo saben que ninguna de las que cayeron era la original?

—La original está destinada a sobrevivir, según los escritos —responde.

—Están muy seguros de ello —replico con enfado—. ¿Y si no es así?

—De todas formas no podemos cuestionar la Proclama, chiquilla. Es lo que es, sé que resulta despiadada y por eso mismo debes velar por ti. He visto que hablas con otras aspirantes; yo no te voy a desaconsejar que lo hagas, Eira, pero sí es mi obligación prevenirte de que quizá mañana una de ellas muera o te traicione. No te fíes ni te encariñes, ¿me escuchas? Debes evitar todo lo que pueda hacerte débil aquí.

Cierro los ojos para domar la impotencia; nunca he sentido tanta durante tanto tiempo, es un sentimiento horrible que aprisiona las costillas y te impide respirar.

—Y, dime, ¿a qué debemos enfrentarnos mañana?

Mi mentor me observa; estaba esperando a que le hiciese esa pregunta.

—Al Catalizador.

—¿Qué?

—Será un enfrentamiento cuerpo a cuerpo con Caiden Vulgaris. En vez de una bandera, tendréis que intentar conseguir un objeto que os dará doscientos puntos a vuestro contador. Pero, Eira, en esta ocasión no podrás usar nada externo; en el campo de obstáculos estaba permitido; con el Catalizador, no.

Me levanto de la cama llevándome las manos al pelo enmarañado.

—¿Cómo…? ¡¿Cómo voy a hacerlo?! ¡Ya me has visto! Soy una absoluta negada, ¡tenemos que entrenar! Y ni siquiera… ni siquiera con horas de práctica conseguiría vencerlo, ¡es uno de los brujos más temidos y poderosos!

—No vamos a entrenar, chiquilla, el esfuerzo solo te debilitaría más. Debes dormir más horas y estar fresca para mañana.

—Enzo, durmiendo no voy a encontrar la manera de vencer a Caiden…

—Quién sabe, parece que tienes muchas maneras de sorprenderme.

Contemplo a mi mentor, atónita.

—Si no puedo llevar nada encima, solo mis manos desnudas, ¿cómo voy a hacerlo? —reniego con creciente pánico.

—Tú misma has dicho que, aunque quiere aparentarlo, Caiden no posee un alma oscura. Es decir, no intentará mataros. Sin embargo, sí le interesa averiguar quién puede ser la Deida original y, por supuesto, no os dejará alcanzar el objeto que os conceda doscientos puntos porque eso iría en contra de sus principios e intereses. Me parece que podrías ser buena encontrando su debilidad, ¿no es cierto?

Parpadeo ante el comentario de mi mentor. Acaba de hacer un alegato al dicho «más vale maña que fuerza».

—Ve a ducharte, chiquilla, enseguida vuelvo con tu cena. —Enzo sale del dormitorio y yo me quedo inmóvil unos instantes más.

En ese momento soy consciente de que mañana será la primera vez que tocaré a Caiden Vulgaris.

* * *

Estoy incluso más nerviosa que ayer cuando salgo del dormitorio para reunirme con el resto de aspirantes. Los ayudantes de Enzo me han enfundado un mono blanco entallado con refuerzos que me mantienen rígida y llevo una trenza para evitar que el pelo se me venga a la cara; es un atuendo muy característico de la típica heroína de las películas, solo que todas llevamos el mismo.

En esta ocasión, ni Gisela ni Naim se acercan a mí, puede que sus mentores también les hayan aconsejado que mantengan las distancias. Nos cuento de nuevo, algo que por lo visto ya se ha convertido en costumbre; somos dieciséis. Empezamos siendo veintidós y vamos menguando a un ritmo vertiginoso.

—Bienvenidas a la segunda fase de la tercera prueba de la Proclama, aspirantes. —Es la mujer del vestido bonito quien se dirige a nosotras, esta vez en una enorme sala de espera—. En la prueba de hoy tendréis que vencer al Catalizador para conseguir la insignia que os sumará doscientos puntos al contador. La encontraréis en lo alto de un pilar cilíndrico custodiado por el mismo Caiden Vulgaris. Vuestro tiempo es limitado; tenéis veinte minutos para lograrlo. Ahora os iré llamando para que paséis una a una. Suerte, aspirantes.

A diferencia de la vez anterior, la mujer comienza la lista por orden alfabético desde el principio, de modo que seré la… segunda, ya que Elodie Alba, que iba delante de mí, se cayó en la prueba de obstáculos. Durante la espera, me fijo bien en las caras de mis compañeras; Rebeca Delta me mira con gesto intimidante desde el fondo de la sala, donde se apoya en la pared. No se molesta ni un poco en esconder su aversión hacia mí; es muy probable que me haya mirado así otras veces, pero no me he molestado en observarla hasta ese momento. ¿Estará pensando en cómo matarme? Por su mirada puedo adivinar que quizá ya haya maquinado un plan para convertirme en su próxima víctima. Me pregunto qué habrá sido de la chica de la pierna rota a la que hechizó para que se cayese durante el entrenamiento en el campo de obstáculos.

—¡Eira Anies! —Sé que es mi turno, pero aun así el corazón se me paraliza al oír mi nombre.

Me levanto y avanzo entre las sillas hasta la puerta doble; la mujer del vestido bonito asiente con la cabeza para alentarme a abrirla y eso hago: la abro y cierro tras de mí. Lo primero que percibo es su aroma particular en el aire, no sé identificar los matices, pero es muy agradable a pesar de que se mezcla con el olor del linóleo y el sudor de otras aspirantes. Expiro despacio por

la boca al alzar la mirada y veo a Caiden, que aguarda de pie a varios metros de mí; viste de negro y su ropa, en parte de cuero, también resalta las bonitas formas de su cuerpo. Tiene el pelo desordenado, algunos mechones se enredan en sus pestañas, pero no parece haber practicado ejercicio físico alguno a juzgar por su calma y su aspecto impecable.

El pulso martillea mis sienes al son de mis pasos cuando decido aproximarme un poco a su posición. Localizo la columna que sostiene el objeto que tiene por valor los doscientos puntos tras una subida de cuatro escalinatas a unos metros detrás de él. Es lo único que hay en esa inmensa sala de techos altos: la columna, las escaleras, las cámaras, él y yo.

—No sé pelear —me atrevo a decirle.

Caiden parpadea despacio; por lo visto siempre le provoco confusión. Luego se encoge de hombros y cruza los brazos, no parece que vaya a aportar nada a mi comentario.

—Te lo digo para prevenirte…

Consigo que frunza el ceño.

—Previenes a tu contrincante de una debilidad… ¿Tienes mentor?

—Humm…, sí.

—Despídelo.

Por un motivo que no entiendo ni yo, debo reprimir una sonrisa. Me muerdo con fuerza los carrillos y carraspeo. Caiden me observa con una ceja arqueada; no puedo dejar de ver al chico de dieciséis años de mi sueño, el dolor que desprendía.

—Tengo que intentar conseguir la insignia —le digo.

En esta ocasión alza las dos cejas y lleva la vista al techo.

—Al parecer para eso estás aquí y por eso me retienen contra mi voluntad. —La ironía implícita en su voz rasgada y sensual provoca que desvíe la mirada hacia su boca.

En serio, ¿qué me pasa?

—Y el tiempo corre… —murmura—. No me malinterpretes, yo no tengo ninguna prisa.

Y entonces me impulso hacia la columna, no lo he pensado mucho; de hecho, tengo cero unidades de planes en mi cabeza. Es en ese instante cuando Caiden me intercepta, su mano sujeta mi cintura y mi cuerpo choca contra su pecho. Aspiro hondo su perfume sin querer y pierdo la fuerza momentánea en las extremidades, pero me repongo rápido y trato de zafarme, doy una vuelta y regreso, pero él está ahí de nuevo, rápido y marmóreo.

—¿Cuál es tu técnica? ¿Intentar traspasarme? —se burla.

Le arrugo el ceño y procuro recomponerme dando dos pasos atrás. Trato de recordar las pocas clases de defensa personal de Enzo; en mi cabeza suele salir bien, pero la realidad es muy distinta. Sin embargo, más vale intentarlo que quedarme ahí con su mirada socarrona puesta sobre mí. Me coloco en pose de ataque, él hace lo propio y su movimiento, mucho más elegante y experimentado que el mío, me hace tragar saliva. Sé que no me hará daño, no solo por el sueño que he tenido, sino porque lo intuyo, puedo leerle a pesar de su gruesa coraza. Eso sí, también

puedo ver que no va a permitirme cruzar hacia las escalinatas por nada del mundo, su gesto es categórico. Sin esos doscientos puntos tendré una desventaja muy grande sobre el resto y por lo tanto menos posibilidades de sobrevivir en la fase final. Así que debo ir a por todas, descolocarle de la manera que se me ocurra.

Hago ademán de ir hacia un lado y luego hacia el otro, él apenas se mueve, y entonces vuelvo a abalanzarme intentando encontrar un hueco por el que escurrirme. Caiden me sujeta de la cintura y me eleva del suelo un palmo para volver a dejarme en mi sitio. Gruño y vuelvo a intentarlo, trato de esquivarlo y él me agarra con una habilidad sorprendente. ¡Maldita sea! ¡Ah! Me agacho y vuelvo a levantarme con velocidad para confundirlo, aunque no creo que lo esté logrando. Siento palpitar las runas que he dibujado en mi piel para darme fuerza física y agilidad, debo aprovecharlas. En esta ocasión voy directamente hacia él, parece sorprenderle que lo ataque porque de su garganta brota un leve jadeo cuando impacto contra su abdomen y él me toma de las muñecas y me las aprisiona tras la espalda; emito un gemido hondo, ¡joder, qué fuerza tiene! Pero no me rindo, continúo empujándole con el cuerpo y él retrocede hasta que casi alcanzamos las escalinatas. Sin embargo, cuando decide detener los pies en el suelo, es como una maldita roca inamovible y yo sigo apresada por una sola mano suya amarrando mis muñecas a la espalda.

—¡Aah! —profiero con rabia.

—Calma, pequeña fiera, podemos estar así hasta que se acabe el tiempo —susurra, y como estoy adherida a su cuerpo su voz sugerente traspasa mi pelo.

Cierro los ojos lentamente para concentrarme. Dios, una persona no puede causarme esto en una situación de supervivencia. ¿Cómo diablos lo hace?

Me zarandeo y él me suelta cuando la energía de su agarre empieza a hacerme daño. Caiden inclina un poco la cabeza y me reta con la mirada, no parece divertirse en absoluto, pero tampoco está sufriendo mucho que digamos. Vuelve a agarrarme al vuelo cuando yo salto hacia su derecha, serpenteo en su brazo, casi toco con la punta de los dedos las escaleras. Me revuelvo y trato de empujarlo, pero él me sujeta de los brazos y aprovecho para embestir; Caiden no lo espera porque nos estoy alejando de la columna, por eso pierde la estabilidad hacia atrás hasta que topa con la pared con un golpe seco. Él me sostiene cuando me aparto con velocidad de su cuerpo y vuelve a atraerme hacia sí, cambiando las tornas; ahora él me retiene contra la pared. Emito gruñidos de esfuerzo e impotencia. «¡Piensa rápido, piensa rápido!». El aquelarre nos está observando. Caiden no quiere que su familia encuentre a la Deida original, por lo tanto no se puede permitir mostrar debilidad por ninguna. Podría espantarlo, hacer que me soltase y descolocarlo lo suficiente si… ¡ay, madre! Lo que voy a hacer va en contra de todo lo que soy; de hecho, me muero de vergüenza cuando tomo la decisión, pero debo recurrir a medidas desesperadas. Caiden me tiene arrinconada contra la pared, su cara está muy cerca aunque apartada a un lado. Vuelvo a zarandearme para provocar un movimiento y es justo lo que necesito porque su rostro queda justo a unos pocos centímetros del mío y yo no aparto la cabeza,

su mirada ámbar se cruza con la mía y saboreo su aliento entre los dientes. Se supone que soy yo la que quiere desorientarlo, pero, joder, qué difícil. Hago un gesto que, en mi cabeza, es seductor: muevo los hombros y elevo el pecho al tiempo que subo la barbilla, casi puedo rozar su boca. Madre mía…, jamás me había ido el corazón a esa velocidad enloquecedora. Caiden arruga el ceño y se aparta de mí en un primer momento, oportunidad perfecta para deslizarme por la pared y correr. Pero apenas doy tres zancadas cuando noto sus brazos asirme la cintura; mi espalda se estrella contra su torso y su boca queda a la altura de mi oreja.

—¿Eso ha sido un intento de seducción? —dice con la voz ronca.

Se me eriza el vello de una forma poco común. Oh, ¿qué narices…? ¿Cómo es posible que pierda el foco y todo el jodido manejo de mis extremidades? En la vida me había pasado algo semejante.

Empujo sus brazos hacia abajo y me escurro hacia arriba para intentar hacer que me suelte, pero no lo muevo ni un ápice. ¿Y qué si es un intento de seducción? La timidez no me vale de nada ahora. Alzo los brazos y enredo los dedos en su pelo suave, respiro con la boca entreabierta y echo la cabeza hacia atrás. «Suéltame, venga, sé que esto te incomoda».

—Estás equivocada, no confundas debilidad con deseo sexual. Sí podría sentir debilidad por proteger la vida de una niña, como en tu caso, pipiola, pero vas mal encaminada con tu juego de seducción. Eres tú la que se enamora, no yo —me dice con voz rasgada.

Cierro los ojos para encajar el golpe. No puedo negar que ha dolido, aprieto la mandíbula y me enfado por momentos. No sé ni por qué estoy tan irritada de repente, pero supongo que me vale.

—Creído —le espeto.

El movimiento de defensa personal de Enzo está muy presente en mi cabeza; empujo con las dos manos hacia abajo al tiempo que me inclino hacia delante y hacia un lado, luego atraso una pierna para colocarla detrás de la suya y levanto el brazo izquierdo para pasarlo por encima de su hombro, de modo que quedo girada hacia él y su boca queda a la altura de mi mejilla; no actúo lo suficientemente rápido para zafarme del todo, pero sí siento sus exhalaciones al intentar retenerme. No soy capaz de centrarme con su aliento húmedo impactando en mi cara.

—Yo tampoco puedo sentir nada por ti, va en contra de mis principios —replico, sofocada.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué respiras tan deprisa? Conozco esos jadeos. Y el corazón, se te va a salir del pecho, cálmate, ¿no? —dice con esa voz que sabe que es sensual y mortificante.

Exclamo un gemido involuntario.

—Caiden, suéltame —consigo decir.

Él deja escapar una exhalación ahogada semejante a una risa floja.

—¿En serio? Estoy deseando ver tu próxima ocurrencia.

—Suéltame o voy a besarte, lo juro.

Caiden parece dudar un instante, suficiente para darle fortaleza a mi plan.

—No harás eso —sentencia.

—No puedes evitar las dos cosas: insignia o beso —le amenazo.

Esto se me está yendo de las manos, pero ¿a quién le importa?

—¿Qué crees que me hará un beso? ¿Desintegrarme?

—No quieres besar a una niña. Y tampoco quieres que el aquelarre vea cómo besas a una aspirante a Deida —le recuerdo.

—Cualquier relación entre el Catalizador y la Deida está prohibida. Podrían castigarte si lo haces.

—A ti también.

Caiden hace un mohín de disgusto y me suelta por fin, entonces corro y el estómago me da un vuelco porque las campanadas que anuncian la cuenta atrás nos ensordecen, son como golpes que arremeten contra mi pecho. Y entonces, cuando estoy a punto de subir las escalinatas, noto que Caiden me agarra de la muñeca; no lo pienso, es un acto instintivo, casi como un arrebato furioso: me vuelvo hacia él y llevo los labios hasta su boca. Noto su gemido de sorpresa, su delicioso aliento toca mi lengua; no ha podido detenerme, esta vez he sido más rápida que él. Lo peor es que la sensación me desarma por completo, sus labios esponjosos se apartan de mí pero veo un relámpago en sus ojos que me desorienta. Ya no me sujeta.

Y el tiempo se agota.

Nos quedamos inmóviles el uno frente al otro.

—Eira Anies, tu tiempo se ha acabado. Sal de la sala —me pide Calíope a través de los altavoces.

Cierro los ojos despacio. Caiden ya no me mira cuando los vuelvo a abrir; de hecho, se ha alejado de mí. Contemplo de reojo la insignia intacta sobre la columna de piedra y luego camino a paso ágil hasta la salida.

11
Eira

«A veces crees que vas a derrumbarte,
la vida pesa demasiado y las cicatrices supuran.
Concédete una pausa para que el dolor te asole.
Llora, rompe cosas, grita.
Y luego respira. Y sigue.»

Mandamientos para sobrevivir, por CAIDEN VULGARIS

Es un alivio saber, ese mismo mediodía, que nadie ha logrado alcanzar la insignia y que, por lo tanto, nadie ha sumado a su contador esos doscientos puntos. Caiden no ha consentido que alguien lo venciese; algo que, de una forma extraña, me satisface. Sin embargo, no he podido arrebatarme la sensación de bochorno durante toda la mañana, ¿de verdad le he dado un beso al Catalizador delante del aquelarre? Se lo he contado a Enzo con la boca pequeña y, de hecho, se me ha pasado por la cabeza no mencionarle nada. Pero es mi mentor, el único apoyo que tengo aquí, ¿cómo no se lo iba a decir?

—Está bien, la próxima vez no dejaremos que improvises —gruñe.

—¡Ya te dije que no tenía ningún plan!

—Pero, chiquilla, ¿besarlo? Esperamos que no te sancionen. Una de las advertencias de la profecía y, por lo tanto, una de las leyes más sagradas del aquelarre es…

—Sí, sí, ¡ya lo sé! Está prohibida una relación amorosa entre el Catalizador y la Deida. Pero, en primer lugar, aquí no hay amor; y en segundo lugar, yo no soy la Deida original.

—Eso no lo sabes.

—Ni ellos tampoco.

Enzo vuelve a gruñir y a murmurar cosas ininteligibles por lo bajo. Su enorme cuerpo se pasea por mi dormitorio de un lado a otro, pensativo.

—¿Cómo ha reaccionado? —se le ocurre preguntar.

—Pues sorprendido, supongo. Aunque le he avisado y él me ha sujetado de todas formas.

Me guardo para mí la imagen de la fugaz intensidad de sus ojos tras el breve beso, puede que me la haya imaginado.

—No habrá sido agradable para él, Eira. Recuerda que no puede sentir atracción por vosotras,

solo debilidad, como la que uno siente por su hermana pequeña, ¿me entiendes? Harías lo que fuese por ella, pero sería horrible besarla.

—Gracias. Eso ha sido… muy esclarecedor.

Enzo vuelve a pasear por mi habitación mientras le observo sentada en la cama con las piernas cruzadas. Acabo de volver a untarme mis mezclas en las contusiones y heridas. Llevo los dedos corazón y anular en cabestrillo; me los rompí cuando resbalé en el rocódromo, pero las runas y los ungüentos aplacan el dolor y aceleran la curación.

—La primera fase de la cuarta prueba es esta misma noche, después de la cena —me anuncia cuando se detiene frente al ventanal, por el que se cuela un sol brillante que resalta sus gruesos rizos—. Estoy tranquilo porque no requiere que pongas tu vida en peligro, pero quizá no te agrade lo que te voy a decir.

Lo miro y agarro la tela de la colcha entre los dedos para aplacar la mala noticia.

—Es un baile. Una especie de baile de salón en el que participarán brujos importantes y tendréis que bailar con el Catalizador.

No estoy respirando.

—¿Dices… que mi vida no corre peligro? —Puede que eso me haya quedado un poco dramático.

—Ensayaremos. Estás descansada y los pasos no requieren gran esfuerzo.

—¿Vas a enseñarme tú a bailar?

—¿Qué? No lo parece, pero soy un gran bailarín. —Eso le ha quedado adorable a pesar de su entrecejo arrugado y su típica habla gruñona—. Y debemos empezar cuanto antes. El vestuario y maquillaje de esta noche tiene una gran elaboración y requerirá más tiempo del acostumbrado.

El dormitorio es lo suficientemente espacioso para que mi mentor me enseñe los giros y pasos del baile en sociedad, como los que se hacían a finales del siglo XVIII , pero con espíritu gótico-pagano. Resulta gracioso como, a pesar de que él mide casi dos metros y yo no alcanzo el metro setenta, la que arrambla con todo y se choca con las cosas soy yo.

—Espalda recta, Eira, y mirada al frente, siempre a los ojos de tu compañero de baile. No desatiendas tus pies, pisar al otro queda muy feo —me explica con paciencia mientras damos vueltas.

Puede quedar feo, pero por lo visto es lo único que sé hacer. No me queda más remedio que recurrir de nuevo a la magia para aplacar mi torpeza, unas cuantas runas y hechizos y la siguiente vez parece que me sale un poco mejor.

—Chiquilla, deja de ser tan dura y exigente contigo misma. Tu forma natural de moverte es grácil, hay belleza en tus gestos, solo debes pulirlos y es lo que estás haciendo —me riñe al ver mi desánimo—. Te empeñas en que se te da mal el baile, pero no es cierto.

Las palabras de Enzo me conmueven. Pero al rato siguiente ya es la hora de que sus ayudantes vengan y yo tan siquiera me he duchado. Corro al cuarto de aseo mientras ellos preparan todo en

la habitación y luego engullo cuatro o cinco piezas de sushi antes de que empiecen con el maquillaje y el pelo.

—Esta noche el aspecto de las aspirantes a Deida es sumamente importante —empieza a decir Enzo tras sus atareados ayudantes; uno me arregla el cabello mientras la otra coloca base de maquillaje en mi rostro—. No solo seréis vistas por brujos cercanos a la corte del aquelarre y sus consejeros, con los que compartiréis un baile, sino que favorecerá vuestra puntuación. La cuarta prueba de la Proclama es famosa por promover la fragilidad y la intimidad, tanto en su primera como en su segunda fase. Por lo tanto, la apariencia de una aspirante debe proyectar esa sensación.

El tono de mi mentor suena más formal de lo que acostumbra. Puede que note su inquietud; al fin y al cabo, parte de la responsabilidad de mis resultados esta noche recaen en él.

—No entiendo lo de la fragilidad y la intimidad. Aquí si muestras vulnerabilidad te pisan, ¿no?

—El aquelarre busca crear vínculos entre vosotros, así es más fácil identificar a la Deida original. Y no hay nada que una más a las personas que la fragilidad —me explica mientras hace algo que no puedo ver a mis espaldas—. Pero no hablamos de mostrar delicadeza, chiquilla, hablamos de aparentarla, al menos esta noche. Hay que exponer una parte etérea, dulce, pero al mismo tiempo seductora.

Enzo se da la vuelta como siempre cuando me desvisto. Esta noche no llevaré sujetador, por lo visto; Eloise y David, los ayudantes de mi mentor (me ha costado sacar sus nombres porque apenas pronuncian palabra mientras me arreglan), se untan los dedos de un producto con una textura semejante a la vaselina, con un aroma sublime, entre vainilla, peonía y algo más fresco que colma la habitación de un olor delicioso. Dan leves toques con ese perfume sobre mi piel nívea, que está más suave que nunca porque, aparte de mis inventos medicinales, después de las duchas siempre me echo la crema que ellos me dieron y tengo la piel que parece porcelana fina; es increíble. Van desde los tobillos, a las rodillas, luego a las caderas, al abdomen, al pecho, a las muñecas y a los codos y finalmente tras las orejas, todo eso mientras estoy desnuda. Es raro en mí, pero no me siento invadida. Eloise y David poseen un arte innato para hacer que me sienta cómoda y, a pesar de sus silencios, muestran cariño y naturalidad en todo lo que hacen. Dibujan las runas por mí, las que me darán más estabilidad en el baile, y cubren los moratones de mis extremidades con maquillaje antes de ir a por el vestido que Enzo ha colgado con pulcritud al lado de la cama. Se trata de dos piezas muy delicadas en blanco, la parte de arriba es un corsé-*body* hecho de encaje, seda y trasparencias con bordados florales en las copas del pecho y un fino broche de perlas en medio. Este se extiende hacia unas mangas abullonadas hechas de gasa que van desde mitad de los hombros, casi paralelas al escote palabra de honor del corsé. La falda es otra pieza de gasa sedosa que cae hasta mis pies y deja una destacada obertura en mi pierna derecha, casi desde la parte superior del muslo. Por último, David me coloca los pequeños pendientes de plata y ya estoy lista. No llevaré zapatos y mi pelo cae suelto hasta la mitad de la

espalda, solo lo decoran un par de flores de pequeño tamaño.

—Perfecta —opina Enzo con satisfacción.

Sin duda, el vestido realza mi figura y cumple la función que mi mentor ha descrito: delicada pero sensual. Lo cierto es que veo demasiada piel y en un principio siento las mejillas arder, pero no cuestiono nada. Lo único que desentona con mi aspecto son las vendas de mi dedo corazón y anular; los huesos deben soldarse y, por muy rápido que actúen mis ungüentos, los milagros llegan hasta cierto límite.

—Esta noche los mentores acompañan a sus aspirantes al gran salón del Templo. —Enzo se ha enfundado un esmoquin muy elegante y revisa su imagen frente al espejo.

Sus ayudantes ya han recogido el dormitorio y se han marchado. Repaso mentalmente los pasos que me ha enseñado Enzo hasta que dice:

—Vamos, chiquilla, es la hora.

Le tomo del brazo, quizá con más fuerza de la necesaria, y salimos a los pasillos, desde donde vienen otras aspirantes acompañadas de sus mentores o mentoras. Todas vestimos de blanco, aunque los trajes son muy diferentes entre sí. Marchamos hacia los jardines respetando el orden de salida, uno detrás de otro en una hilera acompasada hasta la subida de las escalinatas del imponente edificio. Solo los pasos de los mentores hacen eco en la inmensa antesala porque las aspirantes a Deida vamos descalzas. Dos miembros de la guardia que nos ven llegar actúan con gestos protocolarios y nos abren los enormes portones con motivos vegetales en oro para darnos paso a un impresionante salón lleno de brujos que aguardan nuestra llegada a los flancos de la estancia. Siento de nuevo el familiar retortijón que me produce ver al aquelarre al fondo del salón; están sentados en sus tronos, dispuestos igual que en la prueba de la pira, solo que sus asientos se encuentran sobre una tarima que los eleva sobre el resto y visten de forma más ostentosa. Caiden se sienta al extremo de la derecha, al lado de su madre. Procuro no mirarlo porque recuerdo lo que hice en la prueba anterior y el bochorno regresa a mi cuero cabelludo.

La ambientación es impresionante; enormes lámparas de araña cuelgan del techo, la luz es tenue, casi rojiza, y el aire huele a incienso y a los cientos de velas aromáticas que adornan el espacio, otorgándole una estética pagana, casi siniestra. Los tambores chamánicos, marca de la casa, suenan de fondo y una mujer propaga su aguda voz de soprano junto a los músicos situados en un escenario en la esquina derecha.

—No lo olvides, Eira, ahora me despido de ti con una reverencia y debes continuar sola para saludar al aquelarre con otra reverencia.

Asiento con la cabeza levemente. Ojalá Enzo no tuviese que marcharse; me agarro con entereza a su brazo los últimos segundos hasta que vemos que la mentora y su pupilo se despiden justo delante de nosotros; somos los siguientes. Suelto su brazo y Enzo inclina su cabeza en mi dirección antes de alejarse; yo retengo el aliento en la garganta mientras continúo mi camino hasta situarme frente a Caiden y su familia. Hago una grácil reverencia y la mirada se me va sin

querer hacia el Catalizador, que tiene sus penetrantes ojos puestos sobre mí. Trago saliva y me retiro para situarme al lado del resto de aspirantes y aguardar a que todas terminen de saludar.

La suave melodía que suena de fondo se detiene cuando Calíope se incorpora de su asiento.

—Adorados y fieles siervos de la magia, nos complace teneros hoy aquí para dar comienzo a la cuarta prueba de la Proclama de la Deida. Estamos emocionados por dar este distinguido baile con vuestra respetada participación. —La sonrisa de Calíope me provoca un escalofrío; jamás he sentido rechazo por nadie, pero esa mujer y su marido son la encarnación del mal—. Queridas aspirantes, hoy vuestros mentores os han entregado con vuestro mejor aspecto para honrar el espíritu de la cuarta prueba: la fragilidad y la intimidad. El Catalizador se sumergirá entre los bailarines para elegir a las aspirantes a Deida con las que desea bailar. Deberéis aguardar a que él os ofrezca su mano.

Ades se incorpora para colocarse a la altura de su mujer.

—¡Que dé comienzo esta noche, donde las posibilidades son infinitas y la magia nos acompaña! —anuncia él con su voz de tenor.

Entonces la melodía empieza a sonar con más intensidad, los músicos se emplean a fondo con sus violines, violonchelos y tambores chamánicos y la rimbombante mujer vuelve a usar su torrente de voz para inundar el enorme salón. Y los brujos y brujas (no debo olvidar que todos poseen cargos importantes dentro del aquelarre) se esparcen por el centro de la sala.

Enzo me ha explicado bien el protocolo: no debemos movernos de nuestras posiciones hasta que un brujo nos ofrezca bailar. Me muerdo el carrillo derecho y me doy cuenta de que estoy meneando los dedos desnudos de los pies, así que paro. Algunas aspirantes a mis lados ya han sido invitadas a acudir a la pista de baile y observo con atención sus pasos al tiempo que los interiorizo en mi cabeza. Me fijo en una de ellas: Raina Elisabet; ya me he dado cuenta de que es tan preciosa que duele mirarla y de que iba sobrada en el campo de obstáculos, pero es que además baila con una soltura que hipnotiza. Sigo sus movimientos embobada hasta que se pierde en la multitud. Veo también a Roman Kassi, ambos lograron más puntos por curar con excelencia a sus pacientes en la primera prueba, como yo. Roman también baila con una delicadeza envidiable, casi lujuriosa desde mi perspectiva. Su compañero de baile, un brujo de su edad, se aferra a él y se miran con intensidad; es el efecto que produce, también he visto que más de una aspirante le ha dedicado miradas de interés. Supongo que somos humanas al fin y al cabo, no solo nos vamos a interesar por nuestro Catalizador. Y… hablando de él, de pronto aparece en escena a los brazos de una aspirante, con quien da vueltas casi en el centro del salón. Es sofocante el efecto que produce solo con estar presente entre los bailarines, ¿cómo no iba a bailar bien? Es Caiden Vulgaris. Se mueve con suma precisión, sus largas extremidades se desplazan con gracilidad, con su característica sensualidad. Su vestimenta va acorde con la de sus aspirantes, en tono marfil; una fina chaqueta abierta muestra su pecho y su abdomen duro y también va descalzo. No me agrada ser una entre tantas que caen rendidas a sus pies, pero no voy

a actuar con tozudez y a negar que Caiden me atrae, lo que no significa que pueda sentir amor por él.

Caiden cambia de pareja rápido, de pronto toma entre sus brazos a Raina, quien no reprime una sonrisa. Es asombroso cómo dos cuerpos pueden compenetrarse tanto como para generar un baile exótico tan extraordinario; Raina reproduce movimientos experimentados que se salen de lo preestablecido con una ligereza exquisita y sensual. Si yo fuera Caiden, sentiría predilección por ella, sin duda. O quizá por Roman.

Cuando se pierden entre el resto de las parejas, de repente soy consciente de mi propia existencia y… de que soy la única aspirante que todavía aguarda a que algún brujo le ofrezca bailar. Miro hacia mis lados, inquieta, ¿debería hacer algo? Quizá haya hecho algo mal. Observo a los bailarines, incluso desvío la mirada hacia los tronos del aquelarre, que contemplan la ceremonia con tranquilidad.

—¿Me permites? —El brujo, que de improvisto se sitúa frente a mí, me dedica una sonrisa apuesta y me ofrece su mano.

—Claro —murmuro, acallando mi pánico.

Me lleva con él junto a los demás y amarra con firmeza mi cintura. Aguanto la respiración en la garganta y me afano por recordar los pasos. Los primeros instantes consigo no pisarlo; sin embargo, soy incapaz de mantenerle la mirada como me ha pedido Enzo, ¡es un desconocido! ¿Cómo se le mantiene la mirada tanto rato a alguien que no conoces?

—Eira Anies, ¿verdad?

—Sí —respondo, y procuro mirarle a los ojos a pesar de que la cercanía me incomoda.

—Eres la aspirante desvinculada —dice, acusándome—. Las brujas desvinculadas no son bien recibidas aquí. De hecho, todos creíamos que caerías en las primeras pruebas. Bailo contigo, a diferencia del resto de miembros de la corte, que jamás bailarían con una traidora, para informarte de que el consejo ha sugerido con ahínco al Catalizador que te niegue sus atenciones esta noche. Como sabrás, si él no te ofrece su mano hoy, no pasarás a la siguiente prueba, que suma en total doscientos puntos.

Intento alejarme de él, pero su agarre se hace más fuerte para retenerme y yo lo miro aparentando indignación, aunque lo cierto es que estoy asustada. Este es mi castigo por besar a Caiden, es muy probable que lo sea.

—Si logras llegar a la fase final, que lo dudamos, lo harás con menos puntuación que el resto, nos aseguraremos de ello. Una bruja desvinculada no puede ser la Deida original —escupe con cólera.

—Lamentablemente eso no es decisión tuya ni de los miembros de la corte —contraataco, tratando de esconder mi miedo y sacar a la luz el alma de fuego salvaje que Enzo dice que tengo —. Podéis seguir urdiendo vuestros planes, si queréis. ¿Qué ocurrirá si resulta que al final cometéis un grave error? Primar la lealtad hacia el aquelarre por encima de las vidas de miles de

brujas, por encima de la Proclama…

El gesto altivo del brujo se desvanece y por fin me deja libre. Me observa con repulsión y luego se aleja, dejándome en mitad de la pista. Noto que un pitido ascendente se instala en mis tímpanos mientras veo a las parejas desplazarse en sincronía a mi alrededor.

—¿Has decidido bailar sola esta noche? —Su voz interrumpe el estado de *shock* en el que, al parecer, estaba sumida.

Lo encuentro sin pareja cuando me doy la vuelta hacia él.

—No, iba a quitarme ya de en medio; perdona, ¿me dejas pasar?

Caiden parpadea; de nuevo le provoco confusión.

—No cualquiera deja a Ragnar sin palabras, enhorabuena —dice, señalando al brujo con un gesto de la cabeza.

Pero no me noquea lo que dice, sino que me lo esté diciendo en sí.

—Gracias…

—Sé lo que te ha dicho. —No se molesta en bajar la voz; todos a nuestro alrededor lo observan con disimulo porque es el Catalizador y debería estar bailando con alguna aspirante (que no sea yo, por lo visto).

—Oh… —me limito a responder.

—¿Me permites? —Caiden me ofrece su mano y se inclina con levedad hacia delante.

Parpadeo, atónita, y reprimo una estúpida sensación agradable que asciende por mi estómago antes de tomar su mano. Él me aprieta contra sí con una seguridad que me impresiona y comenzamos a deslizarnos por el salón al compás de los violines.

—Pero esta vez no intentes besarme —murmura, serio.

Le arrugo el ceño.

—No pensaba hacerlo —replico—. Y te he avisado, ha sido… una medida desesperada.

¿Está reprimiendo una sonrisa? No puedo saberlo con certeza.

—Me has pisado —se queja en un murmullo ronco.

—Lo sé, deja de desconcentrarme.

—¿Yo te desconcentro?

—Sí —respondo.

Joder, ¿por qué huele tan bien? Su cuerpo casi hace que el mío flote, siento el calor y su abdomen presionado contra el mío porque él lo tiene descubierto y mi corsé es fino y de trasparencias. De repente los músicos comienzan a tocar una nueva canción que reconozco bien, *Savage Daughter* de Sarah Hester Ross. La melodía y la potente voz de la mujer me trasladan de golpe a casa y siento una añoranza punzante. Nos veo en nuestros rituales, la tía Flor cantando con su preciosa voz, mamá esparciendo el humo del sahumerio dando brinquitos con la mirada enamorada de mi padre siguiendo cada uno de sus gestos…

—¿Tu mentor te ha enseñado los pasos? —protesta, sacándome de mi ensoñación.

De improvisto su imagen bajo la influencia de esa canción que significa «hogar» para mí, me produce una sensación agradable. Se supone que eso no debería pasar, ¿verdad?

—Mi mentor hace lo que puede. Deja de pedirme que lo despida.

Esta vez sí que veo con más claridad cómo contiene una sonrisa.

—Ahora hacia atrás…

—Ya lo sabía —refunfuño (en realidad se me había olvidado).

Me esfuerzo por concentrarme en ejecutar bien los pasos, la elegante vuelta en el interior de sus brazos sueltos, dejarme caer hacia atrás con su brazo sujetándome de la espalda, el ligero salto con sus manos agarrándome de las caderas… Siento a la perfección sus dedos clavarse en mi carne y por un instante fugaz deseo que no los aparte de mí nunca. Cuando caigo desde ese salto (que ha salido más bonito de lo que esperaba), me venzo con ligereza hacia delante y mi nariz roza su mandíbula, aprecio su aliento impactar contra la base de mi garganta. Se me erizan todos los malditos vellos del cuerpo.

—Has vuelto a pisarme, ¿ha sido mi culpa también?

Noto a la perfección cuando lo piso porque los dos vamos descalzos. Hago un mohín y decido no aportar nada en esta ocasión.

—¿Ni una disculpa? —insiste.

—Perdón por no saber volar.

Él arquea una ceja y me eleva los brazos hacia arriba porque es el próximo movimiento, de modo que nuestros cuerpos se pegan.

—Tu familia y todos los brujos de este lugar me odian —menciono, no sé por qué, creo que necesito decir algo para soportar la situación de tenerlo tan cerca.

Me arden las malditas orejas.

—¿Todos? Vaya… —¿Está usando el sarcasmo?

—No creo que te importe en absoluto, pero, teniendo en cuenta que son los mismos que te retienen contra tu voluntad y quieren frustrar tus planes malvados, quizá puedas sentir como yo lo horrible que es estar aquí.

—Planes malvados… es la primera vez que escucho esa referencia —comenta y luego me empuja con suavidad lejos de él para hacerme pasar por debajo de su brazo y luego volver a estrecharme contra su cuerpo. Exhalo un leve jadeo al chocar con él; joder, ¿qué me está pasando?

Su mano se desliza por mi espalda desnuda con lentitud, se enreda en mi cabello y yo dejo caer la cabeza hacia atrás acompañada por su gesto, exponiéndole mi cuello. Todo resulta tan erótico que emito un leve gemido cuando regreso frente a él y por unos instantes le dejo ver mi vulnerabilidad. ¿Podrá sentir el deseo? Debe reconocerlo enseguida, lo ve continuamente a su alrededor, está familiarizado con él. Sabe que es deseable, lo sabe aunque eso no le produzca ninguna satisfacción y él no lo provoque a propósito, y supongo que eso mismo hace que la

sensación se incremente: su inevitable seducción accidental.

—Ha llegado el momento de despedirme —dice de forma seca, supongo que habrá visto algo en mis ojos que le ha espantado.

—Bien, yo me sentaré en alguna silla. Al parecer nadie más va a pedirme un baile, ¿debería preocuparme?

Caiden me observa con… ¿curiosidad?

—Ese no es problema mío —rezonga.

—Una última pregunta, ¿por qué bailas conmigo si el consejo te lo ha negado?

Él toma aire profundamente y lo expulsa con lentitud, de nuevo cierra los ojos para pensar mientras bailamos y lo observo con fijeza. Es asombroso que solo con respirar provoque que me arda el bajo vientre; es como una exhalación íntima, tan calmada y lenta que ralentiza el pulso y apretuja las entrañas.

—Supongo que soy un rebelde con miles de causas —murmura con la voz arrastrada.

Le ofrezco una débil sonrisa de comprensión y luego nos soltamos al detenernos el uno frente al otro.

—Sé que no lo has hecho por mí, pero gracias de todas formas —le digo, luego me nace hacer una leve reverencia y me alejo con cuidado de no chocarme con otros bailarines por el camino.

Caiden baila con todas las aspirantes a Deida, no se deja a ninguna. No está demasiado tiempo con nadie, reproduce tres o cuatro pasos y cambia. Puedo intuir su estrategia: no quiere que el aquelarre aprecie si siente predilección por alguna, lo cual imagino que será el fin de esta prueba. Se muestra cauto y formal con todas, incluso con Roman, con quien intercambia palabras, lo hace con cada una de nosotras, al parecer. Baila con Naim, con Gisela y también con Rebeca Delta, que en una ocasión he apreciado cómo dirigía su mirada hacia mí con evidente y sádica complacencia por verme allí quieta; soy la única aspirante que no se encuentra bailando en el centro del salón, las demás no han dejado de tener pareja en ningún momento desde el comienzo. Espero que eso no afecte a mi puntuación, lo que importa es que el Catalizador te ofrezca bailar, ¿no? Reprimo morderme las uñas y toqueteo con nerviosismo la gasa sedosa de la falda.

La prueba se alarga lo suficiente como para que Caiden repita pareja (quizá si no estuviese tan poco con cada una eso no ocurriría). Me doy cuenta de que tengo la boca seca y de que me muero de sed, miro hacia mis lados por si al aquelarre se le ha ocurrido poner agua además de ristras de flores sobre las mesas, pero no hay suerte. Y, cuando vuelvo la mirada hacia los bailarines, se me detiene el pulso porque veo a Caiden Vulgaris caminar hacia mí… hasta que el brujo de antes, Ragnar, lo detiene desde su espalda. Caiden se gira para escuchar lo que quiere decirle mientras yo aprieto la mandíbula con fuerza. Si ha ofrecido bailar al resto dos veces y a mí solo una, eso afecta mi puntuación, ¿no? Ragnar y él mantienen una charla tranquila, pero sus gestos faciales indican lo contario. Caiden se aleja un paso de él y luego retoma su camino hacia mí con la mirada perdida y gesto malhumorado; sin embargo, su expresión se modifica de forma

gradual cuando alza sus ojos hacia los míos.

—¿Me permites de nuevo? —dice, entregándome su mano de dedos largos.

Lo contemplo con un nudo en el pecho y le doy la mano. Entonces la melodía cesa de repente y ambos nos giramos hacia el aquelarre. Calíope se encuentra de pie en la plataforma.

—¡La primera fase de la cuarta prueba de la Proclama ha concluido! —anuncia.

Exhalo de forma temblorosa y nuestras manos se separan con una suavidad inesperada. Miro a Caiden, pero él ya no me devuelve la atención.

—Dadas las circunstancias y teniendo en cuenta la actitud atípica de nuestro Catalizador, que ha bailado con todas las aspirantes cuando solo debía haber compartido su tiempo con unas pocas, nos hemos visto obligados a modificar los aspectos a valorar en esta primera fase —comienza a explicar Calíope con voz autoritaria—. Debido a que él se ha negado a descartar candidatas, será el jurado del aquelarre quien determine qué aspirantes son menos válidas para continuar en la Proclama y que, por lo tanto, serán excluidas y destinadas a servirnos.

La sangre abandona mi cuerpo.

Se levantan murmullos de aprobación entre los brujos. Aprecio la forma en la que Caiden aprieta los puños hasta volver blancos sus nudillos.

—Queridas aspirantes, colocaos donde os podamos ver. Y, amados siervos de la magia, gracias por vuestra labor en esta prueba.

Los brujos empiezan a dispersarse hacia los lados del salón. Caiden avanza sin mirar atrás a través de la multitud para regresar con su familia. Doy un paso tras otro con desazón; este es mi final, lo tengo claro. Las palabras de Ragnar resuenan en mi cabeza: «Una bruja desvinculada no puede ser la Deida original».

Me detengo en segunda fila al lado de mis compañeras bajo la afilada mirada de Calíope, que nos contempla desde arriba.

—Que den un paso al frente las aspirantes que respondan a los nombres que diré a continuación —indica, levantando la lista que sostiene en la mano para leer—. Violet Thin, Gisela Badia, Helena Ugarte, Íñigo Espasa…

Todas van adelantando a las demás conforme las nombra, aguardo con las extremidades rígidas a que diga mi nombre o quizá esas sean las aspirantes a Deida a las que está salvando, porque la dulce Gisela está entre ellas.

—Queridas aspirantes, gracias por vuestra noble labor, pero no estáis a la altura de la Proclama. Quedáis relegadas del puesto de Deida y serviréis al aquelarre, otorgando vuestras vidas con honor a la magia.

Tomo aire de golpe entre dientes y contemplo cómo Gisela se encoge y grita, es un lamento profundo que desgarra el alma. Mi primer impulso es ir hacia ella, quiero abrazarla para aplacar su dolor aunque sé que nada va a consolarla; sin embargo, alguien me detiene: Naim ha colocado con disimulo su mano en mi abdomen con gesto triste. «Debes aparentar fragilidad, no

mostrarla», escucho las palabras de Enzo en mi cabeza. Y también rememoro las palabras de Gisela: «Ser condenada a servir al aquelarre es peor que la muerte». Observo con horror cómo los cuatro suplican, destrozados. Gisela parece tan frágil de repente… por eso emito un gruñido cuando la guardia se presenta para llevárselos a la fuerza. Dedico una mirada de odio hacia el aquelarre y es cuando lo veo; Caiden discute con su madre. Logro distinguir a duras penas lo que le dice: «Es una niña, no la condenes de esta forma tan inhumana», logro discernir. «Precisamente por eso no puede ser tu Deida, no está a la altura. ¿Prefieres que muera en la fase final?». Caiden arruga la nariz hacia Calíope, casi puedo palpar su impotencia. Las aspirantes condenadas gritan su nombre y él no puede ni mirarlas.

No es la primera vez que me siento conectada a él, pero en esos instantes la sensación se triplica. Agacha la mirada con el cuerpo rígido y puedo notar la tensión de sus músculos, ya que tiene el torso desnudo, luego se retira dando zancadas furiosas para desaparecer detrás de la tarima.

12
Eira

«Cuando una coraza vive contigo durante tantos años
que ni siquiera recuerdas desde hace cuánto que está ahí,
es fácil confundir quién eres en realidad.
No importa, úsala a conveniencia.»

Mandamientos para sobrevivir, por CAIDEN VULGARIS

Abro los ojos empapada en sudor demasiado temprano, cuando el sol apenas asoma tras el mar. Mis pesadillas se han enlazado una tras otra y en todas ellas intentaba salvar a Gisela de un fatídico final sin éxito.

Decido que no puedo dormir más y me doy una ducha rápida para colocarme las mezclas herbales. Me curo los dedos de nuevo y luego me visto con mi ropa; necesito sentirme normal y oler el suavizante casero de mi familia. Me parece despiadado que no podamos tener contacto con nuestros seres queridos; escuchar las voces de mis padres o de mis abuelas sería una insuflación de vida que ahora mismo me urge. Todavía no me he repuesto de la prueba anterior y ya es momento de la siguiente; este lugar no da tregua, apenas deja que recuperes el aliento. Y no solo eso, estamos rodeadas de hostilidad y, en mi caso, es aun peor por estar desvinculada.

Miro a través de la ventana y me sobreviene una intensa necesidad de tomar aire fresco; la abro con apremio e inhalo una larga bocanada de oxígeno porque de repente siento que me asfixio. Pero no es suficiente e incluso se me pasa por la cabeza salir por la ventana. Sé que mi mentor me echará la bronca más tarde, pero, si me quedo más tiempo encerrada en esta habitación, me entrará un ataque de ansiedad incontrolable que amenaza con manifestarse pronto. Me cercioro de que la llave cuelga de mi colgante, junto a la luna menguante de plata, antes de salir a los pasillos descalza para no hacer ruido. Y corro, atravieso los enormes corredores hacia las escaleras y pronuncio un mantra mental para que no haya nadie en recepción; es demasiado pronto, el vestíbulo está desierto. Tampoco hay guardias en las puertas del edificio. Supongo que no les preocupará demasiado que escapemos, a nadie excepto a mí se le ocurriría tal cosa; además estamos en una maldita isla.

Cuando mis pies tocan la hierba, exhalo un jadeo de gusto y luego sigo avanzando con apremio por el gigantesco jardín. Llevo el vestido de verano con flores bordadas que la tata Mariela me

hizo la pasada primavera. Recuerdo que el primer día que me lo puse me manché de helado de pistacho y resina porque salí a recolectar flores e ingredientes nuevos al bosque y Aston se estuvo riendo de mí un buen rato porque hice un berrinche propio de una niña pequeña; no estaba segura de si la resina se iría y aquel se había convertido en mi vestido favorito. Menos mal que las tatas tienen remedio para todo y lo dejaron como nuevo. Toco el fruncido de la falda, que alcanza la mitad de mis muslos, y restaño las lágrimas que saltan de mis ojos mientras me adentro en lo que parece ser un laberinto de setos de tres metros de altura; me empapo del aroma de la vegetación, de la tierra húmeda y de la sal que trae la brisa del mar. Recojo unas cuantas plantas y flores autóctonas, algunas muy extrañas que estoy deseando estudiar, para hacer algo que solía hacer en casa, para sentirme un poco más a salvo, cuando percibo un nuevo olor que me saca de contexto: tabaco.

—Te huelo desde hace dos tramos. ¿Qué haces deambulando por ahí, tránsfuga? —No me lo puedo creer. Siento que el corazón desea huir por mi garganta cuando cruzo la esquina y veo a Caiden Vulgaris sentado en un banco de mármol con un cigarrillo entre los dedos—. En serio, ¿qué te echas? Dejas estela por donde pasas.

—No lo sé —respondo sin aire en los pulmones—. Es… me lo dieron los ayudantes de mi mentor.

Él asiente con la cabeza despacio y pega una calada al cigarrillo con el estilo típico de los chicos malos de las películas de finales del siglo pasado.

—¿Y qué haces por ahí? ¿Conoces las normas? ¿Tu mentor te las ha contado?

—Necesitaba tomar el aire… A veces es irrespirable allí dentro —respondo sin moverme de la esquina del seto—. Y podría preguntarte lo mismo.

—Lo mío no es un misterio. He intentado encontrar un hueco para largarme de aquí, pero no ha habido suerte, como verás —señala, extendiendo los brazos a sus lados—. Si se te ha pasado por la cabeza intentar escapar, no lo hagas robando un barco del aquelarre, es mala idea; tienen sus malditos hechizos de protección por todas las puñeteras partes. Aunque los botes debiluchos de las aspirantes a Deida sean malos, son mejor opción.

—No voy a escaparme…

Él hace un mohín resignado y vuelve a pegar una calada a su cigarrillo.

—¿Sabes que podrían restarte puntos de tu contador si te ven fuera de tu dormitorio a deshoras? —No parece en absoluto preocupado a pesar de su pregunta.

—Me lo imagino —murmuro, apretando el ramo de plantas y flores que he ido recogiendo por el camino.

Caiden expulsa el humo con lentitud inclinando la cabeza hacia arriba, de modo que expone su cuello y su nuez. El aliento se me escapa entre los labios.

—¿Quieres? —dice, ofreciéndome el cigarro con los dedos índice y corazón.

—No fumo.

—Yo tampoco —responde en tono ronco—. Pero aplaca la ansiedad. Y, joder, a veces me fumaría el puto paquete entero.

Lo observo con comprensión.

—Sé que estás en contra de todo esto, no solo porque pone en peligro tus planes y te retienen contra tu voluntad —comento con voz suave.

—Pues claro que es solo por eso, ¿por qué otra cosa podría ser? —replica, apagando el cigarrillo.

Contemplo su expresión con cierta simpatía; ahí está la coraza. Sin embargo, yo veo al muchacho de mi sueño y la imagen de anoche cuando se enfrentó a su madre. Caiden arruga el ceño al apreciar mi gesto y luego se incorpora del banco; me encojo un poco al verlo acercarse, sigue imponiéndose a pesar de que debería haberme acostumbrado un poco.

—Vete a tu dormitorio, Eira —me pide en un arrullo. Sufro un escalofrío intenso. Es la primera vez que pronuncia mi nombre—. Deja de jugar a ser la chica de la pradera con tus flores.

Roza con sus dedos la ristra de plantas que llevo en las manos y luego cruza por mi lado para alejarse. Intento reponerme y acciono mis piernas para ir por el mismo sendero que él (el único posible) y sonrío porque se ha quejado de mi olor, pero él deja un rastro inconfundible. Ese aroma empieza a fusionarse con el olor a reciente tormenta; el cielo se está cubriendo de nubes algodonosas de tonos grises y negros y la brisa marina trae el aroma de la tierra mojada.

Miro a los lados varias veces para cerciorarme de que nadie me ve y salgo de entre los setos para correr hacia el edificio de las aspirantes a Deida; bufo de alivio cuando, al entrar al vestíbulo, veo que la chica tras el mostrador está de espaldas y no me ve atravesar el espacio que hay hasta las escaleras, las cuales subo a toda velocidad.

Media hora más tarde, Enzo llama a la puerta y aparece con una caja en los brazos. He decidido que no le mencionaré nada de mi pequeña escapada, tampoco tiene importancia.

—¿Qué es eso? —le pregunto cuando deposita la caja sobre el escritorio.

—Forma parte de la cuarta prueba; ya sabes: fragilidad e intimidad —explica, abriéndola—. Tendrás que echarle un buen vistazo, es importante que lo revises todo al detalle, ¿de acuerdo? El aquelarre no hace nada a la ligera, es muy posible que forme parte de una prueba futura.

Me asomo y aprecio varias cosas: un pequeño proyector, papeles, ¿fotos?

—¿Eso es un móvil? —pregunto.

—Sí, pero está inutilizado, solo lo han puesto aquí para que escuchéis las canciones que guarda. —Enzo lo extrae de la caja y luego toma los auriculares—. Todo lo que ves es información personal del Catalizador. El objetivo es que lo conozcáis más a fondo; ya sabes que la Deida debe enamorarse para que se cumplan todas las reglas del hechizo.

Me aparto de la caja y miro a mi mentor, contrariada.

—¿Nos quieren manipular emocionalmente?

—El Catalizador también recibirá información personal de cada una de vosotras —aporta,

haciendo que se me salgan los ojos de las órbitas.

—¿Qué clase de información? —exijo saber.

Él resopla y observa mi pequeño berrinche con condescendencia.

—Fotos antiguas, vuestra música favorita, pensamientos que habéis plasmado en alguna libreta o cualquier soporte, vídeos… Lo mismo que hay en esta caja acerca de Caiden Vulgaris.

—Ay, madre… —Trato de rememorar todas las cosas que he escrito alguna vez o quizá algo bochornoso inmortalizado en una cámara.

—Chiquilla, debo llevarme todo esto a mediodía, el aquelarre reclamará las cajas que los mentores han entregado a sus aspirantes. Tienes toda la mañana para revisarlo a conciencia, procura hacerlo, e incluso repasarlo si hace falta. No olvides que esto es cuestión de supervivencia, ¿de acuerdo? Cada dato que hay en esa caja podría servirte para tener ventaja en un futuro.

Enzo se ha puesto serio ante mi alteración. Asiento con el gesto y respiro hondo un par de veces para relajarme; tiene razón, siempre la tiene.

—La segunda fase de la cuarta prueba se celebrará esta tarde, te traeré la comida pronto para que nos dé tiempo a arreglarte. Te dejo sola, chiquilla, confío en que aprovecharás al máximo el tiempo que tienes.

—Por supuesto —respondo.

Él relaja sus facciones y luego sale del dormitorio, dejándome a solas con la caja. La observo con cierto respeto; no puedo negar que la curiosidad crece y crece en mi interior. Voy a echar un vistazo a la intimidad de Caiden y, en realidad, no será la primera vez que lo haga. Tomo la caja y acudo a mi cama para sentarme en ella y depositar sus cosas en la colcha. Lo primero que agarro son las fotos guardadas en una funda de plástico: en una de ellas él apenas tendrá siete u ocho años, lo reconozco rápido; es una fotografía familiar con sus padres y sus hermanos, su gesto es serio, en realidad ninguno sonríe, pero él es el que más triste parece. ¿Por qué un niño de esa edad está tan triste rodeado de su familia? En la siguiente está solo y es algo más mayor, quizá alcance los doce. Está sentado con los hombros cuadrados y mira a la cámara con frialdad; lleva una vestimenta protocolaria, puede que estuviese en alguna ceremonia del aquelarre. La última imagen me hace parpadear y la acerco casi sin darme cuenta a mi cara para revisarla bien: un Caiden adolescente sonríe de forma luminosa; es una fotografía informal y posiblemente hecha por los mismos protagonistas de la foto, ya que Idris, su hermana pequeña, aparece en escena pero con el cuerpo cortado a la mitad, apenas se ve su cara, pero también sonríe. Es una imagen casi borrosa, pero el día es luminoso, porque hace resplandecer su pelo castaño y destella en el objetivo de la cámara. El rostro de Caiden es muy hermoso cuando sonríe de esa forma limpia, es como si aquello ocurriese muy pocas veces y aquel instante fuese valioso.

Decido tomar los papeles de otra funda de plástico, hay una pegatina que reza: «Fotocopias de escritos de Caiden Vulgaris». Extraigo los folios y aprecio su letra manuscrita alargada:

Mi hermana es como las flores que nacen en las grietas del asfalto, crecen a pesar del entorno hostil, a pesar de las ruedas que las pisan. Ya no oigo sus carcajadas. Antes solíamos escabullirnos e inventarnos una vida diferente mientras comíamos fresas tirados en el jardín. Supongo que los dos hemos crecido y callamos más de lo que decimos. A veces me nace la urgencia de rogarle que se venga conmigo para arrancarla de las garras de los protocolos, las tradiciones y la autoridad que nos desgarra la infancia y la sensación de estar vivos. Pero no se puede salvar a nadie que no desea ser salvado. Alguien con el papel de villano no puede transformarse en héroe. Solo me queda este amor fraternal que siento por ella, que estruja mis tripas cada vez que la veo y recuerdo sus dientes mellados, sus pecas por el sol y el olor a colonia infantil que desprende su pelo. ¿Se dará cuenta de lo que la añoro? Supongo que no. Ella, como el resto, solo puede ver mi oscuridad. Supongo que me lo he ganado yo solo.

Termino de leer ese primer párrafo con un nudo en la garganta. En mi sueño pude intuir la conexión que Caiden tenía con Idris, con esa carta solo puedo confirmarlo. Me siento un poco mal por hurgar así en sus pensamientos más profundos, sobre todo porque sé que él está en contra de todo esto, pero debo pensar en mí; a ninguno nos queda más remedio que pasar por el aro que nos impone el aquelarre. Paso la siguiente hoja y suspiro antes de leer:

Me da rabia pensar en aquel chico que intentaba agradar a sus padres como si fuese un objetivo crucial que le haría ser mejor, más respetado, más válido. Es jodido mirarte en el espejo y preguntarte qué está mal en ti y que ese agudo sentimiento despreciable provenga de tus propios progenitores. Nunca ha sido intencionado, pero mi personalidad se ha desarrollado de forma paralela a la de mi familia; no podía ignorar mi naturaleza rebelde, mi instinto de saltarme las normas, sencillamente porque las normas siempre me han parecido desproporcionadas y sin sentido. Me horrorizan muchas de las cosas que mi familia representa. ¿Por qué Aegon, mi hermano mediano, no parece reaccionar con el mismo rechazo? Asistí por primera vez a mis

recientes ocho años al Rito del Solsticio, celebración tradicional de nuestros antepasados que consiste en hacer un ritual sagrado en el que brujos y brujas danzan con una vela en sus manos; aquellos a quienes se les apague la vela antes de finalizar el ritual, deben entregar sus vidas al mar para conservar la magia poderosa de la isla. Mi padre me obligó a mirar cómo decenas de personas se sumergían en el agua y no salían. Adoraba bañarme allí hasta ese momento, nunca he vuelto a hacerlo. Y son ellos quienes me preguntan por qué se ha corrompido mi alma, por qué el hielo envuelve mi pecho… ¿Acaso han escuchado alguna vez mi voz? Dudo que sus endiosados oídos percibiesen los gritos de un hijo perdido y desconcertado que con los años se convirtió en un lastre. Un primogénito incapaz de cumplir con sus obligaciones, de acatar las leyes. ¿En serio no lo vieron venir? Me convertí en lo que ellos me transformaron. Dicen que mi alma es oscura, dicen que no sé demostrar amor y es muy probable que estén en lo cierto, pero eso no me quita el sueño. Hay miles de cosas que sí lo hacen, como la niña a la que se le apagó la vela y me miró con el miedo empañando sus ojos antes de adentrarse en el mar al ritmo de los tambores.

Me quedo mirando a la pared de enfrente cuando acabo la lectura. No sé cuánto tiempo permanezco así, pero, cuando regreso la mirada consciente a lo que estoy haciendo, el papel se ha caído de mi mano. Está claro que el aquelarre nos ha entregado esta información a conciencia, no importa lo expuestos que los dejen las palabras de Caiden, supongo que no se las tomarán en serio. Tengo que levantarme de la cama, abrir la ventana y caminar por la habitación porque no puedo con la sensación de angustia extraña que se ha posado en la boca de mi estómago. Me pregunto qué pensarán las demás aspirantes devotas incondicionales del aquelarre acerca del evidente dolor que su Catalizador derrama en ese párrafo… O a lo mejor seleccionen con prudencia qué información proporcionar a cada una según nuestros ideales…

Regreso a la cama y observo el contenido de la caja con una sensación de vacío en el pecho. Hay un cuaderno con las tapas suaves llenas de relieves con intrincadas formas vegetales; inhalo profundamente mientras lo rozo con las yemas de los dedos: «Mandamientos para sobrevivir, por Caiden Vulgaris» . Es reciente, las frases están fechadas, la última es del día anterior.

Me da por memorizar cada frase enumerada. Contienen tanta sabiduría que me siento todavía

más niña de lo que él dice que soy… De pronto me viene a la mente la escena en la que Caiden se enfrentó a su madre en la prueba de la noche anterior, cuando le dijo que no condenase a Gisela, que solo era una niña. «Precisamente por eso no puede ser tu Deida, no está a la altura. ¿Prefieres que muera en la fase final?». No puedo evadir el pensamiento de que yo apenas cumplí los dieciocho hace pocos meses, no soy mucho mayor que Gisela. Pero no me permito regodearme en ello, tampoco me serviría de nada.

Decido poner en marcha el proyector; no sé muy bien cómo funciona, pero arroja una pantalla rectangular que apenas se ve, lo que me obliga a levantarme y bajar la persiana. Toqueteo unos cuantos botones hasta que una imagen distorsionada aparece en pantalla, y comprendo que tengo que darle al *play*, porque aparece la flechita en mitad del rectángulo. Me muerdo el labio antes de apretar.

—Hola, querida hermana, hoy es tu cumpleaños y, como aquí es tan difícil hacer sorpresas, he decidido que lo celebraremos como tú y yo sabemos. —Observo fascinada la actitud alegre de un Caiden de unos dieciséis años, que sujeta una cámara enfocándose a él mismo mientras camina por lo que parecen ser unos jardines—. Quizá no estés acostumbrada a esta faceta mía, pero una no cumple los doce años todos los días, señorita. Últimamente todo es demasiado serio y triste, pero hoy no lo será, te lo prometo. Verás, he recopilado una serie de vídeos nuestros, ¡no ha sido nada fácil! Nuestros padres no son conocidos por ser muy nostálgicos que digamos, pero a Aegon le dio por ahí una temporada y he conseguido verdaderas joyas…

Caiden deja de enfocarse y apunta hacia una bonita zona del jardín donde se ve un pícnic preparado con cariño: hay comida, flores y varios tipos de dulces y bebidas.

—Te he pedido que acudas a nuestro lugar favorito en diez minutos, espero que seas puntual esta vez. —Caiden deposita la cámara en un atril—. Sé que te morirás de vergüenza cuando te diga que he grabado tu reacción a la sorpresa y al vídeo, pero luego será genial verlo, ¿no crees?

La imagen cambia y se reproduce lo que, al parecer, es la recopilación de vídeos que Caiden organizó para su hermana. Suena una música de fondo bonita, muy intensa y la película es un conjunto de filmes cortos en los que aparecen sus caras infantiles: una Idris de no más de cinco años corretea con flores en las manos, Caiden la toma en brazos y la besa, ella ríe. Una Idris mayor se enfoca desde la espalda, está tocando el piano concentrada, parece preocupada por hacerlo bien; en la siguiente imagen su hermano está a su lado y la ayuda con las teclas. Otra Idris está retocando su vestido ante el espejo, Caiden es quien graba, le dice algo y ella reacciona con una sonrisa amplia; sus imágenes se enfocan más de cerca cuando él la abraza por la espalda, desde ese plano se nota que ella ha estado llorando. La escena cambia y la cámara los graba en la playa; los dos se encuentran en bañador, pero solo Idris se adentra en el mar. Cuando ella llega a la orilla, salpica con el pelo a Caiden y los dos ríen; luego él la persigue por la arena. Observo sus extremidades adolescentes; él la atrapa enseguida con habilidad y ella se zarandea entre carcajadas. Es extraño ver cómo, aunque ni siquiera los oigo (suena la misma música desde el

principio), y a pesar de que la escena es alegre, puedo detectar la prudencia de sus gestos y miradas, como quienes no están habituados a no estar en estado de alerta.

El vídeo recopilatorio acaba y de nuevo aparece la escena del pícnic, Caiden está grabando a su hermana sin que se dé cuenta. Ella se lleva las manos a la boca por la sorpresa. A pesar de su corta edad su reacción es comedida: está feliz pero parece que teme expresarlo.

—Bienvenida a tu fiesta de cumpleaños, Idris —le dice Caiden.

Ella abraza a su hermano, un abrazo largo. Luego se enfoca cómo se sientan a ver el vídeo que él ha montado y los ojos de la niña enrojecen, se limpia las lágrimas en cuanto caen.

—¿Cómo lo has hecho? No sabía que esos vídeos existiesen —dice ella.

—Aegon me ha ayudado —dice, sonriente, aunque se percibe, incluso a través de la cámara, que su felicidad no alcanza a sus ojos.

—¿Aegon? ¿Aegon te ha ayudado?

—Sí, increíble, ¿verdad?

Ella lo observa con suspicacia.

—Es precioso, Caiden. Casi parece que hayamos tenido una infancia normal… —comienza a decir ella—. Creo que has reunido los momentos más felices que hemos tenido en un solo vídeo.

Él mira a su hermana con cierta tristeza que pretende esconder.

—No es cierto, solo que cuesta recordarlos entre tanto… entre todo lo demás —termina diciendo y luego vuelve a sonreír—. Pero dejemos de hablar de esto, ¿has visto el banquete que te he preparado? Vamos a atiborrarnos hasta que nos duela la tripa.

Idris ríe y mira a su hermano con adoración.

—Ojalá todos los días fuesen mi cumpleaños.

La grabación se acaba y la pantalla se queda en negro. Me quedo inmóvil hasta que noto que se me secan los ojos y parpadeo.

Siento un dolor agudo en el estómago, una tristeza rara. ¿Esa es la finalidad del aquelarre? ¿Que sienta esta conexión por ese niño humano y roto que se ha convertido en la amenaza de todas las brujas?

Solo me queda escuchar la música. Me coloco los auriculares en ambos oídos y aprieto al icono de reproducción. *It’s Foggy Today* de Evgeny Grinko, suena la primera; es la melodía que sonaba de fondo en el vídeo de su hermana. Cierro los ojos y me tumbo boca arriba. Lo veo como esta mañana, sentado en el banco de mármol fumando un cigarrillo con pose despreocupada con el sol incidiéndole en los ojos, obligándolo a entrecerrarlos un poco. Luego suena *Visions of Gideon* de Sufjan Stevens, y suelto una risita irónica porque resulta que me encanta esa canción. Mundos tan diferentes, mentes tan distintas y nuestros gustos confluyen en una canción melancólica, casi íntima a mi parecer.

13
Eira

«Cuando hace demasiado tiempo
que no hay nada bueno en tu vida,
cuesta apreciar que lo tienes justo delante.
Es desconcertante, agradable… y da miedo.
Porque las cosas buenas son efímeras.
No te aferres a ellas, nunca lo olvides.»

Mandamientos para sobrevivir, por CAIDEN VULGARIS

Me quedo escuchando el resto de las canciones hasta que se acaban y luego me las vuelvo a poner mientras releo las cartas. No sé por qué me da por asomarme a la ventana; será porque el aroma a petricor siempre me ha encantado, me recuerda a casa. Leo mientras canturreo por lo bajo y, de un instante a otro, una ráfaga inesperada de viento arranca el folio de mis dedos; un pulmón se me sale por la boca y cae en el mismo lugar que la carta, allí abajo, entre unos matorrales que delimitan el césped. Contemplo el papel con los ojos tan abiertos que se me van a salir de las órbitas, ¿de verdad? Enzo vendrá en unos minutos a recoger la caja para devolvérsela al aquelarre, ¡y yo acabo de tirar una carta por la ventana! El cielo plomizo lanza un trueno que retumba en toda la isla recordándome que lloverá pronto. Me da algo. ¡¿Qué hago?! Doy saltitos de pura frustración frente a la ventana abierta y luego miro de refilón el maletín de mis frascos de ingredientes. Se me está pasando algo por la cabeza que no es buena idea; si fuese más habilidosa, bajaría por la fachada desde el segundo piso, agarraría la carta, volvería a subir y nadie se enteraría. Exclamo un gritito y acudo con velocidad hacia mis tarros; me dibujo la runa para mejorar las habilidades físicas en las manos, en los pies y en el pecho. Luego reúno todo el valor que me cabe en el cuerpo y paso una pierna por encima del alféizar, pronunciando el hechizo de nuevo por si acaso. Me agarro bien cuando paso la otra pierna y luego miro bien dónde se encuentra la repisa para descender. Evito la ventana del primer piso, deslizándome encaramada contra la fachada; el corazón me va a mil, pero me está resultando más fácil de lo que creía. Reprimo gritar cuando salto hacia el césped y, sorprendentemente, caigo de pie con equilibrio. Me quedo unos instantes paralizada porque no me lo creo ni yo. Y entonces corro hacia la carta cuando un relámpago cegador cubre el cielo y gotas minúsculas empiezan a

aterrizar sobre el Templo. Me escondo la carta en el bolsillo del pantalón corto con rapidez y, al girarme, encuentro una silueta muy cerca de mí que hace que se me detenga el pulso.

—¿Qué escondes ahí? —Sus ojos hostiles repasan mi aspecto con desaprobación.

Es Ragnar, el brujo consejero del aquelarre que me dejó bien claro en el baile que haría lo posible para dejarme fuera de las aspirantes a Deida elegidas.

Me quedo helada ante él mientras las gotas empiezan a mojarnos.

—No puedes estar fuera de tu habitación a no ser que se celebren las pruebas, ¿qué haces aquí? —La nota retorcida del final de su pregunta me deja claro que ha encontrado la razón perfecta para hundirme.

—Yo… he bajado a recoger algo muy importante —opto por decir la verdad aunque sea bochornosa—. En un descuido se ha volado por la ventana. Si se mojaba, se echaba a perder…

—No hay nada más importante que respetar las normas sagradas del aquelarre —sentencia, caminando a mi alrededor como un pájaro carroñero.

—Lo sé, conservar esta carta también forma parte de las normas. Mi mentor debe devolverla a los Vulgaris pronto… De hecho, voy a meterme de nuevo para que la lluvia no me empape el pantalón. —Quiero escabullirme, pero Ragnar me corta el paso.

Me observa sin decir nada, de nuevo me escruta con mirada amedrentadora. Me estremezco de forma desagradable.

—Me temo que debo dar parte al aquelarre de esto…

—Por favor, solo he bajado un minuto. No podía dejar que se mojase la carta…

—Dámela —me interrumpe.

—¿Qué?

—Que me des la carta.

Lo miro, confusa y atemorizada.

—Es un objeto personal del Catalizador, solo puede estar en manos de las aspirantes —invento, aunque tiene demasiado sentido.

Ragnar deforma el gesto en una expresión de ira y da un paso hacia mí, haciéndome retroceder. Pero no le basta con eso, me agarra de la muñeca con tanta fuerza que me hace daño.

—No te resistas, bruja infiel —escupe con desdén—. He dicho que me des la carta.

Aspiro entre dientes y trato de zafarme, de modo que él aprieta más su agarre provocándome un jadeo de dolor.

—Suéltala, Ragnar. —Esa voz hace que mi pecho se infle de repente y un calor suave sustituya al pánico.

El consejero de los Vulgaris me suelta inmediatamente y ambos nos giramos hacia Caiden, que observa al brujo con expresión reprobatoria.

—Debo llevarla ante el aquelarre. Ha salido del edificio sin permiso —habla con mucho más respeto y formalidad.

—Y tú estabas agrediendo e intimidando a una aspirante, ¿qué crees que opinará el aquelarre al respecto?

Ragnar agacha la mirada y se remueve, incómodo.

—Estaba desobedeciéndome. Esta bruja tiene un alma rebelde…

—¿Eso justifica las rojeces de su muñeca?

El consejero desvía la mirada hacia esa zona de mi cuerpo, donde todavía siento su agarre y el palpitar de mi sangre concentrada allí a pesar del frescor de la lluvia, que cada vez es más copiosa.

—Es tu palabra contra la mía… —empieza a decir Ragnar.

Caiden expulsa una risa breve y musical de suficiencia. Lo observo asombrada.

—No me interesa librar ninguna disputa contigo, Ragnar. Sabes bien que prefiero solucionar las cosas a mi manera…

—Sí, conozco tu forma de tratar al consejo —protesta, elevando el pecho.

—En efecto —responde Caiden con una seguridad férrea.

El brujo se pone lívido y se tensa. No sé de qué hablan, pero el tema parece afectar a Ragnar, que recula; veo el miedo reflejado en sus pupilas.

—Cualquier aspirante a Deida es válida, muy a mi pesar. ¿Qué pensaría el aquelarre si averigua que tus ideales interfieren en el curso de la Proclama? —Caiden niega con la cabeza y chasquea la lengua—. Será mejor que este incidente quede entre nosotros, parece que no nos conviene a ninguno que esto se sepa, ¿no es cierto?

El brujo parece vacilar, pero termina accediendo; se limpia las gotas de lluvia de los ojos con la manga y hace una ligera inclinación hacia Caiden para despedirse.

—Ragnar… —lo llama él cuando el consejero comienza a marcharse. Este se detiene, rígido —. No vuelvas a tocarla.

Su voz rasgada suena amenazante y peligrosa, incluso a mí se me eriza la piel, aunque por motivos contradictorios. Cuando Caiden se propone dar miedo, es turbador, un halo oscuro lo envuelve; pero, al mismo tiempo… me está defendiendo. El brujo asiente con gesto grave antes de alejarse apretando el paso.

El silencio se alza entre los dos cuando nos deja a solas. La lluvia chisporrotea contra los cristales y los tejados; el corazón me late muy muy deprisa.

—Gracias —murmuro.

Él me frunce el ceño. La camiseta negra que lleva puesta se adhiere a su anatomía con precisión y los mechones revueltos y mojados de su cabello negro hacen que caigan regueros finos por su rostro. Saboreo las gotas de mis labios porque entreabro la boca sin querer.

—Te encanta salir por ahí a buscar problemas, ¿eh? —me reprende.

—Tenía que bajar a por… algo que se ha volado por la ventana —le explico, sintiendo cómo mis mejillas arden de repente.

Todavía tapo con la mano el bolsillo donde guardo la carta en mi pantalón para evitar que esa zona se empape, aunque no sé si lo estoy consiguiendo.

Caiden me observa con una ceja arqueada.

—Supongo que ese no es mi problema —gruñe y luego hace el amago de irse.

—Gracias otra vez —le digo, ¿estoy retrasando el momento de que se vaya? Es lo que hago. Aunque esté padeciendo por si la carta se moja.

—No lo he hecho por ti.

—Ah… bueno, no importa. —¿Por quién si no?

—Vuelve a tu habitación, Eira —conmina.

—Vale. —Y miro hacia arriba en dirección a mi ventana abierta, delatándome.

—Piensas escalar la fachada… —adivina al tiempo que vuelve a levantar una ceja.

Me quedo callada con la cara roja y el miedo repentino de resbalarme por culpa de la lluvia y matarme.

—Si entro por recepción me descubrirán…

—Bien, haz lo que quieras. —Se encoge de hombros y vuelve a hacer el amago de marcharse.

—¿Me puedes ayudar? —No sé de dónde me nace el valor para pedirle eso.

Caiden se gira hacia mí con gesto aburrido.

—¿Estás de broma?

—Es verdad, perdona —digo enseguida—. Adiós.

Me giro para soportar la vergüenza que me embarga de pronto. Espero que las runas sigan funcionando, repito un mantra mental mientras estudio la altura del primer saliente de la fachada con expresión consternada. Al menos ha dejado de llover. Camino hacia atrás para tomar impulso, salto con un gruñido de esfuerzo y me agarro a la cornisa. El salto ha sido… mucho mejor de lo que esperaba, algo que solo se debe al hechizo. Pero no soy lo suficientemente fuerte como para aguantar mi peso en una superficie que resbala, tendría que haber actuado más deprisa o quizá con más confianza; mis manos se deslizan y lanzo un gritito antes de precipitarme. Y, cuando caigo, unos brazos pétreos aferran mi cintura para que no acabe tirada en el suelo. Una sensación tan intensa que hace que me maree azota mi cuerpo; Caiden, su olor, sus manos, están en mí.

—No me explico cómo sigues viva a estas alturas —gruñe cerca de mi oreja.

Trago saliva con fuerza, mis pensamientos dejan de ser coherentes.

—Yo tampoco… —musito.

—Si te rompes una pierna intentando llegar a tu ventana no debería ser de mi incumbencia —sigue protestando de mal humor.

—Oh, no, claro. —¿Puedo actuar normal? ¿Pero qué me pasa?

—¿Podrás subirte a mis hombros sin caerte?

Proceso despacio su pregunta inesperada. Él me mira, todavía demasiado cerca.

—Creo que sí…

—¿Crees? —replica.

—Te conté que no me instruyeron para venir aquí, ¿recuerdas?

—Y, sin embargo, superaste la prueba de obstáculos —matiza—. Así que sube a mis hombros y métete en tu dormitorio antes de que me arrepienta.

Caiden se agacha frente a mí y yo me descalzo y me ato las zapatillas al cuello. Él pone los ojos en blanco.

—No quiero pisarte con las suelas embarradas —le digo con la boca pequeña.

La situación es surrealista. Debo apoyarme en sus hombros antes de levantar la pierna, él tiene que sujetarme de las caderas cuando hace el amago de levantarse y yo me venzo un poco hacia delante. Emito un gemido delator en consecuencia. Caiden empieza a ponerse en pie cuando logro sostener el equilibrio, pero estamos los dos empapados, el pie se me resbala y trato de sostenerme a algo, pero solo encuentro aire. Quizá mi instinto de supervivencia no esté tan presente como en el campo de obstáculos y mis hechizos no son tan efectivos, por eso pierdo el control. Caiden me sujeta y el impulso de mi cuerpo lo empuja hacia atrás provocando que su espalda choque contra la pared. Ambos colisionamos el uno contra el otro, pero lo que más noto es la fuerza con la que me sujeta por instinto contra su cuerpo.

—Joder, Eira —despotrica con enfado, pero su voz delata falta de aire.

Jadeo contra su barbilla, noto ese mareo extraño de nuevo.

—Lo siento —digo deprisa.

Nuestras caras se quedan la una frente a la otra, tengo su boca a la altura de la mía.

—Deja de ponerte esa crema empalagosa —me riñe con voz rasgada—. Ahora voy a oler a kilómetros como tú.

—¿Es desagradable?

Caiden me mira a los ojos, dos mares profundos de un ámbar denso y oscuro.

—Yo no he dicho eso… —responde. Y yo miro hacia su boca sin querer—. Vamos, chica de las flores, prueba otra vez. No me quedaré para una tercera, aviso, más te vale ponerle empeño.

—Le he puesto empeño antes… —protesto, aturdida. ¿Cómo me ha llamado?

—No el suficiente, está claro.

Frunzo el ceño. Él me dedica una sonrisa sarcástica que desorganiza mis ideas.

—Apóyate en la fachada, busca el centro de tu equilibrio en los pies, imagina que soy una roca. Si es necesario, cierra los ojos.

Parpadeo dos veces y observo su rostro; el chico de las grabaciones asalta mi mente con fuerza. El muchacho roto de las cartas, *Visions of Gideon* empieza a sonar en mi cabeza. ¿Dónde está el villano letal? Porque yo apenas percibo esa oscuridad.

—Eira, ni se te ocurra besarme otra vez.

Sus palabras rompen el hilo de mis pensamientos.

—¿Qué…? ¡No iba a besarte!

—Pues lo parecía…

Lo empujo y me alejo de él, ofuscada.

—¡Puedo yo sola! Vete —le pido.

No sé por qué me duele tanto su rechazo. O quizá sí.

—¿Habla tu orgullo o es que se te ha ocurrido un superplán para llegar a tu habitación?

—Caiden, vete —le repito, seria.

Él se cruza de brazos, apoyado en la pared.

—A los mentores les quedan diez minutos para salir de su edificio y venir a preparar a sus aspirantes —anuncia con tranquilidad.

Lo contemplo con expresión helada. Él reprime una sonrisa de suficiencia y debo tragarme mi orgullo herido y acudir hacia él, sin decirle nada, para apoyar las manos en sus hombros y obligarlo a que se agache. Obedece sin resistencia.

—Ahora llevo los pies mojados, te aguantas —le digo, antes de saltar para apoyar un pie descalzo en su hombro y valerme de la pared para poder subir el otro.

—Joder, chica de las flores, eres adorable. —Su confesión y el tono distendido con el que lo dice desequilibran mi arrebato.

Caiden se levanta; me impresiona lo alto que es, da vértigo; la cornisa queda justo frente a mi cara; me agarro a ella y hago fuerza para elevar mi cuerpo, separando los pies de los hombros de Caiden para que al final se apoyen en el saliente. Luego me agarro al alféizar de mi ventana y reproduzco la misma acción, hago un esfuerzo increíble para levantar mi propio peso y, con el diafragma apoyado en la base de la ventana, respiro con ahogo y me dejo caer hacia delante. Por fin estoy en el interior de mi dormitorio, exhausta, roja y empapada. Me cuesta unos instantes reponerme y luego, con un nudo en la boca del estómago, me asomo hacia abajo.

Pero Caiden ya no está.

14

Eira

«Cuando algo empiece a confundirte, ocupe más tiempo
en tu cabeza de lo que querrías y comience a colarse
en partes de ti en las que no sabías que alguien
podía colarse, huye.»

Mandamientos para sobrevivir, por CAIDEN VULGARIS

—¿Estás seguro de que no tengo que ponerme nada más?

Miro mi reflejo en el espejo alargado que hay al lado del escritorio con expresión de pánico. Solo visto con un delicado vestido casi trasparente en tono ocre, de tirante fino con escote redondo que cae suelto y delicado por mi cuerpo hasta las rodillas, con picos y oberturas en la falda.

—Seguro, chiquilla; la idea es ir lo más natural posible. Es una prueba íntima con el Catalizador en la que deberéis exponer vuestras mejores dotes de bruja. El Catalizador potencia la magia de la Deida, así como a la inversa. Deben hacer un equipo resistente para frenar la profecía. Por eso tendrás que hacerle tu mejor hechizo, uno que pueda ayudarle en caso de que os metáis en algún problema con terceros. Recuerda que el Catalizador es el origen, pero para generar un acontecimiento de tales dimensiones existen más implicados y no sabemos a qué nos enfrentaremos llegado el momento.

Siento que la cabeza me da vueltas por lo último que dice mi mentor; cuando creo que sé bastante acerca de lo que estoy viviendo, él viene y me da nueva información.

—¿Dices… que el Catalizador potencia la magia de la Deida?

—Así es, y la Deida también fortalece las habilidades de él. Es importante porque, una vez que la Deida original frustre los planes iniciales del Catalizador, su labor no acabará ahí. Deben restaurar el problema desde los cimientos.

Parpadeo con lentitud todavía frente al espejo y suspiro; no sé de qué demonios me está hablando, yo solo soy capaz de observar con gesto torcido cómo mis pezones se aprecian a la perfección a través de la tela que casi se trasparenta con los rayos vespertinos que se cuelan por la ventana abierta de par en par.

—¿No puedo ponerme, yo qué sé, esparadrapos en los pechos o algo?

Enzo arquea una ceja.

—Chiquilla, el pudor es un lastre. No tienes nada de lo que avergonzarte —me regaña al tiempo que recopila todo mi material en una bolsa con compartimentos que, al parecer, debo llevar conmigo a la siguiente prueba.

—Es que la sensación de desnudez es excesiva, casi ni noto las bragas —protesto.

Me doy cuenta del alto nivel de confianza que tengo con él a estas alturas; ni siquiera le he dicho algo así a mi propio padre, y eso que Edan es el mejor padre del mundo.

—Te consolará ver al resto de aspirantes y al mismo Catalizador cuando salgamos; deben ir igual que tú.

Abro los ojos como platos, ¿consolarme? Se me sube toda la sangre a la cabeza y me arden las mejillas.

—Vamos, chiquilla, es la hora.

Es Enzo quien carga con la mochila mientras yo salgo delante de él, descalza, con el pelo suelto y sin saber dónde poner las manos cuando cruzo, al tiempo que otras aspirantes salen de sus respectivos dormitorios, el pasillo hacia recepción. Pues sí, las demás también lucen el mismo vestido semitransparente y los chicos ni siquiera llevan una camisa; solo visten con un pantalón de lino del mismo tono que nuestro vestido. Me parece ridículo que tengamos que hacer una prueba en esas condiciones, ¿qué mente pervertida inventó este protocolo de vestimenta?

Atravesamos el jardín hacia el edificio principal al mismo paso ágil de siempre. Busco a Gisela entre las aspirantes pero no encuentro su bonita melena dorada, cruzo la mirada con Naim, quien me devuelve una expresión afligida. Somos diez aspirantes menos que al principio, quedamos doce y bajando.

—¡Bienvenidas de nuevo al Templo, aspirantes! —La mujer del vestido bonito nos recibe en la imponente antesala.

Los mentores nos dan nuestras pertenencias. Enzo me aprieta la muñeca como un acto de ánimo, algo que le agradezco de corazón; no solo por querer aquietar mis nervios, sino porque aquí las muestras de afecto son un bien escaso que acostumbraba a tener a raudales antes de llegar. Luego los mentores se marchan y las aspirantes a Deida seguimos los resueltos pasos de nuestra guía hacia la misma sala de espera de la segunda prueba, en la que se me dio por besar a Caiden.

—Bien, vuestros mentores no os lo habrán comentado porque no les hemos explicado los detalles de esta fase, pero haréis la prueba de forma individual y habrá una espera máxima de dos horas entre cada sesión —nos empieza a explicar ella cuando nos sentamos—. Ese periodo de tiempo es necesario para saber si vuestros hechizos son lo suficientemente fuertes y valiosos para el Catalizador. El jurado del aquelarre será quien lo valore y, por supuesto, necesitan precisión y seguridad para determinarlo. De modo que alguna de vosotras hará la prueba a lo largo del día de mañana. Sin embargo, para que todas participéis bajo las mismas condiciones, deberéis aguardar

en esta sala de espera durante los turnos del resto y su posterior evaluación; cabe resaltar que no podéis usar vuestras pertenencias para practicar.

No puede hablar en serio, ¿van a encerrarnos en ese lugar durante horas? Miro a mis lados con la esperanza de encontrar alguna expresión que se asemeje a mi estado de ánimo pero, de nuevo, no es el caso. Parecen malditas máquinas; al menos en lo que se refiere a las emociones, porque ninguna parece disgustada por la noticia.

Mi único consuelo es que la mujer del vestido bonito llama a la primera aspirante en orden alfabético, lo que me deja en… segundo puesto. Me sobreviene el malestar al recordar que una de las chicas que iba delante de mí se cayó en la prueba de obstáculos y cierro los ojos tras ver cómo la primera aspirante entra en la sala con el Catalizador.

Recuerdo la caída. Es la primera vez que me detengo a pensarlo porque mi mente quizá me bloqueaba ese trauma, pero ahora la veo caer en el recorrido de anillas desde lo alto del rocódromo y todavía siento en la superficie de la piel el horror, jamás había sentido tanto. Todavía no me explico cómo pude sobrevivir a aquello, se me aparece como una pesadilla borrosa; actué todo el tiempo con un nivel demasiado alto de adrenalina, en un estado ajeno a mí. Visto en perspectiva, esa Eira parece otra, una versión de mí que desconocía. Ni siquiera era consciente del poder que tenía y que podía utilizar para que los hechizos funcionen tan bien. Todos los que usé en la prueba de obstáculos me ayudaron a sobrevivir. Me parece difícil de creer, incluso ahora.

La primera chica regresa al cabo de unos minutos, así que comienza el tiempo de espera para que el jurado valore su hechizo. Dos horas. Dos malditas y desesperantes horas allí metida, y solo es el principio. Bufo y meto los dedos entre mi pelo; estar aquí tanto tiempo sin dirigirnos la palabra entre nosotras solo hace que pensemos en todo lo ocurrido (algo que no nos ha dejado el ritmo frenético de la Proclama) y eso no es bueno para nuestra salud mental; al menos no para la mía. Por no hablar de que Rebeca Delta aguarda de pie, como de costumbre, al fondo de la sala y me dirige miradas asesinas de vez en cuando. ¿Mirará así al resto o solo me tiene manía a mí?

Cuando me duele el culo de estar tanto tiempo sentada, me paseo por la sala con cuidado de no molestar a ninguna. He echado unas cuantas miradas hacia Naim, pero no parece interesado en entablar una conversación. Así que se me da por pensar en Gisela y en qué estará haciendo ahora, dónde la habrán llevado. No tengo claro qué significa «servir al aquelarre», ¿le estarán haciendo fregar los suelos de rodillas? De ellos puedo esperar cualquier cosa.

—Disculpa… —Es la primera vez que me dirijo a la mujer del vestido bonito (o, bueno, para ser más exacta, que alguien se dirige a ella en general) y me mira con cierta sorpresa—. ¿Cabe la posibilidad de que aguardemos en los jardines? Podríamos tomar agua o café, quizás. —No sé, algo normal entre las personas con sentimientos y una capacidad inaudita de aburrirse.

Nuestra guía parpadea muy rápido y me mira de arriba abajo.

—Gracias por la sugerencia, aspirante, lo consultaré con el aquelarre —dice con su voz aguda

antes de desaparecer por la puerta principal.

Sin embargo, pasa más de una hora y no vuelve a presentarse. No me creo que a nadie le hayan entrado ganas de hacer pis. ¿Me sancionarán si salgo al pasillo a buscar un cuarto de baño?

La veo venir a través del cristal de la puerta y siento alivio por poder preguntarle, pero apenas abro la boca cuando vocea:

—¡Eira Anies! —Me quedo de piedra; ella dirige su mirada hacia mí tras repasar la sala—. Es tu turno.

—¿Puedo ir antes al servicio? —me atrevo a consultar.

Ella me dedica una mirada de incredulidad y luego parece ofendida por mi pregunta. Me tomo la reacción como un «no».

—Vale… —susurro, recogiendo mi bolsa del suelo para enfilar hacia la puerta.

No me puedo creer que vaya a hacer esta prueba con ganas de hacer pis. Entro en la sala y cierro detrás de mí. Creía que el aquelarre estaría aquí, ya que deben evaluar nuestro trabajo, pero solo Caiden aguarda en este enorme espacio. El corazón se me acelera sin previo aviso al recordar todo lo nuevo que sé de él: veo al adolescente preocupado por su hermana, al chico con un pasado difícil… Además todavía siento su contacto al ayudarme a escalar la fachada para colarme por mi ventana, aún puedo percibir su olor y reproducir en mi cabeza ese «joder, chica de las flores, eres adorable».

Se sitúa de pie al lado de una silla; hay otra para mí enfrente y una pequeña mesa al lado que supongo que servirá para depositar mis ingredientes. Es en el instante en que aprecio su torso desnudo y sus pies descalzos cuando de nuevo soy consciente de mi propio aspecto y me pongo roja. No quiero fijarme en su desnudez, hago acopio de toda mi fuerza de voluntad para desviar la mirada, pero es que su imagen me ha perforado la retina y lo sigo viendo aunque no lo mire. Podía intuir una complexión bonita bajo su ropa, pero mi imaginación se había quedado corta, sin duda; resulta hasta ofensivo lo gráciles y armoniosas que son sus extremidades y su musculatura y lo bien que cae la tela de sus pantalones oscuros de lino. En el baile al menos lo cubría una chaqueta fina y pude evitar mirar, ahora su piel nívea es como un neón para mis ojos.

—Hola —digo, dejando caer la mochila en la mesa.

—Hola —responde sin moverse de su sitio.

Es raro estar ahí semidesnudos sabiendo que ambos hemos estado hurgando en las vidas del otro y que, hace apenas unas horas, hemos estado pegados, respirando sobre nuestras bocas de forma accidental. No sé qué habrá visto de mí ni de dónde habrán conseguido información personal de mi vida, pero él, al igual que nosotras, ha estado toda la mañana revisando cajas, de modo que sabe cosas de mí que quizá nunca hubiera querido contarle.

—Espero que seas un poco más original que la anterior, los hechizos de fortalecimiento son muy útiles pero no duraderos —comienza, y su tono es muy distinto del que ha usado antes, sin la vigilancia del aquelarre.

Extraigo todos los botes, esencias, minerales y accesorios para colocarlos en orden en la mesa.

—¿Cuánto duran? —le pregunto.

—¿No sabes cuánto duran? ¿Tu mentor…?

—Deja tranquilo a mi mentor. No, no sé cuánto duran.

Caiden eleva ambas cejas.

—Alrededor de dos horas.

—Más o menos lo que dura la evaluación. ¿Por qué te parece corto?

—Porque no serviría en caso de que la Deida se separase del Catalizador. Y no me digas lo mismo que dicen todos, que una Deida original nunca se separa del Catalizador. Todo el mundo se separa alguna vez.

—O sea que quieres un hechizo que te permita alejarte de la Deida, pero que te dé todos sus beneficios, ¿me equivoco?

Él hace una mueca de conformidad.

—¿Vuestra misión no es sorprender al jurado? Adelante.

—Mi misión es seguir viva de aquí a la noche. Y mañana vuelta a empezar —replico mientras elijo las hierbas y las mezclo en un almirez.

—Muy bien… —musita con su voz ronca. ¿Se habrá dado cuenta de que evito mirarlo?—. Pero recuerda que los hechizos deben ser para beneficiarme, no me eches una maldición.

Reprimo una sonrisa al tiempo que vierto dos tipos de esencias en la mezcla. Luego le añado polvo de selenita y amatista y lo coloco bajo el fuego de una vela. Tengo claro qué hechizo voy a hacer, lo tengo decidido desde que supe que esta prueba existía (es decir, después de la comida). He trazado mentalmente la runa y el lugar exacto en el que debo aplicar el ungüento para que el efecto sea lo más poderoso posible, mi intuición me guía por un único sentido. Es increíble que este sexto sentido se haya activado en mi interior con tanta energía, como si antes hubiese estado en reposo, presente pero vago. Sin embargo, ahora que mi vida está en peligro, es tan preciso y potente que incluso me cuesta asimilarlo. Es una nueva parte de mí que ha surgido y me vibra en la yema de los dedos; es un ente sabio, como si alguien me susurrase al oído en todo momento qué es lo que debo hacer.

Retiro el almirez del fuego y mezclo bien con la cucharilla antes de verterlo en un pequeño recipiente de cristal para que se enfríe. ¿Me ha temblado un poco el pulso porque noto su penetrante mirada sobre mí? Exactamente. También sé que las cámaras enfocarán su *zoom* en mis manos para ver bien lo que hago, pero mi estado no se debe a eso. Puede que mi instinto de supervivencia se atrofie un poco cuando Caiden está cerca, eso explicaría lo ocurrido antes.

—Vale, ya está. Siéntate, por favor. —Tomo el recipiente y acudo a mi silla todavía sin mirarlo.

—¿Eso es para mí o piensas aplicártelo a ti misma? —me dice al comprobar que me siento en mi lugar, a medio metro de él.

Me muerdo el carrillo y suspiro antes de arrastrar la silla hacia su dirección. Mi estúpido pulso va por su cuenta y martillea mis tímpanos con fuerza.

—Está bien, no te muevas —le pido.

Meto el dedo índice en la viscosa mezcla que resulta un poco terrosa y la aproximo a su pecho.

—¿Dónde vas a untarme eso?

—¿Tienes que saberlo todo?

—Todo lo que tenga que ver con mi integridad, sí —responde con calma, con esa cadencia suave.

—En el pecho, te lo voy a aplicar en el pecho, a la altura del corazón. ¿Ya puedo continuar?

—Adelante —musita con esa voz intensa que hace que apriete el vientre.

Me atrevo a levantar la mirada cuando me inclino hacia su cuerpo, Caiden me observa con atención y gesto serio. Retengo el aliento y empiezo a dibujar la runa con la mezcla arrastrando la yema del dedo despacio, tratando de hacerla con suma precisión al tiempo que formulo el hechizo en voz tan baja que espero que ni siquiera él me oiga.

—¿Qué murmuras? —susurra, su aliento impacta en mi frente.

—Shhh —siseo y continúo.

Ahora comprendo el espíritu de la quinta prueba, la fragilidad y la intimidad, este instante no puede representarlo más. Acaricio su piel cálida y estamos tan cerca que nuestras respiraciones se mezclan; sin embargo, mi corazón se ha ralentizado aunque mi organismo vibre. Si estoy más rato intentando que no se dé cuenta de que tengo la respiración acelerada me voy a ahogar.

Me atrevo a volver a mirarlo a la cara y Caiden me observa con atención. Madre mía… Se me había olvidado que tenías ganas de hacer pis hasta ese momento.

—¿Fumas? —le pregunto con voz contenida.

—¿Qué? —Su gesto de profunda confusión casi me saca una sonrisa.

—Que si sueles fumar.

Él me contempla unos instantes más como si quisiese descifrarme.

—A veces…

—Pues tira todos los cigarrillos que tengas, no los necesitas con este hechizo. —Lo miro a los ojos con la esperanza de que capte mi mensaje—. Ya sabes, el humo del tabaco es la antítesis al humo de los sahumerios, es la suciedad en contraste con la limpieza. Si te preocupa la duración del hechizo, no fumarás. Es un dicho de mi abuela y ella siempre tiene razón.

Me acabo de inventar todo eso. Solo rezo para que haya resultado lo bastante creíble para el aquelarre y lo suficiente significativo para que Caiden haya leído entre líneas. Contemplo su expresión cuando me incorporo y me satisface apreciar cómo sigue mis movimientos sin pronunciar palabra, incluso entreabre los labios con un leve movimiento. Reprimo un escalofrío; joder, ¡lo peor es que no lo hace a propósito! Esa sensualidad fiera es natural.

Recojo todos mis bártulos y sé que Caiden todavía no me ha quitado los ojos de encima.

—Creía que serías más original. Por muy elaborado que te haya quedado, sigue siendo un hechizo de fortalecimiento —replica en tono aburrido.

Me muerdo los labios con una sensación burbujeante en el estómago. No, por supuesto que no es un hechizo de fortalecimiento y él lo sabe bien. Opto por no responderle y cierro mi bolsa para cargarla al hombro.

—He acabado —anuncio con la mirada puesta en las cámaras de las esquinas superiores de la enorme estancia.

—Puedes salir de la sala, Eira Anies —dice Calíope a través de los altavoces.

Decido no volver a mirarlo para no levantar sospechas y me alejo de él a paso firme hacia las puertas, de vuelta a la sala de espera.

* * *

Cuando dan por finalizada la primera tanda de aspirantes (hemos entrado cinco en total), es casi medianoche. Para mi profunda sorpresa, la mujer del vestido bonito aguardaba al otro lado cuando he regresado de hacer mi hechizo y me ha acompañado a los aseos en silencio. A las nueve han dejado entrar a nuestros mentores con la cena y al menos he tenido algo que hacer en ese ratito, por eso me he entretenido de más con las migas del pan del bocadillo y he saboreado con parsimonia el queso, la lechuga y el huevo. Y en todo ese rato no he dejado de bisbisear el mismo hechizo que le he hecho a Caiden para reforzarlo de alguna manera; no puedo evitar pensar en que tal vez el aquelarre lo haya anulado al adivinar su uso. Ojalá haya funcionado.

Llego a mi dormitorio agotada, no hay parte del cuerpo que no me duela por estar tanto rato esperando en las mismas posturas con unas extremidades ya magulladas y sin poder recurrir a mis ungüentos medicinales a pesar de tenerlos a mi lado.

Enzo no me había aconsejado nada para esta prueba; había dicho que confiaba en mi intuición y que lo único que tenía que hacer era no besar al Catalizador (¡qué manía con eso!). Tampoco me había preguntado después (lo cierto es que no hemos tenido oportunidad de hablar; los mentores nos han acompañado como de costumbre a una distancia prudente del grupo y hemos entrado en los dormitorios a descansar con una breve despedida).

Creía que la inquietud iba a desvelarme, pero lo cierto es que he debido quedarme frita en cuanto me he acostado, porque abro los ojos de repente sobresaltada por el eco de una sirena; una sirena que ya he oído antes. No puedo evitar una sonrisa nerviosa, ¿esa alarma significa que Caiden ha huido? Aguardo inmóvil con el corazón aporreándome la caja torácica. El hechizo que le hice servía para moldear su energía y, por lo tanto, ser indetectable por los rastreadores y cualquier brujo que lo buscase, así como engañar a cualquiera con pistas falsas acerca de su ubicación. Caiden captó mi indirecta y, de alguna manera, se las ingenió para ocultar al aquelarre la verdadera función del hechizo; debió de ser así porque, de otra manera, no me explico cómo ha conseguido fugarse. Y ha funcionado, ¿verdad? La sirena anuncia su huida, ¿mi invento… ha

funcionado? ¿Debería sentirme eufórica ya?

Transcurre al menos un cuarto de hora hasta que mi mentor aparece.

—El Catalizador ha vuelto a marcharse —me cuenta una vez dentro del dormitorio—. No nos han informado de nada más, pero, por lo que parece, han actuado tarde; es muy probable que Caiden llevase tiempo fuera cuando se han dado cuenta de su ausencia. Sin duda, están más alterados que la última vez.

Enzo deposita la bandeja con el desayuno en el escritorio mientras lo miro con una emoción intensa en el estómago. ¿Debería decirle que tengo algo que ver con su escape? ¿Me metería en un lío?

—De hecho, nos han dicho que se paraliza la prueba de momento. Para que el aquelarre pause la Proclama, la situación debe ser grave —observo a mi mentor, quieta y vacilante cuando se dirige de nuevo hacia la puerta—. Desayuna con tranquilidad y procura descansar este tiempo de tregua, es muy probable que lo encuentren pronto.

Enzo se marcha y no me ha dado la oportunidad de pronunciar palabra. ¿Por qué me siento culpable? Al menos, en cuanto a mi mentor se refiere. Por lo demás estoy emocionada y asustada a partes iguales. Emocionada porque, si no lo encuentran, la Proclama no podrá llevarse a cabo y, por lo tanto, no moriremos en la maldita y misteriosa fase final. Quizá pueda volver con mi familia; esa idea anida en mi estómago y encharca mis ojos. Sin embargo, también estoy asustada porque hay probabilidades de que descubran por qué Caiden ha desaparecido. Si encuentran pruebas, estas los traerán hasta mí. Y no sé cuáles serán las consecuencias.

Las horas avanzan despacio en mi habitación, ya casi es mediodía y Enzo no ha vuelto a venir con nuevas noticias. Por eso me levanto con un impulso exagerado cuando llama a la puerta con sus característicos golpes rudos y le abro con rapidez.

—Han perdido su rastro, nos lo acaban de comunicar. —Enzo entra con expresión adusta y cierra tras de sí—. Por lo visto han estado toda la mañana siguiendo varias pistas falsas de su paradero y ahora, simplemente, se ha desvanecido.

Contemplo a mi mentor con cautela.

—¿Eso quiere decir que se detiene la Proclama?

—Eso quiere decir que ocurre algo anormal que han estado investigando y que los lleva directamente a lo acontecido en la segunda fase de la cuarta prueba. —Trago saliva y él estudia mi cara—. El aquelarre lo descartaba porque ellos mismos evaluaron todos los hechizos de las cinco aspirantes que se presentaron y ninguno podía ayudar a Caiden a escapar, pero ¿y si el hechizo hacía su energía maleable y Caiden hubiese usado su don psíquico con ayuda de la aspirante para engañar al jurado? Cabe la posibilidad. Eira, dime que no le hiciste al Catalizador un hechizo que lo ayude a escapar.

Aprieto los dientes y agacho la cabeza.

—¡Joder! —prorrumpe, haciendo que pegue un respingo en el sitio.

Enzo se pone a pasear por mi dormitorio mientras pronuncia improperios por lo bajo.

—¡Encontré la oportunidad para detener esto y la aproveché!

—Tú no puedes detener la Proclama, chiquilla, ni tú ni nadie. ¿A quién crees que van a señalar de las cinco aspirantes que se presentaron ayer? Eres la única bruja desvinculada, Eira, la única que podría desear tener a su Catalizador lejos, ¿entiendes?

Me pongo pálida ante esas obviedades y debo sentarme en la cama.

—Podemos irnos nosotros también, haré el mismo hechizo para nosotros dos y nos iremos de aquí… —Me levanto para empezar a recoger mis cosas.

—No has entendido nada, Eira. La magia de las aspirantes se triplica en el Catalizador, no surtirá el mismo efecto si te la haces a ti misma o me la haces a mí. Además, ¿no piensas en tu familia? Donde primero irían a buscar es a tu casa. Los pondrías en peligro por protegerte, los convertirías en prófugos.

Se me cae la ropa que estaba recogiendo de los brazos y me apoyo en la puerta del armario, desolada.

—¿Qué va a pasar ahora? —le pregunto intentando domar el pánico.

—Te exigirán que reviertas el hechizo —me dice tratando de calmarse.

—N-nunca he revertido un hechizo, no sé cómo se hace…

—Claro que sabes, ¿o acaso creías que sabías hacer un hechizo tan poderoso como para que el propio aquelarre no capte a Caiden? Tienes un don extraordinario. Y me sentiría orgulloso de ti si no estuviésemos metidos en este problema tan grave. Espero que primen tus habilidades por encima de las normas de la Proclama, que tu hechizo haya funcionado con tanta eficacia te acerca mucho a ser la Deida.

—¡¿Qué?!

Justo en ese momento llaman a la puerta con urgencia y el estómago se me sube a la garganta. Enzo y yo cruzamos una mirada de alarma antes de que él abra la puerta.

15
Eira

«No subestimes la crueldad de alguien que jamás
te ha profesado el mínimo afecto. Ni siquiera cuando
viene de tus progenitores, sobre todo entonces.»

Mandamientos para sobrevivir, por CAIDEN VULGARIS

Sigo los pasos ruidosos de los guardias del aquelarre con la sensación de estar yendo hacia un juicio funesto; me escoltan dos hombres frente a mí y otros dos a mis espaldas. Enzo no ha podido venir conmigo, aunque le he sujetado la mano en el último segundo. «Sigue tu intuición», me ha dicho rápido en voz baja antes de que los guardias urgiesen mi presencia ante los miembros del aquelarre Vulgaris.

Los centinelas que se encuentran ante los portones se disponen a abrir en cuanto nos ven llegar y la guardia me acompaña al interior de una enorme sala que reconozco al instante: aquí hicimos el último baile, solo que esta vez está vacía a excepción de los tronos de la familia de Caiden. Ades, Calíope y Aegon me observan con las barbillas elevadas; son la viva imagen de una monarquía corrompida por el poder, con su vestimenta pomposa aunque adusta y sus posturas altivas. La única que me contempla con mirada diferente es Idris, que parece más curiosa que enfadada. Me encojo ante esas miradas amedrentadoras y me siento minúscula.

—Eira Anies. —Ades pronuncia mi nombre con letargo, casi con una voz de ultratumba—. Hemos demandado tu presencia para que nos respondas a algunas preguntas. Confiamos en que serás honesta en cada una de ellas.

—Sí, señor —intento responder con firmeza.

—Bien, en todo caso sabríamos si mientes —me advierte—. El Catalizador ha desaparecido, como tu mentor ya te habrá informado. No logramos localizarlo, ni siquiera recurriendo a nuestros métodos más ancestrales, por lo que estamos seguros de que un hechizo lo protege. Dinos, Eira Anies, ¿perteneces a una familia independizada del aquelarre?

Tenso las extremidades y trago saliva.

—Sí, señor.

—¿Es un honor para ti pertenecer a la Proclama de la Deida?

Aparto la mirada por unos instantes para bajarla al suelo y luego volver a elevarla.

—No, señor.

—¿Le practicaste ayer al Catalizador un hechizo para favorecer su huida?

Tomo aire con irregularidad; en esta ocasión me cuesta unos instantes responder.

—Pensé en un hechizo poderoso para ayudarlo a evitar que se cumpla la profecía. Si es ilocalizable, ningún enemigo podrá encontrarlo y tendrá ventaja para pensar estrategias. Quería lucirme con una de mis mejores habilidades —les comento con habla relajada cuando por dentro mi pulso me ensordece.

El aquelarre me observa deliberadamente tras mi respuesta.

—¿Sabes que si no hallamos el paradero del Catalizador llegará el día de esa profecía de la que hablas y miles y miles de brujas arderán? Incluida tu familia. —Su voz suena más enfadada y grave en esta ocasión.

Un horrible estremecimiento me surca el cuerpo de los pies a la cabeza.

—¿Te das cuenta de las dimensiones de tu error, aspirante? —se dirige a mí Calíope, en esta ocasión con ira contenida—. Has puesto en peligro la Proclama y, por lo tanto, nos dejas menor margen de tiempo para prepararnos. La llegada de la profecía es imprevisible y cuando lo haga no habrá marcha atrás.

—¿Cuánto tiempo permanece el hechizo activo? Le hiciste una runa, esa clase de ritos son duraderos —inquiere Aegon esta vez.

—Tal vez… de tres a cuatro días —respondo intentando que no me tiemble la voz.

—En ese tiempo Caiden estará tan lejos que será inalcanzable —comenta Ades de nuevo con voz espectral, se nota que todos guardan la compostura con dificultad—. Eira Anies, te exigimos que reviertas el hechizo de inmediato. De no ser así, tanto tú como tu familia desvinculada seréis ajusticiados por el mismo aquelarre.

Un miedo gélido inunda mi organismo.

—Necesitaré… —Intento pensar bajo presión, por lo visto no se me da mal—. Necesitaré algún cabello del Catalizador. Y sería más efectivo si dispongo de su sangre.

Ades hace un gesto a sus criados, que obedecen al instante y salen de la estancia apresurados. ¿Serán brujos voluntarios? ¿Dónde tienen a las aspirantes a Deida condenadas?

—Más vale que tu contrahechizo funcione, aspirante —me amenaza Calíope.

Me muerdo la lengua para no decirles que mi familia no tiene nada que ver con mi error, pero no quiero romper esa fina línea que separa sus comportamientos tensos de un estallido de ira.

—Di qué más necesitas, Eira Anies. Vas a revertir el hechizo ante nosotros, aquí y ahora —sentencia Ades.

Cierro los ojos para dejarme llevar por la intuición (el consejo de Enzo) y pienso en los ingredientes y el proceso que debería seguir.

—Agua de mar, tierra de la isla, pétalos de rosas secas, un cabello suyo y gotas de su sangre —enumero sin abrir los ojos para ver mejor mi interior—. También será necesaria la sangre de la

bruja que ha realizado el hechizo, por lo tanto solo yo podré revertirlo, nadie más.

Cuando abro los ojos, el aquelarre me analiza con gestos duros; solo Idris, que desde el principio se ha mostrado más inquieta, deja ver su curiosidad. Los sirvientes regresan rápido con todo lo que he pedido y disponen frente a mí una mesa para que pueda trabajar de pie. Mezclo los ingredientes en un almirez y los fusiono bien hasta lograr una masa homogénea (me pregunto de dónde habrán sacado el tubo de sangre de Caiden que tengo ahora entre los dedos), luego me pincho la yema del dedo índice con un *athame* (una daga ceremonial) y dejo caer las gotas en la mezcla mientras pronuncio en voz baja el hechizo.

Odio hacerlo, una parte de mí se resiste porque sé que, tras el regreso del Catalizador, la Proclama seguirá su curso y todas nosotras menos una (aunque quizá la original también estará condenada) morirá o peor que eso.

Tomo la vela y unto la mezcla en la cera dibujando la misma runa que le hice a Caiden, pero invertida. Luego la enciendo con una cerilla.

—El hechizo se irá desvaneciendo poco a poco hasta que la vela se consuma. El Catalizador comienza a ser rastreable desde el momento en que el fuego toca la mecha —explico, con una sabiduría que ni siquiera yo sé de dónde viene.

Por fin entiendo a la perfección a la tata Ágata y su sabiduría innata, casi sobrenatural. Siempre las he admirado a todas, pero mi bisabuela posee un halo mágico casi palpable; es una bruja con una intuición infalible que, por lo visto, he heredado.

—No hay tiempo que perder. —Ades y Aegon son los primeros en levantarse y bajar de la tarima.

Calíope se incorpora y después lo hace su hija.

—Retírate, aspirante —me pide fríamente.

No me lo pienso, giro sobre mis talones y salgo apresurada del enorme salón.

* * *

Hace dos días que comparecí ante el aquelarre. Dos días desde que Caiden desapareció. Dos días en los que me he quedado encerrada en la habitación con las visitas esporádicas de mi mentor para traerme comida y quedarse un rato conmigo para compartir la angustia de la incertidumbre.

En ese tiempo se me ha dado por intentar relajarme mezclando ingredientes autóctonos de la isla para experimentar. Los huesos de mis dedos rotos están mucho mejor y apenas tengo magulladuras; los ungüentos resultan muy efectivos. Y es que, si no me concentro en eso, pensar a todas horas en la idea de que he puesto a mi familia en peligro me mataría. No tenemos ni una sola noticia acerca de si he revertido el hechizo ni de cómo va la búsqueda de Caiden, no están dispuestos a informar a los mentores, por lo visto.

La tercera noche desde que Caiden se fue, las pesadillas se suceden una tras otra. Son sueños muy abstractos y retorcidos en los que predomina una asfixiante sensación de angustia. El último

es, sin duda, el más real: un frío punzante, como miles de agujas clavándose en mi piel, atenaza mi cuerpo. Tengo tanto frío que me queman las extremidades, el dolor roza lo insoportable. Es como si el hielo me cubriese, como si el oxígeno se convirtiera en alfileres gélidos que atraviesan mis pulmones. Y no solo eso: le ocurre algo a mi pierna derecha, cerca del tobillo; aunque el frío entumece la herida, sé que tengo una lesión grave que me impide caminar. Estoy atrapada, congelándome, sola, a oscuras… Y entonces abro los ojos de golpe y me incorporo con una exhalación ahogada, esperando que el aire queme mi garganta irritada, pero no lo hace. Tirito de forma convulsiva, pero me doy cuenta de que no hace frío. Esa horrible sensación abandona mi organismo poco a poco hasta que me asiento en la realidad. Miro mi actual habitación mientras aguardo a que la pesadilla se disipe… Y entonces los golpes de nudillos típicos de Enzo llaman a la puerta. Todavía siento las puntas de los dedos de los pies frías cuando me levanto a toda prisa para abrir.

—Vístete, chiquilla, el aquelarre solicita la presencia de todas las aspirantes a Deida en el edificio principal del Templo de inmediato. —Me trago el pánico y me apresuro a recoger las primeras prendas que encuentro—. No, deja eso. Hay un código de vestimenta: debéis poneros el mismo traje que usasteis para la prueba de obstáculos.

Me giro hacia mi mentor con tal horror que seguro que se refleja en mi cara, porque acude a mi armario para buscar el uniforme cuando él nunca me ha ayudado a vestirme y se aproxima con gesto cauto, casi paternal.

—No puedo decirte qué es lo que quieren, no nos han informado, pero no te adelantes a los acontecimientos, ¿de acuerdo?

—Es un mono reforzado para protegernos el cuerpo; no tengo que ser muy lista para saber que van a obligarnos a hacer alguna prueba física, ¿quiere decir eso que han encontrado a Caiden?

—No, no nos han hablado de eso. El uniforme es por algo externo a la Proclama… —Noto su inquietud, no acostumbra a estar desinformado.

—¿Algo que no tiene que ver con las pruebas?

Enzo se da la vuelta como de costumbre cuando me desvisto y me enfundo con dificultad el traje blanco que consiste en unas mallas y una parte superior de manga larga que se adhiere al cuerpo, es de tela dura aunque elástica y lleva protecciones en los hombros, codos, caderas y rodillas. Se cierra con una cremallera que va desde el ombligo hasta la garganta y, en cuanto acabo, Enzo se ocupa de recoger mi cabello negro y denso en una trenza.

Es extraño que el resto de las aspirantes no salgan de sus habitaciones al tiempo que nosotros, hay algunas que van muy adelantadas y otras que salen después; se nota el descontrol por esta pausa en el protocolo que acostumbramos a seguir. Sin embargo, como es habitual, los mentores se quedan rezagados cuando nosotras nos adentramos en el enorme salón (el mismo en el que estuve hace tres días para revertir el hechizo), donde el aquelarre Vulgaris aguarda nuestra llegada. Nos colocamos en tres hileras conforme nos detenemos frente a los tronos elevados,

todas con el mismo uniforme blanco inmaculado.

—Queridas aspirantes, bienvenidas —comienza Calíope con calma. Repaso los gestos de sus caras intentando encontrar información, pero tanto Ades como Aegon son inescrutables. Idris es la única que escucha a su madre como si no supiese muy bien qué ocurrirá a continuación—. Sé que todas lamentáis la ausencia de vuestro Catalizador. ¿Alguna de vosotras ha pensado en qué ocurrirá si no regresa? ¿Os habéis preguntado alguna vez por qué las aspirantes a Deida deben morir por él cuando el Catalizador es la raíz del problema? Es una pregunta obvia. El Catalizador es quien pone en peligro la existencia de las brujas, ¿por qué no atajar el problema desde la raíz? ¿Por qué no matar directamente al Catalizador y acabar con todo?

Calíope se incorpora despacio y se pasea con las manos a la espalda, las suelas de sus botas resuenan en la tarima de madera.

—La respuesta a esa pregunta evidente no se encuentra en los escritos. Quienes reflejaron la historia de las Proclamas anteriores, obviaron este detalle como si todo el mundo debiese conocer la razón. ¿Y vosotras? ¿Querríais averiguar qué sucede si el Catalizador muere?

Sé que no requiere ninguna respuesta por nuestra parte. Nos miramos entre nosotras, desubicadas por el discurso de Calíope; algunas están asustadas por la amenaza implícita en esa pregunta. Ella endurece las facciones al observarnos cuando vuelve a hablar:

—Quizá lo sepáis pronto, aspirantes, aunque depositamos toda nuestra confianza en vuestras habilidades para que eso no suceda. Desde aquí, queremos dejar clara una ley sagrada: todo aquel que ponga en peligro la celebración de la Proclama de la Deida será severamente castigado. El Catalizador no se excluye de esa ley, aunque solo exista uno en el mundo. Caiden no es consciente de la importancia de su papel, y debemos hacer que lo entienda, aunque sea a base de fuerza. Por eso, aspirantes, dejamos su destino en vuestras manos y esperamos que vuestro amor y potencial eviten que el castigo converja en una sentencia de muerte. Que la magia nos proteja, llegado el caso.

Es la primera vez que oigo a las aspirantes a Deida lamentarse o protestar ante las palabras de un miembro del aquelarre, sus susurros son casi gorjeos ahogados. Pero lo que menos me espero es que Idris se incorpore de golpe de su trono.

—¿Dónde está Caiden? —le exige saber a su madre con la voz trémula—. Madre, ¿qué habéis hecho…?

—Lo necesario. Hemos hecho lo necesario, hija —responde ella con rabia contenida.

Se me eriza toda la piel de la espalda; resulta que no soporto la idea de que la vida de Caiden esté en peligro. Además, es su propia familia quien lo ha puesto en esa situación. Me parece deleznable.

—Es importante que sepáis que el Catalizador tuvo ayuda para escapar del Templo, lo que nos ha conducido a esta terrible tesitura. Eira Anies le practicó un hechizo para encubrir su verdadera localización. —Encojo el estómago y me pongo rígida.

Las demás aspirantes se giran hacia mí con expresiones airadas, algunas incluso emiten leves gruñidos. Trago con la garganta seca y retrocedo un poco.

—Bien, aspirantes, es vuestro momento de actuar. Acudid a la azotea del edificio principal en quince minutos. Allí os esperarán varios helicópteros que os llevarán a vuestra próxima prueba extraordinaria de la Proclama. Tomad ropa de abrigo y todo lo necesario para sobrevivir en temperaturas heladas…

Dejo de escuchar a Calíope cuando dice lo último. La sensación del frío insoportable es como un fantasma sobre mi piel, la pesadilla que he tenido no ha sido casualidad: estaba sintiendo a Caiden. Un pitido agudo en mis tímpanos hace que el sonido disminuya hasta casi desaparecer. Solo reacciono cuando, por lo visto, Calíope ha acabado de hablar, porque las aspirantes a Deida se mueven con rapidez y dos de ellas chocan intencionadamente sus hombros en mi pecho, haciéndome retroceder por el golpe. Luego levanto la mirada hacia los tronos y Calíope me observa con la nariz arrugada. Aprieto los puños y voy dando zancadas tras el resto de las aspirantes, de las que trato de mantenerme alejada.

—¿Qué ha pasado? —El protocolo sin duda no se aplica para esta situación, porque Enzo se acerca a mí mientras camino a unos metros detrás del resto, que también se dispersa junto a sus mentores de camino al edificio de las aspirantes a Deida.

—Han encontrado a Caiden —digo, con el instinto de supervivencia y la ira disparados—. Y como castigo lo han mandado a algún lugar donde se está congelando vivo y nosotras tenemos que acudir en su rescate si no queremos que se muera.

Enzo abre mucho los ojos; su impresión es tal que no dice nada hasta que llegamos a recepción.

—¿Os han dicho a dónde os llevan?

—No, solo que iremos en helicóptero. Tenemos que estar en la azotea del edificio principal en menos de quince minutos.

Mi mentor se lleva una enorme mano a los ojos y se los restriega con frustración.

—Os van a llevar a los Alpes, es su lugar de castigo común, si nos remitimos a los escritos acerca de las anteriores Proclamas —empieza a explicarme mientras subimos las escaleras hacia las habitaciones—. Pero nunca han sometido al Catalizador a vida o muerte porque eso pone en peligro la profecía de la Deida Madre y el propio hechizo antiguo.

Entramos en la habitación con prisa y Enzo me toma de los hombros con un apretón para que lo mire a la cara.

—Eira, ¿el aquelarre les ha dicho a las aspirantes a Deida que eres parte responsable de la huida de Caiden?

Contengo el aliento y tiemblo ante la tensión de sus manos y su cara antes de asentir con la cabeza. Él cierra los ojos despacio e inspira hondo por la nariz, luego me suelta y en dos grandes zancadas recupera una mochila de debajo de la cama y empieza a meter tarros y elixires

preparados por mí.

—Chiquilla, van a intentar matarte, ¿lo sabes? —dice, inquieto.

Expulso el aire por la boca de forma intermitente.

—Me lo imaginaba… —murmuro; no sé cómo el pánico no se ha adueñado de mí todavía.

—Con esa confesión ha dado carta blanca al resto de aspirantes para que esta prueba extraoficial sea de estricta supervivencia. No solo os podrán matar la nieve y las bajas temperaturas, sino que es válido que os matéis entre vosotras.

El horror me eriza la carne de todo el cuerpo.

—No entiendo la filosofía de los Vulgaris… Esto puede terminar muy mal.

—Confían demasiado en el hechizo que lanzaron sus antepasados: se supone que el Catalizador y la Deida original están destinados a seguir vivos cuando acontezca la profecía.

—¿Y tú qué piensas de eso?

—Yo no impongo las leyes, chiquilla, eso es lo que pienso. —Enzo coloca la mochila frente a mí en la cama—. Atenta, esto es lo que hay en tu mochila, es importante que se te ocurra una runa para protegerte del frío, un hechizo que mantenga tu temperatura estable. También he metido una daga y una jeringuilla con sedante; no pongas esa cara, Eira, debes defenderte porque, sin duda, te atacarán.

Luego en dos zancadas alcanza el armario y me cede una enorme chaqueta blanca (la he estado viendo estos días y me preguntaba para qué serviría si estamos en verano; ojalá no hubiese sabido la respuesta nunca). Es impermeable y muy caliente por dentro. Enzo también mete calentadores de piernas en la mochila y abrigo para la cabeza y el cuello.

—Mira bien por dónde vas, Eira. No te descuides ni un instante, ¿de acuerdo? Guarda los objetos de defensa a mano para recurrir a ellos con facilidad en caso de ataque y no te preocupes por tus pocas habilidades en los enfrentamientos cuerpo a cuerpo, ya sabes que más vale recurrir a la astucia, y tú tienes de sobra. —La preocupación tiñe su voz grave.

Los ayudantes de Enzo llegan como una exhalación al dormitorio, se nota que han corrido para llegar a tiempo; traen consigo botellas de agua y comida.

—No sabemos cuánto durará esta prueba ni en qué condiciones estará Caiden, es mejor ser previsores —me explica mi mentor mientras introduce todo en la mochila y la carga al hombro —. Vamos.

Una sensación de irrealidad asola mis extremidades mientras avanzamos con prisa de nuevo hacia el edificio principal. Las otras aspirantes, ahora mis enemigas, se apresuran también al lado de sus mentores. Enzo me acompaña a subir las escaleras del edificio principal mientras carga mi mochila.

Ese instinto potente que se adueñó de mí en la prueba de obstáculos crepita en mis terminaciones nerviosas; estoy muerta de miedo, pero al mismo tiempo sé que soy capaz de lo que sea por seguir con vida. Y por salvar a Caiden. Solo puedo evocar una y otra vez la horrible

sensación de estar congelándome en el sueño y una furia extraña y valiente me sobreviene ante la certeza de que es él a quien pertenece ese dolor. Solo espero que lleguemos a tiempo.

En la azotea del edificio nos esperan cuatro helicópteros, las aspirantes a Deida ya se están subiendo conforme alcanzan los pilotos, que aguardan bajo esos enormes trastos para indicarnos a cada una dónde situarnos. Enzo coloca mi mochila en mis hombros y me acaricia la cabeza.

—Chiquilla, utiliza tus dones y regresa sana y salva —me pide antes de que el piloto del tercer helicóptero me haga señas para que me suba.

16
Eira

«Por mucho temor o contradicciones que te genere
un atisbo de luz en las sombras, cuando te estás hundiendo
irremediablemente, aférrate a esa luz.»

Mandamientos para sobrevivir , por CAIDEN VULGARIS

Soy la primera en subir al helicóptero, las otras dos aspirantes solo tardan unos segundos más en colocarse en los asientos de mi derecha. Ninguna me mira o me dirige un gesto amenazante, pero no me relajo. El piloto se coloca inmediatamente en comando y cierra la cabina; es muy peligroso estar tan pegada a alguien que podría estar planeando matarme en cuanto lleguemos a nuestro destino. Tenso las extremidades y aprieto los dientes cuando el helicóptero comienza a elevarse; pronto estamos atravesando el cielo con el sonido ensordecedor aunque amortiguado de las hélices sobre nuestras cabezas.

—El viaje durará alrededor de hora y cuarto —nos informa el piloto.

Y eso es lo único que dice en todo el rato.

Mientras tanto, mi cabeza solo puede imaginar a Caiden entre la nieve muriéndose de frío y herido en alguna parte. La impotencia me sobrepasa y me clavo las uñas en las palmas de las manos; joder, sus propios padres le han hecho eso. Contengo las ganas de llorar de rabia al imaginar a ese chico de las fotos y los vídeos, al chico de las cartas en las que derramaba su dolor. La crueldad de los Vulgaris no tiene límite; ¿cómo pueden hacerle eso a su propio hijo? Y pensar que es culpa mía… Un *flash* de su mirada intensa mientras me observaba con fijeza al hacerle la runa en la piel me detiene el aliento. Vi esperanza, gratitud, sorpresa, emociones que acostumbraba a esconder, pero que en ese momento pudo manifestar muy bien, y yo apenas pude apreciarlas. Al deshacer el hechizo, los rastreadores del aquelarre lo han encontrado por mi culpa. Y ahora está ahí abajo, donde un tono blanco tan brillante que ciega abarca todo nuestro campo de visión cuando el helicóptero se adentra en las montañas nevadas.

Debo encontrarlo. «Caiden, aguanta un poco más, por favor».

El helicóptero empieza a descender en mitad de la nada, ya me he colocado los calentadores y las prendas de abrigo que Enzo ha metido en mi mochila para cuando el rotor se detiene de forma gradual. Me preparo para lo que sea que vaya a suceder cuando descendamos he metido en mi

bolsillo el sedante, no he sido capaz de tomar la daga, siento un rechazo muy fuerte ante la idea de tener que clavársela a alguien. No, no sería capaz.

Bajo las escalerillas un poco por detrás de las dos chicas con la mochila bien colocada a mi espalda. ¡Joder, qué frío! Impresiona mucho mirar el horizonte y solo ver una manta infinita de un blanco inmaculado alrededor. Por lo que parece, los otros helicópteros han aterrizado en otras localizaciones, porque no se ve ni se oye ninguno.

—A un par de kilómetros al norte desde aquí el aquelarre ha instalado un poste con un botón. Solo cuando una de vosotras lleve al Catalizador vivo hasta el poste podrá apretarlo, ¿de acuerdo? Entonces volveremos a por vosotras —nos informa el piloto—. Otro apunte importante: los hechizos de localización no os servirán, los Vulgaris pretenden que la Deida original sea quien encuentre a Caiden, así que os deberéis bastar con vuestro instinto. Os deseo suerte, aspirantes. Nunca una prueba ha sido tan crucial.

Para mi sorpresa, cuando el piloto cierra la cabina y se dispone a marcharse, las otras dos aspirantes se lanzan a correr. Han pasado de mí por completo y, por lo que veo, cada una va por su cuenta, porque se separan y siguen avanzando por caminos separados. Claro, las aspirantes a Deida no podemos colaborar entre nosotras. Expulso el aire, que forma una nube de vaho denso, e impongo energía a mis extremidades para caminar a paso ligero. No es fácil, el tomo de nieve es ancho y las botas se hunden, pero no tanto como para impedirme avanzar sin prisa.

Al cabo de un rato, con la brújula en la mano, sin saber bien a dónde dirigirme, decido hacerme la runa para protegerme del frío, que ya se está volviendo insoportable y entorpece mis movimientos. Abro la mochila y busco los tarros necesarios; por supuesto, nunca he hecho un hechizo semejante, pero mi intuición tiene vida propia y no dudo en mezclar ingredientes sin los guantes aunque me esté helando los dedos, machaco las hierbas con las esencias y un poco de nieve y me abro la chaqueta y el mono para dibujar la runa en mi pecho con la piel erizada.

—Protégeme del frío y atrae calor a mi cuerpo para soportar las temperaturas heladas, sagrada magia ancestral, yo te atraigo a mi piel cálida para que tu energía genere una segunda capa en mi cuerpo. Hecho está —murmuro entre tiritonas mientras me aplico el ungüento.

Luego cierro bien la cremallera del traje y de la chaqueta y, en cuanto me incorporo, me asombro al notar una calidez paulatina y agradable en la piel. Esbozo una sonrisa de incredulidad. ¡Madre mía! ¡Funciona! ¿Cómo es posible? Un alivio suave mima mi cuerpo cuando empiezo a caminar otra vez; en esta ocasión con más energía sin la molestia del frío entumeciendo mis articulaciones. Me parece espectacular: ¿cómo puedo lograr eso sin siquiera tener conocimientos previos? ¿Acaso las fuertes protecciones de mi familia me impedían desarrollar del todo mi potencial? ¿O es cierto que mi instinto de supervivencia aviva a un nivel increíble mis dones de bruja?

Pero la emoción me dura poco; estoy perdida. Me detengo para mirar a mi alrededor: todo montañas y nieve. ¿Hacia dónde voy? Cierro los ojos e intento sentirlo, evoco las horribles

sensaciones del sueño y cuando los vuelvo a abrir empiezo a caminar con rabia, es urgente que lo encuentre cuanto antes. Caiden, ¿dónde estás? ¿Dónde estás? Pruebo un hechizo de localización, pero, como nos ha dicho el piloto, algo bloquea la energía de las montañas. Camino sin descanso, sin un norte, ¡no sé a dónde demonios voy!

—¡¡Caiden!! —decido gritar, a sabiendas de que no solo él podría oírme—. ¡Caiden! ¡¿Dónde estás?!

Las piernas empiezan a pesarme al cabo de dos horas caminando sin parar, Caiden está herido y me parece recordar que en el sueño apoyaba la espalda en algo, de modo que no se encuentra en una llanura desierta, razón por la cual me aproximo a las montañas. Enfilo cuesta arriba sin aliento; a pesar de mis protecciones contra el frío tengo la garganta irritada de respirar el aire gélido con resuello por el ejercicio físico. «Por favor, aguanta, Caiden, no te mueras. Por favor».

Oigo algo a mi espalda y me giro de golpe; oteo mi alrededor, inmóvil, y entonces la veo, estaba agazapada y con la ropa blanca se camuflaba bien. Una aspirante viene corriendo hacia mí y de pronto noto algo en la garganta, justo sobre la ropa que me cubre. ¡No, mierda! Retiro la pluma con el aguijón que me ha disparado y enseguida noto cómo un fluido araña mis venas y se expande hacia mi cerebro y mi cuerpo. Emito un gorjeo y contemplo con los ojos muy abiertos a Rebeca Delta, que se retira la protección de la boca al llegar ante mí.

—Te crees muy lista, Anies —dice con aversión. A esas alturas el veneno está obstruyéndome la tráquea y empiezo a luchar por respirar—. Debería haber acabado contigo antes, así esto no habría ocurrido. No volverás a alejarme de él, es mío. Caiden es mío porque solo yo puedo ser la original. Las demás os podéis pudrir, sobre todo tú.

Suelta un escupitajo a mi lado antes de cruzar por mi costado cuando pierdo las fuerzas de mis piernas y aterrizo con las rodillas en la nieve. El oxígeno no entra a mi organismo; me estoy ahogando, el veneno actúa demasiado rápido. Empiezo a perder visión por los bordes de los ojos y a dejar de sentir los extremos de los dedos, pronto entraré en *shock* anafiláctico. Me lanzo hacia la mochila con torpeza. Cuando el aire no entra a los pulmones, el acto mecánico del organismo es centrar toda su atención en volver a respirar por todos los medios; por eso no soy capaz de actuar a pesar de que mi cerebro, todavía lúcido, ha detectado el olor de los ingredientes que Rebeca ha usado para intoxicarme. No sé cómo logro abrir la cremallera de la mochila, los botes de hierbas y las botellas de agua se desparraman por la nieve debido a mi nula coordinación. Estoy a punto de perder la conciencia y, si eso sucede, moriré. Tomo la jeringuilla de sedante y la vacío, luego trato de limpiarla con el agua de la botella, que se cae prácticamente toda sobre mí, pero elimino los restos que soy capaz y luego alcanzo los dos componentes fundamentales que servirán para contrarrestar el veneno, no sé ni cómo los mezclo con un poco de agua y bebo el preparado con la jeringuilla. No alcanzo a ver dónde me pincho, ni siquiera lo siento, ¿me he inyectado todo el contenido? No puedo saberlo. Solo siento la nieve bajo mi cuerpo. De modo que estoy tumbada, tengo los ojos cerrados y solo sé que todavía no respiro

cuando todo se vuelve negro.

* * *

Abro los ojos y aprecio la inmensidad azul del cielo entre motas heladas que rozan mis mejillas y mis pestañas. Oigo mis propios graznidos; estoy respirando. Respiro. Estoy viva. Dejo escapar un jadeo roto al intentar incorporarme; la nieve se ha posado sobre mí, tengo una capa de al menos cuatro dedos de grosor en mi pecho, mis piernas y mi cabeza; toso y me sostengo erguida, intentando situarme.

Dios, estoy viva.

Noto las extremidades raras por los restos de veneno que mi antídoto todavía está eliminando. No me puedo creer que detectase con tanta rapidez los elementos que Rebeca había usado para matarme y mi cabeza supiese inmediatamente qué ingredientes los anularían; me miro las manos, que ya han recuperado toda la sensibilidad, y muevo los dedos frente a mis ojos; definitivamente soy una desconocida dentro de mi propio cuerpo con unas habilidades que ignoraba que poseía. Siempre se me han dado bien la botánica y los hechizos, pero en casa nunca hemos usado el tipo de magia que estoy utilizando durante las pruebas. Sé que, con toda probabilidad, sufriría de hipotermia de no ser por mi hechizo para contener el calor en mi piel. Tomo insuflaciones de aire frío con ansiedad para llenar mi cuerpo de oxígeno; estoy tan agotada que sé que dormiría dos días seguidos, pero no puedo permitirme parar. Busco las botellas de agua (al menos una, la otra no la encuentro) y bebo despacio a pesar de que la sed me seca la garganta y trato de encontrar todas mis cosas y vaciar la mochila de nieve para cargar todo de nuevo a la espalda. Con la mirada puesta en la colina, recito un mantra que me dé fuerzas para caminar lo que sea necesario para llegar hasta Caiden. Ojalá alguna aspirante lo haya encontrado, me da igual si es Rebeca con tal de que esté a salvo.

Emito gemidos de esfuerzo cuando la ladera se vuelve más empinada y deja paso a zonas cóncavas que reviso con los ojos entrecerrados, porque el viento helado se vuelve cada vez más intenso conforme subo. ¿Cómo pretenden que lo encontremos sin referencias, sin mapas, sin siquiera un indicio? ¡Esto es enorme! Y cada tramo es idéntico al anterior. Las ganas de llorar me espolean por la extenuación, he estado al maldito borde de la muerte y no puedo descuidarme porque en cualquier esquina puede atacarme alguien. Necesito saber dónde está Caiden, necesito que esté bien, joder, y no solo porque la culpa corroe mis entrañas; no me molesta asimilar, entre tantas emociones, que finalmente siento algo por él. No sé a qué nivel ni si la situación intensifica mis sentimientos, pero no pienso negarme algo así en medio de tanto terror. El sentimiento es bonito, una llama agradable alimentada por las cosas que sé de él; tanto por los sueños como por la información de la caja. Y por nuestros encuentros fugaces. Quizá Caiden tiene el alma corrompida, pero no es oscura. Quizá haya asesinado con el fin de lograr sus propósitos, pero solo conocemos la versión de los fieles al aquelarre, nadie conoce su versión.

¿Esto es lo que hace el hechizo antiguo a las aspirantes a Deida? Porque me parece un proceso muy natural como para que sea magia atávica…

Me detengo de golpe al apreciar cómo una figura se mueve a unos metros por encima de mí; me agacho de inmediato para intentar ocultarme y observo con atención. Se trata de una aspirante y está… está intentando retirar nieve de la entrada a una gruta. No parece estar atenta a otra cosa que no sea quitar nieve con desesperación. Entonces se me acelera el pulso y ni siquiera me detengo a pensarlo: me levanto y acudo en su dirección. La identifico en cuanto me acerco un poco, es Raina, la chica preciosa, ágil y perfecta, que se detiene de forma abrupta al localizarme y lleva las manos hacia sus armas.

—¡Espera! Raina… —Le muestro las palmas de mis manos enguantadas—. Caiden. Caiden está ahí dentro, ¿verdad?

Ella me observa con vacilación.

—Yo lo he encontrado… —Puedo percibir cómo su mente sufre una batalla interna.

Por una parte, las aspirantes a Deida no colaboran, solo una puede rescatar al Catalizador, y el aquelarre cree que esa debe ser la original. Raina ha entrenado toda su vida para eso, es lo que más desea. Pero por otra parte ama a Caiden:

—Ayúdame a sacarlo de ahí —me pide, y sigue escarbando con energía.

Corro hacia ella e impongo toda la fuerza posible a mis manos y brazos para retirar la nieve de la boca de la cueva. Quizá un alud lo haya enterrado cuando quería cobijarse del frío. ¡Joder! ¿Cuánto tiempo llevará ahí dentro? Es extraño que ambas tengamos la certeza de que se encuentra ahí, es una intuición, una intuición que me susurra en el oído y hormiguea en la nuca.

—Hagamos un hechizo juntas —se me ocurre al comprobar, con desesperación, que nuestras manos no bastan ni son lo bastante rápidas.

Ella me ignora sin detenerse ni un segundo, sus jadeos son muy sonoros. Ya ha cedido bastante al pedirme ayuda, pero ¿colaborar? Le estoy pidiendo demasiado.

—Raina, escúchame, podemos retirar este tapón mucho más rápido, y lo sabes. Cada segundo es importante. Sé cómo hacerlo y, si lo hacemos juntas, quizá funcione con más fuerza.

Ella me dedica una mirada de reojo y se detiene con la respiración agitada.

—¿Cuál es tu idea?

Lanzo mi mochila al suelo y busco el tarro de sal ritualizada, ha estado bajo la influencia de una luna llena poderosa y se ha cocinado con esencia de lluvia.

—Frota tus manos con la sal y luego colócalas sobre la nieve, así. —Hago lo que le explico, y luego le cedo el tarro. Ella me mira con suspicacia, pero accede a mi petición—. Ahora recita conmigo: «Sal sagrada y llama de calor, derrite esta nieve o transfórmala en polvo». Repetiremos la frase tres veces, ¿lista?

Ni siquiera sé si funcionará. Si no lo hace, quizá Raina, que ya me guarda rencor como el resto de aspirantes, vuelque su frustración sobre mí. Ella asiente con la cabeza y cierra los ojos para

concentrarse.

—¡Sal sagrada y llama de calor, derrite esta nieve o transfórmala en polvo! —voceamos el hechizo tres veces y luego retiramos las manos.

Ella contempla la montaña de nieve inmóvil y luego desvía sus ojos hacia mí. Yo me coloco los guantes y comienzo a retirar nieve de nuevo… solo que esta vez es mucho más fácil y algunos trozos grandes se desparraman solos. Raina me observa con creciente emoción y me imita, las dos escarbamos y la nieve cae y se separa con facilidad hasta que se hace una obertura cada vez más grande.

—¡¡Caiden!! —lo llama, asomándose—. ¡¿Caiden?!

Raina se agacha y gatea por la obertura para adentrarse en la cueva; yo hago lo mismo tras ella.

La ligera luz que atraviesa el agujero que Raina y yo hemos hecho nos deja ver una figura desmadejada a la izquierda de la caverna; como había predicho, mantiene la espalda apoyada en la pared y las piernas estiradas.

El corazón me da un vuelco brusco.

—¡¡Caiden!! —Raina se agacha hacia él.

Mantiene los ojos cerrados, tiene hielo y nieve en las cejas, el cabello y la ropa y su rostro hermoso está desvaído a pesar de la rojez intensa de su nariz y sus mejillas, así como los labios morados.

—¿Respira? —exijo saber al tiempo que me lanzo de rodillas a su lado; la sola idea de que no lo haga me retuerce las tripas.

Raina emite gimoteos mientras le toma el pulso.

—¡Sí! Sí, me ha costado notar su pulso porque es muy débil…

—Busca tus utensilios médicos, corre. Mírale la pierna derecha, justo sobre su pie —le pido con urgencia, sabiendo que ella también fue premiada por curar con excelencia a su paciente en la primera prueba.

»Caiden, estamos aquí, aguanta un poco más, por favor —le ruego con habla suave mientras le abro la chaqueta y rajo su ropa por la zona del pecho con mi daga.

Abro el tarro con el ungüento que me ha sobrado del hechizo contra el frío y me unto bien los dedos antes de dibujarle la runa en su gélido pecho marmóreo, que apenas parece moverse. La dibujo dos veces mientras murmuro la frase que me ha funcionado tan bien antes y luego le cubro con su ropa rajada.

—Ha perdido mucha sangre… —me informa Raina con alarma, que ya está practicándole la cura—. Y, ¿cómo sabías…? ¿Le has visto la herida? No se veía bajo su pantalón.

Prefiero no contarle a Raina lo de mi sueño, podría sentirse amenazada y lo último que quiero es despertar la rivalidad entre nosotras en esta situación, de modo que hago como si estuviese demasiado atareada para responderle.

—Caiden, intenta tragar, ¿vale? Voy a darte agua… —Acerco con cuidado la botella a sus

labios y derramo un poco sobre su boca; él mueve los labios despacio—. Eso es, traga un poco.

Hace el amago de tragar y luego tose al atragantarse.

—Despacio…

Caiden exclama un gemido desvaído de dolor cuando Raina trata de limpiarle la herida. No ha abierto los ojos en ningún momento, solo los ha apretado al quejarse y ha vuelto a dejar caer la cabeza. Aguanto las ganas de abrazarlo, calentarle con mis manos, decirle que todo va a salir bien porque no voy a dejar que se muera en ninguna circunstancia, pero en vez de eso me dirijo hacia Raina.

—Sé cómo hacer que no le duela. Ven a darle calor, yo le he dibujado una runa pero no sé si es suficiente. Abrázalo, intenta que su cuerpo tome temperatura. —Nunca he sido líder en nada; de hecho, siempre me he dejado llevar. Pero con Caiden no puedo, me nace de dentro.

Además a ella le parece bien, se incorpora de inmediato y se quita capas de ropa para practicarse un hechizo a sí misma. No la miro, estoy haciendo la mezcla con nébeda, agua de manantial y turmalina en polvo para dibujarle la runa en la parte superior de su fea herida, ¿quién demonios le ha hecho eso? Está claro que alguien lo ha atacado para que no pudiese caminar en la nieve. Aprieto los dientes con rabia y, cuando me aseguro de que, al posar la gasa con solución salina sobre su lesión, Caiden no se queja, procedo a curarlo. Raina ha colocado una manta térmica sobre sus hombros y los de ella, y ha terminado de rajar la ropa de Caiden para introducirse bajo su chaqueta y así juntar sus pieles desnudas al abrazarlo. Él exhala jadeos de alivio en su inconsciencia mientras ella pronuncia en voz baja un hechizo.

Le coso después de haberle desinfectado bien; espero que funcione con la misma eficacia que con mi paciente de la primera prueba y mi método acelere su sanación. Sin embargo, una mancha roja oxidada se expande de forma alarmante a los lados bajo su pierna, no se puede determinar cuánta sangre ha perdido ni cuánto lleva en estado de hipotermia. Observo cómo Raina se aferra a su cuerpo con devoción y cómo él deja caer la cabeza sobre la suya. Caiden está recuperando un color más saludable por el calor. El pecho se me expande.

—Tenemos que sacarlo de aquí —digo, recogiendo todos mis utensilios.

Luego me incorporo para ir hacia la entrada y dar patadas a la nieve que todavía se acumula; la retiro con una facilidad gratificante hasta dejar libre un gran hueco por el que quepamos los tres.

—Colócate a su otro costado mientras recojo mis cosas —me pide ella.

Obedezco y me arrodillo frente a Caiden cuando ella se aleja de él; paso una mano tras su espalda, bajo su brazo, y trato de aferrarlo de la cintura; mi cara queda justo bajo su bello rostro, me dan ganas de retirarle la nieve de su cabello, de acariciarlo y de llorar; ahora solo puedo ver a ese chico sonriente de la foto. La impotencia y un cariño abrumador me asolan.

—Bien, sincronicémonos para levantarlo —propone Raina, de nuevo con su chaqueta y su mochila puestas.

—Vale… ¡ahora! —Ambas ejercemos fuerza con nuestros hombros para incorporar a Caiden.

Pesa muchísimo; en fin, mide más de un metro noventa, ¿qué esperábamos?

Logramos ponernos en pie con su peso muerto sobre nosotras, emitimos sonidos de esfuerzo mientras intentamos caminar con él a cuestas. Parece que hace algo de fuerza con su pierna buena y jadea de vez en cuando, eso es lo que nos permite poder avanzar. Y las dos nos detenemos de forma abrupta cuando avistamos una silueta moverse a unos metros bajo la ladera.

—Es un chico, podría ayudarnos… —digo.

Los aspirantes masculinos poseen una complexión fuerte, supongo que por el hecho de que deben entrenar desde niños.

—Es una aspirante, también podría matarnos y llevarse él solo a Caiden hasta el poste —replica ella.

—Quedan al menos cuatro horas andando hasta ese poste, Raina —le recuerdo—. Y Caiden está muy débil… no nos queda más remedio que arriesgarnos, ¿tienes a mano tus armas?

Ella guarda silencio unos instantes, dubitativa.

—Sí…

—Si nos ataca, tendremos que defendernos. Si no… llevará a Caiden a salvo hasta el poste.

Raina suspira y luego asiente con la cabeza, resignada.

—¡Hola! ¡Eh, aquí! —grito; no puedo levantar los brazos para llamarlo porque utilizo todas mis extremidades para sujetar a Caiden—. ¡Ayuda!

El chico me oye y lo vemos tomar velocidad hacia nosotras. Las dos encogemos el estómago y nos preparamos para cualquier cosa. Distinguimos a Roman Kassi cuando está lo suficientemente cerca y, de alguna manera, me tranquilizo; Roman no es mala persona, lo sé.

—¡¡Oh, joder!! ¡Menos mal! —vocea con la vista fija en Caiden; su voz denota un sufrimiento derivado del amor.

Las ganas de llorar me espolean de nuevo y trago saliva con fuerza cuando Roman me aparta a un lado para suplantarme con cuidado, ampara a Caiden con un cariño devocional y, con Raina todavía a su otro costado, comienzan a avanzar con mucha más ligereza; claro, Roman mide casi lo mismo que Caiden y posee incluso una espalda más ancha. El alivio no ayuda a que mis lágrimas se queden encerradas, me aprieto los ojos con fuerza y avanzo frente a ellos para vigilar el perímetro.

—¿Cuál es su estado? ¿Dónde lo habéis encontrado? —pregunta él.

—No lo sabemos con certeza, ha perdido mucha sangre y no termina de entrar en calor a pesar de los hechizos —le explico—. Estaba atrapado en una gruta, no podemos saber cuánto tiempo llevaba allí.

—Mierda… Joder —despotrica Roman; sé que querría maldecir al aquelarre, pero es fiel a ellos, no puede decir nada en contra de sus creencias aunque esto se salga de toda su comprensión.

—Si nos ven llegar a los tres con el Catalizador hasta el poste nos van a castigar, lo sabéis,

¿verdad? —comenta Raina.

Claro que lo sabemos, nos restarán puntos del contador, seguro.

—Lo que importa es que les llevemos a Caiden con vida, ¿no? Si no colaboramos, no sé cómo demonios creen que podemos conseguirlo, ¿tenían pensado que una de nosotras lo arrastrase varios kilómetros por la nieve en su estado? —Sé que debería callarme mi repulsa, sé que mis palabras podrían causarles rechazo, pero no pueden negar que cada una de ellas son la pura verdad.

Por eso ninguno replica.

—No deberías haberle ayudado a escapar… —dice Raina con menor ira de la que esperaba.

—Yo no he sido quien lo ha traído aquí —me defiendo—. Respeto vuestra fe en el aquelarre, pero sin duda no la comparto. Mi familia está desvinculada, pero yo no sabía nada de todo eso; ahora puedo entender por qué… Su crueldad puede rozar lo demente. Es su propio hijo.

—La Proclama de la Deida es sagrada… —apunta ella.

—Y todas debemos morir o servirles para siempre si no somos la original, como si solo por nacer aspirante a Deida estuviésemos condenadas. ¿Quién impone esas normas? ¿Por qué debemos morir? ¿Tenéis la respuesta? Me gustaría entenderlo.

Ninguno de los dos responde a mi pregunta. Se limitan a avanzar concentrados en no caer y mantener al Catalizador bien sujeto.

—Como bien has dicho, has nacido en el seno de una familia desvinculada. Las demás hemos mamado la veneración al aquelarre y hemos sido instruidas sin opciones; por supuesto, es lo único que hemos conocido y yo estaba deseando que se celebrase la Proclama —nos cuenta Roman—. Es un honor para mí pertenecer a esto porque con gusto evitaría que nuestras familias ardiesen como nuestros antepasados. Y sería para mí un honor ser la Deida de Caiden Vulgaris. Pero no tenía idea de lo lejos que pueden ir. Esto… no lo entiendo.

Miro a Roman con complicidad y me coloco al lado de Raina para suplirla; ella suspira y accede, dejándome el peso izquierdo de Caiden en el hombro. Él gime y hace el amago de entreabrir los ojos, incluso juraría que gira un poco su cabeza en mi dirección, pero no recupera del todo la conciencia.

—Debemos ir hacia allí —nos indica Raina mirando la brújula.

Los tres oímos el característico sonido de un dron sobrevolar nuestras cabezas; nos están observando. Y continúan haciéndolo el rato eterno en el que atravesamos el espeso manto blanco e implacable. Raina y yo hacemos el relevo dos veces más hasta que, por fin, vemos el dichoso poste a lo lejos. Es Raina quien se adelanta dos pasos frente a nosotros y pulsa el botón rojo.

—Eira, no intentes ayudarlo a huir de nuevo; la próxima vez te las tendrás que ver conmigo —me advierte ella.

—Lo sé, gracias por no intentar matarme hoy. Gracias a los dos.

—¿Quién te crees que soy? No soy un asesino. —Roman no se ofende, solo nos informa.

—Tengo entendido que el aquelarre había dado carta blanca a que nos matásemos entre nosotras —les digo—. Al fin y al cabo, es lo que ocurrirá en la fase final.

Ellos guardan silencio, claro que lo saben.

—Una cosa es carta blanca y otra muy distinta es que queramos hacerlo —dice Raina esta vez —. Yo tengo mis propias técnicas.

—Entonces tened cuidado con Rebeca Delta, si no llego a ser rápida administrándome un antídoto, ahora estaría muerta. Iba armada con dardos envenenados.

Ambos me observan con gestos graves y entonces empiezan a oírse las hélices en la distancia. Después de todo, voy a devolver a Caiden a su celda, lo aprieto contra mí como para pedirle disculpas mientras vemos cómo un par de helicópteros aterrizan ante nosotros.

Es extraño, pero, cuando dos brujos bajan con una camilla para llevárselo, tengo el instinto de impedirlo. Es como si lo estuviésemos dejando regresar al lado de las personas que más daño le causan. Observo con pena y dolor cómo lo tumban y lo atan a la camilla por seguridad para meterlo en el transporte. Apenas oigo al piloto cuando nos habla, pero entiendo que nos pide que subamos al otro helicóptero cuando Raina y Roman se mueven hacia allí.

Ninguno de los tres vuelve a hablar de camino al Templo y entiendo que, a partir de ahora, volvemos a ser aspirantes que evitarán cualquier tipo de relación.

17
Eira

«Es una mierda cuando, por primera vez en tu maldita vida,
sientes algo tan fuerte que amenaza con partirte en dos
pero resulta que la otra persona está manipulada
por un hechizo ancestral y está destinada a hundirte.
¿Cómo se sobrevive a eso? No se puede, joder.»

Mandamientos para sobrevivir, por CAIDEN VULGARIS

El helicóptero que lleva a Caiden no aterriza en la azotea del edificio principal del Templo como el resto. Aunque el cielo se ha oscurecido y este espacio no tiene luz, puedo distinguir las marcas del resto de los helicópteros y ninguno es el suyo. Me tenso al descubrirlo y sigo al resto de las aspirantes a Deida, que obedecen las indicaciones de la mujer del vestido bonito, quien nos reclama desde la puerta. ¿Somos menos? Juraría que no estamos todas. Cuando miro hacia mis flancos para contarnos, me topo con los ojos inyectados en ira y sorpresa de Rebeca Delta, y no le aparto la mirada, sino que se la devuelvo desafiante; no quiero que crea que le tengo miedo, es lo último que me conviene, aunque jamás habría querido ganarme una enemiga.

Bajamos las escaleras en silencio y sincronía, como de costumbre, de nuevo hacia el majestuoso salón donde el aquelarre vuelve a ocupar sus tronos. Aprieto los puños con rabia a mis lados con la vista fija en los padres de Caiden.

—Bienvenidas de nuevo, aspirantes. —Calíope se incorpora con parsimonia; su gesto es mucho más relajado que el de esta mañana—. Nos complace anunciar que vuestra misión ha sido satisfactoria y que el Catalizador se encuentra de camino a la enfermería con un pronóstico positivo. Requerirá cuidados y atenciones los próximos días, pero se recuperará.

Algunas aspirantes (menos Raina, Roman y yo) emiten sonidos de alivio, se llevan las manos al pecho e incluso alguna se restaña las lágrimas. Diez. Somos diez, faltan dos personas en este grupo.

—Sin embargo, lamentamos que os hayáis saltado las normas y hayáis colaborado en esta prueba crucial. La Deida original no podrá tener ayuda de nadie cuando se enfrente al Catalizador y a quien se ponga por delante en el momento en que ocurra la profecía —adopta una voz severa y disgustada—. Raina Elisabet, Roman Kassi y Eira Anies, se restarán cien

puntos a vuestro contador por desobedecer las leyes sagradas de la Proclama.

Aprieto con los dedos la muñeca donde tengo el contador y rechino los dientes; decido no mirar hacia las demás. Clavo la vista en la familia de Caiden y en el gesto de Idris: puedo apreciar que ella se ha enterado de que su hermano está vivo al mismo tiempo que el resto de aspirantes; parece agotada, le han salido ojeras en su bonita tez nívea.

—Sin embargo, sois las mismas que habéis encontrado al Catalizador y lo habéis puesto a salvo y las normas también indican que un acto que beneficie el proceso de la Proclama debe ser recompensado, por eso se sumarán doscientos puntos a vuestro contador.

Eso sí que no me lo esperaba. Noto alteración entre las demás, pero continúo sin mirarlas.

—Madre, disculpe que intervenga. Eira Anies fue cómplice de Caiden en su huida, de modo que, en parte, provocó esta situación; ¿es lícito recompensarla? —Me envaro cuando Aegon me nombra.

Ha verbalizado lo que la mayoría en esa sala está pensando.

—Eira Anies ha sobrevivido a esta prueba extraoficial a pesar de que su vida estaba claramente amenazada. De hecho, querido hijo, hemos sido testigos de cómo se ha levantado después de que la creyéramos muerta. Por supuesto que se merece ser recompensada; ha superado la prueba con éxito bajo las mismas condiciones que el resto.

Nadie aporta nada más tras las palabras de Calíope. Y yo tengo que esforzarme para que no me tiemblen las piernas y las manos; no sé si por enfado, por agotamiento o por un conjunto de todo.

—Os revelaré la razón de por qué el hechizo antiguo funciona solo si el Catalizador vive: su muerte sería como cortar una planta por el tallo. La planta más importante, sí, pero la raíz seguiría ahí, las hierbas que lo rodean seguirían ahí; porque el Catalizador nunca actúa solo, tiene una influencia enorme. Y lo más probable es que su muerte desatase el caos y fuese del todo imposible detener la profecía —nos anuncia con cierto tono de satisfacción.

La contemplo, incapaz de comprenderla. Caiden ha estado al borde de la muerte, han puesto todo en peligro solo por castigarlo.

—Ahora requeriremos los servicios de las cuatro aspirantes que curaron a sus pacientes de la primera prueba de la Proclama con suma excelencia. Por favor, aspirantes, dad un paso al frente.

Parpadeo y observo cómo Raina, Roman y la otra chica, Enola, creo recordar, avanzan a petición de Calíope. Yo me abro paso con cautela para situarme al lado de Roman. Oigo siseos de disgusto a mis espaldas.

—Sois las mejores aspirantes en el campo de la sanación, por eso os encomendamos la sagrada labor de atender al Catalizador para que se recupere lo antes posible y así poder retomar las pruebas de la Proclama a la mayor brevedad. Ya hemos perdido demasiado tiempo, confiamos en que vuestras habilidades sanen a Caiden rápidamente. Vuestros mentores os informarán de vuestros horarios de guardia; os turnaréis para atenderlo en cuanto abandonéis la sala. Eso es todo, aspirantes, retiraos a descansar.

* * *

Me importa poco que me tachen de débil: en cuanto veo a Enzo al salir del edificio principal del Templo, corro hacia él y abrazo su enorme cuerpo con ímpetu. Agradezco mucho que me devuelva el abrazo y me deje quedarme pegada a su pecho el tiempo que necesito.

—Estoy orgulloso de ti, chiquilla —murmura.

Reprimo de nuevo las ganas de llorar y luego me acompaña sin soltarme hacia el edificio de las aspirantes a Deida.

Enzo reniega cuando estamos en mi dormitorio al confirmarle que no me he acordado de comer. Entonces me pide que me asee mientras él va a por la cena y que ni se me ocurra dormirme sin habérmela comido antes. Ya en la ducha, por fin dejo escapar el llanto que he contenido durante todo el día y paso los dedos por mi garganta, el lugar donde Rebeca me ha inyectado el veneno. El calor del agua es tan reconfortante para mis extremidades que acentúa mis lágrimas, que se derraman sin parar entre gimoteos ahogados. Lloro porque he estado a punto de morir. Lloro de impotencia, de rabia, de tristeza, por él, por Caiden; su madre nos ha pedido que lo curemos a la mayor brevedad para retomar la celebración de la Proclama… ¿Acaso se habrá preocupado verdaderamente por él en algún momento? ¿O bajo su piel solo hay escarcha y vacío, como bien aparenta? Lloro porque la fase final es inevitable y, aunque Raina y Roman digan que no son unos asesinos, cualquiera puede transformarse en uno si se trata de sobrevivir y lograr aquello que más desea.

He estado más de diez horas perdida en la nieve y cuando cierro los ojos todavía lo veo todo blanco. También veo el hermoso rostro de Caiden helado, sus mejillas arañadas por el frío, sus párpados tintados de púrpura… Ojalá sea la primera en hacer guardia en la enfermería. Soy consciente de que este sentimiento de urgencia y anhelo no predominaba en mí antes de que los Vulgaris decidiesen mandarlo a morir a los Alpes. Solo conozco un poco de su vida, no sé quién es en realidad ni por qué se dice que es oscuro y que provocará la muerte de miles de brujas, pero, de alguna forma, siento que lo conozco.

Me como las gyozas de pollo y la sopa caliente con más hambre de la que creía tener y luego devoro los trozos de sandía ante la mirada de mi mentor.

—Te han envenenado —musita cuando estoy acabando.

Miro a Enzo y asiento con el gesto despacio.

—Y sigues aquí.

—Sigo aquí —murmuro.

—Eira, eres de las pocas aspirantes que no han sufrido hipotermia. Eres de las pocas que han sido atacadas y no ha muerto. Eres de las pocas que han rescatado a Caiden. ¿Te das cuenta de que siempre estás en los mejores grupos?

—Han matado a dos —digo con horror.

Enzo parpadea lento y suspira.

—Eres de las pocas que llora a sus rivales sin siquiera conocerlas —termina con un tono de voz fervoroso—. Bendito sea el día que tu padre vino a mi casa a pedirme que fuese tu mentor. Eres extraordinaria, Eira Anies, quiero que lo tengas claro.

Lo que dice me llena tanto el corazón que me esfuerzo por tragar la fruta y aguantar las lágrimas.

—Gracias… por decirme esto.

—Es la pura verdad, chiquilla. No he conocido bruja tan intuitiva y perspicaz. No has sido instruida, ¡por Dios! Tu talento es innato, eres natural y humana. —Enzo me acaricia la cabeza con su enorme mano—. Ahora soy yo quien tiene que ponerse las pilas para estar a la altura, ¿eh?

Le sonrío con ganas.

—Soy afortunada de que seas mi mentor —le digo con total sinceridad.

Él esboza una sonrisa paternal y siento un repentino pinchazo de añoranza por mis padres.

—Descansa. Como el día ha sido tan duro, os turnaréis cada cuatro horas para que todas podáis dormir un poco. A partir de mañana los turnos serán más largos. Vendré a despertarte en cinco horas. Procura dormir las cinco, ¿de acuerdo?

No tengo que esforzarme mucho para hacer caso a su petición: en cuanto él se marcha y me meto en la cama, estoy tan agotada que me duermo en unos instantes.

De hecho, apenas me parece que he dormido varios segundos cuando me despierta el sonido de sus nudillos llamando a la puerta. Me incorporo con un gemido de sueño y dolor general y acudo a abrirla dando tumbos.

—Lo sé, debes estar exhausta, pero…

—Estoy bien, me arreglo en dos minutos —le interrumpo, yendo hacia el baño para lavarme los dientes.

Me muero de cansancio, pero necesito ver a Caiden. Me visto con mi ropa de casa y Enzo me da una bata que debo ponerme para actuar de sanadora antes de salir. Es raro caminar por los jardines antes del amanecer sin otras aspirantes alrededor, pero lo cierto es que lo agradezco. Enzo me acompaña al interior del edificio principal y me guía hacia un pasillo por el que nunca antes hemos pasado; un par de centinelas custodian la puerta en la que mi mentor se detiene. También hay otro hombre esperando a una distancia prudente, me parece reconocer al mentor de Roman.

—Vendré a por ti antes del mediodía —me anuncia justo antes de que uno de los centinelas me abra la puerta.

En efecto, Roman viene hacia mí desde la cama en la que intuyo que está Caiden y, para mi sorpresa, me dedica un débil saludo con la cabeza y una sutil expresión cómplice que le devuelvo enseguida antes de que hable:

—Tenemos que informar del estado del Catalizador al siguiente en suplirnos —me explica para que entienda por qué se dirige a mí (tenemos cámaras vigilándonos, por supuesto)—. Su cuerpo se está recuperando de una hipotermia severa, deshidratación y una gran pérdida de sangre. Ha recibido una transfusión que ha mejorado mucho su estado y la herida de su pierna sana con efectividad aunque había principios de infección que se han podido detectar en los análisis. Fuiste tú la que lo cosió, ¿verdad? Buen trabajo.

—Gracias —murmuro, abrumada.

—Despertó al poco de recibir la transfusión de sangre, pero no quiso comer, solo se aseó y tuve que ser más persuasivo de lo habitual para que regresase a la cama. Todavía necesita muchos cuidados. El gotero le proporciona todo lo que su cuerpo necesita, de momento. Si vuelve a despertar, intenta que coma, ¿de acuerdo?

—Entendido —digo.

Él se despide con un gesto de la cabeza y cruza por mi lado para marcharse y cerrar tras de sí. Inspiro profundo y detecto ciertas partículas de su característico perfume antes de caminar hacia su cama; su bonito rostro se ve mucho más saludable. Está conectado a la máquina que mide sus constantes y a un gotero que reviso de cerca para comprobar si está todo en orden.

Luego localizo el carrito de estantes con tarros de hierbas y esencias y me pongo a revisarlas; haré una mezcla que alivie su dolor de articulaciones; haber estado tantas horas rígido por el frío y con la piel expuesta a temperaturas heladas debe haberle dejado el cuerpo extenuado. Machaco bien las hierbas, aplico las esencias y me unto los dedos para dibujarle runas; la primera se la hago en el brazo. Lleva una bata típica de hospital, así que me es fácil retirarle la tela con cuidado y aplicarle la mezcla susurrando un hechizo; también se las hago en las piernas y en el cuello.

—Siento mucho esto, Caiden —murmuro—. Si hubiese sabido lo que ocurriría, nunca te habría practicado ese hechizo.

Caiden no responde, claro. Me siento en la butaca que han colocado a su lado para las aspirantes a Deida y aguardo hasta que se hace la hora del relevo. Casi me caigo del sueño en un par de ocasiones, pero la mayor parte del tiempo he observado cómo su pecho sube y baja, la cadencia de su respiración, las suaves ondulaciones de su cabello, que brilla por el sol radiante que se cuela por el enorme ventanal.

—Si despierta, intenta que coma, ¿vale? —termino de explicarle todo a Enola, la siguiente en suplirme, y ella asiente, ansiosa por estar con él.

Procuro descansar el tiempo que tenemos libre. De hecho, en cuanto Enzo vuelve a acompañarme a mi habitación, me quedo dormida con la ropa puesta.

Mi siguiente turno es por la noche, a las dos de la madrugada, y para cuando se hace la hora ya he recuperado horas de sueño y me siento con la suficiente energía como para cuidar de Caiden sin tener que luchar por mantenerme activa.

Roman vuelve a explicarme su estado actual: ha mejorado notablemente desde esta mañana y ha comido algo, pero no aguanta demasiado tiempo despierto porque continúa arrastrando demasiadas secuelas. Decido practicarle las mismas runas para que no sienta dolor y su descanso sea más reparador, le cambio el gotero, que ya se estaba vaciando, y le reviso la herida de la pierna, que se cura de forma sorprendentemente rápida.

Estoy sentada en la butaca y casi ha amanecido cuando de repente las puertas del dormitorio se abren sin avisar y Calíope Vulgaris aparece tras ellas.

—Buenos días, aspirante, infórmame del estado del Catalizador. —Se aproxima sin pausa hacia Caiden y mi instinto me impele a rodear la cama para colocarme entre ella y su hijo.

Calíope se detiene al comprobar lo que hago; estoy protegiendo a Caiden de quien le provocó ese estado. No pienso dejar que lo toque.

Ella me observa con curiosidad y ligera satisfacción.

—Está vivo y no gracias a usted —murmuro, rechinando los dientes.

—Me consta que estáis haciendo un gran trabajo, sí —responde con su característica soberbia —. Esta reacción tuya es natural, Eira Anies, pero el Catalizador es mi hijo, no voy a hacerle daño.

Expulso aire por la nariz, me ha nacido de dentro. Ella arquea una ceja perfecta.

—Está bien, sus constantes son estables y está sanando rápido —le respondo con frialdad.

—¿Y por qué duerme tanto? Debería estar despierto ya.

La miro con el ceño arrugado; admito que no escondo mi aversión y ella debe verlo, seguro.

—Estuvo al borde de la muerte —casi le grito, me he contenido como he podido—. No le puede pedir más a su cuerpo. Ha sido lo suficientemente fuerte como para seguir con vida después de tantas horas sepultado en la nieve y desangrándose.

—La Proclama no puede retrasarse más, deberéis trabajar más duro y practicarle algún hechizo para que aguante despierto.

El estómago se me retuerce ante el desafecto y el hielo de su actitud.

—¿Cómo puede dormir tranquila sabiendo que casi mata a su propio hijo?

Calíope parpadea con cierta sorpresa ante mi atrevida pregunta.

—Todavía no comprendes la importancia de lo que hacemos aquí, ¿verdad?

—No se equivoque, la comprendo. Lo que no entiendo es la crueldad retorcida que emplean; eso solo es decisión vuestra, no proviene de ningún hechizo ancestral ni de la profecía.

Calíope va a responderme, pero entonces oímos sonidos a mi espalda. Noto su mano en mi brazo y se me dispara el pulso; Caiden está intentando incorporarse entre jadeos contenidos. Se acaba de quitar el gotero y la vía que nos permitía saber sus constantes y por eso el monitor pita de forma incesante tras la ausencia de pulso.

—Espera, espera —le digo con un cariño que no quería hacer tan evidente, pero me sale sin permiso cuando me giro hacia él y coloco las manos en sus hombros; es notorio que le cuesta

mucho intentar erguirse, y sé que lo hace porque está allí su madre.

—Eira, voy a levantarme —me dice con voz ronca y desvaída—. No quiero estar postrado ante ella.

Asiento y me pongo a su lado para ayudarlo a incorporarse, él me agarra de la espalda cuando arrastra las piernas fuera del colchón con menos rapidez de la que le gustaría. Nuestras caras quedan casi pegadas cuando hago fuerza para impulsarlo hacia arriba y Caiden emite un gemido hondo contra mi boca cuando consigue ponerse en pie. Me suelta en cuanto se estabiliza y luego cuadra los hombros e inspira profundo por la nariz.

—Ya estoy despierto, madre, es lo que quería, ¿no? —Me aparto para que pueda dirigirse a ella, pero sin separarme mucho de él—. Puede decirles a mi padre y a mis hermanos que vuestra dichosa Proclama se retoma hoy mismo. Cuanto antes se acabe, mejor.

—Eso es lo que quería oír —responde ella con anuencia—. Te daremos un par de horas para que termines de reponerte, te asees y te vistas. Te esperamos en la sala principal a las diez para retomar la segunda fase de la cuarta prueba.

Calíope se gira con elegancia para salir con premura de la habitación.

—Madre —la llama él con voz prominente. Ella se detiene en el vano de la puerta sin girarse del todo—. Respetad mi única condición.

Caiden señala las cámaras de vigilancia de las esquinas superiores de la sala.

—¿Crees que estás en el derecho de pedirnos que respetemos tus peticiones? —replica.

—Sin duda —dice desafiante; su ira contenida es evidente.

Ella hace un mohín de disgusto, pero asiente.

—Sé que eres lo suficientemente inteligente como para no repetir algo como lo que ha ocurrido. Dejaremos tu intimidad fuera de las pruebas, como pediste. Espero que también cumplas tu parte.

Luego Calíope sale y cierra tras de sí. Entonces Caiden deja escapar un jadeo y cierra los ojos, parece como si fuera a desplomarse de un momento a otro. Aferro sus costillas con los dos brazos y él me toma de los hombros con las manos para sujetarse cuando vuelve a sentarse en la cama, su pierna derecha está entre mis dos piernas y su aliento irregular choca contra mi cuello.

—Te ayudaré a tumbarte…

—No quiero tumbarme, Eira —susurra, todavía pegado a mí.

—Vale. ¿Te… te duele algo?

Caiden emite un suspiro profundo y luego abarca mi cintura con sus brazos desnudos y me aprieta contra sí.

Se me detiene el corazón.

El maldito mundo se reduce al tacto de sus brazos, de su cara hundida en mi pecho. Ni siquiera soy capaz de moverme o respirar; de pronto emito un jadeo y tomo aire mientras asimilo despacio que Caiden me está estrechando contra él. Elevo las manos despacio y me tiemblan un

poco cuando las llevo a su pelo y lo acaricio antes de abrazarlo de vuelta. Nos quedamos así más rato del que mi corazón sabe soportar.

Luego Caiden me suelta y, con gemidos de esfuerzo, se desplaza hacia atrás hasta que su espalda topa con el cabecero de la cama.

—Oí tu voz… Tu olor dulzón estaba por todas partes. —Esboza una débil sonrisa mientras yo me desintegro—. Fuiste tú quien me encontró en la nieve.

—Fuimos… fuimos Raina y yo —digo, apenas me sale la voz.

Él frunce el ceño y me observa con confusión.

—Solo te sentí a ti —musita con deje ronco.

Creo que no puedo aguantar eso que me dice. Dios, me flojean las piernas.

—Pues… ella, ella también estuvo. Y luego Roman nos ayudó a llevarte hasta el poste —le explico.

Caiden asiente con la cabeza y se lame el labio inferior reseco. Aguanto la respiración en la garganta porque, aunque esté enfermo y tenga ojeras, es la persona más atractiva que he conocido.

—Voy a… voy a intentar hacerte algún hechizo para que recuperes fuerzas y es conveniente que comas algo —digo de forma atropellada, yendo hacia el carrito de utensilios.

—Eira, detente unos segundos. No pasa nada porque dejes de atenderme, estoy bien —habla de forma calmada—. Y no te sientas culpable, sé cómo es esa sensación y puedo verla en tus ojos. Esto no ha sido culpa tuya.

Aprieto los botes de hierbas entre las manos y me giro hacia él con el pecho en un puño.

—Deshice el hechizo, te encontraron porque lo deshice.

—Lo sé —dice en un deje de voz suave—. Lo sentí.

Trato de relajar mi corazón desaforado.

—Y también sé cómo es mi familia, Eira; no necesito explicaciones para saber por qué te viste obligada a revertir el hechizo. —Caiden vuelve a erguirse con un quejido para incorporarse.

Esta vez no soy lo bastante rápida para llegar a tiempo a ayudarlo; cuando lo alcanzo, él ya está de pie. Y entonces lleva la mano a mi cuello sin previo aviso y acaricia con el pulgar mi garganta. Mi cerebro colapsa y tarda en caer en la cuenta de que está rozando el moratón que me dejó el dardo envenenado de Rebeca Delta.

—Tú también fuiste castigada… —susurra, y aprecio cómo aprieta la mandíbula.

No puedo hablar, sigue acariciándome con suavidad el cuello.

—Caiden, te cuesta mantenerte en pie, déjame que prepare una mezcla. —¿Se ha notado la alteración en mi voz? Espero que no, porque he intentado esconderla.

—Alguien te envenenó y sigues viva —murmura, haciéndome caso omiso.

—Soy buena mezclando plantas, por eso insisto en… —Se me atascan las palabras cuando Caiden da un paso hacia mí y sostiene su equilibrio presionando la mano contra mi cadera.

Su aliento impacta contra mi mejilla, huele demasiado bien.

—Ayúdame a encontrar mi ropa, chica de las flores. —Su voz masculina contra mi piel hace que se me erice el cuerpo entero.

Caiden cruza por mi lado para acudir al armario mientras yo intento reponerme y asimilar esta nueva actitud suya; me acaba de llamar de la misma manera que cuando me ayudó a escalar a mi ventana. Claro, se supone que no hay nadie vigilándonos por las cámaras, ese es el acuerdo al que se refería cuando hablaba con su madre. Nadie nos ve y él puede actuar sin ocultar nada.

—Tu ropa limpia está doblada sobre la silla —le informo en el momento en que él abre el armario vacío.

Es imposible que alguien esté sexi con esa bata fina de hospital blanca, pero sin duda… Joder, sin duda él lo está. Cojea cuando vuelve hacia mí con una ligera expresión de buen humor en la cara. De verdad, ¿qué demonios me pasa? ¿Es el maldito hechizo antiguo?

—No me importa que mires, pero te aviso por si te sientes incómoda: voy a desnudarme. A no ser que fueses tú la que me quitó la ropa y me puso este trapo…

—No fui yo —respondo enseguida, girando sobre mis talones para darle la espalda con la sangre estrellándose con una fuerza casi dolorosa en mi cara.

Emite jadeos de dolor detrás de mí mientras se desviste.

—Caiden… déjame que te ayude —le vuelvo a pedir sin girarme.

—Ven a ayudarme, no te he dicho que no puedas venir —responde con una calma alucinante.

El pulso va a hacerme un boquete en las costillas a este paso.

—Avísame cuando ya vayas un poco vestido…

—¿Un poco? ¿Qué significa un poco? —¿Noto diversión en su voz? ¿Se está riendo de mí?

—Pues… algo como lo que llevabas en la última prueba —respondo, sofocada.

—Vale, entonces imagino que esto te parecerá bien —dice.

Aguardo un poco porque no sé qué significa lo que ha dicho.

—Eira… —me llama con la voz ronca.

Cierro los ojos unos instantes en respuesta y luego me giro despacio; Caiden se está abrochando los pantalones negros, tiene el torso descubierto y los pies descalzos. Me acerco y cruzo a su espalda para tomar el tarro del ungüento preparado contra el dolor.

—Estate quieto —le pido.

No dice nada, me deja que acerque los dedos a su espalda y empiece a dibujarle la runa con el dedo índice. Luego dejo de respirar para acudir delante de él y evito mirarlo a la cara antes de aproximar de nuevo el dedo a su pecho. Caiden aguarda muy quieto, noto sus ojos penetrantes sobre mí como en la última prueba. Por alguna razón estúpida, levanto la vista y me encuentro con su mirada, que rebosa una intensidad que me quita el aliento.

—Dejarás de mirarme así cuando salgas de la prueba de mañana —dice con un deje de voz suave—. Vas a ver quién soy. Quizá te horrorice o quizá el hechizo antiguo sea más fuerte y no

dejes de sentir esto que crees que sientes.

—¿Y qué crees que siento? —digo despacio.

Caiden esboza una sonrisa débil y amarga. Luego alza la mano para acariciarme la base del cuello con los dedos. Yo contengo un jadeo con esfuerzo.

—Esto —musita.

Frunzo el ceño un poco.

—¿Por qué actúas diferente conmigo hoy? —le pregunto, por fin.

Él amplía su sonrisa triste y mira hacia un lado.

—¿En qué crees que soy diferente, chica de las flores?

No me gusta corroborar que tiene razón, pero su comportamiento y su manera de tocarme y llamarme me nublan el juicio de forma que nunca había sentido.

—No me conoces. ¿Y si soy ese asesino que decías que soy? Solo por ser aspirante no podrás evitar todo esto. —Caiden aprieta los labios contra mi frente y yo apoyo las manos contra su abdomen; él encoge el estómago ante mi tacto y luego las retira despacio con las suyas—. Pero lucha hasta el final, Eira. Tal vez… pueda hacer que el aquelarre libere a las aspirantes a Deida condenadas a servirles.

Arrugo el gesto y me aparto un poco de él.

—No entiendo…

Él aprieta la mandíbula.

—El hechizo antiguo dicta que el Catalizador siente debilidad por su Deida y no creo que tú lo seas.

El mundo se me viene encima y noto que la desilusión (¿en qué momento ha sido ilusión?) daña el ritmo natural de mi sangre. No puedo creer que haya dicho eso.

—Aunque ya sepas que no lo soy… aunque ya lo sepas, debo participar en las pruebas igualmente —le digo. ¿Estoy a la defensiva?

Madre mía, sueno como una mujer despechada.

—Quizá pueda impedir que se celebre la prueba final, así evitaría muchas muertes. De hecho, me lo he propuesto, visto que no puedo hacer otra cosa —dice, enfadado.

—Bien, eso está… bien —digo mientras recojo los utensilios que he usado con más rapidez de la necesaria—. Entonces admites que no solo tratabas de escapar por motivos egoístas.

—Yo no he dicho eso… Pero nunca me ha parecido bien que mueran personas inocentes.

—Eres un nudo de contradicciones, Caiden —protesto.

—Me lo dicen a menudo…

Termino de colocar los tarros en su sitio sin volver a dirigirle la mirada.

—Eira… —Caiden me toma del brazo y yo quiero apartarlo y al mismo tiempo necesito que me toque. Joder, ¿en qué momento esto se me ha ido de las manos?—. No es real, lo que crees que sientes… no es verdad.

—¿Qué importa? —replico.

Él suspira de forma pesada y luego emite un breve gemido débil al colocarse la camisa.

—Supongo que no importa —murmura—. Y gracias, casi no duele.

—¿Puedo marcharme ya? Se ha acabado mi turno y por lo visto Enola no va a venir a suplirme.

—Yo no te retengo contra tu voluntad, Eira —dice y parece… ¿dolido?

—Vale…

Me observa de soslayo mientras se abrocha los botones y yo agacho la cabeza y enfilo hacia la puerta a paso ágil si mirar atrás aunque me muera de ganas de hacerlo.

18
Eira

«Cuando alguien que te importa de verdad está a punto
de descubrir tu oscuridad, solo te queda asumir
su pérdida aunque jamás la hayas tenido.»

Mandamientos para sobrevivir, por CAIDEN VULGARIS

Todas las aspirantes a Deida nos dirigimos en grupo guiadas por la mujer del vestido bonito hacia un lateral del edificio principal. Ayer tuve la tarde libre porque la segunda tanda de aspirantes debían terminar la cuarta prueba; descansé lo que pude, pero mi mente no paró de reproducir una y otra vez la conversación con Caiden. Ni el abrazo. O el beso en la frente y su clara tendencia a rozarme intencionadamente.

Nunca nos han llevado por este camino, aunque no creo que ese sea el motivo por el que el ambiente entre nosotras está enrarecido. Al fin y al cabo, solo cuatro de nosotras hemos estado cuidando del Catalizador y tres de esas cuatro lo rescatamos en la nieve. Así que el resto se siente amenazado con razón; aunque si ellas supiesen… no tendrían que considerarme su rival.

—Bienvenidas a la única fase de la quinta prueba, aspirantes. Debido a los contratiempos acontecidos en estos días, esta prueba está concentrada en una sola sesión —nos explica la guía con su voz atiplada—. Hoy el aquelarre pondrá a prueba vuestra intuición y conocimientos acerca del Catalizador. Como sabéis, es de suma importancia que lo conozcáis bien, pues su Deida deberá saber a la perfección cuáles son sus puntos fuertes así como sus puntos débiles. Por lo tanto, deberéis identificar cuáles de las imágenes que os vamos a mostrar son verdad y cuales son mentira. Si acertáis, el dispositivo de la prueba os dejará pasar a la siguiente pantalla, si falláis, no podréis continuar.

La mujer abre la puerta doble con una llave dorada; dentro solo hay oscuridad.

—Iréis entrando conforme os indique —dice, sacando la lista de su falda—. ¡Berenice Acosta!

La primera aspirante entra a esa sala oscura y la guía la encierra dentro. Cruzo la mirada con Naim, que desvía la vista hacia el suelo enseguida. Suspiro, resignada. Antes de lo que espero, es mi turno. Me adentro en una sala desprovista de luz y la mujer de vestido bonito cierra las puertas a mi espalda. La densa oscuridad solo impera durante unos segundos en los que mi respiración agitada es lo único que oigo antes de verme rodeada de pantallas que se iluminan por

doquier; abro mucho los ojos al comprobar que las cuatro paredes de la sala son proyecciones y, en el centro, justo frente a mí, hay una columna de metal con dos botones: en uno reza la palabra «verdad», en el otro se lee «mentira». Un sonido envolvente comienza a elevar el volumen hasta que me sumerjo de lleno en la playa que se proyecta en todas partes. Es de noche y distingo a Caiden que corre a todo pulmón hacia la orilla, donde un barco lo espera. Debe tener unos años menos que ahora, quizá cuatro o cinco; me doy cuenta por su complexión. La cámara lo enfoca como si se tratase de una película profesional, él no sabe que lo están grabando, lo que me lleva a pensar que a lo mejor no es real. Pero los botones no pretenden que adivine si es una escena real o un montaje, sino si lo que ocurrió es verdad o mentira.

Lo están persiguiendo. Lo persiguen, por eso huye. Distingo la isla y a Caiden, que se encuentra en el edificio central antes de que lo proclamen Catalizador. La guardia de los Vulgaris le pisa los talones, son muchísimos, más de treinta quizá; ¿se requieren treinta hombres para atrapar a un chico? Pero nunca ha sido un chico cualquiera. Cuando la guardia se reúne en la playa y lo acorrala ante el barco varado en la arena, Caiden se da la vuelta y les grita:

—¡Dejad que me marche! —Hay furia en su demanda.

Pero los hombres del aquelarre no obedecen a Caiden, sino a sus padres. Por eso hacen más pequeño el círculo en el que lo amenazan con atraparlo. Ades y Calíope observan la escena a lo lejos, seguros de su poder.

—Está bien… —Caiden arruga la nariz e intensifica su mirada, que se vuelve gélida y severa —. *Imanto* —pronuncia con voz profunda.

Y entonces todos los miembros de la guardia se yerguen y sus expresiones se tornan ausentes. Los más de treinta hombres uniformados empiezan a caminar en línea directa hacia el mar con actos mecánicos, como si estuviesen dirigidos por una mente superior.

—¡¡Caiden!! ¡¿Qué estás haciendo?! —Ades le grita a su hijo desde la distancia, bastante menos seguro de su poder.

—¡Lo único que me habéis enseñado! —les responde con el dolor implícito en su voz.

La amiga de la tata Ágata y mi mentor me hablaron del don peligroso de Caiden. Me comentaron sobre su poder inmenso y me pregunté varias veces cuál sería ese don. Ahora lo estoy viendo ante mis ojos: Caiden Vulgaris posee la habilidad de la hipnosis; como la tía Chiara, solo que a un nivel multitudinario.

Los hombres de la guardia se sumergen en el agua del mar hasta que esta los cubre por el cuello.

—¡¡Caiden, detente!! —le grita Calíope, que corre junto a su marido hacia la playa.

—¡Me detendré si me dejáis ir!

—¡Eres un Vulgaris, no puedes huir de tus responsabilidades! —vocea Ades.

—¡¿Qué responsabilidades, padre?! ¡Soy una decepción constante, mis responsabilidades reales no son mías!

Ades no puede rebatir los argumentos de su hijo.

—¡No me persigáis ni me busquéis! —les ordena, con la amenaza de mandar a sus hombres bajo el mar.

Ades y Calíope se detienen a varios metros de su hijo; saben que no pueden hacer nada.

Caiden inspira hondo bajando el mentón y luego, con un salto habilidoso, trepa a la cubierta del barco.

—¡Empujad desde el casco! —La guardia se mueve de inmediato debajo del agua para apiñarse alrededor del armazón del navío y empujar entre todos para arrastrarlo mar adentro.

Así es como Caiden se marcha de la isla. Regresó años después, apresado por su familia, ya como Catalizador.

Las pantallas se vuelven blancas de nuevo y las luces de los botones se encienden; donde reza «verdad» refulge el verde, donde dice «mentira» destella el rojo. No lo pienso, pulso el botón verde y, acto seguido, una puerta al fondo de la pared se abre. Camino hacia allí y, de nuevo, me asomo a una sala oscura; sé que tengo que cerrar tras de mí para continuar. Inspiro profundo para insuflarme valor antes de hacerlo y quedarme completamente a oscuras, pero instantes después las paredes se vuelven a iluminar exactamente igual que en la sala anterior, con la misma columna en medio.

Así que se trata de eso, tengo que intuir si los trozos de vida que me van a mostrar de Caiden ocurrieron en realidad.

El eco de unos pasos resonantes me envuelven cuando comienza a verse la producción audiovisual a mi alrededor. Son los pasos de un Caiden algo mayor que en la sala anterior, que atraviesa con seguridad los pasillos de lo que parece ser un consistorio y abre una puerta sin llamar, donde un hombre de unos setenta y tantos años está sentado en su robusta mesa. A pesar del gesto amenazante de Caiden, el hombre no se amilana.

—Caiden Vulgaris —dice con la voz tocada, quizá por exceso del tabaco de la pipa que reposa apagada cerca de él—. Creía que no volvería a verte. Tus padres se preguntan dónde estás, te escondes bien.

Caiden expulsa una risa sorda irónica y se adentra en el despacho a paso lento pero rebosante de aplomo.

—Vengo a hablar de forma diplomática —dice en tono calmado y firme.

—¿Hablar? Me consta que has usado tu don con mis hombres y el resto de los consejeros de ahí afuera, ¿no es cierto?

—He tenido que emplear mis técnicas para poder llegar hasta usted. Quizás soy difícil de encontrar, pero intentar hablar con usted no es mucho más sencillo.

El hombre adopta un gesto severo y se incorpora despacio de su cómodo asiento, toma la pipa y se la enciende a la antigua, con una cerilla.

—Cómo le cuesta abandonar las viejas costumbres, ¿eh? —comenta Caiden de forma amarga.

—Me gusta lo tradicional, es más práctico y nunca falla.

—Pues mucho me temo que tendrá que cambiar de parecer respecto a algunas nuevas cláusulas que he oído que desean plantear al aquelarre. —Caiden endurece su voz y mira al hombre con advertencia.

—¿Por qué debería hacer eso?

—¿No les parece que las prácticas antiguas de mis ancestros ya son lo bastante crueles? El consejo debería plantear su abolición, no alimentarlas con nuevas ideas atroces.

—La sagrada labor del consejo existe con el fin de mantener el poder y el equilibrio del aquelarre, así como la paz entre brujos y el control de la magia oculta…

—Señor Ávalo, replantéese sus ideas, debo advertirle de que conducirá a las brujas a una guerra si sigue adelante…

La imagen se corta. Parece que se saltan una parte de la conversación para volver a enfocar a Caiden mucho más enfadado. Agito la cabeza, confusa, ¿por qué han omitido la escena? Lo siguiente que se ve es a Caiden ofreciéndole una copa de una botella de coñac añejo.

—¿Crees que soy tan ignorante como para no saber que esa copa está envenenada? —le responde el hombre con arrogancia.

—Por supuesto que lo sabe, señor, pero beberá de todas formas. —Su voz suena furiosa e intimidante.

—No…

—No me deja más remedio.

—Mi despacho está protegido con hechizos, tu aberrante don no funciona aquí.

Caiden lo mira con profunda seriedad y luego pronuncia con voz solemne y ronca:

—*Imanto* .

El señor Ávalo se queda inmóvil ante la influencia de Caiden, entonces él le ofrece la copa y el hombre la acepta con un acto mecánico.

—Bebe —le pide.

Y obedece al instante. Caiden lo observa con impasividad y luego acude en dos zancadas hacia su imponente mesa para sacar papeles de sus cajones, los revisa con la mandíbula tensa y debe leer algo que le disgusta mucho, porque toma una cerilla, la enciende y acerca los papeles a la llama. El papel arde en sus dedos con facilidad y luego los deja caer en la papelera, después introduce un dispositivo en el ordenador y, por lo que parece, borra todos los datos de este. Cuando Caiden vuelve a levantar la mirada, el señor Ávalo yace en el suelo, muerto. Observo inmóvil cómo, con un gesto de pura frialdad, cruza al lado del cuerpo para salir del despacho; camina dando zancadas largas y pronuncia la palabra *imanto* cada vez que se cruza con algún guardia que trata de impedirle el paso y estos caen desplomados al suelo enseguida. Caiden solo tiene que esquivarlos o pasar por encima. Pronuncia esa palabra de nuevo cuando cruza frente a la puerta donde un grupo reducido de cuatro personas se reúne; deben ser miembros antiguos del

consejo, al igual que Ávalo, solo que de menor rango. Los cuatro se desploman contra el suelo, sin vida, y Caiden entra en la sala para ejecutar la misma acción en sus ordenadores y borrar toda información que, al parecer, no quiere que llegue a oídos del aquelarre en ninguna circunstancia. Contemplo con el estómago encogido cómo Caiden sale del consistorio dejando atrás decenas de cadáveres con una actitud diligente e imperturbable. Ahí está la figura peligrosa que vi por primera vez en la noche de su presentación, su don mortífero, su fama de oscuro.

Cuando la película acaba y los botones se iluminan, todavía aguardo inmóvil. Y no es porque dude de si el recuerdo que acabo de ver es real, sino porque no estaba preparada para saberlo. El aquelarre ha borrado una parte esencial de la conversación entre Caiden y el señor Ávalo, la razón de lo que ocurre después. Trago saliva y acudo hacia la columna metálica para pulsar el botón de «verdad» y una puerta se abre al fondo de la sala.

No sé exactamente por qué estoy tan segura de la respuesta, pero lo estoy. Y necesito saber qué pasó para que Caiden actuase así.

La siguiente sala se ilumina enseguida, apenas me da tiempo a procesar mis pensamientos cuando se reproduce la siguiente proyección. Estoy en el interior de un gran salón iluminado, decorado con mucho gusto con muebles ostentosos. Caiden ya es Catalizador, lo sé porque su aspecto es el mismo que ahora; quizá esté en alguna habitación del edificio principal del Templo. Se encuentra mirando a través de la ventana con expresión agotada y se puede apreciar con claridad cómo le pesa su pasado; el dolor de un chico desprovisto de atenciones, de un reciente villano quizá. Aegon, su hermano, entra en la sala y se detiene a una distancia prudente de él.

—Sé que esto no te agrada, hermano, pero debes cumplir con tus obligaciones. La vida de miles de brujas están en peligro, tú las pondrás en peligro. ¿Por qué no maduras de una vez y asumes tus responsabilidades con estoicismo? —Aegon es dos o tres años menor que Caiden, pero por su aspecto nadie diría que no son de la misma edad.

Físicamente son muy distintos, toda la belleza se la ha llevado Caiden, aunque Aegon también es apuesto.

—¿No te parece irónico que ahora deba asumir mi papel cuando jamás se me ha hecho partícipe de los asuntos importantes del aquelarre siendo primogénito? Me atañía poseer más poder, pero padre me lo arrebató —responde sin apartar los ojos de la ventana.

—Tu rencor por nuestros padres no puede interceder en esto, Caiden. Esas personas que han nacido para aspirar a ser tu Deida se merecen a un Catalizador competente.

—Esas personas morirán una a una por mí —esboza una sonrisa afligida—. Ilusas, beberán los vientos allí por donde pise. Ese hechizo es absurdo. Ellas se enamoran sin conocerme siquiera y, ¿yo sentiré debilidad por alguna de ellas? Si a cualquiera se le ocurre intentar manipularme, la mataré con mis propias manos. Ni ellas ni nadie van a impedirme nada. Lo único que las salva, a ellas y a vosotros, es que el Templo está repleto de esas jodidas marcas para anular mi poder.

Desde ese instante ya sé qué botón debo apretar. No me hace falta ver nada más, pero tengo

que esperar a que se iluminen.

—No puedes acabar con todo aquel que se cruza en tu camino, Caiden.

—Sal de esta sala, hermano, ya he soportado suficiente tu charla por hoy.

La reproducción llega a su fin y, en cuanto los pulsadores destellan, golpeo uno de ellos sin atisbo de duda: «mentira». Caiden no es la persona que esa proyección mostraba; el hombre que han puesto en su lugar es menos humano, más indiferente, menos… roto. La puerta del fondo se abre de nuevo y camino hacia allí a paso decidido. No sabía que estaría tan segura de las respuestas, no me parece conocerlo tan bien como para no dudar de quién es.

Todavía estoy sumida en mis cavilaciones cuando las pantallas me introducen en un lugar que conozco bien; la enorme sala del edificio principal en el que se celebró el baile y donde deshice el hechizo que le hice a Caiden. Solo que ante mí tengo a un aquelarre más joven en sus tronos; quizá sea una escena que aconteció hace cinco o seis años. Caiden se sienta al lado de su madre y todos los miembros de la familia atienden a la mujer que les habla.

—Debemos asegurar una descendencia fuerte. Calíope, usted se quedó embarazada de Caiden a los veintitrés años y llevaba casada con Ades cuatro años. —La mujer, que muy probablemente pertenezca al consejo, habla con conocimiento de causa—. El señorito debe encontrar una esposa a la altura de su familia, por eso he pensado en celebrar un baile donde las mejores brujas jóvenes acudan para realizar una exhaustiva selección.

Caiden apoya un codo en el brazo del trono y se lleva la mano a la cara con un suspiro pesado.

—Me temo que mi hijo ya ha estado haciendo una selección exhaustiva de esas brujas, madame Sophie —comenta Calíope en tono de amonestación e ironía.

Entonces la imagen se cambia de forma abrupta y muestra la escena de una cama. Caiden está desnudo con una chica morena, a la que besa con pasión. Parpadeo para asimilar lo que veo, ¿me acabo de poner roja? Pero es que no acaba ahí, la escena vuelve a cambiar y me enseña a Caiden de nuevo desnudo entre las sábanas de otra chica distinta. Y cambia otra vez para enfocar a Caiden besando a un chico contra los setos de unos jardines.

—No lo llaman Caiden el Hermoso por nada —continúa Calíope, a quien las pantallas muestran de nuevo—. No es difamación cuando dicen por ahí que ha roto varios corazones.

—Madre… —protesta él en tono bajo.

—¿Acaso miento?

Las pantallas se transforman de nuevo en cuerpos desnudos y besos. Caiden besa a una mujer pelirroja contra la pared, en otra imagen un chico le besa el cuello con apetencia mientras lo desnuda. Empiezo a sentir que se me agita la respiración. Observo con curiosidad y una extraña sensación nueva el cuerpo desnudo de Caiden: su espalda lisa, sus brazos musculados que sostienen algún otro cuerpo sin ropa, sus nalgas, sus piernas largas… Tiene una complexión fuerte y trabajada, es grácil. Si solo con respirar o caminar corta el aliento, practicando sexo o besando bocas es… Madre mía, no sé cómo los chicos y las chicas a los que besa no se

consumen. Es sensual, pausado, incluso cuidadoso, pero rebosa una pasión que me comprime el bajo vientre. Sus gemidos hienden mis tímpanos y se me eriza el vello. ¿Es raro que no me sienta mal? Agarro la tela de mi ropa entre los dedos y la aprieto con fuerza.

—Pero no piensa casarse con ninguna de esas brujas, por supuesto. Caiden es un alma libre y no se ata a nada, ¿no es cierto, hijo? —sigue contándole Calíope a madame Sophie, que se remueve, un poco incómoda.

—No está en mis planes tener una esposa pronto, si esa es su pregunta —responde él, con su característica calma.

—Eres el primogénito, debes encontrar a alguien digno más pronto que tarde —interviene madame Sophie.

—Mucho me temo que mi hijo ha escondido su corazón en alguna parte recóndita y no piensa usarlo —aporta Calíope.

—¿Acaso ahora le importa mi corazón, madre? —replica—. Como si fuese conveniente amar para celebrar una unión en esta familia… o para cualquier cosa.

Ríe de forma floja e irónica.

La proyección llega a su fin y yo continúo inmóvil; trato de recomponer mi respiración y me aliso la ropa arrugada (la que he estado apretando entre los dedos) antes de acudir hacia los botones: «verdad». Sin duda, todo lo que acabo de presenciar es verdad. La puerta mimetizada con la pared se abre y me sorprendo al ver luz al otro lado. Me dirijo hacia allí y, al asomarme, retengo una exclamación en la garganta: la primera aspirante ya aguarda ante los tronos del aquelarre en el enorme salón que acaba de aparecer en la película, solo que esta vez es real; las salas conducen hasta allí. Cierro la puerta a mi espalda y atravieso el lateral del mayestático salón un poco cohibida porque mis pasos son lo único que perturba el silencio hasta que alcanzo a la otra aspirante. Aegon y Ades hablan por lo bajo entre ellos en sus asientos, Calíope parece entretenida mirando unos papeles y Caiden… Caiden me observa y la sangre se estrella contra mis mejillas y mi cuero cabelludo. Sus palabras resuenan en mi cabeza: «Dejarás de mirarme así cuando salgas de la prueba de hoy. Vas a ver quién soy. Quizá te horrorice o quizá el hechizo antiguo sea más fuerte y no dejes de sentir esto que crees que sientes». No estoy segura de cuáles son mis sentimientos, pero la descripción se aleja mucho de la palabra *horror* . Y… ¿él está estudiando mis facciones? Miro hacia su hermana, que se sitúa al extremo derecho, para desviar la vista de él; porque seguramente me estoy poniendo roja y me fastidia bastante que mi propio cuerpo me ponga en evidencia. Procuro no volver a dirigirle la mirada y me relajo un poco cuando la siguiente aspirante entra en el salón y se sitúa a mi lado; en ese momento me permito echarle un rápido vistazo y lo encuentro con sus penetrantes ojos puestos en mí. Vuelve a invadirme una sensación intensa que apretuja mis entrañas y me corta el aire. Pero ¿qué me pasa? Y él… él tendría que estar mirando hacia otra parte, ¿no?

Las aspirantes aparecen en la sala una tras otra con unos pocos minutos de diferencia y pronto

nos reunimos las diez que somos frente a los Vulgaris. Calíope se incorpora con su típico gesto ceremonioso y recoge el cuenco tibetano que guardaba a un lado.

—Quienes hayan completado las cuatro salas con éxito en menos de veinte minutos, en su contador se sumarán cien puntos. Quienes hayan dudado más de las respuestas, se llevarán cincuenta puntos. Y quienes se hayan equivocado, no sumarán puntos a su contador.

Calíope golpea el cuenco con el mazo y todas echamos un ojo a nuestra muñeca: cien puntos. No he dudado. ¿Cómo puedo conocerlo tanto si en realidad es un desconocido para mí?

—Enhorabuena a las aspirantes que hayáis logrado la máxima puntuación. Sobre todo porque esta quinta prueba era la última antes de la fase final.

Se me detiene el pulso. Todas aspiramos entre dientes y emitimos sonidos leves de sorpresa ante la abrupta noticia.

—Ha sido una decisión unánime por parte del jurado. Hemos perdido un tiempo valioso y no podemos retrasar más el final de la Proclama.

Ades se levanta de su trono para colocarse al lado de su mujer.

—Es un honor para nosotros invitaros esta noche a la última cena antes de la fase final. Celebraremos un banquete en este mismo salón con todos los miembros importantes del aquelarre, brujos devotos y, por supuesto, vuestra presencia —anuncia él en tono alegre aunque comedido—. Esperamos que traigáis vuestras mejores galas. Mañana, a primera hora, dará comienzo la prueba que determinará cuál de vosotras es la auténtica Deida que detendrá una nueva caza de brujas.

19
Eira

«Aunque no lo sepas, eres capaz de mucho más
de lo que crees cuando algo
(alguien en este caso) se ha colado
entre tus costillas. Deja de subestimarte.»

Mandamientos para sobrevivir, por CAIDEN VULGARIS

Eloise y David me retocan los últimos detalles del vestido y el maquillaje ante la mirada preocupada de mi mentor. Él tampoco esperaba que la fase final fuese tan pronto.

—Se niegan a darnos los detalles de cómo se desenvolverá la última prueba —me comenta, apoyado en el escritorio mientras sus silenciosos ayudantes me recogen el pelo en un lazo rojo a juego con el sencillo vestido de tirantes—. Solo sé que el escenario es el bosque y que no hay límite de tiempo. Son bastante herméticos con todo lo demás.

—Te olvidas de que solo puede quedar una de nosotras…

—Esta prueba tendrá dos fases. De modo que debéis quedar más de una para la segunda parte —me recuerda.

—¿Me incluyes en esa frase sin querer o de forma intencionada?

—Sabes que confío en ti, chiquilla —responde con una nota de afecto.

—No voy a matar a nadie, Enzo. Sé que la prueba final es incluso peor que cuando nos llevaron a la nieve y que se basa únicamente en la supervivencia.

Enzo expulsa el aliento con pesadumbre.

—Sé que conoces otras tácticas para dejar inconscientes a tus adversarios, utilízalas.

—Pero son métodos temporales. Tú mismo has dicho que la prueba no tiene un tiempo límite, esperarán a que queden las ganadoras.

—Exacto, y si te centras en mantenerte con vida y a salvo, estarás entre ellas —me asegura.

Se aproxima a mí para colocarme el pendiente dorado en la oreja izquierda. Yo aliso con nerviosismo la tela sedosa de satén con las palmas de las manos.

—Sé que el miedo es inevitable, Eira, pero te has demostrado a ti misma en cada ocasión que eres capaz de mucho más de lo que crees. Llegado el momento, harás lo que creas conveniente para seguir viva —murmura con esa voz sabia que pone a veces.

Lo miro con agradecimiento y me ofrece el otro pendiente para que me lo ponga yo. Luego arrastro un poco los pies y hago un mohín.

—¿Estáis seguros de que es necesario que lleve sandalias de tacón? Ir descalza me ha beneficiado hasta ahora.

—Estarás sentada la mayor parte del tiempo, chiquilla. —Enzo reprime una sonrisa mientras se dirige hacia la puerta.

No replico más y me esfuerzo por caminar erguida sin torcerme un tobillo. El vestido que llevo es precioso, se frunce un poco en mi pecho y cae adhiriéndose a mis curvas con delicadeza hasta mis tobillos, con una raja desde el muslo. El rojo intenso me recuerda a la sangre; trago saliva con la boca seca cuando nos encaminamos al pasillo. Como de costumbre, las otras aspirantes salen casi al mismo tiempo con sus trajes en distintos tonos de rojo. Nuestros mentores nos escoltan a una distancia prudente del grupo y miro hacia Enzo para despedirme cuando nos adentramos en el edificio principal. Los centinelas que guardan los enormes portones decorados abren en cuanto nos ven llegar y podemos ver el despliegue que hay dentro: varias mesas alargadas decoradas de forma ostentosa, repletas de comida en bandejas brillantes, llenan lo que en otro momento fue la pista de baile. Los brujos devotos ocupan las mesas situadas a los flancos de lo que parece ser el lugar de las aspirantes a Deida, porque nos dirigimos hacia allí tras la mujer del vestido bonito (esta vez lleva uno incluso más extravagante), que nos indica galantemente que tomemos asiento. El ambiente está amenizado con instrumentos de cuerda situados donde la última vez, en una esquina paralela a la ubicación del aquelarre Vulgaris. En esta ocasión están sentados en una amplia mesa presidencial, y no están solos; una mujer muy anciana se encuentra a la derecha de Calíope, imagino que será la famosa Deida Madre.

Ades se incorpora desde el centro de la mesa y alza la copa; al instante el salón entero enmudece.

—Amados siervos de la magia, miembros de la corte y queridas aspirantes, bienvenidos a la última cena antes de la prueba final de la Proclama.

Aplausos y ovaciones se alzan entre los brujos a nuestro alrededor. Observo con disimulo al resto de aspirantes, que parecen inquietas pero igual de emocionadas. Aprieto la servilleta de tela sobre mis rodillas y echo una rápida mirada hacia Caiden, que no aplaude, por descontado, y mantiene el rostro serio todavía damnificado por el agotamiento. Desde aquí puedo apreciar sus ojeras y el ligero tono de su piel macilenta.

—Los miembros del jurado damos nuestra sincera enhorabuena a las aspirantes que habéis logrado llegar hasta aquí, sabemos que habéis realizado pruebas muy duras que han puesto al límite vuestras habilidades. Mañana deberéis demostrarnos toda esa fuerza y más, confiamos en que así sea.

Ades alza la copa hacia nuestra mesa y contemplo, atónita, como el resto de aspirantes elevan las copas en su dirección. ¿Debería hacer lo mismo? Porque no me apetece hacer ningún gesto de

respeto o afinidad hacia una de las personas que nos manda a matarnos entre nosotras mañana, sin olvidar que casi matan a Caiden. Decido que ignoraré el brindis, nadie va a darme más puntuación por ser una falsa.

—Y es que lo que hacemos sobre este suelo sagrado en estos días —continua él— determinará un antes y un después en la existencia de las brujas. Idris, querida, procede a leernos tu escrito.

La hermana pequeña de Caiden se incorpora de su silla con un folio en la mano. Está preciosa, tiene el cabello suelto y rizado del mismo tono oscuro que el de su hermano y su vestido color violeta realza su menuda figura.

—Ella curaba sus heridas, sanaba sus orzuelos, apagaba sus fiebres. La misma a la que llamaban «hereje», «mujer de mala vida», «concubina de Satán». Ella ignoraba el odio y les ofrecía remedios y les abrió su casa, esa a la que tanto temían entrar, para mostrarles lo que la naturaleza le había dado. No podía dejar de ser quien era; quizá ella no los necesitase, pero los demás a ella sí. —Lee con voz sólida y bonita—. Ella, amante de las flores, a la que los animales se le acercaban sin temor, que cantaba nanas con un dulce corazón… La apresaron, la torturaron y la quemaron ante sus atentas miradas, muchas de ellas vivas gracias a su don. Ella fue devorada por el fuego y su cuerpo reducido a cenizas.

La observo y me viene a la mente la expresión que usó Caiden para definirla: «Es como una flor que crece entre las grietas del asfalto». Su bondad es evidente y también la adoración que se derrama de la mirada de Caiden al contemplarla, aunque baje la vista de vez en cuando para disimularlo. Contemplo fascinada el amor contenido que existe entre ellos, la poesía triste y nostálgica que flota en las palabras de Idris.

—Y como ella, tantas. Tantas historias con un triste final; nombres de mujeres borrados por la ignorancia y el temor. Y como ella, tantas. Tantas vidas inocentes, de almas salvajes y vibrantes a expensas de un mundo mejor, un mundo más verde, más bello, más espiritual. Desde aquí oímos sus gritos al ser mordidas por las llamas; todavía oímos los lamentos, los llantos. Sus lágrimas son nuestras lágrimas, su voz es nuestra voz.

Cuando Idris concluye, me nace la necesidad de hacerle el saludo a la magia. Ha despertado esa sensación de rebeldía y respeto que mi familia alaba; por ella sí lucharía. Lucharía por ser la Deida que salva a las brujas, porque ella no permitiría que las aspirantes a Deida muriesen sin causa, porque no las mandaría a servirle solo por haber nacido como son.

—Gracias, querida, ha sido precioso —le dice su madre, incorporándose al tiempo que Idris se sienta—. Su voz es nuestra voz, por eso estamos hoy aquí, amados siervos de la magia. Nunca más seremos quemadas. ¡Que viva la Proclama de la Deida!

—¡¡Viva!! —corean los brujos al unísono.

Y le suceden más aplausos y vítores.

—Espero que disfrutéis del banquete que tan humildemente os ofrecemos. Comed y bebed cuanto gustéis —termina Calíope, regresando a su asiento.

Entonces empieza a oírse el tintineo de los tenedores contra los platos y se alza una algarabía de voces. Miro el plato que tengo ante mí, una ensalada adornada con formas intrincadas; distingo el queso y la zanahoria, pero el resto son colores vivos de alimentos que no identifico. Las aspirantes comen en silencio a mis lados; miro a Naim, que se sitúa en la esquina de la mesa, y a Roman y a Raina. Todos miran sus platos y mastican de forma comedida y concentrada con sus muñecas bien tapadas. Me pregunto qué ocurrirá si el contador se pone a cero… De hecho, comenzamos con veinte puntos sin haber hecho ninguna prueba. ¿Cómo se agotarán los puntos? ¿Por qué son tan importantes para la fase final? Echo un ojo a Rebeca Delta, que está a dos lugares de mí a la izquierda. Agradezco que no le haya tocado a mi lado, sería capaz de envenenarme la comida. O quizá lo esté haciendo con las aspirantes a Deida que tiene a sus costados, de esa forma habría dos menos a quienes matar mañana.

No toco mis cubiertos; de hecho, no sé cómo las demás pueden probar bocado, tengo el estómago cerrado y revuelto. Me atrevo a mirar hacia la mesa presidencial y noto una rara palpitación en el pecho al toparme con la mirada de Caiden. ¿Sus ojos se dirigen a mí? Sí, me está mirando con el gesto serio; parece estar sumido en una batalla interna. Le devuelvo la mirada sin intentar evitarlo en esta ocasión, intercambiamos gestos intensos conforme mi pulso toma velocidad y entonces, sin preverlo, Caiden se incorpora.

—¡Siervos de la magia, familia y miembros de la corte, tengo algo importante que decir! —prorrumpe con un tono de voz que colma el salón entero. Los comensales menguan el bullicio hasta que desaparece—: Sé con certeza quién es mi Deida.

Se levanta un fragor alterado entre los asistentes al banquete tras la última frase de Caiden. Las mismas aspirantes emiten exclamaciones de sorpresa y sus padres lo miran con gestos de asombro. Por mi parte, lo observo con creciente admiración; recuerdo bien que me dijo que intentaría evitar que se celebrase la fase final.

—¡Silencio, silencio! —Ades se incorpora para poner calma y el salón obedece al instante—. Caiden, no nos has informado en ningún momento de si tienes alguna preferencia; de hecho, has hecho todo lo contrario, ¿y ahora dices que sabes con certeza quién es tu Deida?

—Lo he pensado bien, padre, y no me parece que sea seguro exponerla a la prueba de mañana. Debo dar mi brazo a torcer. —Aprieta la mandíbula y suspira de forma pesada—. ¿Qué sentido tiene mandar a la Deida a arriesgar su vida?

Los brujos elevan un murmullo ante las palabras del Catalizador, sorprendentemente, parece que no les disgusta la idea.

—La Deida está destinada a sobrevivir —le recuerda su padre; se aprecia en su voz que esta situación no es de su agrado.

—Creía que os urgía saber quién es mi Deida, padre. Y odio esta situación, como seguramente sabréis, pero… por mucho que me pese, la idea de que su vida corra peligro me… No puedo. —Aprieta los puños y baja la mirada como si le avergonzase admitirlo.

El murmullo de los comensales se eleva y, para mi asombro, son murmullos de aprobación.

Ades mira a su hijo con el cuerpo tenso y luego decide sentarse para debatir con su mujer. Calíope le dice algo al oído a la anciana, que asiente despacio con la cabeza. Ades alza la mano y el bullicio cesa casi de forma abrupta.

—Dinos el nombre de tu Deida, Caiden Vulgaris —habla la Deida Madre por primera vez, una mujer de cabellos canos y apariencia fuerte a pesar de sus múltiples arrugas.

Caiden mira hacia nuestra mesa y, solo por un segundo, cruza su mirada con la mía y se me encoge el estómago.

—Raina Elisabet —anuncia él con seguridad.

Todo el mundo se gira hacia ella; algunos con curiosidad, otros con emoción y algunas, sobre todo las de esta mesa, la atraviesan con miradas airadas. Ella observa a Caiden con los ojos redondos y el gesto iluminado de pura felicidad e incredulidad. Al comprobar su reacción genuina solo puedo sentir un pellizco en el pecho; Raina es buena persona, se merece sentir esas cosas bonitas.

—Querida, acércate —le pide la anciana.

Raina actúa al instante, se levanta de su sitio con una sonrisa luminosa pero prudente y sortea nuestra mesa para cruzar el amplio salón entre los pasillos que forman el resto de las mesas. Su esbelto cuerpo enfundado en un precioso vestido de satén burdeos reluce con una belleza sobrecogedora, nadie puede negar que es bellísima. Se detiene ante la mesa presidencial bajo el escrutinio del aquelarre.

—Ofréceme tu mano, chica. —La Deida Madre extiende los brazos hacia ella y Raina responde de inmediato; la anciana toma su mano entre las suyas con energía.

Se produce un instante de silencio en el que se respira la incertidumbre.

—Es apta —declara la anciana.

Se oyen aspiraciones sonoras, sonidos de aprobación y otros de lamento. Estudio cómo Caiden dirige su mirada prudente hacia Raina; por su gesto, parece que estaba bastante seguro de que la Deida Madre le daría su beneplácito.

—¡De nuevo ruego silencio! —Ades se incorpora con gesto frustrado—. Ninguno de nosotros preveíamos que esto pudiese ocurrir. En los escritos no consta que la Proclama se haya resuelto a petición del Catalizador…

—Ninguna Proclama es igual a la anterior, padre —le interrumpe Caiden con su voz sedosa y calmada.

—Sin duda. Pero debes estar muy seguro, hijo; sabes bien que el resto de aspirantes serán condenadas a servir al aquelarre durante el resto de sus vidas y, si te equivocas, nos destruirías a todos.

El bullicio vuelve a alzarse con menos fervor, el ambiente es tenso. Las aspirantes a mis lados chasquean la lengua, emiten sonidos de disconformidad o se llevan las manos a la cara. A mí

tampoco me gusta la idea de que me sentencien a ser esclava de los Vulgaris, quizá es cierto que sea mejor morir, pero la muerte no tiene solución y Caiden me dijo en la sala médica que se le ocurriría algo para liberar a las aspirantes a Deida y, llegados a este punto, lo cierto es que me tomo su palabra bastante en serio.

—Si me permite hablar por el resto y en nombre de la sagrada Proclama, señor… —Una de las aspirantes a Deida se ha levantado de su sitio para alzar la voz y acaparar la atención de los invitados. La miramos con sorpresa (incluida yo, porque hasta el momento las aspirantes a Deida hemos acatado órdenes de forma sumisa y sin hablar)—. Estamos en nuestro derecho de luchar hasta el final. La parte más decisiva de la Proclama de la Deida es la última fase y nos hemos estado entrenando duro para ello desde los cinco años, como bien decretáis, mis señores.

Los brujos opinan respecto al comentario de la aspirante entre susurros a nuestro alrededor.

—Gracias por tu aportación. —Ades la saluda con un gesto de la cabeza que ella responde con sumo respeto y vuelve a sentarse—. Por supuesto, esta no es una decisión que se pueda tomar a la ligera. El Catalizador ha admitido su debilidad por una aspirante, algo sin precedentes, me temo. Pero también conocemos su naturaleza rebelde y su repulsa hacia la Proclama, bien puede resultar ser una estratagema para que la verdadera Deida no intervenga en sus planes.

—Jamás admitiría una debilidad frente a centenares de brujos —interviene Caiden con aplomo, tiene el don de la palabra; todos en la sala lo atienden inevitablemente aunque no estén de acuerdo con él y aunque sea evidente que todavía se encuentra enfermo—. Me conoce, padre, muy a su pesar. Si quisiese deshacerme de la Deida original, esta no sería mi manera de hacerlo.

Ades contempla a su hijo con evidente suspicacia y prudencia.

—La chica que proclamas como tu Deida es apta, Caiden Vulgaris, pero no me compete tomar la última decisión. Esa siempre ha pertenecido al Catalizador en la segunda fase de la prueba final —añade la anciana.

—Bien, pues si la última palabra me pertenece, en ese caso ya la he expresado: Raina es la Deida original —repite.

En esta ocasión un silencio expectante predomina entre los comensales. Sin duda, Caiden ha logrado confundir al aquelarre.

—Bien, dadas las circunstancias, los miembros del jurado nos reuniremos esta noche para tomar la decisión final —decreta Ades—. Mientras tanto, disfrutemos de esta velada, nuestro veredicto se hará público mañana a primera hora.

Y con ello, da por finalizada la polémica.

Raina regresa a su lugar en nuestra mesa con paso cauto, sin sonreír ni un ápice esta vez. Las demás no la miran, pero se palpa la tensión; es incómoda, casi insoportable. Y desde entonces, como yo, ninguna prueba bocado del resto de platos que nos traen los camareros.

20
Eira

«A veces está bien mandar a la mierda el instinto
de supervivencia para salvar a otra persona.
Sobre todo si esa persona se ha convertido en alguien
más importante que tu propia vida.»

Mandamientos para sobrevivir, por CAIDEN VULGARIS

Ojalá pudiese abrazar a mi madre. Ojalá mi padre estuviese aquí para decirme alguna de sus frases que siempre logran estabilizar mi corazón. Ojalá pudiese decirle a mi familia que los quiero y darles las gracias por darme tanto.

Sé lo que va a ocurrir. No hace falta tener una intuición muy afinada para prever cuál será la decisión final del aquelarre. Estamos vestidas con nuestro traje blanco, el mismo que usamos para las pruebas de obstáculos y la nieve, por si la fase final sigue adelante. Odio esta sensación de estar a punto de ser lanzada al vacío; no importa lo que haya decidido el jurado, nuestro destino es malo en ambas direcciones: o nos sueltan en el bosque para que nos matemos entre nosotras o nos condenan a ser siervas para el resto de nuestras vidas.

Nos detenemos ante los Vulgaris, que nos contemplan con gestos impasibles desde sus tronos.

—Queridas aspirantes, el jurado ha tomado una decisión unánime —comienza a hablar Ades.

Caiden no conoce el veredicto, a juzgar por su expresión clavada en el rostro de su padre.

—El curso de la Proclama de la Deida debe seguir su ritmo natural, es lo más seguro para la protección de las brujas. Por lo tanto, la última prueba se llevará a cabo tal y como dictan los escritos —sentencia.

Oigo a algunas aspirantes suspirar de alivio.

—Padre… —Caiden quiere intervenir, pero Ades le dedica un gesto de advertencia.

—La decisión es inamovible. Si la señorita Elisabet es tu Deida como dices, saldrá airosa de ambas fases que componen esta prueba, como bien consta en los escritos sagrados.

Caiden cierra los ojos con indolencia y contiene su rabia.

—Los coches os esperan a la entrada del edificio principal —nos explica Calíope esta vez—. No deberéis llevar nada con vosotras aparte de vuestros dones y vuestro uniforme. Suerte, aspirantes.

Las aspirantes se mueven inmediatamente y las sigo con un nudo enorme en el estómago. Los mentores aguardan fuera y no necesitan que les contemos cuál ha sido el veredicto; están viendo los coches negros aguardar nuestra llegada a las puertas del edificio principal del Templo.

A estas alturas me da igual que consideren las muestras de afecto como una debilidad, así que corro hacia Enzo y lo abrazo con pura ansiedad. Él me estrecha contra él y me besa la coronilla.

—Mantente viva, chiquilla. Sigue tu intuición; escúchate, ¿de acuerdo? —utiliza palabras vehementes mientras me abraza—. No subestimes tu instinto, Eira, es lo peor que podrías hacer.

Asiento con la cabeza y, aunque no quiero apartarme de él, Enzo me toma de los brazos y me aleja de su enorme cuerpo para despedirse de mí. Su mirada brillante delata algo de temor cuando me alejo de él hacia el primer coche de la izquierda, donde el chófer claramente me está aguardando. Miro a mi mentor por última vez antes de apresurarme hacia el automóvil y subo detrás con otras dos aspirantes, entre las que está Raina. No me mira, evita cruzar los ojos con alguna de nosotras y la entiendo perfectamente.

Guardamos silencio durante todo el trayecto en el que el coche se adentra por sinuosos caminos flanqueados de bosque salvaje. Me pregunto si Raina seguirá pensando que no es una asesina ahora que su vida está tan amenazada y si alguna de las dos matará a la otra o intentará atacarme a mí. Es horrible pensar que a lo mejor alguna de nosotras ya no esté viva mañana…

El coche se adentra más y más en el paraje natural, y luego se detiene al cabo de una eternidad; compruebo que esta vez el resto de los coches aparcan a la misma altura. Bajamos al mismo tiempo de los automóviles, somos motas de un blanco impoluto en mitad de un espesor verde y marrón. Ante nosotras, un dron que sobrevuela el cielo despliega una gran pantalla holográfica que nos muestra la imagen de Calíope Vulgaris.

—Bienvenidas a la zona más profunda del bosque del Templo, queridas aspirantes. Este será vuestro escenario en esta primera fase de la prueba final, un escenario muy propicio para nuestra naturaleza mágica, donde mejor podemos desarrollar nuestras habilidades. —Nos habla desde el cielo, no sé exactamente dónde se sitúan los amplificadores de la voz, pero reverbera entre los árboles. Es extraño ver tecnología tan avanzada en mitad de la naturaleza—. Vuestra misión en esta prueba es encontrar las Joyas Sagradas, hay cuatro en total y las cuatro simbolizan los elementos aliados de una bruja: tierra, aire, agua y fuego. Por lo tanto, solo cuatro de vosotras conseguiréis las joyas.

¿Cuatro? Solo cuatro sobrevivirán. Trago saliva y miro hacia las aspirantes a Deida, que prestan una atención devocional a Calíope, están emocionadas, al menos la mayoría de ellas.

—Os preguntaréis para qué sirven los puntos que habéis estado acumulando en las pruebas anteriores; pues bien, por supuesto, no vais a ir de vacío a sobrevivir en mitad del bosque; vuestras mochilas os aguardan en algún lugar que debéis hallar y esas mochilas están llenas de víveres y utensilios que necesitaréis para seguir con vida. Las mochilas están llenas en función del número que hay en vuestro contador, solo os pertenecen la comida y los útiles que hayáis

ganado. Cuanto más alta sea vuestra puntuación, más colmada estará vuestra mochila y, por lo tanto, más posibilidades tendréis de sobrevivir.

Reviso de nuevo el número de mi muñeca: tengo seiscientos puntos; la mayoría de las pruebas me han ido bien, al menos eso me consuela.

—A continuación diré cuáles serán las fluctuaciones en vuestro contador durante la prueba: cada artículo que hay en vuestra mochila simboliza una puntuación, de modo que, conforme los vayáis gastando, se restarán los puntos pertinentes. No importa si los gastáis vosotras u os los roban, la puntuación se restará igual. También se os restarán puntos si, pasadas cuatro horas, no habéis logrado ganar más puntuación. ¿Y cómo se gana puntuación? La mejor forma es encontrar una de las Joyas Sagradas, eso os dará quinientos puntos. Pero no os podéis descuidar porque el resto de vuestras contrincantes os la puede arrebatar. Si lo lográis, debéis acudir a este punto de encuentro; una vez lleguéis, nadie os podrá quitar la Joya. Un dato importante: las Joyas Sagradas solo se dejan ver por aquel a quien consideran digno, puede que las tengáis ante vuestros ojos y no las podáis ver, así que prestad atención a los detalles, aspirantes.

»También se os sumarán puntos si conseguís víveres; eso incluye, por supuesto, robar a vuestras adversarias. Y, como esta es una prueba de supervivencia estricta, las muertes tendrán recompensa: deshacerte de una rival sumará doscientos puntos a vuestro contador.

Lo último que dice hace que me ponga rígida y se me erice la espalda. No solo está permitido matarnos entre nosotras, sino que nos premian por ello. Doscientos puntos. Doscientos malditos puntos valen nuestras vidas. Miro a las demás intentando encontrar algún gesto de indignación semejante al mío.

—No lo puedo creer… —murmuro; las demás siguen prestando atención a Calíope sin modificar sus expresiones de determinación.

—La prueba se acabará solo cuando cuatro de vosotras logréis, en un estado óptimo de salud, regresar al punto de partida con cada una de las Joyas Sagradas. Ahora os adentraréis en la densidad del bosque para encontrar vuestras provisiones, en la mochila estará vuestro nombre; sed más rápidas que las demás y encontrad vuestras pertenencias antes de que lo haga otra —explica ella con voz ceremoniosa.

—No… —musito; Calíope está a punto de terminar y mis puños vibran por una ira que no me cabe en la cabeza que sea solo mía—. ¡¡No!!

Calíope Vulgaris detiene su discurso al oírme y el resto de las aspirantes se giran en mi dirección.

—¡La Proclama de la Deida surgió para salvar a las brujas y, sin embargo, nos pides que nos matemos entre nosotras! ¿Qué sentido tiene eso? Las brujas han sido cazadas, quemadas, humilladas… ¿Qué diferencia hay ahora que nos mandáis a luchar entre nosotras y promovéis que nos odiemos? —Alzo la voz todo lo que puedo y miro hacia el resto de aspirantes, procurando que entiendan mi punto de vista—. ¡Las brujas somos más fuertes juntas, pero no nos

permitís colaborar! ¿No habéis pensado que quizá nacen varias aspirantes a Deida por una causa? Tal vez exista la Deida original, de acuerdo; pero ¿y si el resto existe para ayudarla? ¿Y si estamos aquí por una causa mayor? Si por separado somos fuertes…, juntas seríamos invencibles. En mi familia siempre se ha dicho que a todas las brujas nos une un lazo de magia por nuestro doloroso pasado. ¡Exijo saber por qué debo matar a mis hermanas! ¡Exijo saber por qué nos castigáis solo por nacer aspirantes a Deida!

Se produce un silencio de impacto tras mi acalorada interrupción. Calíope no se esperaba que interviniese y mucho menos que mis preguntas tuviesen tanto sentido como para descomponer un poco sus imperturbables facciones.

—Eira Anies, tienes un alma rebelde…

—¡No es rebeldía, es sentido común! Decís que el hechizo antiguo no es preciso. Pero las brujas morían solas en la época en que las cazaban. Si hubiesen reunido un grupo poderoso de brujas como nosotras, ¿qué inquisidor hubiese osado enfrentarse a ellas para quemarlas en una hoguera?

De nuevo, se produce mutismo tras mi pregunta. Calíope suspira, se oye el sonido a través de los frondosos árboles.

—Es tarde para especulaciones, aspirante. Ya hemos perdido demasiado tiempo; sabemos bien que no te honra pertenecer a la Proclama, bruja desvinculada, pero eres una aspirante a Deida y por lo tanto tú, como el resto, acatarás las leyes sagradas de esta celebración —protesta con voz rigurosa—. Os estaremos observando de cerca, tenemos ojos en todos los rincones. Mirad bien por dónde pisáis y ¡que comience la primera fase de la prueba final de la Proclama!

Observo con rabia cómo la pantalla se repliega y desaparece. Y entonces se oye el eco de un gong que hiende el aire y anuncia el comienzo de una matanza. Todas a mi alrededor toman impulso para correr hacia el interior del bosque. Nos van a convertir en asesinas; ¿podremos vivir con ello si es que logramos salir con vida? Aprieto los dientes y echo a correr con toda la energía que poseen mis extremidades; mi instinto de supervivencia se enciende con fuerza en mi interior y la adrenalina comienza a correr por mis venas. ¿Mi discurso habrá calado en alguna? Quizá las haya irritado, como a Rebeca Delta, o tal vez lo hayan tomado como una debilidad por mi parte. No lo sé. No me cabe en la cabeza que ninguna piense como yo aunque las hayan instruido desde pequeñas.

Reviso atenta el suelo, los troncos de los árboles y mi alrededor; no solo debo encontrar mi mochila, sino también la Joya y estar atenta de que no me ataque ninguna aspirante. Al principio las veo atravesar el bosque a mis flancos, pero tras unos minutos dejo de verlas. Solo aprecio montículos de tierra, matas de hierbas o cúmulos de raíces. De alguna forma avanzo sin pausa porque mi intuición me dice que no me detenga; sorteo árboles a una velocidad que tal vez nunca haya tomado, las ramas crujen bajo mis botas y los latidos de mi corazón y mi respiración agitada son lo único que puedo oír. Por eso decido parar; clavo los pies en la tierra y horado mi

entorno: estoy sola, la naturaleza en ese perímetro es tranquila, apacible. Inspiro hondo para calmar el profundo estado de alerta de mi organismo y luego comienzo a caminar de forma apresurada, me desvío un poco a la derecha sin dejar de revisar mi alrededor con los sentidos muy despiertos y entonces la veo: al pie de uno de los árboles más grandes se halla una mochila negra de gran tamaño. Me acerco, cauta, las aspirantes a Deida deberían ser sigilosas como el viento si se encuentran cerca de mí y no creo que nadie pueda ser tan ligera, por eso me lanzo hacia la mochila sin preocuparme de encontrar competencia pronto. Me sorprendo cuando leo la etiqueta impresa en la parte superior de la tela: EIRA ANIES . Alrededor del asa superior se encuentra mi colgante de la luna menguante, el que me regaló el tío Martin. ¿Cómo…? Acaricio la luna de plata con las yemas de los dedos y la desenredo del asa para colgármela al cuello y meterla bajo el uniforme. ¿Todas habrán encontrado sus propias mochilas? Tal vez mi colgante, que ha estado en contacto con mi piel durante tantas horas, haya sido la clave, como un localizador para ese instinto superdesarrollado que nunca deja de asombrarme. Reviso el interior de la mochila: agua, bolsas de frutos secos y envases de comida, mis tarros de ingredientes, elixires y utensilios para hacer hechizos, mantas térmicas, vendas, una daga, una pistola de dardos sedantes… La cuelgo a mi espalda y la ato bien a mi pecho y mi cintura; pesa bastante, pero no me impedirá moverme como necesito.

Bien, mi próximo objetivo es localizar una de las Joyas Sagradas. Si puedo evitar a las otras aspirantes y conseguir una Joya sin toparme con ninguna, podré regresar al punto de partida y, una vez allí, nadie podrá quitármela ni atacarme. Aunque, por supuesto, suena demasiado fácil y no creo que lo sea en absoluto. Calíope ha dicho que las joyas solo se dejan ver por las personas que consideran dignas. ¿Qué significa eso? ¿Un objeto inanimado puede desaparecer si le da la gana? Empiezo a adentrarme por un lugar donde la maleza crece hacia arriba y se expande entre los troncos, el pelo se me enreda a las ramitas espinosas cuando las atravieso; no me queda más remedio que detenerme para buscar la daga en la mochila y abrirme paso con el filo. Y, cuando estoy llegando al final, entonces lo veo, ni siquiera lo he percibido, aparece ahí de repente: es una aspirante. En concreto es Naim, que se queda inmóvil cuando me ve porque, por lo visto, acaba de alcanzar ese punto y no me había oído. Nos miramos con los ojos muy abiertos y él desvía la mirada hacia la daga que empuño en la mano derecha. Él también va armado con la suya. Nos miramos muy quietos durante unos instantes, luego vacila y…, finalmente, enfunda el arma en el uniforme.

—Tienes razón —dice él en voz baja y precavida—. He manifestado que, si debía encontrarme con alguien en esta prueba, que fuese contigo. Ha funcionado.

Esboza una sonrisa suave y yo relajo mi posición y guardo el cuchillo.

—¿En qué tengo razón? —le pregunto, cauta.

—Los sacrificios del resto de aspirantes no tienen sentido; ni siquiera hay una explicación en los escritos. La primera Proclama se dictó así y nadie ha cuestionado ninguna de las normas que

se pautaron hace cientos de años —me explica—. Eres diferente, Eira. Me gustaste desde el principio… Pero ¿cómo te va a gustar alguien que es tu rival?

Naim se mueve hacia mí y yo retrocedo; odio dudar de su sinceridad, pero acabar conmigo son doscientos puntos de ventaja.

—No pienso hacerte daño —promete, serio.

—Yo tampoco te lo haré a ti —le respondo.

—Lo sé… —murmura—. ¿Crees que… nos restarán puntos si nos quedamos juntos?

Lo observo con curiosidad, ¿quiere colaborar?

—Calíope no ha dicho nada acerca de eso en las normas de esta prueba.

Naim esboza otra sonrisa.

—Supongo que no pensaba que alguna de las aspirantes a Deida quisiese unirse a otra. O tal vez sí, quién sabe —comenta y después mira a su alrededor; es un acto mecánico que, al parecer, ya está instalado en nuestra mente—. De hecho, si todos nos uniésemos, entonces podríamos cambiar las reglas. No pueden obligarnos a continuar con la prueba si nos resistimos.

Contemplo a Naim con el pecho caliente; creía que no oiría algo parecido de una aspirante. Quizá la esperanza no esté perdida, al fin y al cabo.

—¿Conocías las Joyas Sagradas antes de que Calíope las nombrase?

—Sí, pertenecen a los Vulgaris desde hace generaciones. Son joyas valiosas creadas por brujas; ha dicho que solo alguien digno podrá verlas porque, al parecer, los minerales con los que están fabricadas detectan la energía de la persona que está cerca y pueden mimetizarse con el paisaje si el poder que detectan no es compatible con el suyo.

Suspiro y oteo los árboles hasta donde me alcanza la vista; el sol todavía hace una presencia notoria ahí arriba atravesando las copas, pero en cuanto oscurezca todo se pondrá más difícil.

—En ese caso tenemos que encontrar unas joyas que pueden volverse invisibles en mitad de este gigantesco bosque. —Me muerdo el labio y luego chasqueo la lengua—. Supongo que dos pares de ojos ven más que uno.

Empezamos a caminar a una distancia prudente; Naim también lleva colgada su mochila, aunque no parece tan voluminosa como la mía.

—¿Qué ocurrirá si encontramos una Joya? —pregunta.

—Puede que solo uno de nosotros pueda verla —respondo mientras camino a su altura.

—¿Y si los dos podemos verla?

—Entonces tú la tomarás y te irás al punto de partida —respondo, convencida.

Naim guarda silencio unos instantes, incluso baja el ritmo de sus zancadas.

—¿Y por qué dejarías que hiciese eso?

—Porque mi mochila está bastante más llena y, por lo tanto, tengo más puntos y mayores posibilidades de sobrevivir más tiempo —digo sin rodeos.

Él vuelve a quedarse mudo, pero en esta ocasión avanza hasta situarse más cerca de mí.

—Habría que ver si, a la hora de la verdad, lo que dices es cierto —dice en voz baja—. De momento, tengo fe en tu palabra y eso… es mucho decir. Quizá pertenezcas a una familia desvinculada, Eira Anies, pero tienes más valor que cualquiera del resto de aspirantes. Más valor y… más corazón.

Me quedo con las palabras de Naim un poco más mientras rastreamos el camino. El bosque es diferente a la nieve: allí todos los tramos parecían iguales, en plena naturaleza, en cambio, las plantas nos susurran. No es literal, por supuesto, es… como un cosquilleo. Sé que no tengo que dejar migas de pan por donde paso para no perderme y para no volver a pasar por el mismo sitio, porque lo reconocería. Es una sensación extraña pero gratificante. Este es el escenario de una bruja.

Naim y yo caminamos y exploramos la zona tan concentrados que no nos damos cuenta de la hora. Un gong reverbera en el cielo y asusta a los pájaros de las copas; han pasado cuatro horas. Ambos nos miramos las muñecas con temor: ahora tengo quinientos treinta puntos.

—¿Nos quitan setenta puntos cada cuatro horas? —pregunta Naim, mortificado.

Miro hacia arriba con rabia; no localizo ningún dron, pero sé que nos observan.

Transcurren otras cuatro horas y cuatro más, mientras buscamos en vano, y se nos restan ciento cuarenta puntos. Debemos beber agua, esos son otros veinte puntos por vaciar una botella, y también comemos algo valorado en veinticinco puntos. Si seguimos restando sin sumar nada, a ese paso nos quedaremos sin puntos antes de que salga el sol de nuevo.

Tengo trescientos cuarenta y cinco puntos cuando el bosque oscurece y no nos deja apenas visibilidad.

Quizá la luna brille ahí arriba, pero el follaje nos impide apreciar el cielo.

Voy a preguntarle por fin a Naim cuántos puntos le quedan; temo que no sean demasiados y ninguno se atreve a hablar de lo que piensa que ocurrirá si el contador se pone a cero. Pero coloca una mano en mi abdomen con urgencia para detenerme y se lleva un dedo a los labios justo antes de apagar su linterna. Hago lo propio y entonces lo oigo: son pisadas. Naim y yo nos resguardamos, agazapados contra un árbol a oscuras. Nunca me ha gustado esta sensación, de niña nunca aceptaba jugar al escondite porque me generaba ansiedad ocultarme en la penumbra a expensas de que me encontrasen. Apenas respiramos, muy juntos contra el tronco, cuando vemos la sombra de alguien, a unos cinco o seis metros de nosotros, que avanza recto, por donde Naim y yo veníamos. Lo que no esperamos es que otra persona la ataque de repente; mi acompañante y yo nos ponemos tensos y nos tapamos la boca al contemplar cómo la aspirante enciende su linterna para poder ver a su agresor y así poder defenderse; Rebeca Delta está tratando de arrebatarle la mochila a la chica que vino con Raina y conmigo en el coche.

—¡No! ¡No, no! ¡Por favor! —le suplica la chica.

Pero Rebeca hace caso omiso, no conoce la bondad. Le arrebata la mochila y, para mi sorpresa, sale corriendo. ¿No la mata? Entonces se oye un sonido extraño que proviene de la aspirante,

como el tintineo grave de un temporizador, y, de repente, se desploma en el suelo.

Naim y yo aguardamos un poco más en nuestro escondite, observando. La chica no se mueve y Rebeca parece haberse alejado.

—¿Qué haces? —me reprende Naim en voz baja cuando ve que estoy levantándome para ir en dirección a la aspirante.

—Quiero saber qué le ha pasado —susurro.

Camino deprisa para llegar hasta ella sin descuidar mi alrededor y me agacho cuando la alcanzo. Se me encoge el pecho al colocar los dedos en su garganta todavía cálida pero sin pulso; trago como puedo el nudo que se me forma en la garganta y entonces le miro la muñeca: el contador ya no reluce, hay cuatro ceros en el marcador. Rebeca le ha quitado los últimos puntos que le quedaban al robarle la mochila.

—Ya sabemos lo que pasa si se nos acaban los puntos —musita Naim a mi lado, le vibra un poco la voz.

Y Rebeca lo sabía, de modo que se habrá llevado los puntos de la mochila y los de la muerte de la aspirante. Aprieto la mandíbula con impotencia.

—Lo siento mucho —le digo a la chica muerta, apartándole el pelo de la cara y cerrándole los ojos, que mantenía abiertos y vacíos—. Naim, ¿cuántas provisiones te quedan?

—Eh… —vacila a mi lado y luego abre su mochila y me enseña su interior—. Algunas pruebas no me fueron muy bien.

Le quedan dos bolsas de comida, una botella de agua, algunos frascos de elixir y vendas. Eso es muy poco.

—¿No tienes manta? Aunque todavía sea verano, hay mucha humedad y de noche hace frío.

Naim niega con la cabeza. Arrugo la nariz y abro mi petate, tomo un par de frascos de hierbas que tengo de sobra (son para curar heridas, sobre todo), un par más de bolsas de frutos secos y una de las dos mantas térmicas para meterlas en su mochila.

—Eira…, ¿qué…?

—No sé cuántos puntos te dará esto, pero no voy a dejar que te pase lo mismo.

Naim se mira el contador, parece atónito por mi actitud.

—Me… me han subido noventa puntos, por lo tanto tú…

—No importa. Ahora centrémonos en encontrar las Joyas, ¿vale? Y cuidémonos las espaldas. Seguramente, Rebeca habrá fabricado dardos venenosos con sus hierbas y ungüentos o algo por el estilo; estuvo a punto de matarme en la nieve y no le tiembla el pulso, como habrás visto. —Me aguanto como puedo las lágrimas y las náuseas al levantarme; tendremos que dejar a la chica ahí, como si no fuese nadie, como si no tuviese una familia que espera que regrese a casa.

Cuando nos ponemos en marcha de nuevo, no puedo evitar pensar en cómo funcionará el marcador cuando se nos acaban los puntos: ¿liberará veneno?, ¿provocará un fallo en nuestro organismo con algún impulso eléctrico? Me parece demencial; hemos permitido que nos

inyecten en la muñeca un aparato que aguarda a matarnos si no lo alimentamos con puntos.

Y, joder, ¿cómo vamos a encontrar algo tan pequeño en mitad de la noche? Cuando tenemos que ser precavidos de encender luces, cuando debemos estar atentos a cada mínimo sonido… El frío empieza a apretar y el agotamiento amenaza con vencernos al cabo de un rato. El gong suena de nuevo y mi muñeca refleja ciento ochenta y cinco puntos.

—Ni siquiera podemos dormir —se queja Naim, abrazado a la manta térmica, como yo—. Si dormimos, moriremos.

—En otras cuatro horas amanecerá y ya hemos peinado gran parte de esta zona del bosque, no pueden estar muy lejos —intento convencerme a mí misma.

El instinto de supervivencia sigue activo, pero el agotamiento nos pasa factura. Apenas pegué ojo anoche y mi cuerpo no parece contemplar la idea de no dormir tampoco hoy.

—No se ve nada… —protesta Naim—. Lo confundo todo con las Joyas: piedras, montículos de tierra, hojas. Se me nubla la maldita vista.

—La estamos forzando demasiado —coincido, pero no podemos encender mucho las linternas porque seríamos un neón en la oscuridad—. Durmamos un par de horas, podemos… podemos escalar un árbol y quedarnos en alguna rama para descansar. ¿Te puedes permitir gastar esas horas?

—No nos queda más remedio. Si no dormimos un poco, no rendiremos y tendremos los reflejos afectados en caso de que nos ataquen.

Buscamos el mejor árbol para subirnos y miro hacia las gruesas ramas a varios metros de altura con un dolor agudo en la boca del estómago.

—Las pruebas de obstáculos no fueron lo mío —le confieso a Naim.

—Ya… lo recuerdo —responde, llevándose las manos a la cintura al tiempo que mira en la misma dirección que yo—. Te ayudaré; sube a mis hombros y escala hasta esa rama. Intenta clavar la daga en el tronco para que te sirva de asidero.

—Espera… —Me agacho para abrir mi mochila y preparo una mezcla rápida para practicarme la misma runa que usé en la prueba de obstáculos.

Naim me observa con curiosidad mientras la dibujo en mi abdomen.

—¿Eso te ayuda?

—Sí, al menos sí me ayudó en las pruebas —respondo, guardándolo todo.

—¿De verdad? Vaya… Sé de hechizos, pero no alcanzo ese nivel.

—Te enseñaré cuando salgamos de aquí.

Naim me dedica una sonrisa triste. Ambos sabemos que esa frase es demasiado optimista.

—Venga, sube a mis hombros…

Me caigo encima de Naim dos veces antes de lograr clavar la daga con fuerza en el tronco. Esas dos veces he procurado no emitir ningún sonido durante el proceso, pero ambas caídas han sido desde una buena altura (Naim debe medir casi un metro noventa) y la tierra no es tan

mullida como parece. A la tercera, me agarro con todo mi empeño del mango de la daga y empujo mi cuerpo hacia arriba para alcanzar la rama con mucha dificultad y, rezando para que el filo no se salga del tronco, retengo el grito que deseo proferir y logro impulsarme hacia arriba; solo puedo respirar cuando mi pecho hace de sujeción y procuro arrastrarme dando patadas al aire y agarrando la rama como si se me fuese la vida en ello (bueno, quizá sí se me vaya). Naim se ayuda de su daga y la mía para subir, con mucha más habilidad que yo. Nos sujetamos los cuerpos a la rama con cuerdas (que solo estaban en mi mochila) para evitar caernos cuando nos durmamos e intentamos adoptar una posición cómoda.

—Pondré la alarma en el reloj. —Que también venía en mi mochila.

Naim y yo cerramos los ojos por fin; es un alivio para mis córneas agotadas, exhalo por la boca al tumbarme contra la mochila.

—Tengo… tantas cosas que hacer —musita él al cabo de unos instantes de silencio en el que los apacibles ruidos de la naturaleza nos envuelven—. Me he pasado la vida preparándome para esto y he renunciado a demasiado. Nunca he besado a nadie, ¿sabes? Estaba destinado a enamorarme del Catalizador; hubiese estado mal visto por mi familia, por el aquelarre e… e incluso por mí.

Miro hacia las bellas formas del follaje que se dibujan contra el cielo, Naim está tumbado entre mis piernas, quizá sea demasiado íntimo, pero tampoco tenemos más espacio.

—Si te sirve de consuelo, yo he besado a dos chicos, uno en primaria y otro en el instituto y… no fue gran cosa. De hecho, en ambas ocasiones fue un poco desastroso.

Puedo sentir su sonrisa aunque no lo vea.

—Pero ¿cuántos años tienes, Eira? Apuesto que no hace mucho que eres mayor de edad. Yo voy a cumplir los veinticuatro el mes que viene. —Noto cómo roza mi pierna y la sujeta contra su brazo para que no cuelgue.

—Tendremos tiempo de besar a quien queramos, Naim. Se nos ocurrirá algo… —Estoy demasiado cansada como para seguir con la conversación, ya ni siquiera puedo abrir los ojos y mis pensamientos empiezan a ser abstractos.

Entonces me adentro en un sueño demasiado real.

21
Eira

«Todo lo que creías sumamente importante puede pasar
a un segundo plano en cuestión de minutos. Tenlo en cuenta.»

Mandamientos para sobrevivir, por CAIDEN VULGARIS

—Chica de las flores.

Oigo su voz justo frente a mí y abro los ojos, exaltada.

—¡Chisst! Chica de las flores, despierta.

—¿Caiden? —susurro con la voz ronca.

Me incorporo y lo busco, pero no está cerca de mí como esperaba. Lo encuentro cuando miro hacia abajo: Caiden me hace señas para que baje del árbol.

—¡Vamos! Ven conmigo —me pide.

No sé de qué manera bajo de la rama, pero de repente me encuentro en el suelo y persigo a Caiden, que se gira de vez en cuando y camina de espaldas para comprobar que voy tras él.

—¿Qué haces aquí? Las cámaras pueden verte —le recuerdo con el corazón acelerado.

Él me ignora y continúa guiándome hasta que de pronto se detiene.

—Mira ahí dentro. —Señala el tronco hueco de un árbol cortado.

Observo sus hermosas facciones antes de caminar hacia donde me pide y meto la mano en el orificio para extraer un pañuelo de tela.

—Eira, mantente con vida —oigo la voz sedosa de Caiden justo en mi oído al tiempo que destapo el objeto que envuelve la tela; una de las Joyas Sagradas, juraría que representa el elemento de aire en un tono beis y dorado.

Y entonces me despierto.

La penumbra sigue muy presente en el bosque, y me cuesta quitarme el efecto del sueño porque ha sido muy real. Me incorporo, soñolienta, con el cuerpo agarrotado. Naim duerme entre mis piernas, todavía no han pasado las dos horas que habíamos decidido descansar, pero… sé dónde encontrar la Joya del elemento del aire. Caiden me lo ha mostrado o quizá ha sido mi subconsciente, no lo sé, pero tengo que averiguar si se esconde de verdad en ese sitio.

—Naim… —lo llamo en voz baja, presionándole el hombro.

—¿Ya es la hora? —responde con voz ronca.

—Creo que sé dónde podemos buscar…

Me desato las cuerdas y clavo la daga en el mismo lugar que lo hizo él al subir para comenzar a descender; casi me suelto, emito un breve chillido y consigo encaramarme al tronco con la ayuda de Naim, que me sujeta de la muñeca. Miro a mi compañero con sumo agradecimiento y continúo bajando con un esfuerzo enorme por no caerme; estar agotada hace que todo sea más difícil. Por fin mis pies tocan el suelo y, de alguna manera, miro a mi alrededor como si fuese a encontrar a Caiden, algo absurdo.

—¿Y esta revelación repentina? ¿Descansar le ha venido bien a tu intuición? —me pregunta Naim cuando empezamos a caminar a paso ligero.

Él tiene que apretar el paso detrás de mí porque yo sé perfectamente qué camino tomar.

—Ojalá no me equivoque —ruego.

No voy más rápido por temor a hacer demasiado ruido, pero tengo en la cabeza grabado el camino exacto que me indicaba Caiden en el sueño; no está cerca, quizá queden unos veinte minutos de camino si vamos a paso ágil.

—No te separes mucho de mí —le pido al oír sus pisadas más alejadas.

—Te mueves demasiado bien en la oscuridad —replica, trotando para alcanzarme.

Atravesamos un lugar atestado de ramas espinosas con el suelo embarrado; han pasado varios días desde la tormenta que cayó en la prueba de obstáculos, pero esa zona hace que el agua se estanque. Miramos bien cada sitio que pisamos para no resbalar y cortamos algunas ramas largas con las dagas.

—Es aquí —le susurro tan bajito a Naim que dudo que me haya oído.

Ahí delante hay un pequeño claro y justo en medio está el tronco cortado y hueco que salía en mi sueño.

—Escúchame —digo, y Naim se acerca a mí para que podamos hablar en susurros—. Ahora tomarás la Joya que está ahí dentro y correrás hacia el punto de partida, tienes la brújula, debes ir hacia el este en esa dirección. Como la Joya te dará quinientos puntos, voy a recuperar algunas de mis cosas de la mochila y así…

—¿Cómo estás tan segura de que en ese hueco hay una Joya? —me interrumpe, confuso.

—Lo comprobaremos ahora mismo —le aseguro.

—En ese caso, llévatela tú, Eira —me pide—. Me llevaré algunas cosas tuyas para tener suficiente para sobrevivir, encontraré otra por mi cuenta.

—No, yo tengo más puntos…

—Eira, no puedes subir y bajar de un árbol sola. Si tienes que ponerte a salvo, ¿cómo lo harás? ¿Y si alguien te ataca? Vi que no entrenaste con tu mentor y en la prueba oficial dejaste noqueado al brujo con una sustancia, no te enfrentaste a él. ¿Acaso sabes luchar?

Frunzo el ceño. ¿Todo el mundo se dio cuenta que no sé defenderme? ¡Yo no me enteré de lo que hizo nadie!

—Eso no importa, tengo ingredientes para hacer lo mismo.

—Claro que importa. Yo sé pelear y con los puntos extra que me den tus provisiones, podré encontrar otra Joya. Es lo más lógico.

Suspiro hondo, no sé si es lo más lógico, lo único que es seguro es que solo uno de los dos puede llevar la que está ahí dentro, si es que lo está.

Ambos avanzamos con sigilo hacia el tronco, y soy yo la que me agacho y alumbro con la linterna el hueco: en efecto, hay un pañuelo de tela. Me da un vuelco el corazón y extiendo la mano al interior para sujetarlo; al destapar lo que envuelve, el brillo dorado de la Joya refulge contra la luz amarilla de la linterna.

—Increíble… —murmura Naim.

—¿Tú también la ves?

Él me dedica una sonrisa de admiración. Y luego ambos miramos hacia mi muñeca; se me han sumado quinientos puntos de golpe.

—Vamos, no hay tiempo que perder. Dame alguna de tus provisiones —me pide, yendo hacia mi espalda.

Vacilo, pero no parece que vaya a dar su brazo a torcer. Naim toma algunos tarros más: comida, agua, cuerdas y el reloj.

—Te dejo la pistola de dardos sedantes, quizá la necesites —musita mientras cierra la cremallera de mi mochila.

—Toma mi daga. —Él accede a agarrarla y me mira con preocupación—. Todavía puedes cambiar de opinión…

—Tus cosas me han sumado casi doscientos puntos, eso me da más de ocho horas para encontrar otra Joya. Será fácil.

—Aquí nos despedimos, entonces —me tiembla un poco la voz.

—No dejes que te atrapen, Eira —me pide con seriedad.

Asiento con la cabeza y luego ambos tomamos impulso para darnos un abrazo.

—Volveremos a vernos —le digo, intentando que sea una promesa.

Él me sonríe con dulzura y luego se aleja en dirección contraria a la que iré yo. Tomo aire con ansiedad y compruebo que tengo la Joya Sagrada a buen recaudo antes de apretar el paso hacia el este. No me gusta volver a estar sola, todavía en penumbra; su compañía me cubría las espaldas, me… calmaba. Ahora las sombras parecen más amenazantes; pero, si sigo siendo silenciosa, en poco más de una hora llegaré al punto de partida sana y salva. Sin embargo, me he confiado antes de tiempo, porque oigo el crujido de una pisada no muy lejos de mí y me quedo inmóvil. Aguanto el aliento en la garganta y viro las pupilas hacia los lados; de pronto vuelvo a oírlo más cerca, entonces me muevo con rapidez y me agazapo contra un árbol tratando de ver en la oscuridad con suma dificultad. Solo veo las formas de los árboles y los montículos de tierra, recorro con la mirada nerviosa mi alrededor y empuño la pistola de dardos sedantes con fuerza.

Cuando aguzo el oído, todavía sin respirar, solo oigo la calma casi escalofriante de la naturaleza. Y entonces la veo, arremete contra mí tan rápido que no me da tiempo a actuar. Forcejeo con ella y se me resbala el arma de la mano; ambas emitimos gritos contenidos, sabe perfectamente dónde buscar, está palpando el bolsillo del uniforme a la altura de la cadera. Es Berenice (la primera Deida de la lista), veo el reflejo pelirrojo de su trenza cuando saca la daga y la empuña con fuerza directamente hacia mi pecho. Apenas tengo tiempo de tomar aire cuando otro cuerpo la embiste desde la izquierda: Naim.

—¡¡Corre!!

Lo miro aterrada, lo que me impide actuar.

—¡¡No!! —grazna ella, y luego distingo que me apunta con su arma. Ella dispara, pero Naim hace que desvíe el recorrido del dardo y no acierta. Inmediatamente me agacho para buscar a tientas mi pistola de sedante, exhalo una exclamación al encontrarla y apunto a Berenice, pero justo en ese momento ella logra clavar lo que parece una jeringuilla en el cuello de Naim. ¿¡De dónde la habrá sacado!?

—¡¡No!! —mi grito espeluznante atraviesa el aire.

Ella se lo quita de encima y parece querer incorporarse, con la daga en la mano. Le disparo los sedantes antes de que le dé tiempo a levantarse, pero, aunque acierto en su pecho, viene hacia mí de todas formas, lo que me hace pensar que quizá el uniforme impida que la sustancia penetre en su piel. Con un grito ronco de guerra, Berenice salta sobre mí. Me da tiempo a ver a Naim intentar inhalar aire sin éxito detrás de ella y el horror que siento es tal que casi me paraliza. Casi. Detengo el recorrido del filo del cuchillo agarrándolo del brazo.

—¡Berenice! ¡Por favor! —le ruego.

Ella me mira con rabia, como si odiase que sepa su nombre y quiera recurrir a su bondad. Me va a matar, lo veo en su expresión, lo siento. Quiere la Joya y quiere mi muerte, ambas cosas. Emito un gruñido cuando el cuchillo corta la parte superior de mi brazo, con el que estoy sujetando la mano con la que quiere apuñalarme. Y lo hará. No queda mucho porque mi fuerza no es superior a la suya y ningún hechizo me ayuda; no soy ágil ni rápida, y ella está fibrosa de entrenar a diario durante años. Se mueve y me corta de nuevo el brazo; esta vez sangro más y el grito de dolor aviva su expresión psicópata. Entonces vuelve a acometer contra mí. Trato de detenerla y mi mano acaba agarrando el filo; chillo al notar cómo me corta la palma de la mano, y entonces ocurre algo extraño: sus ojos inyectados en furia y odio se quedan momentáneamente vacíos y deja de hacer fuerza. Solo son unos segundos, pero en esos segundos suceden muchas cosas: ocurre que la fuerza que opongo provoca que el filo cambie de dirección y me venzo hacia ella por su falta repentina de presión contra mí; Berenice recupera la lucidez en el momento exacto en el que el cuchillo se clava en su diafragma. Aspiro entre dientes y la miro con los ojos muy abiertos, ella me devuelve la mirada incrédula y luego tose sangre. Todavía rodeo el filo junto al mango de la daga que se clava en su pecho, yo… yo le he clavado el cuchillo.

—No… —susurro.

Berenice cae de rodillas y vuelve a toser. Me miro las manos ensangrentadas y temblorosas, incapaz de asimilar lo que ha pasado. Una luz ligera se abre paso entre las copas de los árboles, en ese momento veo a Naim en el suelo.

—¡No! ¡¡No!! —Mis extremidades se accionan y me lanzo hacia él, le retiro la jeringuilla del cuello para oler el tipo de sustancia que ha usado Berenice y me descuelgo la mochila para hacer una mezcla rápida con el pulso convulso.

Se me caen algunos ingredientes al suelo, pero logro hacer la mezcla líquida para poder inyectársela con rapidez, clavo la aguja en su cuello, manchándolo de mi sangre, y aguardo.

—Por favor, por favor —gimoteo.

Tengo miedo de tomarle el pulso, pero debo hacerlo. Se me emborrona la vista cuando acerco los dedos a su garganta.

—Naim, respira, por favor, respira —farfullo.

Pero no le noto el pulso. No respira. Cierro los ojos con fuerza y dejo caer la cara en su pecho inmóvil. Emito un grito ronco y ahogado que proviene desde un dolor insoportable que jamás había experimentado. Pero eso no es todo; al mirarme la muñeca compruebo que se han sumado doscientos puntos más a mi contador.

—No…, no, no. —Me giro hacia Berenice, que está tirada en el suelo.

Tomo aire con ahogo y me acerco hacia ella; está muerta. En mi muñeca aparecen los puntos de su muerte.

—¡¡No!! ¡No!

Me golpeo la muñeca con fuerza por si así logro deshacerme de esos puntos malditos y grito con tanto dolor y rabia que mi realidad se vuelve difusa y extraña. Las dos personas que tengo a mis costados ya no respiran, están muertas. Y creo que yo entro en estado de *shock* , porque me quedo sentada en medio de los dos sin ser capaz de hacer nada. No puedo moverme.

—Eira. —Oigo mi nombre y solo muevo los ojos en dirección a la voz.

Lo primero que veo es un arco de flechas y después a la persona que me apunta: Raina. Debe ver el panorama: mis manos ensangrentadas y dos cuerpos sin vida rodeándome.

—Eira, dame la Joya —me pide sin dejar de apuntarme con su arma.

No me resisto, no veo la razón. Tomo la Joya del bolsillo del uniforme y extiendo el brazo hacia ella. Raina me observa con recelo y se aproxima con prudencia para arrancarme el pañuelo con la Joya de la mano. En ese momento logro ver la puntuación de su muñeca: ochocientos puntos, que aumentan rápidamente a mil trescientos por tener una Joya Sagrada en su poder, ¿cómo podía tener tanta puntuación? Han pasado muchas horas y no puedo creer que haya asesinado a cuatro o cinco aspirantes; lo que sí que encaja es que el aquelarre le haya dado ventaja por ser la auténtica Deida, como bien anunció Caiden. Ella revisa el contenido del pañuelo sin dejar de encañonarme y luego parece debatirse entre si disparar o no. Le mantengo la

mirada mientras se decide; tengo miedo, sí, pero mi estado de supervivencia es extraño en este momento. Sé lo que está pensando: si me deja con vida, se arriesga a que corra tras ella e intente arrebatarle la Joya de nuevo. Si termina conmigo, sería una decisión razonable. Podría sedarme para que no fuera una molestia, pero se limita a retroceder con vacilación y bajar su ballesta; me observa con tristeza y luego se gira para echar a correr.

No voy tras ella, por supuesto. Una ausencia rara comprime mis órganos, siento dolor en casi todas las partes de mi cuerpo, pero eso es lo de menos. Soy una asesina. Naim está muerto. Me incorporo y miro mis manos, todavía tiemblan y sangran… mucho. ¿Es normal tener tanta sangre? Siento que los bordes de los ojos se me nublan y pierdo el equilibrio.

«Eira, detén la hemorragia».

Pego un respingo al oír la voz clara de Caiden en mi cabeza. Miro a mi alrededor, atónita, pero no está por ninguna parte. Es… es cierto, estoy perdiendo mucha sangre por los cortes; son cortes graves, me doy cuenta ahora que enfoco bien mis heridas. Me arrodillo frente a mi mochila y busco el ungüento de las curas y las vendas, necesito puntos, pero no tengo el material para coserme, de modo que comprimo bien la herida con vendas y me envuelvo las manos y los brazos. El gong que anuncia que han transcurrido otras cuatro horas reverbera en el cielo y se restan setenta puntos de mi muñeca. Cierro los ojos despacio para asumir todas las sensaciones que tratan de colapsar mi cerebro y suspiro profundo. No puedo quedarme aquí; Naim querría que siguiese adelante, ha dado su vida por mí. Extraigo un sonido estrangulado de la garganta que se parece al llanto, pero ni siquiera puedo llorar. Mi cuerpo no reacciona como siempre; está entumecido, como si hubiese anulado parte de mis funciones para darme un respiro. Recupero mis cosas de su mochila y me permito tomar alguna cosa más que me dé puntuación, también agarro la comida y el agua de Berenice.

—Lo siento… muchísimo —les digo antes de marcharme.

La luz del sol empieza a iluminar los recovecos del bosque. Llevo muchas horas sin comer nada y el estómago me duele, pero siento que vomitaría todo en cuanto lo tragase, así que me limito a beber agua. Camino sin rumbo, buscando por todos los rincones que me parecen buenos para esconder una Joya y al cabo de unas horas debo cambiarme las vendas empapadas de sangre; también debo comer algo si no quiero desmayarme, así que pego bocados pequeños a un bocadillo procesado y me permito sentarme un poco mientras mastico cuando otro gong me vuelve a restar otros setenta puntos. «Caiden, ¿ya no vuelves a hablarme?», pienso. Quizá en mi estado enajenado imaginase su voz.

Peino cada tronco, hendidura y montículo, pero no encuentro nada y mi intuición no parece ayudarme. Para cuando suena el siguiente gong ya solo me quedan doscientos cuarenta puntos. Y transcurren otras dos horas más cuando empiezo a oír ruidos no muy lejos de mí; son gritos que se aproximan. Me tenso y miro el árbol que tengo a mi costado; debo treparlo, no voy a poder defenderme cuando me ataquen.

—¡Joder! —murmuro.

Y saco las dos dagas, la de Naim y la mía, e intento clavar la primera en el tronco con la mano herida, pero es imposible. Emito un sonido de frustración y me agacho con velocidad para preparar el ungüento que me otorga agilidad, me dibujo las runas rápido debajo del uniforme y no termino de abrochármelo. La siguiente vez que intento clavar la daga, lo consigo. Reprimo sonidos de dolor y esfuerzo cada vez que soporto mi peso con las manos heridas; los mangos de los cuchillos se manchan de mi sangre, que resbala, pero siento la magia crepitar en mi piel por el instinto de supervivencia y pronto alcanzo la enorme rama a la que me cuelgo con gran dificultad. Emito sonidos roncos y exhalo con fuerza cuando logro estar boca abajo contra la rugosidad áspera de la rama. A los pocos minutos, oigo ruidos debajo de mí: son varias personas, intento no asomarme mucho para no ser vista, pero son aspirantes a Deida, he podido apreciar sus trajes blancos. Se están persiguiendo y desde aquí arriba puedo sentir la violencia de sus energías; se están dando caza entre ellas. Es horrible.

No me han visto, pasan de largo. El alivio me invade y me permito quedarme aquí tumbada un rato más. Las palmas me palpitan y la piel me hormiguea, jamás me he sentido tan exhausta. Cuando abro los ojos la siguiente vez, me incorporo sobresaltada: me he dormido. Mierda, ¡mierda! ¿En qué momento me he dormido? Ya es de noche, la oscuridad vuelve a caer como un manto lúgubre sobre el bosque. Miro mi contador, ¡setenta puntos menos! Y cuando busco con nerviosismo el reloj, de repente me asusta el sonido del gong. Cien puntos, me quedan cien puntos. ¡¿Cómo he podido dormir tanto?! Extraigo un lamento afónico que no reconozco como propio y me aprieto los ojos con el dorso de las manos. Decido encender la luz de la linterna en su intensidad más baja para volver a curarme las heridas supurantes; ¡joder, duele mucho! Me aplico la runa para desensibilizar la zona y luego me dibujo también las de la agilidad física. Es en ese momento cuando aprecio un destello por el lateral del ojo: ¡hay un lago a unos pocos metros! No me había dado cuenta. Sin embargo, el destello no procede de las leves ondulaciones del agua… Entrecierro los ojos para intentar apreciar la procedencia de un punto de luz que titila cerca de la orilla. Dios, ¿es… es lo que creo que es? Emito un sonido desequilibrado y termino de guardar los ingredientes en la mochila para atármela bien a la espalda y bajar del árbol. Logro meter el filo de la daga en los agujeros que he hecho al subir y la magia me ayuda a que los cortes no me hagan rabiar de dolor y no resbale durante la bajada. Salto al suelo desde una altura considerable, pero consigo caer de pie y luego tomo impulso para correr hacia el lago. Puede que me equivoque y no sea lo que pienso, pero es un pálpito muy fuerte. Las demás aspirantes han pasado muy cerca y no han visto nada, y el caso es que todavía era de día. Me detengo ante el lago y lo veo enseguida: ahí está, es un reflejo azulado, como si proyectase su propia luz incandescente. Vacilo antes de quitarme la mochila; no puedo meterla en el agua, así que la deposito tras un árbol y luego enfilo hacia el lago sin pensarlo. Debo sumergirme más de lo que creía y tomo aire antes de hundir la cabeza. Parece como si la Joya esté deseando que la

encuentre, porque ilumina mi camino hasta ella; es de un azul precioso con formas intrincadas en plata o quizá sea oro blanco. Nado hacia la superficie con la Joya Sagrada del elemento del agua en la palma de la mano vendada y luego corro para recuperar la mochila. Estoy empapada de arriba abajo, pero no puedo perder el tiempo en secarme y aprieto el paso, brújula en mano, hacia el punto de partida. No pienso dejar que me quiten la Joya de nuevo, por eso empuño la pistola de dardos sedantes mientras avanzo a gran velocidad con los sentidos en estado de alerta. Se han sumado quinientos puntos a mi contador, pero si me arrebatan la Joya y la mochila, me quedaré en cero y moriré. Me detengo de vez en cuando para asegurarme de que no oigo ningún sonido sospechoso a mi alrededor y luego continúo; me caigo en un par de ocasiones porque las raíces se enredan en mis botas y mi velocidad es tal que ruedo con agresividad por la tierra, pero me incorporo rápido; ni siquiera siento el dolor, no todavía.

Emito un gemido hondo cuando veo la linde del bosque frente a mí, llevo corriendo alrededor de una hora, de modo que… ya he llegado. Solo diez zancadas más y nadie podrá atacarme. Exhalo una bocanada de aire cuando atravieso los últimos árboles; me gustaría tirarme al suelo y llorar hasta desgarrarme… pero el escenario con el que me encuentro hace que mi organismo colapse por fin. No me había dado cuenta de la luz artificial que procede del claro, pero el lugar está preparado para recibir a las ganadoras. A mis lados, dándole la espalda al bosque, se encuentran las aspirantes a Deida que, al parecer, han sobrevivido a la prueba: Roman, Raina y Rebeca Delta. Los cuatro formamos una línea recta ante la presencia de los Vulgaris, que se han dignado a venir. Calíope y Ades encabezan el grupo que hay de pie ante nosotras, con sus capas y su vestimenta propia de reyes.

—Por fin, la última aspirante. —Calíope anuncia mi llegada con voz vehemente—. Queridas, enseñadnos las Joyas Sagradas, por favor.

La contemplo con una rabia que aumenta conforme pasan los segundos, y apenas atino a abrir el bolsillo del uniforme para sacar la Joya.

—Rebeca Delta, el elemento del fuego. Raina Elisabet, el elemento del aire. Roman Kassi, el elemento de la tierra. Eira Anies, el elemento del agua. Mi más ferviente enhorabuena, ¡sois las finalistas de la Proclama de la Deida!

Se oyen aplausos acalorados detrás de ellos, y es en ese momento cuando me doy cuenta de que un grupo de brujos los acompañan; seguramente miembros importantes de la corte del aquelarre. Encuentro a Caiden tras su padre, verlo calma un poco mi ira.

—Es un honor para el aquelarre y el resto de los miembros de la corte conocer a las aspirantes más cualificadas, queremos mostraros toda nuestra admiración y respeto. —Conforme Calíope habla, más me hierve la sangre. Naim está muerto, he matado a una chica, todos los que están aquí quizá hayan asesinado en nombre de la Proclama… Es demencial y, sin embargo, ella, como el resto de los brujos, mantienen sonrisas emocionadas—. Me gustaría deciros que ahora os llevarán a vuestras habitaciones y podréis asearos y descansar, pero la prueba final no

funciona así. Ahora todo el peso de la segunda fase cae sobre vuestro Catalizador, aspirantes, de modo que no necesitáis reponeros.

Vemos a un grupo de hombres de la guardia venir hacia nosotras con posturas categóricas. Me encojo cuando uno de ellos se dirige hacia mí y me toma del brazo con fuerza.

—Este proceso es por vuestro bien, aspirantes. Nos vemos en la segunda fase de la prueba final de la Proclama —concluye.

Emito un graznido ronco cuando compruebo que el guardia extrae una jeringuilla; quiero defenderme, pero no me da tiempo, y el tipo inyecta un líquido en mi cuello que adormece mis extremidades. Logro sentir cómo me toma en brazos antes de que todo se vuelva negro.

22

Eira

«Estaba convencido de que el dolor ya es algo
con lo que lidio y aplaco con estoicismo.
Pero nunca he sentido tanto dolor
como cuando, por unos segundos,
he pensado en la posibilidad
de su muerte. No, ella no puede morir.
No sé en qué momento ha ocurrido,
no tiene nada que ver con ningún hechizo antiguo;
he sentido un vacío profundo y desgarrador
ante la idea de que ella deje de respirar.
No dejes que lo haga.»

Mandamientos para sobrevivir, por CAIDEN VULGARIS

¿Qué pensarán mis padres de mí? Mi cabeza es un hervidero de pesadillas en las que siempre, aunque luche por evitarlo, termino hundiendo el cuchillo en el pecho de Berenice. También veo el rostro sin vida de Naim y su voz diciendo: «Nunca he besado a nadie, ¿sabes?», y ya nunca lo hará.

Soy consciente de que me estoy despertando en el momento en el que oigo alboroto a mi alrededor. Estoy tumbada boca abajo en una superficie dura y noto la boca pastosa y dolor en casi todas las zonas de mi cuerpo. Levanto la cabeza, medio grogui, y trato de enfocar la visión; ¿hay… hay una multitud contemplándome? Se me aclara la visión lo suficiente como para apreciar el lugar en el que me hallo: cientos de brujos con sus capas negras están en una especie de gradas, como si fuese un anfiteatro. No entiendo nada. Me… me sitúo sobre una superficie rocosa y no tengo ninguna opción de poder salir; estoy a una altura de al menos diez metros del suelo y, cuando miro hacia mi izquierda, veo a Raina en mi misma situación, separada de mí por un muro al ras de las plataformas que nos sostienen. Roman y Rebeca también se encuentran más alejados en sus propias plataformas. ¿Pero qué…? Oigo el sonido del movimiento de agua a mis espaldas, lo que tengo detrás es una presa, una pared de cemento que amenaza con descender. El terror me eriza la piel hasta que duele.

—¡Amados siervos de la magia y queridas finalistas, bienvenidos a la segunda y última fase de la prueba final de la Proclama de la Deida!

Una ovación ensordecedora se alza en el hemiciclo, los brujos están eufóricos. Los tronos del aquelarre se encuentran bastante alejados de mi posición, pero puedo apreciar las caras de todos los miembros. Caiden está de pie, a diferencia de su familia, y mantiene una expresión severa, casi puedo ver cómo se mueven los músculos de su mandíbula.

—Como ya sabéis, esta prueba pone al límite al Catalizador, que deberá elegir a su Deida auténtica si no quiere que muera. Los lugares en los que se encuentran nuestras finalistas están sellados con una runa que bloquea cualquier tipo de magia que ellas quieran emplear para sobrevivir; solo el Catalizador podrá salvarlas y, como ya sabemos, solo salvará a una de ellas. —Calíope habla a través de un micrófono que amplifica su ceremoniosa voz y los brujos vuelven a vitorearla—. Las palancas que ponen en marcha los cubículos en los que se encuentran las finalistas se activarán al mismo tiempo y los cuatro son igual de rápidos y mortales. El Catalizador solo tendrá tiempo de ir a por una de ellas, así que debe tener muy claro hacia dónde ir.

Siento que algo vital de mí abandona mi cuerpo. Es una sensación que me aplasta el pecho y me hace contemplar al aquelarre y al resto de los brujos sin apenas sentir nada, apenas oigo el bullicio atronador cuando Calíope deja de hablar. Al fin mi organismo ha dejado de funcionar de manera normal; ha sido demasiado tiempo de tensión, sufrimiento e impotencia. Mi mirada se cruza con la de Raina; de nuevo esa tristeza sólida atraviesa sus bellas facciones. Raina se resignó a vivir todo esto desde que era niña y no contempló resistirse. ¿Quizá ahora se está replanteando su forma de ver las cosas? Es demasiado tarde.

—¿Qué os hace creer que salvaré a alguna de ellas? —Caiden interviene con voz furiosa—. Si todas mueren, mis planes ya no estarán en peligro y no podréis retenerme contra mi voluntad durante mucho más tiempo.

Calíope deja escapar una risa irónica.

—No soportarás ver a tu Deida morir. Ni siquiera un corazón desprovisto de bondad puede ignorar sus sentimientos, y eres mi hijo, te conozco; puede que la oscuridad esté en ti, Caiden, pero la bondad sigue siendo una de tus debilidades.

—No, madre, no se equivoque; no me conoce en absoluto —responde él, airado.

En ese preciso momento, varias personas desde distintos puntos del anfiteatro disparan bengalas hacia el cielo, el sonido y las veloces luces rojas acompañadas de un espeso humo blanco colman el lugar. Por la reacción confusa del aquelarre, adivino que es algo que no estaba pautado. Y entonces la oigo:

—¡¡Las brujas somos más fuertes juntas!! —chilla una chica entre las gradas a mi derecha.

¿Gisela? Es… ¡es Gisela! Y las personas que han lanzado las bengalas son las aspirantes a Deida condenadas a servir al aquelarre. Se están revelando, se revelan con las palabras que

proclamé antes de la prueba en el bosque. El humo es cada vez más y más denso y obliga a los brujos a levantarse de sus sitios entre toses. La carne se me pone de gallina, la vitalidad regresa a mi organismo de golpe.

—¡¡Eira!! —me grita Gisela.

La veo preparar una cuerda, quiere lanzármela para que pueda salir de donde estoy, pero alguien la ataca; Aegon, el hermano de Caiden.

—¡¡Gisela!!

La nube blanca abarca casi todo y no puede verse nada a nuestro alrededor. Sus cuerpos se sumergen en la neblina y no consigo apreciar sus siluetas.

—¡¡Guardia, activad las palancas!! —oigo vociferar a Aegon.

—¡Caiden no está! —distingo la voz alterada de Idris.

Sin embargo, la plataforma en la que me hallo vibra bajo mis pies haciéndome tambalear; está empezando a descender despacio, la de Raina también, la veo perder altura al mismo tiempo que yo.

—No, no, no —murmuro, sin saber qué hacer.

Miro con nerviosismo hacia donde se encontraba Gisela y también hacia donde se situaba Caiden, pero no logro ver nada más que un tumulto de sombras y formas en movimiento. Hay mucho ruido de gente turbada y agitada por doquier, pero no logro discernir ninguna voz conocida.

—Sagrada magia ancestral… —empiezo a recitar un hechizo desesperado, pero enseguida noto la energía bloqueadora de la que hablaba Calíope. Emito un grito ronco—. ¡Sagrada magia ancestral, permite que mi cuerpo encuentre la manera de volver a respirar cuando el agua…!

La presa deja escapar litros y litros de agua que se abre paso con violencia contra las paredes y alrededor de la plataforma que desciende inexorablemente. La riada agresiva colma el rectángulo en el que me encuentro y desciende en cascada a unos metros delante de mí. Ya no veo a Raina, el muro que nos separa se alza sobre mi cabeza y apenas quedan unos segundos para que la corriente de agua me arrolle.

Siento que ese es mi final; voy a morir. Y es una sensación tan asfixiante y física que solo puedo pensar en cómo lo haré, en qué momento dejaré de respirar. Tomo una larga bocanada de aire cuando el agua alcanza mis pies y me empuja con tal fuerza que caigo y me hundo en el agua en apenas unos instantes. La corriente furiosa me arrastra con velocidad, trato de dar brazadas hacia la superficie, pero he perdido la orientación y no sé hacia dónde nadar. Lucho por ver algo bajo el agua fría, que se torna blanca por la presión, y consigo sacar la cabeza a la superficie con un jadeo profundo, tomo aire presa del pánico e intento mantenerme a flote, pero es muy difícil. Ahí delante hay una cascada y no sé a qué altura está la caída; no me permito cerrar los ojos aunque es lo que deseo. Lucho hasta el último segundo y vuelvo a tomar oxígeno como puedo antes de precipitarme hacia el vacío. Mi cuerpo cae desde una altura considerable,

pienso en el impacto, en si dolerá mucho, pero me hundo en una piscina profunda y mis extremidades viran al antojo de la agresiva corriente. Por unos instantes creo que me he quedado inconsciente, pero abro los ojos y me impulso hacia arriba con toda mi energía para volver a respirar; emito un sonido estrangulado cuando lo logro y tomo aire con desesperación. El agua no me da tregua, me lleva con ella a una velocidad imparable y, por mucho que busco algo a lo que agarrarme, no hay nada. El agua se cuela en mis conductos respiratorios, toso con violencia y trago, no queda mucho para que me ahogue, estoy agotada y apenas consigo volver a inhalar aire. Además, ahí enfrente la riada se acaba, hay una especie de cueva y voy directamente hacia ella.

«Caiden no está», ha dicho Idris. Y aunque se hubiese quedado, yo no soy su Deida, como me dijo él mismo.

Mi cuerpo cae en una estructura cóncava y el agua me hunde hasta el fondo. Nado hacia arriba con mucho esfuerzo, porque la presión ahí dentro es brutal, y, cuando logro sacar la cabeza, tosiendo y tomando oxígeno con ahogo, compruebo que, si no salgo de esa cavidad, el agua subirá hasta el techo y me ahogaré. Intento nadar a contracorriente, me aproximo a las paredes de cemento para intentar impulsarme, pero son intentos vanos; la presión no me va a dejar salir de aquí, está pensado para eso. Profiero un grito de impotencia y nado hasta la extenuación, hasta que una oleada furiosa me lanza hacia atrás y me golpeo contra la pared del fondo. Mi cuerpo exánime se queda suspendido bajo el agua. Necesito respirar, pero mis extremidades ya no me responden. Veo los rostros de mi padre y de mi madre, sus sonrisas. Oigo las risas de las tatas, el aroma a incienso de lavanda, a flores. Estoy en casa con ellas. Nada hace daño.

Noto una sacudida. ¿Alguien me está agarrando de la cintura?

—¡Eira!

Oigo su voz amortiguada, como si no estuviese en mi propio cuerpo y la escuchase de lejos.

—¡¡Eira!! —La persona que me llama me tiene en brazos.

Caiden… ¿Caiden?

Noto su cuerpo luchar contra la corriente, me sostiene con tanta fuerza que me duele, pero no importa. Mi cabeza está en la superficie pero… no estoy respirando.

—Joder, ¡Eira, respira!

Es Caiden, estoy cien por cien segura, aunque puede que sea producto de una ensoñación, como en el bosque.

—Eira… —La siguiente vez que me habla suena justo sobre mí, el agua ya no cubre mi cuerpo, estoy… en una superficie sólida.

Noto unas presiones fuertes en el pecho y de repente convulsiono y toso con agresividad, expulsando agua que arde en mis pulmones y mi tráquea hacia afuera. Me oigo a mí misma tomar aire con un sonido ronco y desvaído y luego abro los ojos. Ante mí hay un rostro que consigo enfocar con algo de dificultad; Caiden me observa con el ceño arrugado de pura

preocupación, está consumido por una emoción que no sé interpretar bien. No quiero dejar de mirarlo, hacerlo de tan cerca es lo mejor que me ha sucedido en días, pero entonces distingo una acalorada ovación que proviene de encima de nosotros. Me incorporo un poco para contemplar el enorme anfiteatro, desprovisto de niebla, con sus brujos devotos eufóricos: el Catalizador ha elegido a su Deida.

Y esa… soy yo.

En mi cabeza se generan decenas de preguntas y sentimientos contradictorios demasiado intensos como para procesarlos, miro de nuevo a Caiden, que me devuelve una expresión culpable. Raina ha… muerto. Roman también. ¿Y Gisela? ¿Y…? El bello rostro macilento de Caiden es lo último que veo antes de que mi cuerpo se rinda y caiga por fin en la inconsciencia.

* * *

Me levanto de golpe con un grito de terror prolongado por lo acaecido hace… ¿cuánto? Me cuesta darme cuenta de que ya no estoy en peligro de muerte hasta que reparo en que me encuentro sobre una cama.

—Shhh, shhh, tranquila, estás a salvo, ya ha pasado todo.

La voz que suena a mi lado me pone los nervios de punta: Calíope está sentada a mi lado al borde del colchón; la miro con aprensión y las extremidades rígidas.

—Estás en una habitación del edificio central del Templo. A partir de ahora este será tu hogar, querida. Enhorabuena, eres nuestra sagrada Deida —me dice con un regocijo que me revuelve las tripas.

—¿Dónde está mi mentor? —Mi voz emerge ronca y enferma.

—Tu mentor se ha marchado a casa, ya no necesitarás sus servicios. No te preocupes, ha sido bien recompensado por instruir a la Deida original. —Habla de nuevo con esa felicidad irritante y condescendiente.

—¿Se ha ido? —Se me rompe la voz.

—No te preocupes, estarás bien acompañada. Oh, y sé que tendrás unas ganas tremendas de ver al Catalizador, las emociones de la Deida original se triplican una vez que él la ha elegido. Debes sentirte ansiosa, pero te enseñaremos a tener paciencia. Créeme, es mejor que tus encuentros con Caiden sean breves y esporádicos, será lo mejor para tu salud mental. Ya sabes que no puede corresponderte y… esa sensación es demoledora para las Deidas.

¿De qué demonios está hablando?

—¿Cuándo podré volver a casa?

Ella hace un mohín, como si no comprendiese mi pregunta.

—¡Esta es tu casa, Eira! La Deida se merece las mejores atenciones por parte del aquelarre, además de una buena instrucción, por supuesto; no sabemos cuánto tiempo nos queda hasta que se acerque la profecía, pero lo aprovecharemos al máximo.

Ella se incorpora de un salto, como si aquel fuese el mejor día de su vida mientras yo tengo ganas de vomitar.

—Entonces… ¿cuándo veré a mi familia?

—Nosotros somos tu familia —responde con más seriedad.

Este juego suyo me está cabreando.

—Calíope…, debo ver a mi familia —le advierto.

—Sé que tu familia está desvinculada, pero incluso tú debes saber que la Deida original no vuelve nunca con su familia. Ahora formas parte del aquelarre, que es un inmenso honor para cualquier bruja que se precie. Debes sentirte orgullosa y honrada, Eira.

No, no, no. No puede estar hablando en serio.

—Ellos sabrán por boca de tu mentor que estás bien, que te estás recuperando y que eres la elegida. Y deben estar felices por ello —me explica, esta vez con su característico tono autoritario—. Ahora debo terminar de arreglar un desastre que tú misma desataste; jamás habíamos tenido una rebelión dentro del propio Templo.

Gisela…

—¡¿Les haréis daño?! —Pongo los pies en el suelo y trato de incorporarme sin éxito; mi cuerpo está entumecido por alguna sustancia. Es en ese instante cuando compruebo que llevo un gotero inyectado en el brazo.

—¿No crees que condenarlas al servicio de por vida ya es suficiente castigo? Su intento de sabotear la última fase no ha funcionado, se ha quedado en un simple susto. Aunque, por supuesto, si siguen pensando en dejar de ser fieles al aquelarre, tendremos que prescindir de ellas —me cuenta con suma frialdad—. Ahora descansa, debes recuperarte cuanto antes. Un par de enfermeras del servicio del aquelarre se turnarán para venir a revisar tu estado cada cierto tiempo.

Se dispone a irse de la habitación.

—¡Calíope! —trato de incorporarme de nuevo—. Si soy tan valiosa, no me castiguéis más. Dejadme hablar con mi familia, por favor.

Ella endurece sus facciones.

—No es un castigo, es un aprendizaje —dice sin más, y luego se aleja hacia la puerta con el clac-clac de sus tacones y cierra cuando sale.

Emito un gemido histérico y me arranco la vía para correr descalza hacia la puerta que, como temía, ha cerrado por fuera.

—¡Argh! —vocifero, impotente mientras tiro con fuerza de la manivela; la intento abrir con tanta energía que deben saltarse los puntos de las palmas de mis manos, porque mancho las vendas.

De mi garganta brotan sonidos extraños que arrancan desde mi pecho, es como si me fuese a echar a llorar de forma tan visceral que expulsaría los órganos por la boca, pero no logro arrancar

el llanto; mi cuerpo está demasiado agotado y roto.

No quiero pararme a pensar. Si pienso entonces rememoraré todo lo que he hecho, todas las muertes, todo el horror… y no soportaré vivir en mi propia mente. De modo que rompo lo primero que encuentro, una lamparita desenchufada, la sujeto y la lanzo al suelo, luego paso el brazo por una de las mesas decoradas con jarrones con flores y lo tiro todo al suelo con un estrépito, el material se hace añicos y los trozos salen disparados en todas direcciones. Luego atravieso a zancadas el enorme dormitorio y paso de la cama para dejarme caer en un rincón y abrazarme las piernas contra el pecho. Aspiro con dificultad porque de pronto el aire no entra a mis pulmones, y hundo la cara en mis rodillas. Me quedo ahí hecha un ovillo minúsculo tanto rato que pierdo la noción del tiempo.

Me doy cuenta de que me he quedado dormida cuando de golpe abro los ojos y el dormitorio está en penumbra. Aspiro entre dientes y me yergo cuando oigo unos crujidos contra el suelo, son los restos del jarrón al ser pisados.

—Shh, chica de las flores. —Ese susurro sedoso hace que el pánico se diluya.

Su silueta recortada contra la mortecina luz de la ventana se agacha al llegar hasta mí. Sus dedos rozan mis rodillas y de repente siento que regreso a la vida; puede sonar exagerado, pero mi organismo necesita con urgencia algún estímulo agradable.

—¿Caiden?

—¿Qué te parece si nos largamos de aquí? —me dice en voz baja y suave.

Agito la cabeza y trato de apreciar sus facciones en la oscuridad; necesito saber que no es otra de mis ensoñaciones extrañas.

—Eira…, ¿estás bien?

Extiendo las manos hacia su cara para abarcar su rostro.

—¿Me hablaste en el bosque o me he vuelto loca? —Mi voz emerge ronca y cadenciosa.

Él tarda un poco en responder. Su tacto es demasiado real, noto la suavidad de sus pómulos y la aspereza de su barba incipiente.

—Tendremos tiempo de hablar de todo cuando salgamos de aquí, prometo que responderé a todas las preguntas que me hagas —dice despacio.

—¿Cómo vamos a salir de aquí?

—He traído los ingredientes que usaste para dibujarme la runa con la que me escapé. Si nos la hacemos mutuamente, no podrán encontrarnos y nadie podrá revertir el hechizo.

Qué bien pensado. ¿Cuánto tiempo llevará urdiendo ese plan?

—¿Y Gabriela y los demás condenados a servir al aquelarre? ¿Qué será de ellos?

—Primero debemos salir de aquí si queremos tomar acciones más grandes; pensaremos en ello más tranquilos sin el peligro de que nos encuentren.

—Bien, ¿dónde están los ingredientes?

Puedo percibir cómo se eleva la comisura de sus labios antes de quitarse la mochila que lleva a

la espalda y sacar tarros ante mí. Preparo la mezcla con la ayuda de una pequeña luz de una minilinterna que él sostiene y luego, cuando acabo, él se deshace de la camiseta para que pueda dibujarle la runa a la altura del corazón: acerco el dedo y presiono el ungüento sobre su piel caliente.

—Tendrás que dibujarme la runa en un papel para que yo pueda hacértela a ti. —Su aliento choca contra mi mejilla porque estoy muy cerca de él—. ¿Y qué es lo que murmuras? Yo también tendré que decirlo, ¿no?

Esbozo una sonrisa débil.

—«Torna esta piel invisible y su alma ilocalizable, permite a este cuerpo ser libre y alejarlo del peligro…» —le revelo mientras lo recito lento.

Caiden me observa con atención mientras le practico el hechizo, sigue intimidándome, pero es agradable. Luego, cuando termino, saca un pequeño cuaderno de notas y me lo cede para que dibuje con lápiz la runa.

—Vale, es fácil —se convence.

Es en el momento en que pienso que tengo que retirarme tela del pecho cuando me doy cuenta de que visto un camisón, es bastante bonito, por cierto, en blanco, cómo no. No es difícil apartar la parte superior del escote para que Caiden pueda proceder. Unta el dedo en la mezcla y luego me mira a los ojos como si me pidiese permiso para tocarme.

—Adelante… —musito.

La yema de su dedo presiona la parte superior de mi pecho, dibuja de memoria con cuidado. Contengo el aliento en la garganta y escucho cómo él traga saliva y se le escapa una leve expiración entre dientes antes de pronunciar el hechizo en voz baja. ¿Me lo estoy imaginando o se ha alterado?

—Creo que ya está…

—Lo has hecho bien. ¿Cuál es tu plan ahora?

—Creo que en la penúltima prueba te mostraron lo que sé hacer —me contempla con expresión cautelosa.

Asiento, comprensiva.

—Pues bien, chica de las flores, vas a ver de primera mano cómo funciona mi don.

23

Eira

«El autocontrol es algo que manejaba a la perfección…
hasta que ella llegó. No tengo un maldito consejo
para sobrevivir en esta ocasión.»

Mandamientos para sobrevivir, por CAIDEN VULGARIS

Camino tras él en el dormitorio, bastante pegada a su espalda, como me ha pedido.

—Lo importante es no hacer ruido, mi familia está durmiendo en el ala contigua del edificio. Y tampoco podemos dejar que nadie los alerte… —me explica en voz muy baja justo antes de detenernos ante la puerta cerrada.

—¿Y las cámaras de vigilancia?

Caiden se gira un poco hacia mí para regalarme una sonrisa torcida.

—He hecho mi trabajo antes de venir a por ti. Y… de veras lamento no haber hecho esto antes, pero mis habilidades requieren que no me esté recuperando de haber estado a punto de morir —murmura, irritado.

—Espera… —Lo agarro de la mochila en el momento en que abarca la manivela de la puerta —. Si regreso con mi familia los pondré en peligro, los… los condenaré a ser fugitivos.

Caiden suspira y se gira del todo hacia mí.

—Escucha, Eira, ¿qué crees que preferirían ellos? ¿Crees que elegirían no verte nunca más? ¿Cuál de las opciones los haría sufrir menos?

Asiento con el gesto ante la evidencia de sus preguntas. Luego vuelve a darme la espalda y abre la puerta despacio; por supuesto, en la puerta hay dos guardias. Caiden pronuncia tan bajo la palabra *imanto* que apenas es apreciable; sin embargo, los hombres se mantienen en sus posiciones completamente absortos cuando cruzamos ante ellos. Los miro, asombrada, y Caiden me dedica otra sonrisa. Atravesamos los anchos pasillos señoriales en penumbra y nos dirigimos hacia unas grandes escalinatas con elegantes pasamanos; ruego por no matarme al bajar los escalones sin apenas ver, solo nos ayuda la ligera luz lunar que proviene de los ventanales de la planta baja. Me da un vuelco el corazón cuando veo a dos hombres uniformados venir hacia nosotros cuando terminamos de bajar las escaleras.

—*Imanto* —pronuncia Caiden con voz solemne.

Y entonces los dos guardias se detienen de golpe y se yerguen, inmóviles. Me encojo un poco cuando cruzamos ante ellos hacia la inmensa antesala de techos altos, bastante adherida a la espalda de Caiden. ¿Cómo lo hace?

Pero no es la única vez que ocurre; otros dos hombres que custodian las puertas del edificio principal del Templo se sorprenden al vernos salir y corren hacia nosotros; Caiden dice la palabra *imanto* de nuevo y los guardias regresan a sus posiciones con actos mecánicos, como si los hubiesen abducido. Los contemplo alejarse, perpleja, y trastabillando tras él, descalza con el maldito camisón como única prenda de vestir.

—Mierda, a esos dos no me los he cruzado antes —me informa en voz baja mientras vemos a dos tipos correr en nuestra dirección desde el jardín, uno de ellos está avisando al resto de la guardia mediante un micrófono colgado en el cuello de su chaqueta.

No me da tiempo a preguntarle: «¿Y ahora qué?». Caiden se lanza hacia ellos con una agilidad sorprendente, primero se enfrenta a uno con movimientos ágiles y experimentados, le golpea en la cabeza y chasquea los dedos justo ante su cara, lo que provoca que se quede en trance. Luego gira y se desplaza como si bailase para hacer exactamente lo mismo con el otro. Miro la escena con la boca entreabierta.

—Ahora vais a volver a vuestros puestos, no habéis visto nada, está todo en orden. El Catalizador sigue en su celda y la Deida original duerme tranquila en su dormitorio —les dice con voz pausada. Los dos hombres atienden sin pestañear—. Al oír la palabra *imanto*, mis palabras serán totalmente ciertas.

Caiden se desplaza hacia atrás, busca mi mano y enreda sus dedos largos entre los míos. Exhalo un jadeo sordo entre dientes ante ese acto inesperado.

—*Imanto* —pronuncia él con voz ronca y firme.

Y entonces los guardias ruedan sobre sus talones y se marchan por donde han venido, como si nada. Caiden tira de mí para que corramos; atravesamos el jardín hasta el laberinto de setos y él me guía con fluidez a través de los caminos que, al parecer, se sabe de memoria. Su agarre es enérgico, no deja de sostenerme durante todo el camino en el que trato de seguir su ritmo apresurado.

—Uno de los guardias ha dado aviso al resto… —le digo, mirando hacia atrás con ansiedad.

—He inhabilitado sus dispositivos de comunicación —me informa de buen humor—. Solo le ha avisado a su chaqueta.

Esbozo una sonrisa de alivio y admiración. Cuando alcanzamos el final del trayecto, se puede oler con más intensidad la brisa marina. Caiden me suelta para agacharse, me fijo en que recupera del suelo una mochila que reconozco bien.

—¿Has… has traído mis cosas? —Mi voz delata lo agradecida que me siento.

—No vas a ir en pijama durante todo el viaje, ¿no?

Le sonrío con ganas y él me devuelve otra sonrisa más débil, pero que me apretuja el pecho.

Vuelve a buscar mi mano, que enredo a la suya con ganas, y continuamos a trote hasta que el jardín delimita con la arena de la playa; Caiden me está llevando hacia el embarcadero.

—Todos estos barcos están protegidos con hechizos, si subimos a alguno de ellos, lo sabrán al instante. Pero estoy muy seguro de que si tú y yo hacemos un hechizo juntos, no tendremos ese problema.

—Lo dices porque fortalecemos nuestras habilidades mutuamente, ¿no?

—Y porque lo que he estado haciendo ahí detrás ha sido una temeridad. He metido órdenes subconscientes en esos guardias durante varios días, pero no sabía si funcionaría cuando lo necesitase, confiaba en que estar a tu lado potenciaría mi hipnosis.

Lo miro y parpadeo varias veces; ha trazado un plan de huida sin saber si su don funcionaría, ni siquiera me ha pedido que le aplique alguna runa para anular los bloqueos de la isla. Él me mira con una sonrisa torcida y se quita la mochila para recuperar el tarro con el preparado que he hecho hace unos minutos, los dos introducimos los dedos en la crema viscosa y elegimos el primer yate de la derecha. Dibujamos a la vez la runa en el casco mientras murmuramos el hechizo al unísono en voz queda. Nos miramos cuando acabamos.

—Larguémonos de aquí —dice, y luego no se lo piensa: salta a la cubierta del barco con habilidad y extiende su brazo hacia mí para ofrecerme la mano.

Se me posan unos nervios raros en el estómago antes de agarrarla, él tira de mí con energía y pronto estoy junto a él en aquel gran navío que oscila con levedad.

Caiden corre hacia el puesto de mando y yo le sigo.

—Esperemos que el hechizo funcione, si no oirán el motor del barco en la otra punta de la isla. —Se muerde el labio antes de accionar el panel y poner en marcha el navío.

El vibrante sonido del motor hace que nos tensemos. Caiden maneja los mandos para que el barco se mueva con velocidad y miro hacia atrás; siento un alivio fiero al contemplar cómo nos alejamos de la isla, el viento me revuelve el pelo y se cuela entre el vestido. El terreno se vuelve más y más pequeño conforme el yate avanza y nos vemos rodeados por un mar en calma de aguas oscuras.

—Vamos a atravesar el perímetro protegido —anuncia Caiden, pendiente del puesto de mando. Se refiere a lo que me contó Enzo cuando llegamos; es un hechizo que impide que nadie pueda atravesar esa zona e invisibiliza la isla en los mapas—. Esperemos que nuestro hechizo sea más fuerte…

Los dos contemplamos la proa con los músculos contraídos. El día que vine con mi mentor en una lancha no lo noté, mis instintos no estaban tan alerta como ahora, mi intuición no estaba tan despierta; pero, en este momento, cuando cruzamos el perímetro, lo siento: es como una fuerza invisible, una fuerza que debería detectarnos. Pero la magia crepita en mi piel, que hormiguea como si se me hubiese dormido la superficie del cuerpo, y de alguna manera sé que hemos pasado desapercibidos para la magia del aquelarre.

—Estamos fuera —anuncia y luego sonríe con satisfacción.

Lo observo con emoción y le devuelvo la sonrisa.

—Ya no vas a tener que volver a fumar —le digo, recordando la conversación de aquel día en que lo encontré por casualidad en el jardín, fumando y frustrado por no haber podido huir.

Él deja escapar una breve carcajada musical ante mi ocurrencia y yo parpadeo, impresionada por ese sonido tan poco común.

—Vamos a viajar un par de días en el barco, ¿te parece? Es más seguro y nos dejará más lejos de la isla y más cerca de nuestro destino —me informa.

—Vale…

—Debo contarte algo —comienza en voz tranquila—. Hablé con tu mentor antes de que se marchase.

Lo que dice me impacta tanto que se me escapa un leve jadeo entre dientes.

—Le pedí que le dijese a tu familia que estarías a salvo y que te llevaría con ellos. Pero eso implica que han tenido que mudarse, porque donde primero buscarán los rastreadores es en tu casa —le escucho con el corazón expandido; hace tanto que no tengo noticias buenas que me cuesta creerlas—. De modo que tu mentor les ha buscado un nuevo alojamiento temporal; si tú has aprendido de tu familia, entonces estoy tranquilo porque sabrán protegerse para que el aquelarre no los encuentre. Te llevaré con ellos, ¿de acuerdo?

Asiento con el gesto, abrumada.

—Gracias… muchas gracias por pensar en mi familia. —Me sale la voz un poco truncada.

Él esboza una ligera sonrisa dulce que hace su cara todavía más bonita.

—Ve abajo a descansar un poco y mírate las heridas de las manos, tienes las vendas manchadas de sangre —me pide, acomodándose en el asiento ante el puesto de mando.

—Has dicho que responderías a mis preguntas —le recuerdo.

—Así es, y las responderé todas sin excepción, pero tienes que dormir, Eira. Hace apenas seis horas que te he sacado de un puto embalse en el que casi te ahogas y momentos antes has pasado por una maldita pesadilla en ese bosque durante más de día y medio.

Tomo aire despacio al rememorar todo lo ocurrido a raíz de su comentario y se me descompone un poco el cuerpo.

—Dormiré mejor cuando me contestes a las preguntas —insisto.

Él bufa, resignado, y señala una pequeña silla plegada en una esquina.

—Ven a sentarte —accede.

Se me embala el pulso por alguna razón que no comprendo y despliego la silla para colocarla frente a él. Caiden desvía la mirada hacia la proa, donde solo se ve agua y más agua, que el barco alumbra con sus faros.

—¿Me… me hablaste cuando estaba en el bosque? —le repito la pregunta de antes.

—Sí —responde, escueto.

Aquello me deja noqueada; adelanto el cuerpo para apoyar los codos en las rodillas y estar más cerca de él, lo hago casi sin darme cuenta.

—¿Cómo lo…?

—Usé mi don. No creía que funcionase porque la isla anula mis habilidades psíquicas, pero contigo… contigo funcionó. Pero tranquila, es la última vez que lo hago sin pedirte permiso. Fue… Lo tuve que hacer para asegurarme de que vivías.

Trato de relajar mi respiración con dificultad, mi condenado corazón va por su cuenta y me late en los oídos.

—El sueño que tuve en el que me mostrabas la Joya del elemento del aire…

—No fue del todo un sueño —confiesa sin mirarme.

Trago saliva despacio tratando de asimilar lo que dice.

—Y… y Berenice, la chica que quería apuñalarme, se quedó en trance cuando estaba a punto de clavarme la daga —sufro un estremecimiento desagradable al acordarme de ella.

—Mi don funciona en dos fases: primero tengo que tener contacto físico con otra persona e inculcar en su subconsciente una orden. Si no pronuncio la palabra clave…, ya sabes cuál es, no ocurre nada. Por lo visto he podido sembrar mensajes subconscientes aunque mi don estuviese anulado —admite, se rasca la barbilla y cuadra los hombros sin apartar la vista del frente.

—¿Cuándo? Solo estuviste en contacto con las cuatro que cuidamos de ti después de la nieve.

—Esos mensajes subconscientes pueden durar meses en la mente de una persona. Solo debo activarlos con la palabra clave. Usé mi don con ellas durante el baile.

—¿En el baile? —intento comprenderlo todo, pero mi cerebro no va muy rápido que digamos.

—Nunca se sabe cuándo puedo necesitarlo —me cuenta con voz calmada y suave—. Y te mereces saber todas las respuestas, así que seré sincero: lo hice porque quería que estuvieses a salvo.

Lo observo con una sensación tan intensa que mi organismo extenuado no sabe canalizar.

—Me dijiste… me dijiste que yo no era tu Deida.

—Sí, es lo que dije —reitera.

En mi cabeza no paran de crecer y crecer las preguntas.

—Entonces cuando te escuché decirme que detuviese la hemorragia de mis cortes…

—Te estabas desangrando y no te estabas dando cuenta —se excusa—. Te costó salir de tu estado de *shock* y lo entiendo, pero estabas descuidando tu propia vida.

—¿Me estabas viendo?

—El aquelarre tiene una sala llena de monitores donde ven las pruebas, yo también tenía acceso a ellas —me revela.

—Pero no estabas allí… ¿cómo te escuchó Berenice?

—Cualquiera que tenga una de mis órdenes en el subconsciente me oye, no importa la distancia que nos separe. Y supongo que funcionó con ella porque se trataba de ti, tú amplías mis

habilidades y esa chica iba a matarte. No sabía si funcionaría, pero… lo hizo.

Caiden me observa de soslayo, parece que quiere comprobar mi reacción. Asumo lo que dice con bastante lentitud: entonces fue un trabajo en equipo; si yo no llegaba a ser su Deida, Berenice me habría matado aunque él hubiese querido impedirlo.

—Tengo… tengo muchísimas preguntas más —le advierto.

Caiden deja escapar una sonrisa tan genuina y atractiva que se me encoge el estómago.

—Adelante… —susurra de forma rasgada.

—Dicen que eres oscuro, que has matado para lograr tus propósitos y que te aliaste con brujos insurgentes —comienzo, yendo por otros derroteros aunque todavía tenga cientos de dudas respecto a su empeño de mantenerme con vida—. En la penúltima prueba vi… vi cómo usabas tu don con un tal Ávalo, pero el aquelarre cortó la escena en un momento importante. Me gustaría saber qué pasó.

Caiden suspira profundamente y se frota los ojos con sus dedos largos.

—Ávalo era el consejero con mayor rango del aquelarre, llevaba en el puesto casi cuarenta años y mi padre acataba todo cuanto salía por su boca porque aseguraba que era un sabio superior que llevaría a los Vulgaris a la gloria —me cuenta y hace virar la silla giratoria un poco hacia mí—. Pero Ávalo era un hombre de ideas tradicionales y sumamente crueles. Llegó a mis oídos la información de unas nuevas normas que querían implantar en los ritos sagrados que el aquelarre celebra cada año; supongo que en la información personal que te dieron sobre mí constaba algo de mi repulsa hacia los ritos del solsticio en los que condenan a muerte a las brujas a las que se le apaga la vela antes de finalizar el baile.

Asiento con el gesto para no interrumpirlo; se me ha erizado la piel cuando ha mencionado con naturalidad lo de su información personal.

—Pues no contento con que decenas de personas se sacrifiquen por el aquelarre y la magia de la isla, quería que los propios Vulgaris diésemos el ejemplo y participásemos en los ritos. Yo sé lo que Ávalo quería: a mi hermana. Idris es fuerte y soporta la rigidez de las leyes del aquelarre, pero sus ideas son bondadosas y, conforme ha ido creciendo, su capacidad de liderazgo e influencia en otros brujos de la corte ha aumentado: se convirtió en un bache para el consejo y sus tradiciones. Querían que Idris participase en los ritos para mandarla al fondo del mar.

Caiden aprieta la mandíbula y agacha la mirada.

—Tus padres habrían aceptado… —respondo con seguridad.

—Por supuesto, sin pensarlo. De modo que me vi obligado a borrar todo origen de esa idea, incluido a los miembros del propio consejo.

Se le endurece la voz y esa faceta amedrentadora emerge un poco en su actitud. Pero ya no me da miedo, no sé si alguna vez me lo ha dado, en realidad.

—He asesinado a brujos del consejo, sí, y volvería a hacerlo. Me he aliado con brujos insurgentes, con miles y miles de ellos. La mayoría son personas cabales e inteligentes que están

en contra del aquelarre, al menos de la forma en la que utilizan su poder, y también son personas que han perdido a hijos, padres, madres, hermanos… por culpa de las tradiciones de mi familia y desean destronarlos, como yo.

Sus palabras destilan enfado y determinación. Todo lo que me cuenta encaja mucho mejor que las habladurías.

—No quiero una guerra entre brujos y tampoco quiero el poder, por mucho que mi padre crea que es lo que anhelo. Deseo que se sientan presionados, que no les quede más opción que agachar las cabezas y ceder su poder a quien no esté endiosado, a quien abola los ritos que conlleven sacrificios y sepa manejar las prácticas mágicas con rectitud, pero con sentido común. Mis padres deben dejar de gobernar a las brujas; eso es lo que quiero y lo que desean miles de brujos, a los que ellos denominan «infieles» o «desvinculados».

Al escuchar la última palabra pego un respingo.

—¿Los brujos con los que estás aliado están todos desvinculados?

—Claro —esboza una sonrisa débil y me observa con atención—. Venga, chica de las flores, hazme la pregunta que te ronda la cabeza.

Me muerdo el labio y lo miro con inseguridad.

—¿Tiene algo que ver eso con que me hayas elegido a mí?

Caiden bosqueja otra sonrisa suave.

—No, Eira, no tiene nada que ver. Pero tengo que admitir que me gusta, porque quiere decir que has crecido en un entorno libre de las tradiciones del aquelarre y que tu familia será igual de sorprendente que tú. —Se me sube la sangre a las mejillas a una velocidad anormal—. Y debo aclararte algo: yo no te he *elegido* . En realidad… no he tenido elección. Las cuatro aspirantes caísteis en aquellos cubículos al mismo tiempo y en lo único en lo que pensé fue en que no soportaba la idea de que dejases de respirar, ni siquiera pensé en el resto en el momento en el que me lancé al agua a por ti. Y lo lamento mucho por las demás.

Contemplo a Caiden sin apenas parpadear con el pecho encogido y una sensación nueva que araña mis tripas; me siento un poco culpable porque es agradable a pesar de que lamento muchísimo lo de Raina y Roman. Eran dos buenas personas, a diferencia de Rebeca. Odio este sentimiento, como si yo tuviese algo que ver con sus muertes, como si pudiese haber hecho algo más.

—Es una sensación inevitable, ¿no? La de… querer protegerme. Es por el hechizo antiguo.

Caiden arruga con levedad el ceño, parece debatirse consigo mismo antes de soltar un suspiro y levantarse de la silla.

—¿Por qué no sigues con la ronda de preguntas mañana? Ve a dormir, Eira, estás agotada.

—Tú también tienes que descansar…

—Ahora iré, voy a trastear un poco con esto y lo pondré en piloto automático —me informa.

Suspiro hondo y me incorporo al tiempo que recoloco bien el camisón. Echo un último vistazo

hacia él cuando me dispongo a salir, ha vuelto a sentarse y estudia el mecanismo del barco; una sensación bonita apretuja mis entrañas y frunzo los labios antes de salir a cubierta a por mi mochila.

—Espera… —le oigo decir, y mi cuerpo y mi corazón se quedan inmóviles unos segundos antes de girarme hacia él, que viene decidido hacia mí y me toma de la muñeca sin previo aviso —. Todavía llevas bajo la piel el dispositivo de puntuación.

Estudia la zona más sensible de mi muñeca y luego la palpa con las yemas de los dedos mientras intento reprimir un estallido de fuegos en mi interior.

—Este artefacto también mantiene controladas a las aspirantes y puede liberar veneno. Mientras nuestros hechizos estén activos supongo que es inútil, pero no vamos a arriesgarnos.

Se aleja de mí a pasos amplios y sonoros y lo veo moverse de aquí para allá mientras busca en su mochila y en compartimentos del camarote y coloca todo el material sobre la mesa de control. Observo mi muñeca y la muevo hacia varias direcciones, pero no se aprecia nada, no sé cómo lo vamos a encontrar.

—Hazte tu runa contra el dolor —me pide, sujetando una especie de bisturí.

Me acerco deprisa con mi mochila y busco todos los ingredientes necesarios. Caiden y yo nos sentamos uno frente al otro y él me practica una inmaculada incisión en el anverso de la muñeca para luego extraer con suma precisión un pequeño chip que ambos observamos con aversión. Caiden sabía exactamente dónde estaba. Me limpio la sangre mientras él prende fuego al diminuto dispositivo. El corte que me ha hecho es tan pequeño que, con mis ungüentos, se curará en un par de días.

—Gracias —le digo, aliviada por no tener ese trasto en mi interior.

—Buenas noches, Eira. —Y esa es su forma de volver a despacharme.

Suspiro y me incorporo sin apartarle la vista.

—Buenas noches.

Camino con parsimonia hacia un camarote de techo bajo, en el que hay dos literas a ambos lados de las paredes; el baño debe ser la puerta que se sitúa cerca de la cama de la derecha y hay una minicocina en la parte de la popa.

Elijo la litera más cercana al cuarto de aseo y abro la mochila; dentro está la mayor parte de la ropa que traje de casa y algunos artículos de aseo, incluida la crema que me dieron los ayudantes de Enzo y que Caiden dice que tiene un olor dulzón. Me muerdo el labio mientras ruedo el tarro entre mis dedos y decido que me lavaré. El aseo es diminuto, apenas tiene espacio para moverse, pero cuenta con agua corriente, así que me desnudo dentro y empiezo a lavarme, pero luego decido meterme entera en la miniducha; el agua sale tibia y alivia mis extremidades. Tengo moratones y heridas en más sitios de los que pensaba y siento un dolor constante aunque soportable en la parte superior de la cabeza por el golpe que me di bajo el agua contra la pared de la cueva; lo cierto es que hay muy pocas zonas que no me duelan. Me echo la crema despacio y

luego me enfundo unos pantalones cortos vaqueros y una camiseta antes de salir; es importante que me cure las palmas de las manos. Utilizo mis ungüentos (que también ha tenido la amabilidad de recuperar) y me doy un par de puntos que se habían soltado antes de volver a vendarme.

Está tardando, miro hacia la escalera con impaciencia y me acuesto en la cama de abajo con el pelo todavía húmedo. El sueño se apodera de mí a los pocos minutos, el colchón es sorprendentemente cómodo o quizá esté tan extenuada que mi cuerpo se relaja a pesar de todo.

Creo que ya estoy dormida cuando presiento que Caiden acaba de entrar al dormitorio, pero el cansancio es demasiado fuerte y me arrastra a un sueño profundo.

24

Eira

«Me siento como un animal hambriento encerrado
con el único alimento que deseo comer durante
toda mi maldita vida. Has pasado hambre otras veces,
no te concentres en el dolor que te produce.»

Mandamientos para sobrevivir, por CAIDEN VULGARIS

Me estoy ahogando. La corriente de agua es muy intensa y desplaza mi cuerpo a su antojo, y entonces lo veo: ¡es Naim! Está luchando para sacar la cabeza a la superficie. Lo llamo, pero no me oye y nado hacia él con la urgente necesidad de protegerlo. Cuando lo alcanzo, lo sujeto de la cintura para asegurarme de que respira y yo me hundo. Con los oídos inundados percibo cómo me llama, pero mi prioridad principal es salvarlo; Naim debe vivir. Y entonces, bajo el agua, veo cuerpos flotando en el fondo, emito un grito plagado de burbujas cuando distingo a Raina y a Roman. También tengo que sacarlos de allí, así que me aseguro primero de que Naim puede mantener la cabeza fuera del agua y luego me sumerjo y nado hacia la profundidad del embalse, extiendo los brazos con premura para llegar a ellos y los agarro de los brazos para elevarlos, pero entonces ellos tiran de mí. Abren los ojos, me miran con la desesperación en sus caras, me sujetan de los brazos, de los hombros y me hunden más y más. Grito y lucho por ejercer fuerza hacia arriba, pero entonces otras manos aparecen desde las profundidades, Berenice y su cabello rojo refulgen contra los destellos del agua y me agarra de la ropa con fuerza para tirar de mí hacia abajo. Gisela también está allí, veo su melena dorada; Naim se une a ellos, entre todos tiran de mí sin piedad de las piernas, los brazos y la ropa para arrastrarme con ellos al abismo.

Oigo mi propio grito, que no reconozco como mío, y me incorporo de golpe. La sensación de ahogo es tan real que me esfuerzo por respirar y noto la cara mojada, pero son mis lágrimas copiosas. Tardo en darme cuenta de que alguien se ha acercado a mí y me toca.

—¡Eira! Eh, shhh, Eira, está todo bien… —susurra cerca de mi oreja.

Caiden… Caiden.

Exhalo por la boca con angustia y tomo una buena bocanada de aire para llenar mis pulmones al máximo; sin embargo, no puedo detener el llanto, que se ha acoplado entre mis costillas.

—Están todos muertos —farfullo entre gimoteos.

Caiden me abraza, acopla mi cara en su cuello y pasa sus brazos alrededor de mis hombros. Aquello me produce tantas sensaciones que contrarresta el sufrimiento y hace el dolor más llevadero.

—Lo siento muchísimo —musita contra mi piel.

Cierro los ojos y domo como puedo mi pulso y mi estado de angustia.

—Tenemos que volver a por Gisela y las demás —le pido.

—Lo haremos, lo prometo. —Su tono categórico no deja lugar a dudas.

Por fin el llanto me da tregua. Caiden se aparta un poco de mí y me observa, le devuelvo la mirada en la penumbra y me sobrecoge cómo la luz lunar que atraviesa los ojos de buey riela en sus bellas facciones.

—No he podido detener esta Proclama, pero juro que no volverá a celebrarse otra nunca más. Sus muertes no serán en vano, Eira. —El fervor de su voz termina de calmar mi angustia.

Sorbo por la nariz y lo miro con agradecimiento, él suspira y me acerca la sábana al pecho para taparme, me parece un gesto tierno y protector.

—Quédate… —Mi boca actúa más rápido que mi cerebro.

Caiden parpadea.

—Estoy ahí al lado —me recuerda.

—Por favor… —le pido.

Él me contempla vacilante y luego vuelve a tomar aire.

—Está bien —susurra.

Termino de tumbarme y desplazo el cuerpo hacia la pared para hacerle más hueco, Caiden es grande, pero no me importa tener un espacio pequeño en el que dormir. Él se acuesta con movimientos pausados y luego descansa la cabeza en la almohada, con el cuerpo girado en mi dirección, ambos estamos el uno frente al otro, pero no puedo apreciar su rostro por la oscuridad. Sin embargo, su calor, su olor y el sonido de su respiración calman mi organismo a tal nivel que el sueño vuelve a vencerme pronto.

Y como mi cabeza no me deja en paz, vuelvo a adentrarme en otro sueño muy real. Esta vez me tortura de una forma muy diferente: estamos en la misma postura en la que nos hemos quedado en la cama y Caiden aproxima su cara a la mía y deposita un beso húmedo en mi mejilla, se me acelera el corazón de forma agresiva y me aferro a él, que me toma de la cintura, agarra mi camiseta entre los dedos y me aprieta contra sí, su boca queda a la altura de la mía y va a besarme, noto el sabor delicioso de su aliento en la lengua, pero entonces habla: «No, Eira, no quiero esto, eres tú la que se enamora, no yo. Te protegería con mi vida, pero jamás te besaría». Emito un lamento semejante a un gimoteo y lo aferro de la ropa para atraerlo hacia mí con ansiedad, pero Caiden se aparta. «No hagas esto más difícil, chica de las flores. Nadie en su sano juicio besaría a alguien que es como su hermana».

Abro los ojos con una presión amarga en el pecho y lo encuentro frente a mí. La luz por fin

brilla y se abre paso por los cuatro ojos de buey del camarote, por eso puedo verlo dormir plácidamente a mi lado. Contengo el aliento mientras lo observo de tan cerca; joder, es… es muy hermoso. Sus facciones serenas, sus párpados cerrados, su boca. ¿De verdad me han entrado ganas de llorar? Siento una repentina rabia y me incorporo con cuidado de no despertarlo, las articulaciones me duelen tanto que cojeo al ponerme en pie y me dirijo hacia las escaleras con la intención de tomar aire fresco. Abro la escotilla despacio y la brisa marina se enreda en mi pelo e inunda mis fosas nasales, camino por la cubierta con la cara hacia el sol, no hay ni una sola nube ahí arriba, a diferencia de en mi mente.

Me acerco a la borda y me asomo al inmenso mar azul, que se extiende más allá de lo que alcanza la vista. El navío corta el agua provocando ondulaciones que me quedo observando; tengo el estómago revuelto y eso que no recuerdo cuándo comí algo por última vez, quizá deba aplicarme la runa para el mareo, pero la idea de volver a bajar al camarote no me gusta porque de repente me nace la necesidad de evitar a Caiden. ¿Por qué? No me entiendo. Estoy enfadada. Enfadada por todo lo que he tenido que pasar, por las muertes que dejo atrás, porque mi vida haya cambiado tanto y eso arrastre a mi familia, y porque… porque Caiden nunca me verá como realmente deseo. Es un dolor cada vez más intenso y… cruel. Soy su Deida, una niña, como me llamó él una vez; no creo que sea justo. No es justo que yo sienta esto tan fuerte por él, es la primera vez que experimento algo parecido por alguien, es… No creía que pudiese llegar a este límite cuando sentía una atracción pura y carnal, pero se ha transformado en algo mucho más visceral, algo que no sé ignorar y que me hace sentir impotente. Y lo peor es que mi intuición me dice que esto no viene de ningún hechizo antiguo, no es algo que se pueda deshacer con magia, al menos eso creo.

Emito un gemido de frustración y rabia hacia el mar con el estómago apoyado en la borda. Puede que tenga seis años menos que él, pero eso no me convierte en una niña; en esos instantes no puedo sentirme menos niña, de hecho. Además, mi cuerpo se desarrolló rápido, como el de mi madre; me aparto de la borda para inspeccionarme, la camiseta blanca tiene un sol bordado y los pantalones cortos dejan ver las decenas de golpes que he recibido. Y puede que se me haya ido del todo la cabeza, pero aprieto los labios y me desnudo a estirones; el sujetador que llevo es uno de los que me trajeron los ayudantes de Enzo, con transparencias y encaje en tono blanco y las bragas van a juego, no creo que él pusiese mi ropa interior en la mochila porque estaban en el bolsillo de cremallera donde solía guardarla Enzo, quizá fue él quien hizo mi equipaje. Es notorio que he perdido varios kilos desde que salí de casa (es lo que tiene el sufrimiento y el estado de supervivencia) y los moratones en distintas tonalidades adornan mi piel, pero mi cuerpo no es el de una niña. Camino descalza y me subo a la estructura que hay en el pico de la proa para sentir el viento salino, que transforma mi cabello negro en látigos alrededor de mi cara.

—¿Eira? —Se me encoge el estómago al oír su voz detrás de mí.

Cierro los ojos unos instantes; la sensación de enfado no me ha abandonado en absoluto y, por

supuesto, no lo culpo a él.

—¿Te sientes incómodo? —pregunto.

—¿Qué?

Decido bajar de la estructura de la proa porque el viento me ensordece, soy muy consciente de mi piel descubierta y de que estoy frente a Caiden, que aparta la vista con ligereza de mí. Esbozo una sonrisa amarga.

—Mi desnudez es violenta para ti, ¿verdad? ¿Es como ver a tu hermana? Es lo que me dijo mi mentor.

Caiden deja escapar una risa sorda y se lleva los dedos a los ojos para frotárselos.

—Es muy temprano para seguir con la ronda de preguntas, ¿no? Seguro que tendrás hambre —responde con su característica calma.

—El Catalizador siente debilidad por su Deida… —murmuro.

—Y eso te importa porque la Deida siente atracción por su Catalizador, ¿no es así? —Por fin decide dejar de evitarme y clava sus ojos en mí.

Trago saliva y le devuelvo una mirada desafiante; no me reconozco a mí misma.

—¿Qué piensas de mí? ¿Solo soy alguien frágil a quien proteger? ¿Una fuente que potencia tus habilidades? Quiero entenderlo.

Caiden expulsa el aire por la boca y mira unos instantes hacia el cielo antes de devolver sus ojos a mí.

—Te prometí que respondería a todas las preguntas que me hicieses, y eso haré, Eira, con sus respectivas consecuencias. —Su voz se vuelve rasgada y cadenciosa—. No, no te veo como a mi hermana. —Esboza una sonrisa irónica y se lame el labio—. ¿Qué pienso de ti? Bien, pienso que tengo una fuerza de voluntad impresionante porque ahora mismo iría hasta ti y lamería tu boca hasta dejar de sentir la mía y me perdería en ese cabello que tienes, besaría cada recoveco de tu cuerpo y tendrías que suplicarme para que parase porque nunca sería suficiente. Y también pienso que soy un gran actor, porque por lo que veo no tienes ni idea de que te deseé desde el jodido instante en que te vi bailar alrededor de la pira en la maldita primera prueba y eso me confundió porque, al parecer, no podía sentir eso por ninguna aspirante. Pienso que he resistido la tentación de invadir tu dormitorio por las noches para suplicarte que me tocases, que era una puta tortura tenerte cerca cuando debía ignorarte y que todo esto es una mierda porque no solo me prohíben desearte, sino que la Deida está destinada a sabotearme y mi propósito es todo por lo que he luchado en mi vida. Eso es lo que pienso de ti, chica de las flores, ¿te vale mi respuesta?

Lo observo inmóvil con el pulso a punto de reventarme por dentro. ¿Qué…?

—Pero… el Catalizador no puede corresponder a su Deida —susurro, desorientada por tal avalancha de emociones.

—¿Recuerdas que te dije que no creía que tú fueses mi Deida? Pues lo creía justo por eso. Lo

mío no se queda solo en debilidad, esa palabra se queda… bastante corta —admite, suave y vehemente.

Parpadeo rápido y se me eriza la piel hasta doler.

—Pero… sí que lo soy, ¿no? Nuestras habilidades crecen cuando colaboramos y, ¿sentías debilidad por alguna otra?

Caiden se revuelve el pelo y posa la palma de la mano en su pecho.

—No —responde con seguridad.

Me olvido de cómo volver a tomar aire y luego me surge la inmensa necesidad de tocarlo, pero cuando doy un paso hacia él, Caiden se aleja. Lo miro, confusa. Él me devuelve una mirada consumida.

—Te dije que habría consecuencias tras responder a tus preguntas. —Su bonita tez se endurece —. Tus sentimientos por mí, o los que crees que tienes, no son reales. Y una vez que el Catalizador *elige* a su Deida, los sentimientos de ella se triplican, así funciona el hechizo antiguo. No pienso aprovecharme de eso, Eira. Además, no podemos estar cerca; no puedo dejar que un hechizo antiguo estropee mis planes. Las cosas están muy feas ahí fuera. Está a punto de estallar una guerra entre brujos; hay miles de devotos del aquelarre, pero hay otros miles que los odian. He estado intermediando todos estos años y temo que todo mi trabajo se haya resentido por culpa de la maldita Proclama y mi ausencia. La mayoría de los brujos infieles son personas inteligentes, como te he dicho, pero hay otros que no; hay brujos insurgentes con poder de liderazgo que tienen ideas muy radicales y podrían destruirlo todo.

Lo escucho atenta con un creciente dolor de estómago.

—Mis sentimientos no se han triplicado —murmuro. Él parpadea—. Calíope me dijo que me sentiría desesperada por estar a tu lado, pero no es eso lo que siento. Lo mío es más… sano que lo que me han explicado acerca de cómo se siente una Deida respecto al Catalizador. Mis sentimientos no han surgido de la nada.

Caiden me estudia con ligera sorpresa, aunque agita la cabeza y carraspea.

—Vi tu información personal, vi los dibujos; me dibujabas antes de conocerme. —Su confesión hace que el bochorno se me suba a la cabeza y me arda la cara—. Si eso no tiene que ver con el hechizo antiguo, entonces, ¿por qué lo hacías?

Le aparto la mirada, de repente me siento muy expuesta; estoy en ropa interior delante de él, madre mía, ¿en qué pensaba?

—No lo sé —me muerdo el labio con fuerza y cubro mis hombros desnudos con mi pelo—. Lo único que sé es que no eres el único que se siente diferente a como dicen que nos debemos sentir. Yo creía que el Catalizador no podía desear a su Deida y… me dijiste que era una niña, pero tu rechazo no me volvió loca. Y no lo hará ahora. Entiendo que no puedas o que no quieras tocarme. Y, tranquilo, no tengo ninguna intención de estropear tus planes; sé lo que es importante y no pienso interferir.

Hago el amago de marcharme, debo pasar por su lado para ir a por mi ropa, me trago mi orgullo como puedo y camino descalza mirándome los pies. Lo último que espero es que Caiden abarque mi cintura con su mano de improvisto y me atraiga hacia él de un empujón. Emito un gemido irrisorio cuando mi cadera impacta con su abdomen y su cara queda a la altura de mi oreja, su aliento atraviesa mi cabello y me eriza la piel de forma muy intensa. Respira allí un par de veces de esa forma en la que él sabe, armoniosa, sensual, como si librase una batalla interna, y a mí se me van los ojos del sitio. Jamás he sentido este ciclón de llamas vivas dentro de mí.

Joder, creo que me muero por él.

—Eira… —susurra de forma candente entre mi pelo—.Vístete.

Sin embargo, no me suelta a pesar de la frase que acaba de decir.

—Sí —jadeo.

«No me sueltes, por favor, no me sueltes».

Inspira hondo y se lleva todo mi olor consigo antes de deslizar su mano adornada de anillos despacio por mi espalda, soltarme y dar un paso atrás con cierta reticencia. Me cuesta unos segundos moverme, las funciones de mi cuerpo están confundidas, camino deprisa y me agacho a por mi ropa tirada en la cubierta antes de bajar al camarote sin levantar la vista. Me es imposible calmar mi corazón, me llevo la mano al pecho y me apoyo en la escalera con los ojos cerrados. Ya está, ya está…

Acudo a mi mochila y recupero mi vestido favorito de flores bordadas, está algo arrugado, pero me apetece ponérmelo. Me lavo los dientes, hago pis y me peino un poco la aleonada melena negra. Cuando salgo del pequeño cuarto de baño, me llega un aroma delicioso a beicon y tostadas que me hace salivar. Caiden… ¿Caiden cocina? Tengo que admitir que es una estampa un poco fuera de lugar. ¿Quién se imagina a un brujo poderoso, posible precursor de la muerte de miles de brujas e hijo de la estirpe más poderosa en un entorno tan hogareño? Deposita el plato en la pequeña mesa empotrada de la cocina y me dirige una mirada de soslayo.

—Come —me pide con voz sedosa.

No digo nada; me acerco, olfateando, y veo el beicon, el queso y las tostadas en el plato humeante.

—Me hubiese conformado con unos cereales…

—¿Quieres cereales? Hay en el armario —me dice con calma mientras termina de cocinar.

Observo su espalda mientras cocina y tomo el plato, me llevo la tostada a la boca y le doy un mordisco generoso. Humm… Madre mía, el pan solo ya me sabe a gloria.

—Gracias —murmuro antes de morder otra vez la tostada—. Por esto y… por todo.

—Lo que he hecho ha sido por motivos egoístas, así que no me des las gracias —admite con una voz rasgada antes de apagar el fuego de la encimera y darse la vuelta con su plato en la mano.

—¿Lo de avisar a mi mentor para que alerte a mi familia también es egoísta?

Caiden mastica su tostada despacio.

—Es un paso importante si quiero que estés a salvo.

—¿Y por qué quieres que esté a salvo si soy la única que puede estropear tus planes?

Deja de masticar y arruga el ceño.

—También eres la única que puede hacerme la runa para ocultarme del aquelarre —añade, y luego le da otro bocado a su comida.

Alzo ambas cejas y suspiro mientras mastico con ganas.

—Tiene sentido…

Caiden asiente con la cabeza despacio.

—Deja de buscar la parte buena en mí. Quizá creas que me conoces, pero las imágenes que te enseñó mi familia no contaron ni la mitad de lo que soy. —En su voz se percibe una nota amarga; de hecho, deja su plato en la encimera y se apoya en ella, parece que ya no va a comer más.

Trago el beicon y de pronto siento una sed urgente, dejo el plato y busco con la mirada la ubicación de los vasos.

—No estoy buscando nada —digo convencida mientras me acerco a él; mi pulso se acelera en consecuencia mientras abro el armarito sobre su cabeza.

—Yo diría que sí, los únicos dos vasos que hay están en el fregadero —me señala con sus largos dedos.

Me muerdo el labio y tengo que pasar delante de él para alcanzar uno, la botella de agua está justo debajo de la pila; la tomo y me lleno el vaso hasta arriba para bebérmelo de seis tragos.

—Me refiero a ti. —Me alejo un poco de él para tener más coordinación mental—. Tú mismo has dicho que quieres evitar una guerra. No sé por qué se empeñan en que eres oscuro, seguro que son habladurías de los devotos del aquelarre.

Caiden baja la mirada y percibo cómo se tensa su mandíbula.

—Termina de comer, Eira. —Recoge el plato para tirar el contenido a la basura y luego pasar por mi lado para acudir a cubierta.

Lo contemplo, desconcertada. No sé qué he dicho que le ha molestado.

* * *

Parece como si hubiésemos hecho un pacto de silencio. De repente él está muy ocupado con sus mapas y sus papeles. Y yo me entretengo colocándome los ungüentos en las contusiones; me he hecho la runa del mareo para no tirar todo lo que coma y he decidido sentarme en una hamaca al sol mientras Caiden se encuentra dentro de la cabina del puesto de mando. Me harto de estar ahí al cabo de unos minutos.

—¿Cuánto nos queda para llegar? —decido romper el mutismo.

Caiden levanta la vista de sus papeles y se frota los ojos antes de girarse hacia mí.

—Mañana antes del mediodía —responde y luego vuelve a sumergirse en su trabajo.

Tomo aire profundo por la nariz; me fijo en lo despeinado que está su cabello castaño, en las leves ondulaciones que hace cerca de sus orejas, en su nuca lisa, en los leves pliegues que surgen en su camiseta entre sus omóplatos y en lo elegantes que quedan los anillos plateados en sus dedos largos que sujetan los papeles.

—¿Tienes alguna otra pregunta? —vuelve a hablar de espaldas a mí.

Pego un respingo y me muerdo el labio, abochornada.

—¿Cómo haremos para mantener las runas activas? El efecto del hechizo dura hasta cuatro días, luego se desvanece y podrán localizarnos.

Caiden echa la espalda hacia atrás y luego deposita las hojas en el puesto de mando.

—Sí, es un inconveniente… —Se incorpora y se estira un poco, de repente me parece más alto que antes; creo que no puedo acostumbrarme a lo intimidante que es su presencia, da igual que su rostro denote el cansancio.

—¿Has estado curándote? Parece que hubiera pasado una eternidad desde que te trajimos de la nieve, pero solo fue hace unos días —observo su aspecto, preocupada.

—Estoy bien —gruñe, recolocándose la pierna.

—Claro…

—Tendré que volver cada cuatro días al nuevo refugio en el que estarás con tu familia para activar las runas —prosigue, pensativo.

—¿Eso es sostenible para ti? ¿A cuánto está el lugar al que tú vas?

—No nos queda más remedio, Eira. No podemos estar cerca, pero nos necesitamos para esto, haré lo que haga falta.

—¿Hasta cuándo?

—Hasta que ocurra la maldita profecía. No sabemos qué ni cómo sucederá, pero lo hará. Y después nos dejarán en paz —dice, seguro.

—Hay… muchas cosas que no entiendo de esa profecía. Dice que tú eres quien pondrá en peligro la existencia de las brujas, pero ¿cómo vas a hacer eso si pretendes todo lo contrario? ¿Cómo voy a interferir en tus planes si son los que podrían evitar una guerra?

Caiden me observa callado, estudia mi semblante despacio, recorre mis facciones y yo me pregunto qué aspecto tendré, pienso en que ojalá ya no me ignore más.

—Me hago las mismas preguntas —dice en voz queda—. Supongo que las averiguaremos en su momento.

25

Eira

«Evitarla es de lo más complicado que estoy haciendo en mi vida.
Si ella supiese lo que pienso cada vez que oigo sus pasos,
percibo su olor o presiento que viene hacia mí…
Este cuaderno no me sirve de nada, todo lo que representa
para mí es nuevo y no tengo ni puta idea
de cómo abordar mis emociones.»

Mandamientos para sobrevivir, por CAIDEN VULGARIS

Resulta que todavía estoy agotada y además Caiden ha vuelto a enfrascarse en sus quehaceres, de modo que he bajado al camarote y, en cuanto me he lanzado a la cama, he emitido un gemido de entre placer y disgusto porque la almohada huele mucho a él. Mi primera intención ha sido apartarme de su parte, pegarme a la pared y hacerme un ovillo ahí, pero al cabo de unos minutos, soñolienta, he terminado abrazando la almohada justo donde más huele a su perfume.

Maldita sea, soy masoquista.

Luego he tenido una pesadilla rarísima. He soñado con llamas, con gritos de dolor, he soñado con una turba de gente que rebosaba odio. La constante sensación de tener que esconderme o huir era tan urgente que la ansiedad me ha despertado y me ha costado deshacerme de ella al abrir los ojos.

—¿Otra pesadilla?

Aspiro con fuerza por la boca y miro hacia la litera de al lado, Caiden está medio recostado con una pierna fuera, juraría que está un poco macilento. Ay, madre, ¿me habrá visto abrazada a la almohada? Giro la cara y fijo la mirada en los muelles de la cama superior.

—¿Y si nos equivocamos? —digo en un hilo de voz.

—¿A qué te refieres? —pregunta con calma.

—A… a alejarnos. Todo esto existe por una razón, ¿no? No sé de qué manera podría yo detenerte y tampoco me cabe en la cabeza que tú provoques nada malo, pero… ¿pero y si cometemos un error alejándonos? Yo nunca impediría nada de lo que estás planeando ahora, Caiden. Tú mismo lo has dicho, sea lo que sea, terminaremos averiguándolo…

Oigo cómo suspira hondo y se queda un momento callado.

—Lo que he escuchado siempre acerca de la Deida es que termina haciendo que el Catalizador sucumba a sus pies. —Su voz suena rasposa y suave—. Tú eres mi debilidad, lo quiera o no, y yo… siempre he evitado tener una. Créeme, es mejor que cada uno tome su camino, Eira. El trabajo que tengo por delante no es agradable, no quiero que estés cerca, ya has visto suficiente.

—¿Puedes dejar de pensar en protegerme aunque sea un momento? —replico.

—No —responde.

Refunfuño y me llevo la mano a la cara.

—Caiden, creo que he demostrado que sé cuidarme sola bastante bien —protesto—. Pero, de acuerdo, si es lo que quieres, supongo que no puedo hacer nada. Bueno sí, quizá averiguar cómo alargar el efecto de las runas.

Me incorporo, un poco ofuscada, y veo de refilón cómo él quiere levantarse a la vez y hace una mueca de dolor al ponerse en pie que me alerta; supongo que no esperaba que lo estuviese mirando porque trata de ocultar su expresión cuando cruza la mirada conmigo.

—¿Qué te duele?

—Nada, estoy bien.

Alzo una ceja.

—Caiden… —Me acerco un poco a él y da un paso atrás en respuesta, algo que me produce un agudo pinchazo en el pecho. Me detengo unos segundos para tomar aire—. Sabes que tengo recursos para aplacar el dolor, no sé por qué eres tan… cabezota.

—¿Disculpa? —Parece sorprenderse por mi confianza en insultarlo.

—¿No estás acostumbrado a que te llamen «cabezota»? Porque lo eres.

Caiden quiere reprimir una sonrisa, pero se le escapa y curva su comisura derecha de forma hipnótica.

—Bien, chica de las flores… —Se levanta la camiseta y me muestra un enorme moratón de mal aspecto en sus costillas. Contengo una expresión de preocupación—. Adelante.

—¿Cómo…? ¿Fue al rescatarme en el agua?

Él no asiente, pero su gesto me indica que he acertado. Voy hacia mi mochila y extraigo todos los frascos que necesito para esa clase de golpes.

—¿Cómo llevas el tobillo?

—Pues… quizá también necesite alguno de tus servicios, no le he prestado mucha atención desde la última vez que te vi en la enfermería. —Parece que le cuesta un poco confesarme eso.

—Vale, pues siéntate ahí y no te muevas —le pido mientras mezclo los ingredientes.

—Te encanta darme órdenes —murmura mientras se sienta en la cama.

Sonrío hacia mis ingredientes. Disfruto machacando las hierbas y aplicando las esencias porque sabría hacerlo con los ojos cerrados, conozco las medidas y el hechizo para las curas a la perfección, así como el ungüento para el dolor. Siento un pellizco en el estómago por estar tan conectada con la magia, por manejarla de esa manera en un ambiente más relajado, en el que

nadie está pendiente para darme o quitarme puntos.

Me giro hacia él con los dos cuencos de las mezclas y lo observo, todavía vestido. Debe darse cuenta de mi expresión porque carraspea, un poco incómodo, y cruza ambas manos para llevarlas a las costuras de su camiseta y quitársela en un parpadeo. Ha estado semidesnudo delante de mí antes, pero no sabía lo que sé ahora. Evito mirarlo de más, pero es difícil porque mi vista me traiciona y repasa su torso liso, inmaculado, visiblemente trabajado; su cintura se estrecha de forma grácil y hace una curva perfecta hacia sus caderas. Caiden levanta el brazo derecho y rodea una de las varillas del somier superior para darme espacio hacia sus costillas magulladas. Dejo de respirar antes de untar los dedos en la mezcla y acercar los dedos a su piel en tonos lilas, morados y amarillos; bisbiseo el hechizo mientras deslizo con cuidado el ungüento con las yemas de los dedos. De alguna manera, siento ese instante demasiado en la boca del estómago por su repentina fragilidad; esa enorme contusión se la hizo por salvarme la vida.

Recuerdo las cartas del chico que fue y lo que decían: «Alguien con el papel de villano no puede hacer de héroe. Solo me queda este amor que siento por ella que estruja mis tripas cada vez que la veo y recuerdo sus dientes mellados, sus pecas por el sol y el olor a colonia infantil que desprendía su pelo». «Me da rabia pensar en aquel chico que intentaba agradar a sus padres como si fuese un objetivo crucial que le haría ser mejor, más respetado, más válido. Es jodido mirarte en el espejo y preguntarte qué está mal en ti y que ese agudo sentimiento despreciable provenga de tus propios progenitores». Y también veo a ese hombre amedrentador que cruzaba el consistorio dejando los cuerpos sin vida del antiguo consejo del aquelarre a sus espaldas con gesto frío, como si fuese un asesino sin escrúpulos. Y al seductor insaciable de cuerpos desnudos que caían rendidos ante su belleza. Caiden es todo eso y siento que no sé ni la mitad de él… Sin embargo, lo que sí sé, a ciencia cierta y visceral, es que… amo todas sus versiones. No sé a qué nivel ni cuán perdida estoy, pero mi familia me ha enseñado a no negarme o menospreciar mis sentimientos y esta vez no será diferente. Estoy enamorada de Caiden Vulgaris. Ya podría haber tenido esa revelación en alguna otra parte en vez de teniéndole desnudo y expuesto ante mí. El corazón me late tan fuerte por la epifanía que me asusto.

—¿Tan grave es? —murmura, revisándome de reojo por detrás de su brazo estirado hacia arriba.

Parpadeo rápido y clavo la mirada en su rostro níveo, tiene leves ojeras oscuras y los labios desvaídos.

—¿Cuánto tiempo llevas ocultando tu dolor? —Mi voz emerge un poco sofocada.

Caiden arruga el ceño y estudia mi rostro con detenimiento. Trago saliva y desvío la mirada hacia su contusión.

—Dime dónde te duele más —le pido, presionando un poco sobre su piel.

—Ahí… —gime con levedad.

Me giro un poco para tomar el cuenco con la mezcla para el dolor y le practico varias veces la

runa alrededor de las costillas. Caiden no aparta la mirada de mi cara en todo el rato. Madre mía… ahora mismo saldría corriendo a cubierta para tomar aire fresco y al mismo tiempo le pediría que, por favor, me tocase de una vez.

—Es asombroso —susurra en tono profundo—. Puedo sentir a la perfección cómo el dolor se desvanece despacio. Muy pocas brujas saben hacer esto.

—Mi familia me enseñó muchas de las cosas que sé. —Hago como que no me afectan sus halagos y me muerdo el carrillo con fuerza mientras termino—. A ver cómo va el tobillo.

Caiden no se mueve, me siento algo intimidada porque todavía me observa. Por fin, me atrevo a levantar la mirada hacia sus ojos.

—Sé que sabrías cuidarte sola —musita—. He estado viendo todo lo que eres capaz de hacer. Me sorprendías cada vez. Mi… mi necesidad de protegerte no viene de que te considere frágil, Eira; dejé de subestimarte hace mucho, quiero que tengas eso claro.

—Gracias —susurro lento; el pecho se me expande—. Sé que es porque eres mi Catalizador, no puedes evitarlo.

Le sonrío, pero él mantiene una seriedad intensa.

—Creo que lo que siento no tiene nada que ver con el hechizo antiguo —confiesa con un fervor que me paraliza—. De hecho, estoy seguro de que esa magia no me afecta en absoluto. Sin embargo, eso es precisamente lo que me inquieta… Y, joder, estoy hablando de más, produces muchas cosas poco habituales en mí, chica de las flores. Y, sin dolor y la mente más despejada, parece que se me escapan las palabras.

La respiración se me torna irregular; la verdad es que está recobrando un color más saludable en los labios esponjosos.

—No tienes por qué guardarte nada… —digo, deseando que ese instante no acabe.

Esta vez sí esboza una sonrisa dulce que hace brillar sus ojos.

—Déjame esas mezclas aquí, me he fijado en cómo lo haces, puedo hacerlo solo.

—Vaya, eres un experto ignorándome —replico, retirando la mirada para recoger los dos cuencos.

Él deja escapar una risa floja y amarga.

—He entrenado mucho desde que llegaste.

—¿Y te va bien? —protesto.

No dice nada, de modo que mi tentación por volver a mirarlo es muy grande. Me levanto de la cama con los cuencos en una mano y se me dispara el pulso como un loco cuando noto los dedos de Caiden deslizarse en mi mano libre para sujetarme. Me giro hacia él, que se incorpora despacio con sus ojos perforándome. Se sitúa frente a mí, el calor de su piel desnuda me abruma, así como sus facciones consumidas por un sentimiento profundo que no sé descifrar.

—¿Qué sientes tú, Eira? —diferencio una nota de ruego en su voz—. Dime, porque no puedo evitar pensar en la veneración que desprendía el resto cuando me miraba y… lo odiaba. Odiaba

la artificialidad, odiaba que se viesen obligadas a sentir eso por mí.

Lo contemplo con un relámpago de arrojo que no sé de dónde viene, pero lo arropo en mi pecho con gusto.

—¿Qué ves en mis ojos cuando te miro, Caiden? ¿Percibes lo mismo que veías en ellas? —Lo miro a los ojos con valentía y el corazón aporreándome las costillas.

—Contigo me cuesta ser objetivo, Eira. No distingo mis deseos de la realidad —suena torturado y frágil de repente.

Se me estruja el pecho con fuerza.

—Pues mírame bien, por favor —le pido y luego deposito los cuencos en el colchón antes de, con las manos temblorosas, arrastrar los dedos por su pecho de forma delicada hacia su cuello.

Él cierra los ojos con indolencia y luego lleva sus manos sobre las mías para detenerme; aprieta los párpados y la mandíbula, como si estuviese luchando consigo mismo.

—Bien, chica de las flores, aguarda… —ruega con voz ronca mientras desplaza mis manos lejos de su piel con cuidado.

Inspira profundo haciendo que su pecho se eleve y descienda al espirar lento y luego abre los ojos para clavarlos en los míos. No puedo contener un estremecimiento agradable. Madre mía, su belleza es de otro mundo, por muy insistente que sea describiéndolo, nunca le haría justicia.

—Ahora voy a… tocarte, ¿puedo?

Asiento con la cabeza de forma descoordinada. Él traga saliva y aproxima sus dedos a mis brazos primero, desliza las yemas desde los codos hasta los hombros despacio sin apartar su mirada de la mía; debo entreabrir los labios para poder respirar mejor, mis resuellos ya casi son evidentes. Sus dedos largos se deslizan hacia mi pecho, mi clavícula, que repasa lento, erizándome el vello, y luego asciende por mi cuello hasta mi mandíbula, siguiendo su forma. Aprieto los puños con fuerza para poder sostener todas las emociones que me embargan. Las yemas de sus dedos gordos resbalan hacia mis labios, los cuales sigue con suavidad provocando que jadee sin querer. Su boca se abre con ligereza en consecuencia y logro ver un brillo salvaje en sus ojos.

—Tengo que… —susurra, pero no acaba la frase, sino que actúa.

Lo miro un poco desconcertada cuando lleva las manos a mi cintura y luego me atrae hacia sí, al principio con delicadeza, luego me aprieta contra su cuerpo y yo gimo en su cuello y le rodeo la cintura desnuda con fuerza. Caiden me abraza con un sentimiento que me es difícil de asimilar, percibo anhelo, una ansiedad fiera… No espero que se desplace, llevándome con él, y se siente en la cama; su cuerpo se desliza contra el mío cuando se sienta despacio, Caiden abarca con intensidad mis caderas, hunde la cara en mi abdomen y emite un gemido hondo. Se me detiene el pulso. Su cabello despeinado desde esa altura y su fragilidad me traen a la mente la imagen del niño de las grabaciones y las fotos. Dios, todo lo que siento me va a partir por dentro. Trato de respirar con la boca abierta y contengo las lágrimas como puedo. Caiden frota la cara

contra mi abdomen, justo por encima de la goma de mis bragas, su aliento atraviesa la tela del vestido y humedece mi piel; reprimo un gemido con esfuerzo. Madre mía, siento sus labios contra la tela, Caiden los desliza allí con un sentimiento de dolor y vulnerabilidad, su nariz y su barbilla presionan mi ombligo y sus dedos agarran el vestido por la parte de mis nalgas y siento cómo aprieta y vibran sus dedos. Mi realidad se vuelve irreal de repente, pero ojalá no esté soñando y todo lo que percibo que él siente sea verdad. Intento agacharme, la fuerza de sus brazos me lo impide; pero, aunque me levanta la falda del vestido a su paso, logro deslizarme hacia abajo y clavar las rodillas en el suelo.

—Caiden…

Intento tomarlo de la cara, parece querer ocultarse, esconder lo roto que se siente.

—Caiden, por favor. —Consigo levantar su rostro para que me mire.

Encuentro un gesto de tortura en su mirada vidriosa.

—No puedes quererme, chica de las flores. Quien me quiere… sufre —dice en un tono de voz consumido—. Soy quien soy.

—Sea como sea, asumiré las consecuencias, ¿vale? —respondo suavemente—. Villano, héroe, Catalizador… eres Caiden, y ya está. Con tus cicatrices, tu dolor, tus fantasmas.

Él me observa con cierta curiosidad, sus pupilas se fijan en las mías y se desplazan de una a otra varias veces.

—¿De qué tienes miedo? —le pregunto en un susurro dulce.

Caiden cierra unos instantes los ojos; su expresión demuestra tanto que se me corta el aliento.

—No te metas en mi cabeza, Eira, saldrías huyendo… —ríe de forma amarga—. Y verías que no sé amar. Que me da miedo que desaparezcas, pero al mismo tiempo no quiero que estés cerca. Que me muero por tocarte, pero ¿acaso lo merezco?

Ríe de nuevo de esa forma triste. Desliza los dedos por mi nuca y luego los enreda en mi pelo despacio.

—Y no… lo admito de una maldita vez: nunca había llegado tan lejos. Nunca me había permitido sentir tanto… Joder, me estalla el maldito pecho ahora mismo. —Hace una mueca de dolor y respira con agitación.

Se me escapa un sonido desequilibrado de la garganta, un jadeo roto. Le ha temblado la voz al confesarme eso, tiene las cuencas de los ojos enrojecidas y los labios hinchados.

—Pero esto… no puede ocurrir. Sé que lo entiendes, Eira, sé que puedes percibirlo aunque te lo niegues, sé que sabes leer a las personas y no solo ves la bondad en mí —me dice con voz amarga—. Sientes la sutileza de la oscuridad, a veces he visto el miedo surcar tus ojos al mirarme. Tu intuición me delata.

Reprimo un estremecimiento ante sus palabras, que se hacen gélidas, sólidas y reales en mi cabeza. ¿He ignorado a conciencia esa leve intuición? ¿Y… acaso importa?

—Levántate y vete, Eira. Pídeme que te suelte, por favor… —suplica—. Porque si no…

—Si no… —musito.

—Eira —me advierte, torturado.

—Caiden —lo nombro despacio.

Sus dedos toman fuerza entre mi pelo y su boca se acerca a la mía, puedo percibir su aliento entre los dientes, su sabor me hace salivar. Estoy sintiendo la sedosidad de sus labios suspendidos sobre los míos y escucho su respiración agitada, nos miramos a los ojos de cerca, puedo ver un mar de llamas en los suyos. Si se aparta de mí en esos instantes siento que me moriría, lo juro, ¿qué me pasa? Es demasiado intenso, ni siquiera me reconozco cuando aprieto los dedos en su mandíbula y deslizo las manos hacia su pelo sedoso para impedir que se vaya, nunca había actuado de esa forma desesperada. Caiden deja escapar un gemido entre mi boca y noto cómo agarra los tirantes de mi vestido y los estruja entre sus dedos, como si quisiese controlar sus emociones con esfuerzo. No recuerdo haber deseado nada nunca con esa fiereza, apenas puedo pensar. Entonces Caiden jadea y acaricia mis labios con los suyos; primero es un contacto suave, luego más prolongado y húmedo, y finalmente… gimo al deslizar nuestras bocas lento, enredándose con una pasión comedida que va a reventarme por dentro. Y nuestras lenguas se tocan y yo pierdo la cabeza; meto los dedos en su pelo y lo atraigo hacia mí, pego mi pecho al suyo con urgencia y él recibe el gesto ampliando la fuerza del beso; respiramos con ahogo contra la boca del otro. Sus manos se desplazan hacia mis caderas y arrugan la falda del vestido entre los puños, incluso noto cómo tiemblan. Caiden emite un leve gruñido cuando me siento a horcajadas sobre él y sus besos se desplazan hacia mi comisura, mi mandíbula y mi cuello. El sentimiento tan febril que emplea al dejar regueros de besos por mi cuello provoca que me falte el aire y abra la boca; prometo que los ojos se me anegan de lágrimas y que no puedo controlarlo: mi cuerpo y mis emociones van por su cuenta. Caiden devora mi boca, me aprieta contra su cuerpo que desprende un calor abrasador y se incorpora conmigo a cuestas sin previo aviso; mis piernas se aferran a sus caderas mientras nuestros labios se funden. Sabe tan bien, huele tan bien… ahora todas esas partículas de él están en mis papilas gustativas, su lengua se enreda en la mía. Mi espalda acaba pegada a la pared al lado del cuarto de aseo y su cuerpo se adhiere al mío, el fino vestido me permite apreciar los detalles de su abdomen, su pecho… su mano derecha sujeta mis nalgas, siento sus dedos, el tacto más frío de sus anillos, la excitación baila y me estruja con fuerza el sexo.

Un estruendo a nuestro costado nos asusta y nos detenemos de golpe; ambos nos hemos girado a la vez hacia la puerta del aseo, que ahora está descolgada por arriba y Caiden… Caiden ha sido quien la ha arrancado. Parpadeo, atónita.

—Lo siento —jadea—. Estaba… No me he dado cuenta de que estaba haciendo tanta fuerza. Es que me cuesta mantener a raya mi don, no me había pasado nunca.

Se siente verdaderamente descolocado. Pero ¿acaso cree que me importa esa condenada puerta? Le beso la mandíbula y desplazo la boca despacio hacia la suya; él parece resistirse un

poco al principio, pero me agarra con más fuerza y me devuelve el beso con un gruñido sensual que me carboniza. Su lengua busca la mía con ansiedad, me aferra con tanta fuerza que la pared a mi espalda apenas me sujeta.

—Eira… —gime y luego se agacha un poco y presiona mi cuerpo para que me desenrede de sus caderas. Me deja en el suelo y me siento desamparada de repente—. Estoy haciendo un esfuerzo sobrehumano para no meterme en tu cabeza.

Lo miro desubicada mientras él, con los labios hinchados y rojos y el cabello despeinado, se lleva las manos a la nuca y se pasea con inquietud delante de mí.

—Controlo muy bien la hipnosis; de hecho, sé manejar varias mentes a la vez sin apenas esfuerzo. Y no soy capaz de… pierdo el manejo de mi mente cuando te beso —admite, frustrado —. Y no voy a consentir usar mi don contigo.

—Podemos ser más cuidadosos —murmuro, intentando acercarme a él de nuevo.

Caiden esboza una sonrisa suave en respuesta.

—No estoy seguro de que esa sea una solución, chica de las flores —murmura con voz rasgada.

¿Quiere matarme? Porque me he dado cuenta de que podría hacerlo y no me importa. Solo quiero que siga besándome. Me aproximo y él se queda muy quieto, me observa llevar los dedos a su abdomen, que contrae por mi tacto.

—Eira… —me nombra sin aliento—. No creo que seas consciente del peligro.

Le beso la barbilla, la mandíbula y luego me pongo de puntillas para alcanzar la comisura de su boca, deposito un beso húmedo y blando allí. Caiden cierra los ojos y deja de respirar. Veo el momento perfecto para tomar mi vestido entre los dedos y quitármelo por la cabeza; él, que se da cuenta de mi acción, repasa mi cuerpo con los ojos; el deseo voraz que veo en ellos me quita la cordura de un plumazo y me lanzo a su boca; él me recibe con un gemido hondo tan erótico que lo reproduzco casi sin querer entre sus labios. Caiden me besa con ganas, sus elegantes manos abarcan mi cara mientras yo acaricio con presión su pecho; nos desplazamos a la vez por el camarote. Joder, creo que soy adicta a su aroma, al sabor que deja en mi paladar; soy adicta a esta sensación incandescente que crepita en mis entrañas, tan nueva y tan pura que me hace temblar. Estoy enamorada. Estoy enamorada. Madre mía… Pego un fuerte respingo cuando otro sonido estridente y metálico nos interrumpe; Caiden sujeta en su mano la gruesa varilla que sostiene la cama superior de la litera, lo que hace que se venza un poco hacia abajo y chirríe con un quejido agónico. Él me aparta un poco en un acto instintivo.

—Está bien, vamos a… parar, me gustaría dejar de destrozar cosas a mi paso —protesta, sofocado.

—Se puede arreglar —rezongo.

—Eira, deja de hacer eso, por favor. No acostumbro a dejarme seducir así; se te da… muy bien —confiesa, y no parece muy contento con ello.

Se me escapa una sonrisa satisfecha.

—¿Pensaste lo mismo aquella vez que me dijiste: «Eres tú la que se enamora, no yo»? ¿O cuando me dijiste que era una niña?

Caiden reprime otra sonrisa y se despeina más el pelo con una mano. Dios, necesito lanzarme de nuevo a lamer cada recoveco de él, ¿qué me pasa? En serio, no conocía esta faceta mía.

—No se te olvida nada, ¿verdad? —Niego con la cabeza—. No era el nivel de ahora, pero sí, digamos que no entraba en mis planes que me confundieses de esa manera. Te habría mordido esa boca fruncida con gusto.

Aprieto la mandíbula para contener este animal hambriento que no sabía que encerraba en mi interior.

—Me parece que sería buena idea que comiésemos algo —dice, y luego se agacha a por su camiseta.

Quiero protestar, pero me fijo en las soldaduras de las varillas de la cama: ha tenido que hacer muchísima fuerza para partirla. Intento ocultar una expresión de asombro y me muerdo el labio con fuerza antes de resignarme y acudir a por mi vestido tirado en el suelo mientras él se aleja hacia la cocina. Frunzo el ceño a escondidas, contrariada; ojalá todo no fuese tan condenadamente difícil.

26

Eira

«Nunca me he rendido ante nada y no pienso hacerlo.
Excepto si se trata de Eira Anies.»

Mandamientos para sobrevivir, por CAIDEN VULGARIS

Comemos algo rápido y él se excusa para ir al puesto de mando y continuar con sus tareas. Es evidente que pretende poner distancia entre los dos y yo estoy permanentemente impaciente aunque tenga cosas importantes entre manos: una, encontrar la manera de que mi cabeza bloquee su don para que no pierda el control conmigo, algo que debo lograr en tiempo récord porque mañana nos despediremos y sé que él se encargará de que estemos lo menos cerca posible. Y dos, y muy a mi pesar, hallar la manera de ampliar el efecto del hechizo para que el aquelarre no nos encuentre y que Caiden no tenga que viajar cada cuatro días a mi nuevo refugio para renovar las runas.

Me siento con las piernas cruzadas frente a la docena de tarros con los ingredientes y trato de encontrar esa intuición infalible que me ha estado acompañando estos días de supervivencia, pero ya no la siento tan afinada; es como si me susurrase desde lejos en vez de en el oído. Me giro hacia la escotilla abierta por donde se derrama el sol vespertino; es él quien me produce esta calma extraña. Desde que supe que era una aspirante a Deida, no me había sentido así de a salvo. Además no ayuda que la tristeza y la culpa me espoleen cuando bajo la guardia; me acuerdo del resto de aspirantes y se me encoge el estómago. Pienso en las cosas que podría haber hecho mejor y mi cabeza se vuelve un hervidero de pensamientos intrusivos.

Me lleva toda la tarde idear una mezcla y una runa para tratar de bloquear la mente de Caiden. Y, cuando creo que tengo algo, me da vergüenza ir y confesarle lo que estoy intentando hacer. Con el almirez en la mano, se me calientan las mejillas solo de pensar en decirle que he pasado casi cuatro horas tratando de descubrir la forma de que pueda besarme sin peligro. Decido depositar la mezcla en el colchón y ponerme manos a la obra con mi otro objetivo; es menos complicado porque solo tengo que partir de algo que ya sé que funciona, la finalidad es hacer la runa más poderosa para que su efecto se prolongue en el tiempo.

Oigo sus botas acercarse por la cubierta y me da un vuelco agresivo el corazón. No me giro aunque sus pisadas estén bajando las escaleras metálicas.

—¿Puedo preguntar en qué estás metida? —dice a mi espalda.

Se me encienden las mejillas.

—Estoy intentando poner solución a los problemas que tenemos —le respondo mientras añado una esencia diferente a la mezcla ya hecha.

—Vale… —murmura, y se sienta en la litera de enfrente.

—Creo que puedo dar con la manera de reforzar el hechizo. Quizá en vez de venir a renovar las runas cada cuatro días, puedas hacerlo cada siete —le explico mientras mezclo con el mazo sin levantar la mirada—. Y supongo que, si sigo investigando, podría alargarlo hasta un mes, quién sabe.

Caiden suspira.

—Lamento que deba ser así…

—Lo entiendo —respondo rápido.

—No, no creo que puedas imaginar cómo es mi día a día. Tú vives en un entorno apacible, vas al instituto, tienes una familia grande que te arropa y te guía… Ese es tu lugar, Eira. Nuestra situación no solo se complica por el hechizo antiguo.

—No tienes que explicarme nada… —intervengo.

—Pero quiero hacerlo porque me importas —dice con suavidad.

Levanto la mirada con sorpresa y sus ojos ámbar se cruzan con los míos.

—Lamento que no exista posibilidad alguna de poder estar cerca de ti —añade con voz rasgada—. Si hubiese sido uno de los chicos de tu instituto quizá podría haberte conocido en un entorno muy distinto y te habría perseguido hasta que me concedieses una cita. —Esboza una sonrisa nostálgica—. No quiero compadecerme de mí mismo y quizá suene así, pero hace mucho que me resigné a no tener deseos. Mi prioridad principal desde que tengo memoria es evitar los múltiples sacrificios que el aquelarre tiene como costumbres sagradas; renovar las bases en las que se cimienta el apellido de los Vulgaris, un apellido temido, odiado o venerado. Necesitamos un aquelarre justo, que controle las prácticas de magia oculta con la misma sagacidad, pero sin tanta ley sin sentido, sin tanto artificio y crueldad.

Lo escucho endurecer la voz conforme habla; siempre que nombra a su familia se le enfría el gesto, sale a relucir esa faceta amedrentadora que parece adoptar de forma automática. Esa es su actitud de supuesto villano, la coraza que se ha construido con los años.

—Y… lo peor es que muchas veces, para poder abolir esa crueldad es necesario ser cruel. Solo de pensar en que vieses esa parte de mí me pone enfermo. —Percibo cómo tensa los músculos de su mandíbula y baja la mirada al suelo—. Mi familia te mostró una pequeña parte que recrearon con inteligencia artificial. Lo que viste no era real, solo escenas de lo que ellos suponen que sucedió a raíz de investigaciones por parte de sus malditos rastreadores. Pero mi familia me perdió el rastro hace años, no saben ni la mitad de las cosas que he hecho ni cuáles son los planes que tanto temen.

—¿Y cómo pudieron encontrarte después de esos años? —le pregunto, intrigada.

—Me hice Catalizador y me convertí en una jodida lámpara luminosa en la oscuridad.

—Pero no lo entiendo; mi familia ya sabía que yo era aspirante a Deida antes de nacer. La Deida Madre lanzó la profecía hace al menos veintitrés años, ¿no ocurre lo mismo con el Catalizador?

—No, el Catalizador aparece en el mapa cuando la profecía se acerca, es ahí cuando es más rastreable —resuelve—. Debió ser una sorpresa para mi familia, una buena, por supuesto; es la única manera en la que han podido encontrarme y controlarme, aunque me prometí que jamás volvería a dejar que lo hiciesen.

Observo cómo, solo con nuestra conversación, le han salido surcos oscuros alrededor de los ojos, como si fuese el hombre más agotado del mundo.

—Lo siento —le digo de corazón.

Caiden levanta los ojos para mirarme. Me atraviesa de forma intensa, de esa manera que quita el aliento.

—Esto va a sonar egoísta, porque la Proclama solo ha traído muerte y me ha arrancado de mis obligaciones en un punto jodido en el que estaba barajando acuerdos con otros brujos insurgentes. Pero… te he conocido, chica de las flores, y es lo mejor que me ha ocurrido desde… no lo sé, puede que seas lo mejor que me ha pasado nunca.

Eso que dice me hace parpadear; mi organismo reacciona con exageración y el corazón me late de manera descompasada.

—Eres fugaz y efímera para mí, como tus flores —concluye, esbozando una sonrisa triste.

Se me eriza la piel y tengo que tragar el enorme nudo que se me posa en la garganta.

—¿Me dejas que pruebe algo? —le pregunto.

A la mierda la vergüenza, no podemos perder el tiempo.

Caiden me observa con curiosidad mientras recojo el almirez con la mezcla que he estado preparando durante horas y me levanto de la cama para acercarme a él. La reacción a sus palabras todavía hace estragos en mi cuerpo y tengo que tomar aire profundo.

—No sé si funcionará, tú solo… quédate quieto.

Él obedece sin rechistar aunque noto cierta vacilación en sus facciones cuando lo tomo del brazo; se incorpora para colocarse ante mí y mojo los dedos en la mezcla antes de alzar la mano para hacerle una runa en la frente con cuidado.

Caiden me observa de cerca sin pestañear mientras le dibujo despacio la forma que he inventado y murmuro por lo bajo el hechizo. Tengo una sensación intensa y sumamente agradable en el estómago, algo extraño para mí que al mismo tiempo da… miedo. Es como estar al borde de un precipicio; una emoción fuerte que te estruja por dentro, éxtasis y miedo al mismo tiempo.

—Ahora tienes que hacérmelo tú a mí.

Caiden no aparta sus ojos de los míos; hay cierta turbación en su mirada porque sabe lo que pretendo y no sé si le gusta la idea. Sin embargo, sin bajar la vista, introduce sus dedos en el recipiente y yo le tomo de la mano despacio para guiarlo, se deja llevar al colocar las yemas en mi frente y repite en voz baja lo que le pido:

—Tu mente está protegida, nada la puede traspasar, nada la puede perturbar… —dice en susurros.

Cuando acaba, aparto la mirada de su expresión profunda y deposito el almirez con el resto de los artilugios. Procuro que no se note que se me han encendido las mejillas, pero creo que es inútil.

—Vas a acabar conmigo, chica de las flores… —pronuncia con tanto fervor que se me corta el aire, y no me da tiempo a recuperarlo, porque al instante me toma de la cara con ambas manos y me atrae hacia su boca.

El beso es menos cuidadoso que el anterior, más salvaje. Y yo gimo entre sus labios y le agarro de la camiseta para apretarlo contra mí con ansiedad. De alguna forma sé que Caiden no va a parar esta vez, no sé si el hechizo funciona o no, pero no lo pienso demasiado; su forma de tocarme y buscar mi lengua va a incendiarme por dentro. Lleva sus dedos a mis caderas y desliza el vestido con las palmas de las manos con la fuerza de la presión que emplea, despacio. Yo no puedo ser tan prudente, así que agarro las costuras de su camiseta y la levanto hacia arriba. Caiden cruza su mirada ardiente con la mía con cierta vacilación, como si todavía debatiese en si eso está bien o no, pero al final deja que se la quite por la cabeza; me ayuda, de hecho, y la bella forma de su torso en contraste con la luz oblicua del crepúsculo me parece tan perfecta que me descoloca por un instante. Pero entonces Caiden emite un gruñido sensual antes de volver a devorarme los labios, enreda los dedos en mi pelo bajo mi nuca y sus dedos se cuelan bajo mi vestido, los arrastra por mi ombligo y yo jadeo sin control. El vestido acaba en el suelo, ambos lo hemos sacado de mi cuerpo a estirones. Caiden me agarra de las nalgas y me levanta del suelo para apretarme contra su cuerpo, es cuando noto la dureza de su sexo justo contra mi monte de venus, y emito un gemido que apenas reconozco. Lo miro a los ojos y sé que ve mi deseo incontrolable, pero también mi miedo y mi fragilidad; yo veo fuego en los suyos, pero también siento algo más potente: vulnerabilidad y… amor. ¿Amor? Lo observo más tiempo, tan pegada a él que no cabe el aire entre nosotros.

—Eira… —musita contra mi boca—. Antes de que ocurra nada, debo recordarte que, una vez bajemos de este barco, esto no volverá a suceder. Quiero que sea decisión tuya si… si seguir adelante o no.

Debe ver cómo mis ojos se apagan un poco, yo lo noto al instante. Y no es porque no lo supiese; por supuesto que soy consciente de nuestra realidad, pero que lo verbalice en ese momento es crudo, un golpe que me saca de esta burbuja en la que me había metido sin querer y me recuerda lo que hay fuera.

Lo contemplo con seriedad y luego me lanzo hacia su boca. Esa es mi decisión: quiero agotar hasta el último segundo de ese sentimiento precioso que no sé si volveré a tener de nuevo con alguien; una sensación que contrarresta y calma todo el dolor que dejo atrás. Necesito sentir esto. Lo… necesito.

Caiden respeta mi decisión y me devuelve el beso con vehemencia. Respiramos con ahogo el aire salino, llenamos de jadeos y gemidos el camarote en mitad del inmenso mar. Ya no sé ni en qué momento nos hemos quedado completamente desnudos, sus besos me embriagan, ese sentimiento que transpira de su piel y me confunde, porque es hermoso pero contradictorio. Caiden me deposita en la cama con cuidado, yo clavo los dedos en su espalda para que se pegue a mí, me urge sentirlo, apreciar cada pliegue y curva de su carne. Tengo su sabor y su olor en el paladar. Su lengua recorre mi garganta, mi mandíbula y mi oreja, sus manos atrapan las mías en la almohada a los lados de mi cabeza. Arqueo la pelvis hacia arriba para llegar más rápido a él; Caiden me observa con circunspección, sus labios esponjosos y enrojecidos por los besos se entreabren al admirarme, siento su profundo anhelo como un ente palpable, es… no puedo explicar cómo se siente que la persona de la que sabes que estás enamorada proyecte ese sentimiento tan fuerte por ti y al mismo tiempo se aprecie la lucha en sus pupilas. Caiden mantiene una batalla constante contra sus demonios, es una guerra que no cesa. No sé exactamente contra qué pelea, pero está habituado a ello, porque apenas se le nota.

—Deja de pensar, Caiden —le susurro al oído—. Estás aquí, ahora, conmigo. Estamos solos, tú y yo.

Caiden alza la cabeza para mirarme a los ojos; su mirada vidriosa está confusa al principio, pero enseguida comprende y su gesto se dulcifica. Coloca sus elegantes manos a ambos lados de mi cara y me acaricia lento las sienes y las mejillas.

—Si viviésemos en este momento siempre, los pensamientos de los que hablas se… evaporarían con el calor que me produces, Eira —asegura en voz rasgada—. Pero este momento dura un instante y mis preocupaciones toda una vida.

El dolor que esconde su frase me aprieta las vísceras. Llevo las manos a su cara y le acaricio desde la frente a la mandíbula, pasando despacio por su pómulo y sus labios, él cierra los ojos en reacción.

—Solo céntrate en este momento y… en las sensaciones buenas que te produce —le explico mientras alzo la cabeza para besarle la barbilla y alzo la pelvis para frotar mi sexo con el suyo.

Caiden deja escapar un gemido y me mira de forma intensa; ya he explicado otras veces que posee un arte natural para seducir, pero es que, además, si lo hace de forma intencionada, es peor. No puedo acostumbrarme a eso. Le devuelvo la expresión (o más bien lo intento) y tiemblo cuando se balancea con cuidado entre mis piernas; su boca queda suspendida sobre la mía y deposita un beso despacio allí.

—Uso el bloqueador permanente, no sé si habías pensado en ello, pero… quiero que lo sepas.

—Habla de la protección masculina en las relaciones sexuales.

Asiento con la cabeza varias veces de forma rápida y él deja más besos húmedos en mi boca que hacen que pierda el sentido mientras su sexo se hunde despacio en el mío. Jadeo de forma sonora cuando termina de entrar en mí, ese jadeo casi se convierte en un grito.

—Eira…

—No pares, por favor, si paras… me muero. —Eso ha quedado un poco melodramático, pero juro que la sensación es muy real.

Él asiente y me mira a los ojos cuando sale despacio y vuelve a entrar. Lo hace con una sensualidad que va a volverme loca, lo aprieto de las nalgas y lo aferro a mí con las piernas. Caiden deja caer la cara contra mi mejilla y respira agitadamente contra mi garganta, lo hace con un sentimiento tan íntimo que siento que algo palpita en mi sexo y asciende con violencia por mi vientre; ha sido un orgasmo, lo sé. Dios… quiero más. Me muevo con urgencia, lo beso con sed y él jadea entre mi boca en respuesta al tiempo que hago que se aparte de mí; Caiden observa cómo me incorporo para colocarme a horcajadas sobre él; repasa mi cuerpo con hambre y luego hago que vuelva a estar dentro de mí. Él gime y ese sonido es… increíble. Quiero oírlo más veces, así que me muevo sobre él sin parar. Caiden abarca mi pecho con su mano, noto el tacto frío de sus anillos en esa zona sensible, me toma de la mandíbula y me atrae hacia sí para besarme con voracidad. Sus manos se mueven por mi espalda y mi cabeza con ansiedad, como si quisiese mantenerme contra él, sentirme por completo; noto que su pulso vibra un poco cuando enreda los dedos en mi pelo y aprieta mi cara contra la suya mientras yo aprieto nuestros sexos muy hondo. Los dos gemimos contra las bocas del otro.

Duele, pero tengo la certeza de que nunca voy a experimentar ese nivel de intimidad y pasión con nadie. Y doy las gracias de que me haya ocurrido una vez en la vida.

Nos saboreamos, nos tocamos, nos levantamos de la cama, nos besamos contra la puerta rota del cuarto de aseo y contra las escaleras bajo la escotilla. Caiden lame mis pechos, besa mi ombligo y se detiene en mi sexo, haciendo que me retuerza de placer. Se recrea con erotismo, pero con un sentimiento posesivo que hace que pierda la cabeza. También pierdo la cuenta de los orgasmos, suyos y míos; nos detenemos, abrazados en la cama, y medio dormidos, volvemos a empezar. Y cada vez que vuelvo a su cuerpo lo siento más mío aunque sepa que se va a marchar. Y cada vez que distingo con claridad el amor en sus gestos pienso que no puede ser, que debo estar equivocada.

Acabamos exhaustos, en el camarote flota un aroma delicioso a sexo, hierbas y esencias. Él descansa la cabeza en mi pecho, su mano abarca mi teta derecha y duerme profundamente mientras yo me dejo llevar por un sueño abstracto en el que esa noche no acaba.

27
Eira

«Nunca alejarme de alguien me ha supuesto tanta angustia.
Todo mi cuerpo me ruega que impida que se vaya.»

Mandamientos para sobrevivir, por CAIDEN VULGARIS .

Ambos contemplamos inmóviles la habitación con los rayos vaporosos del amanecer atravesando los portillos.

—El hechizo no ha funcionado… —digo en un hilo de voz.

¿En qué momento Caiden rompió todas esas cosas? A la mesa de la cocina le falta una pata, hay un escalón retorcido bajo la escotilla, las sábanas están por el suelo y algunos de mis tarros de ingredientes están rotos y esparcidos por ahí.

—En realidad sí me ayudó un poco —murmura.

—¡Oh! —exclamo flojo—. Menos mal…

Veo de soslayo cómo esboza una sonrisa amplia que en realidad quería reprimir y se lleva una mano a los ojos. Sonrío en respuesta con las mejillas ardiendo; todo lo ocurrido la noche anterior viene a mi memoria poco a poco.

—¿Tú estás bien? —Parece acordarse de su instinto protector y revisa mi cuerpo desnudo con el ceño arrugado.

—Estoy perfectamente —respondo enseguida.

Caiden suspira, sus ojos observan un poco más mi desnudez y siento cómo se enciende algo en él que deshecha de inmediato con un gesto de la cabeza. Se incorpora de la cama y yo estudio su espalda y su trasero desnudo con una presión casi dolorosa en el pecho. No toqué ni besé suficiente su piel anoche, eso es lo único en lo que puedo pensar. Pero Caiden me saca de mi sufrimiento con una frase mientras se viste:

—Quedan un par de horas para que lleguemos. Hoy regresas con tu familia.

* * *

El tiempo vuela mientras recogemos las cosas, nos duchamos y comemos algo. Mientras mastico un bocadillo, me permito el arrebato de sentarme encima de sus rodillas; él me observa sorprendido.

—¿Qué? Seguimos en el barco —le recuerdo.

Él perfora mis ojos un poco más.

—Tienes razón… —murmura.

Luego me quita el bocadillo de la mano y se levanta con cuidado para tomarme de la cara y devorarme los labios con una urgencia que me desorganiza y me consume entera. Me contempla para observar mi reacción, pero no le dejo mucho margen porque regreso a su boca con ansiedad y le tiro de la ropa; nunca he actuado con esa impaciencia insana, pero él responde con la misma intensidad. Acabamos desnudos en la cubierta a pleno sol, Caiden me toma de las caderas y se mece adelante y atrás mientras me besa sin parar. Sin parar. Absorbe mi sabor, lame mis pechos haciendo que me arquee, nuestros gemidos se confunden con el murmullo del mar y pronto las gaviotas sobrevuelan el barco. Acabamos agotados y nos quedamos con las frentes pegadas, tumbados en la cubierta, un poco más. Nos respiramos, asumiendo que el tiempo se nos agota.

Ninguno de los dos aporta ningún comentario al hecho de que la mesa plegable ha acabado boca abajo en la otra punta de la popa y los restos de comida se desperdigan por el suelo. Los recogemos en silencio y yo termino de meter todo en mi mochila cuando alcanzamos el muelle.

Un tumulto de emociones opuestas me embargan cuando veo los edificios ante nosotros. Es el final y el comienzo de algo. Caiden me ofrece bajar primero y vacilo un poco antes de poner un pie en el embarcadero; una vez que pise tierra, no voy a poder volver a besarlo. Sin embargo, bajo y él viene detrás de mí.

Me siento un poco cohibida con la cantidad de gente que pasea por el muelle; hay puestos ambulantes de pescado y mazorcas de maíz y el ambiente es alegre, totalmente ajeno a la Proclama y cualquiera de los asuntos de las brujas, en las que la mayoría no creerán. Caiden se coloca delante de mí y me toma de la muñeca para que lo siga. ¿Ya ni siquiera nos podemos dar la mano? Cruzamos una calle amplia y Caiden se dirige hacia un hombre apoyado en un coche blanco; parpadeo y lo miro con asombro cuando empieza a hablarle en un francés fluido. El hombre de mediana edad, poco hablador, asiente y se dispone a entrar en el coche, Caiden me estira de la muñeca para que ambos subamos también. Me cuesta unos minutos hablar después de que él le haya indicado la dirección a la que vamos con un perfecto francés, al parecer no piensa contarme nada.

—¿Mi familia está aquí? —le pregunto en voz baja.

—Nos quedan un par de horas de camino. Le di la idea a tu mentor de que respetase el gusto de tu familia de vivir en la naturaleza —me explica, con un asiento de por medio—. Te acompaño para que nos practiquemos las runas de nuevo al llegar y así también podamos proteger la tierra en la que os refugiáis. Estoy seguro de que ya habrán ideado algún hechizo para ocultarse del aquelarre, pero cualquier medida es poca, ya lo sabes.

Viajamos en silencio durante el resto del trayecto. Y mientras tanto una presión amarga estruja la boca de mi estómago; estoy deseando ver a mi familia, pero una nostalgia asfixiante se adueña

de mi organismo.

Nos adentramos por unos caminos plagados de naturaleza, donde el terreno es sinuoso e irregular. El taxista despotrica por lo bajo en un francés cerrado; me parece que no mucha gente le ha pedido que la lleven a mitad del bosque.

—No te preocupes, haré que nos olvide —murmura Caiden que, por lo visto, me está observando de soslayo.

Oh, claro, no puede haber ningún testigo.

El coche se detiene al cabo de media hora de camino escarpado. Entiendo el «*merci* » en la frase de Caiden y también, por el contexto, comprendo que le pide que lo espere porque él no se queda.

Al bajar, aprecio una casita a varios metros entre una arboleda esparcida; es achaparrada con la chimenea de piedra y contraventanas verdes, y las paredes se encuentran camufladas bajo la hiedra. Siento cómo Caiden se sitúa a mi lado y, justo en ese momento, veo a mi madre salir corriendo del porche. Me da un vuelco el corazón y me nace el impulso de correr también hacia ella; tras mi madre salen mi padre, Aston, la tía Chiara y las demás y mi pecho se llena de felicidad. Antes de darme cuenta me he estrellado con el cuerpo de mi madre, que me abraza con fuerza. Estoy llorando contra su cuello, su olor a lavanda, sándalo y a mamá reconfortan mi alma. Mi padre nos abraza a las dos entre gimoteos, hunde la cara entre nuestras cabezas y nos aprieta con el pulso tembloroso.

—Estás a salvo, estás a salvo —repite él entre gorgoteos, como para convencerse de que es cierto.

Les cuesta soltarme, pero mi primo y las tías Chiara y Abril los relevan, sus gestos de alegría y su familiaridad hacen que el dolor se esfume. La tata Mariela, Flor y Ágata también están esperando a estrecharme entre sus brazos para calmar todo el sufrimiento y la preocupación que han debido de pasar por mi ausencia. No puedo dejar de llorar; mi bisabuela Ágata me restaña las lágrimas con amor.

—Estás en casa —pronuncia con emoción. Porque «casa» no es un lugar, «casa» son ellos—. Gracias por traerla sana y salva, Caiden.

Escuchar a la tata pronunciar su nombre me produce una sacudida en el corazón. Me giro hacia atrás, siguiendo la tierna mirada de Ágata, y encuentro a Caiden parado a una distancia prudente de nuestra emotiva reunión familiar. Su altura, su belleza y su presencia en sí en ese contexto me estrujan las vísceras; ¿se darán cuenta de lo que siento? A mi familia nunca se le escapa nada. Ágata ha debido sentir cómo me he estremecido cuando Caiden ha asentido con la cabeza hacia ella con una elegancia solo propia de él.

—En realidad ambos hemos llegado hasta aquí con la ayuda del otro —apunta en ese tono solemne y cadencioso—. Ella está aquí, de modo que os podéis imaginar que sabe cuidarse sola.

Ágata me aprieta del hombro como para asegurarse de que estoy con ellos y mi madre me

acaricia la espalda.

—Debemos reforzar el hechizo para que no puedan localizarnos. Eira fue quien lo ideó, lo que nos ha permitido llegar hasta aquí —cuenta él.

Lo contemplo sin pestañear.

—Hum, sí… También dibujaremos la runa en las paredes de la casa, por si acaso —les digo.

Ellos asienten, la emoción de tenerme aquí hace que actúen diferente a lo que recuerdo, deben acostumbrarse de nuevo a que estoy con ellos.

—Debéis estar agotados, entrad; hemos preparado la comida favorita de Eira —nos invita mi madre.

—¿Sabíais que llegábamos hoy? —le pregunto.

—Hemos cocinado los ñoquis con crema de calabaza cada día desde que Enzo nos dijo que vendrías —admite mi padre con una sonrisa entrañable.

Se me posa un nudo enorme en la garganta y desvío la vista hacia Caiden, que contempla a mis padres con admiración, todavía alejado de nosotros. No puedo evitar pensar en cómo se sentirá al ver el verdadero amor que unos padres deberían profesarle a sus hijos.

—Lamento declinar vuestro amable ofrecimiento, debo marcharme ya —responde Caiden, cordial.

Mi familia no está habituada a la jerga formal que acostumbran a usar en el Templo, por eso lo miran más de lo que se consideraría educado. O quizá también los obnubila su belleza, todo es posible.

—Espero que no os importe que os la quite unos minutos más… —añade él, señalándome con un gesto.

—Oh, claro —repone Ágata, soltándome.

Les sonrío con cariño antes de acercarme a Caiden.

—Estaremos dentro preparando la mesa —anuncia mi madre.

—Si necesitáis algo, ya sabes que podemos ser de ayuda, pequeña —añade la tata Ágata antes de que empiecen a caminar hacia el porche.

Cruzo la mirada con Caiden mientras me muerdo el labio inferior; él esboza una sonrisa débil y mi estúpido corazón se agita con agresividad. Recupero la mezcla de la mochila que, milagrosamente, ha sido de los pocos tarros ilesos que había en mi cama. La añoranza me obliga a mirarlo a la cara, con un deseo repentino de memorizar sus facciones.

—He conseguido mejorarla, será más duradera si nos la practicamos dos veces, en el pecho y en el abdomen, son dos zonas de órganos vitales poderosos. No me preguntes cómo lo sé, simplemente… lo sé —le explico.

Él asiente con la cabeza, percibo brillo en su mirada, aunque no sé descifrar qué significa.

—¿Cuánto crees que dura?

—Lo máximo son siete días, de momento.

—Bien, en ese caso dentro de siete días volveré, haremos esto de nuevo y me marcharé —observa mi rostro como si quisiese estudiar mi reacción.

¿Qué espera? Ya lo sé, sé que estar enamorada de él me dolerá… muchísimo.

—Hum… Me temo que dibujarnos las runas conlleva quitarnos ropa. —Me giro hacia la casa, donde mi familia se toma su tiempo para entrar; hablan entre ellos y se giran muy de vez en cuando, quizá para cerciorarse de que de verdad he vuelto.

—¿Si nos vamos a un sitio más privado pensarán que te quiero secuestrar? —¿Por qué su voz me parece provocativa en esa pregunta?

Y, además, mi primer pensamiento fugaz es: «Ojalá quisieses secuestrarme».

—No, saben que eres de fiar. Ven —actúo, segura.

Echo un vistazo hacia mi familia, que nos ve atravesar el terreno delantero de la casa para acudir al lateral. Caiden me sigue sin añadir nada, escuchar su caminar detrás de mí me produce una satisfacción que sería mejor ignorar.

—¿Qué crees que encontrarás al regresar a tu refugio? —me nace preguntarle; necesito saber todo lo que pueda de él.

—Prefiero no pensarlo demasiado —murmura mientras se quita la camiseta al quedarnos resguardados tras la fachada lateral—. Espero que hayan mantenido la calma; que lo que hemos construido no se haya destruido. Algunos brujos poderosos son muy inestables; espero que… recuerden las alianzas y los acuerdos.

Su voz se altera un poco al final, cuando acerco los dedos untados en la mezcla a su pecho. No dice nada más mientras le dibujo la runa con cuidado mientras bisbiseo el hechizo y me recreo a conciencia; si esa es la única manera en la que puedo tocarlo desde ahora, procuraré apreciar cada detalle. Cuando acabo con el pecho, vuelvo a mojar mis dedos en la mezcla y acudo a su abdomen. Pego un respingo cuando Caiden me detiene agarrando mi muñeca, alzo los ojos hacia los suyos y compruebo que los aprieta, su boca está entreabierta, como si, de nuevo, estuviese luchando consigo mismo. Se me corta el aliento.

—Caiden… —susurro.

—Vale, continúa —jadea y abre los ojos. Lo observo, precavida—. Eira.

Asiento y termino de presionar los dedos en su vientre duro, le practico la runa y recito el hechizo sin respirar.

—Ya… está —digo, tomando aire con ahogo.

—Mi turno —musita e introduce el dedo largo en el tarro.

No tengo que quitarme el vestido ni apartar tela para que pueda proceder, sus yemas calientes esparcen el ungüento justo en la parte superior de mi pecho izquierdo, rozando la aureola de mi pezón, y se me eriza la piel de forma que él lo ve. Sin decir nada, se arrodilla ante mí cuando acaba y mira hacia arriba, tardo unos segundos en caer en que me está pidiendo que sea yo quien me suba el vestido. Y lo hago, trago saliva y desplazo la tela hacia arriba para descubrirle mi

vientre. Percibo cómo los músculos de su mandíbula se tensan antes de acercarme los dedos a unos centímetros del ombligo. Cierro los ojos en cuanto siento que me toca y sus dedos se deslizan con cuidado. Se me encoge el bajo vientre sin querer; el deseo es un ente despiadado que no conocía hasta que él llegó, de modo que se sale de mi control. De repente mi pecho sube y baja sin que pueda evitarlo y él lo percibe y se detiene, cierra los ojos también, aunque no aparta la mano de mi piel, de hecho… De hecho, lleva la otra a mi cadera, hacia el lateral de mis bragas, y arruga la tela entre sus dedos. Reprimo un gemido con esfuerzo. Luego me es imposible detener mis jadeos cuando aproxima su cara despacio justo sobre la goma de mis bragas y deposita un beso húmedo allí, cierra los ojos con fuerza y desplaza el labio inferior por mi ombligo. Termina de murmurar el hechizo con voz candente y entonces apoya la cabeza contra mi abdomen unos instantes en los que su cabello me hace cosquillas e incendia mi sexo. Luego lleva sus manos hacia las mías para que suelte la tela y deje caer el vestido antes de levantarse y situarse de nuevo ante mí.

—Dibuja la runa en este lateral, yo lo haré en el otro —dice, tomando un poco del ungüento en los dedos antes de alejarse hacia la parte trasera de la casa en pocas zancadas.

Me quedo unos instantes inmóvil.

Todavía siento su saliva en mi vientre, todavía ardo por dentro. Dios… Me voy a morir. Me entran unas ganas de llorar incontrolables y me aprieto los ojos con las palmas de las manos. No, no, no. Cuando aparto las manos de mi cara, están mojadas. Mierda. Respiro hondo varias veces y me limpio con el dorso de las manos, enfadada por ser así. Dibujo la runa con esmero en la fachada pintada de ocre y luego espero un poco más para que mis emociones se estabilicen.

—¿Ya habéis acabado? —me pregunta mi padre, que está sentado en una hamaca del porche junto a mi madre.

Como siempre, inseparables.

—Sí —les sonrío mientras camino frente a la valla de madera visiblemente vieja del porche—. Creo que estaremos seguros hasta que Caiden regrese en siete días.

Lo vemos acercarse desde el extremo opuesto de la casa con su característico caminar seguro; a quien no lo conozca le resultará incluso amedrentador, como a mí me lo pareció la primera vez que lo vi.

—Creo que será suficiente con este hechizo —dice cuando se detiene a una distancia cauta de mí—. Ahora debo irme.

Las tatas Ágata, Flor y Mariela salen al porche y los demás no tardan en seguirlas.

—Gracias, de corazón —le dice mi madre.

Él parece tardar en reaccionar a sus palabras afectuosas y, cuando lo hace, se lleva la mano al pecho y coloca su palma allí con una leve inclinación sentida.

—Quizá no creáis demasiado en la palabra de un Vulgaris, sé de primera mano cuál es vuestra opinión respecto a mi familia y no os imagináis lo de acuerdo que estoy con vosotros —les

cuenta con ese tono encantador—. Pero prometo que haré lo que esté en mi mano para proteger a Eira y moveré cielo y tierra para que algo como lo que ha ocurrido no se vuelva a repetir. Mis padres no se merecen gobernar a las brujas; ningún reino regido por la crueldad debe tener poder.

Caiden se despide con un movimiento de la cabeza tras su discurso y veo cómo fija la mirada sorprendida en un miembro de mi familia: me giro hacia la tata Ágata, que está haciendo el saludo a la magia; se ha llevado los dedos a los labios, luego al corazón y alza la palma de la mano hacia el cielo, una señal de respeto y admiración. Mi padre la sigue, luego mi madre y después el resto de mi familia. Retengo las lágrimas de emoción como puedo al tiempo que reproduzco el saludo mientras miro a Caiden, que nos observa algo descolocado; sin embargo, aunque pretenda esconderlo, veo la emoción en su mirada. No sabe lo que significa el gesto que le estamos haciendo, pero sé que lo puede intuir. Me dedica una fugaz mirada antes de darse la vuelta y alejarse. El motor del coche ruge en la lejanía y yo siento una violenta presión en el pecho cuando el sonido se pierde en la distancia.

28
Eira

«Nunca nadie me había robado tantos instantes
de mi vida sin estar presente.»

Mandamientos para sobrevivir, por CAIDEN VULGARIS .

Mi familia me ha sometido al tercer grado y yo he respondido a todas sus preguntas encantada. Algunas partes han sido muy duras de contar, pero no acostumbro a ocultarles nada, por muy dolorosa que sea la noticia; como las muertes de las otras aspirantes, incluida la que fue culpa mía. Contarlo ha hecho que reviva el horror y me han tenido que pedir que parase cuando me he puesto a llorar sin control y luego me ha sido difícil detener el llanto convulsivo.

Todos me arropan, me abrazan y están pendientes de mí; algo que antes me hubiese agobiado, pero que ahora agradezco muchísimo. El instinto de estar alerta constantemente no se me ha pasado: me asusto enseguida con cualquier ruido y miro demasiadas veces por la ventana. Mi cerebro no parece convencerse de que me encuentro a salvo, aunque toda mi familia me asegure que todo va bien. Formamos un aquelarre grande, en el que todas somos brujas, excepto mi padre y la tía Abril, así que debería estar tranquila, pero no lo consigo. En cuanto a los tíos Martin y Oliver, por lo visto Enzo no vio necesario incluirlos, ya que no son brujos y el aquelarre no buscaría en su casa. Sin embargo, aunque me fío mucho de la palabra de mi mentor, preferiría que estuviesen aquí con nosotros.

La tata Mariela prepara bollos de canela, Aston me peina el pelo, mi madre me prepara té de Estrella de Belén (para sanar heridas profundas del corazón) y todos procuran sentarse cerca de mí y darme apoyo emocional en todo momento. Puede que me noten distinta, no lo sé. Lo cierto es que algo ha cambiado en mi interior; no soy la misma, eso seguro.

Preparamos hechizos de sanación para desenredar los nudos de sufrimiento que he pasado durante la Proclama y que todavía guarecen en alguna parte de mí. Usamos sahumerios, palo santo, esencias, elixires y pociones que ya conozco bien.

—Cuando una bruja se encuentra en un entorno hostil, su intuición se despierta con fuerza —me explica la tata Ágata en el momento en que empiezo a contarles todo lo que fui capaz de hacer por mí misma; cosas que incluso hoy me cuesta creer, como el hechizo para protegerme del frío o el de reforzar mis habilidades físicas.

—Es como si la magia me susurrase al oído. Resulta extraño pero familiar al mismo tiempo. No puedo explicarlo con palabras —les cuento con emoción una noche después de la cena.

—Es increíble —opina mi primo, mirándome con atención.

—Damos gracias a tu intuición, mi vida; eso es lo que te ha permitido volver a casa —dice mi madre, acariciándome el pelo.

Esa noche tengo pesadillas. Y la noche siguiente también.

Despierto en mitad de la madrugada entre sudores y un llanto acoplado en mis costillas del que me es difícil desprenderme. Mi madre viene a mi cama y se queda conmigo porque le pido que no se vaya.

—Mamá… —musito en la penumbra; nuestras manos están entrelazadas y la suave brisa de la noche se cuela por la ventana soplando la superficie de la sábana que nos cubre.

—¿Qué, cielo?

Todavía no les he hablado de Caiden, aunque las conozco demasiado como para intuir que saben más de lo que dicen. Pero necesito hacerlo, necesito hablarles de él.

—Siempre habéis dicho que la magia no puede controlar los sentimientos, que el libre albedrío no se puede manejar con ningún hechizo.

—Así es —murmura ella.

—Pero el hechizo antiguo hace que la Deida se enamore de su Catalizador, ¿cómo puede ocurrir eso?

Mi madre suspira, comprensiva.

—La estirpe de los Vulgaris es muy poderosa. Sus antepasados, por lo que nos ha contado Ágata, practicaban hechizos ancestrales peligrosos y no fue diferente cuando decidieron practicar el hechizo para proteger a las brujas; por eso ningún descendiente del aquelarre se ha atrevido a modificar el hechizo antiguo, porque es posible que lo rompan y no exista la manera de volver a hacer uno tan poderoso —me cuenta ella con voz suave—. Sin embargo, el amor que genera es obsesivo e insano, o eso es lo que me han contado. ¿Qué es lo que te preocupa, cariño?

—Me… me preocupa que el hechizo me afecte de alguna manera respecto a Caiden —admito en un hilo de voz.

—No sabía que estuvieses preocupada por eso —responde ella, sincera—. De hecho, nos alivió veros a ambos. Tú no te mostraste ansiosa en ningún momento ni su marcha te ha trastornado. Conozco las historias de otras Deidas gracias a la tata Ágata y, créeme, a ti no te ha afectado.

—¿Y si me ha afectado de una manera más sutil? —añado, incorporándome un poco—. Lo echo… tanto de menos. Nunca había sentido esto, mamá.

¿Me están entrando ganas de llorar otra vez?

Ella me acaricia la cara con ternura y percibo su sonrisa en la penumbra.

—Ay, mi niña —musita—. Si te quedas más tranquila, mañana podemos hacer una reunión todas juntas y hacer un contrahechizo, no hay nada más fácil que deshacer un enamoramiento

causado por un hechizo, aunque se trate de magia ancestral lanzada hace cientos de años. El amor no se puede controlar, al menos no de forma duradera y sana.

La idea de mi madre me tranquiliza, me acerco para abrazarla y ella me estrecha entre sus brazos.

—Pero, cielo, no creo que lo que sientas tenga que ver con la magia. Y me parece que tú también lo sabes —aporta con delicadeza.

Abro los ojos en la penumbra con la mirada puesta en mi vestido de flores, que todavía sigue en el respaldo de la silla sin lavar porque él lo besó, porque él lo estrujó entre sus dedos y hay ciertas partículas de su aroma impregnadas en su tela.

No le respondo a mi madre, no sé qué decirle. ¿Es sano que no lo haya sacado de mi cabeza ni por un instante? ¿Es sano que duela recordarlo? Necesito saber si algo de lo que siento tiene que ver con el hechizo antiguo, porque a mí no me parece normal.

Por la mañana, en el desayuno, mamá y yo les hablamos de ello a los demás. Nadie parece sorprenderse de mis sentimientos por Caiden; de hecho, preparan todo lo necesario enseguida, como si ya supiesen que deberíamos hacer aquello tarde o temprano. Siempre me ha gustado que todo sea tan fácil con mi familia, sobre todo cuando se trata de validación emocional.

Me hacen tumbarme en el suelo rodeada de un círculo de flores, han dejado recipientes de agua de luna con velas flotantes a mi alrededor y ellas se toman de las manos justo tras las flores; mamá, Chiara, las tatas Flor, Mariela y Ágata y Aston. Juntos, con los ojos cerrados, pronuncian un hechizo al unísono y luego me lanzan canela, clavo y flores y esparcen agua de luna sobre mí. Mi madre dibuja una runa en mi frente y sella el contrahechizo.

Sin embargo, no me siento diferente durante las horas siguientes. Sé que debo ser paciente, por eso procuro no inquietarme, pero esa misma noche sueño con él; sueño que vuelve, que se cuela en mi dormitorio y sus dedos acarician mis sábanas, sueño que susurra en mi oído despacio: «Chica de las flores» . Y despierto con una añoranza tan inmensa que me encojo en la cama, sintiéndome pequeña en comparación con lo que siento.

Percibo que mi padre me mira largo rato, preocupado. Puedo apreciar la impotencia que dominan sus ojos cuando ven mi dolor, aunque intente esconderlo.

Se me ocurre entretenerme enseñándoles las nuevas combinaciones de hierbas y esencias que he aprendido a hacer y ellos parecen entusiasmados con la idea (aunque sé que lo están de verdad, hay cierta parte en la que actúa su necesidad de verme bien). Y entre la tata Ágata y yo ideamos la manera de reforzar el hechizo de protección; tras unas cuantas pruebas, tengo entre mis manos la mezcla y la práctica de una runa tan poderosa que su efecto duraría casi un mes. Observo la mezcla entre mis manos y un vacío, que al principio es pequeño, empieza a engrandecerse hasta inundar mi pecho y sé que si lo dejo salir, me pondré a llorar de una manera visceral y profunda. No lo entiendo, estoy con mi familia, estamos a salvo… Deposito el cuenco en la mesa y me disculpo con mi bisabuela para salir de la cocina. Corro a mi dormitorio porque

no quiero que me vean y, en cuanto cierro la puerta a mi espalda, de mi garganta brota un sonido roto que estalla en un llanto agudo, como un lamento agónico. Ya no tendrá que volver cada siete días, ahora lo hará una vez al mes. Y cuando la profecía se cumpla… ¿Qué ocurrirá entonces? Y si salimos ilesos, ¿qué pasará después?

Esa noche me quedo dormida antes de lo habitual (sigo sintiéndome agotada todo el tiempo) y, cuando despierto por la mañana, no huelo las tortitas o la leche caliente que suelen preparar mis abuelas. Frunzo el ceño al acercarme al salón y ver a la tata Ágata asomada a la ventana. Mis padres están allí, puedo percibir su inquietud.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—Alguien viene —anuncia Ágata.

Se me acelera el pulso.

—Caiden no vuelve hasta dentro de dos días —les recuerdo.

—No es él, aunque sí que es alguien igual de poderoso —se atreve a conjeturar ella—. Cuando se trata de un brujo así, puedo sentirlo. Está cerca.

—¿Y qué podemos hacer? Está claro que vienen a por Eira. —La voz de mi madre suena alarmada.

—¿Nos han encontrado? No puede ser… —murmuro, atravesando el salón hacia mi bisabuela para mirar a través de la ventana, como ella.

—Es lo que he pensado; el hechizo no ha sufrido ninguna fisura ni fluctuación, está intacto —asegura Ágata.

—Nos hemos estado preparando por si algo así ocurría —dice mi padre en tono duro—. Esta vez no dejaremos que te lleven, lucharemos.

—No, papá… —empiezo.

—Está aquí —anuncia ella.

Un coche negro elegante se aproxima por los senderos por los que vinimos con el taxi hace cinco días, pero no se detiene con la misma prudencia que nosotros, sino que se aproxima al terreno delantero de la casa. Se me eriza el vello de todo el cuerpo cuando se detiene a unos metros del porche.

—¡Vamos, sal por la puerta trasera! —Mi padre me toma del brazo—. Hay una furgoneta aparcada ahí detrás, ve con tu primo. Ahora, Eira.

—Espera… —musito cuando veo la puerta del automóvil abrirse y una figura que conozco bien sale y recorre la finca con la mirada—. Idris Vulgaris.

—¿Vulgaris? ¿Es del aquelarre? —pregunta mi madre.

—Es la hermana de Caiden —les cuento, al mirarla siento algo raro en el estómago.

—No podemos esperar a saber lo que quiere… —urge mi padre.

—Viene sola —añade mi bisabuela, extrañada.

Idris se acerca con la presencia esbelta que también proyecta su hermano y la vemos subir los

escalones del porche antes de oír cómo llama a la puerta. Aprieto los puños, nerviosa, pero no puedo huir.

—Eira…

—Confía en mí, papá —le pido, dedicándole una sonrisa afectuosa.

Soy yo quien se dirige a abrir. Respiro profundo antes de hacerlo y, de un instante a otro, tengo a Idris Vulgaris ante mí.

—Hola, Eira —me saluda con amabilidad y cierto comportamiento precavido; ya sabe que la consideramos enemiga—. No te preocupes por mi visita, vuestro hechizo no ha sufrido daño alguno. Su función es ocultaros del peligro, pero resulta que sí permite que os encuentren las personas consideradas gratas para vosotros. Tu familia, por ejemplo, podría haberte encontrado. Por eso yo he encontrado a Caiden.

¿Qué? Parpadeo, desconcertada. Ella esboza una sonrisa dulce que embellece sus bonitas facciones.

—Antes de venir a verte he estado con mi hermano, por supuesto —me cuenta y su mirada se oscurece un poco por la preocupación—. ¿Podemos hablar? Es urgente.

Lo último que me pide termina de descolocarme por completo.

—¿Le ha pasado algo a Caiden?

—Esa es la cuestión —asiente, torciendo el gesto—. No sé si sabes que puede llegar a ser profundamente cabezota.

Parpadeo por la manera en que lo ha llamado; así es como lo llamé yo en el barco.

—Entra —le pido.

Toda mi familia está allí reunida cuando Idris cruza el umbral; la miran con cautela y recelo.

—Hola —los saluda ella con voz cantarina.

—¿Qué es lo que quieres? —interviene mi padre.

—Me temo que necesito a su hija —responde ella, ignorando la hostilidad de su tono—. Ayer por la mañana di con el paradero de Caiden. Salí del Templo con la certeza de que lo encontraría porque el hechizo no me bloqueaba a mí, pero no informé de eso a mi familia, por supuesto. Mi objetivo de hallar a mi hermano es muy diferente al suyo: quiero a Caiden, y temía que cometiese un error. Sé que, si la profecía se cumple y al final él es el responsable de miles de muertes, no sabrá vivir con ello. No puedo dejar que eso ocurra. Ya me he mantenido al margen durante demasiado tiempo y no volveré a darle la espalda a mi hermano.

Se me llena el pecho conforme habla y mi pulso se relaja. Puedo ver a la niña de los vídeos y las fotos; esa chica a la que Caiden describe con adoración.

—¿Y qué puedo hacer yo? —le pregunto.

—Estar a su lado —dice y yo le devuelvo una mirada incrédula.

—Eso no es lo que él quiere…

—Exacto, pero lo que él quiera no es relevante, no en la situación en la que se encuentra —

comienza—. Ha estado aliándose con brujos insurgentes para aunarlos contra el aquelarre. Ambas sabemos que su objetivo no es la guerra y que lo único que pretende es que los desvinculados superen en número a los devotos del aquelarre Vulgaris, para obligar a mi familia a celebrar una votación en la que todos seamos libres de elegir quién queremos que tome el mando.

Esa parte la conozco, pero su forma de contarlo me envara porque sé que ahora viene la parte mala:

—Sin embargo, sus temores se han cumplido y, al volver, se encontró con que muchos de los brujos con los que había hecho alianzas se habían marchado. Se han separado en varios grupos y han emigrado para que el aquelarre no los encuentre. Y todo porque… porque creen que Caiden está muerto.

—¡¿Qué?! —exclamo, atónita—. ¿Por qué creen eso?

—Anoche mi hermano me dijo que cree que su corazón se detuvo unos segundos antes de que tú entrases a rescatarlo el día de la nieve. —Abro mucho los ojos e imagino ese instante, ¿Caiden dejó de respirar?—. Entonces, el hechizo de vinculación que Caiden había sellado con los cabecillas de los grupos de brujos infieles se rompió y no se volvió a reestablecer cuando lo trajiste a la vida. De modo que los brujos pensaron que el aquelarre lo había matado. Mi hermano lideraba a todos los brujos desvinculados, era el precursor de todo… y una vez sin líder, el caos se desató.

—¿De cuántos brujos estamos hablando? —pregunta Ágata.

—Miles, en cada grupo puede haber cientos de ellos y es muy probable que estén tratando de reclutar más. Lo importante ahora es que los cabecillas de esos grupos sepan que Caiden está vivo. Pero no es fácil encontrarlos, se ocultan bien; son astutos y, muchos de ellos, poderosos —nos explica Idris con circunspección—. Mi familia tiene rastreadores en cada esquina, están en las redes de comunicación, así que Caiden no puede llamar por teléfono ni intentar comunicarse a través de la tecnología porque el acceso que posee el aquelarre es… inmenso. Ha estado intentando dar con ellos, pero no puede solo. Necesita tu ayuda, Eira.

—Por supuesto. Si puedo hacer algo, lo haré —respondo con seguridad—. Pero ¿por qué tengo la sensación de que él no sabe que estás aquí?

Idris se remueve un poco en el sitio, culpable.

—Porque no lo sabe —confirma mis sospechas—. Puedes imaginarte que él nunca aceptaría llevarte a su guarida ni que sufrieses el mínimo riesgo de peligro. Intenté que entrase en razón: juntos, vuestros hechizos de localización son el triple de fuertes. Juntos podríais conseguir mucho más que estando separados, pero es un…

—Cabezota —termino, esbozando una leve sonrisa.

Ella parpadea y me la devuelve.

—Eso es. Y temo que su empeño en mantenerte lejos de él le salga caro: algunos de esos

brujos insurgentes son hechiceros de magia oculta con ideas radicales, son a los que más le costó convencer para unirse a él. Si actúan por sí solos, iniciarán una guerra. Y todos sabemos los estragos que causan las guerras. Perfectamente podría… podría desatarse la profecía. Y esa idea lo está consumiendo.

Arrugo el ceño con un nudo enorme en el estómago y miro hacia mi familia; parecen expectantes. Solo mis padres mantienen gestos de resignación porque saben cuál será mi respuesta.

—Entonces no lo retrasemos más —decido, tomando aire para insuflarme valor—. Llévame con él.

* * *

De un momento a otro me encuentro recogiendo de nuevo mis cosas para meterlas en la mochila. Mis padres se encuentran a mi espalda; puedo sentir cómo sufren y eso me… me mata.

—Sabíamos que este momento llegaría, aunque quizá no tan pronto —comenta mi madre, ayudándome a doblar algo de ropa.

—Estaré bien. Si hasta el momento he logrado salir ilesa, volveré a hacerlo —les prometo, tratando de ocultar mi desasosiego.

—No tienes que hacer nada que no desees… —añade mi padre.

Cierro los ojos ante los botes de hierbas que quiero llevarme y luego me giro hacia ellos.

—Esto es lo que quiero y lo que debo hacer. —Se me rompe ligeramente la voz—. Sabéis que tengo una responsabilidad, no la he elegido, pero… no me perdonaría ignorarla. Si al final puedo ayudar a que las brujas estén a salvo, incluidos vosotros, haré lo que sea.

—Lo sabemos —dice mi madre, conmovida, al tiempo que alza los brazos hacia mí para atraerme hacia su cuerpo y estrecharme con energía.

Le devuelvo el abrazo apretando fuerte los ojos.

—Es una responsabilidad enorme para una chica de dieciocho años —comenta mi padre con un deje triste que me encoge el estómago.

—Lo sería para cualquiera —digo, y estiro el brazo hacia él para invitarlo a unirse al abrazo—. Pero yo tengo una ventaja: a mí me habéis criado vosotros.

A mi padre se le escapa una risa sorda que bien podría haber sido el comienzo del llanto, pero nunca he visto a mi padre llorar. Nos abraza a ambas y nos quedamos pegados un poco más, aprovechando hasta el último segundo.

Minutos más tarde, me encuentro de copiloto en el coche de Idris. Me he despedido de todos, que aguardan en el porche mientras ella arranca el motor y nos aleja de mi familia.

Miro a través de la luna trasera hasta que la casita se hace pequeña en la distancia.

—Volverás con ellos. —La voz categórica de Idris suena más adulta y seria en esta ocasión—. No solo Caiden se encargará de ello, yo también.

Me dirige una suave sonrisa sin apartar la mirada del camino.
—Gracias —le digo con sinceridad—. Por todo.
Ella parpadea primero y luego asiente con la cabeza.
—Es hora de hacer las cosas bien.

29

Eira

«El alivio y el miedo pueden ir de la mano.
Ella siempre me produce esta clase de emociones
dispares que me vuelven loco.»

Mandamientos para sobrevivir, por CAIDEN VULGARIS

En el coche flota un intenso aroma dulce y fresco al mismo tiempo; olor que asociaré a Idris desde este momento. Ahora que puedo fijarme bien en su perfil, puedo apreciar el parecido con los rasgos de su hermano: el mismo tono de pelo (oscuro, pero que refulge bajo los brillantes reflejos del sol), una nariz estrecha y bonita y una mandíbula suave. Me siento segura cerca de ella, no sé explicar por qué y, aunque la pantalla del salpicadero indique que nos quedan casi cuatro horas para llegar a nuestro destino, no me siento ansiosa.

—No te preocupes porque Caiden no sepa que te llevo con él. Tiene mal temperamento de primeras, pero terminará entrando en razón —asegura mientras rompe el mutismo que solo llenaba la suave melodía proveniente de la radio.

—Se habrá sorprendido mucho al verte —conjeturo, estudiando su gesto.

Ella suspira y esboza una sonrisa.

—Me han recibido sus guardias. No te lo he dicho, pero hay al menos una treintena de brujos que sí se quedaron en su guarida a pesar de que también creían que estaba muerto. Fue gracias a Tain, su segundo al mando; son grandes amigos desde hace años —empieza a contarme—. Mi hermano puede tener fama de frío y oscuro, pero quienes lo siguen lo hacen porque creen fervientemente en él, lo admiran y lo respetan.

Miro a través de la ventana, de nuevo siento esa presión en el pecho cuando pienso en Caiden. No me sorprende nada de lo que Idris me cuenta.

—Cuando llegué a su refugio, me arrestaron. Sabía que eso ocurriría; no le he dado ninguna razón a Caiden para que confíe en mí.

—Él te adora —me nace decir.

Veo cómo mi comentario afecta a sus facciones, aunque enseguida lo esconde.

—Hay muchas cosas que no sabes, Eira. Mis padres te enseñaron fragmentos de cuando éramos niños, pero la cosa cambió cuando él se fue. —Su voz se torna lánguida de repente—. En

el Templo, la información llega sesgada por los ideales de mi familia. La noticia de la masacre del consejo del aquelarre fue muy sonada. Caiden mató a todos sus miembros, incluida Milie, una mujer a la que consideraba más madre que mi propia madre. Y… lo odié por ello. Mis padres tenían razón: mi hermano se había vuelto oscuro y peligroso.

—¿Sabes por qué lo hizo? —Me doy cuenta de que no soporto que Idris piense así de él.

—No me importan las razones. Es… Caiden, el mismo que impidió que viese los sacrificios de los ritos sagrados para proteger mi infancia, el mismo que preparaba pícnics y dejaba una flor en mi almohada por las noches para que no me sintiese sola. Las razones por las que él asesinó al consejo debían ser lo suficientemente fuertes para que se viese obligado a ello…

—Querían que tú participases en los ritos —le desvelo. Idris se gira hacia mí y me observa unos instantes antes de volver la mirada hacia la carretera—. Tu influencia estaba interfiriendo en los planes del consejo, así que dijeron que querían que el aquelarre diese el ejemplo y practicase los ritos sagrados; iban a proponerte para que lo hicieses. Su plan era quitarte de en medio porque te estabas convirtiendo en un problema para ellos y Caiden sabía que tus padres aceptarían sin pensarlo. Por eso tuvo que borrar todo rastro de esa idea.

Idris guarda silencio tanto tiempo que la miro, pensando en si he hecho bien al revelarle esa información.

—Él… nunca me ha contado nada de todo esto —murmura, afectada.

—Puede ser bastante hermético —apunto, e incluso yo percibo el cariño con el que he hablado.

—Sí, sin duda —exhala, tomando con más fuerza el volante. Luego parece que va a derrumbarse, pero cuadra los hombros y se repone—. Ahora me siento ruin por haberlo odiado.

—No es tu culpa, no podías saberlo…

—Sabía quién era de verdad —dice y aprieta más fuerte el volante—. Él me protegía a mí, pero ¿quién cuidaba de él? Yo no supe… Y mis padres fueron crueles, muy crueles. Los decepcionó que su primogénito no venerase sus pasos, que no fuese el hijo que esperaban que fuese. Mi hermano tuvo su propio criterio desde bien pequeño, y eso era algo que los irritaba, porque tendía a contradecirlos, a cuestionarlos. Caiden se pasaba semanas encerrado; recuerdo ir a la puerta del calabozo y hablar con él a través de un muro. Recuerdo los gritos de mi padre, los desprecios. Recuerdo sus muñecas magulladas, llenas de costras que siempre trataba de ocultar en mi presencia. Yo lloraba de impotencia en mi habitación porque solo era una niña que amaba a su hermano mientras él… Él estaba siendo maltratado por mis propios padres.

Me quito las dos lágrimas gruesas que saltan de mis ojos con las manos y siento que me tiembla el pulso sobre las mejillas.

—Lo siento, creo que estoy hablando de más… —murmura.

—No. —Trato de detener más lágrimas que arden en mis ojos; la rabia que me asola hace que me duelan las articulaciones—. Es su vida y… todo lo que tenga que ver con su vida me importa.

Idris vuelve a dedicarme una mirada de soslayo.

—No parecía que el hechizo antiguo te hubiese afectado, algo que me sorprendía sobremanera —añade—. Ninguna Deida se libra de enamorarse del Catalizador.

—Y no lo ha hecho, no me ha afectado —admito—. La magia no tiene nada que ver con lo que siento.

Me contempla de nuevo, esta vez durante más tiempo.

—Vaya, qué peculiares sois los dos —comenta con cierto deje afectuoso.

Idris ralentiza el coche cuando queda una hora para llegar, se aparta de la carretera y nos detenemos en el arcén. Observo cómo maniobra, descolocada.

—Vale, te explico. —Se retira el cinturón y se gira hacia mí—. No es buena idea llegar por la puerta principal sin más; es lo que yo hice ayer y no me salió muy bien. Sus hombres me encerraron en una habitación porque no sabían mis pretensiones, como es lógico. Tain fue el que me hizo las preguntas y me costó un mundo convencerlo para que me dejasen hablar con mi hermano. Puede ocurrirnos algo parecido si vamos de frente: nos recibirán sus hombres de nuevo, Caiden evitará verte y te llevarán de vuelta con tu familia de inmediato…

Frunzo el ceño ante esa idea; al principio me genera rechazo, pero conozco lo suficiente a Caiden como para creer que eso es justo lo que hará si tiene oportunidad.

—¿Tienes algún plan en mente? —murmuro, y por su expresión sé que así es.

—He visto cómo te desenvuelves con los hechizos, así que la idea es ocultarle tu presencia; sé que podría sentirla. Es probable que el efecto no dure demasiado porque, bueno, es Caiden, es su territorio y tú eres su Deida, pero podría durar lo suficiente como para colarnos por detrás; se me da bien encontrar entradas secretas. Y, una vez que nos tenga delante, le será más difícil despacharnos; tendrá que escuchar lo que le queramos decir.

Me parece una idea muy bien hilada. Tomo mi mochila y extraigo el tarro con el ungüento para el hechizo de protección, con el que ocultamos nuestra localización.

—Si lo hacemos las dos, tendrá más fuerza —le aseguro.

Ella observa el contenido del tarro y luego me mira mientras me practico la runa en el pecho.

—Es asombroso… —opina, bosquejando una sonrisa—. Te veía inventar hechizos como si fuese fácil, pero a ninguna de las otras aspirantes se les ocurrían mezclas o runas tan poderosas al instante, venían aprendidas de casa y sus ideas daban buenos resultados, pero las tuyas… eran infalibles. Por eso yo sabía que era probable que fueses la original, por muy contrariados que se sintiesen mis padres por que fueras una bruja desvinculada.

Le cedo el tarro y asumo sus halagos con algo de amargor en la boca del estómago. Prefiero no responder nada.

Idris me dibuja la runa también para reforzar el hechizo y ambas lo recitamos al unísono. Siento la fuerza de su energía; es una Vulgaris, al fin y al cabo, la estirpe de brujos más poderosos que hay, es difícil no apreciar la magia que desprende.

Luego se vuelve a incorporar a la carretera y pisa el acelerador en más ocasiones esta vez;

ambas estamos seguras de nuestro plan.

Dejamos el coche camuflado entre árboles y continuamos a pie antes incluso de poder ver la gran fortaleza de piedra situada a un costado del valle. Es como habría imaginado el refugio de un brujo; impone bastante, con sus torres, sus vigías y sus portones enormes. Se nota que es una construcción antigua y, desde donde nos encontramos, ambas podemos sentir las protecciones que la rodean. También nos hemos ocupado de eso, por eso las dos atravesamos el terreno sin detenernos hacia la parte trasera del refugio. Idris nos lleva directamente hacia una trampilla camuflada bajo la vegetación, está cerrada con cadenas y candado, pero ella extrae de su petate un objeto afilado y abre el candado en cuestión de segundos.

—Iré adelante en todo momento para que mi energía también cubra un poco tu presencia, ¿vale? —susurra antes de bajar los escalones hacia una oscuridad densa que pronto interrumpe con la luz tenue de un aparato pequeño que se cuelga al cuello.

La sigo por un sótano colmado de cajas y elementos cubiertos por sábanas hacia la puerta, que también abre con la ayuda del objeto afilado. Se asoma con cautela al exterior y me hace una seña para indicarme que tenemos vía libre. Justo en ese momento se empieza a oír el eco de un piano. La melodía atraviesa las paredes de piedra y reverbera tornando el escenario más bello. Es increíble cómo la música transforma un sitio lúgubre en algo poético. Sobre todo porque reconozco la melodía y, por supuesto, Idris también: es la misma que sonaba de fondo en el vídeo que le hizo Caiden a su hermana, la misma que reproduje un par de veces en su lista de canciones favoritas. Me viene a la mente la imagen que vi en el vídeo de los dos niños sentados frente al piano, él enseñándole a ella qué teclas tocar con paciencia y un cariño abrumador. Idris se gira hacia mí, le brillan ligeramente los ojos; las dos sabemos que Caiden está tocando para ella, sabe que está aquí.

Decide continuar y la sigo de cerca a paso ligero por los amplios pasillos en penumbra. Por fuera la fortaleza mantiene su estética medieval, pero el interior te traslada de nuevo a la actualidad, las antorchas son de luz eléctrica y la decoración es minimalista y monocroma. Siento que el corazón va a partirme la caja torácica mientras el piano suena melancólico y se cuela en los recodos de mis órganos. Imagino las costras en sus muñecas cuando era más pequeño, las horas de absoluta oscuridad en un calabozo, solo…

Subimos por unas escaleras bastante escondidas y vamos directamente, casi corriendo, por los pasillos hacia la única sala que proyecta luz. El piano suena cada vez más y más intenso conforme nos acercamos e Idris disminuye el ritmo de nuestros pasos antes de asomarse al vano de la puerta. Caiden se encuentra en un espacioso salón, sentado en el banco frente al gran instrumento, de espaldas a nosotras. Verlo me embala todavía más los latidos. Sus dedos se deslizan con habilidad sobre las teclas, viste una camisa fina en un tono crema y su cabello revuelto se riza un poco tras las orejas. Joder, estoy perdida. Ya lo sabía; ya sabía que estaba enamorada, pero esto tan… violento que siento me estruja las vísceras, nubla mis ideas.

—Siempre se te ha dado bien encontrar lo que otros pretenden esconder. —Su voz rasgada suena calmada entre las notas, que son más pausadas para poder hablarle a su hermana.

—Es uno de mis dones —responde ella, que cruza el umbral hacia el interior con el cuerpo un poco girado hacia mí, como para invitarme a hacer lo mismo.

Lo hago, doy tres pasos cautos tras ella sin apartar la vista de la espalda de Caiden.

Él deja de tocar y se queda unos instantes inmóvil. Ya ha notado que su hermana no viene sola. Se incorpora despacio con los omóplatos rígidos y se da la vuelta hacia nosotras. Sus ojos se cruzan directamente con los míos y veo un relámpago de… ¿miedo?

—No —ruge.

—Caiden…

—No, ella no puede estar aquí. Llévala de vuelta con su familia ahora mismo, Idris… ¡¡Tain!!

—Caiden, escúchame —suplica ella, acercándose a él con las palmas de las manos hacia él.

—No. Escúchame tú: Eira debe estar con su familia, no pienso discutirlo.

—Ella hará que tus hechizos de localización sean el triple de fuertes…

Caiden gira la cabeza y camina ofuscado hacia la ventana. Su postura es la de un líder, seguro, firme…, frío.

—¡¡Tain!! Si no la llevas tú de vuelta, lo hará él —sentencia, señalando a su hermana.

Está bien, ya me he enfadado.

—Estoy aquí, por si no te habías dado cuenta —protesto, acercándome a él—. Agradecería que no me hicieses el vacío. He venido por voluntad propia, Idris no me ha obligado. Y, por supuesto, no pienso irme.

Tain aparece con otros hombres por la puerta; no sé cuántos son porque no los estoy mirando, ya que sigo con la vista clavada en Caiden, que frunce el ceño con fuerza.

—Eira, hemos hablado de esto… —pronuncia de manera airada.

—Sí, lo hablamos antes de saber que los demás brujos creen que estás muerto. Necesitas mi ayuda, quieras o no. Y estarás de acuerdo conmigo en que no puedo estropear un plan que ya no existe. —Puede que me haya pasado, pero estoy harta de su empeño en mantenerme a salvo y lejos de él.

Caiden arruga más el gesto y gira la cabeza para mirar a través de la ventana.

—Muy bien, entonces haremos juntos ese dichoso hechizo de localización y luego te irás —dicta con firmeza.

—No —digo lento y en tono contundente.

Él se gira hacia mí del todo con expresión exasperada.

—No pienso discutir esto contigo, Eira…

—Entonces no discutas. Iré adonde tú vayas porque puede llegar el momento en que me necesites de nuevo. El hechizo antiguo, todo esto del Catalizador y su Deida, podemos odiarlo por nuestras propias razones, pero no debemos ignorar que se trata de una profecía y que

tenemos una responsabilidad. ¿Quieres que esté a salvo? Bien, protégeme entonces. No podemos saber en qué momento nos haremos falta, Caiden. Deja de actuar como si no necesitases a nadie a tu lado, todos necesitamos ayuda a veces.

El gran salón se queda mudo tras mi monólogo. Caiden me observa tenso; en su cabeza vuelve a librarse una batalla silenciosa.

—Eira tiene razón, Caiden —murmura Idris en tono pacífico—. Una vez que encuentres a los brujos, quizá debas convencerlos de nuevo para que se unan a tu causa. No podemos olvidar que se han marchado con la idea de tu muerte y quizá estén buscando venganza, a lo mejor la noticia de tu asesinato les ha dado otro motivo más para arremeter contra el aquelarre y han estado reclutando brujos, trazando planes… Tain te dijo que se marcharon en grupos encabezados por un líder. Si se han hecho más fuertes durante tu ausencia, sobre todo los hechiceros oscuros, ¿cómo los volverás a convencer?

Caiden apoya una mano en el alféizar de la ventana y agacha ligeramente la cabeza, mostrándonos su nuca. Observo su inquietud con los puños apretados. Me muero de ganas de ir allí, abarcar su cintura, besar su nuca suave y estrecharlo hasta sentir cómo respira.

—Caiden, ¿tienes alguna orden?

Me giro por primera vez hacia Tain, que se sitúa al frente de otros tres hombres. Es un joven de la edad de Caiden, rubio, de espalda ancha y facciones serias.

—Preparad dos habitaciones —responde él sin moverse.

—Ahora mismo. —Tain actúa con rapidez y salen en pulcra sincronía del salón.

—Estás tomando la mejor decisión… —comienza Idris.

—No he tomado ninguna todavía —interviene él, enfadado.

—Claro que sí. Los brujos tendrán preguntas acerca del Catalizador y su Deida; por muy desvinculados que estén, nadie se libra de la profecía. Todos la tememos, devotos del aquelarre o no. Con Eira a tu lado, podréis explicarles mejor cualquier cosa; podréis mostrarles vuestro poder.

—No tengo que mostrar nada, solo mi presencia y sacarlos de su error —responde de mal humor, girándose hacia nosotras, pero sin mirarnos—. Hagamos el hechizo para hallar sus escondites. Como sabes, lo he probado más de diez veces sin éxito.

Alza la mirada por fin, primero observa a su hermana y luego desliza su mirada ámbar hacia mí. Me estremezco.

—A ver qué podemos hacer —murmura, tan serio que sus cuencas se hunden y parece agotado.

Luego, sin esperar a nadie, se desplaza ante nosotras y sale del salón en cinco zancadas. Idris y yo lo seguimos sin decir nada mientras apretamos el paso, porque es difícil seguir el ritmo de sus piernas largas. Caiden abre unas puertas dobles que dan a una sala con una enorme mesa de madera robusta y desigual coronando el lugar; hay mapas colgados de las paredes y estanterías

colmadas de ingredientes, más de los que he visto nunca juntos. El ambiente huele igual que el almacén de flores de casa, el lugar más sagrado para nosotras y en el que me he tirado horas muertas practicando.

—Contamos con material genético de algunos brujos, ya que han estado aquí para reuniones o como huéspedes en alguna ocasión —empieza a explicar Caiden mientras deposita tarros y material sobre la mesa—. Cabellos, piel…

—Genial —le interrumpo; al parecer mi intuición ha vuelto a despertar con fuerza y la noto muy viva acariciándome la nuca. Le doy las gracias en silencio—. Necesitamos agua de luna, cerato, aulaga seca… —Me detengo para pensar mientras leo los nombres de las etiquetas en los botes perfectamente clasificados—. Y turmalina en polvo.

Cuando aparto la mirada de los tarros, veo a Caiden y a Idris observarme con cierto desconcierto, pero no dicen nada, solo se ponen a buscar los ingredientes que he citado.

—No he usado antes ninguna de las hierbas que has dicho —admite, depositándolas al lado del almirez, las probetas y la cocinilla eléctrica que tengo ante mí.

Roza mi brazo sin querer y cierro los ojos, se me ha erizado el vello. Vale, tengo que centrarme. Machaco las hierbas con el agua de luna y las coloco en la cocinilla a fuego lento, mezclo bien y luego le echo dos pizcas de turmalina en polvo antes de añadir el cabello largo y pelirrojo que me cede Caiden. Mezclo hasta que se forma una masa homogénea.

—Necesitamos un péndulo y un mapa —les digo.

—Sí, eso ya lo he usado en las anteriores ocasiones —dice Caiden, señalando el final de la mesa, donde se despliega un mapa enorme.

Hundo el péndulo en la mezcla, lo impregno bien y luego lo pongo en la palma de mi mano. Sé lo que debo hacer a continuación y, solo de pensarlo, se me acelera otra vez el pulso.

—Recitemos el hechizo a la vez —le pido, ofreciéndole la mano en la que sostengo el péndulo.

Caiden baja la mirada hacia mi mano y luego accede, me la estrecha despacio. Tomo aire lentamente en respuesta ante el contacto cálido de sus dedos.

—Sagrada magia ancestral, muéstranos el camino —murmuro y luego le incito con los ojos a que repita lo que digo.

Él obedece y luego, sin soltarnos, acudimos ante el mapa extendido sobre la mesa.

—Ahora soltaremos el péndulo para que cuelgue de nuestros dedos y debemos preguntarle dónde está la persona que buscamos, tenemos que decir su nombre, ¿cómo se llama?

—Génesis —responde él; percibo la expectación en su voz.

Lo hacemos, le preguntamos al péndulo dónde está la chica de cabello pelirrojo y la piedra empieza a oscilar sola. No debería sorprenderme, ya que estoy bastante segura de lo que hago, pero alucino de todas formas cuando el péndulo empieza a dar vueltas como un loco. Nosotros deslizamos las manos a petición de la punta del mineral, que oscila y rectifica con cada movimiento que hacemos hacia la izquierda o la derecha. Al final se detiene de improvisto en un

punto claramente señalizado.

—Foz, Galicia —musita Caiden.

—Vaya, qué rápido —opina Idris con evidente admiración.

Caiden suelta mi mano y observa ese punto en el mapa unos instantes más. Suspira y se lleva los dedos a los ojos para frotárselos.

—De acuerdo, nos iremos mañana a primera hora —decide.

Reprimo una sonrisa con todas mis fuerzas.

—Ya sabes que debo regresar al Templo para no levantar sospechas, iría con vosotros encantada —dice Idris en tono hastiado—. Y nadie debe olerse ni un poco que he estado con vosotros, así que, Eira, inventa algún otro hechizo que camufle cualquier pista. ¿Puedes hacerlo?

—Por supuesto —respondo, segura.

Ella me dedica una sonrisa amplia y dulce.

* * *

Al cabo de un rato, Caiden ha desaparecido e Idris y yo comemos arroz con huevo y tomate en la cocina. Es un poco tarde para comer, pero estamos hambrientas; ambas repetimos y damos buen tiento de las ciruelas que descansan cerca de nosotras en el frutero. Decidimos buscarlo cuando estamos llenas. ¿Es normal que me sienta tan a gusto en compañía de Idris? Puedo percibir su bondad, pero se ha criado con el aquelarre y ella no se ha rebelado contra su familia… O quizá esto que está haciendo se considere como tal. Oímos voces provenientes de la sala del piano; la puerta está entornada, pero Idris no tiene reparo alguno en llamar suavemente con los nudillos y terminar de abrirla. Caiden está reunido con Tain y cinco de sus hombres alrededor de la mesa de roble que se sitúa a la derecha del salón.

—Siento interrumpir —dice Idris en tono formal—. Caiden, ¿podemos hablar?

Su hermano le dirige una mirada seria y se disculpa con Tain y los demás en voz baja; les dice algo más y su mejor amigo le responde en el mismo tono. Los seis hombres, vestidos igual, con chaqueta y pantalones de varios bolsillos en negro y visiblemente armados, se incorporan de sus asientos y se disponen a salir del salón.

—Tain… —lo llama Caiden, y este se detiene al instante antes de cruzar el umbral. Caiden, ya levantado, se desplaza con ese aire imponente al lado de la mesa—. Ella es Eira Anies, la Deida.

Parpadeo varias veces ante esa presentación repentina, y se me sube un intenso calor a las mejillas por alguna razón que solo mi cuerpo sabe.

—Él es Tain Ross, mi segundo al mando y, a partir de hoy, tu sombra.

Me giro hacia Tain y él me hace un gesto de respeto con la cabeza.

—Un placer, Eira —responde él con suma cordialidad.

Algo descolocada, cuadro la espalda.

—Lo mismo digo —respondo, y mi voz no suena nada ceremoniosa.

En ese momento y mientras Tain sale del salón, Caiden ha aprovechado para acudir frente al piano y deja caer sus dedos largos y adornados sobre algunas teclas aleatorias.

—Necesitaba hablar contigo antes de retirarme a descansar. Saldré de madrugada, quedé en eso con uno de mis contactos de confianza —le revela Idris, aproximándose a él—. Como ya te he dicho, tengo varios brujos del Templo de mi lado y podemos mantener correspondencia gracias a ellos si tú aceptas.

—Es demasiado arriesgado —opina él, dándole forma a una melodía lenta y triste.

—Piénsatelo. Me marcharé a las dos esta noche; tienes hasta entonces para darme una respuesta definitiva. Me gustaría ser de ayuda en caso de que estéis en problemas. —Idris se transforma cuando habla de temas peliagudos. Es un par de años mayor que yo, pero parece más adulta—. Te debo mucho…

Sin embargo, su tono cambia en la última frase; la fragilidad sale a relucir y Caiden para de tocar.

—No me debes nada —murmura con voz rasgada.

—Esto no es una deuda contigo, hermano. Necesito… necesito estar ahí para ti. Y puede que sea más un acto egoísta, porque siento un vacío enorme e insoportable cuando no puedo ayudarte, cuando pienso que estás sufriendo y yo…

—Idris, no —musita él, es como una súplica.

No quiere que su hermana saque los temas dolorosos que los atormentan a ambos.

—Sé por qué lo hiciste, sé por qué tuviste que… acabar con el antiguo consejo. ¿Por qué has dejado que esté tan enfadada contigo durante todos estos años?

Caiden aprieta los ojos con fuerza y entreabre los labios. Siento una punzada aguda en el pecho.

—Yo… voy a salir, os dejo que habléis —digo en voz baja mientras doy unos pasos hacia la puerta.

—No —conmina Caiden—. Quédate.

Trago saliva y me quedo inmóvil donde estoy.

—Caiden, no estás solo en esto. Sé que estás acostumbrado a ir por tu cuenta, que no has tenido más remedio para sobrevivir y… lo entiendo. Sé que todavía te pesa haber tenido que dejarme allí, créeme, lo sé, lo entiendo. —El deje de tormento en la voz de Idris es palpable. Él empieza a tocar de nuevo y la melodía pausada otorga dramatismo a la conversación—. Yo también he sabido sobrevivir a mi manera y ahora… ahora puedo ayudarte, por fin; ya no soy esa niña frágil que nuestra familia todavía piensa que soy. Déjame ayudarte, por favor.

Caiden no responde, sigue tocando; lo hace con los ojos cerrados. Es una pieza diferente, no la he escuchado nunca antes, pero me estruja algo por dentro que hace que me espolee unas intensas ganas de llorar. Idris y Caiden comparten una historia traumática de su pasado; flota el amor entre ellos, pero también miedo y dolor.

—Estaré en el dormitorio que me han preparado por cualquier cosa —me dice Idris con voz suave, luego me acaricia la espalda y decide salir del salón.

Todavía quieta, observo a Caiden con un nudo enorme comprimiéndome el pecho. Mis piernas se mueven despacio hacia él mientras toca con una habilidad admirable, es delicado, veloz, intenso… Se percibe su mundo interior en cada acorde, y es un mundo lleno de matices, oscuridad y poesía. Me siento a su lado en el banco a una distancia prudente, ni muy cerca ni demasiado lejos; me llega su aroma delicioso y cierro los ojos con añoranza. Su cabello se enreda en sus pestañas, tiene los párpados enrojecidos por la emoción y mantiene los labios entreabiertos. Dios, cómo deseo abrazarlo. Pero no es lo que él querría, y me conformo con que acepte que esté cerca. La pieza llega a su fin y Caiden deja suspendidas sus elegantes manos sobre las teclas; en ese momento puedo oír su respiración pesada. Luego deposita las manos en el banco a sus lados, como hago yo, de modo que su mano izquierda queda justo al lado de la mía; apenas las separa un palmo. Compartimos un instante de silencio que me resulta abrumadoramente íntimo. Puedo sentir cómo aprecia mi presencia, como si solo bastase con eso para consolarlo un poco aunque no haya levantado la vista de las teclas. Reprimo un jadeo cuando, de soslayo, veo cómo su mano se desplaza con lentitud hacia la mía. Se detiene antes de tocarme, pero eso ha bastado para desorganizar todo mi interior. Contengo la respiración en el preciso momento en el que su dedo meñique se separa del resto y me roza. Me quedo muy quieta, como alguien que anhela acariciar a un animal huidizo; no quiero que aparte el dedo, necesito que lo deje allí, en contacto con el mío. Y lo hace, no lo aparta, y nos quedamos así, sin decir nada. No hace falta hablar; a veces no son necesarias las palabras para aliviar el dolor de otra persona, a veces basta con estar cerca.

—Tú también deberías descansar —susurra rompiendo el mutismo—. Nuestro vuelo saldrá de madrugada, a las cuatro. Toma de la sala de almacenaje todos los ingredientes que creas que nos serán útiles.

—Vale… —musito y lo miro: estudio su hermoso perfil, la curva del cuello de su camisa, cómo deja ver su clavícula nívea.

Caiden desliza su mirada hacia mí, sabe que lo observo; sus ojos se cruzan con los míos y el corazón hace un movimiento extraño e irregular en mi pecho. Luego se levanta, silencioso, y camina sin prisa y sin mirar atrás hasta que desaparece por la puerta.

30

Eira

«Es justo en el momento en el que la amenaza es real,
cuando me sobreviene la aplastante certeza de que destruiría
todo a mi paso solo por que ella estuviese a salvo.»

Mandamientos para sobrevivir, por CAIDEN VULGARIS

Estoy sumida en un abismo entre el sueño y la vigilia cuando percibo la línea de luz tenue proveniente de la puerta al abrirse despacio.

—Eira… —oigo el susurro de Idris y termino de abrir los ojos en la penumbra.

Apenas he pegado ojo; no puedo dormir con tantos pensamientos rondándome la cabeza y tantas emociones acumuladas. Me incorporo al tiempo que ella atraviesa la habitación hasta mi cama.

—Quería despedirme antes de irme —musita, sentándose a mi lado—. Te he traído esto…

Me toma de la mano para dejar en mi palma un objeto del tamaño de un garbanzo, aprecio los destellos y el brillo con la luz que se cuela por la puerta. Es una medalla con una flor grabada, no puedo distinguir todos sus detalles, pero es preciosa.

—Esto es como un sello de vinculación que me permitirá saber si estás bien. También sabrás si yo lo estoy —me explica con evidente afecto. Parpadeo para asumir la situación—. Caiden vino a hablar conmigo, ha aceptado mantener el contacto.

Distingo su sonrisa amplia y se la devuelvo con ganas.

—Quizá no te des cuenta porque no lo conocías antes de la Proclama, pero se nota tu influencia en él. Por primera vez no me alejo de mi hermano con dolor en el corazón, estás tú a su lado y eso me reconforta.

Exhalo por la boca ante su comentario sincero y los ojos me arden y me pica la nariz por la intensidad de la emoción. Le aprieto las manos con cariño y luego ella se acerca para abrazarme y el aroma del coche invade mis fosas nasales, ese olor dulce y floral que ya me es tan familiar que siento que la conozco de toda la vida.

—Gracias —farfullo, tragando el nudo de mi garganta.

—Gracias a ti, Eira —me aprieta más fuerte y luego se incorpora—. Suerte en vuestro viaje.

Idris se marcha y ya no vuelvo a dormir. Todavía es de noche cuando se hace la hora de irnos,

y ya me he aseado, me he vestido y he preparado todo lo necesario cuando Tain viene a recogerme a la habitación.

—Buenos días, Eira —me saluda con cordialidad, y luego se encarga de llevar mi equipaje.

Lo sigo hasta la salida. Un par de coches aguardan en el patio del interior de la fortaleza, el enorme portón se encuentra abierto frente a nosotros y algunos hombres actúan de centinelas a los flancos. Caiden sale unos minutos después de nosotros, vestido de la misma forma que sus hombres: con la cazadora y los pantalones negros de aspecto rígido, como de protección para la lucha. En un principio tengo la sensación de que va a cruzar ante mí sin dirigirme la palabra, pero sus ojos se detienen en mi rostro y luego hacia mi garganta; me doy cuenta de la leve fluctuación de sus párpados y luego se aproxima. Contengo la respiración y él roza mi escote para sostener entre las yemas de sus dedos la medalla que me ha dado Idris y que ahora cuelga al lado de la luna menguante de plata. Observa el colgante y luego me mira; no sé descifrar su expresión, es seria pero profunda al mismo tiempo. Luego deja caer la medalla y continúa su camino hasta el coche. Inspiro hondo antes de caminar tras él y me siento en la parte trasera, esta vez conduce él con Tain de copiloto.

No mantengo mucha interacción con ninguno durante el proceso de embarque. Tain se sienta a mi lado en el avión, en el que viajaremos alrededor de cuatro horas hasta Galicia. Vamos en primera clase, los espacios son mucho más grandes entre asientos y casi no hay gente. Procuro dormir, estoy agotada, pero no consigo calmar el bullicio de mis pensamientos y todas las posturas me resultan incómodas.

Un cielo plomizo que amenaza con tormenta y un paisaje verde y frondoso nos recibe al llegar. Todos sabemos que Galicia es una zona de leyendas de brujas, las llamadas «meigas». Lo que la gente de a pie no sabe es que las leyendas no son tan leyendas y que sus tierras son refugio de muchas brujas, sabias y curanderas, y que probablemente estas hayan sido el motivo del viaje de la chica del cabello pelirrojo, Génesis; para convencer a algunas de ellas a unirse a lo que sea que esté organizando.

El tren nos deja en Foz, a Tain, a Caiden, a otros dos hombres que han viajado con nosotros y a mí, que camino rodeada de ellos entre las calles inundadas con un olor permanente a petricor. Todos se han vestido con ropa de calle para no llamar la atención, ya que no nos conviene destacar. De todos modos, son cuatro hombres altos, con cuerpos esbeltos y una presencia intimidante, así que muchas personas se giran para mirarlos; sobre todo a Caiden, que sobresale en todas esas cualidades. No creo ni que se den cuenta de la chica que pretende seguir sus pasos en medio de ellos…

—Es ella —anuncia Caiden, señalando con el gesto a una mujer atractiva que fuma al lado de la puerta de un *pub* .

En ese mismo instante, como si lo hubiese oído, Génesis gira la cara hacia él y se queda inmóvil al reconocerlo. Nosotros cruzamos la calle hacia ella, que es incapaz de apartar la

mirada.

—¿Caiden? —pronuncia, aunque todavía no apreciamos su voz—. ¡Caiden!

Esta vez sí la oímos. La joven lanza el cigarro y se aproxima medio corriendo hacia él; se le ve el claro amago de extender los brazos para abrazarlo y es evidente que desea hacerlo con todas sus fuerzas, pero entonces parece recordar que no debe hacerlo o quizá se frena por el gesto de advertencia de Caiden, porque baja los brazos al detenerse frente a él, visiblemente impactada y conmovida. La reconozco en cuanto veo su bello rostro pecoso: se trata de una de las mujeres que Caiden besaba en las proyecciones de la penúltima prueba de la Proclama.

—¿Cómo es posible? Estás… ¡Estás vivo! —La alegría sincera que emplea al decirlo aclara que siente algo por él—. Creíamos que te habían matado.

—Lo hicieron, pero mi corazón volvió a latir —le explica Caiden de modo austero—. Y cuando regresé os habíais esfumado.

Ella lo sigue mirando con los ojos muy abiertos, como para terminar de convencerse de lo que ve.

—¿Qué esperabas que hiciéramos? Tú eras el hilo conductor, eras lo que nos unía a todos a pesar de nuestras diferencias abismales. Sin ti los planes no se sostenían, Caiden. No por nuestra parte, ya sabes de qué pie cojeamos. Y sabes cómo son Fargar, Ramsay y su séquito; estaban fuera de sí por tu asesinato. Y lo cierto es que a mí también me dominó una rabia ciega. Dejamos de sentir el sello, tu presencia se apagó, ninguno puso en duda lo que aquello significaba, ni siquiera Tain…

El aludido agacha la cabeza.

—A ninguno nos dio por pensar que se puede revivir tras la muerte y que el hechizo de vinculación no se reactiva solo —se defiende.

—Eso ya no importa. Lo importante es que todos sepan que estoy vivo y que el plan sigue en marcha. No se pueden tirar por tierra años de trabajo por mi ausencia. —Su voz rasgada suena enfadada al final.

—Pienso lo mismo que tú, pero… ¿cómo retienes a cientos de brujos con ideales diferentes? Nos reunimos cuando descubrimos que el vínculo contigo se había apagado y aquella reunión fue un completo caos. Allí me di cuenta de que solo tú podías poner paz y raciocino entre nosotros. Nos disgregamos antes de poder hacer nada, todo fue demasiado rápido. Y, por descontado, nuestro grupo tampoco se iba a quedar de brazos cruzados. —Génesis saca a relucir su faceta de líder, es obvio que es ella la cabecilla de un gran grupo de brujos, a juzgar por la conversación.

—De acuerdo, pues ahora que sabes que estoy aquí, subsanemos el error. No podemos perder más tiempo —urge Caiden.

—Estamos de suerte entonces, esta noche hay círculo de brujas en mi casa. Como seguramente sospecharás, hemos estado convenciendo a otros brujos para que se unan a nosotros; somos más de doscientos y estaremos casi todos allí. Es el momento perfecto para presentarte. Reunámonos

antes con mi grupo para hablarlo —resuelve; parece contenta pero a la vez inquieta—. No me puedo creer que te tenga delante, creía que no te vería nunca más…

—Dinos dónde debemos ir —le pide él, ignorando la añoranza de su voz.

Génesis pone a nuestra disposición un par de coches que, en menos de veinte minutos, aparecen y nos llevan hacia la costa. Cruzamos las calles al lado de la bahía, con sus casas, comercios y el campanario que forman un paisaje precioso donde el blanco predomina, y finalmente llegamos a la casa de Génesis, que resulta ser un chalet imponente al que accedemos tras cruzar una verja automática.

—Pasad y poneos cómodos —dice ella cuando atravesamos la puerta de la enorme casa con las paredes hechas de vidrio y una decoración extravagante y colorida—. He avisado a los demás y estarán a punto de llegar. ¿Os apetece una bebida?

Nos hace entrar a una sala de reuniones, cuya finalidad debe ser únicamente esa ya que solo hay una enorme mesa en el medio y sillas con los respaldos tapizados en el mismo tono que las esculturas que adornan las esquinas.

No nos da tiempo a mucho, ya que el resto de los brujos llegan poco después que nosotros; podemos verlos a través de las cristaleras. Son dos hombres y una mujer que, en cuanto se acercan a la sala y distinguen a Caiden, se quedan boquiabiertos.

—¡Caiden…! —exclama uno de ellos, incrédulo.

—Tenemos mucho que hacer —responde él, con las manos apoyadas en la mesa y ese porte que emana poder por todos los rincones de su cuerpo.

Los brujos se reúnen alrededor de la mesa; yo me he sentado entre Tain y Caiden, que preside la mesa en el lado opuesto a Génesis. Todavía no se han repuesto de la sorpresa de ver a su líder vivo, pero el tiempo nos apremia.

—¿Sabes dónde pueden haber ido Fargar y Ramsay? ¿Te dijeron algo? —pregunta Caiden, con sus dedos enlazados sobre la mesa.

—No lo sé, pero ya sabes que ambos provienen de culturas chamánicas con ideas radicales. Estarán reclutando brujos para una guerra contra los Vulgaris —comienza Génesis y luego frunce el ceño—. Y no solo eso, Fargar teme que la profecía se haya descontrolado con tu muerte. Propuso ideas disparatadas en la reunión que hicimos antes de separarnos: cree que si matan a las reencarnaciones de los antiguos inquisidores y acaban con los lugares que odian a las brujas, detendrán una nueva caza.

—Lo que pretende es una masacre —añade la mujer de cabello rizado y voluminoso que pertenece al grupo de Génesis.

Observo a Caiden de reojo; aprieta la mandíbula con fuerza y sus pensamientos parecen viajar a gran velocidad en su mente.

—No dejaremos que eso ocurra; mañana mismo partiremos en búsqueda de los demás —dice, tenso—. Pero ahora lo que nos conviene… ¿Crees que todos los brujos que has unido a tu causa

querrán seguirme?

Génesis suspira profundo y echa miradas hacia su grupo.

—La gran mayoría sabe quién eres. Les hemos hablado de ti, pero… algunos no te conocen en persona y no podemos olvidar que llevas el apellido de las personas que odian. Y que eres el Catalizador.

En la sala se levanta un silencio extraño y denso. Caiden desenlaza sus dedos y me dirige una mirada significativa.

—Lo que me recuerda que no os he presentado a una de las personas más importantes en esta misión… —Su voz se suaviza sin querer cuando gira sus hombros hacia mí, de modo que todos los ojos de esa sala van a parar a mi persona. Me siento momentáneamente intimidada—. Ella es Eira Anies, mi Deida.

Se oyen aspiraciones y gestos de sorpresa por parte del grupo de Génesis.

—Así que es cierto, existe una bruja Deida original —comenta ella con voz fervorosa—. En ese caso la profecía no nació para inculcarnos miedo y tú estás realmente destinado a ser el impulsor de nuestra extinción.

—Eso es lo que dicta la profecía —añade Caiden en calma—. Pero lo único que estoy haciendo hasta ahora es intentar arreglar los destrozos de mi familia y unir a los brujos por una sola causa. Si en un futuro me transformo en un monstruo sin escrúpulos, Eira estará ahí para detenerme. A nadie le concierne esa labor aparte de a ella.

Noto cómo Génesis me observa con atención aunque no la estoy mirando, porque mis ojos están pegados a él.

—No hace falta que te diga que creo en ti ciegamente, Caiden; te lo he demostrado en repetidas ocasiones. Catalizador o no, sigues siendo tú —dice Génesis en tono vehemente—. Esta noche te ayudaré, eso no lo dudes. Sabes que nosotros te seguiremos, pero la labor más importante para convencer a los brujos recae sobre ti y probablemente sobre ella.

Me señala con la barbilla y reacciono con sorpresa: ¿sobre mí? Veo de refilón el brazo de Caiden, que acaba de colocar estirado delante de mí con la palma sobre la mesa.

—Eira no participará —dice categóricamente.

Me giro hacia él con el ceño arrugado.

—Te preguntarán por la Deida, lo sabes, ¿verdad? Ningún brujo, devoto o no, menosprecia la profecía. El miedo es un arma muy peligrosa, no desperdicies ninguna de tus oportunidades para demostrar que eres la persona adecuada a la que seguir.

—Y no lo haré, les hablaré de ella, pero no estará presente. Sé que eliges a conciencia a las personas para incluirlas en tu bando, Génesis, pero no podemos olvidar que entre ellos hay familiares y amigos de las aspirantes a Deida que no sobrevivieron, pueden acusarla de asesina. Los brujos son impredecibles. No voy a exponerla al peligro…

Siento cómo se me estruja el estómago ante sus últimas palabras.

—No tienes que exponerme tú —intervengo. Noto cómo todas las miradas se desvían hacia mí de nuevo—. Es decisión mía. Estoy aquí para ayudar, no para esconderme. Será un honor hablarles de las demás aspirantes a quienes me pregunten, no tengo miedo de decir la verdad.

—¿Y los que no pregunten? Son cientos de brujos, muchos de ellos muy entrenados. No sabes lo que es intentar que un grupo tan numeroso entre en razón, Eira. Quédate al margen, te lo pido —suaviza la voz al final, aunque su tono es el de un líder dando órdenes.

—No voy a aprender nada si huyo cada vez que hay un peligro. Si mi presencia ayuda a convencerlos de que se unan a ti, entonces esta discusión no tiene sentido. —Me cuesta reconocer mi actitud segura y firme, pero esa soy yo también.

Caiden aprieta la mandíbula y baja la mirada hacia la mesa. Todavía noto los ojos de los presentes sobre mí.

La reunión se da por finalizada y Caiden sale delante de mí de la sala, claramente cabreado. Bien, al menos ahora tendrá una razón de peso para seguir ignorándome.

—Eira. —Es Génesis quien me llama.

Me giro hacia ella intentando ocultar que me extraña que requiera mi atención.

Se acerca a mí con su cuerpo estilizado bajo un vestido verde entallado que le queda de escándalo; el rojo de su melena larga en contraste con su ropa hacen destacar su belleza. Ella me repasa de arriba abajo sin ningún pudor.

—¿Ese es el único estilo de ropa que has traído? —me pregunta, sacándome de contexto.

Miro hacia mi cuerpo: unos vaqueros oscuros y un top de manga corta color granate.

—Humm… creo que sí —digo, sin tener muy claro dónde quiere llegar.

—La forma que tenemos de vestir ante ciertas circunstancias nos otorga poder. No podemos descuidar ningún detalle esta noche y la ropa es un elemento clave —me explica con aire jovial —. Si te parece bien, me gustaría enseñarte algunas opciones y será un placer para mí regalarte uno de mis vestidos.

Parpadeo sorprendida ante su ofrecimiento. Luego busco con la mirada a Caiden, que ha desaparecido de mi vista. Bufo, resignada; voy a tener que conformarme con esta versión mandona y protectora de él. El chico del barco no va a volver, él ya me lo advirtió pero… cómo cuesta asumirlo.

—Eres muy amable, Génesis, me encantaría —le respondo, dedicándole una sonrisa.

—Ven conmigo —me pide, pletórica.

Me conduce hacia unas escaleras de mármol pulido y ambas subimos a paso ligero. Oímos que alguien nos sigue de cerca; es Tain, que se mantiene a una distancia respetuosa de mí. ¡Oh, claro! Caiden me lo presentó como mi sombra, de modo que me seguirá a todas partes. Me pregunto qué pensará él de su nueva labor.

Génesis nos hace entrar a una amplia habitación cuidadosamente decorada: la pared de la cama está cubierta de papel pintado floral, predominan los tonos pastel y dorado, hay un tocador con

un gran espejo ribeteado de bombillas, pero lo que me hace abrir la boca del asombro es el luminoso y enorme vestidor que abre ante mí tras una puerta corredera.

—Tienes la piel pálida, como yo, así que te quedarán mejor los tonos oscuros. Y el contraste con tu pelo negro y los ojos claros… déjame pensar. —Génesis se pasea a sus anchas en el interior de la sala llena de estantes de perchas, cajones, vitrinas y espacios para dejar ropa y accesorios de todo tipo. Me quedo fuera, un poco intimidada—. Vale, este creo que te puede ir, yo tengo menos pecho que tú, pero con este tipo de tela no hay problema. Hum, ¡y este! Este es espectacular, creo que las hombreras siempre son un acierto para dar impresión de aplomo, de mujer poderosa.

Génesis sale como un ciclón del vestidor y deja los vestidos en la cama para regresar de nuevo dentro. Tain aguarda con los brazos cruzados en el umbral de la puerta abierta y parece observar la escena algo divertido a juzgar por su expresión relajada, quizá esté viendo mi cara de pasmarote.

—Diría que bastará con estos. Sé completamente sincera con tu opinión cuando te los pruebes, ¿de acuerdo? Avisa a tu guardaespaldas cuando hayas elegido para que me llame.

Apenas me da tiempo a procesar lo que dice antes de que salga de la habitación y cierre la puerta tras ella, dejándome a solas. Bueno, está claro que está acostumbrada a dar órdenes, se le da muy bien. Pero lo cierto es que después de las horas de avión y de tren me siento demasiado sucia y pegajosa como para probarme esos vestidos delicados que huelen a perfume caro, como toda la habitación. Quisiera salir ahí fuera a decirle que prefiero esperar a asearme para ponerme su ropa, pero parece de las que no aceptan un no por respuesta. Estoy a punto de salir para buscar un baño, pero me doy cuenta de que hay uno dentro. Así que me desvisto para lavarme un poco el cuerpo, aunque es bastante raro estar medio desnuda en el baño de una bruja líder de doscientos brujos desvinculados que claramente tiene un pasado sentimental con Caiden. Observo con gesto torcido la retahíla de jabones y cremas pulcramente ordenadas en las estanterías y me inclino por uno con olor a canela, jengibre y frutos del bosque. El baño entero huele a ese jabón cuando acabo y, al contemplar de cerca los trajes, decido que solo me probaré el negro. Me parece el más formal y me ha convencido con lo de las hombreras. Lo único malo es que tiene cremallera y botones a la espalda.

—Tain… —lo llamo con la boca pequeña, asomando la cabeza con la puerta entornada.

Él se acerca enseguida.

—¿La llamo? —pregunta.

—Por favor —asiento.

Génesis aparece en el dormitorio en cuestión de un minuto y me dedica una mirada de aprobación.

—Excelente elección —dice, colocándose en mi espalda para cerrarme la cremallera, que hace que el vestido se adhiera a mi cuerpo como una segunda piel—. Parece hecho para ti.

Camino descalza hacia el espejo, acariciando la tela aterciopelada de mi abdomen y mis caderas. El traje consta de dos piezas separadas: uno es el vestido en sí, largo con una raja en la pierna y escote de corazón con tirantes y luego, la pieza esencial, unas mangas abiertas que caen hasta mis pies como una capa, resaltan mis hombros y se ciñen al cuello con una cinta.

—Es precioso —le digo con agradecimiento.

—¿Y te das cuenta de lo que pretendía decirte? El vestido ensalza tu carácter —dice, mirándome a través del espejo—. Eira, ¿puedo hacerte una pregunta personal?

La observo también a través del espejo.

—Claro…

—¿Qué sientes… al ser la Deida?

Desvío la mirada hacia mi rostro en un acto mecánico; la pregunta me encuentra con la guardia baja.

—La verdad es que todavía no soy consciente de tener este rol —respondo, sincera—. Soy la misma de antes, pero al mismo tiempo no lo soy.

Génesis asiente con la cabeza despacio y me giro hacia ella para dejar de darle la espalda.

—¿Es cierto que se pierde la cabeza por el Catalizador?

—Con Caiden es un poco difícil no hacerlo… —me nace responder de forma distendida, porque puedo apreciar que le importa de verdad la conversación—. Sin embargo, el hechizo antiguo no me ha afectado como dice en los escritos; no estoy obsesionada ni nada por el estilo.

Génesis entrecierra los ojos, curiosa. Aunque me siento pequeña a su lado (en realidad lo soy, ya que ella tendrá la edad de Caiden) y percibo su personalidad fuerte, me siento cómoda. No es tan profundo como con Idris, pero Génesis no me despierta desconfianza.

—Es difícil no caer rendida ante Caiden Vulgaris, Deida auténtica o no —comenta con una sonrisa que encierra secretos antiguos.

* * *

Caiden se mantiene ocupado durante el resto de la tarde, lo veo salir y entrar de algunas estancias de la casa, donde al parecer nos hospedaremos hasta mañana. Tain cumple su papel y me persigue allí donde voy: mientras me como un sándwich vegetal de pie en la despampanante cocina (al menos él también come, por eso no es tan incómodo); cuando Génesis me muestra el que será mi dormitorio durante una noche, que tiene una maldita cama con dosel (¡con dosel! Siempre he querido dormir en una cama así), y se queda en mi puerta cuando me meto en el cuarto de baño a ducharme entera y a arreglarme para la noche.

Espero que mi mente me proteja de toda la marabunta de emociones, de todo lo que he vivido últimamente; he tenido cinco días con mi familia para recuperarme de la Proclama y ahora soy la Deida y tengo una responsabilidad que me viene grande. Los temblores y resuellos se manifiestan bajo los surtidores de la ducha. Estoy muerta de miedo, pero no pienso dejar que

nadie sepa que lo estoy. Por eso me repongo una vez que el agua deja de correr por mi cuerpo y me prometo que seré la persona de la que me sienta orgullosa. Y esa clase de persona puede ser frágil y puede mostrar vulnerabilidad, porque, como dice Ágata, ser vulnerable no significa ser débil (por mucho que lo inculcasen en el Templo), así como la ternura requiere fortaleza. Pero no miedo, esta noche no.

Solo tengo un pequeño problema: no puedo subirme sola la cremallera del vestido y abrochar los diminutos botones de terciopelo. Maquillada, peinada y con los elegantes zapatos de tacón de Génesis, hago lo que puedo para intentar agarrar el enganche de la cremallera y no descolocarme un brazo al mismo tiempo. La sola idea de pedírselo a Tain hace que el bochorno me estalle en la cara; si fuese una pequeña cremallera desde la mitad de la espalda y tuviese, aunque fuera, un poco de confianza con él… Pero la apertura del traje alcanza justo la parte superior de la rabadilla y, además, no llevo sujetador.

Pego un bote exagerado en el sitio cuando llaman a la puerta con cuatro golpes de nudillo. Casi me tropiezo con mis propios pies al ir a abrir y espero encontrarme a Tain al otro lado, pero no: es la cara de Caiden la que está justo por encima de la mía.

—Los invitados ya están llegando. —Viste con su uniforme negro, aunque no puedo estudiarlo bien a causa del impacto de encontrarlo aquí y tan cerca.

—Oh, ya… ya casi estoy —le digo, todavía con la puerta entornada.

—¿Va todo bien? —Su bonito entrecejo se arruga con levedad al notar mi inquietud.

—Sí, es solo… la cremallera. ¿Me ayudas? —me atrevo a pedirle.

Caiden suaviza el gesto, parece ligeramente sorprendido por mi propuesta. Termino de abrir la puerta y le ofrezco pasar; él lo hace sin vacilar y cierra despacio tras él. De ese modo, nos quedamos solos en mi dormitorio y mi estúpido corazón lo sabe, porque se vuelve loco. Noto sus movimientos prudentes antes de darme la vuelta para darle la espalda y retirarme el cabello hacia delante.

—Hay muchos botones pequeños, puede que si te dejas alguno no se note… —Dejo de hablar y de respirar cuando siento sus dedos rozar mi piel.

Lo hace sin tocar la tela del vestido, desliza las yemas desde la mitad de mi columna hacia abajo, lento. Jadeo y se me eriza todo el cuerpo. Caiden toma la cremallera y la sube despacio, noto cómo se aproxima y cómo su aliento choca contra mi nuca. Se me van los ojos del sitio y los cierro. Puedo oír su respiración, contenida y ligeramente alterada. La fuerza que emplea al cerrar la cremallera me empuja hacia él y su frente acaba apoyada en mi coronilla. Se queda allí unos instantes y luego, sin moverse, empieza a abotonarme.

—No te separes de mí esta noche —susurra contra mi pelo.

Trago saliva y miro hacia el techo, Dios… ¿de verdad es natural esto que siento?

—Si es lo que quieres, no me apartaré de ti —digo con la voz afectada.

—Es lo que quiero…

—Vale —exhalo.

—Pero si algo se pone feo, quiero que te marches con Tain. No admitiré réplicas, Eira. Si te pido que te vayas, lo harás y no mirarás atrás.

Arrugo el gesto y me giro hacia él con cuidado; él separa su cabeza de la mía para observarme con mirada penetrante.

—¿Por qué me pides esto?

—No me queda más remedio, te empeñas en exponerte. Ya te he dicho que los brujos son impredecibles —me repite, serio—. Quiero que me des tu palabra.

Lo contemplo un poco más, contrariada, pero creo que no me queda más remedio que acceder.

—Bien, si me lo pides, me iré con Tain.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

Caiden inspira por la nariz, parece que se da por satisfecho. Luego se aparta un poco de mí y sus ojos reparan en mi aspecto, noto cómo su mirada se transforma y sus labios se entreabren. Puedo distinguir el deseo y la tortura en su expresión y yo aprieto la tela de las mangas en respuesta.

—Estás preciosa —susurra.

Madre mía, ¿se ha visto él? Ha añadido una chaqueta de cuero que resalta el volumen de sus hombros y su espalda y que se estrecha en su cintura sobre el uniforme negro y le confiere más aspecto intimidante todavía.

—Va a salir bien, lo intuyo —le digo, y sin querer se ha notado la adoración que le profeso.

Él parpadea con indolencia y luego esboza una sonrisa casi inexistente antes de ofrecerme su brazo como un perfecto caballero. Se lo tomo y él me acerca hacia sí y su aroma característico invade mis sentidos.

Juntos, atravesamos los pasillos con Tain a nuestro lado cuando empiezo a oír el bullicio de la muchedumbre.

31

Eira

«Lo único que necesito para sobrevivir, lo único…
es abrazarla.»

Mandamientos para sobrevivir, por CAIDEN VULGARIS

El ambiente dista mucho de ser parecido a la congregación de brujos en el Templo; lo siento incluso en la distancia. Los brujos se concentran en la parte trasera del chalet, en un enorme jardín salpicado de llamas encerradas en candelabros con paredes de cristal. Se percibe un aire formal, pero al mismo tiempo libre de tensión y hostilidad. Los tambores chamánicos hacen sonar ritmos menos tenebrosos, y puedo ver un grupo de músicos con los ojos pintados de negro y plumas exóticas decorando sus vestimentas. La atmósfera abruma de todas formas: es oscura y esotérica; espantaría a quienes crean que las brujas solo existen en los cuentos.

Caiden estudia el escenario con expresión taciturna; su mandíbula se marca y en sus ojos brilla ese destello de peligrosidad que haría retractarse a cualquiera de querer dirigirle la palabra.

No me doy cuenta del momento en que Génesis, con un llamativo vestido rojo, se sitúa sobre la modesta tarima de los músicos y los hace callar para colocarse frente al micrófono.

—Es un inmenso placer teneros en mi casa, gracias a todos por venir —comienza.

Los centenares de brujos exclaman palabras de aprobación. Es increíble cómo se nota el tono de la respuesta en contraste con los brujos devotos del aquelarre. Génesis ha reclutado a brujos libres, con criterio propio; confían en su nueva líder pero podrían cambiar de parecer.

—Estamos aquí para conocer las caras de nuestros aliados, para forjar nuestra unión y sellar vínculos con la sagrada magia ancestral —continúa ella en tono suntuoso—. Todos los presentes nos dirigimos hacia un mismo objetivo: derrocar al aquelarre, poner fin a su poder e impartir justicia. Esta noche es crucial para un nuevo mañana y por ello hay algo importante que ha reaparecido para ponernos a prueba, como si la magia quisiese valorar la fuerza de nuestra unión.

Los presentes se mantienen mudos y atentos a las palabras de Génesis.

—Todos habéis oído hablar de él, algunos lo conocéis bien. Yo cedí en su día toda mi fe en su persona, el brujo más poderoso y justo que he conocido y que hoy, ante mis ojos incrédulos, ha regresado de entre los muertos… Permitidme presentaros a Caiden Vulgaris.

Aprieto el brazo de Caiden cuando él empieza a caminar a paso firme frente a los brujos,

quienes nos daban la espalda hasta ese momento. Oímos murmullos sorprendidos y aspiraciones que pronto se convirtieron en bullicio alterado. Tain sube al escenario detrás de nosotros. Génesis asiente con el gesto hacia ambos y se desplaza a un lado para que Caiden la supla ante el micrófono. Yo le suelto del brazo y me quedo en segundo plano junto a Tain.

—Comprendo vuestro desasosiego, no todos los días se ve a alguien resucitar de la muerte. —Habla con un tono de voz imponente a pesar de que la algarabía no ha cesado. Lo hace gradualmente cuando lo oyen hablar—. Veo caras conocidas entre vosotros, sabéis por qué estoy aquí: mi objetivo no es diferente del vuestro, pero quizá los métodos no son los mismos. Si me permitís ser vuestro guía, os llevaré conmigo hacia el fin de una era sangrienta, sin guerra ni más barbarie. Así actúa el aquelarre, no nosotros. El nuevo aquelarre se cimentará sobre unas nuevas leyes justas y efectivas que sustenten las prácticas mágicas y protejan a las brujas en el sentido más estricto de la palabra.

El bullicio vuelve a elevarse de nuevo. Puedo percibir voces excitadas, pero también expresiones de desconcierto y duda.

—Pero eres el Catalizador, ¿no es cierto? —interviene un hombre de entre los brujos de las primeras filas—. Estás destinado a hacer justo lo contrario de lo que prometes.

Se alzan de nuevo voces agitadas entre la muchedumbre. Caiden no pierde ni un ápice la compostura; la calma y el aplomo que proyecta hacen que el nerviosismo que reina en el ambiente se mantenga controlado.

—Tiene a su lado a la Deida. —Génesis se aproxima un poco a Caiden para que los brujos puedan oírla a través de los amplificadores—. Me conocéis bien, sabéis que no lo habría traído ante vosotros si no confiase plenamente en él. Si hay alguien que desea, incluso más que yo, que el reinado de los Vulgaris se acabe, ese es él. Y su Deida, Eira Anies, detendrá la profecía en caso de que sea cierta.

Génesis me señala y, por primera vez, noto la atención puesta sobre mí.

—Nos pides que sigamos al posible destructor de las brujas… —responde de nuevo el mismo hombre.

—Es demasiado, lo sé —continúa Caiden—. Pero antes de que toméis una decisión, debéis conocer toda la verdad acerca de la profecía: no todo lo que dicta se cumple. La premisa principal se basa en que la Deida original se enamora hasta rozar lo obsesivo y que el Catalizador jamás puede corresponderla. Todos conocemos esa parte, ¿verdad?

Los brujos y brujas afirman. Por sus gestos, conocen al dedillo toda la información acerca de la profecía.

—En nuestro caso puedo afirmar que no se cumple —revela, y su voz se endurece hasta sonar rasgada y profunda, haciendo que todo el mundo enmudezca y que mi pulso se ralentice—. Es algo que me costó asimilar, pero que ya empecé a comprender desde hace mucho. Nunca cuestioné el hechizo antiguo ni sus efectos, por eso estuve confuso un tiempo, incluso creí que

ella no era la Deida original. Pero he comprobado que nuestros dones se refuerzan; somos el triple de fuertes juntos, como dicta en los escritos acerca del Catalizador y su Deida. Lo que me hace pensar que la profecía es imprecisa y que se puede equivocar.

En esta ocasión, el bullicio que se genera es más expectante.

—¿Estás enamorado de tu Deida? —pregunta el mismo brujo.

—Heco, esa pregunta es demasiado personal… —interviene Génesis.

—No en este caso —replica él.

—No importa, Génesis —murmura Caiden hacia ella con gesto amable—. Te diré que Eira no ha perdido la cordura por mí y que yo la deseé nada más verla; algo que, según la profecía, es imposible que suceda.

El ambiente ha cambiado entre los asistentes, ya no flota tanta incertidumbre. Les gusta la idea de que la profecía se equivoque; de hecho, les encanta.

—En todo caso, ella no se alejará de mí. Si dejo de ser yo, si… mi único propósito en esta vida, que ha sido siempre el mismo desde que tengo uso de razón, cambia de alguna forma que no comprendo, Eira estará ahí para detenerme —continúa con fervor—. Mientras tanto, me dejaré la piel para lograr mi gran propósito, que es el de todos aquí.

Puedo sentir que Caiden ya se ha ganado a muchos de ellos. Sin embargo, quedan algunos recelosos, como la mujer que se adelanta para hablar:

—Génesis, es a ti a quien quiere relevar, ¿nos pondrías a todos bajo su mando?

El jardín se queda silente tras la pregunta. Los brujos ponen a prueba a su líder; ella se acerca al micrófono y Caiden retrocede un paso.

—Con la mano en el corazón, dejaría mi propia vida en manos de Caiden Vulgaris con la certeza de que saldría ilesa —responde ella de manera pausada y clara para que cale en sus seguidores—. Y sé que muchos de vosotros opinabais lo mismo antes de que lo proclamasen Catalizador y el aquelarre lo arrestase para llevárselo a la Proclama. Pero, como sabéis, a nuestros líderes los elegimos nosotros. Mi voto es claro, ¿cuál es el vuestro?

Los brujos se miran entre ellos. El hombre, Heco, da un paso al frente:

—Te seguiré, Catalizador —declara.

—Yo también —sentencia la mujer.

—¡Catalizador! —grita alguien entre la muchedumbre a modo de ovación.

Y tras él le suceden los demás. La piel se me eriza hasta doler cuando los casi doscientos brujos que llenan el lugar pronuncian con fervor la palabra *Catalizador* una y otra vez a una sola voz, incluso Génesis se suma a ellos, mirando a Caiden con satisfacción y orgullo. Los brujos han elegido a su líder y el eco de sus voces resuena contra el cielo plomizo. Caiden se mantiene imperturbable, pero puedo sentir cómo su pecho se expande, cómo su gesto se colma de alivio al mirar hacia sus seguidores.

Siento una aguda presión en el pecho, agradable y fiera, que solo se puede deber a la

admiración y al amor.

Los minutos que suceden a ese increíble momento decido hacerme a un lado. Le susurro a Tain que deseo retirarme, Caiden tiene muchas preguntas que contestar a sus recientes adeptos, a quienes se une al bajar de la tarima. Los brujos colocan las manos en sus hombros, le sonríen, tienen esperanzas, una nueva emoción brilla en sus ojos. Paso desapercibida mientras me alejo junto a Tain hacia la casa. Me deshago de los zapatos de tacón antes incluso de que el césped se acabe bajo mis pies y exclamo un suspiro de placer al presionar las plantas desnudas contra la tierra.

—¿Estás cansada? ¿Quieres ir a tu dormitorio? —me pregunta Tain, que debe caminar detrás de mí.

—Estoy bien, solo quería un poco de aire fresco —le sonrío y lo miro con compasión—. Lamento que tengas que seguirme a todas partes, ¿te apetecía quedarte con él?

Tain me observa con cierto asombro.

—No te hagas una idea equivocada, Eira; mi papel de protector lo consensuamos entre los dos. Hago esto con gusto. Lo haría él mismo, pero… ya sabes —carraspea con disimulo.

—¿Ya sé? —Me giro del todo hacia él en el vano de la puerta de la casa.

—Yo soy más imparcial —resuelve.

—Imparcial… —repito en un susurro.

—Exacto —dice a un metro de mí.

Tuerzo los labios y él baja la mirada hacia sus pies. Parece que han hablado de mí más de lo que pensaba.

—Bien, entonces. Si a ti no te importa tener que seguirme a todas partes, me esforzaré porque deje de ser incómodo para mí —le digo, abriendo la puerta para entrar a la lujosa antesala.

—Eso es… Gracias. —Intenta reprimir una sonrisa.

Me cae bien Tain, puedo entender por qué son tan amigos.

—Pero no es necesario que te quedes rezagado cada vez que camine, puedes quedarte a mi lado —protesto cuando cruzo el recibidor hacia las escaleras.

—Prefiero seguirte si no te importa —insiste.

—Tain, es raro —me quejo.

—Tengo mejor visión de ti y de nuestro alrededor —se explica—. Puedo prever mejor un ataque y confío en mi rapidez para llegar hasta ti para protegerte.

Me quedo mirándolo; bueno, eso tiene sentido. Suspiro y me resigno, subo las escaleras con él a mis espaldas. Entro en mi habitación asignada; no voy a pedirle que entre y él se queda fuera. Dejo caer los zapatos en una esquina y me dirijo directamente hacia el balcón; corro las preciosas cortinas vaporosas y luego abro la puertaventana hacia una amplia terraza. Se puede oír el clamor de los centenares de brujos allí abajo y, desde arriba, apoyada en la barandilla, todavía se puede ver mejor la gran cantidad de la gente que se congrega en el jardín. Los tambores chamánicos

suenan de nuevo, el ambiente es alegre.

Oigo cómo alguien se acerca detrás de mí y giro levemente la cara sin llegar a mirar hacia atrás.

—Impresiona, ¿verdad? —dice Génesis, colocándose a mi lado.

Suspiro hondo, de acuerdo.

—Casi parece… irreal —admito, buscando a Caiden entre las decenas de cuerpos.

—A él se le da muy bien —asegura, dejando caer sus codos en la barandilla, como yo—. Lo lleva en la sangre, es un líder nato. Ya lo habrás notado, ¿no? Tiene magnetismo, él habla y la gente enmudece.

—Sí… —murmuro con la vista fija en la muchedumbre.

Nos quedamos calladas unos instantes, observando el escenario; las llamas titilantes de los candelabros se funden con las vestimentas atípicas, solo propias de gente extravagante como son los brujos. Me pregunto por qué Génesis ha preferido apartarse de su gente para venir a estar conmigo.

—¿Qué te ha dejado conocer de él? —Puedo notar la cautela en su voz.

La miro para ver si su cara me muestra más información acerca de qué busca con esa pregunta.

—¿Estás preocupada por algo? —me aventuro a adivinar.

Ella esboza una sonrisa dulce en respuesta.

—En realidad no —dice despacio—. Solo pretendía entender. Con Caiden siempre ha sido así: intentar descifrarlo, hallar la manera de llegar hasta él.

Génesis extrae un cigarrillo camuflado en su vestido, lo enciende y le pega una generosa calada.

—Nos conocimos en el Templo cuando teníamos catorce años. Mi madre participó aquel año en el rito sagrado del solsticio de invierno: nos llegó una carta a casa, habíamos sido invitadas por el mismísimo aquelarre —me empieza a contar; el dolor está impreso en cada palabra—. Estábamos encantadas, cómo no, es un tremendo honor que los Vulgaris te inviten a asistir a los ritos. Caiden me entretuvo aquella noche, se empeñó en enseñarme el laberinto y nos perdimos, o eso pensé en su momento. Lo que hizo en realidad fue evitar que yo participase en ese sacrificio. Pero la vela de mi madre se apagó y su cuerpo desapareció en el mar.

—Lo siento muchísimo… —digo, impactada.

—Desde ese momento me juré que vengaría su muerte. Me las ingenié para regresar al Templo años después y… bueno, quizá también volví por él. Lo que me hacía sentir era muy intenso. Caiden hace eso con las personas: te da un poco de atención y te vuelves adicto a ese poco de privilegio, enseguida necesitas más y más —ríe flojo de forma amarga y pega otra calada al cigarrillo—. Era un chico taciturno, solitario, huidizo. Bueno, en realidad no ha cambiado ni un ápice. Excepto por una cosa…

Me dirige una mirada significativa; sus ojos verdes se clavan en los míos y noto un

estremecimiento.

—Solo puedes tocarlo si él te deja. Y, si lo hace, si deja que lo toques, será solo una vez. Una sola vez. Él te advierte de eso y, sin embargo, caemos porque… ¿cómo evitarlo? —Me es imposible no evocar la escena de las proyecciones que nos mostraron en la penúltima prueba de la Proclama, en la que Caiden la besaba y se mostraban sus cuerpos desnudos—. Que te permita entrar, percibir el mínimo atisbo de interés por su parte es… como un chute de adrenalina —me cuenta con melancolía—. El consuelo reside en que Caiden no sabe querer —ríe de nuevo con aflicción y se lleva los dedos a los ojos—. Joder, lo sé, suena dramático, pero… ¿sabes algo de su infancia?

Aprieto la barandilla entre los dedos.

—Sí… —musito.

Génesis me dedica una mirada triste.

—Nunca lo he visto abrazar —comenta con un deje de afecto—. Pude verlo en el Templo durante varios días, ni siquiera abrazaba a su hermana, a la que se notaba que adoraba. Y durante los años que estuve a su lado convenciendo a otros brujos a unirse a nuestra causa, hemos sido muchos los que lo hemos querido de corazón, pero jamás hemos podido tocarlo. No es frialdad, es algo más profundo, son… heridas abiertas.

Observo a Génesis extrañada. Me viene a la mente la primera vez que Caiden me rodeó la cintura; fue en la enfermería, en el Templo, cuando se recuperaba de lo ocurrido en la nieve. No solo me abrazó, sino que me tocó y me besó la frente. Y en el barco… evoco sus brazos apretando mis caderas, su cara en mi abdomen. Y luego… Enrojezco y aparto la mirada.

—Es la primera vez que hablo con alguien de esto y su gesto es de desconcierto —comenta ella, parece maravillada—. Lo he podido ver ahí abajo, cómo te nombraba, su forma de protegerte. Lo he notado… diferente. Pero quería corroborarlo.

Y, por lo visto, solo con mi gesto la he ayudado a resolver su duda.

—A mí también me dijo que no volvería a acercarse a mí —le confieso.

Génesis me sonríe de forma maternal.

—¿Y le crees? —De repente parece que sabe más que yo.

La contemplo con el ceño fruncido. Sonríe de forma más amplia y luego apaga el cigarrillo.

—Buenas noches, Eira. Espero que descanses, los siguientes viajes quizá no sean tan gratificantes como este —me previene, señalando a los brujos.

* * *

Han pasado un par de horas desde que Génesis se fue de mi habitación y ya han dejado de oírse ruidos y voces en los jardines. Estoy tumbada boca arriba en la cama con los ojos abiertos de par en par; he memorizado las intrincadas grabaciones vegetales de la madera superior del dosel mientras recreo una y otra vez nuestra conversación en el balcón y la intercalo con todo lo vivido

con Caiden.

En mi cabeza, suena en bucle la última canción que tocó en el piano. Dijo que yo era lo mejor que le había pasado, dijo que quererlo me haría daño, dijo que estar lejos era lo mejor para los dos… «Me da miedo que desaparezcas, pero al mismo tiempo no quiero que estés cerca». «Me muero por tocarte, pero ¿acaso lo merezco?». Su voz resuena en mi mente intercalada con las notas de esa canción triste. ¿Quién hablaba en cada ocasión?

Me incorporo hasta quedarme sentada en el colchón, todavía con el vestido negro puesto, sin las hombreras. Miro hacia la puerta con una sensación de impaciencia extraña y luego me levanto para acudir descalza hacia la puerta. Me detengo con la mano en el pomo al pensar en Tain, ¿seguirá fuera? Abro despacio y miro hacia los lados; no hay nadie en los pasillos. Sin embargo, al cruzar el umbral, puedo percibir un campo de energía potente, es un hechizo de protección. Esbozo una sonrisa suave y luego salgo al pasillo en penumbra.

¿Cuánto dolor puede guardar alguien como para evitar el afecto? Puedo imaginarlo encerrado en un lugar oscuro; un niño asustado, roto, atado de las muñecas, las que luego se tapa ante su hermana para que ella no vea el daño, para que no le duela como a él. Nadie lo protegió. Nadie le dijo que merecía ser amado.

Solo me da tiempo a golpear con suavidad una vez su puerta cuando la abre. Caiden me recibe con la camisa abierta y ligeramente sorprendido por mi visita. ¿Es normal que me entren ganas de llorar? Porque tengo que controlar mis emociones con dificultad delante de él.

—Solo quería darte las buenas noches —murmuro, apretando el marco de la puerta con los dedos—. Y decirte que me alegro mucho de que todo haya salido bien.

Caiden estudia mi rostro con detenimiento.

—Buenas noches, Eira —dice con voz cadenciosa y pausada.

No quiero irme, pero puedo percibir su cautela. Bajo la mirada hacia mis pies descalzos y luego, sin pensarlo demasiado, doy un paso al frente y le rodeo la cintura por debajo de la camisa. Mis brazos presionan su piel cálida y apoyo la cara en su pecho; me da tiempo a respirar tres veces (rápidas, porque he empezado a hiperventilar) antes de soltarlo. Al menos me ha dejado abrazarlo, no se ha apartado ni me ha separado de él.

—Que descanses —le digo sin poder mirarlo a los ojos.

Me importa demasiado su reacción como para afrontarla. Al menos me llevo su olor en la piel, lo percibo cuando empiezo a caminar de nuevo hacia mi dormitorio. Pero entonces ocurre algo impredecible: noto sus brazos estrecharme por encima de los míos. Suelto un jadeo y el corazón se me detiene. Caiden me abraza con fuerza desde la espalda y su aliento irregular impacta contra mi pelo, donde hunde su cara. Asimilo lentamente la situación y acciono mis extremidades para llevar mis manos hacia sus brazos y sujetarlos contra mí al tiempo que cierro los ojos. Respira con la boca abierta por encima de mi oreja, sus brazos tiemblan con levedad al apretarme. Noto cómo presiona su nariz contra mi cabeza y desplaza la cara hacia mi nuca despacio, oigo un leve

jadeo y un inaudible gemido torturado. Dios, no… puedo. No puedo soportar todo lo que siento, es aplastante, me viene grande. Caiden libera un brazo y acaricia la parte interna del mío de arriba abajo hasta que me toma de la mano con suavidad, apenas tiene que tirar de mí para que yo lo siga cuando se desplaza hacia atrás. Caminamos en silencio hacia su dormitorio y cierra la puerta cuando estamos dentro. Luego él se coloca detrás de mí y, a su paso, roza mi cuello con las yemas de los dedos. Me falta el aire, lo juro. Caiden me desabrocha los botones con paciencia y luego baja la cremallera sin prisa. Soy yo quien retira los tirantes de mis hombros y, cuando la tela se arruga en mis caderas, él vuelve a abrazarme desde la espalda, esta vez me atrae hacia sí con ansiedad desde la cintura y aprieta sus labios contra mi coronilla, inspirando hondo. Nos desplazamos en sincronía hacia la cama y el vestido termina de caer a mis pies cuando ambos nos acostamos. Caiden continúa apretándome contra sí; su pecho se adhiere a mi espalda y su cara se acomoda en el hueco de mi nuca. Nos quedamos así, pegados, noto los golpes de su corazón entre mis omóplatos y su respiración desacompasada. Aprieto mi cuerpo contra el suyo y abrazo sus brazos. Puede que mi pecho estalle de felicidad; puede que el amor se me desborde en cualquier momento…

Ese instante podría durar una eternidad, podría vivir en ese abrazo. Decenas de preguntas se agolpan en mi cabeza (no puedo evitar recordar la conversación con Génesis), pero no pienso hacérselas hoy. Me centro en el sonido de su respiración y en el tacto de su piel caliente, y acaricio sus muñecas despacio mientras el cansancio me vence por completo.

32

Eira

«No puedo ver sus ojos en mí cuando dejo libre mi oscuridad.»

Mandamientos para sobrevivir, por CAIDEN VULGARIS

Cuando abro los ojos, una luz inmaculada, tan blanca que hace daño en las pupilas, contrasta contra las sábanas vacías. Me incorporo, a solas en la habitación de Caiden, vestida únicamente con las bragas. Estoy segura de que ha sido él quien me ha tapado hasta los hombros antes de marcharse y seguramente también habrá sido el responsable de que mi equipaje descanse sobre la cómoda a los pies de la cama.

Me visto con rapidez con unas mallas negras y un top verde (algo cómodo para el próximo viaje), y me lavo los dientes y la cara en el pequeño aseo que hay en el interior del dormitorio.

—Buenos días, Eira —me recibe Tain cuando abro la puerta.

—Hola, Tain. ¿Cuándo nos vamos?

—Después del desayuno, el vuelo sale a las once.

El otro brujo al que localizamos con el péndulo, aparte de Génesis, es uno de los seguidores fieles de Ramsay, un joven llamado Pol. Supongo que ese será nuestro próximo destino y cruzamos los dedos para que el chico todavía esté con Ramsay, que es a quien realmente nos interesa encontrar.

—No había rastro de Fargar en la fortaleza —oigo a Caiden hablar conforme me acerco a la cocina con Tain pisándome los talones—. Estuvimos un par de días recopilando material genético, pero la mayoría no pertenecía a los líderes. Contigo tuvimos suerte.

—Bueno, eso y que mi pelo rojo y largo es bastante más fácil de encontrar —le responde Génesis.

Ambos están de pie con sendas tazas de café en las manos cuando me asomo a la cocina. Caiden se apoya en el mármol de la encimera y se gira hacia mí en cuanto me hago visible.

—Buenos días —me dice suavemente, levantando la taza de café hacia mí a modo de saludo.

No sé si es normal que se me embale el corazón solo por eso; en fin, no controlo mi sistema nervioso.

—¿Café? —me ofrece ella.

—No gracias, prefiero té si hay. —Tain me persigue cuando me adentro en la cocina y Caiden

no aparta la mirada de mí.

Trago saliva.

—Están en el armario de arriba; ese de ahí. Hay muchos para elegir —me explica Génesis con amabilidad.

Ellos siguen hablando mientras yo me preparo el té en silencio; la cocina es tan grande que estamos alejados los unos de los otros al menos cuatro metros.

—También es importante dar con Ramsay cuanto antes… —apunta Génesis.

—Sí, pero ayer nos dijiste que Fargar pretende matar a gente inocente para evitar la profecía. Espero que no lleve a cabo sus planes pronto… —El tono funesto de la voz de Caiden me eriza los vellos de la nuca.

—Trataremos de hacer eco de la noticia de tu resurrección. Tal vez, si llega a sus oídos, podremos pararlo sin necesidad de que te presentes ante él.

—Tampoco nos conviene ser muy ruidosos, ya sabes que el aquelarre tiene ojos por todas partes —gruñe él, depositando su taza en la encimera.

—Juntos daremos con ellos. Somos muchos los que te apoyamos, Caiden.

Él suspira profundo.

—El brujo joven, Pol, es un chico impertinente con ideas radicales. Espero que su paradero se encuentre cerca de Ramsay, de lo contrario será más difícil de lo previsto —comenta Caiden.

—¿Quieres té? —le pregunto a Tain.

—Hum, vale.

Caiden y Génesis han dejado de hablar. Levanto la vista hacia ellos con disimulo y veo que sus miradas se dirigen hacia nosotros.

—Sé lo que estás pensando, Caiden, y te comprendo, pero los discípulos de Ramsay no serán como los míos. Sí, serán más peligrosos, pero también más complicados de convencer. Eira tendrá un papel importante esta vez —le habla sin que ninguno de los dos haya apartado la mirada de mí.

—No es el momento de hablar de eso —responde él con un mal humor repentino.

—Haré lo necesario —digo con voz firme.

La mirada de Caiden se entrecierra un poco; sus ojeras se han oscurecido.

—Tenemos que irnos. Toma algo para comer por el camino —me ordena, y luego sale de la cocina a trancos, dejándome su estela cuando cruza frente a mí.

Arrugo el ceño con la vista fija en mi bebida verde humeante.

—No le gusta introducirte en su mundo —resuelve Génesis, tomando el último sorbo de su café.

—Lo sé, pero es que mi mundo ahora es el suyo —respondo sin dudar, un poco enfadada por los cambios de humor impredecibles de Caiden.

Tain me contempla tras beber de su té; parece de acuerdo conmigo, pero no lo verbaliza.

* * *

Unas horas más tarde, después del viaje en coche y de la espera en el aeropuerto, vamos en el avión rumbo a Grecia. Nos esperan varias horas de vuelo y un destino impredecible, así que, sin dudarlo, he aceptado la pastilla que me ha ofrecido Tain para poder dormir.

Mi familia y yo quedamos en que solo nos llamaríamos en caso de que algo fuese mal. No podemos arriesgarnos a que el aquelarre nos localice y, como dijo Idris, el acceso que tienen a las redes de comunicación es descomunal. Pero lo cierto es que daría lo que fuese por poder escuchar sus voces ahora mismo.

Nuestro paso por el aeropuerto de Atenas es fugaz; es una de las ventajas que tiene ir en primera clase, el ahorro de tiempo es considerable. En esta ocasión, los cinco (Tain, Caiden, los otros dos guardias de Caiden, con quienes todavía no he tenido el placer de hablar, y yo) vamos en un coche alquilado.

Corroboro la ubicación de Pol en el mapa con el péndulo impregnado del ungüento que lleva un cabello suyo. Según me indica la punta de la piedra, el brujo debería estar en la calle en la que nos adentramos; todos nos sorprendemos al comprobar que se trata de la plaza del mercado. El lugar está muy vivo, transitado de gente cargada de bolsas, haciendo deporte o simplemente paseando. Descendemos del coche bajo un sol de aúpa; el aroma a especias y a pollo asado flota en el aire y el eco de una guitarra suena no muy lejos. Caiden manda a los dos hombres que vienen con nosotros a peinar el resto de las bocacalles que dan acceso a la plaza.

—Es un chico de tu edad, de baja estatura, espigado y de pelo castaño —me empieza a explicar Caiden cuando nos adentramos entre la gente.

Los puestos de frutas traen un aroma delicioso, así como los de verduras y especias, que aportan un estallido de colores a nuestros flancos. Una mujer cruza cargada de flores en tonos vivos, canturreando sin vergüenza, feliz. Los niños corren a nuestros lados, esquivando a la gente que se para a hablar con amigos. Y yo siento una pizca de añoranza ante la cotidianidad.

Un grupo de chicas que aguarda frente al puesto de flores se quedan mirándonos con gestos asombrados; no las culpo, Caiden y Tain caminan a mis lados con sus camisas claras de verano y vaqueros, quitarían el aliento a cualquiera en cualquier versión, pero cuando intentan aparentar que no son brujos mortíferos entrenados… Bueno, es difícil que pasen desapercibidos sea como sea.

—Parad… —Caiden coloca la palma de la mano en mi abdomen para detener nuestro paseo.

Levanto la vista hacia él y luego sigo la dirección que toman sus ojos hasta un chico que aguarda frente a un puesto de hierbas y esencias.

—Aguardad aquí, no sé cómo va a reaccionar…

Y como si le hubiese oído decir eso a pesar de que es imposible porque nos separan al menos cuatro puestos, el brujo levanta la mirada y la clava en Caiden. Sus ojos se agrandan poco a poco

hasta que casi se le salen de las órbitas y luego, dejándonos pasmados, recula y aparta a las personas que tiene cerca para echar a correr como un condenado.

Caiden chasquea la lengua y pone los ojos en blanco antes de emitir un gruñido gutural y salir tras él a gran velocidad, sorteando a la multitud con habilidad. Intercambio una rápida mirada con Tain que, por lo visto, se quedará a mi lado, de modo que me pongo a correr tras Caiden. Esquivo a la gente con menor agilidad que él, a quien temo perder de vista en cualquier instante. Salta cajas y serpentea obstáculos con una elegancia animal que me hace sentir tremendamente torpe y lenta. El brujo ha debido desviarse lejos del mercado, porque Caiden desaparece calle abajo. ¡Mierda! ¿Dónde están?

—¡Ve tras él! ¡Ayúdale! —le pido a Tain, que corre a mi lado.

Se nota que se acopla a mi ritmo pésimo de velocidad, apenas ha alterado su respiración.

—Caiden no necesita ayuda —me responde con seguridad; parece incluso divertido por mi ocurrencia.

Le frunciría el ceño, pero estoy ocupada intentando no echar el hígado por la boca por mi empeño en querer correr a toda velocidad. Al menos por las calles colindantes a la plaza no hay gente ni cosas que sortear. Menguo el ritmo cuando distingo al final de la calle la silueta inconfundible de Caiden. Pues sí, ha atrapado al brujo, que ahora se sitúa frente a él.

—Creo que es mejor que nos quedemos rezagados —opina Tain, ralentizando el paso.

—¿Qué? Ni hablar —refunfuño, apretando de nuevo el ritmo para que no me pueda impedir llegar hasta él.

El pulso me palpita con fuerza en los oídos, la sangre se estrella contra mi cara, pero estoy llegando a su altura.

—Me gustaría no tener que usar la hipnosis, Pol. —La voz de Caiden suena a advertencia.

Siento un escalofrío a pesar de que mi cuerpo arde. Caiden sabe usar su faceta oscura con maestría.

—¡Pensábamos que estabas muerto! —replica el brujo, alterado.

—Pues ya me ves, vivito y coleando —gruñe, extendiendo sus largos brazos a los lados de su cuerpo.

—Ramsay ha reunido a centenares de brujos, nuestros planes están muy bien estructurados; no vamos a tirarlo todo por tierra solo porque ahora resulte que estás vivo. —Pol no parece tenerle el miedo que quizá debería, aunque en realidad está temblando.

—Eso tendrá que verse. Avisa a tu líder de que estoy en Grecia, dile que reúna a su ejército esta misma noche, es urgente —le apremia.

—No. —Pol alza la barbilla—. Ya no tienes poder sobre nosotros.

Caiden cierra los ojos con indolencia e inclina la cabeza con un movimiento de mandíbula, como si estuviese controlando su genio.

—Pol, no lo repetiré… —Su voz de ultratumba no da lugar a dudas.

Sin embargo, el brujo sopla una especie de polvo blanquecino hacia Caiden y hace el amago de echar a correr de nuevo. No sé lo que se supone que debería provocarle ese polvo a Caiden, pero no parece afectarlo en absoluto.

—*Imanto* —pronuncia despacio.

Y entonces el chico empieza a retorcerse y a emitir alaridos ahogados. Observo impresionada cómo cae de rodillas bajo su influjo y lucha por tomar aire. Él lo contempla, impasible, y luego levanta la mirada hacia mí; su expresión cambia y el chico deja de jadear de dolor.

—Respetaré la decisión que toméis una vez que me hayáis escuchado —le explica con calma mientras el brujo se repone, quejicoso—. Ahora ve y comunícale a Ramsay mi mensaje. Me presentaré en el lugar de encuentro antes de medianoche.

Pol se incorpora del suelo con los hombros caídos. Caiden le dedica una última mirada de advertencia y el chico parece resignarse y ceder. Luego lo esquiva y camina hacia mí.

—Vamos —nos pide a Tain y a mí en un murmullo.

Y, por supuesto, le seguimos. Creo que ambos lo haríamos sin rechistar, fuera donde fuera que nos llevase.

* * *

Han reservado una habitación para cada uno en un modesto hotel del centro de la ciudad. Estoy sacando la ropa de mi mochila cuando llaman a la puerta de mi dormitorio; Caiden está al otro lado y sostiene una funda de plástico blanca en el brazo.

—Se me ha olvidado decirte que Génesis me dio esto para ti —dice, ofreciéndome la funda.

—¿Es un vestido? —pregunto con cierto alivio; la verdad es que no había pensado en la ropa que llevaría para presentarme ante Ramsay y sus brujos esta noche.

—Me dijo que era el más indicado para el público de hoy. —Arruga un poco el gesto—. No tienes que ponértelo si no estás cómoda. Lo que lleves puesto no importa.

Percibo la inquietud en su forma de hablar.

—En realidad sí importa. Me he dado cuenta de que los brujos tenéis una forma particular de vestiros —opino, recogiendo el traje, que es bastante más ligero de lo que creía.

Caiden suspira y me mira con preocupación.

—Eira, el grupo de Ramsay es el doble de impredecible y peligroso que el de anoche. Tienen la mente más cerrada y no sé cómo nos recibirán. Ya has visto que he tenido que someter al chico, que es uno de sus seguidores más fieles, solo para que informase a su líder de mi visita. Puede que mi reaparición interfiera en sus planes y que eso suponga un problema —me explica en tono suave—. Me gustaría que hoy te quedases al margen.

—Caiden…

—Por favor —ruega y luego sus bellas facciones se descomponen—. Si te pasase algo por mi culpa…

—No es tu culpa. Nada de esto es por tu culpa. Y Génesis tiene razón: toda ayuda es poca para convencerlos. ¿Qué harás si te preguntan por tu Deida? Si les dices que estoy a tu lado pero no me ven, ¿te creerán?

Caiden vacila y aprieta la mandíbula.

—Se me ocurrirá algo, no te preocupes por mí.

Se me escapa una risa sorda e irónica.

—Si yo te hubiese pedido algo tan absurdo como eso, ¿te habría convencido?

Él parece darse cuenta de lo que hablo y tuerce los labios antes de expirar por la boca y llevarse una mano a los ojos.

—Sé manejarme bien con un grupo numeroso, no es la primera vez que lo hago ni que debo defenderme solo ante una situación semejante —replica.

—Bien, pero es que resulta que ya no estás solo, Caiden. Y debes dejar de subestimarme de una vez.

—No te subestimo, Eira, intento protegerte…

—Para mí es lo mismo —protesto.

Él deja escapar un gruñido de impotencia y se pasea delante de mí en el vano de la puerta.

—Lo único que te puedo prometer es que me iré con Tain si las cosas se ponen feas —le digo, y él se detiene, todavía sin mirarme—. Pero haremos lo posible para que eso no suceda.

Suspira con pesadez y levanta la mirada hacia mis ojos.

—Eres testaruda… —musita.

—Bueno, no soy la única —me defiendo.

Desvía la vista hacia mis labios y puedo apreciar el relámpago de deseo que surca sus ojos intensos. Se me encoge el estómago en respuesta y mi cerebro se desorganiza en un solo segundo por ese simple gesto.

—Bajemos a cenar algo rápido en el hotel —propone, alejándose un paso de mí, como si no quisiese cometer una imprudencia—. Debes tener hambre.

Y luego se gira y empieza a caminar sin esperar respuesta. Suspiro y me repongo antes de cerrar la puerta e ir tras él.

Tain, Caiden y yo comemos hamburguesas con patatas en el bar de la planta baja. Sus hombres nos han adelantado, ya han comido algo y están vigilando el perímetro. Por lo visto han venido con nosotros para actuar de protectores; son quienes se ocupan de lanzar hechizos de protección para sellar los lugares a los que vamos.

Devoro mi cena y Caiden me ofrece también sus patatas. No había comido nada desde las rosquilletas que nos han dado en el avión y no me había dado cuenta del hambre que tenía. O quizá también sea ansiedad, lo que es muy probable. Acabamos rápido y subimos de nuevo hacia las habitaciones.

—Nos vemos aquí en una hora —dice antes de alejarse hacia su dormitorio.

Cuando entro a mi habitación me tiemblan un poco las manos. Puede que esté intentando enterrar mis emociones y el pánico que me produce lo de esta noche, pero debo seguir haciéndolo, tengo que mantener los nervios bajo control para dar la sensación de que sé lo que hago aunque en realidad no tenga ni una maldita idea. Es cierto que he cambiado en poco tiempo a marchas forzadas, he pasado por muchas cosas en un transcurso corto de mi vida y ya no veo el mundo como lo veía; pero dentro de mí sigo siendo esa niña asustada a miles de kilómetros de sus seres queridos. Y mi intuición, esa que se vuelve implacable en estado de supervivencia, no será suficiente para defenderme.

Desenfundo el vestido y me impacta ver que la tela delicada es de un rojo intenso con pedrería negra brillante por todo el traje. No sé exactamente qué forma tiene, así que lo intento colocar ante mí de modo que pueda apreciar cómo debería ponérmelo. Es bellísimo y… atrevido. Lo deposito de nuevo sobre el colchón y tomo aire con algo de ahogo antes de desnudarme a estirones e ir directamente a la ducha. Me esmero un poco más con el maquillaje, me pinto la raya negra con un ahumado y los labios rojos y me ahueco el pelo para que quede voluminoso después de secármelo. Enfundarme el vestido es toda una odisea, se adhiere a mi cuerpo como una segunda piel y toda la espalda y parte de mi costado derecho lo compone una tela sedosa y trasparente con pedrería delicada que trepa desde los costados del vestido como las patas de una araña. Delante no lleva tirantes y la tela nace justo donde empiezan los pechos, en la derecha solo existe el trozo suficiente para cubrirlo y se desliza por mi costilla, dejando una obertura, como una grieta perpendicular en mitad de mi torso. Luego cae hasta mis pies con una generosa obertura desde mi muslo derecho. Cuando me miro en el espejo de la entradita me quedo paralizada. Vale… quizá Génesis se haya pasado. Es cierto que el vestido da una sensación de poder y es… es cierto que parezco una mujer segura, pero también provocativa. ¿Es lo que buscaba ella al elegir este vestido para mí?

Dos golpes en la puerta me hacen pegar un respingo, ¿ya es la hora? Creo que he estado más tiempo del que esperaba revisando mi imagen y pensando en que tampoco tengo más opciones. Me muerdo el labio con fuerza y aprieto los puños antes de decidirme a abrir. Tain está al otro lado y ni siquiera él, que esconde muy bien sus gestos faciales, consigue ocultar la manera en la que se le abren los ojos al primer vistazo.

—Eira, no nos olvidemos de renovar el hechizo de prot… —Caiden se detiene tras su segundo al mando al reparar en mi aspecto y parpadea una vez con indolencia.

—Es demasiado, ¿verdad? —pregunto con las mejillas a punto de arder.

Caiden revisa mi cuerpo despacio y luego vuelve a parpadear, esta vez más deprisa. La manera en que me observa va a consumirme, no solo es anhelo, es fragilidad y… dolor.

—Estás perfecta —dice con voz ronca.

Me cuesta moverme después del escrutinio de Caiden; creo que estoy a punto de arder por dentro. Tain ha bajado la mirada hacia nuestros pies y parece repentinamente divertido.

—Gracias… —murmuro sin aire.

—Tenemos que renovar el hechizo, hoy se cumplen los siete días —me recuerda él, cuadrando los hombros con un ligero carraspeo.

—¡Oh, claro! Pasa…

Camino descalza arrastrando el bajo del vestido hacia mi mochila y extraigo el ungüento ya preparado de los compartimentos.

—Quizá deberíamos haberlo hecho antes de vestirnos —observa, señalando nuestras vestimentas.

Él lleva el uniforme negro; se quita la cazadora, que debe pesar a juzgar por cómo cae sobre el colchón, y luego se deshace de la camiseta. Me quedo observándolo como si no pudiese hacer otra cosa. Dios… ¿puedo actuar normal? Se ha quedado semidesnudo ante mí varias veces, no es algo que debiese provocarme el estado en el que me encuentro ahora. Caiden me mira atento mientras le practico la runa en el pecho y luego hago lo mismo en su abdomen, que encoje un poco ante mi tacto. Está más cálido de lo normal y el aroma a jabón y a su piel es muy intenso, juro que me hace salivar. Cuando llega su turno, me dibuja la runa despacio en el pecho mientras me atrevo a mirarlo, me fijo en cómo se mueven sus labios al murmurar el hechizo y luego, no me lo pienso, me arrugo la falda del vestido hacia arriba y dejo al descubierto mi vientre. Él se arrodilla y veo cómo cierra los ojos y los músculos de su mandíbula se tensan antes de que aproxime sus yemas a mi piel.

—Todavía puedes pensarte lo de venir, chica de las flores —dice con voz afectada y ronca.

Casi caigo en su trampa; hace tiempo que no me nombra por mi apodo y, además, no esconde el deseo que emana de su voz.

—Tendría que atropellarme un camión para que no fuese contigo esta noche —replico, y mis cuerdas vocales también han delatado mi falta de aire.

Expulsa un siseo y el aire impacta directamente contra mis bragas. Contengo un jadeo con esfuerzo.

—Debía intentarlo por última vez —dice al tiempo que se incorpora y toma su cazadora.

Extrae algo de uno de los bolsillos internos y luego vuelve a arrodillarse ante mí, levanta la falda acariciando mi pierna izquierda (la más tapada), y esta vez no puedo reprimir un gemido ahogado. Hace que levante la pierna para colocarme una liga bien ajustada con una pequeña pistola que según puedo distinguir es de dardos sedantes.

—Por si acaso, apunta siempre a la cara —me pide, volviendo a acariciar mi pierna al cubrirla con el vestido.

Cuando regreso a mi equipaje a guardar el tarro, veo el brillo negro de los zapatos de tacón que me puse ayer.

—Y yo que pensaba que tendría que ponerme las Converse… —digo, aliviada, sacándolos de debajo de mi ropa—. ¿Los metiste tú ahí?

—Ya la conocerás mejor; Génesis es muy previsora… —responde, arqueando una ceja.

Me los coloco y guardo el equilibrio sobre ellos al ponerme en pie.

—¿Tain?

—Creo que ha bajado a recepción unos segundos antes de que empezase a subirte la falda del vestido —resuelve, calmado.

Oh, claro. Madre mía, me había olvidado del pobre Tain.

—Vamos, ya casi es medianoche. —Su tono se endurece y espera a que salga antes que él del dormitorio.

Aguardo de espaldas a que cierre la puerta; tarda unos instantes en hacerlo, como si se resistiese una última vez a llevarme con él.

33
Eira

«Y es justo en el momento en el que me urge postrarme
ante sus pies cuando sé que estoy perdido.»

Mandamientos para sobrevivir, por CAIDEN VULGARIS

Nadie nos ha dicho adónde acudir, pero no nos hace falta: tenemos el paradero de Pol, el joven brujo fiel a Ramsay, que nos conduce hacia las inmediaciones, frente a un edificio de piedra caliza de aspecto antiguo y coronado por un campanario. Resulta curiosa la diferencia tan abismal entre un encuentro y otro, como si los brujos tuviesen razas diferentes y se segregasen en consecuencia.

En las puertas nos esperan dos hombres que no nos dirigen ni una sola palabra, simplemente nos conducen hacia el interior frío y húmedo, con las paredes adornadas con inmensas vasijas de cerámica anaranjada, vastas espadas cruzadas y cuadros de marcos ostentosos. Caiden se coloca delante de mí cuando los hombres se disponen a abrir las puertas, desde donde procede el inconfundible y, por lo visto, común tamborileo de los tambores chamánicos. El bullicio ligero se silencia cuando las puertas se abren. Tengo un desagradable *déjá vu* cuando ante nosotros se abre un amplio pasillo flanqueado de brujos con las cabezas cubiertas por holgadas capas negras, igual que en el Templo. El escenario es rocambolesco: de las paredes cuelgan antorchas encendidas y ristras de plantas secas con finalidades esotéricas, runas y cruces de Brigid en las enormes vidrieras.

—¡Caiden Vulgaris! —vocea un hombre en tono fascinado desde el final del pasillo—. ¡Debía verlo con mis propios ojos para creerlo!

Caminamos por el amplio pasillo de suelo de mármol. Los pasos de Caiden son seguros pero medidos. Su actitud proyecta la misma energía que la primera vez que lo vi cruzar el pasillo colmado de devotos del aquelarre con aquella capa morada; recuerdo la urgencia de echarme hacia atrás cuando se acercaba a mí, el miedo, la expectación. Solo que aquella vez no tenía a nadie detrás a quien estuviese pendiente de proteger, como es el caso. Tain me sigue de cerca y mis tacones resuenan contra las paredes calizas.

—Así que es cierto: respiras —vuelve a hablar el mismo hombre, observando a Caiden con ojos fulgurantes.

—Me alegra verte de nuevo, Ramsay —responde Caiden.

Ramsay, un hombre de unos cuarenta años, ancho de espaldas, con un porte intimidante y el cabello negro cayéndole por los hombros, lo observa con aprobación y luego desliza su mirada oscura hacia mí, por encima del hombro de Caiden.

—Como verás, viejo amigo, no he perdido el tiempo en tu ausencia —le dice, extendiendo la mano hacia la masa de brujos que nos contemplan—. El sello de vinculación nos indica si alguien está en peligro; lo estabas y pusimos en marcha una partida de búsqueda, pero sabíamos que estabas en el Templo, de modo que era inútil intentarlo siquiera. Nadie encuentra ese maldito lugar si el aquelarre no desea que lo encuentres. Y de repente dejamos de sentirte. Te apagaste. ¡Puf! Estabas muerto, ninguno tuvo que hablar para saber que te habían asesinado. Y ahora estás aquí ante mí, entero, sin rasguños.

—Mi corazón dejó de latir —explica Caiden con calma—. Pero ella hizo que latiese de nuevo.

Me señala con un imperceptible gesto de la cabeza. Ramsay clava sus ojos negros en mí.

—¿Ella es tu…?

—Sí, es la Deida —corrobora Caiden—. Pero sabes que el motivo de mi visita no es demostrarte que estoy vivo ni presentarla ante ti. Mis planes no han cambiado, mi ausencia no debería haber causado este caos.

Ramsay alza la barbilla y ensombrece el gesto.

—Nos reuniste por un motivo común, es cierto, viejo amigo. Pero no se pueden hacer compatibles almas tan opuestas. Con la noticia de tu muerte, las respuestas no pudieron ser más distintas; cada uno deseaba actuar de maneras diferentes —explica, endureciendo la voz—. Nosotros buscamos nuestro propio camino y nos hemos multiplicado, como verás.

—Lo veo y has hecho bien —responde Caiden—. Pero me queda la duda más importante: ¿todavía estás a mi lado?

Ramsay toma aire con profundidad por la nariz y se lleva las manos a la espalda cuando se balancea con levedad hacia atrás con aire pensativo.

—Esta gente confía en mí, Caiden, si están aquí hoy es por mi influencia. La mayoría de ellos no te conocen…

—No les has hablado de mí —interviene él, molesto.

—Estabas muerto, ¿recuerdas? —replica Ramsay, y un relámpago letal brilla en su mirada oscura—. Has aparecido en un momento en el que reina la solidez y los planes ya están más que hilvanados. Sabes que mi decisión de seguirte era firme, creía en ti más que en mí mismo…

—¿Y qué ha cambiado? —le interrumpe.

—Eres el maldito Catalizador —responde él con voz afilada—. Al principio no lo creí. Pero es cierto, lo eres.

—Serlo no cambia nada. Mis propósitos siguen siendo los mismos.

—Eres la viva encarnación de la parca para las brujas. Si hay algo que siempre he respetado es

la profecía, lo sabes.

—En los escritos no consta toda la verdad, Ramsay, ni todas sus partes se cumplen. La información está sesgada por las ideas tradicionales del aquelarre. Al fin y al cabo fue escrito por los hombres. —La voz de Caiden es solemne y hace eco en la estancia—. Debes darme la oportunidad de hablarle a tu gente.

—No tengo ningún deber para contigo. He reunido a mis leales por respeto a ti, por lo que nos unió en su día. Pero no seré tan necio como para darle la espalda a la profecía, por mucho que te admire…

—La profecía dicta que el Catalizador no puede corresponder a su Deida. Dicta que ni siquiera puede desearla —irrumpe en tono vehemente y raspado—. Sin embargo, la amo.

Ramsay abre mucho los ojos y los brujos a nuestras espaldas exclaman sonidos de sorpresa y bisbisean por lo bajo. Son tantos que el murmullo colma el lugar y nos ensordece. Nadie se ha percatado de mi ligero jadeo, de que el pulso se ha ralentizado en mis venas y un pitido agudo se ha instalado en mis tímpanos.

—¿La amas? ¿En qué sentido? ¿Estás seguro de que ella es tu Deida? —pregunta él, visiblemente turbado por la confesión de Caiden.

—Completamente —responde él con rotundidad—. Y también estoy seguro de mis sentimientos hacia ella. Y de que ella no ha perdido la cabeza por mí.

Bueno, quizá eso último habría que matizarlo un poco porque, ahora mismo, mi interior actúa como si así fuese. Una voz en mi cabeza me dice que su confesión se debe a su empeño de convencer a Ramsay y su séquito, pero aun así la reacción de mi organismo está siendo demoledora.

La sala se queda silente y el hombre contempla a Caiden con los ojos entrecerrados, como si no terminase de creer lo que está admitiendo.

—Bien, Vulgaris, dirígete a mi gente. Te dejo el espacio para que lo hagas en honor a la amistad que nos unió en su día —decide, pero su voz delata cierto recelo—. Estas personas son brujos libres con criterio propio. Y yo también. Pero te prevengo; te escucharemos solo esta vez. Aprovéchala bien y dinos qué ganamos a tu lado y si de verdad estamos seguros.

Ramsay se aparta para darle paso y Caiden cuadra la postura y da los dos pasos necesarios para ocupar su lugar; nuestras miradas se cruzan milésimas de segundo cuando avanzo tras él y me coloco a su espalda junto a Tain. Desde esta perspectiva se me encoge el estómago: cientos de miradas ocultas con capuchas nos escrutan. Trago saliva con la boca seca, porque flota un aire muy distinto al de la reunión en Galicia; estos brujos son más hostiles, no nos lo van a poner fácil. Es probable que fracasemos. Y esa intuición se aferra a mi pecho como una mano oscura y retorcida.

—Para quienes no me conocéis, Vulgaris es mi apellido, sí, pero jamás me he identificado con esas ocho letras. Aborrezco todo cuanto representan, lo hice desde niño, cuando apenas tenía uso

de razón, y mi aversión hacia todo lo que mis padres hacían fue en aumento conforme comprendía la crueldad implícita en cada una de sus obras —empieza a explicar con su característica calma a pesar de que la situación no es propicia—. Ellos se encargaron de castigarme por ello. Nunca fui un hijo ejemplar, nunca seguí sus normas. Y, en cuanto tuve ocasión, me fugué y planeé destruirlos desde los cimientos. Es lo que más deseo, lo único que he deseado desde siempre.

—¿Asesinarías a tu familia? —salta uno de los brujos, no sé muy bien cuál, porque permanecen ocultos.

—Esos no son mis métodos. Procuro ser lo más opuesto posible a ellos. Ellos recurrirían a la sangre, pero yo no.

—Entonces no tenemos más de qué hablar —sentencia el mismo brujo.

Y algunos, muchos de ellos, lo secundan con palabras de aprobación. El ambiente se altera y se enrarece.

—Existen medios más efectivos y satisfactorios para arrebatarles el poder. Las guerras y la violencia se han usado siempre para derrocar a otros; pero nosotros podemos ser mejor que eso —continúa.

—¡La muerte es lo único que merecen los Vulgaris! —vocea una de las mujeres.

—La muerte no les daría la opción de ver cómo su dominio se destruye y los relevan brujos que pisotean todo cuanto ellos consideran sagrado —contraataca con voz grave—. El aquelarre no merece un final sin más, merece sufrir por todo el daño que ha causado. Y, creedme, la muerte sería piadosa para ellos; lo que les hará desear morir es verse rebajados a esclavos.

Nadie replica esta vez, y unos murmullos enardecidos rebotan aquí y allá.

—Quieres que te sigamos, pero eres el Catalizador… ¿Quién nos asegura que no quieres someternos a tu voluntad para destruirnos? —pregunta otro.

Una algarabía secunda la pregunta.

—No tendría sentido. Mi deseo es arrebatar el poder a asesinos para que el aquelarre lo formen brujos pacíficos y justos. ¿Cómo podría convertirme en otro asesino de la noche a la mañana?

—Porque así lo dicta la profecía —sentencia otro con enfado.

Esta vez la conformidad es tan colectiva que la situación se vuelve caótica. Caiden intenta hablar de nuevo, pero el intenso bullicio se eleva de forma gradual hasta que se convierte en un zumbido ostensible. Ramsay se mantiene de brazos cruzados a un lado, con una expresión insondable; no se puede decir que sienta satisfacción con lo que está ocurriendo, pero tampoco le incomoda.

—¡Además! ¿Qué ganaríamos siguiéndote? ¡Ramsay es muy poderoso al igual que muchos de nosotros! ¡No necesitamos tu guía! —vocifera uno de ellos entre el vocerío.

Los brujos conformes con eso aumentan sus gritos. No van a dejar que vuelva a hablar, sus voces pretenden silenciarlo.

—¡¡Abajo los Vulgaris!! —berrea otra mujer.

—¡¡Muerte a los Vulgaris!! —se desgarra la voz otro.

Caiden no les ha podido convencer con su discurso porque los brujos que tenemos delante no son pacíficos. No buscan solo destruir al aquelarre, buscan venganza y, tal vez algunos de ellos, poder. No estamos ante el mismo público que ayer, Génesis no podía tener más razón.

Quizá sea el momento de que desempeñe mi papel. Y lo cierto es que no me tiemblan las manos ni siento miedo cuando avanzo un paso y me sitúo al lado de Caiden, un arrojo fiero que estremece todo mi cuerpo me hace elevar la voz:

—¿Habéis visto alguna vez a un grupo multitudinario ser sometido bajo hipnosis al mismo tiempo? —Apenas reconozco mi tono de voz severo y poderoso.

Algunos de los encapuchados se giran hacia mí, curiosos. La algarabía se apaga de forma paulatina al darse cuenta de que es la Deida quien habla.

—Habéis preguntado qué ganaríais siguiendo a Caiden. Yo puedo daros una respuesta amplia, empezando desde lo que, quizá, muchos de vosotros habréis oído hablar: su don. Ahora mismo podría bajar ahí y, con solo rozar alguna parte de vuestro cuerpo, someteros bajo su influjo. Y después le bastaría con pronunciar una palabra para que todos, sin excepción, obedecierais sus peticiones en masa.

Aguardo unos segundos a que esas palabras calen en ellos. Puedo sentir los ojos de Caiden perforándome a mi lado.

—Pero no lo hará. Estoy segura de que ni siquiera se le ha pasado ni por un instante por la cabeza. ¿Sabéis por qué? Porque Caiden no busca soldados a los que manipular, busca brujos con pensamientos propios que luchen juntos por una misma causa. —Mi tono se afianza conforme hablo, porque cada palabra la siento en el interior de mis vísceras—. Soy su Deida, existo para detenerlo en caso de que la profecía se cumpla, ese es mi deber. Podéis temerle y quizá es lo más inteligente, pero iré donde él vaya y cumpliré con mi destino, como se dicta en los escritos. Mientras tanto, ¿sois tan poderosos como para usar la hipnosis con cientos de personas al mismo tiempo? ¿Sois conscientes de que nuestros dones se triplican cuando estamos juntos? Debéis saberlo, ese dato también aparece en la profecía.

Ramsay se remueve en su sitio, sus ojos oscuros se clavan en mí como alfileres. El murmullo que se alza entre los brujos es más expectante en esta ocasión. Caiden se mantiene callado a mi lado; todavía me contempla, lo puedo sentir aunque no lo mire.

—Existen las runas bloqueadoras —interviene un brujo de las primeras filas—. Nos consta que en el Templo anulaban tus poderes y que por eso no pudiste escapar.

Se dirige a Caiden, pero esta vez hay intriga en la voz del hombre.

—Así es, pero con Eira el poder del aquelarre no basta. Pudimos escapar juntos gracias a un hechizo que ella misma ideó —les explica él.

Se alza un rumor mucho más excitado. Entonces se me ocurre algo:

—Entre los dos podemos practicaros runas que os quiten el dolor, que curen vuestras heridas con rapidez o aumenten vuestras habilidades físicas —les cuento con convicción.

De nuevo, el zumbido de sus voces hace eco en la sala. Y, para sorpresa de ambos, Ramsay es quien impone silencio.

—¡Bien, Deida, si eso es cierto, demuéstralo! —me reta.

Doy un paso al frente para buscar con la mirada entre los brujos y al instante noto la mano de Caiden en mi abdomen, impidiéndome avanzar.

—Tranquilo —le musito.

—Entre estas personas hay familiares directos de algunas de las aspirantes a Deida que cayeron en la Proclama —me susurra Caiden sin apartar la mano de mi vientre.

Parpadeo ante esa información; poso la mano en su hombro y me giro con levedad hacia él. Su rostro queda a la altura de mi mejilla, noto su aliento allí y aproximo con levedad la cara en un gesto íntimo, pero sin llegar a rozarnos.

—No me pasará nada —le digo; el corazón me late a toda velocidad, pero no se debe al miedo.

En la estancia flota un silencio distinto, creo que les hemos generado verdadera curiosidad.

—¿Alguien padece dolor entre vosotros? —les pregunto, recorriéndolos con la mirada.

Los primeros instantes reina el mutismo, pero de pronto las cabezas cubiertas de capas empiezan a apartarse para dejar paso a un hombre de edad avanzada acompañado de un chico. Caiden aprieta mi abdomen con los dedos, pero no presiona suficiente como para hacerme retroceder. El hombre mayor se detiene ante nosotros y el muchacho que lo acompaña le arremanga la ropa del brazo y luego empieza a deshacerle el vendaje, mostrándonos una horrible cicatriz reciente, larga, de muy mal aspecto.

—¿Cuándo te rompiste el brazo? —le pregunto con voz suave.

—Hace una semana —responde el hombre—. Me tomo pastillas y uso ungüentos de cosecha propia, pero rabio de dolor.

—¿Me permites? —le pido, adulzando la voz. El hombre parpadea bajo las sombras de su capucha y asiente con la cabeza—. Necesito algunos ingredientes para el hechizo, ¿es posible conseguirlos, Ramsay?

El líder de los presentes se yergue cuando me dirijo a él, parece ligeramente sorprendido.

—Por supuesto…

Le enumero las hierbas, esencias y polvo de minerales que necesito y Ramsay manda a sus hombres a conseguirlos. He sido previsora y también les he pedido lo necesario para mejorar las habilidades físicas.

—Le haremos las mismas runas, cada una a un lado de la cicatriz —le explico a Caiden, que guarda silencio.

Los hombres regresan pronto y sitúan una mesa a nuestro lado para colocar todo lo que les he pedido. Preparo la mezcla bajo sus atentas miradas, lo hago con apremio y agilidad; podría

hacerlo con los ojos cerrados a estas alturas.

Con los dedos impregnados, me aproximo al hombre y le realizo la runa sobre la piel macilenta y blanda. Caiden la reproduce idéntica, murmurando las mismas palabras que yo. Contemplo el gesto del anciano con atención y puedo apreciar con detalle el instante en el que el dolor se esfuma de su cuerpo.

—Abuelo, ¿notas algo? —le pregunta el chico.

—No… —balbucea—. No siento… dolor.

El hombre se presiona la piel cerca de la herida para corroborarlo. Luego esboza una sonrisa amplia y exclama carcajadas afónicas.

—¡Pueden haber usado alguna sustancia que insensibilice la zona, no tiene gran mérito! —protesta una mujer de las primeras hileras.

—Quizá… —Regreso a la mesa y recojo el tarro que he preparado y luego lo extiendo con cuidado sobre su herida—. Pero tanto el hueso como la herida estarán sanados en cuarenta y ocho horas.

No pude soldar los huesos del dedo que me rompí en el rocódromo en la prueba de obstáculos en tan poco tiempo yo sola, pero con Caiden no tengo dudas de la velocidad que tomará la efectividad del hechizo.

—¡Eso no es algo que puedas demostrar ahora! —replica la misma mujer, escéptica.

Los brujos comienzan a protestar en consecuencia.

—Chico, ¿cómo definirías tu condición física? —le pregunto al acompañante del hombre mayor, un muchacho de no más de quince años que parece delgado bajo la túnica que lleva puesta.

Él hace un mohín y se encoje de hombros.

—Me gustaría ser más fuerte, señorita, estoy aprendiendo —responde, sincero.

—¿Me dejas? Tendrás que descalzarte y mostrarme el pecho.

Se arrebola al instante; es un muchacho serio y parece maduro para su edad, pero no dejo de ser una chica tres años mayor que él que le está pidiendo que se desnude, por eso vacila. Le doy espacio al irme a preparar otro ungüento y, cuando me giro de nuevo, ya se ha quitado los zapatos. Le sonrío con agradecimiento y me agacho, Caiden hace lo propio a mi lado, imita mi dibujo y mis palabras y luego hacemos lo mismo cerca de la clavícula del chico, que se mantiene muy quieto, casi sin respirar.

—¿Ya está? No me siento… diferente —comenta él, mirándose las manos y los pies.

—Intenta hacer algo que requiera agilidad —le propongo.

—Se me ocurre algo… —El brujo joven del mercado, Pol, sale de entre la multitud por primera vez y se aproxima al chico—. Escala allí y cuélgate de la barra.

Pol le señala la pared caliza irregular y empinada del lateral de la sala y una estructura metálica enorme que debe pertenecer a una máquina antigua para un fin que no sé precisar.

El chico mira la altura de la barra de metal y traga saliva.

—Eso no es tan difícil —apunta otro brujo encapuchado—. Que alguien engrase la barra, tendrás que hacer una dominada ahí arriba.

La tensión hiende el aire. El chico, Pol y el brujo entrometido se giran hacia mí.

—Adelante —respondo sin titubear.

Un par de hombres de Ramsay se ayudan para alcanzar la barra de la vieja máquina e impregnarla de uno de los aceites esenciales que habían traído para mí. El muchacho los mira con el temor surcándole el rostro y luego se aproxima lento.

—No dudes, confía. —Me acuerdo de Enzo al pronunciar esa frase y siento un pinchazo de añoranza.

Los brujos observan expectantes la escena; puedo oler el escepticismo, están esperando a que el chico falle. Él respira hondo, toma impulso y salta hacia la pared empinada. El pecho se me llena cuando escala con una habilidad brillante y se cuelga de la barra grasienta sin resbalarse, su cuerpo se balancea con agresividad hacia delante, pero aguanta. Las exclamaciones de sorpresa y las aspiraciones sonoras son música para mis oídos. El chico, que parece atónito por haberlo logrado, esboza una sonrisa de excitación: conozco esa sensación, ahora la adrenalina será otro impulsor que lo ayude a tener éxito, por eso veo determinación en su actitud cuando hace fuerza para elevarse y hacer la dominada. La hace, suelta un grito de victoria cuando su pecho toca la barra y luego vuelve a dejarse caer poco a poco hasta que finalmente se suelta, cayendo al suelo de pie con una estabilidad admirable. Le regalo una sonrisa que él me devuelve con luminosidad.

—¡Bah! ¡Eso también puedo hacerlo yo! —brama el mismo brujo entrometido de antes, y otros dos grandullones lo secundan.

El primer brujo escala con destreza la pared, pero, cuando pretende agarrarse a la barra, se resbala al instante y cae; sus pies aterrizan en el suelo con cierta torpeza, debe guardar el equilibrio para no vencerse hacia atrás. Reprimo una sonrisa satisfactoria con todas mis fuerzas y, de reojo, puedo ver que Caiden hace lo mismo. Los otros dos brujos corpulentos también lo intentan, pero sus manos resbalan con el aceite en cada ocasión. El griterío eufórico ha comenzado con el segundo brujo y se vuelve ensordecedor con el tercero. Intercambio una mirada emocionada con Caiden y él me devuelve una expresión intensa que me quita el aliento y hace que olvide por unos segundos dónde estoy.

Ramsay nos observa con circunspección, todavía no ha modificado su postura tranquila, con los brazos cruzados y la mirada evaluadora. Es entonces cuando me fijo en las excepciones (hay brujos encapuchados que no han reaccionado de la misma forma que la mayoría), y caigo en la cuenta.

—Sé que aquí hay familiares y amigos de las aspirantes a Deida caídas en la Proclama. —Elevo la voz lo suficiente como para que se escuche entre el bullicio.

Noto cómo Caiden se pone rígido a mi lado.

—Responderé vuestras preguntas, todas ellas, con total sinceridad. No tengo nada que esconder —les digo.

Los brujos me observan; hay algunos curiosos, otros sorprendidos por el atrevimiento de nombrar la Proclama en ese salón atestado de infieles. La sala vuelve a enmudecer y el silencio se prolonga unos instantes cargados de una emoción pesada y delicada al mismo tiempo.

—Roman —oigo decir cerca de mí; se trata del brujo entrometido que ha intentado agarrarse a la barra el primero. Lo miro impactada cuando pronuncia ese nombre—. Mi hermano se llamaba Roman, ¿él… sufrió?

Su voz tiembla un poco en la pregunta y los ojos me escuecen al luchar por que las lágrimas no aparezcan. Miro a ese brujo con otros ojos esta vez; intento encontrar el parecido con su hermano, pero las sombras de la túnica ocultan sus facciones.

—Roman Kassi quedó entre los cuatro finalistas. Era de los mejores, no solo por sus muchas habilidades, sino porque tenía un buen corazón, mirada limpia y amable. —Se me quiebra la voz un poco y tenso los puños a mis lados—. Fue uno de los que rescató a Caiden de la nieve, en el momento en el que vosotros creísteis que había muerto. Lo cargó y lo llevó hasta un lugar seguro. Luego le brindó cuidados médicos porque también era de los mejores sanadores. No lo vi… caer.

Trago el nudo que se está formando en mi garganta sin piedad e intento reponerme. Noto el roce de los dedos de Caiden en mi brazo y trato de inhalar aire despacio.

—Todos los días pienso en que podría haber hecho más por intentar detener las pruebas. Las pesadillas no cesan, sus manos me agarran de las ropas y me hunden en el agua hasta que me ahogo —les confieso—. Las aspirantes a Deida no eran mis enemigas, eran mis iguales. Eran brujos y brujas increíbles a los que admiraba y el aquelarre nos hizo rivales, nos volvió las unas contra las otras. No éramos asesinas, al menos no la mayoría de nosotras, y sé que algunas estaban de acuerdo cuando les eché en cara a los Vulgaris que querían la salvación de las brujas haciendo que nos matásemos entre nosotras. Juntos somos más fuertes: si nos hubiésemos revelado en grupo, ni siquiera el aquelarre podría habernos obligado a participar en las pruebas; pero no fue lo que sucedió. Algunas de las aspirantes eran mis amigas… y habría hecho lo imposible por salvarlas, pero es difícil salvar a otra persona cuando tu propia vida está en juego.

Se me termina de romper la voz y una lágrima traicionera recorre mi mejilla. Los brujos guardan un silencio profundo y veo conmoción en las zonas que puedo apreciar de sus rostros.

—¿Alguien de aquí conoce a Gisela? Porque ella, junto a otras aspirantes, todavía vive y cumple condena como sirvienta del aquelarre. —Nadie responde, de modo que asumo que entre los presentes no hay ningún familiar de mi amiga—. Debemos ir a salvarlas. ¡El aquelarre debe ver cómo los familiares de las aspirantes a Deida caídas pisotean todo cuanto ellos consideran valioso! ¡Deben ver cómo los cimientos en los que se sustenta su poder se derrumban ante sus ojos sin que puedan hacer nada! ¡Deben ver cómo, uno a uno, cada brujo devoto deja de creer en

ellos y que la soledad los engulla y los aplaste, que su propia crueldad los devore y no quede nada más que cenizas bajo sus pies!

Hablo con una fiereza que apenas reconozco, pero que me domina y me acelera el corazón. Mi voz suena mayestática, furiosa y rota, porque la rabia y la tristeza por las pérdidas y la muerte dominan cada partícula de mi ser.

Flota una sensación nueva entre los brujos cuando mis palabras se apagan, y entonces veo que el hermano de Roman se retira la capucha. Sus ojos enrojecidos muestran una expresión intensa, puedo leer el respeto en sus facciones. Luego es Pol quien se retira la capucha y tras él le siguen los demás, que descubren sus rostros uno a uno ante mí, incluido Ramsay. Los miro sin pestañear con una inmensa sensación en el pecho y luego veo de soslayo cómo Caiden se mueve: se lleva los dedos a los labios, luego al corazón y finalmente alza el brazo con la palma hacia arriba con sus ojos ardientes puestos en mí. Está haciendo el saludo a la magia, algo que aprendió de mi familia, y el abrumador sentimiento que proyecta al hacerlo me deja sin respiración. Entonces el chico de quince años lo imita, reproduce el saludo a la magia, y luego el abuelo y… Observo fascinada y conmovida cómo la sala entera se lleva las manos a los labios, al pecho y al cielo con profundo honor. Uno a uno alzan el brazo con sus ojos descubiertos puestos en nosotros, un centenar de brujos y brujas libres.

Contengo las lágrimas con un esfuerzo inhumano. Los hombros me tiemblan y observo la escena con un sentimiento que me va a reventar el pecho.

Ramsay, que es de los últimos en reproducir el saludo a la magia, nos mira con sus ojos oscuros resplandecientes de aprobación. Luego se aproxima y se sitúa ante nosotros.

—Muy bien, Caiden y Eira, os seguiremos dondequiera que vayáis —acepta con voz fervorosa, extendiendo la mano hacia Caiden.

Él asiente con la cabeza y estrecha la mano entre la suya, y luego se la lleva al pecho. Después Ramsay hace una ceremoniosa reverencia hacia mí y el resto de sus brujos lo imitan.

—¡Desde este momento nuestro nuevo líder es Caiden Vulgaris! ¡Y respetaremos y acataremos los deseos de la Deida!

Los presentes vitorean y exclaman palabras de aprobación y regocijo, levantan los puños y hacen gestos de admiración. Caiden y yo cruzamos miradas incandescentes.

—Aun así, espero que no olvidéis una de las leyes más importantes del hechizo antiguo —añade Ramsay, mirándonos a ambos con gesto cauto—. El Catalizador y su Deida no deben mantener una relación amorosa, eso podría poner en peligro la profecía. Sé, viejo amigo, que no todo lo que dicta se cumple, pero ¿no es más importante garantizar la seguridad de nuestra existencia?

Nos mira con ojos de advertencia; hay respeto en su gesto, pero lo que nos dice es demasiado importante como para callárselo.

34

Eira

«Perderme entre los pliegues de su piel es lo que más deseo.
Y lo único que tengo prohibido.»

Mandamientos para sobrevivir, por CAIDEN VULGARIS

Tain, Caiden y yo regresamos al hotel escoltados por los hombres de Ramsay; ahora somos valiosos para ellos y, mientras puedan ayudarnos, estarán ahí para nosotros. Esas han sido las palabras de Ramsay antes de marcharnos.

—Sé que no está todo logrado —dice Tain mientras subimos al ascensor—. Pero lo de hoy ha sido espectacular. Mi sincera enhorabuena, Eira.

—Gracias —digo, sonrojándome.

—¿Os apetecen unas copas? Yo invito —se envalentona Tain; parece pletórico.

—No podemos celebrar nada mientras Fargar esté ahí fuera planificando asesinar a miles de personas. —La voz de Caiden suena suave a pesar de su reprimenda.

—Tenemos a Génesis y a Ramsay de nuevo con nosotros y el triple de brujos que antes de que el aquelarre te llevase a la fuerza al Templo —le recuerda; su sonrisa con hoyuelos adulza sus facciones bonitas—. Negarnos una copa esta noche no hará que encontremos el paradero de Fargar antes.

Caiden lo mira levantando el mentón con gesto serio.

—Sé lo que te cuesta despejarte de tus responsabilidades. Eira, ¿alguna vez lo has visto en un ambiente distendido? Está tenso todo el rato.

Sonrío a esta nueva versión de Tain. Caiden lo asesina con la mirada.

—Supongo que brindar con una copa no nos hará daño —opino al tiempo que salimos hacia nuestra planta.

Caiden no responde, mantiene el ceño fruncido mientras caminamos a su lado.

—Que sea rápido —sentencia, abriendo la puerta de su dormitorio.

Tain me dedica una mirada triunfal y yo me río entre dientes mientras cruzamos el umbral de su habitación. Tain va directo hacia el minibar y extrae una botella de un líquido color caoba al que mira con un mohín disgustado.

—No podemos brindar con esto —replica. Luego va directo hacia el teléfono de servicio de

habitación, aprieta los botones con impaciencia y suspira—. No os mováis de aquí, voy a bajar a por una botella de vino en condiciones y tres copas.

Tain sale de la habitación y cierra tras de sí, dejándonos a solas. Un calor raro asciende desde mis pies hacia las puntas de mis extremidades al notar que Caiden me está mirando.

—¿No vas a reprocharme nada? —dice y su voz suena socarrona—. Algo como: «Te dije que no me subestimes». O: «Si te hubiese hecho caso, lo de hoy habría sido un completo desastre».

Bosquejo una sonrisa amplia y las mejillas me arden. Siento orgullo, es una sensación nueva y abrumadora.

—No —respondo, mirándolo desde mi sitio al lado del escritorio.

Él me devuelve una mirada profunda; sus ojos, que parecen alegres en un principio, se invaden por una aflicción que ensombrece su hermoso rostro. Me observa un instante más con el cuerpo apoyado en la pared al lado de la ventana. Mechones de su cabello revuelto se le enredan a las pestañas y el uniforme negro se adhiere a su anatomía, ensalzando su atractivo. Evoco el momento en el que estuve frente a él por primera vez en la segunda prueba, el temor paralizante pero confuso que me infundía, esa atracción letal, subyugante y mordaz. Todo lo último se ha incrementado a unos niveles difíciles de describir; ya no solo está la pura e insidiosa sensualidad que desprende con cada gesto, sino que conozco su oscuridad, su dolor, sus fantasmas.

—Resulta que no basta con prohibirme a mí mismo acercarme a ti —comienza con una voz rasgada, casi torturada—. La profecía me lo prohíbe, nuestra propia gente me lo prohíbe…

Las palabras de Ramsay resuenan en mi cabeza y siento una presión fuerte en el pecho. Me gustaría decirle que no hiciese caso a nada de eso, me gustaría que no fuese tan jodidamente complicado.

—Eira, lo veo en tu mirada, lo llevo viendo estos días y… no. Deja de contemplarme como si supieses quién soy, deja de mirarme como si fuera posible para mí. —Su voz lánguida se interrumpe por una exhalación pesada—. Eres un pajarillo deseando entrar en las fauces de una bestia.

Esboza una sonrisa irónica colmada de dolor y cierra los ojos despacio. Frunzo el ceño, contrariada.

—No entiendo el concepto que tienes de ti mismo. ¿Tú te escuchas cuando le hablas a los brujos? Tus ideales, tu personalidad… Nada de eso cuadra con tu manera de verte —protesto, impotente.

—Si tú no hubieses estado presente esta noche, habría usado la hipnosis —admite endureciendo la voz, luego deja escapar otra sonrisa sardónica—. Has dicho que estabas segura de que no se me habría ocurrido hacerlo, pero te equivocabas. Sé que no soy un alma pura, pero ¿el impulsor de la muerte de las brujas? Joder, esas son palabras mayores. Me… me tortura la idea de que eso sea cierto. De modo que estoy dispuesto a lo que sea, como someter a centenares de brujos a mi voluntad.

Asumo sus palabras con lentitud.

—Si yo estuviera en tu situación habría pensado lo mismo —respondo con sinceridad en un hilo de voz.

—Pero resulta, Eira, que has estado en la situación y has conseguido hundirte en sus corazones con tu bondad a pesar del grupo complicado al que nos enfrentábamos, esa eres tú. Y soy yo quien, si no llegabas a intervenir, estaba pensando en enfrentarme a cada uno de ellos a la fuerza, porque sé que puedo hacerlo y que hubiese salido victorioso aunque me hubiese llevado a alguien por delante.

Le vuelvo a arrugar el ceño.

—No sé si intentas convencerme de algo, Caiden, pero ya es tarde —le digo, enfadada.

—¿Tarde para qué?

—Quieres alejarme de ti, lo capto. No es necesario que te esfuerces tanto —le espeto, cabreada —. Ya asumí lo que dijiste en el barco, esto… tú y yo, no volverá a pasar.

Hago el amago de salir del dormitorio, pero, en apenas un segundo, noto cómo su mano presiona mi cadera y hace que impacte contra su cuerpo. Se ha acercado tan deprisa que me siento momentáneamente confusa, sensación que incrementa con la manera que tiene de respirar contra mi pelo.

—Chica de las flores, eres algo que solo puedo soñar —susurra despacio con un deje de sufrimiento evidente que me rompe por dentro y hace que mi organismo enloquezca.

Tomo aire con la boca entreabierta y me giro con levedad hacia su rostro, que hunde en mi pelo, contra mi cuello. Sus dedos tiemblan en mi cadera.

—Estoy aquí —murmuro, inmóvil con el corazón aporreándome el pecho.

—Sí. —Su aliento al dejar escapar el aliento en una risa sorda y breve choca contra mi piel—. Pero no puedo tocarte.

—Puedes tocarme —ruego sin aliento.

Él desplaza su mano de mi cadera y presiona sus dedos al ascender por mi abdomen al tiempo que aprieta la nariz detrás de mi oreja y la desliza hacia abajo. Se me eriza el vello de todo el cuerpo y reprimo un gemido.

—Tengo prohibido hacerlo… —dice con un susurro.

—¿Quién va a impedirlo? —respondo, buscando los bolsillos de su cazadora para asirlo y atraerlo hacia mí.

—Deberías ser tú, Eira, ya que está claro que yo soy incapaz de mantenerme lejos de ti —admite, consumido.

Madre mía, voy a arder en cualquier momento.

—Entonces no lo hagas, por favor, no te alejes —le pido en un susurro afectado.

Nuestros ojos se cruzan; los suyos, dos mareas de oro oscuro fundido, me atraviesan con una devoción y un anhelo que provocan un latido violento contra mis costillas. Caiden arrastra las

manos por mi cuerpo, presiona una contra uno de mis pechos y la otra agarra la tela de mi cadera para aferrarla con fuerza. Apoya su frente contra la mía y respiramos con ahogo el uno frente al otro. Luego, sus labios blandos y húmedos se deslizan por la comisura de mis labios haciéndome boquear, y los desliza hacia mi cuello dejando un reguero cálido y frío a su paso. Lame mi garganta y yo aferro su ropa con los dedos temblorosos.

Por favor, que este instante no se acabe. Por favor. Lo que siento por él desgarra mis vísceras, es voraz. Tomo aire de forma intermitente como ese pajarillo que él describía. Sí, soy frágil bajo sus dedos y bajo su boca, que deposita besos lentos en mi hombro. Sus manos aferran la tela del vestido y la elevan por mis caderas. Soy frágil pero poderosa al mismo tiempo. Siento unas abrumadoras ganas de llorar y al mismo tiempo una felicidad inmensa pero cauta. Caiden me besa por encima del vestido, besa mis pechos y puedo apreciar el martirio que siente en cada uno de sus gestos ansiosos, la manera en la que se arrodilla ante mí y continúa sus besos por mi abdomen mientras alza la tela, arrastrándola lento hacia mi cintura. Su aliento candente impacta contra mi piel descubierta y él resbala sus labios sedosos por mi vientre; inhalo con dificultad y llevo los dedos a su pelo.

—Eira, pídeme que pare… —suplica con falta de aliento.

Leo entre líneas el significado de su petición; no es solo que pongamos en peligro la profecía, sino que para él es un suplicio. «Solo puedes tocarlo si él te deja. Y si lo hace, si deja que lo toques, será solo una vez. Una sola vez», suena en mi cabeza la voz de Génesis. Sin embargo, él está dejando en mis manos la decisión. Me ruega que le pida que pare, pero ¡¿cómo voy a pedirle eso?! Está ocurriendo lo único que quiero que ocurra desde que bajamos del barco, lo único que hace que pueda respirar sin sentir angustia.

Hago el amago de agacharme a su altura, pero él me rodea las caderas con los brazos y los aprieta fuerte con la cara hundida en mi vientre desnudo. Una avalancha de un sentimiento brutal y ascendente nace desde su boca e invade mi cabeza; puedo notar cómo le cuesta controlar sus emociones, cómo los músculos contraídos de sus brazos tiemblan, respira deprisa contra mi carne.

—Caiden… —digo suavemente, paladeando su nombre.

Emite un gemido silenciado por mi abdomen sin aflojar ni un poco su agarre. Lo siento tan frágil… como un niño aferrado a mis caderas con miedo de hacer algo que no debe. ¿Cuáles serán las dimensiones de su batalla interna?

—Está bien, no pasa nada… —Lucho porque no se me rompa la voz—. No voy a pedir que pares, porque… porque cuando me tocas me siento más viva, porque no hay nada de malo en desearnos, porque…

Voy a decir «te quiero», pero temo espantarlo.

Caiden, sin aminorar su energía, se incorpora lento; sus brazos frotan mi cuerpo hasta que asciende a mis costillas y su cara queda frente a la mía. Sus ojos enrojecidos, sus labios

hinchados y su mirada extenuada poseen una belleza tan fiera que me siento aturdida.

—La inocencia —musita, liberándome de un brazo para posar las yemas de los dedos en mi sien y acariciarme el pómulo y la mandíbula—. Quizá esa sea parte de mi perdición.

Lo observo con el pulso golpeándome con violencia los tímpanos.

—Caiden… —vuelvo a nombrarlo, y esta vez mi voz suena a reclamo; quiero que me bese, que me toque, que abandone sus demonios.

—Noto tu mirada diferente a la de antes de despedirnos en el refugio de tu familia. ¿Qué ha cambiado? ¿Qué te han contado? —me pregunta en un hilo de voz sin soltarme.

Arrugo el ceño, sorprendida.

—¿Diferente en qué sentido? —musito; nuestras bocas están tan cerca que sé que mi aliento ha atravesado sus labios.

—No sé, diferente —repite con la voz rasgada—. Ya no titubeas, tus ojos se quedan más tiempo sostenidos en los míos, como si pudieses mirar dentro de mi alma.

—¿Y eso te molesta?

—Temo que te hagas una idea equivocada…

Miro sus ojos profundos y afligidos y bajo la mirada hacia su boca para luego elevarla otra vez.

—No estoy equivocada —digo, segura.

—¿Ah, no? —Su tono suave suena a reto—. ¿Qué crees que sabes de mí que antes no sabías?

Sus ojos ámbar destilan cierta severidad; no parece agradarle sentirse expuesto. Alzo la barbilla y reprimo con toda mi fuerza de voluntad las ganas de besarlo.

—Sé que protegiste a tu hermana de las barbaridades del aquelarre, sé que… tus padres fueron crueles contigo. —Al decir lo último me descompongo, aunque él parece inmóvil—. Sé que no dejas que te toquen. Y si dejas que alguien lo haga… es solo una vez.

Caiden expulsa el aire por la nariz y esboza una sonrisa amarga.

—Mi hermana y Génesis se han tomado muchas confianzas contigo —adivina en tono molesto.

—Pero a mí me has dejado tocarte más de una vez —continúo, audaz—. Me has abrazado.

Caiden parpadea con indolencia y deja caer un poco su coraza. Hace el amago de soltarme y alejarse de mí, pero yo aspiro entre dientes, asustada por si mis palabras lo han ahuyentado, y me aferro a él y hago que sus brazos sigan tocando mi cintura. Quizá le he dejado ver mi ansiedad, mi gesto de dolor a su posible rechazo, porque me contempla aturdido.

Luego suspira, rendido, y alza las manos para abarcar mi cara con ellas.

—Eres valiosa para mí, chica de las flores —dice con voz profunda—. Y mis heridas, las que crees que conoces, se han transformado con los años en dientes afilados. Han agrietado mis venas, han marchitado mi carne y han corrompido mi voluntad. Esas heridas hieren; hieren indiscriminadamente y supuran en momentos sin que pueda controlarlo. No quiero que tú sufras las consecuencias.

—Vale la pena… —respondo sin vacilar.

—No sabes lo que dices —gruñe.

—La vida me herirá de todas formas, pero prefiero vivirla, prefiero estar viva —le digo con fervor—. Y tú eres lo que más viva me ha hecho sentir nunca.

Caiden parpadea, noqueado por mis palabras inesperadas.

—No puedes decirme eso…

—Es la verdad —añado con ahínco.

Él cierra los ojos, los aprieta y abarca mi cara con sus grandes manos, que tiemblan con levedad alrededor de mi mandíbula.

—Caiden… —Lo agarro de la cazadora y lo aprieto contra mí.

Aspira entre dientes y alza la cabeza hasta mirar al techo, exponiéndome su cuello.

—Cada cosa que dices, cada gesto… me confunde y me trastorna desde que te conozco —confiesa, haciendo que se me erice la espina dorsal—. A veces incluso dudo de cuáles son mis deseos, como ahora; el jodido mundo parece reducirse a este dormitorio. Por unos segundos en mi mente deja de sonar el ruido que me martillea y desgarra desde que tengo memoria. Cuando hablas todo parece… fácil.

Su voz se trunca con levedad mientras acaricia mis mejillas con los pulgares. Lo miro y los ojos me escuecen y arden de repente.

—Pero la parte racional y la parte oscura que conforman mi cabeza irrumpen en esa serenidad fugaz. Y entonces recuerdo todo lo que saldrá mal, porque lo hará. Tú y yo estamos condenados, chica de las flores, puede que no lo parezca ahora, entre las paredes de esta habitación, pero la vida de miles de brujos ahí fuera depende de nosotros y de nuestras decisiones. Y lo peor es que no se reduce solo a ese impedimento… —Esboza una sonrisa tan triste que se me encoge el corazón—. Nunca había deseado nada en mi vida aparte de arrebatar el poder a mis padres y poner a salvo a Idris; eso ha sido lo único por lo que he vivido hasta ahora.

Caiden me mira a los ojos con determinación, hay un dolor violento en sus pupilas que me deja sin habla.

—Te deseo, eres el centro de mis huesos, de mis dedos, de los pasos que doy. Eres dueña de partes de mí que nunca te he cedido, pero que posees de todas formas. —Una lágrima gruesa se desliza con lentitud de mi ojo izquierdo y muere en su dedo—. Pero no importa lo que desee, Eira. Llevamos una carga a nuestras espaldas y, por mucho que detestemos la profecía, no podemos olvidar que jamás se ha equivocado en los últimos siglos, en las cuatro veces que se ha manifestado. Que tú no hayas perdido la cabeza por mí o que yo te ame no quiere decir que nada se cumpla… De hecho, lo hará, aunque digamos en voz alta que dudamos que suceda. Debemos admitir que los dos tenemos el terrible presentimiento de que lo hará.

Lo que dice me provoca tantas emociones distintas que me mareo. De hecho, estoy segura de que no me tambaleo solo porque él sigue sujetándome con firmeza.

Ha repetido que me ama, y esta vez no hay un centenar de brujos a los que convencer para unirse a él. Dios, no puedo sostener lo que siento, va a destrozarme, lo juro. Y lo peor de todo, lo que me produce un escalofrío agudo y desagradable, es que tiene razón y lo admito por fin: intuyo que la profecía se cumplirá. Creo que es algo que todas las brujas percibimos de alguna manera, como un ligero temblor apenas apreciable antes de un terremoto mortífero.

—Has vuelto a decir que me amas… —digo en un hilo de voz desvaído.

No sé qué me pasa, de un momento a otro mis emociones son más grandes que yo y son tantas que creo que estoy en *shock* .

Caiden me observa con el ceño levemente fruncido.

—¿No es evidente?

Mi intención es expulsar una breve risa sorda, pero extraigo un jadeo roto en su lugar.

—No —murmuro.

Él esboza una sonrisa tierna, un tipo de sonrisa que jamás había visto surcar su preciosa cara y que me deslumbra.

—Me parece que eres la única que no lo cree, chica de las flores —asegura.

Y me vienen a la mente su hermana, Génesis, Tain e incluso… incluso mi familia. Si analizo sus comportamientos, la afirmación de Caiden tiene un sentido aplastante y… desconcertante. El cuidado que han empleado al hablarme de él, sus preguntas, sus miradas.

Parpadeo, tan abrumada que Caiden se preocupa.

—Eira… —Posa la palma de la mano en mi mejilla húmeda. ¿He dejado escapar más lágrimas? Parece que fluyen solas sin permiso al tiempo que inclino la cabeza hacia su contacto.

—Al menos despidámonos —digo con la garganta llena de fluidos—. Mañana volveremos a ser el Catalizador y su Deida, pero esta noche… Esta noche seamos solo Caiden y Eira.

Aprieto las costuras de su cazadora entre los dedos con fuerza, temblando de forma convulsiva. Caiden me contempla con circunspección; sus ojos parecen resistirse al principio.

—Ya te he dicho más de una vez que eres tú la que tienes que parar… Hoy he agotado toda la fuerza de voluntad que me quedaba. No pensaba dejarte salir de estas paredes si tú no querías irte —confiesa, y su voz se va volviendo más apasionada conforme habla hasta que me funde.

Desliza su dedo gordo hacia mi labio y lo acaricia, presionándolo hacia abajo mientras lo observa con un deseo febril. Alzo los dedos hacia su cara y la acaricio desde la frente hacia su mandíbula con una devoción que me va a partir el pecho; él debe verlo, ve el amor en mis ojos y reprime un gemido gutural mientras arruga el vestido por las caderas y me aprieta contra su pelvis. Nuestras bocas flotan a milímetros la una de la otra y salivo porque su olor delicioso satura mis sentidos.

—Caiden, quítame el vestido —le ruego en un susurro.

Él cierra los ojos despacio para asumir mi petición, como si hiciese acopio de todo su autocontrol. Pero es que yo no quiero que se controle.

Me obedece, lleva los dedos largos a la cremallera del lateral y la baja. La presión que ejerce hace que me estremezca y, luego, toma la tela y la levanta hasta mis pechos mientras respira contra mi boca de forma intermitente y yo alzo los brazos para que el vestido salga por la cabeza. Tomo aire con alivio al deshacerme de la compresión que ejercía la tela sobre mi piel. Nunca pensé que anhelaría que alguien me mirase desnuda; podría enumerar una a una mis inseguridades, sobre todo porque él lleva entrenando toda su vida y su cuerpo es atlético, cincelado, grácil. Sin embargo, la manera en la que me hace sentir hace que desee que conozca mis recovecos, que los toque, que los acaricie. Su forma de observar mi piel provoca un incendio en mi sexo. Llevo los dedos ansiosos a sus hombros para retirarle la cazadora, que cae al suelo con un sonido seco y metálico, luego arrugo su camiseta desde su vientre duro y él me toma de las muñecas, las sujeta de golpe y me hace retroceder de pronto hasta que mi espalda se topa con la pared. Caiden arrastra mis manos hacia arriba y mis palmas presionan su torso, sus pectorales, mientras su respiración se torna jadeante y sus ojos de un intenso mar de oro profundo me perforan de una manera que hace que olvide cómo coordinar. Esa sensualidad tan suya, impresa en su carácter, se vuelve insoportable cuando es intencionada. Caiden puede transformar el deseo en algo devorador, fiero y sin piedad; lo deseo así y no sé cómo manejarlo, no sé qué hacer con tanto.

—El contacto físico supone algo incómodo para mí —comienza—. Sobre todo si viene de muestras de afecto. Me generan un rechazo que nunca he sabido explicar; imagino que procede de algún lugar recóndito de mi cabeza y que se generó en algún punto de mi infancia. Por eso no dejo que me toquen; de ahí viene lo que te comentó Génesis.

—No tienes que explicarme…

—Espera —me interrumpe, apretando mis manos contra su pecho; puedo notar el batir agresivo de su corazón—. La prueba en la que las aspirantes a Deida os debíais enfrentar cuerpo a cuerpo conmigo… Mis padres lo hicieron a propósito. Era la primera vez que te tocaba. Y esa fue la primera vez que el roce de otra piel no me generaba incomodidad. Luego lo comprobé en el baile, en el día en que te ayudé a escalar a tu ventana y en la prueba en la que me hiciste el hechizo en el pecho. Te deseaba, sí, pero ¿por qué no quería que dejases de tocarme? Más tarde, en la enfermería, lo corroboré: estaba deseando darte ese abrazo. ¿Cuándo había necesitado abrazar a alguien? Y cuando lo hice, cuando rodeé tu cintura…

Caiden me atraviesa los ojos todavía con más intensidad y hace que mis manos se eleven y, entre los dos, nos deshacemos de su camiseta. Su cabello se revuelve por el gesto y algunos mechones son atrapados por sus pestañas.

—No quería parar… —confiesa en tono rasgado—. Y, joder, te miraba y te miraba intentando averiguar por qué me generabas todo eso, por qué no salías de mi cabeza. Y, cuando quise analizar lo que sentí al estrecharte contra mí, cuando tuve el maldito valor, admití que tu cuerpo había sido como un refugio; tu olor, tu calor, había sido como respirar sin astillas en el aire.

Como inflar mis pulmones marchitos de oxígeno puro. Como si tu luz ahogase mis tinieblas.

Caiden estudia mi rostro con adoración y desliza sus manos por mi mandíbula y mi cuello y mis pechos, que los sujeta con suavidad, haciendo que se ericen. Jadeo sin control, el corazón me va a estallar.

—Necesitaba decírtelo… —admite en un hilo de voz, mostrando su fragilidad.

Llevo los dedos hacia su frente y le aparto algunos mechones de los ojos con un gesto de adoración.

—En ese caso somos dos personas enamoradas hasta la médula sin opción de escapar de nuestras responsabilidades —digo. No sé cómo mi voz logra salir de mi garganta ni cómo suena así de serena, como si mi cuerpo por dentro no estuviese sufriendo un ciclón.

Sus dedos tiemblan al sostener mis pechos con más presión y su boca se entreabre, mostrando vulnerabilidad y un relámpago de dolor que pronto ahoga acercando su boca a mi oreja, me besa allí con ansiedad y yo gimo hondo. Luego sus dedos calientes me toman de la cara y su lengua roza la comisura de mis labios; respiramos con ahogo contra el otro y finalmente nuestras bocas se funden. Sus labios se deslizan entre mis labios, sacian mi hambre de su aroma y su sabor. Todo rastro de mi cordura se evapora con el fuego que me produce y aumento la pasión del beso; nuestras lenguas bailan, lo aferro a mí, hundo los dedos en sus costillas y entre los dos nos deshacemos de sus pantalones. Caiden me agarra de las nalgas y me aprieta contra su sexo excitado y desnudo, yo me froto contra él como una desquiciada. Todo lo que sé ahora me nubla el juicio y solo incrementa lo que siento, me sobrepasa. Caiden gime entre mi boca por mis movimientos eróticos y luego besa mi mandíbula y mi garganta con ferocidad, mordiendo, lamiendo. Hundo los dedos en su cabello suave y él se sienta al borde de la cama conmigo a horcajadas. Su lengua y sus manos acaban en mis pezones; los besa con idolatría y luego, habiéndome arrancado jadeos hondos, eleva la cara para mirarme a los ojos. Lo contemplo desde arriba y poso los dedos de ambas manos en sus mejillas y, sin apartarnos la vista ni un instante, busco su sexo para que entre en el mío, despacio, haciendo que arda y que una sacudida de placer anegue mi cuerpo entero. Salgo y entro sobre él lentamente, y veo cómo se le escapan los gemidos, cómo su mirada se intensifica.

Y aunque el corazón vaya a salírseme del pecho en cualquier momento porque no controlo la fuerza de lo que siento, necesito vivir en este momento eternamente. Lo necesito aún más porque sé que es una despedida real, porque mañana nuestras prioridades serán otras y las preocupaciones nos engullirán. Pero esta noche, aquí desnudos, absorbiendo el almizcle de nuestros cuerpos, solo somos dos personas frágiles, humanas y rotas. Y el amargo sabor a última vez solo acrecienta la ansiedad y la urgencia por tocarnos, por arrancarnos el máximo placer. Caiden me aferra de las caderas, todavía dentro de mí, y me levanta para tumbarme en la cama y seguir con el vaivén, despacio pero profundo, sin parar de besarme.

No sé cómo describir lo que se siente al saber que la persona a la que amas, a quien no le gusta

que la toquen, que no abraza, que no deja ver sus vulnerabilidades… te esté entregando todo de sí. Ser la única, ¡la única!, hace que mis sensaciones se tripliquen, que esté a punto de estallarme el corazón. Tenemos prohibido tocarnos y, sin embargo, lo estamos haciendo. Esa sensación también es estimulante y genera una impaciencia extraña, vibrante.

Caiden me besa los muslos con succión y me mira de forma provocativa mientras desciende hacia mi sexo. Sus labios están más gruesos y rojos por besarme y la imagen es arrebatadoramente sexi. Es… es desconcertante que me demuestre ese deseo voraz, nunca podría acostumbrarme. Además se trata de un deseo que desemboca en ternura, en… amor. Y no sé cómo procesarlo; mi cuerpo no está acostumbrado a sentir tanto a ese nivel de intensidad. Con él es todo así.

Se me escapa un gemido sonoro cuando Caiden se recrea en mi sexo, aprieta los brazos alrededor de mis muslos y busca el clítoris. Me retuerzo sobre la cama y aprieto las sábanas entre los dedos. Pero, aunque me esté llevando al séptimo cielo, no lo dejo mucho tiempo; necesito tocarlo, besarlo, lamerlo…

—Eira… —Su voz profunda suena a súplica—. Me vas a volver loco… Espera, ¿recuerdas que soy peligroso para ti?

Al principio no sé de qué está hablando, estoy tan obnubilada, ocupada en lamer su clavícula, su torso y frotarme contra él despacio, que lo que acaba de preguntar llega a mi cerebro más tarde. Oh, claro, le cuesta refrenar su don conmigo.

—Lo siento… —musito bajo su cuerpo entre resuellos.

—No ayuda que seas tan adorable —casi ruge, el sonido gutural que emite me recuerda al de un animal salvaje.

—Oh. —Le miro los labios y luego acaricio sin querer (o puede que queriendo) nuestros sexos húmedos. Caiden cierra los ojos lento—. ¿Y qué hago?

En realidad quería preguntarle si preparo el ungüento para hacerle la runa de la última vez, pero mi cabeza no rige bien.

—No puedes hacer nada, chica de las flores —musita con tanto erotismo que dejo de respirar —. Ya no hay nada que hacer, aunque mañana ya no pueda tocarte así… —Pasea sus dedos adornados por mis costillas, por uno de mis pezones y por mi garganta hasta alcanzar mi boca y pellizcar mi labio inferior con suavidad—. Créeme, estaré deseando hacerlo todo el tiempo. Porque, aunque me lo he estado negando, me has sometido, tienes poder sobre mí, soy… tuyo.

Lo último lo confiesa con una nota de fragilidad que me desarma; su voz se quiebra un poco, se vuelve lánguida. Y yo reprimo de nuevo las lágrimas con esfuerzo.

—Y, aunque no pueda tenerte, eres mía —concluye en un murmullo sedoso, acercando su boca a la mía y sosteniéndola a apenas unos milímetros.

Nuestros ojos se cruzan con una profundidad íntima, tan nuestra que el nudo de mi garganta crece hasta ser insoportable.

—Soy tuya —susurro, elevando la pelvis con un baile suave y lo tomo de la cara para terminar de juntar nuestras bocas y besarlo como necesito.

Caiden gime entre mis labios y desliza de nuevo su sexo en mi interior; los dos jadeamos fuerte contra las bocas del otro.

Y no paramos.

Nos besamos hasta que nos duelen los labios y la piel, hacemos el amor hasta que nos corremos y, como el sol todavía no ha hecho presencia, aprovechamos hasta el último instante. Repasamos nuestras curvas y pliegues y saboreamos los rincones de nuestros cuerpos con una intimidad tan fiera que una ineludible sensación de estar en casa me llena el pecho y hace que me duela al mismo tiempo.

—¡Tain! —me acuerdo de él y de las copas a por las que bajó a recepción hace ya varias horas.

Acabamos de darnos nuestro enésimo orgasmo y continuamos pegados sobre la cama con las sábanas arrugadas a los pies y la habitación oliendo a sexo y a felicidad. Oigo la risa floja de Caiden y noto bajo mi oreja las suaves vibraciones de su pecho.

—Le pedí que no nos dejase solos —admite mientras me acaricia el pelo.

Levanto la cabeza para poder mirarlo a la cara.

—¿Crees que nos dejó a solas a propósito?

Él esboza una sonrisa torcida y suspira.

—Creo que tenía en mente tomarse esas copas, pero si ha oído algo a través de la puerta, quizá haya preferido tomárselas solo en su habitación. —Acaricia los mechones negros de mi pelo—. Nos conocemos desde hace mucho tiempo. De hecho, quizá me conozca más que yo a mí mismo. Sabe que le pedí que no me dejase a solas contigo porque temía que pasase… lo que ha pasado. Y supongo que él ha adivinado que en realidad lo deseaba con todas mis fuerzas.

Parpadeo y lo miro con cariño. Luego dejo caer la cara de nuevo contra su pecho.

Adoro el sol. Sus rayos atravesando las cortinas e iluminando el verde de las plantas y la palidez de mis piernas me ha alegrado más de una mañana. Su calor, cómo hace crecer las flores, la calidez del rostro de mi madre después de broncearse un rato en el jardín… Soy de esas que sube la persiana hasta el tope, que busca la luz como una lagartija, que adora cómo la naturaleza brilla bajo su manto y prolifera. Sin embargo, esta noche… esta noche mi único deseo es que la luna se quede.

35

Eira

«Nunca nadie había sabido mirar dentro de mí;
ella camina entre el caos, el ruido,
las minas terrestres estallando,
ella camina tranquila hacia mí.»

Mandamientos para sobrevivir, por CAIDEN VULGARIS

Hemos dormido desnudos y enlazados. Me he sentido pequeña en comparación a las dimensiones de sus extremidades y ha sido una sensación bonita, como la de estar custodiada por uno de los brujos más poderosos que hay. De hecho, me he despertado varias veces, como si mi cabeza quisiese corroborar que seguía ahí, estrechándome contra él.

Sin embargo, no he conseguido estar despierta en el momento más importante… Mi preciado sol hace su presencia en la habitación y solo yo ocupo la cama de Caiden. Siento la tristeza invadir mi pecho mientras me incorporo, arrastrando la sábana contra mi cuerpo con un frío que sé que no es real, pero que atraviesa mi piel. Y entonces lo veo y suelto un jadeo de sorpresa al apreciar los daños; ¿cómo es posible que anoche no me diese cuenta? La cama está inclinada, le falta una pata, la esquina de la cómoda está astillada y su almohada está destrozada a mi lado. Paralizada, pienso en cuánto tuvo que contener su don para provocar todo eso, la fuerza que tuvo que emplear para controlar su cabeza. Me siento culpable por no haberme dado cuenta. Me incorporo lento; el aire todavía huele a sexo, al aroma de su piel, y la añoranza me estruja el estómago. De nuevo, ha traído mis cosas a su habitación. No sé en qué momento lo ha hecho y por qué yo no me he enterado; me enfado conmigo misma por eso. Me doy una ducha rápida y, cuando acudo a mi mochila que está sobre el escritorio, encuentro una nota:

Eira:

He salido para reunirme con Génesis, por lo visto embarcó anoche temprano hacia Grecia para darme nueva información importante, tiene que serlo si tuvo que molestarse en viajar tantas horas. No he querido despertarte porque es muy temprano, apenas hace tres horas que te dormiste. Tain sigue

contigo, por cualquier cosa importante, acude a él.

Leo dos veces la nota, nerviosa, y me visto deprisa con el pelo todavía mojado. Me enfundo una falda hasta las rodillas con una raja y estampados florales en tonos blancos y negros y un top rojo, luego me peino los enredos mientras camino con impaciencia por el cuarto. Entonces se oye el sonido de una melodía enlatada que jamás he oído antes y que me pone los vellos de punta; me altero tanto que lanzo todo el contenido de mi mochila al suelo para encontrar cuanto antes el teléfono móvil, que vibra en mi mano. Mi familia solo me llamaría si algo urgente ocurriese y lo están haciendo, me están llamando. Con el terror erizándome la nuca, atiendo la llamada:

—¡¿Mamá?! ¿Papá?

—Cielo, antes que nada: estamos bien —responde mi madre en tono cauto—. Pero tenemos que hablaros de algo que a la tata Ágata le sucede desde hace dos días. No queríamos preocuparte, pero creemos que es muy importante que lo sepáis: Ágata está teniendo sueños premonitorios; ya sabes que no es algo usual y que, cuando ocurre, significa que lo que sueñe se cumplirá.

—¿Y qué sueña? —le apremio.

—Sueña que Belie es masacrado por unos brujos encapuchados —revela, y noto el miedo en su voz.

Me llevo la mano al pecho, impactada.

—¿Belie? ¿Cómo…?

—Ya sabes que tu bisabuela sigue conectada a su tierra. Aquel pueblo sigue siendo su hogar a pesar de todo y su tierra la avisa, todavía le susurra… Presiente que su premonición no está lejos de ocurrir, Eira. Y también que tiene que ver con la profecía.

—¿¡Con la profecía!? —exclamo.

Fargar. Ese nombre se me aparece de pronto como si mi intuición me lo hubiese traído a la cabeza y ahora ocupa toda mi mente. Fargar planea atacar los lugares donde viven las reencarnaciones de los inquisidores que sentenciaron a tantas brujas, planea asesinar a todo aquel que nos odie. Y Belie está lleno de esa gente.

—Tengo que avisar a Caiden. —Abro la puerta de mi dormitorio de golpe y veo a Tain sobresaltarse; por lo visto actúa de centinela al lado de mi puerta.

—Tenemos que ir a desalojar a la gente de Belie. Por muy mal que se hayan portado con nosotras, son personas inocentes. Esperaremos a que nos digáis cuáles son vuestros planes, pero hay que tomar una decisión rápida, cariño —dice Ágata esta vez a través del auricular—. Porque no tenemos mucho tiempo.

* * *

Tain y yo nos dirigimos hacia el refugio de Ramsay, lugar en el que se han reunido Caiden,

Génesis y él. Su guardia nos escolta en cuanto nos ve llegar y nos acompaña; atravesamos sus altos corredores con nuestros pasos haciendo eco y uno de los hombres de Ramsay nos adelanta para llamar a una puerta doble antes de abrir:

—La Deida está aquí —anuncia, como si mi presencia fuese de suma importancia.

Enrojezco enseguida y paso en cuanto el guardia espera a que avance hacia la sala de reuniones.

—Íbamos a hacerte llamar en unos minutos, debes saber algo —me dice Caiden, de pie frente a la mesa en tono formal, con el ceño levemente arrugado.

Él se encuentra en el centro, Génesis y Ramsay ocupan puestos contrarios a él en la mesa y, en medio, hay gente que reconozco haber visto en Galicia con Génesis y consejeros de Ramsay. En total son siete, nueve contándonos a Tain y a mí, ya que las puertas se cierran tras nosotros.

—Yo también tengo una noticia urgente —digo, tratando de aparentar calma y aplomo—. Mi familia me ha llamado porque mi bisabuela nunca se equivoca cuando tiene un sueño premonitorio: Fargar va a atacar Belie, el pueblo natal de mis abuelas y de mi madre. Ha visto a un grupo de encapuchados arrasar con toda su gente.

Caiden dedica una mirada severa a Génesis y Ramsay; no parece sorprenderles mucho lo que digo, aunque sin duda agrava el ambiente de inquietud que se respira en el aire.

—Precisamente por eso he venido, Eira —responde Génesis desde su lugar—. Hemos conseguido filtrar información de la gente de Fargar: piensan atacar varios lugares al mismo tiempo. Son miles y están muy organizados.

—Nos ayudas con tu información porque justo es lo que pretendemos: saber qué lugares va a atacar —interviene Ramsay.

—¿Tu bisabuela te ha dicho cuándo sucederá? —me pregunta Caiden.

—Me ha pedido que tomemos una decisión pronto porque no tenemos mucho tiempo —respondo, aproximándome al extremo de la robusta mesa de madera.

El ambiente vuelve a tensarse, se miran entre ellos. Caiden fija la vista en un punto de la mesa con gesto adusto, reflexivo.

—Sin tiempo no tenemos opciones —añade Ramsay.

Caiden cierra los ojos y tensa la mandíbula con fuerza.

—Deberíamos saber los nombres de los lugares a los que va a atacar ya. Solo de esa forma nos daría tiempo a crear protecciones y evitar que se adentren en las ciudades, y aun así no creo que pudiésemos contener a un grupo tan numeroso —opina Génesis—. Pero de momento solo tenemos Belie y algunos lugares evidentes en los que la Inquisición se ensañó con las brujas. Evitar un enfrentamiento es casi imposible…

—Sería una guerra entre los propios brujos desvinculados —dice Caiden con la voz contenida y dura—. Y de todas formas moriría gente inocente porque en las guerras el caos es inevitable. Llevo toda mi vida generando uniones para evitar esto…

—Lo sabemos, pero no nos dejan más remedio —interviene Ramsay—. Intentar dialogar, llegados a este punto, sería absurdo, ya has oído a los infiltrados: son radicales y peligrosos. Saben que estás vivo, saben que la Deida te acompaña, y aun así quieren detener la profecía a su manera. Saben que os escapasteis del Templo, eludiendo vuestras responsabilidades, y ha llegado a sus oídos que la amas; piensan que tenéis un romance y, por lo tanto, que no os importa la profecía.

Noto una punzada en el estómago cuando dice lo último. Miro con disimulo hacia Caiden, que mantiene los ojos fijos en la nada.

—Aprovechémonos de vuestros dones —se le ocurre a la mujer que acompaña a Génesis, la misma con la que nos reunimos en Galicia—. Vuestros hechizos conjuntos para mejorar las habilidades físicas podrían sernos de mucha ayuda, así como para protegernos.

—Contad con ello —me atrevo a decidir yo.

Caiden rompe su pose estática para mirarme de soslayo. Me estremezco solo por ese breve contacto visual.

—Vamos a movilizarnos para hacer un exhaustivo estudio de los lugares en los que vivían los inquisidores y donde sea evidente que rechazan a las brujas —decide Génesis.

La imagen del sueño de Ágata asalta mi mente en ese momento. Recuerdo el día en que visité Belie, lo precioso que me pareció y lo antipática que fue la alcaldesa; me llevé una muy mala impresión de ella y de su gente. Imagino el terror en sus caras cuando los brujos radicales los ataquen, sus muertes, el fuego consumiéndolos… «Ágata presiente que su premonición no está lejos de ocurrir, Eira. Y también que tiene que ver con la profecía».

—Esto es la profecía —digo con voz débil al tiempo que se me eriza la piel.

—¿Qué? —pregunta Génesis.

Todos en la sala me miran.

—Piensan asesinar a miles de personas; habláis de radicales, por lo tanto usarán la magia oscura. Y los supervivientes contarán lo ocurrido, las personas que no creen en las brujas, creerán. Las tecnologías harán que la información se difunda a una velocidad imparable… Y se desatará una nueva caza de brujas —concluyo, con la intuición susurrándome en la nuca.

Todos en la sala me observan inmóviles. Sus gestos se demudan por una comprensión aplastante. Caiden agranda sus ojos y apoya las manos en la mesa.

—Joder… —prorrumpe Tain a mi espalda.

—Tenemos que actuar de inmediato —urge Génesis, echando un vistazo hacia Caiden, que todavía me contempla con expresión desvaída.

Su hermoso rostro ha palidecido y yo siento una fuerte presión entre las costillas.

—Dispondré la sala principal y avisaré a todos nuestros brujos para que vayan entrando por orden. Eira, Caiden, tenéis trabajo por delante con vuestras fabulosas runas —nos dice Ramsay.

—Mientras tanto iremos colocando chinchetas en el mapa y formando los grupos que irán a

cada destino —decreta Génesis.

—Caiden…, ¿estás de acuerdo? —le pregunta Ramsay, y todos aguardan a la orden de su líder.

Él trata de reponerse, se balancea para dejar de sostenerse a la mesa y suspira de forma pesada.

—No pienso dejar que esto ocurra —decide; su voz de tenor suena profunda y hiende la sala —. Y teneros de mi parte, a todos vosotros, es lo mejor que me puede suceder. Vamos a detener a Fargar.

* * *

No puedo parar de pensar en el motivo por el que Fargar y sus miles de brujos piensan detener la profecía por su cuenta: «Saben que os escapasteis del Templo, eludiendo vuestras responsabilidades, y ha llegado a sus oídos que la amas; piensan que tenéis un romance y, por lo tanto, que no os importa la profecía». ¿Se sentirá culpable? ¿Es eso a lo que se refiere el hechizo antiguo cuando proclama al Catalizador? Porque no es él quien está impulsando la muerte de las brujas, no es él quien los está mandando a matar a miles de personas inocentes. Fargar fue su aliado en su día, ¿también le pesará haber confiado en él?

He dejado de contar el número de runas que hemos dibujado en distintas pieles. Intento prestar la máxima atención a lo que hago, pero es difícil concentrarme cuando las preguntas se agolpan en mi cabeza y Caiden ocupa mi mente. La mayoría de los brujos que estaban en el grupo de Génesis siguen en Galicia y otros están repartidos por distintos lugares, tendremos que hacer esto varias veces en un margen de tiempo muy reducido.

Apenas he hablado con Caiden en las horas que llevamos trazando runas. Lo único que hemos intercambiado ha sido una conversación breve antes de entrar en la sala en la que estamos recibiendo brujos.

—Iremos con tu familia para desalojar Belie —me ha dicho sin apartar la mirada del frente.

—Vale…

Comemos algo rápido allí mismo y continuamos con los hechizos, tanto para potenciar las habilidades físicas como para protección. Y así se oscurece el cielo y las antorchas se encienden en el amplio salón, otorgando una luz naranja titilante.

Génesis ha entrado en la sala para actualizarnos información acerca de los lugares que creen, casi a ciencia cierta, que Fargar atacará. Y, de repente, una sensación extraña me asola. Es densa como la miel y se expande por mi cuerpo, lo que me provoca un vacío inexplicable. La voz de Génesis suena amortiguada de pronto y me llevo la mano al colgante de Idris… Es eso, la sensación viene del medallón. Idris. Es… es como si ya no la sintiese, como si su energía hubiese estado presente hasta ahora. Palpo la medalla tratando de buscarla de nuevo, pero no está. No está. Y entonces me giro hacia Caiden: él me observa con el gesto desfigurado. Sus ojos ámbar se cruzan con los míos y puedo apreciar cómo el pánico cruza por ellos.

—¿También lo sientes? —le pregunto con la voz quebrada.

Caiden palpa uno de los anillos de sus dedos y entonces distingo la flor grabada en el que está tocando: es otro sello de vinculación con su hermana, como la medalla que me regaló. Su mirada se enturbia cuando le hago la pregunta, su tez se transforma de una manera indescifrable y se incorpora con brusquedad.

—¿Qué es lo que ocurre? —interviene Tain con alarma.

—Creo… creo que le ha ocurrido algo al sello de vinculación que tenemos con Idris —explico con nerviosismo.

Tain se tensa y mira a Caiden con gravedad.

—No tiene por qué haberle ocurrido nada malo… —añade Tain enseguida en tono precavido.

Caiden no parece escucharlo; da la impresión de que está punto de derrumbarse o de estallar en ira. Sus puños tiemblan a sus lados pero se mantiene inmóvil con gesto ido.

—Caiden, escucha… —Génesis se acerca a él, aunque no lo toca y guarda una distancia prudente—. Ya sabes que los sellos no son claros; de hecho, si lo habéis sellado con materiales, que es el caso, puede que le hayan quitado el objeto de vinculación.

—En ese caso la han descubierto —pronuncia Caiden en tono funesto.

Todos guardamos silencio, incluso los brujos que todavía esperan cerca de la puerta. Siento un vuelco en el corazón y evoco el instante en el que Idris vino a mi cama de noche, con su dulce sonrisa, para regalarme el medallón y decirme que le tranquilizaba que estuviese al lado de su hermano.

Caiden empieza a caminar a zancadas hacia la salida con pisadas bruscas.

—¡Caiden! ¡Espera, Caiden! —Tain va tras él y este se detiene sin girarse—. No puedes regresar al Templo, está claro que es justo lo que tus padres esperan que hagas.

—Mi hermana podría estar muerta…

—No, tus padres son unos desalmados, pero saben jugar bien sus cartas —le interrumpe Tain —. Le habrán arrancado el objeto de vinculación para que sepas que la han descubierto. Así no tendrán que buscarte más, esperarán a que vayas allí, ¿y qué harás una vez que vuelvas a estar apresado?

—No pienso dejar a mi hermana a su suerte. Sé bien de lo que son capaces cuando se sienten traicionados. —Vuelve a apretar los puños con fuerza—. Idris se puso en peligro por querer ayudarme. No debería haberla dejado…

Los brujos de la puerta se echan a un lado cuando Caiden sale como una exhalación. Voy tras él porque no sabría hacer otra cosa; sin embargo, de forma inesperada, me encuentro con el gran cuerpo de Tain cortándome el paso.

—Es mejor que lo dejes a solas un rato —me recomienda Génesis a mis espaldas.

—¿Qué?

—Es por tu seguridad —le secunda Tain.

—¿¡En serio!? —exclamo furiosa, frunciéndole el ceño.

—Hay ciertos aspectos que no conoces de él… —comenta Génesis con aire enigmático.

—Tain, apártate —le ordeno con hosquedad.

Él se mantiene quieto con los brazos cruzados y me observa con seriedad.

—Por favor, Caiden está muerto de miedo y preocupación, déjame que vaya con él —le ruego.

Tain parece vacilar un poco.

—Él no querrá a nadie cerca ahora, lo sabemos por experiencia —asegura Génesis.

Reprimo girarme y gritarle que se calle de una vez, pero en vez de eso le mantengo la mirada a Tain con determinación. Debe ver algo en mis ojos que lo ablanda, porque chasquea la lengua y se aparta de mi camino; entonces echo a correr.

Atravieso los pasillos y, cuando alcanzo una bifurcación, miro hacia ambos lados, frustrada. ¿Por dónde ha ido? Pero entonces empiezo a oír una serie de estrépitos al fondo del corredor izquierdo. Tomo impulso hacia allí y conforme me voy acercando, distingo los sonidos: son objetos estrellándose y destrozándose. Trago saliva antes de asomarme al vano de la puerta abierta. Caiden se ensaña con el mobiliario de la habitación en la que se encuentra; da patadas, lanza objetos que chocan contra las paredes y hacen añicos los cristales de los cuadros, que caen violentamente contra el suelo. Lo miro paralizada y la primera sensación que tengo la aborrezco: Caiden me ha dado miedo. Su energía es pesada y oscura; puedo sentirla, es como si su don crease un campo alrededor de él. Parpadeo porque, a través de las luces y las sombras que se cuelan por la persiana a medio bajar, me parece ver el reflejo de unas alas negras a su alrededor e incluso tengo la impresión de que algunos objetos se estrellan solos contra el suelo. Esa presencia amedrentadora y letal irradia por cada poro de su piel, pero los sonidos que se escapan de su garganta, los gruñidos y gritos roncos breves, no solo se deben a la ira y la impotencia; hay un dolor profundo y visceral adueñándose de él. Desecho la sensación de miedo y me repongo: lo que en realidad hay en esa habitación es un hombre consumido por la pena, por un dolor antiguo que es más grande que él. La viva imagen de un chico roto que lo único que ha deseado toda su vida es proteger a su hermana pequeña. Ahí fuera el caos está a punto de desatarse, está a punto de estallar una guerra entre brujos que va a poner en peligro muchísimas vidas inocentes y, al mismo tiempo, su familia, quien lo ha destrozado y lo ha sometido, amenaza la vida de Idris para obligarlo a regresar y seguir pisoteándolo.

Las lágrimas arden en mis ojos y doy un paso al frente.

—¡¡Eira, vete de aquí!! —conmina con un rugido que me asusta en un primer momento.

Ni siquiera se ha girado hacia mí para decírmelo. Se lleva las manos al pelo con nerviosismo y desplaza la cómoda hasta el fondo de la habitación de una patada, estrellándola con violencia. En ese momento siento una presión rara en el cráneo, me mareo unos instantes y la realidad se vuelve confusa.

—¡¡Eira, vete!! —Cuando me grita, esta vez con más desesperación, el efecto se esfuma de golpe.

Y entonces comprendo que se trataba de su don, se ha metido en mi cabeza sin querer.

Por supuesto que no me voy a ir; él no lo sabe, pero su manera de reaccionar ante la avalancha de emociones negativas solo le hace más daño. Su desesperación colma el edificio entero. No pienso dejar que se consuma. Me acerco más, con cuidado, y extiendo la mano hacia él; Caiden se aparta con brusquedad y destroza el dosel de la cama a su paso, haciendo que la estructura pierda equilibrio y se venza hacia abajo.

—¡¡He dicho que te vayas!!

—Caiden, mírame… —le pido, tratando de adoptar la voz más serena y calmada que puedo.

Lo tomo del brazo y lo vuelve a apartar, emitiendo un sonido metálico que me demuestra lo mucho que está sufriendo. Todo su pasado lo está engullendo, su niño interior está haciendo añicos este dormitorio.

—Mírame, Caiden, por favor. —Mi voz se dulcifica y vuelvo a intentar tomarle del brazo—. Solo mírame.

Caiden ya no aparta el brazo. Cierra los ojos y respira de forma muy agitada con la cabeza gacha; está temblando. Lo miro con una presión ascendente en el corazón y me aproximo un poco más con cautela para llevar la mano a su rostro. Él se tensa al darse cuenta de lo que intento, detengo mi mano a pocos centímetros de su mejilla, pero no se mueve, de modo que termino de posar los dedos en su cara con devoción. Él aprieta los ojos con fuerza y sus temblores aumentan tanto que se traspasan a mi cuerpo.

—Déjalo salir —le digo despacio, presionando su rostro para que me mire—. Solo… déjalo salir.

Sus ojos, de un abismo hondo de dolor, se cruzan con los míos y solo bastan unos segundos para que de su garganta brote un sonido estrangulado que precede a un llanto visceral. Lo acerco a mí y Caiden se deja, apoya la cabeza en la base de mi cuello y entonces… se rompe. Su respiración se encana por la avalancha de sufrimiento, noto su boca entreabierta contra mi pecho, sus dedos se hunden en mi cintura y los espasmos de sus hombros lo dominan. Lo abrazo con energía contra mi cuerpo, sintiendo su dolor como mío, el sentimiento es tan agresivo que miro hacia el techo intentando controlar mi propia emoción con dificultad. Sus piernas pierden fuerza y los dos, poco a poco, terminamos sentados en el suelo. Él se apoya contra mi pecho mientras emite sonidos ahogados y llora; llora y me aprieta contra sí, como si mi cuerpo fuese lo único que puede sujetarlo. Apoyo la mejilla en su cabeza y lágrimas silenciosas mojan su pelo. Los lamentos que emite contra mi piel son como llamas quemándome, pero es necesario, necesita expulsarlo. Caiden se desgarra, empapa mi top y me aferra menguando su fuerza gradualmente para dejarse caer sobre mí, yo lo acuno, lo abrazo contra mi pecho con un amor que me desborda.

Caiden es ese brujo con un poder inmenso que es capaz de destrozar una habitación tras un ataque, es la parte que deja ver a todo el mundo, es quien dice que es. Por eso las malas lenguas

hablan de un ser oscuro, por eso hablan de un alma corrompida que no tiene arreglo. Yo sé quién es. Sé perfectamente quién es Caiden Vulgaris, y por eso estoy perdidamente enamorada de él.

Sus lamentos y sus lágrimas se van silenciando hasta que solo queda una respiración afectada tras el desahogo. Seguimos en el suelo; mi espalda apoyada en las patas de la cama, su cuerpo entre mis piernas y su cabeza apoyada en mi pecho húmedo. Se me han dormido las piernas y me duelen los brazos de estrecharlo contra mí, pero estaría así el tiempo que él quisiese. Caiden inspira hondo por la nariz y desliza sus manos hacia mi cintura y me abraza, apretándome contra sí; suspiro por el gesto y deslizo los dedos entre su cabello. Entonces me empuja hacia sí cuando hace el amago de incorporarse y apenas separa su torso del mío cuando nos levantamos del suelo despacio y nos tumbamos en la cama, bajo el dosel inclinado. Vuelve a apoyar la cabeza en mi pecho y me abraza de la cintura, algo que agradezco inmensamente.

—Mi hermana fue lo único que me mantuvo cuerdo en el Templo —empieza a hablar en tono ronco y débil—. Ella era lo único bueno que tenía y pensaba que, si un día ella no estaba, no me importaría que se destruyese el maldito mundo.

Vuelve a guardar silencio. La paz entre los dos es tan palpable que contrasta con fuerza contra el escenario en que nos encontramos, totalmente destruido.

—La sola idea de que le hayan hecho daño… —Su voz se rompe y contiene la respiración.

Acaricio su espalda lentamente.

—Iremos a por ella —le digo de forma categórica.

—Es precisamente lo que esperan, Eira. Y no voy a concederles el gusto —decide, el enfado asoma de nuevo en su tono—. No voy a dejar que pongan sus despreciables manos sobre ti. Además, no me atrevería a pedirte que no fueses con tu familia a ayudarlos a desalojar Belie; ellos te necesitan y sé que estás deseando ir con ellos…

—Caiden…

Él aprieta su brazo en torno a mi cintura y alza la cabeza para mirarme a los ojos. Todavía los tiene irritados e hinchados.

—Nunca pensé que alguien pudiese importarme igual o más que Idris. Sois mis dos sujeciones a esta tierra y una de vosotras ya está entre las garras de mis padres. Me… consume la idea de que te alejes de mí cuando ahí fuera brujos radicales están urdiendo asesinatos, pero es lo mejor. —Aprieta la mandíbula y se le acelera tanto el pulso que lo noto contra mi pecho—. Si te ocurriese algo malo, Eira… —Cierra los ojos con indolencia y expulsa el aire por la nariz—. Sonará melodramático, pero es algo que decidí incluso antes de ser consciente: si dejas de respirar, mi último aliento será solo uno después del tuyo.

Me abruma tanto lo que dice que me cuesta asimilarlo. Lo tomo de la cara y lo miro a los ojos, sin saber qué decir.

—Caiden… —susurro y se me rompe un poco la voz.

—Tain y un grupo de brujos irán contigo, reforzaremos los hechizos de protección y

utilizaremos un sello de vinculación para conocer nuestro paradero en todo momento y saber si estamos bien —me explica.

—¿Y qué harás tú? Tain ha dicho que te volverán a apresar…

—Con nuestras runas no les será tan fácil, ¿recuerdas? Además, no iré solo.

Arrugo el gesto, preocupada. Él me acaricia el pelo y se aproxima despacio para posar sus labios sobre la comisura de los míos, provocando que se me embale el pulso.

Luego vuelve a dejar caer la cabeza en el hueco de mi garganta y ninguno dice nada más. La adrenalina y las emociones empiezan a dar tregua a nuestros cuerpos y el cansancio nos vence de forma paulatina.

36

Eira

«¿Cómo se sobrevive si dejas tus malditos pulmones
y tu corazón caminando hacia el aeropuerto
cuando tú te alejas en sentido contrario?»

Mandamientos para sobrevivir, por CAIDEN VULGARIS

—Estamos saliendo hacia el aeropuerto, llegaré con vosotros esta tarde. —Evito dar información específica aunque sea prácticamente imposible que nadie pueda estar escuchando la línea.

—Nosotros estamos recogiendo para ir al pueblo, cariño. Ágata cree que es importante avisar con tiempo porque no sabemos cuánto tenemos —dice mi padre al otro lado del teléfono—. Así que nos marcharemos en un rato.

—Vale, sí, entonces nos vemos allí. —La llamada debe ser breve, querría preguntarles más cosas y sé que ellos también a mí, pero no podemos arriesgarnos—. Os quiero.

Vamos en coche de camino al aeropuerto. Como de costumbre, iremos en primera clase con otros asientos reservados, es lo mejor para que haya la menor cantidad de testigos posibles que nos vean las caras y, por supuesto, nuestros documentos de identificación son falsos. Caiden conduce conmigo de copiloto y Tain y cuatro brujos nos siguen en otro vehículo. Los apoyos para proteger Belie, en caso de que sus habitantes no hagan caso a mi familia, vendrán más tarde, en cuanto todos tengan órdenes claras de los destinos a los que deben ir.

La inquietud que proyecta Caiden al volante colma la cabina entera, sus brazos están tensos y su ceño se mantiene arrugado en todo momento. Evoco la conversación que tuvimos anoche y me estremezco de nuevo; yo también me siento angustiada por la separación. Creo que los dos intuimos que estamos en un momento crucial que determinará lo que va a ocurrir y tenemos que vivirlo uno en cada punta, a varios kilómetros de distancia.

Bajamos del coche en el aparcamiento, Tain y los demás están a nuestro lado en apenas un minuto cargados con sus pertenencias. Caiden me toma de la muñeca para comprobar el sello de vinculación, una runa sellada con sangre de ambos; es mejor no arriesgarnos a vincularnos con un objeto por si ocurre algo semejante a lo de Idris.

—No te separes de Tain y no cometas temeridades. —No puede evitar darme órdenes impregnadas en desasosiego, noto el sufrimiento en su voz y eso me apretuja el pecho—. Tain…

—No me apartaré de ella, lo prometo —responde con rectitud; siempre muestra un respeto que roza lo devoto hacia Caiden.

—Bien —murmura y luego me acaricia la cabeza con un gesto ansioso y me toma de la nuca.

Me observa con las pupilas bailándoles en sus preciosos ojos; debe ver el amor en los míos, es imposible no notarlo.

—¿Deberíamos reforzar de nuevo las runas que nos hemos hecho? —le pregunto, mortificada.

—Las hemos repasado antes de salir, están perfectas —me dedica una débil sonrisa dulce.

—Ten cuidado, por favor —le ruego, tragándome las ganas de llorar—. No actúes solo ante cualquier contratiempo, deja que te ayuden. ¿Puedes prometerme eso? Temo a tu tendencia a cargar todo el peso sobre tus hombros…

Caiden suaviza su expresión y asiente con la cabeza.

—Está bien, chica de las flores, lo prometo. —Se aproxima y me aferra de la nuca para posar sus labios blandos contra mi frente—. Mientras respires, sostendrás mi vida, de modo que estaré bien.

Susurra y luego me besa ahí; mantiene sus labios presionados unos instantes mientras yo me deshago y reprimo temblar sin conseguirlo. No quiero que se aleje, pero da un paso atrás en cuanto deja el beso en el nacimiento de mi cabello y les dirige una mirada confidente a Tain y sus hombres.

—Vamos, no nos retrasemos —me dice Tain, colocándose a mi espalda.

Caiden me dedica una última mirada antes de que comencemos a caminar hacia las puertas del aeropuerto y él se meta de nuevo en el coche.

Camino escoltada por cinco brujos. Sé que el sentimiento que comprime mis órganos se debe a que Caiden se dirige directo a la boca del lobo mientras está a punto de desatarse el caos; sin embargo, apenas aprecio un atisbo del hormigueo funesto que recorre mi columna vertebral y que mis emociones me impiden ver.

37

Vera

Atravesar las inmediaciones de Belie después de más de veinticinco años me afecta más de lo que esperaba.

Edan conduce a mi lado y la tata Ágata, mi prima Chiara y mi sobrino Aston van en los asientos de atrás. Venimos con argumentos convincentes, pero ninguno tiene mucha fe en que Lucía nos escuche.

Todos miramos en silencio el bellísimo paisaje que se abre paso frente a nuestros ojos, el paraje natural que se expande a nuestros flancos, con sus bellas casas de tejados color naranja y estética rural. Es imposible eludir la añoranza; crecí aquí. A pesar de la continua hostilidad de su gente, adoraba con toda mi alma nuestro hogar. Y, además, es donde conocí a Edan y me enamoré de él.

Evitamos pasar por nuestra antigua casa porque es un dolor que nos queremos evitar. La guardamos en nuestra memoria tal cual la dejamos, preciosa e impoluta, con sus flores eternas, los dibujos de mi madre en la fachada y miles de recuerdos que permanecerán impresos en cada esquina. Oigo a la tata emitir un suspiro acompañado de un leve lamento y echo la mano hacia atrás para que enlace sus dedos con los míos; sus manos suaves han envejecido en este tiempo mucho más rápido que en los últimos años. Las mujeres Anies estamos predestinadas a atravesar mares embravecidos, a luchar por nuestra felicidad. Confiamos en Eira. Sabemos que es fuerte, mucho más de lo que imaginábamos, pero es nuestra niña. Y nuestra niña se está enfrentando a las crueldades del aquelarre sin que podamos intervenir.

Edan ralentiza el coche en una estrecha calle cuyas casas están precedidas por cuidados jardines vallados. Suspiro con desazón al ver de soslayo la casa de Lucía.

—Vamos, enfrentémonos a nuestro pasado —dice Ágata con su voz de sabia.

Miro a Edan y, como siempre, encuentro el aliento que tanto necesito en su mirada plateada. Me sonríe con los ojos hundidos; sus sonrisas dejaron de ser totalmente sinceras desde que nuestra hija se marchó.

Bajamos del coche oteando nuestro alrededor; conocemos lo suficiente Belie como para saber que los vecinos ya se habrán asomado entre las cortinas de las ventanas. Es precisamente lo que queremos, que curioseen, que averigüen a lo que hemos venido. Los dedos de Edan buscan los míos y yo los estrecho con fuerza antes de llamar al timbre del murito que delimita el jardín. Un chico de unos quince años abre la puerta y nos observa desde la entradita con curiosidad.

—¡Marcos! ¡Métete en casa! —La mujer que lo regaña es Lucía, que empuja al muchacho hacia dentro con gesto desorbitado y nos observa como si estuviese ante el mismísimo demonio.

Entonces cierra la puerta de un portazo. Edan expulsa un bufido a mi lado, yo trago saliva con la boca seca. En un primer instante, al verla, he vuelto a ser esa adolescente insegura y asustada del instituto.

—¡Vaya, sigue siendo igual de simpática! —comenta Chiara a nuestra espalda.

Edan apoya su frente en la parte superior de mi oreja y me besa el pelo.

—Brujita, saquemos a esta gente de aquí —me susurra al comprobar la tensión de mi cuerpo.

Parpadeo y miro a mi marido con adoración; un día fui esa chica que probablemente Lucía recuerde, pero ya no lo soy. Dejé de serlo hace mucho. Llamo al timbre de nuevo; de hecho, lo hago varias veces para que le quede constancia de la urgencia de nuestra visita.

—¡¿Qué queréis?! —nos grita desde la ventana entreabierta en la parte izquierda de la puerta.

—Necesitamos avisaros de algo muy importante, Lucía —voceo, arrimándome a la verja para que me oiga bien—. Sabemos que eres la alcaldesa, eres tú quien debe mandar un comunicado urgente a toda la población de Belie. Estáis en peligro.

Ella guarda silencio durante unos segundos.

—¡¿De qué estás hablando?! ¡¿Nos estáis amenazando?!

¡Oh, Dios! ¿Qué esperábamos? Esa es la respuesta más lógica tratándose de ella.

—No, no os estamos amenazando. Por favor, sal al jardín aunque sea, necesitamos hablar contigo. —Suavizo la voz—. Lucía, han pasado más de veinticinco años, actuemos como personas adultas.

Parece que lo último hiere su orgullo, porque la oímos despotricar por lo bajo y cerrar la ventana. Miro a Edan y a mi abuela, que aguarda callada en segundo plano; me pregunto qué se le pasará por la cabeza. Me sobresalto cuando la puerta se abre y Lucía aparece tras ella, pero no se mueve del umbral; cruza los brazos y nos observa con recelo.

—¡Si habéis venido por lo de la casa, ya os podéis ir! ¡No hay nada en Belie que os pertenezca!

Aprieto los dientes y reprimo girarme de nuevo hacia Ágata para no apreciar el dolor que le habrá supuesto esa frase.

—No es por la casa. Escúchame, Lucía, esto no es fácil de explicar y… probablemente difícil de creer para ti, pero Belie está en peligro. Queremos que avises a todo el mundo para que desalojen sus casas lo antes posible…

—¡Ja! —vocifera acompañada de un gesto de desprecio—. ¿Pretendéis que nos quitemos de en medio tan fácil? ¿De verdad queréis que me crea esta patraña?

—Lucía, ¿puedes dejar a un lado tus prejuicios y escuchar? —Edan interviene esta vez—. ¿Crees que nos presentaríamos así en tu casa para pedirte algo tan grande para… qué? ¿Qué haríamos cuando os fueseis? No seas absurda, por favor. Estamos hablando de vuestras vidas.

Lucía recula un poco ante las palabras contundentes de Edan. Aprovecho su aturdimiento para proseguir.

—Sé que todos en el pueblo creíais en los dones de Ágata; nos temíais por eso, ¿no? Ninguno dudaba de sus habilidades. Bien, pues espero que creas esto… —Miro hacia mi abuela—. Tata…

Ella toma aire despacio y se aproxima a mi lado con gesto grave.

—He tenido sueños premonitorios —anuncia—. Un grupo de encapuchados asola el pueblo como una nube negra. Marca las puertas con sangre, usa magia oscura… quedan muy pocos supervivientes.

Lucía pierde el color de la cara hasta que da la sensación de que se va a desvanecer, pero se sujeta al vano de la puerta con inestabilidad.

—Eso es mentira…

Me dispongo a rebatir lo que ha dicho, pero Ágata exclama un grito ahogado y se sujeta a la valla. Nos giramos hacia ella, con el corazón en la garganta; mi abuela permanece helada con la vista ida.

—¿Tata?

—Están aquí…

Esa información me congela la sangre.

—¿Qué? Tata, ¿de qué hablas? —Chiara coloca una mano en su hombro y la mira con el terror surcando su rostro.

—Han entrado en el pueblo, es demasiado tarde —aclara con voz de ultratumba.

Se me eriza la piel hasta un punto lacerante.

Alzo la mirada hacia el fondo de la calle; el crepúsculo torna las nubes naranjas y plomizas, como si representasen la fatídica predicción de las llamas en las que se convertirá el pueblo. Mi abuela nos ha explicado suficientes veces sus premoniciones como para saber desde dónde llegarán los brujos. No sé en qué pienso, pero echo a correr hacia el camino contrario por el que hemos llegado. Edan me sigue de cerca, ambos corremos a todo lo que dan nuestras piernas y atravesamos las calles sin detenernos hasta que alcanzamos la linde de la elevación sobre la que se construye Belie. Ahí abajo, en los pies de la montaña, vemos una masa negra aproximarse de forma inexorable. Jadeantes, Edan y yo contemplamos el grupo enorme de encapuchados y, aunque estén muy lejos todavía, podemos apreciar el halo mortífero que desprenden.

Me giro hacia Edan, que me mira con el horror atravesando sus bellas facciones; sé que mi expresión es exactamente la misma. Sin embargo, bajo todo ese miedo atroz, hay determinación. Desde que Eira se marchó, hemos estado entrenando, nos hemos desvivido día y noche para estar preparados; la fe de que nuestra hija volviese de la Proclama nos mantuvo con fuerzas y nos juramos que la protegeríamos cuando regresase. Ella está en camino ahora y no dejaremos que vea Belie masacrado; sé que los dos pensamos lo mismo cuando cruzamos una mirada refulgente.

Edan extiende el brazo para ofrecerme su mano y yo enredo los dedos a los suyos con fuerza.

38

Eira

Oigo mi propio jadeo agónico antes de despertar. Abro los ojos en el asiento del avión y las imágenes abstractas del sueño van abandonando mi cabeza hasta que la sensación horrible que se esparce por mis venas se hace cada vez más patente. Es un presentimiento, la intuición me grita que me mueva, que estoy en peligro y que no soy la única. Me giro deprisa hacia Tain pero su asiento está vacío.

—¿Tain? —Mi voz suena alarmada y vibrante.

Siento el miedo paralizarme al comprobar que el resto de los asientos, donde deberían estar los otros cuatro brujos, también están vacíos. Me incorporo despacio con la respiración contenida. Doy pasos medidos, mirando hacia la cortina que da hacia los pasajeros de clase turista. Es en ese momento cuando lo oigo: son sonidos ahogados, es alguien luchando por respirar. Con el vello de punta, me asomo y miro al suelo; hacia el final del pasillo veo un cuerpo vestido de negro retorcerse tumbado boca arriba.

—¡¡Tain!!

Corro hacia él, que convulsiona y emite jadeos de asfixia. No entiendo nada hasta que encuentro, con la vista nerviosa, un dardo clavado en su garganta; es un dardo venenoso. El pánico se adueña de mi alma. Reconozco esos dardos, solo los he visto en… De repente, saliendo de la nada, alguien arremete contra mí. Apenas me da tiempo a reaccionar, lo suficiente como para detener los brazos de alguien que amenaza con hundirme una daga. Lo miro a la cara con tal estado de confusión y terror que no lo reconozco hasta que puedo enfocar su imagen: Aegon Vulgaris, el hermano de Caiden.

—¿Te suena esta escena, Eira Anies? —pregunta él en tono sádico.

Impone fuerza a sus brazos para acercar la punta de la daga a mi pecho, sé que no está haciendo toda la fuerza que es capaz de emplear y yo, aunque aprieto sus antebrazos con toda mi energía, sé que no tengo suficiente fuerza para impedir que me mate.

—Deberías de haber caído entonces, nos habríamos ahorrado muchos problemas —gruñe.

Y la imagen fugaz y dolorosa de Berenice en el mismo puesto que Aegon en esos instantes asalta mi memoria. Tain lucha contra los efectos del veneno a sus espaldas, igual que lo hizo Naim en la fase final. No, no, no, por favor. ¡Por favor!

—Mi hermano hizo trampas, ¿verdad? No se puede ayudar a una Deida en las pruebas. Este, querida Eira, debería haber sido el verdadero final —sentencia, añadiendo agresividad hacia su

frase.

Al mismo tiempo empuja con más fuerza la daga y yo no soy capaz de detenerlo; el filo se hunde en mi pecho hasta el final y mi respiración se corta. Miro al hermano de Caiden con expresión desorbitada y él se retira hacia atrás con gesto triunfal, elevando el labio superior con levedad. Con las manos en mi pecho, me miro los dedos empapados en mi sangre y la vista se me nubla.

Tain ha dejado de moverse. Mi pulso empieza a ralentizarse. Y en lo último que puedo pensar es en Caiden y en lo que me dijo: «Si dejas de respirar, mi último aliento será solo uno después del tuyo». Toso y escupo sangre, Aegon contempla cómo me apago ante él. Y una lágrima cae sobre mi mejilla antes de que mi corazón se detenga.

39
Caiden

«Recuerda quién eres, aunque eso suponga exponer
partes de ti que jamás te han gustado.»

Mandamientos para sobrevivir, por CAIDEN VULGARIS

Estoy viendo acercarse el último lugar al que jamás volvería.

El Templo, todo lo que conforma la isla, su tierra, sus estructuras… son una cárcel para mí. Contemplo el horizonte desde el barco y me froto las muñecas con ansiedad; es extraño cómo solo el recuerdo hace que me escueza la piel, es un fantasma adherido a mí. Incluso agacho la mirada hacia mis manos para comprobar que no hay costras, que no hay ninguna herida supurante. Aprieto los puños y respiro profundo por la nariz el aroma salino. Algunos relacionarán ese olor con el verano, con las vacaciones o con la libertad; para mí es sinónimo de dolor. Hace que me sienta un niño roto de nuevo, que imagine en el fondo del mar los cuerpos de centenares de brujos devotos que se ahogaron tras los ritos sagrados. Y la oscuridad, a la que tuve que adaptarme y hacer mía para sobrevivir.

Hemos dejado atrás las protecciones sin ningún problema, lo que quiere decir que aguardan mi llegada, que es exactamente lo que esperaban que hiciese; caer en su trampa. Con Idris no fallan, saben cuál es mi punto débil.

Cuando el navío se detiene en el embarcadero, veo a un grupo de la guardia del aquelarre situado estratégicamente para recibirme. He traído a cinco brujos conmigo, una de las brujas seguía en la fortaleza cuando volví y los otros formaban parte de los grupos de Génesis o Ramsay.

Ningún hombre bajo el mando de mis padres hace el amago de moverse en el momento en que mis pies pisan el suelo de la isla. Los miro desafiante; conozco mis ventajas, algo que ellos quizá ignoran: no les será tan fácil bloquear mi don. Percibo el campo de energía que proyecta la tierra del Templo, cada centímetro está hecho para anular mis habilidades, pero las runas que Eira ha trazado en mi piel son más poderosas. Y no soy el único que las lleva dibujadas; mis hombres se colocan a mi espalda.

—¡Llevadme con mi hermana! —conmino elevando la voz.

Oigo los pasos inconfundibles de otros miembros de la guardia acercarse desde distintos

flancos. Nos están acorralando y, por supuesto, nos superan en número.

Percibo la tensión de los cuerpos de mis brujos detrás de mí cuando nos vemos rodeados y encañonados con armas de fuego. Ya habíamos previsto lo que ocurriría, por eso mi calma no se ve alterada.

—Repito: llevadme con Idris, ahora. —Mi voz suena todo lo contundente que pretendía.

Pero en vez de acceder a mi petición, se acercan en posición de ataque, y yo no espero más para actuar. Les dije a mis brujos que aguardasen a que primero hiciese yo mi trabajo y que luego interviniesen; es lo que hacen: se quedan en sus posiciones cuando yo me muevo y serpenteo entre la guardia. Me apuntan, varios disparan sin acertar y yo les golpeo las nucas; solo hace falta un preciso y certero toque sin mucha fuerza para que entren en hipnosis. Ya estoy lo suficientemente experimentado para conocer la zona exacta y ser lo bastante rápido como para someter a un gran grupo a la vez. Golpeo diez, quince, veinte nucas en menos de un minuto.

—Todos lucharéis a mi lado, el aquelarre es vuestro enemigo… —Las decenas de guardias que no he tocado disparan en mi dirección y yo me agacho y me muevo con velocidad—. *Imanto* .

Los miembros de la guardia bajo hipnosis apuntan al resto, que retroceden, impactados. No, en efecto no esperaban que los fuertes hechizos ancestrales del aquelarre fallasen a la hora de bloquear mi don. Camino entre ellos, que ahora me protegen, y miro a los demás de nuevo con gesto desafiante.

—¿Me llevaréis ahora con mi hermana o pensáis luchar contra vuestros propios hombres?

Hay vacilación en sus gestos mientras nos apuntan, pero dura poco porque, bajo la orden de una mujer que encabeza al grupo, todos se abalanzan contra nosotros. Los disparos, golpes y enfrentamientos cuerpo a cuerpo se suceden de un instante a otro. La guardia del aquelarre está muy instruida, son letales, no tienen piedad, pero ya conozco sus movimientos y sus trucos, los llevo estudiando desde niño. Por eso me muevo como pez en el agua; no necesito atacar a no ser que me vea acorralado y ni siquiera entonces, porque solo me hace falta un golpe certero para que caigan bajo mi influjo. Me deslizo por el suelo y me levanto para asestar toques veloces, me agacho, esquivo. La ligereza, ahí está la clave; he entrenado muy duro para trabajar la ligereza. La importancia no está en ser más fuerte, sino en la sincronía perfecta entre equilibrio, velocidad y puntería. De ese modo, sin ni siquiera haber recibido un empujón, concentro la fuerza en mi voz:

—*Imanto* .

La treintena de brujos del aquelarre que quedaban detienen su lucha y, por lo tanto, el enfrentamiento acaba. Veo el reflejo de la impresión y admiración en los cuatro hombres que han venido conmigo y no me conocían en plena batalla. La única que sonríe complacida y familiarizada es la bruja que se quedó junto a Tain en la fortaleza. Los miembros de la guardia se giran hacia mí esperando órdenes.

—Ahora, llevadme con mi hermana —conmino.

Asienten y se desplazan en sincronía hacia los amplios jardines. Miro a mis cinco acompañantes para indicarles que se esparzan y que no bajen la guardia a pesar de tener casi medio centenar de brujos bajo hipnosis. El aquelarre tendrá pensados más planes para arrestarme. Aprieto el paso y adelanto el ritmo liviano de la guardia para colocarme en primera fila.

Y entonces lo veo, podría distinguir su figura en cualquier parte, su caminar ceremonioso. Viene con otro grupo de brujos armados; si le sorprende que sus hechizos no puedan bloquear mi don, no lo demuestra. Mi padre se detiene al menos a cinco metros de mí, sus ojos, que jamás me han demostrado otra cosa más que desprecio y altivez, se clavan en mi rostro con el mentón elevado.

—He venido a por mi hermana. —Quizá esa sea la primera vez que hablo antes que él en los años que he estado sometido a su voluntad.

Ades esboza una sonrisa sarcástica.

—Sé a lo que has venido —replica, y su tono grave destila veneno. No recuerdo que nunca se haya dirigido a mí de otra manera—. Y también sé que esperabas este recibimiento. Lo que no tengo claro es qué planes tienes para llevarte a Idris contigo y salir de aquí los dos como si nada.

Mi padre tiene la capacidad ingente de hacerme sentir como un crío que no tiene ni una maldita idea de lo que hace. No importa que haya sometido a casi cincuenta de sus hombres y pueda ordenarles que lo ataquen, para él son nimiedades, algo de lo que avergonzarse.

Esbozo una sonrisa para mostrarle mi calma y mi seguridad; jamás volveré a doblegarme ante él.

—¿Dónde está mi hermana?

—¡Eres el maldito Catalizador! —vocifera de pronto, haciendo caso omiso a mi pregunta—. Y no solo te fugaste tú y nos has puesto en peligro a todos, sino que te llevaste a la Deida, privándola de su estricto entrenamiento y su instrucción sagrada en el Templo.

—Puestos a decepcionar, ¿por qué no hacerlo bien?

Ades deforma el gesto; se enfurece cuando uso el sarcasmo con él. En otras ocasiones, cuando era más joven, su furia me intimidaba, pero ya no.

—Tu hermana está bien, en un lugar a salvo. —Me tenso cuando empieza a hablar; conozco ese tono, lo conozco muy bien—. Y, para que siga estándolo, tú debes dejar que mis hombres te arresten y te lleven a los calabozos hasta nueva orden.

Me nace reír de forma amarga e impotente.

—¿Está amenazándome con la vida de su propia hija?

—Por lo que a mí respecta, solo tengo un hijo —responde con ira.

Lo observo con el pecho quemándome en carne viva. Las muñecas me escuecen y aprieto los puños clavándome las uñas en las palmas para contrarrestar esas sensaciones antiguas.

—Por supuesto, un alma podrida como la suya es incapaz de apreciar la luminosidad de Idris…

—«Una flor que crece entre las grietas del asfalto», sí, sí, conozco esa parte. —Mi padre me cita con desdén—. Pues esa flor se marchitará pronto si no acatas las órdenes.

Una ira ciega empieza a llenarme, haciendo que la sangre se estrelle con violencia contra las paredes de mis venas.

—Una vez entré en el consistorio y acabé con decenas de brujos poderosos, ¿qué cree que me impide hacer lo mismo justo ahora? —le digo en tono rasgado, mostrando mi peligrosidad.

La guardia a espaldas de Ades se remueve en su sitio; está viendo al ejército que tengo detrás de mí, un grupo algo más numeroso que el suyo.

Mi padre bosqueja una sonrisa sádica.

—He dado órdenes de envenenar a Idris si regreso al edificio principal ordenando que la suelten; saben que jamás daría esa orden por voluntad propia. Y, por supuesto, también la matarán si me ocurre algo malo —me cuenta, satisfecho por su retorcida ocurrencia—. ¿La prefieres encerrada y viva o sacarla de aquí muerta?

La ira roja se convierte en agujas que circulan por mi sangre. Miro a mi padre con un odio tan fiero y desproporcionado que los brujos a sus espaldas vuelven a removerse, como si se preparasen para lo peor.

—Miles de brujos ahí fuera están planificando masacrar ciudades enteras. Está a punto de desatarse la profecía, esa que los Vulgaris tanto desean detener que incluso montan un espectáculo con la maldita Proclama de la Deida… y usted quiere encerrarme —le recrimino, y mi voz emerge tan enfadada que suena cavernosa.

—Lo que ocurra entre los brujos desvinculados es culpa tuya, solo tuya —escupe y luego manda a sus hombres a venir a por mí con un gesto de la mano—. Ahora el mal ya está hecho, no hay vuelta atrás.

Mi primer instinto es defenderme, pero temo que cualquier resistencia por mi parte ponga en peligro la vida de mi hermana. Ojalá me cupiese la mínima duda de que no serían capaces de matar a su propia hija. Pero sé que lo harían, sería un sacrificio por un bien mayor. De modo que dejo que dos guardias me inmovilicen y, sin esperarlo, me inyecten algo en el cuello; siento los efectos de la sedación al instante y solo me da tiempo a ver cómo arrestan a mis cinco acompañantes antes de que la droga me tumbe.

* * *

La oscuridad húmeda y terrosa vuelve a envolverme. No sé cuánto tiempo llevo inconsciente tirado en el suelo mugriento, pero me duele todo cuando trato de incorporarme y tengo la boca seca, de modo que habrán sido horas. Me han traído a las celdas junto a mis cinco brujos; sin embargo, los han separado de mí lo suficiente como para que el silencio sepulcral resulte casi insoportable. Mis viejas heridas empiezan a rascar mi cerebro, desean salir a la superficie y amenazan con arrebatarme la cordura. Empiezo a respirar con ahogo y a frotarme las muñecas;

no estoy atado, pero siento que las correas me aprietan e incluso puedo percibir el sonido metálico de la cadena contra el suelo.

Cierro los ojos con fuerza para al menos ver las diminutas motas de luz que destellan en el interior de mis párpados. La ansiedad se está apoderando de mí, lo sé, nunca he sabido controlarla. Y ese escenario que solo me recuerda lo pequeño y frágil que era, no ayuda. El oxígeno se ausenta del aire viciado. Abrazo mis rodillas, mi respiración suena ronca y errática. Entonces rozo el lado indicado de mi muñeca, el sello de vinculación con Eira… y no está. Palpo la herida que me han hecho al romper el sello que me ataba a Eira, ¡me lo han quitado! El dolor de la muñeca es real, no me lo imaginaba, han desollado mi piel en esa zona para romper la vinculación. Lanzo un grito ronco, profundo y lleno de ira que suena tan alto y prolongado que atraviesa las paredes y provoca un eco escalofriante. Me incorporo sin ver nada y, al toparme con la puerta, golpeo la superficie metálica que me encierra en ese lugar con toda la furia que me domina, destrozaría todo a mi paso si hubiese algún maldito mueble en ese cubículo, pero solo estoy yo ahí dentro. La jodida oscuridad y yo.

«Mírame, Caiden… solo mírame». El recuerdo de su voz llega a mi mente sin previo aviso. Veo su rostro frente a mí, sus ojos inteligentes, su boca, su cabello negro, su olor dulce, a canela y flores. Su voz. «Déjalo ir… déjalo ir». Respiro hondo con ahogo y esta vez no huele a humedad y sombras, huele a ella, a su piel tras el sexo, a su cabello; sabe a una insuflación de libertad, de hogar.

Eira.

—Eira… —susurro.

Noto los espasmos de mi pecho. Lágrimas de impotencia y odio se acumulan en mis córneas, pero no puedo llorar. Me dejo caer contra la puerta e imagino el calor de su cuerpo a mi alrededor para poder respirar sin ahogarme.

Y a partir de entonces el tiempo se vuelve difuso.

Estoy sentado con la espalda contra la pared cuando oigo el sonido de las bisagras oxidadas de una puerta al abrirse y cerrarse no muy lejos de mí. Ha pasado el tiempo suficiente como para que se me hayan entumecido las extremidades y para que mis pensamientos se hayan vuelto abstractos por el sueño.

Me incorporo y acerco la oreja a la puerta; oigo pasos en el corredor de los calabozos, es un guardia del aquelarre, puedo distinguir el caminar metódico. Está claro que no se dirige hacia mi celda, pero he decidido que estoy harto de estar allí. El poder crepita en mis terminaciones nerviosas; quizá hayan querido deshacerse también de mis runas, pero no es tan fácil, los ungüentos de Eira se filtran en la piel, la magia se absorbe. Coloco ambas manos en el material gélido de la puerta y me concentro en la ubicación del guardia. Lo bueno que tiene mi don es que es duradero en el tiempo y que las personas bajo hipnosis pueden oír mi voz incluso a gran distancia aunque hable en susurros. Es muy probable que mis padres no se hayan arriesgado a

colocar a hombres que ya hayan estado expuestos a mi don, pero debo intentarlo.

—*Imanto* —murmuro, concentrado.

Las pisadas del tipo dejan de oírse y, de un segundo a otro, siento un relámpago de satisfacción y sorpresa al comprobar que se aproxima. Se queda quieto cuando alcanza mi puerta y yo le hablo desde el otro lado:

—Abre la puerta —le ordeno.

Y él obedece al instante. La gran puerta blindada se abre con un chasquido metálico y la empujo para salir a los pasillos alumbrados con luces mortecinas que apenas dejan distinguir nada a más de dos metros. El hombre que me ha abierto se mantiene inmóvil, a la espera de órdenes.

—Ve al lugar donde encierran a Idris Vulgaris y mata a todo aquel que haga el mínimo indicio de amenazar su vida.

Él asiente con la cabeza y se aleja con el característico caminar estricto de la guardia del aquelarre. Voy tras él con más cuidado; ahí fuera habrá decenas de guardias custodiando el calabozo y, aunque tengo la certeza de que podría someterlos a todos, me detengo a pensar un instante; me siento momentáneamente desconcertado porque no recuerdo que el guardia que me ha liberado estuviese entre los brujos que me han recibido al llegar. De hecho, mis padres saben que el efecto de mi don es de larga duración, por eso y como suponía no se arriesgan a colocar los mismos miembros de la guardia a mi alrededor. ¿Estoy usando la hipnosis sin tocar? Eso… ¿es posible? Habrá que probar. Me encojo de hombros y empujo la puerta del edificio y, al instante, tengo a un tumulto de hombres abalanzándose sobre mí.

—*Imanto* —pronuncio con lentitud.

Y los siete u ocho tipos se quedan inmóviles y deponen sus armas. Los miro, intentando reconocer a alguno, pero ninguno de ellos estaba en el muelle; debería resultarme extraño, nunca he podido hacer nada semejante, pero mi instinto, una parte primitiva de mí, siempre ha sabido de lo que era capaz. Cuento con las runas y, no solo eso; Idris está en peligro, han roto mi vínculo con Eira y los brujos de Fargar van de camino a asesinar a miles de personas inocentes. Sé que todo eso son impulsores potentes que despiertan esa zona atípica de mi cerebro.

Mis ojos se adaptan con dificultad a la luz del crepúsculo. Por la posición del sol, habré pasado al menos cuatro horas encerrado.

—Quedaos en vuestros puestos, el Catalizador sigue en su celda —les ordeno antes de caminar con apremio hacia el edificio principal.

Los calabozos se sitúan alejados de las edificaciones más importantes; un vasto espacio de bosque los separa, de modo que corro a través de los árboles, que se vuelven borrones a mis costados. El pulso me palpita en las sienes y en las yemas de los dedos. Y entonces, desde la linde, veo una aglomeración de gente en la plaza que precede al edificio principal. Son brujos devotos, llevan sus túnicas… ¿por qué están allí? El aquelarre solo reúne a sus fieles si hay una

celebración o algo importante que anunciar. Aguardo agazapado sin dejar de estudiarlos mientras se adentran en el soportal. Veo cruzar hacia los caminos una furgoneta de la guardia que va hacia el calabozo, lo más probable es que vayan a por mí. Así que… han convocado esta congregación para… ¿qué? ¿Quieren castigarme en público?

Espero lo suficiente mientras intento pensar con rapidez. Entonces otro vehículo oficial de la guardia del aquelarre se detiene frente a las puertas del edificio principal del Templo y los brujos que bajan del coche abren el maletero para extraer una camilla. Es una camilla con un cuerpo cubierto por una sábana dorada. El puto mundo se detiene y la sangre desciende lento y de forma lacerante hacia mis pies. Observo muy quieto cómo los brujos trasportan la camilla hacia el interior con una sensación devastadora apropiándose de mis vísceras poco a poco.

El aquelarre acaba de ordenar meter un cuerpo sin vida en el edificio principal y han mandado ir a por mí. Mi hermana ocupa toda mi mente y el miedo que estoy experimentando me está haciendo enfermar. Noto cómo la ira demuda mi rostro y empiezo a caminar a largas zancadas sin importarme que me vean; entonces veo a Ragnar, que está a punto de entrar al edificio principal. Su mirada se cruza con la mía y no veo sorpresa en su despreciable mirada, solo arrogancia.

—¡¿Qué habéis hecho?! —vocifero, subiendo las escalinatas hacia él.

—¿Qué esperabas, Caiden? Os fugáis, dejáis en evidencia al aquelarre, os burláis de la profecía. Y no solo eso, sino que osáis romper una de las leyes sagradas: el Catalizador y su Deida no pueden mantener una relación amorosa, es una aberración. —Conforme el líder del consejo habla, un pitido amortiguado colma mi cabeza—. Conoces muy bien cuál es el castigo si se incumple una ley como esa.

Dejo de oír a Ragnar.

Mi cuerpo funciona solo y cruzo por su lado sin mirarlo. Mi vista se clava en la camilla que han dejado al principio del pasillo formado por los brujos devotos. La sensación que arrincona mi pecho va a partírmelo de un momento a otro mientras me acerco.

Noto cómo las miradas de los fieles al aquelarre me perforan. Saben exactamente quién está bajo esa manta dorada y nadie me impide aproximarme; la han dejado estratégicamente al comienzo del pasillo para presenciar el espectáculo.

—No ha sido una decisión fácil de tomar. —Oigo a mi padre al final del pasillo humano, en su nauseabundo trono—. Pero no nos habéis dejado opción. Habéis puesto en peligro a propósito la existencia de las brujas violando no una, sino varias leyes sagradas.

Me detengo ante la camilla con la mirada clavada en la grácil forma de la persona que cubre la manta, es una silueta de mujer. La garganta se me empieza a cerrar y a llenar de fluidos que abrasan sus paredes y dejo suspendidas las manos con el pulso convulsivo sobre la zona donde se sitúa la cabeza. Descubro despacio el rostro de la persona y sus bellas facciones, pálidas e inmóviles, se quedan grabadas en mi retina. La ira, el odio y el dolor que haya sentido hasta ese

momento no son nada en comparación al sentimiento que empieza a dominarme, que enciende mis venas como llamas, como un puto ciclón de fuego que arrasa mi cuerpo, quema mi carne y consume mis órganos. Rozo su preciosa frente, helada como un témpano, y esa temperatura en su piel que hasta hace poco era cálida en mis yemas, termina de destruir mis vísceras: un grito colérico prolongado y desgarrador brota de mi garganta en carne viva, acuchilla el aire silente y hace que los espectadores se remuevan.

—Hemos tenido que interceder para arreglar nosotros mismos la destrucción que estabais causando. ¿Esperabas que no nos enterásemos de que estabais reclutando brujos insurgentes? Nosotros mismos acudimos a uno de sus líderes para deteneros y… para salvarnos de la profecía con nuestros propios medios. Porque tú, débil como siempre has sido, te enamoraste de tu Deida y ella no ha podido detenerte.

Escucho a mi padre de fondo; es apenas un zumbido molesto en mi cabeza. Entonces, de refilón, veo la silueta borrosa de alguien colocándose al lado de los tronos de mis padres y clavo la vista en él con la mirada ida; es Fargar. En ese instante me doy cuenta de que en los tronos solo se encuentran mis progenitores y que un grupo de drones han desplegado al menos seis pantallas en las que muestran una horda de brujos encapuchados acercarse a distintas ciudades. Una de ellas es Belie.

—Vosotros… —consigo decir con la voz tan apresada por la ira y el dolor agónico que emerge de ultratumba—. Os habéis aliado con Fargar para masacrar las ciudades.

—No, es un acuerdo temporal de paz para salvaguardar la vida de las brujas. En ausencia de la gente que podría causar nuestra extinción, la profecía no tendrá lugar.

Los temblores de mis extremidades empiezan a abrasar mi piel. Mi cuerpo devastado no es capaz de digerir tanto dolor; con los dedos agarrotados, estiro de la manta dorada para descubrir el cuerpo de Eira; tiene una herida que esparce la sangre por su camiseta en la zona central de su pecho. El rostro se me retrae y extraigo un sonido estrangulado y febril.

—Eira… —La llamo, como si pudiese responderme.

Pero su hermosa cara continúa inmóvil, vacía de vida. Me inclino hacia ella, consumido, y la sostengo de la nuca para aproximarla a mi pecho. Extraigo sonidos desequilibrados, estoy perdiendo el juicio. La violenta avalancha de dolor que se abre paso a cuchillazos entre mis costillas no me deja respirar. Mezo a Eira entre mis brazos ante las miradas imperturbables de los devotos.

—La Deida ha sido castigada por sus delitos contra las leyes sagradas. Y tú, Catalizador, debes cumplir con la misma condena —sentencia Ades.

Sostengo a Eira con devoción y la miro; su cabello negro sigue siendo sedoso entre mis dedos, todavía emana ese olor dulzón que amo.

—Respira, chica de las flores —le suplico en un susurro—. Respira o el maldito mundo arderá bajo mis pies y yo seré el primero en sucumbir a las llamas.

Pero ella no se mueve. Eira está muerta.

Noto un clic en mi cerebro. Es el sonido de una puerta abriéndose en mi interior, una que he mantenido cerrada bajo llave; siempre he aborrecido y he tenido miedo de lo que hay detrás. Esa parte de mí, quizá no siempre lo ha sido, quizá surgió como una puerta de emergencia para sobrevivir o para autodestruirme llevándome a todos a mi paso… El caso es que la humanidad que he atesorado desaparece de mi personalidad.

—Siempre creí que erais algo que debía arreglar. Desde niño he intentado con todas mis fuerzas que me escuchaseis y, muy dentro de mí, sabía que podía obligaros a hacerlo. Mi cabeza me lo susurraba a veces, una voz que me daba escalofríos y me provocaba pesadillas. Siempre he sabido de lo que soy capaz… pero, iluso de mí, pensé que alguna vez seríais conscientes del inmenso dolor que sembrabais —comienzo, depositando con delicadeza el cuerpo de Eira en la camilla—. ¿Oscuro? ¿Sin alma? Quizá nunca os equivocasteis conmigo. Quizá siempre he estado roto… Soy quien habéis moldeado a vuestro antojo, papá y mamá. Soy quien veis.

Mi padre hace un gesto contundente hacia sus hombres para que vengan a por mí. Un grupo numeroso de guardias se esparce por la sala para rodearme de forma coordinada. Observo a Ades y a Calíope Vulgaris en sus tronos mientras, en las pantallas que proyectan los drones, los brujos radicales de Fargar se adentran en las ciudades.

El dolor desaparece gradualmente de mi cuerpo y lo sustituye un estado desconocido e inhumano que debería asustarme, pero no siento nada. Nada. Solo un inmenso poder, un poder mortífero que se esparce por mi cerebro como una masa negra y viscosa que procede de la puerta que acaba de abrirse y que ahora es lo único que domina mi ser.

La guardia encuentra el momento idóneo para acercarse a mí encañonándome con sus armas. Siento las runas protectoras del edificio, las mismas que bloquearon mi don y me encarcelaron aquí en la Proclama y que ahora me resultan débiles e irrisorias. No permito que sus hombres lleguen a tocarme, concentro la fuerza de ese poder letal en mi voz y pronuncio la palabra despacio, con rabia:

—*Imanto* .

Y los guardias se detienen de golpe como si se hubiesen estrellado contra un muro, y entonces empiezan a convulsionar, luchando por respirar.

Ni siquiera los miro, no lo necesito. Y tampoco hace falta que repita la palabra de nuevo, siento un campo de fuerza desproporcionado emerger de mi cuerpo; puedo percibir todas las mentes que hay reunidas en esta sala, incluso las que no están aquí… Algo las une, por eso puedo encontrarlas con facilidad; son sellos de vinculación, los brujos devotos los tienen con el aquelarre por ley y Fargar y sus brujos se aliaron con mis padres, por eso también están vinculados, lo que hace tremendamente sencillo que los someta a mi voluntad.

Sorteo la camilla de Eira, acariciando su rostro con un amor que abrasa mi alma oscura. Y entonces empiezo a caminar lento hacia los tronos; los brujos devotos a mis flancos, con gestos

desorbitados, empiezan a retorcerse y a ahogarse a mi paso, todos ellos sin excepción. Clavo la mirada en Ades y Calíope, que me contemplan aproximarme con miradas impactadas por el escenario que se desata a mi alrededor. El aire se convierte en un tumulto de respiraciones ahogadas, gritos de pánico y jadeos quebrados. Mi padre, que mira hacia las pantallas de los drones, comprueba consternado que los brujos encapuchados de Fargar también se ahogan y se tiran al suelo luchando por respirar.

—¡Pero ¿qué demonios…?! —oigo despotricar a Fargar al lado de Ades.

Centenares de brujos se postran a mis costados conforme camino y miles de ellos se asfixian a kilómetros de mí. El final del pasillo está concluyendo, Ragnar y el resto del consejo, más próximos a los tronos, empiezan a retorcerse y a llevarse las manos a la garganta, expulsando sonidos agónicos con sus miradas asustadas puestas en mí. Y al fin, tengo a mis padres ante mí; ambos me observan todavía desde sus opulentos asientos con gestos que reflejan el pánico, sus dedos agarrotados se hunden en los brazos de sus tronos ante mi presencia: jamás deseé que me tuviesen miedo. Solo quería que me viesen, que me escuchasen. Pero mis sueños son cajas de cristal estallando en añicos que cortan y devanan mi piel.

—Caiden… —balbucea mi madre.

Pero si busca un rastro de humanidad en mí, ya no lo va a hallar. Yo lo hice durante años, busqué la piedad en ellos, busqué el calor… y solo encontré desprecio y oscuridad. Extiendo mi poder hacia ellos y sus cuerpos se tornan rígidos y empiezan a buscar aire con desesperación sin encontrarlo, sus rostros enrojecen y sus ojos comienzan a salírseles de las órbitas sin apartar sus miradas de mí.

Entonces noto una sacudida. Alguien ha rodeado mi cintura desde el costado y luego se escurre bajo mis brazos y vuelve a abrazarme.

—¡Caiden, mírame!

Aspiro entre dientes con fuerza y su olor a canela, flores y a hogar penetra en mi cerebro; esa ráfaga cierra la puerta destructora de golpe. Emito un gemido sonoro y agacho la mirada hacia su rostro; la tomo de la cara con ansiedad y palpo sus mejillas cálidas.

Eira, Eira.

—¿Eira? —exhalo.

La estrecho contra mí con la urgencia de notar los latidos de su corazón. Ella respira con celeridad contra mi cuello; notar su aliento es lo más maravilloso que me ha ocurrido jamás.

Sé lo que significa esta ilusión. Sé que no es real. Aegon, mi hermano, tiene el poder de la hipnosis, como yo, pero nunca lo ha desarrollado al mismo nivel. Tengo la certeza de que ha conseguido meterse en mi cabeza y me está haciendo creer que Eira está viva para someterme, hacerme vulnerable y matarme.

Pero no me importa.

Morir con ella entre mis brazos es lo único que quiero ahora. La estrecho contra mí, respiro

profundamente su presencia y me preparo para el final.

—Te dije que sostenías mi vida, chica de las flores.

40

Eira

Lo confuso y sinsentido que se vuelve mi alrededor me produce un penetrante mareo.

Aegon acaba de clavarme la daga en el pecho pero en realidad no. Miro con gesto profundamente aturdido cómo el hermano de Caiden se aparta de mí con aspavientos, despotrica por lo bajo y me observa con desconcierto. ¿Qué…? ¿No estoy muerta? He sentido el maldito filo hundirse en mi carne y perforar órganos vitales, he sentido cómo mi corazón se detenía. Y de pronto estoy sana, no tengo sangre en las manos y Aegon suelta improperios.

Tain sigue luchando contra el veneno del dardo, está perdiendo la conciencia. Aprovecho la confusión del brujo para girar sobre mis talones, lanzarme contra los compartimentos superiores y recuperar mi mochila; en un santiamén saco la pistola de dardos sedantes y el bote con el antídoto. No puedo perder tiempo, así que esquivo a Aegon y me precipito hacia Tain para caer de rodillas a su lado. Extraigo el dardo de su garganta y lo huelo; en efecto, es el veneno que esperaba, algo que me alivia porque ya cuento con la mezcla del antídoto hecha. Tomo el líquido con la jeringuilla y la clavo en su corazón para que el efecto sea más rápido y destruya el daño. Tain ha dejado de moverse, tiene los ojos cerrados y los párpados en tono púrpura.

—Por favor, por favor, Tain… —suplico, sin descuidar a Aegon, a quien apunto con el arma de sedantes.

—¿Cómo lo has hecho? —me exige saber. Y, de alguna manera, sé que no se refiere a la cura que le he proporcionado a Tain—. ¿Qué…? ¿Qué ha sido eso?

—No tengo ni una maldita idea de qué me hablas —le gruño, enfadada.

Tain toma aire de golpe de forma ronca y abre mucho los ojos hacia el techo.

—¡¡Tain!! —Mido la alegría para no desatender al hermano de Caiden.

—Me has traspasado un maldito recuerdo *shirit* —despotrica él.

Acaricio la cabeza de Tain mientras se repone con dificultad; sigue aturdido y débil.

—¿Qué? —pregunto.

—¿De verdad no tienes idea de lo que te hablo? ¿Me has transferido un puto recuerdo *shirit* sin enterarte? Eso es imposible —se frustra.

Lo miro con un mohín de disgusto.

—¡Lo único que sé es que me has clavado una daga en el pecho y… y luego…!

—Supongo que estarás familiarizada con la hipnosis, ¿no? —me interrumpe—. Mi hermano es el rey de la manipulación de las mentes. Has visto lo que pretendía hacer unos segundos antes de

que tú me tocases para frenar el trayecto de la daga y, de repente, te has conectado con mi maldito cerebro.

Tain gruñe y mira hacia mí con expresión desconcertada.

—Tranquilo, te he administrado un antídoto, te recuperarás —le explico y él trata de incorporarse con esfuerzo.

Lo ayudo, colocando una mano en la parte superior de su espalda.

—¿Te das cuenta de que solo las brujas más ancianas, después de años de experiencia, saben manejar recuerdos *shirit* ? Y no todas, solo unas pocas. —Parece profundamente irritado por ello —. ¡Y tú ni siquiera sabes de qué hablo!

Le apunto con mi arma, cabreada.

—¡Querías matarme y casi matas a Tain! —rujo—. Me importa una mierda de lo que hablas. Si no te he disparado todavía es porque, si estás aquí para asesinarme, el aquelarre ha tendido una trampa a Caiden para matarlo. ¿Me equivoco?

Aegon alza las dos cejas y se cruza de brazos.

—No creo que te importe tan poco de lo que hablo, porque es justo lo que ha impedido que te hunda esa jodida daga en el corazón —confiesa.

Tain gruñe de nuevo con más rabia y trata de levantarse sin éxito. Aplaco su caída breve y lo tomo del brazo para calmarlo.

—Yo no he hecho nada… —murmuro.

—Ya lo creo que sí. Acabas de imprimir en mi cerebro recuerdos que te pertenecen, como un maldito disco duro, recuerdos comprimidos con emociones reales incluidas —se molesta en explicarme.

—Ha matado a mis hombres… —habla Tain, dolorido.

—Sí, la idea era no dejar a ninguno vivo y llevarme el cuerpo de la Deida al Templo, por si os interesa —admite sin el menor remordimiento.

Tain bufa, furioso, y lo mira con ira asesina.

—Tengo la sensación de que tus planes han cambiado… —me atrevo a conjeturar.

—Jamás he entendido a mi hermano, he llegado a odiarlo —comienza—. Siempre se ha creído mejor que nadie, como si estuviese por encima de la moral… Pero tus malditos recuerdos *shirit* me han mostrado cómo ves tú su alma.

Se frota la cara y el pelo como si eso le produjese un profundo malestar.

—¡Y, joder, esto es una mierda, porque tu puto recuerdo está en mi hipocampo y no lo puedo extraer!

—Ahora él ve a su hermano por quien realmente es, no por los celos derivados del egocentrismo o los estúpidos ideales de sus padres —me dice Tain.

—Eh, sin faltar… —replica Aegon.

Esta vez Tain logra incorporarse de un impulso y extrae su arma del uniforme. Logro ser más

rápida, colocarme entre ambos y presionar la palma de la mano en el pecho de mi protector.

—¿Por qué nos queréis matar? ¿Cómo vais a detener la profecía sin el Catalizador y la Deida? —le exijo saber a Aegon.

—Habéis vulnerado una de las leyes sagradas: os habéis enamorado y mantenéis una relación. Me costaba creerlo, pero… ¡joder! —Se golpea la sien con los dedos varias veces—. Van a detener la profecía a su manera. Mis padres se han aliado con ese brujo radical desvinculado.

—Fargar… —susurro al tiempo que la piel se me eriza hasta doler.

—Eso —confirma.

Miro a Tain, que me devuelve una mirada grave y cómplice.

—Tenemos que ir al Templo. Ya —sentencio.

—¿Te acuerdas de que vamos en un avión, no? —comenta Aegon; odio su humor malo.

—Sí, y tú y tu hipnosis os vais a encargar de convencer al piloto y al resto de la compañía de que vamos a un destino diferente —le ordeno con voz severa.

—¿Y el resto de los pasajeros?

—Seguro que se te ocurre algo —le gruñe Tain.

—Estaba bromeando. En realidad, es justo lo que iba a hacer si mis planes hubiesen funcionado…

¿He dicho que odiaba su humor malo? Dios, me he quedado corta.

* * *

Mi mente no hace más que darle vueltas a la preocupación de que sea demasiado tarde cuando lleguemos al Templo. También cabe la posibilidad de que Tain estrangule a Aegon, pero lo necesitamos para poder atravesar las protecciones que hacen que nadie localice la isla. Los cuatro brujos que ha matado estaban al otro lado de los asientos, por eso no los había visto. Unas náuseas agresivas me espolean y tengo que correr a la cabina del váter para vomitar lo poco que he comido.

Ojalá pudiese avisar a mi familia del cambio repentino de planes, pero en el avión no puedo hacer nada más que estar sentada, lívida y esperar.

—Tenemos que llegar más tarde. —Aegon rompe el mutismo.

Está sentado unas filas más adelante de la nuestra y mastica unas galletas saladas que la azafata, que ya se encuentra bajo hipnosis, le ha dado junto a un refresco.

—¿Qué? —replico.

—Mis padres esperan que lleguemos a una hora concreta. Lo tendrán todo preparado para llevar a cabo la ceremonia que quieren, con los brujos fieles de testigos…

—¿Testigos de qué? —me envaro, poniéndome erguida en el asiento.

Aegon bufa de forma sonora y prolongada y se gira hacia nuestros asientos.

—La idea era que Caiden viese tu cuerpo sin vida. Ese es el castigo del Catalizador si viola la

ley de mantener una relación con su Deida. Después tendrá el mismo final que ella —nos cuenta como si nada.

Lo miro con los ojos tan abiertos y la mandíbula tan tensa que se me entumece la cara.

—Si llegamos más tarde, tienen una alternativa para no hacer esperar a los invitados ni retrasar los ataques en las ciudades. Fargar usará la magia oscura para que un cuerpo sin vida de otra persona te releve.

—Eso no tiene sentido —escupe Tain—. Caiden no confundiría el cuerpo de Eira con otro. Y se supone que la labor sagrada del aquelarre es controlar las prácticas de magia oscura, ¿cómo van a usarla en su propio dominio? Estarían vulnerando una ley incluso más sagrada que la que ellos dicen que Eira y Caiden han roto.

Aegon parece cavilar unos instantes.

—Eso tiene bastante sentido —admite él, sorprendido por caer en ello de repente, como si antes hubiese estado ciego—. Pero es lo mejor que os puede ocurrir porque, no sé si os habéis fijado, pero estoy llevando a la Deida al Templo vivita y coleando. Si llegamos más tarde, la celebración ya se estará llevando a cabo y estarán todos congregados y ocupados, ¿me entendéis?

No me puedo creer que Aegon esté pensando un plan para ayudarnos… Está claro que realmente he conseguido meterme en su cabeza de alguna manera; no sé ni cómo lo he hecho, pero le ha afectado bastante a juzgar por su cambio radical de actitud.

—Y no subestiméis la magia retorcida de Fargar, ese maldito brujo da escalofríos. Os aseguro que hará un trabajo limpio para suplantar tu identidad y es muy probable que el dolor y la ira de mi hermano lo ciegue y no pueda ver las pequeñas diferencias —aclara, seguro de lo que habla.

Un malestar fiero sube por mi garganta desde la boca del estómago al imaginar a Caiden en esa situación. «Si dejas de respirar, mi último aliento será solo uno después del tuyo».

—No podemos dejar que Caiden crea que he muerto —espeto con urgencia.

—Llegaremos solo unos minutos tarde, no te pongas melodramática —contesta poniendo los ojos en blanco.

Empieza a decir algo más, pero yo ya no lo escucho. Y es que una penetrante sensación de ausencia atraviesa mi muñeca y se extiende hacia el resto de mi ser; se trata de mi sello de vinculación con Caiden. Me miro la runa con nuestra sangre y la palpo con una ansiedad creciente, incorporándome del asiento de golpe entre resuellos.

—¿Qué pasa? ¡Eira! ¿Qué ocurre? —Tain se levanta conmigo para sujetarme de los hombros.

—Es mi sello con Caiden —farfullo, tan nerviosa que no enfoco la vista—. No está… ¡se ha roto!

—Eso significa que ya ha llegado al Templo y que lo han apresado. No les conviene que estéis vinculados; ya sabes, por eso de que iba a matarte —me cuenta Aegon con una tranquilidad irritante—. Caiden puede ser muy problemático cuando se cabrea. Y ya lo estará bastante porque hemos usado a Idris de señuelo.

Lo miro intentando calmarme.

—¿Cuándo piensan congregar a los brujos? —pregunta Tain, todavía con las manos en mis hombros.

—Esta tarde, durante el crepúsculo. Nosotros llegaremos un poco después, y tú harás tu entrada triunfal cuando todo el mundo crea que estás muerta. Puede que a los brujos fieles no les haga gracia que el aquelarre haya usado magia oculta en el Templo porque es un suelo sagrado… —añade al final con la boca pequeña.

Su mente parece resistirse a decir todo eso, pero los recuerdos que le he transferido le afectan más que sus ideales. De hecho, todos los sacrificios que se celebran allí en el nombre del aquelarre son para reforzar la magia de la isla y conservar su poder, como me contó Caiden. El plan de Aegon puede funcionar, a pesar de que odie la idea de que Caiden sufra.

41

Eira

El avión ha aterrizado en el mismo aeropuerto al que llegué con Enzo para asistir a la Proclama de la Deida (parece como si hubieran pasado años de eso) y Aegon ha usado su don de nuevo con el piloto y el resto de los tripulantes para que se dirijan a su destino original sin bajar del avión. Nosotros tres somos los únicos que descendemos las escalerillas de embarque; bueno, nosotros y los cuerpos sin vida de los brujos que ha matado Aegon, a quienes ahora carga a la espalda. Tain le dirige miradas envenenadas, es muy posible que lo hubiese matado si no lo necesitásemos.

Vamos directamente hacia un helicóptero a poca distancia del lugar donde hemos aterrizado. Está claro que es justo eso lo que pretendía hacer, solo que en sus planes iniciales ni Tain ni yo subíamos a ese helicóptero con vida, como estamos haciendo.

Aegon pilota el trasto y yo me agarro al asiento con el estómago revuelto y la urgencia de que vaya más rápido. El crepúsculo empieza a tintar las nubes de un intenso color carmesí que me parecería hermoso si no significase que se aproxima el momento en que Caiden creerá que estoy muerta.

—Tus runas de protección para ocultar tu ubicación siguen intactas, ¿verdad? —pregunta Aegon—. Porque estamos a punto de traspasar la barrera de protección del Templo y no pueden notar que la Deida la está cruzando.

Y lo hacemos, de repente podemos ver la isla allí abajo. Mis runas están perfectas; duran siete días, por lo tanto su poder se encuentra en su máximo esplendor. No es eso lo que me preocupa.

Aegon empieza a descender y puedo distinguir perfectamente la azotea del edificio principal del Templo, es donde nos dejaron cuando volvimos de rescatar a Caiden de la nieve.

Ni siquiera espero a que Aegon termine de tomar tierra; abro de un tirón y salto. El crepúsculo está en su punto más bajo, no puedo perder ni un segundo más, por eso corro con el corazón en la garganta y empujo con fuerza la gran puerta de la azotea para adentrarme en el edificio. Bajo las escaleras con tanta rapidez que confundo los escalones, logro llegar abajo sin haber dado ni un traspiés y me impulso con toda la energía de mi cuerpo hacia la sala de ceremonias. Las puertas están abiertas de par en par, por eso oigo con claridad los sonidos que proceden de su interior: son… jadeos de asfixia. Menguo el ritmo sin detenerme para asimilar lo que estoy viendo ante mí y la imagen impacta en mi retina y me paraliza. Caiden camina de forma lenta, rígida y mayestática a través de un pasillo de brujos devotos, que se retuercen, gimen, caen al suelo y

luchan por respirar conforme él cruza ante ellos. Los brujos cierran el paso cayendo al suelo al mismo tiempo que él camina.

La piel se me eriza hasta que siento un dolor punzante.

Me cuesta asimilar lo que está ocurriendo, pero sin duda es él quien lo está causando. Acciono las piernas con esfuerzo y entro en la sala, tratando de esquivar los innumerables cuerpos que agonizan; los observo con horror.

—¡Caiden! —lo llamo, todavía se encuentra de espaldas a mí.

Tengo que atravesar la multitud, pero no encuentro hueco por donde colarme para llegar hasta él. Me aparto a tiempo de un hombre que cae a mis pies, desesperado por respirar sin conseguirlo. Y, al levantar la vista, logro ver su aspecto de frente. Exclamo un jadeo al apreciar las cuencas oscuras de sus ojos hundidos, su rostro denota una frialdad impenetrable. Un escalofrío agresivo atraviesa mi columna vertebral. Apenas reconozco sus bellas facciones bajo esa máscara vacía de humanidad. Su presencia amedrentadora proyecta un halo mortífero y con cada sutil movimiento de su cuerpo provoca destrucción; la energía que emana de él es pesada, casi palpable… Caiden es sumamente poderoso. Y va a matar a toda esta gente sin apenas parpadear.

«Mis heridas, las que crees que conoces, se han transformado con los años en dientes afilados». Me vienen muchas de sus palabras de golpe a la mente: «Han agrietado mis venas, han marchitado mi carne y han corrompido mi voluntad. Esas heridas hieren; hieren indiscriminadamente y supuran en momentos sin que pueda controlarlo». Él nunca ha negado que es oscuro, porque lo cree verdaderamente. Por eso me ha apartado de su lado, por eso ha tomado su papel y lo ha materializado. Y una parte en mi fuero interno mira esa versión de Caiden y siente un miedo paralizante. Pero yo sé quién es. Y justo en ese instante reparo en algo que yace en mitad del pasillo; es una camilla y en esa camilla… hay una mujer que es idéntica a mí. Caiden acaba de verme muerta. Cree que el aquelarre me ha matado. Por eso lo está destruyendo todo a su paso.

No puedo permitirlo.

No puedo dejar que la muerte de todas estas personas, incluyendo la de sus padres, recaiga sobre su conciencia. No sabría vivir con ello.

—¡¡Caiden!!

Trato de sortear cuerpos que se retuercen, jadean y caen a mis costados. Me agacho, me deslizo entre ellos y salto con dificultad. Me apresan entre varios mientras luchan por respirar y yo extiendo los brazos hacia él.

—¡¡Caiden, estoy aquí!!

Es en ese momento cuando encuentro las pantallas que proyectan los drones sobre nuestras cabezas. Estaba tan centrada en Caiden que no las había visto… Las miro con los ojos muy abiertos, las cámaras enfocan a brujos encapuchados actuando igual que las personas que me

rodean. ¿Caiden puede usar su don a tanta distancia? Los brujos que se disponían a masacrar los pueblos convulsionan y jadean. La gente, aterrorizada al verlos, huye. Y entonces los distingo: son mis padres. Emito un grito ahogado. Los drones enfocan la entrada a las casas de Belie y mi familia observa a los brujos caer al suelo, desconcertados. ¿Debería detener a Caiden ahora? Muchos de los brujos caen desmayados, ninguno se repondrá fácilmente para atacar, pero no puedo estar segura de que no les harán daño. Mis padres actúan rápido y ayudan a la gente a desalojar sus casas. Aprieto los puños con fuerza mientras mi mente intenta aclararse en mitad de un tumulto de contradicciones. Pero entonces veo que más brujos irrumpen en las ciudades; son los nuestros: Génesis, Ramsay y todos los demás.

Gimo, sigo sorteando cuerpos y me abro paso a la fuerza hasta que por fin alcanzo el centro. Caiden se ha detenido ante Ades y Calíope Vulgaris; está ahogando a sus padres. Su don los está matando, incide en ellos con más furia si cabe, derrama todo el dolor y la impotencia.

—¡¡Caiden!!

Corro hacia él y me estrello con su cuerpo, abarcando su cintura con fuerza para que note mi presencia, para que salga de su estado enajenado. Luego me deslizo frente a él y lo abrazo de nuevo con ansiedad.

—Caiden, mírame —le suplico.

Entonces él agacha la cabeza e inspira profundo por la nariz. Noto cómo la rigidez férrea de su cuerpo se relaja un poco bajo mis brazos, deja escapar un sonido desequilibrado y levanta las manos temblorosas hacia mi cara, palpa mis mejillas y me mira; sus ojos, todavía nublados como si no hubiese regresado del todo, me observan con incredulidad.

—¿Eira? —deja escapar con un sonido ronco y febril.

Le dedico una sonrisa débil y alzo las manos para abarcar su mandíbula con los dedos. Él me toma con energía, como si desease creer que estoy allí de verdad. Entonces pasa las manos por mi cintura y me aprieta contra él, inspirando mi aroma profundo.

—Te dije que sostenías mi vida, chica de las flores.

No me ha gustado lo rota que ha sonado su voz, como si se resignase, como si se rindiese.

—Caiden… —Me aparto despacio y vuelvo a tomarlo de la cara. Miro sus ojos y lo sostengo bien con los dedos para que no aparte la mirada de mí—. Estoy aquí, mírame bien. Vuelve conmigo.

En sus hermosos ojos nace un relámpago de confusión y sus pupilas bailan de un ojo a otro de mi rostro. Él pasa los dedos por mi cara, presiona las yemas en mis mejillas y en mis labios. Su rostro macilento me observa con creciente desconcierto.

De refilón logro ver cómo una figura se incorpora de su asiento, tambaleante.

—¡¡Según las leyes sagradas y en nombre de la magia ancestral…!! —comienza Ades con una furia desproporcionada hacia nosotros—. ¡¡Ambos debéis morir!!

Un brujo de aspecto siniestro, con los ojos maquillados de negro y una túnica oscura, viene

hacia nosotros; adivino que se trata de Fargar, su aspecto desaliñado desentona con las vestimentas típicas del Templo y su pretensión es cumplir con la sentencia de Ades.

—¡¡Alto!! —Una voz femenina y damnificada por la edad irrumpe en la sala con una autoridad incuestionable.

Me giro hacia las puertas del gran salón para contemplar cómo la Deida Madre entra en la sala a paso firme acompañada por… por Idris, Enzo y Gisela. Los miro con una emoción intensa que presiona contra las paredes de mi caja torácica. Cruzo la mirada con Caiden, pero él continúa un poco ido; todavía me sujeta, aturdido. Está exhausto, el despliegue de poder que ha desatado hace unos segundos le ha pasado factura y parece que va a desvanecerse de un momento a otro.

La mayoría de los brujos devotos se están incorporando despacio del suelo, temerosos, dejando escapar gemidos de dolor o de confusión. Por eso el pasillo queda libre para que la Deida Madre lo cruce hacia nosotros.

—Ades y Calíope Vulgaris —los nombra en tono de reprimenda—. Me habéis estado ocultando información. Celebráis esta ceremonia a mis espaldas…

La anciana se detiene antes de llegar a nosotros y Enzo, que se queda tras ella, me dirige una mirada cómplice que yo le devuelvo con los ojos acuosos por la conmoción.

—Conocéis nuestras leyes sagradas, las tomáis como vuestras y las veneráis o las rompéis según vuestros intereses. Tú, brujo radical, ordena inmediatamente a tu séquito que detenga los ataques a los pueblos y ciudades —le ordena ella a Fargar con voz imperiosa y amenazante—. Nadie puede menospreciar el funcionamiento del hechizo antiguo y la profecía, ni siquiera los propios Vulgaris, que fueron sus creadores. Habéis mancillado este suelo sagrado con magia oscura, habéis condenado a muerte a las únicas figuras que pueden detener la profecía y os habéis vinculado con brujos insurgentes, poniendo en peligro nuestra existencia.

—Deida Madre, debíamos hacer algo… —comienza Calíope.

—¡¡Silencio!! —le interrumpe ella, colérica—. Vuestro rango está por encima del mío, pero cuando se trata de la profecía… mi palabra es ley. En mis visiones, Caiden Vulgaris era un elemento imprescindible en la profecía, debía ser el Catalizador. Pero, en este caso, el Catalizador ha actuado de salvador. Este hombre y esta mujer han roto todos los esquemas del hechizo antiguo y han demostrado ser incluso más poderosos que nuestros ancestros. Y la razón se debía únicamente a que la magia busca sus propios medios para deshacerse de aquello que más daño causa: vosotros.

La sala se queda silente. El centenar de brujos, sin haberse repuesto del todo, escuchan a la Deida Madre con expectación. Idris, detrás de ella, mira a sus padres con gesto triunfal; sus bellas facciones angelicales denotan alivio al vernos vivos y contemplar las caras desorbitadas de sus padres.

—Vuestras acciones, así como las del consejo, no podían quedar impunes siempre. ¿Creéis que podéis ser más listos que la magia? ¿Creéis que estáis por encima de ella? —continúa la anciana

con voz severa—. Así pues, asumo mi potestad en esta tesitura: Ades y Calíope Vulgaris, quedáis despojados de vuestro poder y, por lo tanto, dejáis de formar parte del aquelarre. Como bien dicta la ley: nadie puede tomarse la justicia por su mano, nadie puede burlar el orden natural de la profecía. Habéis estado a punto de desatarla vosotros, ha sido el propio Catalizador quien la acaba de detener.

Los murmullos de asombro se alzan entre los brujos, aunque suenan desvaídos porque continúan afectados por el poder de Caiden. Observo su cara, esperando a que esté lo suficientemente lúcido como para darse cuenta de lo que está ocurriendo: lo está. Caiden mira hacia la Deida Madre y hacia Idris, sana y salva; su gesto, todavía perjudicado por el agotamiento, parece estar asumiendo despacio la situación. Todavía me abraza y me estrecha contra él.

Ades y Calíope, con los ojos muy abiertos por la impresión, observan a la anciana y se miran entre ellos, tensos.

—No puedes hacer esto, dejarás a los brujos desamparados. Nuestra estirpe ha pertenecido al aquelarre desde los orígenes. —Ades eleva la voz, pero suena desequilibrada; sabe que la Deida Madre tiene autoridad para desterrarlos.

—Por supuesto, no vamos a dejar que las brujas se queden sin aquelarre —interviene Idris esta vez, con su atiplada voz resonando contra las paredes de la sala—. Y esta vez serán ellas mismas quienes elijan a la persona que merece sentarse en esos tronos.

Los murmullos asombrados vuelven a alzarse a nuestro alrededor.

Noto cómo Caiden presiona las yemas de sus dedos en mi cintura y los alza por mi espalda, provocándome un escalofrío. Al girarme hacia él, compruebo que sus ojos despiertos penetran mi mirada; parece que por fin es consciente de la realidad que lo envuelve.

—Todos sabemos quién es esa persona. —Esa voz femenina procede de una de las pantallas que proyectan los drones.

Esos artefactos se han aproximado al meollo de las ciudades y nos muestran a los grupos de brujos amigos y enemigos, que observan las pantallas respectivamente. Parecen presenciar lo que ocurre en el Templo, incluida mi familia, que puede vernos allí, desde las calles de Belie.

Quien ha hablado es Génesis, que encabeza a un grupo numeroso de brujos que se mezclan con los de Fargar.

—¡Eso no es posible, el aquelarre siempre lo han conformado los Vulgaris! —interviene Ades, ofendido—. Además, existe demasiada discrepancia entre las brujas, jamás habría unanimidad.

—Existe la democracia, padre —le contradice Idris—. Las brujas se merecen elegir a un aquelarre justo que las proteja en el sentido estricto de la palabra, a todas ellas sin excepción. Se merecen ser libres.

—¡Que se celebre una votación, pues! —decreta la Deida Madre.

—¡Solo un Vulgaris puede suceder estos tronos! —insiste Ades, imponiéndose a pesar de la

situación—. Mi hijo Aegon está más que preparado para esta labor.

—Me temo, Ades, que no te compete tomar esa decisión —le contradice la anciana en tono riguroso.

—¿Tengo algo de voz y voto en esto? —Aegon, que se encontraba oculto tras el resto de los brujos, camina con confianza y esa nota chulesca que lo caracteriza hacia el centro del pasillo—. No me malinterprete, padre, es un honor que piense en mí como sucesor. Pero ¿ha visto lo que acaba de hacer mi hermano? Ha sido la hostia. Más de tres mil brujos poderosos bajo su poder, ¡todos a la vez y algunos a cientos de kilómetros! Joder.

Aegon cruza la mirada con Caiden, que lo observa, turbado. Supongo que le resultará raro que de repente su hermano lo halague cuando solo ha recibido desprecio por su parte.

—Está claro que es el brujo más poderoso que se encuentra en esta sala y en todos esos sitios —señala las pantallas que enfocan las ciudades—. Y es el primogénito, por mucho que os pese.

—¡¿Qué te han hecho?! —salta Ades, mortificado.

Las venas se le marcan en las sienes. Calíope se lleva las manos a la boca, impactada.

—Recuerdos *shirit* —admite Aegon con humor, golpeándose la cabeza con los dedos—. Es increíble poder ver el mundo desde otra perspectiva, es como tener dos puntos de vista. En mi caso, culpo a Eira Anies de haber hecho un trabajo excelente aunque ni se haya enterado de que me ha metido sus recuerdos en el maldito cerebro.

—¿Recuerdos *shirit* ? —interviene la Deida Madre, hacia quien nos giramos todos—. ¿Pero cuántos años tienes, chiquilla?

—Eh… —Es la primera vez que se dirige a mí y me siento momentáneamente tímida—. Dieciocho.

La mujer me observa con asombro.

—Vaya, no dejáis de sorprenderme… —comenta con fervor—. Creía que esa clase de don avanzado solo lo desarrollaban las mujeres ancianas tras años de experiencia y que las Deidas originales estábamos excluidas de ello porque sufrimos demasiado para centrarnos en nada más.

—Eira no padece la misma dolencia que el resto de Deidas —comenta Idris—. Como ya sabrá.

—Por supuesto. —La anciana esboza una sonrisa orgullosa.

—Usted también podría librarse del dolor —me atrevo a decirle a la anciana—. Nunca se ha cuestionado el hechizo antiguo ni ha intentado revertirse sus efectos, pero me parece una condena demasiado cruel estar enamorada de forma obsesiva de alguien que ya ni siquiera existe. Porque su Catalizador… ¿murió?

La Deida Madre me contempla con ligero desconcierto y se lleva una mano al pecho. Es evidente que el tema le sigue doliendo demasiado, incluso a su edad.

—Mi Catalizador dejó este mundo hace veinte años y he estado esperando su reencarnación, pero nunca lo he encontrado, porque él no me ama, ni en esta vida ni en ninguna —responde ella, sincera.

—Nosotros podríamos ayudarla a dejar de sufrir por ello. No tiene por qué padecer tanto dolor, es usted quien salvó la existencia de las brujas en la última profecía —le recuerdo.

—¿Desafiar la magia del hechizo antiguo? —dice ella, pensativa.

—No es desafío, Deida Madre. Usted ya ha cumplido con su labor sagrada —interviene Idris esta vez.

—¿Tu magia es más fuerte que la de nuestros ancestros? —me pregunta, recelosa.

—No lo creo. Pero juntos… —Busco la mano de Caiden y miro a Idris, a Gisela, a Enzo y finalmente a la pantalla que enfoca Belie, a mi familia—. Juntos somos más fuertes.

Ella nos observa con creciente admiración.

—Bien, Eira Anies y Caiden Vulgaris, demostrad a los miles de brujos que nos observan lo diferente que puede llegar a ser nuestro mundo rompiendo los esquemas que siempre hemos considerado inamovibles —sentencia la mujer.

Aprieto la mano a Caiden, todavía macilento, y él asiente con la cabeza para que nos movamos hacia la anciana al mismo tiempo.

—Necesitarás tus ingredientes —me dice Enzo, descolgándose una mochila de la espalda con media sonrisa confidente para cedérmela.

Lo miro con un agradecimiento y un cariño abrumadores.

—Idris, Gisela, Tain…

Todos se acercan a mi llamada. Gisela me mira con la emoción impresa en sus grandes ojos claros rebosantes de esperanza. Recuerdo a la perfección el ritual que me hizo mi familia para despojarme de todo sentimiento que le profesase a Caiden impuesto por la magia. Aquella preocupación queda tan lejana… Caiden y yo le practicamos la misma runa en la frente a la Deida Madre y luego nos tomamos de la mano alrededor de ella, como hizo mi familia conmigo.

El contrahechizo es sencillo, no contamos con velas o pétalos, pero no nos hacen falta en esta ocasión. Siento la energía de todas las brujas del círculo y estoy segura de que la anciana también lo percibe. Recitamos al unísono unas palabras que todos repiten después de mí y, finalmente, rompemos el hechizo antiguo soltándonos de las manos y liberando a la Deida Madre. Ella se tambalea ligeramente y Caiden la sujeta del brazo con rapidez a pesar de su estado exhausto. La mujer emite un gemido intermitente, sujetándose el pecho.

—Es… asombroso —dice ella, reponiéndose y asimilando lo que siente poco a poco—. Un vacío ocupa el lugar que siempre ha llenado su recuerdo… Puedo respirar con los pulmones llenos.

Nos observa a Caiden y a mí con sus envejecidos ojos resplandecientes de alegría.

—Así de fácil… —concluye en un murmullo.

—No debería ser tan difícil ser feliz —comenta Caiden con la voz rasgada, todavía a su lado.

La anciana clava su mirada vidriosa en él y su gesto se transforma poco a poco, la alegría se mezcla con una admiración real, incluso me siento conmovida por su manera de mirarlo.

—Tengo potestad para cesar al aquelarre actual y también para elegir la forma de seleccionar a su sucesión —nos revela, elevando la voz—. Y soy partidaria de que las brujas tengan la libertad de votar a quienes consideren que gobernarían las prácticas mágicas con justicia y rectitud. ¡Inauguro, en este instante sagrado, las primeras elecciones del aquelarre!

Los brujos se alteran y un zumbido de susurros se eleva a nuestro alrededor, incluidos los que están a distancia.

—Y yo sé perfectamente cuál es mi voto —continúa la anciana—: Caiden Vulgaris.

Entonces la Deida Madre, con inestabilidad, se agacha despacio para arrodillarse ante él.

—Por favor, levántese… —le ruega él, incómodo, ofreciéndole su mano.

—¿Vas a rechazar la nueva forma de elegir a nuestro líder del aquelarre? —replica ella, severa.

Caiden aparta la mano con el ceño fruncido con levedad.

—Por supuesto que no —responde en tono moderado.

—Bien. —La anciana mira a su alrededor, aguardando la respuesta de los demás.

Y entonces Idris imita a la mujer, se arrodilla ante él con gusto. También lo hacen Gisela, Enzo y Tain. Aegon se aproxima a su posición, mira a su hermano con seriedad y luego, para el asombro de Caiden, también se arrodilla ante él. Veo su mano vibrar a su costado y su pecho detenerse, como si hubiese dejado de respirar para contener todas las emociones que lo embargan. Y entonces, en cadena, los brujos devotos empiezan a inclinarse también, uno seguido de otro. Los brujos de Génesis y Ramsay también se postran en las pantallas; los movimientos en masa impresionan, son un espectáculo para la vista.

—No… —Oigo murmurar a Caiden—. ¡No! ¿por qué os postráis? ¡La elección es solo vuestra! No pienso gobernar las prácticas mágicas por medio del miedo y la represión. No guieis vuestra lealtad por ese motivo; soy consciente de lo que acabáis de ver hace unos minutos, pero ese hombre… estaba consumido por un dolor infernal. Y sé que todos deseabais nuestra muerte, ninguno está libre de pecado.

Su voz se alza firme y contundente en el amplio salón y reverbera en las pantallas holográficas a pesar de que es evidente que está agotado. Su hermoso rostro está lívido y sus labios han perdido color.

—Si soy elegido, guiaré a los brujos, los escucharé, castigaré las prácticas ocultas que nos pongan en peligro y aboliré decenas de leyes que conlleven sacrificios y cualquier clase de rito en el que se deba derramar sangre. No todos estaréis de acuerdo conmigo, no contentaré a todo el mundo… Pero viviréis a salvo y libres. —Con toda su pasión, Caiden se abre al resto de brujos, quienes lo escuchan atentos—. Y, por supuesto, no obligaré a nadie a serme fiel. ¡Sois brujos libres! ¿Lo entendéis? No quiero ser una figura divina, soy un brujo como todos vosotros, que nació con este destino. Sois brujos libres, de modo que, levantaos sin miedo a represalias. Nadie os castigará por opinar diferente, nadie os retendrá contra vuestra voluntad. Elegid a vuestro nuevo aquelarre.

Cuando Caiden deja de hablar, sus sobrecogedoras palabras flotan entre la multitud.

Y entonces Fargar se desplaza desde su lugar al lado de Ades y se dirige hacia él; su expresión siniestra me hace tensarme, estoy dispuesta a abalanzarme contra él si hace falta, así que lo contemplo con la advertencia tallándome el rostro. Pero, para incredulidad de todos, el brujo se detiene ante Caiden y luego se arrodilla frente a él. Caiden lo observa tratando de ocultar su asombro.

—He estado a punto de cometer el peor error de mi vida —confiesa Fargar en tono consumido y aun así suena tenebroso—. Odio a tus padres, pero me he aliado con ellos porque creía que eras débil y que nos llevarías a la extinción.

Fargar dirige sus ojos nerviosos hasta mí y luego los devuelve hacia él.

—Comprendería que me castigases y asumo mi culpa. Una vez te elegí y no debí dejar que el odio y el miedo hablasen por mí. Te escojo de nuevo, Caiden Vulgaris, con todas las consecuencias que eso conlleve.

Es en ese momento en el que el resto de los brujos devotos terminan de postrarse a nuestros flancos y, seguidamente, contemplamos la masa de encapuchados arrodillarse también desde las distintas ciudades y pueblos.

Se me pone la piel de punta hasta que la siento como aguijones. Lo que estoy presenciando es impresionante: miles de brujos con diferentes ideales han elegido a un solo líder; miles de brujos que estaban dispuestos a asesinar y otros que veneraban la imagen del aquelarre que Ades y Calíope habían construido. Solo tenían que dejar que lo viesen, por eso el aquelarre lo encerraba, lo ocultaba y lo censuraba, porque sus palabras eran peligrosas, porque sus ideas eran revolucionarias. Porque si lo sacaban a la luz ocurriría lo inevitable.

Caiden ha nacido para ser escuchado, porque su alma es pura y sus intenciones son honestas. Mi pecho vibra de orgullo y amor, lo miro con adoración y comienzo a inclinarme, necesito postrarme ante él.

—Eira… —me sujeta fuerte del brazo para impedirme que me agache.

Veo cómo sufre un sutil vahído y lo sujeto de la cintura con susto; está demasiado débil. Y aun así se esfuerza por reponerse, me toma de la mano y se gira hacia sus padres. Ellos le devuelven miradas altivas, son incapaces de perder su orgullo a pesar de todo.

—¿Cuál es vuestra elección, Ades y Calíope Vulgaris? —les pregunta él.

—¿Nos castigarás con pena de muerte si no nos arrodillamos? —responde Ades con el cuerpo rígido.

Caiden deja expulsar una risa sorda y amarga.

—No sé por qué no me sorprende que no hayáis escuchado nada de lo que he dicho —dice con tranquilidad; el dolor todavía tinta sus cuerdas vocales, pero es apenas apreciable, muy sutil—. Ni siquiera cuando todo el mundo me ve lo hacéis vosotros. Supongo que debo dejar de luchar contra eso, ¿no?

Calíope sufre un leve desmayo y se deja caer en su asiento; mira a su hijo con otro gesto, una expresión consumida. Es increíble lo que pueden aguantar sus corazas por conservar su imagen impecable.

—Seréis castigados por todas las muertes que pesan sobre vuestras espaldas, sí —continúa Caiden—. Pero yo nunca he sido como vosotros y, por descontado, eso no va a cambiar. Seréis desterrados, despojados de vuestro poder, condenados a servir, si así lo decide la mayoría o, en su defecto, encarcelados para ver cómo, una a una, todas las cosas que consideráis sagradas se destruyen ante vuestros ojos. Aquí acaba vuestro reinado.

Caiden se da la vuelta y yo lo aferro más fuerte de la mano para caminar junto a él. En ese momento, veo algo que hace que me detenga de golpe: los brujos de Fargar se han retirado de las calles y ya solo queda la gente de Génesis y Ramsay; entonces, una ola comienza desde Belie y me sorprende sobremanera ver quién la inicia… Lucía, la alcaldesa que odia a mi familia y pretendía destruir su casa, hace el saludo a la magia. Se lleva los dedos a los labios, los besa, se los lleva al pecho y luego alza la palma de la mano hacia el cielo con una actitud sincera e intensa, mirando a mi madre, a mi padre, a Ágata, a la tía Chiara y a Aston con un agradecimiento evidente. Justo después, todos los vecinos de Belie la imitan; las personas que todavía están fuera de sus casas y que han presenciado lo ocurrido muestran a mi familia su profundo respeto. También lo hacen los brujos; primero los de Belie y simultáneamente la multitud que nos rodea, todavía con las rodillas en el suelo. La ola se expande hacia el resto de las ciudades, que de pronto reproducen un saludo de respeto y admiración tan nuestro que siento que el pecho me va a reventar de emoción. Las lágrimas acuden a mis ojos y miro a Caiden, que me regala una suave sonrisa de ojos iluminados, aunque me preocupo porque su aspecto cada vez se ve más demacrado.

Lo sigo cuando camina a través del pasillo, frente a su hermana, la Deida Madre, Enzo y Gisela, que todavía mantienen la mano hacia arriba por haber hecho el saludo a la magia. Ambos miramos la camilla con el cuerpo falso sobre ella, Caiden se detiene para taparla con la manta dorada y traga saliva con dificultad antes de mirarme a la cara y sujetarme con más energía antes de acudir a la salida. Es entonces cuando su tez termina de perder color, las piernas le fallan y yo debo agarrarlo de la cintura; su cuerpo se vence sobre mí y se deja caer.

—¡Caiden!

En apenas segundos tengo a varias manos alrededor de él para sujetarlo. Lo toman en volandas entre una docena de brujos. Tain, Aegon, Enzo y Gisela, se lo llevan de mi lado y una multitud se congrega de repente para sostenerlo con veneración sobre sus cabezas y desplazarlo.

—Tranquila —oigo que me dice Idris a mi lado—. Ahora él es su esperanza, es el nuevo aquelarre.

42

Eira

«Cuando sepas dónde está tu felicidad, no renuncies a ella,
por mucha presión o miedo que cargues a la espalda.»

Mandamientos para sobrevivir, por CAIDEN VULGARIS

Caiden ha detenido la profecía.

Ades y Calíope Vulgaris, así como varios miembros poderosos del consejo, cumplen condena lejos del Templo, en tierras de proscritos custodiadas con protecciones insalvables.

Los trámites del nuevo aquelarre son extensos y protocolarios, por eso no he visto a Caiden desde que lo alzaron en volandas a las puertas del edificio principal. La incertidumbre del futuro me inquieta. Y es que yo no formo parte de la alta estirpe, no valgo para ocupar los altos cargos del aquelarre. Él es mi mundo, pero no puedo obligarme a ser quien no soy. Las paredes del Templo me asfixiarían y, a pesar de que él se ha convertido en el aire que entra en mis pulmones, no soy capaz de imaginarme viviendo aquí, yendo a actos ceremoniosos cada semana o a reuniones con el consejo, tomando decisiones importantes que afecten a todas las brujas…

—Ve con tu familia, chiquilla. —Enzo se sienta a mi lado en el banco de mármol en el interior del laberinto de setos, el mismo lugar donde encontré a Caiden fumando—. Él pregunta por ti, pero lo reclaman de demasiados sitios como para dedicarte tiempo ahora. Debe elegir la sentencia de sus padres, de su hermano, los cargos del consejo, abolir leyes y redactar nuevas. Esto es nuevo para todos y reina el caos, pero es un caos bueno.

—Lo sé… —Tomo aire por la nariz con una tristeza extraña.

Enzo me acaricia la cabeza en un gesto paternal.

—Lo has hecho bien, Eira. Comenzaste de forma poco convencional y seguiste en tu línea hasta el final; en la historia de las brujas nunca se había visto nada parecido. Os habéis convertido en ejemplos a seguir, lo sabes, ¿verdad? Un nuevo paradigma se abre paso frente a nosotros —habla con la voz afectada por el cariño y el orgullo—. En dos días se celebrará el nombramiento oficial del nuevo aquelarre. Pasa este tiempo con tus seres queridos, chiquilla, sé que los echas mucho de menos.

Lo miro tratando de contener las lágrimas, que salen solas y saltan a mis mejillas.

—Yo te acompañaré donde tú me necesites, quiero que lo sepas, Eira; voy a estar ahí para ti —

me dice en tono conmovido.

Me acerco para abrazarlo y él me estrecha contra él.

De ese modo, atravieso los pasillos del edificio principal, que ahora parecen distintos a la vista, con otras tonalidades, otra energía. Este es el lugar donde más calamidades he pasado, donde más he temido por mi vida. Y ahora esos peligros ya no existen.

Llamo a la puerta cuando alcanzo el despacho que me han indicado y me tiembla un poco la mano antes de llevarla a la manivela para abrir. Por supuesto, Caiden no está solo; Idris está allí y Tain, Génesis y Ramsay también.

—¡Eira! —Caiden sortea la mesa central y viene directo hacia mí.

Siento un vértigo intenso antes de que él me rodee con sus brazos y me estreche con fuerza.

—¿Por qué no has venido antes? He estado toda la mañana pidiendo que te llamasen.

—Tienes asuntos importantes que atender —le respondo con la cara hundida contra su cuello —. De hecho, he venido a despedirme.

—¿Qué? —murmura, apartándome para mirarme a los ojos.

—Volveré para el día del nombramiento con mi familia —le sonrío intentando ocultar lo mucho que necesito tenerlo cerca.

—Eira… —susurra, luego posa los labios en mi frente y me atrae de nuevo contra su cuerpo.

Inspiro su aroma y lo retengo para imprimirlo en mi cerebro.

Me cuesta mucho más de lo que imaginaba alejarme de él, pero me reúno con Enzo en los jardines y me subo a un barco en el muelle que nos aleja del Templo.

* * *

Mi familia ha podido regresar a nuestra casa porque ya nadie los busca. Celebramos las buenas nuevas con comida casera, bollos de canela, música pagana y rituales en los que me animan a bailar bajo la luna, con sus risas sinceras llenando el bosque. Su abrazos, su cariño y su felicidad, real y apacible, calman mi corazón.

Noto el orgullo que sienten y yo también lo siento hacia ellos; la manera en que manejaron lo de Belie es admirable. Resulta que, por fin, sus habitantes nos ven como realmente somos: alguien que quería salvarlos, que puso en peligro sus vidas por ellos… De modo que la casa y el bosque de fresnos seguirán intactos; de hecho, vuelven a pertenecernos.

—Y no solo eso —me cuenta Ágata con una sonrisa luminosa—. Nos piden que volvamos a Belie, ¿te lo puedes creer? Lucía nos pidió perdón por todo el daño que nos habían causado. Fue algo… difícil de creer.

—Tu madre se puso delante de los hijos de Lucía, se interpuso entre ellos y uno de esos encapuchados —me cuenta mi padre, rememorando lo ocurrido—. Belie debió darse cuenta de muchas cosas aquel día.

Cuando se hace el momento de marcharnos, me es extraño que mi familia me acompañe al

aeropuerto para acudir al nombramiento y tengo que recordarme que el Templo ya no es un lugar al que temer. La isla sigue sin salir en los mapas, invisible para cualquiera que no sea bruja, pero sus protecciones ya no excluyen a nadie, a no ser que deseen atravesarlas con malas intenciones.

Mi familia mira los imponentes edificios del Templo desde el barco, que atraca en el muelle junto a otras decenas de navíos que vienen a presenciar la ceremonia.

La plaza que precede al edificio principal está abarrotada de brujos y brujas procedentes de diferentes lugares. El ambiente rebosa alegría, esperanza y expectación. Han colocado cintas color púrpura que nacen desde las mismas puertas del edificio y forman un alargado pasillo, tan extenso que se sale de las verjas que delimitan el enorme jardín, y a sus flancos se congrega la multitud enfervorizada. El escenario impresiona, debe haber varios miles de brujos. Mi madre me toma del brazo, emocionada, y mi padre nos mira con una sonrisa conmovida.

Antes de que lleguemos a acercarnos a la muchedumbre, un grupo de guardias se aproxima hacia nosotros con prisa. Enzo los acompaña y nos mira desde la distancia con una amplia sonrisa refulgente en el rostro.

—Bienvenidos, familia —nos saluda él de muy buen humor.

—Hola, Enzo —responde mi madre.

—¿Nos acompañáis?

Comenzamos a caminar tras él y observo cómo un par de guardias se colocan delante de nosotros y otro par a nuestras espaldas. Ágata los contempla con fascinación mientras avanzamos hacia el centro del extenso pasillo.

—¡¡Mirad, es la Deida!! —oigo vocear a alguien entre la gente.

—¡Es Eira! —grita otra persona con exaltación.

Repiten mi nombre desde tantos lugares diferentes que mis sentidos no son capaces de captarlo todo. La multitud, ya alegre, aumenta su entusiasmo cuando enfilamos a través del camino que conduce a la puerta del edificio principal del Templo. Y entonces veo a alguien reproducir el saludo a la magia, un hombre de mediana edad con la mirada vibrante.

—Oh, madre mía… —oigo decir a mi madre.

Y es que los miles de brujos a nuestros flancos se llevan los dedos a los labios, al corazón y luego alzan la mano hacia el cielo al tiempo que nos observan cruzar ante ellos con una emoción patente. La tata Ágata se tapa la boca y exclama un gimoteo de conmoción. Mis padres se toman de la mano con fuerza mientras caminamos con algo de apremio. Creo que nunca podría acostumbrarme a esta sensación increíble. Miro a los brujos, agradecida pero abrumada.

Enzo nos conduce hacia el inmenso soportal y lo cruzamos para acudir al salón de eventos, donde otra gran multitud se reúne.

—¡Eira! ¡Venid! —Gisela y su precioso cabello rubio se aproxima hacia nosotros. Está eufórica y nos conduce hacia el fondo de la sala, donde más cerca se encuentran los tronos, que ya no son los mismos de antes; ahora son asientos modestos y formales.

Me nace hacerle decenas de preguntas y la primera de todas es si se encuentra bien. Se ha pasado muchos días siendo esclava del aquelarre y no sé muy bien qué significaba eso, pero parece tan alegre que me da reparo sacarle el tema y estropear su humor.

En ese momento veo a Idris y a Aegon entrar en la sala, atraviesan el pasillo central y se colocan de pie a los lados del trono del medio. Es entonces cuando él hace acto de presencia; no suenan tambores chamánicos, solo las voces excitadas pero moderadas de los brujos al contemplar a Caiden cruzar junto a Tain. Su mirada se cruza directamente con la mía cuando está lo bastante cerca; le dedico una sonrisa sincera y él se lleva una mano al pecho de forma elegante y sentida en mi dirección. La presión fuerte que noto entre las costillas se debe al amor que no puedo controlar y a un dolor que no quiero dejar salir.

Caiden se detiene y se da la vuelta ante todos nosotros frente al trono central, su presencia llena el enorme salón.

—No os hacéis una idea de lo agradecido que me siento por esta inmensa acogida, no sabía que vendríais tantos. —En ese instante me doy cuenta de que los drones lo graban y que seguramente estará proyectando el vídeo para los brujos que se han quedado fuera—. Siento vuestro calor y lo atesoro, con él haremos grandes cosas. Estamos aquí para eso; cambiaremos los cimientos sobre los que siempre se ha sustentado nuestro apellido. Hoy, el día del nombramiento del nuevo aquelarre, es un día para marcar en la historia de las brujas.

Se oye el eco amortiguado de los gritos y ovaciones de la multitud ahí fuera. Aquí dentro actúan con más calma porque desean escuchar cada una de las palabras de Caiden.

—La mayoría de las personas que habéis estado a mi alrededor estos dos últimos días de arduo trabajo conocéis mis pretensiones, de modo que lo que quiero anunciar no será nuevo para muchos —comienza; su voz imponente suena suave, como una caricia—. Es un inmenso honor haber sido elegido por todos vosotros; agradezco de corazón la confianza que habéis depositado en mí y, por supuesto, me haré responsable de ello. Sin embargo, debo confesaros que nunca ha sido mi deseo ocupar los tronos del aquelarre. Aunque mi padre siempre creyó que mi prioridad era arrebatarle el poder; no podía estar más equivocado. He cumplido con mi labor sagrada, la profecía se ha roto y un nuevo aquelarre nace ante vosotros, pero yo no ocuparé el lugar de vuestro líder, aunque muchos creáis que este es mi sitio… Estas paredes fueron cárceles para mí; soy consciente de que ya no lo son, pero uno no puede despojarse de sus fantasmas de un día para otro.

Los brujos empiezan a murmurar, un sonido bajo y asombrado se expande entre la muchedumbre. Observo a Caiden con sorpresa. ¿Está… está renunciando al trono?

—No voy a dejaros, estaré ahí para seguir protegiéndoos, lo prometo. Formaré parte de esto, pero os ruego que no me pidáis quedarme en el Templo. Si algo he tenido claro en la vida es que este no es mi lugar; nunca he sabido muy bien cuál era, en realidad. Sin embargo, hoy sé con certeza que mi hogar no es un lugar, sino una persona. —Caiden dirige su mirada hacia mí y yo

sufro un acelerón tan brusco de los latidos de mi corazón que de repente dejo de sentir el suelo bajo mis pies—. Y quiero vivir en ese hogar ahora que he dejado de huir continuamente por la amenaza de mis padres, que he dejado de luchar, que estáis a salvo y mi vida suena por primera vez a un mar en calma, en vez de embravecido y sin descanso como siempre recuerdo haber vivido. Un mundo nuevo nos espera y, si me lo permitís, me gustaría proponer a la persona indicada para ocupar este trono. Alguien a quien conozco más que a mí mismo, una persona que desestabilizó el funcionamiento del antiguo aquelarre desde el interior, una persona justa, honesta y poderosa. Alguien con dotes innatas de liderazgo: Idris Vulgaris.

Su hermana parpadea por el asombro y lo mira con incredulidad.

—Caiden… ¿qué…?

—Te mereces este lugar, Idris. Y sé que no soy el único que lo piensa. Yo siempre he soñado con postrarme ante ti, hermana, porque sé que tú harás esto desde el corazón, que te dejarás el alma en construir un lugar mejor para las brujas. Y yo estaré a tu lado cuando me necesites —le promete, tomándola de la mano—. ¿Es lo que deseas? ¿Querrías hacerlo?

Ella lo contempla con ojos vidriosos.

—Por supuesto —responde, conmocionada.

—¡En ese caso convoco a una nueva votación para elegir al nuevo aquelarre! —anuncia él con voz mayestática—. Idris Vulgaris, tú eres mi reina.

Entonces se arrodilla ante ella.

Y yo no dudo en postrarme inmediatamente después con lágrimas en los ojos. Y así, el centenar de brujos del gran salón se arrodillan y los secunda todo el mundo que nos contempla desde el exterior.

Idris nos observa y una lágrima se derrama en su bonita mejilla.

—Prometo ser incluso mejor de lo que esperáis de mí —anuncia ella.

Y el clamor y las ovaciones estallan entre los brujos.

Epílogo

Echaba demasiado de menos esa euforia efervescente antes de realizar un ritual importante. Las mujeres Anies nos preparamos para despertar la magia dormida de la tierra que las vio crecer: Belie.

Hemos estado una semana limpiando, quitando el polvo y barriendo la casa, arrancando las malas hierbas del jardín para plantar nuevas que sabemos que crecerán más rápido de lo normal y colgando botes con flores, atrapaluces y campanillas de viento. Hemos pintado la fachada, la tata Mariela ha dibujado un mural precioso sobre la pintura blanca y hemos empezado a amueblar.

Los ojos de las mujeres de mi vida destellan como soles en las paredes de esa casa. Y yo soy inmensamente feliz porque ellas lo son. La bisabuela Ágata, las abuelas Mariela y Flor, la tía Chiara y mamá, todas bailotean, brincan y ríen mientras, con vestidos vaporosos, preparan todo lo necesario para reunirnos frente al lago de la suerte, así es como lo llaman. Nuestros tobillos huelen a sándalo y azahar, el humo de los sahumerios revolotea en las manos de mis abuelas y yo sostengo ristras de flores salvajes. Todas salimos descalzas al jardín; allí aguardan mi padre, Aston, la tía Abril, los tíos Martin y Oliver… y Caiden, que viste con una camisa en tono crema. Está tan guapo que me olvido de que cargo las flores y algunas se caen a mis pies. Él se aproxima, se agacha y me las cede con una sonrisa arrebatadora.

—Mi chica de las flores —murmura con la voz sedosa.

Rozo sus dedos al sujetar los tallos de su mano y le devuelvo la sonrisa.

Caiden ha llegado esta mañana a Belie después de poner en orden todos los asuntos pendientes en el Templo para dejarle a su hermana el terreno llano. Ahora quizá no regrese hasta que Idris lo necesite por cualquier inconveniente, pero su hermana sabe lo que hace y tiene a un buen consejo a su alrededor: Tain, Génesis, Ramsay y su gente de confianza, además de Aegon, en quien confiarán poco a poco, porque es demasiado pronto para que escuchen lo que tenga que decir respecto a la organización del aquelarre, a pesar de los recuerdos *shirit* .

Y lo cierto es que no me acostumbro a tenerlo conmigo sin la idea de que se marchará pronto, aunque no lo hará. Caiden se queda a mi lado. Debo repetírmelo varias veces durante el día para creérmelo. Y lo cierto es que lo añoro muchísimo a pesar de que lo tengo frente a mí. En cuanto ha llegado, hace ya varias horas, nos ha ayudado a entrar algunos muebles y a distribuirlos por la casa; hemos estado toda la mañana con mi familia, intercambiando miradas colmadas de anhelo y complicidad, y se me ha embalado el pulso de forma enloquecedora en cada ocasión.

—Tus sueños eran premonitorios —comienza a decirme la tata Ágata en un momento de intimidad—. Creíamos que estabas viendo tu inevitable futuro y, bueno, en cierta forma no nos

equivocamos.

Ella sonríe con ganas y es imposible que no le devuelva la misma sonrisa.

—Pensábamos que te protegíamos bloqueando tus dones, pero estábamos equivocadas.

La tata extrae un folio doblado de su falda y me lo cede con expresión serena. La miro con curiosidad y luego desdoblo el papel, que se siente suave y delicado al tacto por el paso de los años. Se trata de un retrato de Caiden, uno de los muchos que he dibujado a lo largo de mi vida.

—*Amor Inmortalis* … —Leo lo que pone detrás del retrato, a pie de página—. ¿Lo escribí yo?

Ágata asiente con una de sus sonrisas sabias.

—Descubrí este dibujo el día en que Fantasma volvió a formar parte de la familia —me cuenta, señalando a nuestra preciosa gata, que corretea de aquí para allá entre las piernas de todos los presentes. Ha dicho «volvió» porque Fantasma antes se llamaba Bosque (nuestra fallecida gata) y porque es la reencarnación de alguno de nuestros antepasados—. Puede que no recuerdes aquella noche de Samhain, porque eras pequeña y nuestros hechizos protectores habrán borrado algunos de tus recuerdos, pero las paredes de tu habitación se empapelaron de forma sobrenatural con todos tus retratos tras una sesión espiritista. Nos asustamos mucho porque nuestros ancestros nos querían decir algo, aunque no sabíamos el qué. Este retrato cayó a mis pies; fue el único que se desprendió de las paredes. No supe descifrarlo; no llegué a entender lo que significa esta frase, *Amor Inmortalis*, o quizá no quise verlo, pues en ese momento solo me importaba protegerte y todas las señales te llevaban irremediablemente hacia los Vulgaris. Y sí, en efecto, te llevaban hacia Caiden Vulgaris.

Escucho a Ágata expectante y me froto los brazos porque se me ha erizado el vello.

—¿Y… sabes lo que significa?

Ella sonríe con dulzura y suspira.

—*Amor Inmortalis* … es un amor que no perece, que sobrevive a cualquier vida, la reencarnación. Caiden y tú os conocisteis en otra vida, así como tu madre conoció a tu padre y tu tío Martin al tío Oliver. —La tata vuelve a suspirar y veo orgullo en su mirada—. Eras muy pequeña y ya poseías más sabiduría que cualquiera de nosotras. Si no llegamos a protegerte tanto… no imagino lo que habrías conseguido por ti misma hace tiempo, mi dulce Eira.

La observo con un asombro puro. Ella me acaricia la mejilla y luego ambas miramos hacia Caiden, que se siente un poco desubicado en un ambiente tan distendido sin ni una pequeña responsabilidad que atender. Y así es: a partir de ahora, deberá acostumbrarse a la sensación de no estar en constante alerta, de ser el líder o de tener que protegerme. Eso se ha acabado. Lo observo pensando en que nos amamos en otra vida y… en realidad siempre ha sido una sensación latente. Entonces esbozo una sonrisa que hace que se me empañen los ojos.

—Eres una gran bruja, cielo, estamos orgullosísimas de ti. —Mi bisabuela me frota la espalda y yo la miro con adoración.

—¡Es la hora! —canturrea la tata Mariela.

Un grupo de habitantes del pueblo se aproximan por el camino sinuoso que conduce a la parcela con intentos de atuendos semejantes a los nuestros. Distingo a Lucía entre ellos, que sonríe con timidez a mi familia.

Todos juntos comenzamos a travesar el bosque de fresnos que linda con la casa. Tanto a mi madre como a mis abuelas parece que les cuesta creer que de verdad los habitantes de Belie han accedido a participar en el ritual para despertar la magia y atraer buenas energías y prosperidad al pueblo.

Caiden y yo caminamos el uno al lado del otro y nuestros dedos casi se rozan al andar. Lo contemplo de soslayo y me doy cuenta de que él hace lo mismo; esboza una sonrisa torcida cuando nuestras miradas se cruzan y se me encoge el estómago. Aproximo la mano a la suya y enredo nuestros dedos; él los acaricia y yo lo sostengo para salir del grupo hacia el interior de la arboleda. Me sigue sin decir nada y lo conduzco sin tener muy claro hacia dónde ir hasta que, entre fresno y fresno, atisbo la estructura deteriorada de una pequeña cabaña de madera.

Nos detenemos ante ella, revisando cómo la maleza casi ha devorado la madera carcomida y, aun así, sigue siendo preciosa.

—Este era el lugar favorito de mi madre cuando vivían aquí —empiezo a contarle. Nunca antes he visto la famosa cabaña de Belie de la que tanto me han hablado y siento una nostalgia extraña al contemplar lo que le ha hecho el paso del tiempo—. Mis padres se enamoraron en secreto dentro de esa cabaña.

Caiden camina un poco más para observar la estructura.

—Podríamos reconstruirla —propone.

Esbozo una sonrisa ante su comentario.

—Esa es una idea maravillosa —respondo en voz queda.

Caiden se gira para mirarme. Me pregunto si alguna vez podré dejar de estremecerme cuando lo hace.

—Eira… —me nombra en un susurro.

—¿Sí? —respondo más rápido de lo necesario.

Se acerca a mí dos pasos de forma pausada y de repente el corazón me late desbocado.

—¿Por qué pareces triste? —pregunta con voz suave.

Parpadeo y asimilo en ese momento que tiene razón.

—No lo sé… —Intento buscar las palabras exactas—. Creo… creo que no puedo quitarme de encima la sensación de que vas a desaparecer.

Por fin lo admito; verbalizo lo que he estado pensando los últimos días. Es una sensación justificada; hasta el día del nombramiento del aquelarre, lo único que Caiden me había dicho era que no podíamos estar juntos. Rebobino y reproduzco una y otra vez el instante en que dijo, delante de miles de brujos, que su hogar no era un lugar, sino una persona. Y su mirada justo en ese instante; esa mirada. Es con lo que he deseado quedarme durante los días en que lo he estado

esperando, pero las dudas siempre reaparecen, porque también evoco conversaciones que hemos tenido, frases que él ha dicho, como que es peligroso para mí, como que soy un pajarillo intentando meterse en las fauces de una bestia… No estoy segura de si sus fantasmas le permitirán quedarse.

Caiden me observa y parece que puede ver los pensamientos que atraviesan mis ojos porque arruga un poco el ceño.

—Lamento haber sembrado ese sentimiento en ti —dice, y la intensidad y la culpa emanan de sus palabras—. Siempre te he hablado con sinceridad, Eira. Te he mostrado quién soy, conoces mis luces y mis sombras. Te he… alejado de mí y, en su momento, creía que era lo mejor. Muchos de los impedimentos que se alzaban entre nosotros han desaparecido; sin embargo, entiendo tus dudas. Y no te mentiré: he pensado en ello, he pensado en si serías feliz al lado de alguien que debe reconstruirse, aprender a vivir una vida… normal. Pero sería un completo necio si me negase que la sola idea de dejarte marchar me desgarra por dentro. Quizá sea egoísta. Y, joder, precisamente porque sabes todo esto, porque conoces mis delirios… el miedo es mío, debería ser solo mío. Porque tú eres preciosa, eres inteligente, valiente y tienes una vida plena. Y yo soy… yo.

Miro a Caiden con los ojos redondos y el pulso latiendo en las sienes.

—Tú eres… todo para mí —respondo; me nace de la garganta en un hilo de voz, apenas sin permiso.

Lo he dejado escapar sin pensar, pero me he liberado. Caiden trata de ocultar una expresión de asombro y entreabre la boca con levedad.

—No creo que seas consciente de lo que impactan tus palabras en mí —pronuncia con la voz rasgada—. Te lo dije una vez: te deseo, eres el centro de mis huesos, eres dueña de partes de mí que nunca te he cedido, pero que posees de todas formas. Y quiero dejar de resistirme, quiero dejar de pensar que está mal anhelar una vida contigo. Porque es lo único que quiero, Eira. Tu piel se ha convertido en mi casa, el recuerdo de tu rostro me calma, como si tú sola pudieses con mis sombras. Y tú, solo tú, puedes hacer que yo desaparezca. Porque nada más me va a alejar de ti, te lo aseguro.

La alegría que me embarga me es difícil de controlar; en un impulso, me lanzo hacia él para estrecharle la cintura y hundir la cara en su pecho. Caiden me acoge contra su cuerpo, me aprieta e inspira hondo por la nariz.

—No sabía… que la sola presencia de alguien pudiese dar tanta felicidad y tanta paz —murmura con los labios contra mi pelo—. No sé dónde querrás ir, chica de las flores, ni qué es lo que tienes pensado hacer, pero, si tú me quieres, te seguiré adonde vayas.

Intento contenerlo, pero un leve gimoteo acompañado de una sacudida de hombros se libera de mi pecho y lo aprieto más contra mí. Luego levanto la mirada para que nuestros ojos se encuentren.

—¿Todavía dudas de mis sentimientos? —le susurro con un amor evidente.

Él traga saliva y la intensidad de su mirada aumenta hasta que sus ojos se tornan vidriosos.

—Creo… que me acostumbraré poco a poco a que me mires así —musita.

Le sonrío con toda mi alma, él me acaricia la cara con la yema de los dedos y su delicioso aliento choca contra mis labios, que se entreabren al instante. Caiden me besa y yo gimo entre su boca. Nuestros labios se deslizan lento y nuestras lenguas se encuentran, encendiendo llamas en mi interior. Es un beso distinto; ya no saboreo el miedo o las dudas, ya no existe prohibición alguna que nos impida querernos. Es un beso libre que sabe a un millón de instantes juntos. La intuición me lo dice, me susurra cerca de la nuca: nos veo en una casa, quizá aquí, en Belie, rodeados de naturaleza, fieles a nuestra forma de vida; nos veo haciendo los planes más rutinarios, como comer juntos en el jardín, bailar en el salón, acostarnos juntos cada noche o hacer el amor en cualquier parte de la casa.

Caiden presiona los dedos contra mis caderas, arruga mi vestido y me aprieta contra su cuerpo al tiempo que emite un gruñido de lo más erótico; percibo la felicidad en su energía, ¿estará pensando lo mismo que yo?

—Deberíamos volver con tu familia —susurra contra mi boca sin aliento.

Me arrimo a él y vuelvo a besarle con ganas; él me devuelve el beso con pasión.

—Eira… —farfulla, respirando con ahogo—. Sé que te importa participar en este ritual, y todo lo que te importe a ti ahora es importante para mí. Tenemos por delante todo el tiempo que queramos para esto…

Vuelve a besarme y toma mi labio inferior lento entre los suyos.

—¿Me lo prometes?

Caiden sonríe y me besa la nariz, la frente y el pelo.

—Esa es la promesa más fácil que me han pedido cumplir nunca. —Su aire jovial y su rostro resplandeciente hacen bailar mi estómago.

Entrelazamos los dedos y nos miramos con sonrisas en las caras mientras caminamos de nuevo hacia el lago. Allí encontramos a mi familia con un grupo numeroso de pueblerinos formando un círculo alrededor de una pira. Hay flores adornando el suelo y se respira un ambiente de ilusión. La tata Flor empieza a tocar un tambor ceremonial y su preciosa voz entona el principio de *Savage Daughter*, nuestro himno. Mis padres, también tomados de las manos, nos observan llegar con los rostros iluminados de emoción.

—Justo fue alrededor de una pira, mientras te veía bailar, cuando tuve el presentimiento de que me cambiarías la vida —me confiesa, acercando su boca a mi oreja.

Cierro los ojos en respuesta para controlar la ola de emociones intensas que me provoca. Aumento la energía del agarre de nuestras manos y lo conduzco hacia el círculo, al lado de mi familia.

Y empezamos a girar alrededor del fuego en sincronía con el resto. Nos miramos, reímos y

reproducimos los mismos gestos; su hermoso rostro se ve más calmado, alegre y libre que nunca. Creía que era imposible que estuviese más guapo, pero con él siempre aprendo cosas nuevas.

Y adoro tener la certeza, mientras bailamos, de que me quedan miles de cosas por descubrir.

Agradecimientos

Escribí esta historia en poco más de dos meses en una especie de trance, obsesión, felicidad y emoción. Por supuesto, luego la retoqué y la repasé muchas veces antes de mandársela a mi editora. Esto es lo que me da la escritura; muchos momentos de ilusión incontenible cuyo origen sigue siendo un misterio para mí.

Por esto y por muchas otras cosas tengo que dar las gracias a esta pasión mía que es la escritura, porque es mi vida y porque hace todo más vibrante, porque he conocido a personas maravillosas gracias a ello, porque quizá tú que has leído este libro quizá seas más feliz gracias a esta historia y esto desencadene cosas bonitas una tras otra.

Gracias, por supuesto, a mis padres, porque para ellos ya soy la mejor escritora bestseller y su fe en mí me ayuda muchísimo.

A mi marido, mi inspiración y mi apoyo incondicional. Te amo.

A mi editora, Esther Sanz, por seguir creyendo en mí con los ojos cerrados. Es muy especial tener a alguien a tu lado que te sostiene cuando intentas echar a volar.

Y a todo el equipo de Titania por trabajar todos a una para que el resultado de este libro sea lo más increíble posible.

Y, cómo no, gracias a ti, porque das vida a esta historia y la haces tuya. Así es como mi sueño se cumple.



#SíSoyRomántica